



ISSN 0329-1588

# LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

*Bitácora de un país*

Oscar del Barco  
Noé Jitrik  
León Rozitchner  
Héctor Schmucler  
Eugenio Zaffaroni  
Natalio Botana  
Enrique Martínez  
Eduardo Rinesi  
Alejandro Kaufman  
David Oubiña  
Martín Prieto  
Javier Trímboli  
Pablo Sztulwark  
Juan Molina y Vedia  
Ángela Di Tullio  
Guillermo Korn  
Tomás de Tomatis  
Enrique Vera y González  
Julio O. Dittrich  
Pierre Quiroule  
Ricardo Rojas  
Manuel Gálvez  
Mariano Moreno  
Paul Groussac  
Jorge Luis Borges  
John William Cooke

9-10

## ÍNDICE

### 3 Editorial

#### Diálogos

- 8 • **Oscar del Barco: “El poema no dice, surge en una exclamación sin sentido...”**.  
*Por Horacio González*
- 18 • **Noé Jitrik: “La literatura dialoga secretamente, envía señas de nuestra experiencia colectiva”**. *Por Sebastián Scolnik*

#### Conflictos y armonías

- 36 • **Descodificación del Código Penal en Argentina**. *Por Eugenio Raúl Zaffaroni*
- 54 • **Federalismo en el Bicentenario**. *Por Natalio R. Botana*
- 64 • **Modelo regional y popular de desarrollo**. *Por Enrique Martínez*
- 76 • **Notas sobre el jacobinismo argentino**. *Por Eduardo Rinesi*
- 96 • **La acción como anhelo y el futuro como imposibilidad**. *Por Alejandro Kaufman*

#### Imágenes y memoria

- 112 • **Celebrar el segundo Centenario**. *Por León Rozitchner*
- 132 • **¿El porvenir sólo será un espectáculo de la memoria?** *Por Héctor Schmucler*
- 144 • **Treblinka de los argentinos. Imágenes de la nación: el cine y el Bicentenario**.  
*Por David Oubiña*
- 158 • **¿Cómo escribir la historia?** *Por Horacio González*

#### Artificios: lengua y ciudad

- 174 • **Poesía y peronismo: un episodio en la historia de la literatura argentina**. *Por Martín Prieto*
- 188 • **La construcción de la identidad lingüística argentina**. *Por Ángela Di Tullio*
- 210 • **Ciudad moderna - metrópoli global**. *Por Pablo Sztulwark*
- 222 • **Rurbanismo y desurbanismo**. *Por Juan Molina y Vedia*

#### Discusiones

- 230 • **Fuegos de los Centenarios. ¿La verdad no se nos escapará?** *Por Javier Trímboli*
- 248 • **El Bicentenario y los usos de la historia**. *Por Tomás de Tomatis*
- 262 • **Negativos sin revelar. Misceláneas de los años del Centenario**. *Por Guillermo Korn*
- 274 • **Zonas francas. Risas y mediaciones**. *Por María Pia López*

#### Fragmentos

- 284 • **La Estrella del Sur: a través del porvenir**. *Por Enrique Vera y González*
- 298 • **La ciudad anarquista americana**. *Por Pierre Quiroule*
- 334 • **Buenos Aires en el 1950 bajo el Régimen Socialista**. *Por Julio O. Dittrich*
- 354 • **El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina**. *Por Manuel Gálvez*
- 362 • **Eurindia**. *Por Ricardo Rojas*

#### Papeles sueltos

- 372 • **Sobre Historia de la Biblioteca Nacional de Horacio González**. *Por Eduardo Rinesi*
- 378 • **Las prácticas bibliotecarias en tiempos de la Revolución. Sobre Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires de Alejandro Parada**. *Por Luis Pestarini*
- 384 • **“Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital”**. *Por Juan Luis Aguirre y Tejeda*

- 394 • **Inauguración de la Biblioteca Nacional.** *Por Paul Groussac*
- 410 • **Papeles al día.**

#### Investigaciones en la BN

- 430 • **Recursos de información sobre genealogía e historias locales en Argentina.** *Por Elsa Barber*
- 444 • **Biblioteca Nacional: los procesos técnicos en el Centenario.** *Por Elvira Arcella, Mabel Bizzotto e Ignacio Zeballos*
- 460 • **Aproximación al archivo de Dardo Cúneo y a los sentidos de una práctica social.** *Por Vera de la Fuente*
- 476 • **Algunos aspectos de la sociedad del Centenario a través del archivo personal de Pastor Servando Obligado.** *Por Ana Guerra*
- 484 • **La ciudad en la obra de Francisco Felipe Fernández.** *Por Alicia Gloria Rubio*
- 504 • **Los conductores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Sus apodos y seudónimos.** *Por René Garmón, Ana Guerra, Germán Álvarez, Daniel López, Juan Pablo Canala y Mario Tesler*
- 530 • **1910, un año monumental. Festejos estatuarios.** *Por Rosana Sagré*

- 542 **Álbum**

## Editorial

# El porvenir de las bibliotecas nacionales

El mundo es un mundo de prácticas. Hay prácticas culturales, prácticas ideológicas, prácticas teóricas. ¿Cuánto van a cambiar las prácticas de lectura y de tratamiento de los libros a partir de nuevas realidades tecnológicas? Mencionamos un objeto sobre el que se ha declarado un interés reciente: el libro electrónico. Lo seguimos llamando “libro”. La civilización y el lenguaje son prudentes. No atribuyen nuevos nombres livianamente. La milenaria denominación de “libro” tiene resonancias religiosas, antropológicas y científicas. En sus diferentes formas, se mantiene la expresión “libro”, sean las famosas tabletas de arcilla de las que hoy todos hablan (interés por los arcaísmos de Amazon: también llama “tableta” al Kindle), sean los milenarios rollos y papiros, y sobre todo éstos, pues “libro” toma su etimología precisamente del papiro, o en otros casos, de la inscripción de signos sobre pergaminos.

Está en cuestión si la humanidad asiste a una gran mutación en la que se preservará esa palabra “libro”, pero para aplicarla a otro objeto y a otros procedimientos. El mundo procede por metonimias, y hay que agregar: éstas se desplazan a veces circular o erráticamente del mundo natural al mundo animal y de éste al mundo humano. El libro va del árbol a la vida, a todo ello se superpone, así como podrá superponerse con su versión electrónica en una magna hipótesis de superposición de capas de cultura histórica. En la génesis de todo nombre puede haber una práctica productiva primitiva que luego se convierte en la denominación que construye genealogías familiares, nombres propios de todo tipo. En cuanto a la palabra “libro”, la etimología puede conservar el significado de “corteza de árbol” en un dispositivo electrónico operado a la distancia por servidores digitales.

No es posible hoy imaginar cómo cambiarán las prácticas de lectura con el libro electrónico. Las noticias sobre las ventas de Amazon y los nuevos productos que surgirán, con nuevas y maravillosas funciones, suponen la existencia masiva de almacenadores portátiles de textos que serán verdaderas bibliotecas ambulantes. La capacidad de almacenamiento aumentará progresivamente, así como el vínculo de servicios con la matriz proveedora, que acrecentará sus prestaciones, múltiples conectividades y disponibilidad de títulos, saltando las agencias intermediarias históricas, librerías, editoriales y bibliotecas. Es cierto que son piadosos. Amazon propone distintas vinculaciones entre librerías y bibliotecas, y se verá cuáles son. La trilogía *Millennium* vendió un millón de copias digitales en Amazon; se trata de una obra cuya curiosidad también reside en una ardua disputa sobre el derecho de autor debido a las restricciones de la ley de cohabitación sueca, lo que revela el cambio dramático en las relaciones entre el mercado, la industria cultural y los andamiajes jurídicos existentes.

El debate respecto del libro y del periódico electrónico hace tiempo está instalado. Es muy conocida la opinión de Umberto Eco respecto a que, al igual que la rueda, objeto irreductible e irremplazable de la cultura material, el libro solo admitiría algunos aderezos y apliques adicionales. La rueda admite el neumático, por ejemplo, sin modificar su estructura. Permanecería en su forma ya concluida, con variaciones no esenciales en su práctica conocida. No sabemos si es un ejemplo apropiado para juzgar el futuro del libro. Un salto impresionante, superior al que se dio desde el papiro al códice enrollado o del copista medieval hacia la imprenta Gutemberg, está sucediendo ahora. Un salto que sólo es posible recibir con esperanza si se lo construye a partir de los legados de la conciencia lúcida y la cultura crítica. Se trata de un salto que involucra un signo diferencial en las prácticas culturales, entre ellas la de la lectura como acto de organización colectiva y autoconstrucción personal. Tomemos rápidamente algunas ideas de Roger Chartier, quien afirma que la *lectura* puede estudiarse

como un acontecimiento cuasi ontológico. Pasan así a formar parte del armazón de la época las decisiones colectivas alrededor del libro y las publicaciones periódicas, así como la red de lectores, las bibliotecas, la relación entre los artículos situados a partir de decisiones editoriales en la prensa y su posterior reaparición en libros, la decisión de publicar libros con las correspondientes tensiones entre la tecnología, el mercado y la cultura, etcétera.

Reflexionando sobre el porvenir digital del libro, Chartier dice:

*“Al menos hasta hoy, en el mundo electrónico, es la misma pantalla iluminada de la computadora la que da a leer los textos, todos los textos, cualquiera sea su género o función. Se rompe así la relación que en las culturas escritas anteriores ligaba estrechamente los objetos, géneros y usos. Es ésta la relación que organiza las diferencias inmediatamente percibidas entre los diferentes tipos de publicación impresas y las expectativas de sus lectores, guiados por el orden y desorden del discurso, por la materialidad misma de los objetos que los portan. Es esta misma relación que queda visible en la coherencia de las obras, imponiendo la percepción de la entidad textual, aun al que no quiere leer más que algunas páginas. En el mundo de la textualidad digital, los discursos no están más inscriptos en los objetos que permiten clasificarlos, jerarquizarlos y recogerlos en su identidad propia. Es un mundo de fragmentos descontextualizados, yuxtapuestos, infinitamente recompuestos, sin que sea necesaria o deseable la comprensión de la relación que los inscribe en la obra de la cual fueron extraídos”.*

No se trata de una crítica al libro digital, sino de lo que aún le falta para situarse al nivel de complejidad de las grandes culturas heterogéneas de la lectura. Sí, en cambio, es una crítica a quienes presuponen que la civilización es una alegre continuidad de “distintos soportes” y que en cada momento aparece uno superior al otro, sustituyéndolo ante la complacencia y felicidad pública. No son así las cosas, por lo menos si los pueblos y los horizontes de constitución de la vida pública pretenden algo más que acoplarse a la “ciencia y técnica como ideología”. Lo adecuado es, y siempre fue, realizar severos esfuerzos conceptuales para despojar a los avances tecnológicos de su ideología hegemónica y culturalmente homogenizadora, para devolverles primero la condición de “instrumental” (que los laboratorios y tribus universales que los impulsan presentan con aparente ingenuidad: “son simples herramientas”) y reasignarles a partir de ella su verdadera cualidad emancipadora, al rescatarlos de ese falso instrumentalismo para darles una verdadera condición creadora de nuevas fuentes de vida, conocimiento y arte.

Se convierten así en objetos no instrumentales, no dominados por “ingenieros de sistemas” por un lado, y por “gerentes de contenido”, por otro, sino por unidades experienciales donde cada uno de estos hemisferios se funde con el otro. En la historia de estas fusiones entre soportes y contenidos, formas y magnitudes, se halla la historia de la ciencia en su más cabal expresión intencional y práctica: Leonardo da Vinci, Spinoza, Einstein y Borges, para quedarnos cortos.

Una expresión que ganó desde hace décadas el lenguaje vinculado a la revolución digital en la que todos participamos –revolución, por tanto, minoritariamente activa y universalmente pasiva–, es la “producción de contenidos”. Hay que llamar la atención sobre ella, así como otras descripciones de la gran mutación técnica, pues la encierran en ideas rutinarias en lugar de expandir sus verdaderos efectos liberadores. En verdad, “producir contenidos” –un “contenido Proust”, un “contenido Cortázar”, un “contenido Jauretche”–, significa una hipótesis de gerenciamiento poco capaz de preguntarse sobre las complejas relaciones entre la cultura, el pensamiento, el lenguaje y la técnica. Tan entrelazadas están que no es posible reducirlas a la mera ecuación simplificadora “forma/contenido”, sobreentendiendo que la segunda “llena” los “recipientes” que ofrece la primera.

La gran revolución en las comunicaciones todavía no registró su fase más elevada, que es la de construir un lenguaje civilizatorio que supere las metáforas prestadas con las que hoy habla y llegue a producir otra lengua que se parezca a la del objeto libro que conocemos desde hace siglos: donde no hay distinción entre forma y contenido, sino una ideología de las prácticas de liberación a través de las lecturas. Tanto ha triunfado esta práctica, que todos los credos despóticos o las propuestas de quitar de la acción humana sus síntomas de autonomía, también se expresan en el mundo de esos libros, tan eminente es su vigencia en las culturas y conflictos contemporáneos. Lo es porque son delicadas invenciones “definitivas”.

No porque nada venga a cambiarlas, todos participaremos inevitablemente de la cultura del libro electrónico, pero es menester dejar en ella las evidencias del gran legado, gracias al que todos los frutos de la creación humana convivirán dramáticamente ante una humanidad en condiciones de emanciparse –como siempre lo estuvo, como siempre se lo dijo, como siempre se lo comprueba a diario, en los fracasos y logros de esa percepción–, retomando las tecnologías para emanciparlas a ellas mismas de su corazón productivo y libertario, anulándoles, entonces, sus capas funcionariales que son las que primero aparecen, usándolas demasiadas veces de cabestro para nuevas jactancias de dominación.

Las bibliotecas históricas, con sus prácticas sociales, no desaparecerán pero contendrán funciones nuevas, en diálogo con esas “bibliotecas ambulantes” que serán en poco tiempo más los libros y las bibliotecas digitales. Y las bibliotecas nacionales –como ésta, que en el mismo momento en que el lector está leyendo estas líneas cumple 200 años, de Mariano Moreno a Leónidas Lamborghini–, tendrán como tarea adicional pensar estas nuevas relaciones: hacer ingresar en su seno las primicias del ingenio humano y ser usinas vivientes de los nuevos nexos de lenguaje que los lectores, que la sociedad en general exigirá de los procesos automatizados de consulta, y de la consulta como acto existencial fundado en la libertad autorreflexiva, aquella que procura toda existencia que desea ser autónoma.

Horacio González  
*Director de la Biblioteca Nacional*

# Diálogos

*Una indestructible tradición cultural pone al diálogo como la cumbre del método filosófico y de la conjunción*

*entre espíritus dispuestos a la comprensión. Pero basta leer en los folios antiguos que llevan precisamente ese nombre, los diálogos de Platón, para percibir que no vienen acompañados de otra cosa que de una suave violencia interna que presupone que cuando termina un diálogo, las cosas no deben quedar como estaban en su origen. La civilización, entendida como consciente deseo de llegar a acuerdos, es un concepto promovido por la convicción de que ellos son una mutua cesión de aspectos sobrantes que se dejan inactivos en nombre de una concordancia espiritual. Pero las cosas no suelen ser así. Hay civilización porque siempre estamos preguntándonos por lo que sobra y no encaja en los diálogos. Es decir, los diálogos son tales porque contienen su propia negatividad, su imposibilidad de cierre. La vieja frase “hablando se entiende la gente” es una feliz redundancia. La sospecha aciaga de que el mundo no se compone de tales benevolencias, siempre nos obliga al consuelo de considerarnos hablantes en diálogo sempiterno. No es que no lo seamos, pero no podemos disfrazar la angustia de que no hay diálogo concluso, de que no hay diálogo que domine realmente su materia secreta e indócil: la dificultad misma de entenderse, la desconfianza de que hablando no necesariamente se entiende la gente. En estas conversaciones que publicamos late este problema, que en su sentido más amplio, lo expresa Nietzsche en su crítica a Sócrates, quizás injusta,*

*pero reveladora de un problema. Todo hablante lo sabe: llamamos al diálogo como consuelo y para ver la satisfacción oscura de lanzar hilachas inexplicables al mundo. Leyendo las respuestas de Del Barco y Jitrik, es posible comprobarlo y anunciar que esa comprobación ya nos pone en el umbral de la filosofía.*

*En el primer caso, se trata de una conversación —si puede considerarse como tal un intercambio de mails que intenta salvar las distancias físicas— sostenida por el mutuo conocimiento de las reflexiones de cada uno de los hablantes que se siguen las pistas mutuamente durante décadas, y que recobran nuevos aires a partir de los más recientes ejercicios de escritura. No es que se piense siempre lo mismo, sino que todo el tiempo se vuelve sobre aquello que constituye una preocupación fundamental, aunque desde nuevas perspectivas que acompañan los viejos problemas. Como si el arte del pensamiento procediera por recurrencias que son, en sí mismas, innovaciones.*

*El segundo caso, si bien se trata de temas diferentes a los que ocupan a Del Barco, comparte rasgos comunes: con el paso del tiempo esos problemas también retornan renovados. Se sabe de la trayectoria de Noé Jitrik como crítico literario. Sin embargo, cada vez que retoma sus reflexiones es como si agregara a ellas nuevas imágenes que trabajan desmontando las expectativas de sus interlocutores. ¿Por qué aquellos autores y sucesos a los que refiere vuelven tan distintos? No encontraremos una respuesta fácil, y quizás esa duda nos acompañe siempre, cada vez que acudamos al paciente tono con el que narra sus preocupaciones.*



*Entrevista*

## Oscar del Barco: “El poema no dice, surge en una exclamación sin sentido...”

*Por Horacio González*

Puede pensarse la amistad intelectual como una ardua y sutil conversación en la que se ponen en juego las propias trayectorias. Un encuentro en el que los interlocutores se tantean, se descifran, se intuyen tratando de poner en común los significados que yacen latentes en la palabra dicha. Se empeñan en comprender lo que se dice, cómo y por qué se lo hace, sabiendo que quien habla es también una biografía, un recorrido teórico y una experiencia singular. El principio de reciprocidad no sólo actúa bajo estas exigencias, sino que también tiene como premisa interna del entendimiento la certeza de que la propia vida de quién escucha o lee es desafiada por aquello que ha sido dicho. De estos intentos, con sus momentos de incomprensión y de tenacidad, está tejida la utopía de todo diálogo.

Ofrecemos en esta nota un intercambio con Oscar del Barco que no permite ser catalogado simplemente como una entrevista. El modo apresurado en que se suscita, pretendiendo salvar las distancias físicas con las posibilidades que ofrece el correo electrónico, no puede soslayar los años de reflexión compartida que obran como fondo de una proximidad laboriosa. Temas filosóficos, como la Culpa y la Expiación, la Responsabilidad, la autoría individual y colectiva, se precipitan en la pregunta por el misterio de la lengua poética que alza su voz en la materia informe y sin sentido.

**Horacio González:** Querido Oscar, envuelto en la urgencia te escribo unas preguntas que me gustaría hacerte, a la manera de un reportaje —a ser excusado este término—, como resultado de haber concluido la lectura de tus últimos libros de poemas, *Espera la piedra* y *Partituras*. Un abrazo, H. G.

1. En *Espera la piedra* impresionan las imágenes infernales, una perversidad endemoniada que sería pavorosa sino no se tratara, al parecer, de una fundación del verbo a través de la sangre. Quizás un sacrificio frente al matadero de almas, al naufragio de todas las criaturas, en pos de una culpa suprema que permitiría crear el mundo otra vez. ¿Admitirías que se trata de una extrema asociación entre sangre y escritura?

2. Tus libros filosóficos *El abandono de las palabras*, *La intemperie sin fin* y *Exceso y donación*, presuponen una escritura poética, un acoso de preguntas y una reflexión en acto sobre el propio momento en que el filósofo reflexiona. Se deja todo en estado de incierta donación: ya por existir el pensar, produce un exceso que en esencia se torna un impensable. En estas condiciones, el yo es un abismo que se retira ante cada pregunta que realiza. Es un sacrificio que ocurre en el seno de esta paradoja de la escritura, no por la sangre derramada, como en el realismo escatológico de De Maistre. Me viene este nombre a la cabeza, porque tu obra llega a un punto de escándalo sobre la sangre, resuelto con un pensamiento sacrificial pero con una conclusión que ya sabemos: el “no matarás”, que parece brotar ahora del interior de tu poesía, que pasa por la piedra, la nada, el ruego. ¿El poema “Espera la piedra” puede ser una conclusión del “no matarás”, pero declamada por un dios asesino?

3. Algunos dijeron que en tu escrito sobre el “no matarás” subyacía una idea de *culpa comprendida en términos de expiación, lo que parecería debilitar la asunción de una responsabilidad. Lo hecho, hecho está*. La expiación indicaría que alguien que lo hizo quisiera no haberlo hecho; o que alguien que imaginó que estaba bien lo hecho, quisiera compensar al mundo por haber tenido ese pensamiento extraviado. Otra vez: exceso y donación. Pero quisiera poner este tema ante tus poemas publicados en el libro con el nombre de *Dijo*. En él, parecería que un poeta originario lucha para dar comienzo a las cosas. Tiene rituales, letanías, palabras de celebración, alabanzas oscuras y un canto que se da entre túmulos y alaridos. Hay un misterio que está a punto de revelarse y no encuentra cómo hacerlo a pesar de tener todas las palabras a mano. Quizás es la propia historia de Cristo que ha sido mal contada y precisa una nueva fonética, pero el que la busca cree estar diciendo lo correcto, y por primera vez. Pero el lector de *Dijo* percibe el elegíaco distanciamiento entre lo que ya sabe que se ha dicho y este otro plano del decir en el que parece que alguien hace el esfuerzo de recordarlo; o bien desea hablar y no puede más que dejar un rastro de fonemas y el aura de voces que apenas se escuchan en sordina. ¿Qué le faltaría? Me gustaría preguntarte, en este punto, si *Dijo* serían también los poemas de una expiación (en caso de que este vocablo te resulte apropiado) ante una fórmula de creación del mundo que precisaba de otras heridas, no las que cuentan los libros sagrados conocidos.

4. El poema “Dijo” comienza con una exclamación apagada y una confusión

de persona. Alguien menciona a un tercero en segunda persona singular pero lo hace anteceder con el pronombre de la tercera persona del singular. Es un sollozo que más bien quisiera ser un alborozo. Pero esa vacilación le permite el balbuceo. ¿Se intenta captar ese estado de balbuceo de la lengua? El balbuceo es quizás el origen del habla. Es el estadio en el que están a prueba los sonidos, las correspondencias, enlaces y apareamientos de letras, procurando por objetos del mundo con los que juntarse. En “Dijo” hay objetos que también están a prueba: piedras, animales, flores. Sin poder diferenciarse pero sabiendo que una diferenciación completa no satisfaría la formación del lenguaje, que reclama el equívoco entre él y el, equívoco entre la persona y lo que la señala. Confusión gramatical que aparece como el origen de lo sagrado. Aunque ese origen parece representar tan sólo una voz que fracasa en crear el mundo. Ezra Pound quizá sintió del mismo modo el llamado a una catarsis general del mundo, pero propuso un programa posible,

**El problema es cuando uno está convencido, como lo estoy yo, de que es así, de que no hay nadie que sea el autor o el creador del poema, y menos que nada un yo. Todo se dice y se escribe solo, sin ningún soporte trascendente a la cosa misma, quiero decir al poema. Sé que pensarlo y vivirlo así es una locura, pero creo que es mayor locura pensar que “alguien” desde fuera del habla y sin habla, habla, o piensa o escribe.**

aunque luego también reprobado: combatir el “cautiverio vegetal de la sangre”. Ahora me gustaría preguntarte si todas estas formas poéticas exigen el empleo de un yo confesional, que se convierte en toda la potencia posible del yo. Es decir, se convierte en un imposible yo, que aborda el

absurdo de desatar su pasado y querer afirmarse por esta vía que disuelve lo hecho. Otra vez la expiación. El problema que se origina es de naturaleza mitológica. El yo se disuelve en una confesión para poner su verdad irreductible, y al mismo tiempo no podría sino afirmarse como fuente de verdad. La verdad se convierte entonces en una simultánea afirmación y negación del yo. Confiesa para salir indemne gracias a arrasarse. ¿Tus poemas conducían a la carta que escribiste en la sección “Carta de lectores” de *La intemperie*, originando la polémica, o ella puede permitir leer de otra manera tus poemas? Sin querer llevarte nuevamente al terreno del diferendo ya atravesado, Jorge Jenkins deduce que una posición confesional como la que sostenés puede ser tan sincera como inauténtica, pues pone el yo y lo deshace, emplea argumentos para decir que no argumenta. El problema es crucial: de alguna manera debo ser mi pasado pero no hay por qué dejarlo bajo su sello de identidad ya transcurrido. Apelo a los derechos del presente para revisar lo actuado, admitiendo la dificultad que tiene toda construcción de sinceridad. Desde el punto de vista de la escritura de textos, hay aquí una interesante mitología del yo como acceso a su auto anulación. ¿Admirarías aquí la presencia de un acervo nominalista de la literatura argentina, que proviene de Borges y sobre todo de Macedonio Fernández, cuyos textos examinaste en tus obras anteriores?

5. Volviendo una vez más a tu “Carta a *La intemperie*”, no para retomar la discusión, sino para seguir indagando qué discutíamos, ¿no te parece que ella es un experimento retórico absoluto? Dice sólo lo que ella es. Está vacía de historia e invoca apenas lo que sería un

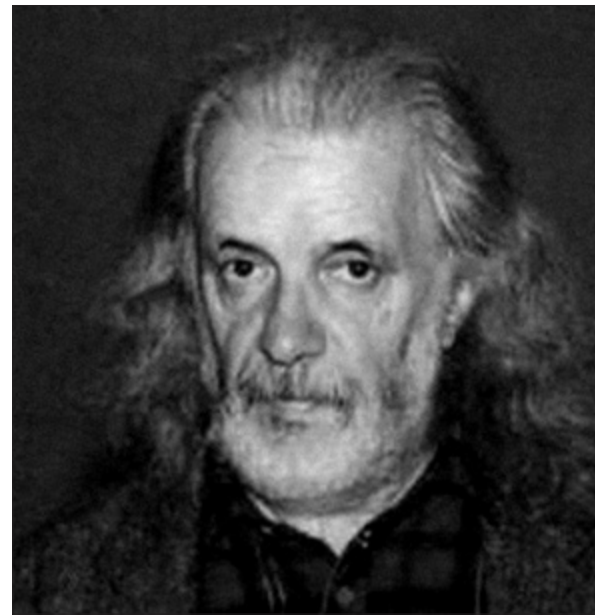
arquetipo platónico de la discusión, la justicia y el sentido de cualquier esfuerzo humano, cuanto más lo político. No es habitual un documento así entre nosotros, pues estamos inmersos en “sociologías de la creencia” y “políticas de la memoria”. Me pregunto si en *Partituras* —tu reciente libro de poemas—, no sólo encontramos la última vuelta de tuerca del “Dijo” sino también una idea de cosmos sangrante, a la manera de una Biblia rota, asimismo despedazada en palabras esparcidas en la página. ¿El río tipográfico de Juan L. Ortiz parece aquí haberse convertido en círculos que dispersan el verbo, como si algo hubiera estallado en el centro del universo? Estas “partituras” parecen ser textos esparcidos que conservan un débil hilo de sentido, cuyo tema sería el de la fundación del ser en una jornada de horror. ¿Estamos acertados al designar de este modo tus poemas? ¿No son, mirando a la distancia, una reflexión extrema sobre la historia del mundo, a la luz de una historia argentina a la que tanto pudo sugerirle la idea de pasado y presente? ¿Y ahora? ¿Se podría decir que esta misma idea de “pasado y presente” pasó de tener un alma gramsciana a tener una apelación a descifrar el pasado como mito visto por un presente en el que “se oyen lamentos”? En todo caso, *Partituras* parece llevar a un extremo la aventura poética de Leónidas Lamborghini, en el sentido de que algo se dijo en un pasado primordial, y sólo se pueden rescatar unos pocos mendrugos pavorosos. ¿Es aceptable presentar así tu larga tarea poético-filosófica?

**Oscar del Barco:** Querido Horacio: vos sabés que en realidad no puedo responder a tus preguntas, complejas

y hondas, porque las respuestas están ya encriptadas en las propias preguntas. Tus preguntas hilvanan tu propia respuesta.

Pero no sólo me resulta imposible responder a esas preguntas a causa de la complejidad de las mismas sino, y ante todo, porque *nadie* es el autor de los poemas; es el propio lenguaje el que toma la “iniciativa” de las palabras, mientras que el autor es el primer lector, etc. Estas aseveraciones de Mallarmé fueron y son, desde hace muchos años, mi creencia más firme en relación con el poema. Al decir las parecen obvias, pero el problema es cuando uno está convencido, como lo estoy yo, de que es así, de que no hay *nadie* que sea el autor o el creador del poema, y menos que nada un *yo*. Todo se dice y se escribe *solo*, sin ningún soporte trascendente a la cosa misma, quiero decir al poema. Sé que pensarlo y vivirlo así es una locura, pero creo que es mayor locura pensar que “alguien” desde fuera del habla y sin habla, habla, o piensa o escribe.

Si, en consecuencia, intentara una respuesta a tus preguntas, estaría aceptando de hecho el *presupuesto* implícito en ellas respecto a la existencia de un sujeto o un “yo” autor o creador del poema en su original inmanencia subjetiva de la que el poema sería una copia, y de esta manera estaría aceptando que *sé*



Oscar del Barco

algo que el poema dice más allá de lo que efectivamente dice, y así dejaría de lado el hecho de que lo único que el poema dice es el propio poema. Y la verdad es que *no sé* nada del poema, o no sé más de lo que sabés vos y de lo que puede saber cualquiera que lo lea (“no sé” significa que no tengo ninguna explicación o clave última del poema).

Una vez dicho esto, agregó que obviamente vos o yo o cualquiera puede decir, pensar, analizar, criticar, destruir o alabar el poema. En mi “interpretación” del poema de Juan L. Ortiz “Ah, mis amigos, habláis de rimas...” sostuve que mi interpretación era una de las tantas posibles. En consecuencia, y en una vía nietzscheana, pienso que todo es interpretación, sin que haya ninguna garantía de interpretación fundada en un autor.

Teniendo en cuenta, para concluir con estas observaciones, que “poeta” se *llama* al lugar-de-manifestación donde surge *eso* que llamamos poesía. Ese *lugar* de manifestación de la poesía (es) en este caso lo que llamamos “yo”, un yo-habla y no un yo-que-habla, como si el habla fuese un atributo de algo distinto al habla, y que podría así, fundándose en esa diferencia, hablar del poema y de las circunstancias o motivaciones subjetivas en las que se produjo su manifestación. Manifestación que se produce, por supuesto, en lugares investidos empíricamente, y que el poema/poeta “expresa” de la misma manera que expresa lo trascendental en el acto de su manifestación. El trabajo del llamado “poeta” consiste en producir y sostener su *apertura* (y esto conlleva necesariamente el “sacrificio” del yo, la destitución del yo por el no-hombre) para que en eso *abierto* acontezca el poema.

A partir de estas sucintas aclaraciones intentaré hablar de algunas de tus preguntas.

La *culpa*, después de la “muerte de Dios” y, en general, de la caída de los conceptos centrales de la metafísica, es inmanente; quiero decir que es nominativa: *llamo* “culpa” a lo que vos tal vez nombrás con la palabra “sangre” (la “especie humana” como carnicería o sevicia hiperbólica); es al peso espiritual de esa *sangre* a lo que podemos llamar *culpa*. Claro, algunos dicen “yo no soy culpable ni responsable de lo que pasa en el mundo”, en cuyo caso, y como consecuencia lógica, deberíamos aceptar que en el mundo hay *inocentes* por un lado y *culpables* por el otro, lo que es absurdo, salvo que aceptemos un ser trascendente que funde tanto el bien como el mal. *De alguna manera* (aunque a algunos esta indecisión les desagrada) todos somos *culpables* (de olvidos, de indiferencias, de maledicciones, de envidias, de odios, etc.). Pero para entender esta afirmación de culpabilidad es preciso no aislar los hechos. Por ejemplo, al hecho de que un niño muera de hambre en tal o cual lugar hay que subsumirlo en lo que Robert Antelme llamó “la especie humana”. En caso contrario tanto la *responsabilidad* como la *culpa* aparecen como algo inverosímil, e incluso absurdo: ¿cómo voy a ser yo responsable de lo que pasa en África o —haciendo referencia al *No matar* que vos recordás—, de la muerte del Pupi en las sierras de Salta!? El problema es que no hay hechos aislados: si somos-con-otros, si no hay mónadas sino comunidad o “especie”, no podemos hacer del *otro* un otro aleatorio, un otro separado absolutamente. En este sentido, el deseo de inocencia exacerbado puede llevar a la constitución de

un Dios como forma ideal destinada a eximirnos de la culpa, como fue el caso de Cristo asumiendo y redimiendo los pecados del mundo.

En la idea de “culpa” están implicadas las ideas de *libertad* y de *responsabilidad*; una responsabilidad digamos ontológica, quiero decir que no depende de que subjetivamente la aceptemos o no, sino que es eso que vos llamás “sangre” (hambre, frío, persecución, encierro, ¡muerte!) que clama en cada conciencia, aunque no lo sepamos. De alguna manera las guerras, los genocidios, las persecuciones y torturas pesan, siguen existiendo, y ese peso, esa carga, es lo que llamamos “culpa”. En este sentido sí veo una “extrema asociación” entre *sangre* negada (y no, por supuesto, en una acepción del tipo fascista) y *escritura*. Pienso que la “estética” de *Espera la piedra* y de *Partituras* (uso la palabra estética en el sentido que le daba Antonio Machado al decir que toda poesía implica una estética) es un levantar la palabra precisamente contra la “sangre”... Pero no se trata de hablar simple y directamente contra la “sangre” sino de algo más, de un *más* que es propio del orden poético... Huidobro decía que la poesía no canta a la lluvia sino que hace llover... En este sentido me refiero a una poesía –digamos– no-sangre, o que esencialmente desconstruye la sangre...

El *yo*, decís, es “un abismo”... Yo agregaría que *no es* nada de cosa, de sustancia, de ser. Pienso que la palabra “abismo” no está mal si le sacamos el “es”, vale decir que *yo* sería abismo, abierto, infinito...

En esos poemas cuyo nombre es un oxímoron (¿cómo podría *esperar* una piedra? Y si no hay nadie, ¿quién o qué esperaría a la piedra?) hay, a veces, un exceso de claridad y a veces un exceso

de oscuridad, ¡que deben soportarse!; podríamos decir también un exceso de manifestación, de pura presencia, y otro exceso de falta o de ocultamiento. Todo contradictorio, porque si no hay *nadie*, ¿de qué sería presencia la presencia y ausencia la ausencia?

No entiendo lo de “dios asesino”; más bien yo diría “proclamada por un asesino”, como si la especie humana se asumiera culpable de su ser-así y se llorara ante ese ser-así, o se maldijera. Del Dios como asesino yo suprimiría la palabra Dios vaciándola de determinaciones; pero, si Dios fuera, por ejemplo, naturaleza, no podría ser sino asesino, y basta mirar el mundo para comprenderlo...

La responsabilidad es incomprendible, pero esto no quiere decir que no sea; sabemos que es, pero no sabemos qué es. Se niega con exaltación la *responsabilidad* porque implica –recuerdo a Blanchot– un “sumo padecimiento”. El padecimiento de compartir el padecimiento, en una suerte de comunidad-de-sufrimiento; me identifico no sólo de palabras sino de acto con el ejecutor, y eso me convierte realmente en el ejecutor, y eso es volverse loco.

Por otra parte pienso que no hay “expiación” posible de la culpa. No puede haber *perdón* post facto; nadie puede asumir la culpa y perdonar (cargar con los pecados, redimir, perdonar, como habría hecho Cristo). Solo la víctima podría perdonar en el instante de la victimización, pues en caso contrario el tiempo haría que se perdonara a otro: la víctima perdonaría a un otro

**El perdón es imposible porque el instante no pervive, de allí que el perdón tenga siempre algo de simulacro: el acto de herir pasa y es el acto lo que debe perdonarse. Así lo que se perdona es un imposible: habría que resucitar el acto...**

que el verdugo... El perdón es imposible porque el instante no pervive, de allí que el perdón tenga siempre algo de simulacro: el acto de herir pasa y es el acto lo que debe perdonarse. Así lo que se perdona es un imposible: habría que resucitar el acto...

Es cierto: uno (¿pero quién “uno”?) quisiera “no haber hecho” el mal; pero lo hizo y lo hace, y eso, ese mal, es ilevantable e imperdonable. Podríamos llamar “dios” a eso que idealmente

**En realidad no hay un por qué ni un para qué de los poemas, de ningún poema en cuanto poema. Más que como una expiación los consideraría como un lamento; repito, no hay expiación; el poema se eleva, o, si preferís, se rebaja al nivel de la queja, es un simple y mísero quejido, siempre mísero, ante lo imposible de pagar, o de expiar...**

asume el mal y lo redime perdonándolo... Éste es el tremendo mito de Cristo, un Dios que se hace hombre para rescatarnos del pecado y abrir la posibilidad de una reconciliación eterna. Y no sólo mito

también de las filosofías que recurren a Dios como momento de reconciliación infinita, como una ascensión en el fondo absolutoria.

En realidad no hay un por qué ni un para qué de los poemas, de ningún poema en cuanto poema. Más que como una expiación los consideraría como un lamento; repito, no hay expiación; el poema se eleva, o, si preferís, se rebaja al nivel de la queja, es un simple y mísero quejido, siempre mísero, ante lo imposible de pagar, o de expiar...

El balbuceo no es un “intento” por captar... nada, no tiene intencionalidad. Como el poema no puede decir nada, su balbuceo es lo máximo o el extremo del habla –vos decís “el origen”–. Y si fuera posible tematizar un origen, lo que lógicamente me

parece imposible, tal vez la palabra origen como vos la usás sería utilizable, pero siempre de manera vacilante.

El poema “*Espera la piedra*” tiene mucho de *blasfemia*. Pero una blasfemia laica, vale decir sin un dios a quien blasfemar. Una blasfemia sin sentido, vacía, pero a la vez una suerte de insulto desconsolado arrojado hacia nada, un insulto que nos embarga como un llanto vuelto sobre sí mismo. Sí, una blasfemia que en última instancia, y esto puede ser una desgracia, cae sobre el propio poema...

No creo en un *yo*, alma, sujeto, o lo que sea... Más bien pienso que el llamado “yo” (al igual que Dios, Sujeto, Alma) es (¿pero no puede *ser!*) ese hueco, o vacío o nada, que nunca lograremos captar o nombrar porque precisamente (somos) eso, y para captarlo o nombrarlo tendría que ser él mismo otro (yo: otro), un algo que por ser otro que yo, yo podría nombrar. Si a esta negación la querés llamar “expiación”, considerándola una supresión hiperbólica del “yo”, o mejor aún, un *suicidio*, tal vez la expresión sea válida. Si aceptáramos que uno es culpable (incluso de algo ignoto) es posible que para *la imposible* expiación (¿pero este es un tema inabarcable!) de dicha culpa recurriéramos en última instancia al suicidio (esta fue la formidable saga mítica de Jesús-Cristo, un Dios que se vacía de sí haciéndose hombre y sacrificándose para redimirnos del mal que está en el origen del hombre por haberse separado de Dios al asumirse en y por el pecado...). A mí me resulta difícil entenderlo así, pero no niego que es una posibilidad “lógica”, al menos de una extraña lógica sofisticada.

Creo que Jinkis se equivoca a causa de un racionalismo que le impide entender, como diría Gorgias, que el Ser no es

y que el no-ser es (¡algo tan simple!); “afirmación y negación del yo”, ¡claro!, porque se trata de espacios o, valga la expresión, de lugares diferentes que ya Kant analizó *in extenso*: no podemos dejar de utilizar el “yo”, de decir “yo”, y, sin embargo y al mismo tiempo, de negar el *yo* (en realidad el *enunciado* se enuncia solo, no hay un *quién*, ni un *quien*, del habla, y por supuesto que esto puede resultar un hueso duro de roer, y ahí está la historia de la filosofía para demostrarlo). Se trata de una suerte de “cinta de Moebius”: hay que emplear argumentos para decir que no hay argumentos; reconozcamos, Horacio, que se trata de pura óptica (Derrida ya señalaba la paradoja de que no hay más remedio que utilizar el lenguaje de la metafísica para criticar la metafísica). Sí, al respecto mi referencia, o mi inclinación más bien, sería hacia el Macedonio que afirmaba su no-almismo...

Tal vez sea posible “presentar así” *Partituras*; pero considero tu palabra “reflexión” en el sentido de figuración (meta-fórica en cuanto llevar algo, el razonamiento, la palabra, al límite –¿límite de qué si no hay límite?–). Y tal vez me inclinaría a ver el poema como un *fin*, en el sentido de término, de acabamiento: “el abandono de las palabras” entendido en la completud del doble genitivo, y lo que queda son restos, de acordes, de ritmos, de palabras... pero pregunto, me pregunto, ¿por qué después de ese final surge otra cosa que de alguna manera continúa lo mismo en otro poema, como si la palabra renaciera de su fin, renaciera de su muerte en una especularidad lacerada, para hablar ya solamente de la muerte, o, más aun, como muerte, o, en tus palabras, de la “sangre”, como sangre...? No se trata, es obvio, de *la*

“estética” sino de lo que puede implicar al nivel del pensamiento *un* poema. No hay *estética*, hay poemas, cuadros, música, con sus particulares “estéticas” (lo pongo entre comillas para señalar la imposibilidad de una tal hipóstasis). En otras palabras, cada uno hace lo que quiere y lo que puede. Pero la “estética” de estos poemas me parece que se inscribe en esa “sangre” de la especie, o después de la Shoa como diría Adorno, y a pesar de Adorno, universalizando la Shoa como *acontecimiento* de sacralidad intocable, irreferible, y sin embargo adentro nuestro, actual, vigente, llevando el lenguaje a su fin...

Y a este fin sólo podemos señalarlo como *sacrificio*. La literatura, o mejor dicho el arte, como sacrificio secular, sin ningún dios, Estado o Partido que lo recoja en su economía (de trueque: yo te ofrezco tal sacrificio y vos me das tales dones, etc.). El sacrificio secular es sin economía, es puro-sacrificio (a distinguir del sacrificio puro; y aquí estoy haciendo una referencia al sesgo del problema del puro-amor en Fenelon), un sacrificio del “yo” (sujeto, alma o espíritu) que no puede justificarse. Repito lo ya dicho: en el arte no hay “yo”; luego el arte implica la extinción (o la muerte) de ese *fundamento* egológico que, a la vez, implica la muerte o el fin de la onto-teo-logía (ser-dios-razón). Hay un momento en que el llamado “artista” (al igual que el místico, el revolucionario o el erótico) toca, en un punto-real, la muerte (¡la “sangre”!), lo que Mallarmé, a quien siempre se vuelve en este tema, llamó “desaparición elocutoria del poeta”, y “desaparición” es *desaparición*. ¿Cómo no pensar en Hölderlin, en Artaud, en Nietzsche, en Rotkko, en Staël, en Pollock...? Si me preguntaras el por qué, la causa, de *este* sacrificio, de estos



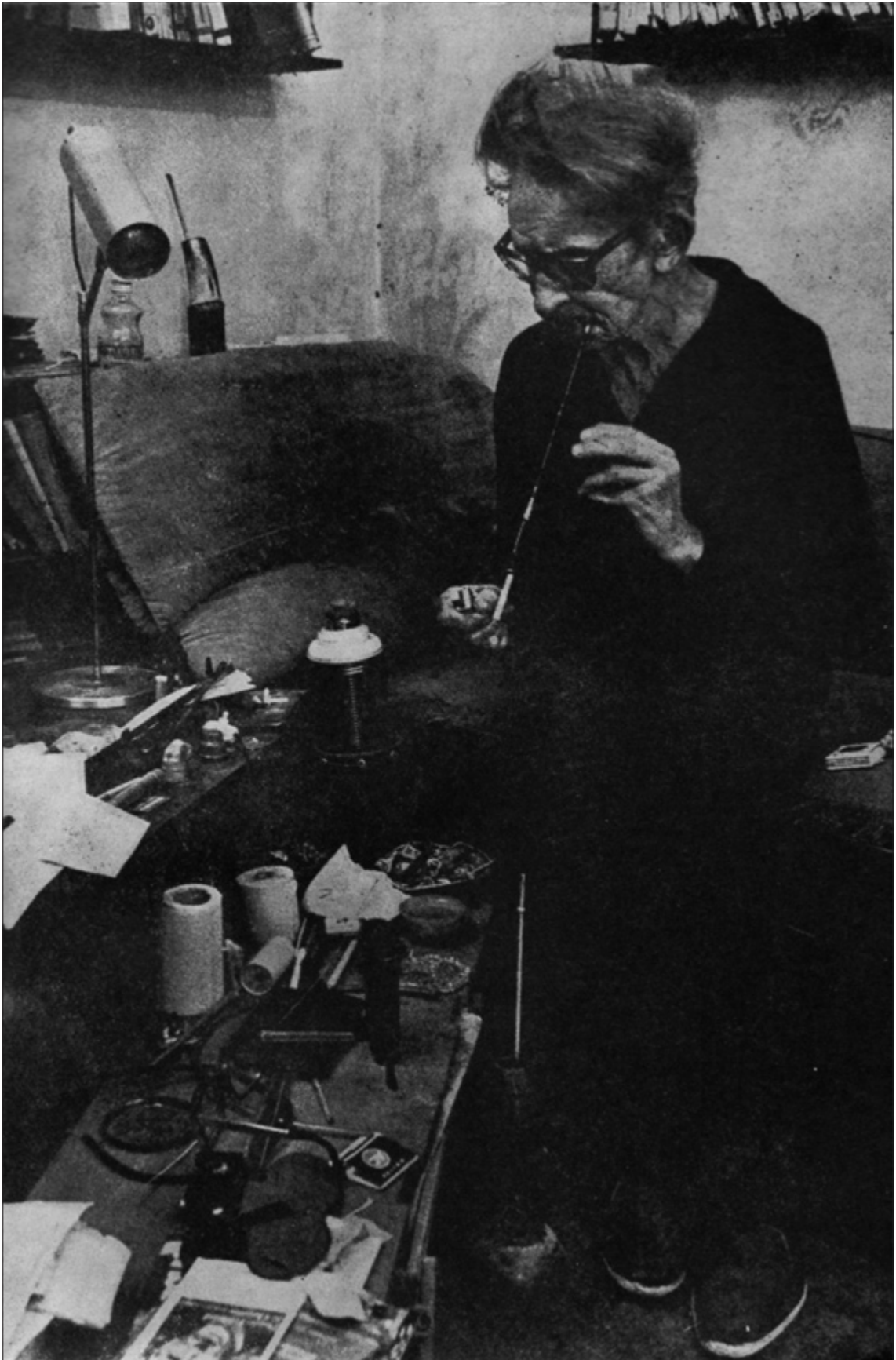
sacrificios, la verdad es que no podría responderte, creo que son incomprensibles. Incluso creo que el sólo intento de comprensión lo perturba de tal manera, al intentar sometimiento a la *razón*, que lo vuelve extraño, incognoscible, pues sólo conocemos nuestra perturbación o la formalización en lengua de algo informalizable...

El estupor de que no haya redención-reconciliación (ni, por supuesto, perdón), y que seamos sólo “sangre”, muerte, nos lleva al absurdo. Lo último de lo último es que no *hay*: no hay más-allá-del-ser, ni último hombre, ni Dios, ni “hay”, ni “último dios”, ni Ereignis o coapropiación, ni infinito, ni sustancia, ni

esencia, ni salvación, ni acontecimiento, ¡sólo estas pocas letras que se arman y desarman en 100 mil millones de neuronas y millones de billones de sinapsis en centenares de billones de estrellas y de galaxias que flotan en el vacío sin *dónde*, sin *para*, sin *qué*...! Sólo letras sin nadie, nombres... huecos, vacíos, fantasmas, virtualidades, nada. Sólo sueños sin nadie que los sueñe, palabras sin nadie que las pronuncie. ¿Quién ha dicho *esto*? “Somos” el sonido de un puñado de letras que flotan inmóviles en el infinito... ¿El infinito? “Palabras... palabras...”.

El poema no dice, surge en una exclamación sin sentido.

Juan L. Ortiz



*Entrevista*

## Noé Jitrik: “La literatura dialoga secretamente, envía señas de nuestra experiencia colectiva”<sup>(\*)</sup>

*Por Sebastián Scolnik*

Quizás haya algo en común entre aquellas jornadas primeras de los albores de Argentina y estas horas, algo más inciertas: la dificultad de imaginar una existencia colectiva. No habrá tal perspectiva sin una literatura que la incite y la convoque. Y es que ella ha aparecido siempre en los momentos de peligro; sea bajo el esbozo de la crítica de su época o bien como promesa redentora, las ficciones cinceladas por las plumas de los escritores argentinos concurrían a la cita con la historia.

Le hemos solicitado a Noé Jitrik la ardua tarea de trazar un esbozo de lo que ha sido el movimiento literario del país: sus pulsaciones precursoras, sus vacilaciones y sus nombres más inspiradores. Aceptando, casi con resignación pero con entusiasta ánimo perseverante, Jitrik desgrana en este diálogo el despliegue zigzagueante de la literatura en su relación, problemática, con el curso de los acontecimientos políticos y sociales.

Los escritores de Mayo de 1810, la Generación del 37, Lugones, Rojas, Sarmiento y el *Martín Fierro*, Roberto Arlt, Martínez Estrada, Borges y Jauretche son legados imprescindibles cuando nos interrogamos sobre las posibilidades de pensar qué es Argentina en sus dilemas bicentenarios.

**La Biblioteca: ¿Cuál es el significado de la literatura, cuál es su presente y porvenir en esto que, con cierto fervor místico, seguimos pensando como existencia colectiva?**

Noé Jitrik: Si observamos los comienzos de una literatura en Argentina, la idea de existencia colectiva es un interrogante. ¿Qué era la colectividad en la sociedad argentina hacia el final de la colonia en 1810?

La presentación de la Revolución de Mayo es, en realidad, la decisión de un grupo de personas que se propone configurar una existencia colectiva y que encuentra dificultades tales como la amenaza de la anarquía y la posibilidad de enfrentamientos armados que se extenderán luego durante sesenta años. En rigor, la idea de existencia colectiva era virtual... Por un lado, porque la realidad era más bien dispersa, y por el otro, porque había quienes intentaban darle una forma concreta y específica a dicha virtualidad. Este objetivo se planteó a partir de un modelo que, para los revolucionarios de 1810, podía reconocerse positivamente en Francia, y de forma negativa en España. Esto es lo que podríamos entender como la intención que subyace a Mayo de 1810, y el motor que llevó a un determinado grupo a generar ese hecho histórico.

Pero no se trataba sólo de una voluntad patriótica, sino también, forzado por las circunstancias o no, de un grupo de escritores. La mayoría de los protagonistas de Mayo de 1810 escribieron sus memorias. Hasta un sujeto tan imprevisible, como fue el coronel Saavedra, también lo hizo. En esas memorias personales está lo que tiende a consolidar o construir esa colectividad. Una de las que más se destacan

es la de Manuel Belgrano. Son tan atractivas como dramáticas: es casi el único que imprime un sesgo dramático en sus escritos, que da cuenta de cualidades, tanto por su formación como por sus ideas y dramas personales, y sobre todo, por el modo en que encaró el proceso que parecía irse todo el tiempo de las manos. Es más, se fue de las manos rápidamente. En diez años el país fue mostrando un aspecto muy diferente de la idea de 1810. Es a partir de ese momento que la noción de existencia colectiva empieza a problematizarse, y se inician los enfrentamientos radicales que se van a prolongar durante décadas.

**LB: ¿Cuál era el papel de la escritura en ese momento, y cómo podrían pensarse las diferencias respecto a las formas más contemporáneas?**

NJ: La escritura desempeñó en aquel momento un papel fundamental, porque ese mismo grupo que llevó adelante la revolución era ilustrado y tenía una cierta sensibilidad respecto a la literatura, tal como se entendía sobre todo en la herencia borbónica. Había un costado, que no podríamos llamar aún de literatura pero sí una manifestación previa que después pudo ser considerada o bien literaria, o bien popular –muy embrionaria y restringida, de valor más bien testimonial– sobre la voluntad de construir algo. Se trataba de dos formas expresivas: una que tenía relación con un sector de la población poco cultivado, y otra con un sector cultivado, heredero de la cultura borbónica ilustrada.

La llamada “Canción patriótica”, de López y Planes, que luego será consagrada como himno nacional, es un claro testimonio de esa voluntad de

construir una nación. Idea sobresaliente para Mayo, de herencia rousseauiana, ya que fue Rousseau el primero en hablar de ese concepto, retomado por López y Planes en el Himno. Hoy ese

**Ese dar por sentado un país que todavía no existía, pero que se manifestaba por escrito, indica el papel que desempeñó la literatura en el siglo XIX. Toda ella está recorrida por esa vibración interna: conferir existencia a algo que aún no la tiene del todo. Y en eso, un concepto, el de representación, desempeña un papel fundamental. Es inequívoca la gradual tendencia a tratar de representar lo que todavía no puede ser del todo representado.**

texto puede sonar a hueco pero, sin embargo, se sigue cantando, porque por sus versos transita la voluntad de construir una nación, un país, que todavía no existía pero que en la canción y en la literatura se daba por existente.

Ese dar por sentado un país que todavía no

existía, pero que se manifestaba por escrito, indica el papel que desempeñó la literatura en el siglo XIX. Toda ella está recorrida por esa vibración interna: conferir existencia a algo que aún no la tiene del todo. Y en eso, un concepto, el de representación, desempeña un papel fundamental. Es inequívoca la gradual tendencia a tratar de representar lo que todavía no puede ser del todo representado.

En eso piensa un escritor como Esteban Echeverría. Toda su obra está atravesada por la intención, el esfuerzo y las ganas de asir una realidad, que se siente como inarmónica e inorgánica. Las escrituras que se producen en esta perspectiva son embrionarias pero tienen su lugar. En la época rivadaviana, 1823-24, los registros de aduana muestran los objetos culturales que arribaban en ese momento, traídos por ese gobierno ilustrado. Era impresionante. Uno de ellos fue un

libro publicado en España, llamado *La Lira Argentina*, que recupera la obra de 25 ó 30 poetas argentinos. Salvo uno de ellos, todos están en la misma línea poética de López y Planes. Ese que se destaca, pero que es igualmente admitido, es Bartolomé Hidalgo, que comienza lo que luego será el lenguaje gauchesco y después va hibridándose. Dichos textos forman parte de la poética general, pero el hecho de que alguien recopilara a todos estos poetas, los hiciera publicar, y que luego el volumen hubiera llegado y trascendido en esa remota Argentina es sin duda muy significativo.

Por otro lado, en ese momento empiezan a surgir publicaciones locales. Por ejemplo, un periódico llamado *La abeja argentina* –nombre bastante revelador– que se ocupa de diferentes campos de la realidad, incluidos diversos discursos y nacientes preocupaciones. Publica artículos sobre ingeniería, sobre poesía, teatro, agricultura, navegación, industria. Es un intento de construir un país por medio de las palabras. Pero la historia indica que si se construyó el país lo hizo por otro lado. Una de las pocas cosas que quedan de ese ímpetu es el Banco de la Provincia que todavía existe.

**LB: Nombrás la capacidad anticipatoria de la palabra, como una imaginación colectiva del país que aún no existía. Podríamos pensar en dos grandes vertientes de esa imaginación: por un lado la Generación del 37, un puñado de nombres que pensaron los dilemas de la época en clave generacional. Y luego, con una impronta muy diferente, estaría el surgimiento de un revisionismo nacionalista ligado al Centenario, encarnado por nombres como el de Lugones o Rojas...**

NJ: A propósito de las plumas que se instalaron como imaginación colectiva de país, la Generación del 37 es un momento particularmente interesante, por ser un período de muchos cruces y perplejidades en relación con esta intención de dar fórmulas desde la palabra que sirvieran para organizar el país. La idea de organización ya había aparecido en la Asamblea del año 13, es decir, desde el comienzo aunque embrionariamente. Se trata de crear instituciones a semejanza de los modelos franceses: ya el mismo nombre, asamblea, está tomado en préstamo. Hacia los años 30 estos intentos empiezan a capotar, se ahogan, y entonces los jóvenes del 37, presentándose como generación, vuelven a replantear y reformular la posibilidad de establecer pautas para la organización y construcción del país. Esto se ve claramente en las obras de Echeverría y Alberdi, ambas inaugurales respecto a las propuestas institucionales que presentan. El mismo Alberdi es quien años después escribirá las “Bases” de la Constitución. Su excepcional cabeza funcionaba casi programáticamente. La palabra organización es importante; después reaparecerá en el 80. Este término viene del pensamiento no utópico de Francia, del sector denominado “eclecticismo francés”. Echeverría recupera este término en su libro *Dogma Socialista*.

Pero cabe aclarar que Echeverría es además un escritor, es el primer escritor que podríamos llamar moderno. Es un autor que vivió un momento de transición de la literatura francesa, y que fue casi testigo de las contiendas románticas en París. Pero, contrariamente al modo en que muchos la presentan, su concepción literaria no es de sometimiento respecto al modelo

romántico, sino más bien un impulso que el romanticismo le da para conectarse con estructuras muy misteriosas y secretas de la realidad argentina. Y esa manera de considerar misterioso lo que ocurre por aquí, en la pampa, las ciudades, las temporalidades propias, es un modo de pensar romántico, pero también local; es un pensamiento que intenta dar forma a la experiencia local para tratar de llegar a esa idea de organización que se va dando después.

El grupo del 37 tiene varios nombres notables, luego fundamentales: Alberdi, Juan María Gutiérrez, Echeverría, y las conexiones que mantienen con gente del interior del país. Buenos Aires es, en ese momento, el horno del que salen todos los panes ideológicos, estéticos y políticos, pero que encuentran fuera de Buenos Aires alguna gente que sobrepasa lo que la capital forjó, por ejemplo Sarmiento, que estaba conectado con este grupo, pero que hace una formulación novedosa. Encuentra una salida, que podemos ver como literaria en un sentido a-genérico, no sometida a ninguna indicación de ningún tipo, con una fuerza extraordinaria y una arbitrariedad o locura expresiva enormes. Su obra es una irrupción dentro de un panorama en el cual los intentos anteriores se presentan de un modo desiderativo, pero tímidos en su formulación.

Esta Generación del 37 cuenta con el *Dogma Socialista* de Echeverría, los escritos filosóficos de Alberdi –escritor que piensa en términos de nación–, la idea de cultura literaria de Gutiérrez –quien dice que si la independencia supuso cortar los lazos con España, para ser congruentes habría que abandonar la lengua española y adoptar el francés; paradójicamente, años después, Gutiérrez termina siendo académico

de la Real Academia Española—. Lo del francés no era más que una utopía lingüística disparatada...

Lo que se gesta en ese período, un poco dislocadamente, se organiza mucho más en el pensamiento de Sarmiento y posteriormente en el de Alberdi, que son los que inspiran la resolución,

**En el *Facundo*, Sarmiento invita a navegar por conceptos, y lo que queda luego de la lectura, no son tanto las afirmaciones más tajantes, sino esa deriva, ese ritmo que se presenta como momento fundacional de una literatura posible que no está sometida a modelos. Es el momento fundante de una literatura en la que los referentes están ahí pero tergiversados, en un movimiento intelectual dotado de un ritmo de la prosa que hace que aún hoy el libro sea legible, más allá de saber qué es lo que pensaban los escritores de aquella época, o de descubrir perlas ignoradas de la literatura argentina del siglo XIX, que difícilmente las haya.**

por llamarla de alguna manera, de la anarquía, y allí empieza a crearse la posibilidad de armonizar los diferentes grupos locales antagónicos, cuyos enfrentamientos impedían que la idea de nación terminara por concretarse.

En Sarmiento aparece la idea de que *Facundo* Quiroga era un sujeto reactivo a cualquier cosa que viniera de la cultura. Pero es también él quien dice en el *Facundo*

que no era así, que, al contrario, el riojano se mostraba cercano a la idea de un orden político e institucional ya en la época rivadaviana; más tarde, *Facundo* entra en pugna con el unitarismo, pero al volver a Buenos Aires es sensible a la cultura porteña. En el *Facundo*, Sarmiento invita a navegar por conceptos, y lo que queda luego de la lectura, no son tanto las afirmaciones más tajantes, sino esa deriva, ese ritmo que se presenta como momento fundacional de una literatura posible que no está sometida a modelos. Es

el momento fundante de una literatura en la que los referentes están ahí pero tergiversados, en un movimiento intelectual dotado de un ritmo de la prosa que hace que aún hoy el libro sea legible, más allá de saber qué es lo que pensaban los escritores de aquella época, o de descubrir perlas ignoradas de la literatura argentina del siglo XIX, que difícilmente las haya.

Luego, se intentará transformar a la fuerza, convencionalmente, estas piezas en escrituras valiosas, cuando su valor pasa, en realidad, por la turbulencia: es el germen de la generación de una literatura, algo que está ahí, que hay que hacer, que tiene sentido hacer para otorgar identidad a esa colectividad en plena formación. Su valor no pasa tanto por lo estético, lo poético, ni siquiera por lo que pueda desprenderse de sus páginas. Aunque es cierto que en esos textos hay numerosas ideas y tal vez para los sociólogos pueda ser interesante rescatarlas.

**LB: Si el primero es un momento de ficción respecto de la existencia colectiva, el segundo parece querer fundar una singularidad específica con el nacionalismo, el retorno a una época gauchesca y a un sujeto nacional encarnado...**

NJ: El desarrollo que lleva a esta pregunta es particularmente dramático e interesante, porque por un lado están las ideas de la Generación del 37, pero también empieza a darse un interés por la historia, y se abre un debate interesantísimo entre Mitre y López a propósito de la Revolución de Mayo, a propósito de la biografía que Mitre escribe de Belgrano y es refutada por López; el debate es mediante sendos libros. Surge un interés por

la historia, y al mismo tiempo una atracción por la novela histórica: el propio Mitre escribe novelas románticas e históricas. Pero, por debajo de esa vocinglería, hay un rumor que es la literatura gauchesca que se va dando como una manifestación de otra naturaleza. Y ahí, como señaló Martínez Estrada, hay un equívoco fundamental, creer que la literatura gauchesca era la literatura de los gauchos, cuando era todo lo contrario. Justamente la palabra “gauchesca” era la que marcaba la diferencia: es una literatura culta que adopta un lenguaje artificioso, resultado de la observación y la transformación de una jerga empleada por cierto sector de la población. Pero ese rumor produce algo extraordinario, una irrupción: el *Martín Fierro*, libro que resume el sentido que tienen estas operaciones discursivas, vistas como sólo serviciales: los poetas gauchescos estaban siempre apoyando una causa u otra, de ahí que en conjunto se los llama la *gauchipolítica*. Sin excepción, todos son partidarios de alguien: algunos rosistas, como Luis Pérez, otros antirrosistas como Hilario Ascasubi, pero Hernández se encarga de darle otra densidad a este lenguaje, y de allí surge el *Martín Fierro*. Para algunos, como Lugones o Carlos Astrada, desde el punto de vista de lo que afirma, será el poema épico nacional. Pero para otros, quienes reivindican lo indígena y lo gauchesco, es un texto anti-indio, anti-gaucha, reaccionario. Esas interpretaciones para mí carecen de importancia porque de lo que se trata es de una eclosión del lenguaje y la formulación de una posibilidad, que luego irá palideciendo anegada por la cultura urbana, pero que ahí está y ha dejado una enorme marca.

El esquema de esa época sería: el lenguaje gauchesco es un rumor respecto de la vocinglería del lenguaje español culto, hace eclosión en el *Martín Fierro* y luego sufrirá una lenta desaparición coincidente con la derrota del universo rural, vencido finalmente unas décadas después por el lenguaje urbano.

Entre tanto, se va dando, dentro del choque de estos dos lenguajes, la imagen de una literatura posible, un poco más desprendida de la contingencia. Es el mismo fenómeno que se da en el periodismo, el cual funcionó durante el siglo XIX como unipersonal y en función de una causa política inmediata. José Hernández así lo hizo en más de un periódico, sobre todo en *El Río de la Plata*, en el que publicaba su defensa del gaucho. Y poco a poco, hacia 1870-1880, va surgiendo un periodismo que tiende a dar noticias, y corresponde al momento en que la modernización del país empieza a consolidarse, a ser una realidad.

En así que lentamente comienzan a publicarse novelas, una poesía más formalizada; aparecen sociedades de poetas, de dramaturgos. Señales que indican la posibilidad de concretar lo que previamente era sólo una voluntad. Este proceso culmina alrededor de 1880, década de triunfo del liberalismo y consolidación de una determinada idea de país. Comienza a gestarse la propuesta nacionalista, que aparece en versos elementales que funcionan como manifestación de una mirada que descansa sobre una nación a la que se le atribuyen no sólo características, sino también funciones y destinos. Empieza a funcionar la idea de la “Grande Argentina” que es un título luego retomado por Lugones, y despunta también el llamado revisionismo.



El nacionalismo es una de las manifestaciones de un conflicto militar e ideológico, que toma forma ya en el 80. Para algunos, según los parámetros del liberalismo ochentista, la sociedad está ya constituida; otros la atraviesan con una mirada de reivindicación nacionalista, y por añadidura

mediante la denominada “Conquista del Desierto” –sobre la cual no deja de hablar nuestro amigo Bayer–, la distribución de las tierras, la organización moderna de la producción agrícola y ganadera. Y junto con eso, el embrión de la industrialización y la necesidad de una producción rural diferente, más la



Noé Jitrik empiezan a llegar las nuevas ideas sociales: el socialismo, el anarquismo, todas las corrientes que acompañan el proceso de modernización del país. Una modernización puede ser un hecho mental, volitivo, pero también es un cambio estructural: la imposición de una estructura económica, la recuperación del territorio nacional

inmigración y el arribo de nuevas ideas y protagonismos. Todo ello presenta alternativas literarias de otra naturaleza, nuevas o viejas según se mire. Hasta ese momento, y de forma dominante, la literatura estaba ligada a lo político y lo social, en el sentido de la pertenencia. Como aquella distribución que operaba en Europa en la

Edad Media, en la que uno de los herederos era el que iba a recibir los bienes, el otro iba a ser cura, el otro militar. Más o menos el mismo esquema se da en la incipiente aristocracia argentina, sobre todo en las relaciones entre política y literatura que en ese período van juntas. Un ejemplo extraordinario y visible de ello es el general Lucio V. Mansilla, político, diplomático, escritor y militar.

Pero con la modernización y el pronunciado cambio demográfico, la imagen del escritor empieza a transformarse de modo ostensible y casi violento. La literatura en sentido estricto comienza a separarse de las contingencias, y esto explica el triunfo del movimiento llamado modernismo, que es una declaración de expectativa acerca de una función diferente y autónoma de la literatura, ya no más sometida a lo que funcionaba otrora y que se admitía como si estuviera naturalizada.

**LB: La emergencia de la literatura nacionalista posibilitó un orden discursivo nuevo y al mismo tiempo fundó cierto periodismo. Pueden encontrarse dos orientaciones diferentes, surgidas también de aquel magma caótico que nombraste. Por un lado, la épica política emanada del grupo FORJA, un ensayo nacionalista que intentó interpretar el mundo popular proponiendo una nueva forma de inteligibilidad de ese magma que no encajaba en las clasificaciones previas. Y por otro lado, un modo de la literatura que se expresa, desde los primeros folletines hasta la crítica urbana, y que encuentra en la figura de Roberto Arlt un exponente significativo para la historia literaria; una suerte de nihilista urbano que, a partir de su**

**travesía, va describiendo y proponiendo una interpretación posible para ese mundo popular caótico.**

NJ: Ya estamos aquí en otro país, o mejor dicho, en el país que conocemos. Este momento es preparado por gestiones preliminares, por ejemplo la lenta evolución de un sujeto como Lugones, quien empieza siendo socialista, luego anarquista, más tarde pasa a ser liberal y exaltador de las virtudes del 80, y poco a poco entra en una especie de esperanza o ilusión autoritaria. La ilusión de que el autoritarismo puede solucionar el caos de un intento nacionalista como fue el yrigoyenismo, expresión acen-

tuadamente nacionalista a pesar de sus otras y numerosas facetas. Si se entiende el nacionalismo como la operación sobre el aquí y el ahora de los problemas concretos de una sociedad, y no simple-

mente una formulación anterior, anti-yrigoyenista y restauradora, no sólo del rosismo como ideal perdido de defensa del país, sino también como secuela europeizante de tendencias nacionalistas europeas. Me refiero, por ejemplo a los Irazusta, preocupados por lo que significaba el imperialismo inglés, dueño prácticamente de la economía nacional. Los Irazusta hacen la crítica de ese sistema, pero no es la misma crítica que realiza ese nacionalismo que apunta en 1910, en

**En toda construcción de un colectivo, siempre subyace la inquietud por la identidad. En cuanto a lo hispánico, creo que no se podría hablar de una identidad perdida, porque pensar que lo español era lo perdido implicaría negar un siglo de historia; la necesidad de hallar una identidad era lo que acercaba a algunos intelectuales indefectiblemente a España. Una suerte de nacionalismo restauracionista me parece.**

la obra de Manuel Gálvez o de Ricardo Rojas, una especie de sueño hispanizante como solución a la búsqueda de identidad. En toda construcción de un colectivo, siempre subyace la inquietud por la identidad. En cuanto

**Pero en cuanto a Sarmiento lo que hace es escribir como un torrente y lo que produce es tan fuerte y germinal, que no puede sino tener los efectos que conocemos. Un escritor como Martínez Estrada es sarmientino, pero no porque defienda a Sarmiento o haya escrito una biografía sobre él, sino porque tiene parecida actitud, se diría que convulsiva, tanto respecto del lenguaje como de la realidad, una literatura que siempre está por ser descubierta gracias a su pluralidad y fuerza, al igual que la obra borgeana.**

a lo hispánico, creo que no se podría hablar de una identidad perdida, porque pensar que lo español era lo perdido implicaría negar un siglo de historia; la necesidad de hallar una identidad era lo que acercaba a algunos intelectuales indefectiblemente a España. Una suerte de nacio-

nalismo restauracionista me parece. Por otra parte está lo concreto, más bien encarnado en el yrigoyenismo, que tiene además una posición internacional y diplomática arraigada en lo nacional, de resistencia, de neutralidad durante el conflicto bélico y con una puesta de atención sobre los problemas locales. El nacionalismo de Lugones, por el contrario, es combativo y aristocratizante. Piensa en términos de la espada, siente que el país está desordenado, que carece de control, que la inmigración ha tergiversado todo y reina un peligro que reside en ella, tal como en cierto modo ya había sido sentido al final del 80, cuando empiezan a aparecer expresiones xenofóbicas en la pluma de escritores como Cambaceres, quien habla de inmigrantes italianos, y el

propio Sarmiento que en sus últimas obras previene acerca del peligro que representaría el flujo migratorio, que él mismo, entre otros, había propiciado. En ese punto la contradicción histórica es casi insalvable.

El yrigoyenismo promueve para esos intelectuales de algún modo un desorden. Y la reacción de gente como Lugones es totalmente contraria y derivará en la organización de estructuras plenamente fascistas como la Liga Patriótica, que más tarde dará lugar a la Alianza Libertadora Nacionalista, y finalmente al nacionalismo de derecha.

En el medio, después de la caída de Yrigoyen en el 30, unos jóvenes radicales –FORJA quiere decir Fuerza de Orientación de la Juventud Radical Argentina–, se proponen devolverle fuerza al radicalismo yrigoyenista en oposición al antipersonalismo. El grupo se plantea un programa de pensamiento, antes que de acción, en todos los órdenes, menos literario que ideológico-político. Scalabrini Ortiz, congruente con su afiliación forjista, en su libro más conocido, *El hombre que está solo y espera*, se pregunta por quién es el hombre argentino. Innova porque una constante en la literatura argentina es que, salvo Sarmiento y Borges, en general las expresiones más extremas acerca de la identidad vienen siempre de afuera. Son los europeos que empiezan a venir luego del Centenario y preguntan a los argentinos: “¿Ustedes qué son?”.

Ocurría algo parecido a lo que sucede hoy cuando los visitantes preguntan qué es el peronismo. Son procesos que no se llegaban a entender desde una perspectiva racionalista, notoriamente fuerte en Europa, donde todos tienen al parecer muy claro lo que son. En

cambio, cuando llegan acá y ven esta ensalada, la pregunta se hace insoslayable y se transfiere a los intelectuales argentinos, entre los que están Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz y una cantidad de pensadores que empiezan a razonar e indagar sobre qué es ser argentino, qué es ser porteño.

Sarmiento y Borges parecen desprenderse de esta tendencia, lo que no deja de ser paradójico puesto que uno y otro pasan por ser los más europeos que ha producido Argentina. Pero Borges tiene una visión muy clara sobre el asunto: afirma que la literatura argentina, para ser literatura, tiene que acompañarse con la literatura universal, no puede recluírse en una provincia, meramente orgullosa de ser tal. Eso que a veces uno siente al tomar contacto con ciertos escritores de interior, que siempre están vociferando contra Buenos Aires, y reivindicando lo que son por su condición de escritores del interior, aunque lo que escriben sean unos versos abominables, cuentos que no tienen ningún interés, pero eso no importa, simplemente arguyen que son desconsiderados por Buenos Aires. En Buenos Aires se considera o desconsidera por razones muy complejas y extravagantes, y nunca se puede tener garantías de ser considerado. Lo mismo, no se puede tener garantías de consideración en el mundo para la literatura argentina, sólo por ser argentina. Esa posición a Borges le resultó, llegó a ser exitosísimo, se incorporó a la literatura universal sobre la cual gravitó, tal como lo había hecho en su momento Rubén Darío. Si bien era un exquisito que escribía sobre cosas rarísimas, sobre porcelanas chinas y princesas, expresa y manifiesta una fuerza de cambio impresionante que gravita sobre la literatura española. No

hubiese existido la Generación del 98 en España, con sus figuras extraordinarias, sin la presencia y la acción poética de Rubén Darío.

Pero en cuanto a Sarmiento lo que hace es escribir como un torrente y lo que produce es tan fuerte y germinal, que no puede sino tener los efectos que conocemos. Un escritor como Martínez Estrada es sarmientino, pero no porque defiende a Sarmiento o haya escrito una biografía sobre él, sino porque tiene parecida actitud, se diría que convulsiva, tanto respecto del lenguaje como de la realidad, una literatura que siempre está por ser descubierta gracias a su pluralidad y fuerza, al igual que la obra borgeana.

Retomando la idea del cruce nacionalista, es interesante para considerar la cuestión de la fuerza de la identidad y su posibilidad de gravitación en la literatura. Como ejemplo se suele mencionar a Roberto Arlt. La pregunta que surge es: ¿por qué apreciamos a Roberto Arlt? Un aprecio que no sólo es verificable sino creciente, luego de un periodo de silencio en el cual ni la crítica corriente ni la académica se ocuparon de su obra. Poco a poco fue redescubierto y entendido como una manera de ser de la literatura argentina, así como lo es Borges, así como lo es Sarmiento, como lo es Mansilla, o Lugones y una cantidad de escritores que pueden gustarnos más o menos.

Lugones es irremplazable, y tratar de liquidarlo es una tarea un tanto estúpida. El hecho de que haya terminado siendo un reaccionario no es un criterio para tratar de entender la posición de su literatura dentro de un proceso discursivo amplio, lo cual necesita de una lectura que consistiría en tratar de comprender qué revelan los escritos de los escritores para no

quedarnos simplemente en la admisión o el rechazo de lo que dicen. Todavía el comportamiento común y difundido de la lectura responde a un mecanismo de conformidad por identificación; ésa es una limitación grave. Por eso la pregunta en relación con Roberto Arlt lo que nos expone es la posibilidad de entender una transgresión. El primer campo en el que pueden darse las transgresiones es el temático o de la representación. Si un escritor incorpora en su libro más elementos reconocibles de la realidad cruda y dramática, pareciera transgredir. En el caso de Arlt no se transgrede demasiado, ya que un escritor como Manuel Gálvez había ido mucho más lejos que Arlt en cuanto a lo temático; y no sólo Gálvez. Por tanto, la transgresión de la que Arlt nos habla es de otra índole. Un primer punto es que descentra el interés de un imaginario rural para la literatura argentina, y lo ubica en un imaginario urbano. Si bien antes la ciudad también había aparecido, no sólo como escenario sino como forma mental de relaciones de entendimiento, de estructuras y lenguajes, Arlt le da un golpe de muerte al predominio de lo rural que había culminado, más o menos, por la misma época en la obra de Ricardo Güiraldes. Es el final de una manera de sentir la posibilidad de una literatura que encarnara la significación de ese colectivo que ya se había formado. Y eso podía significar que el colectivo contenido en ese recipiente llamado Argentina tenía sentido por lo rural, por la extensión de la que había hablado Sarmiento, o por la estructura productiva de la que el país dependía. Roberto Arlt termina con eso mediante una fuerza verbal que rescata a la ciudad ya no como el demoníaco recinto del mal, ocupado

por la sangre y la enfermedad, como lo que aparecía en la literatura del 80 con Cambaceres y Martel, entre otros, sino porque la entiende, con una fuerza extraordinaria, como una estructura mental, alimentada por y que alimenta un lenguaje vigoroso aunque, y eso se recuerda siempre, desarticulado tal vez desde un punto de vista académico.

**LB: ¿Cómo pueden pensarse las características diferentes entre los enfoques de la ciudad que narra Arlt y la que describe Martínez Estrada?**

NJ: Las diferencias pueden apreciarse considerando sobre todo *La cabeza de Goliat*; en otras obras de Martínez Estrada se puede apreciar un plan más metafísico, con una pluralidad de posibilidades. En *La cabeza de Goliat* predomina un ánimo descriptivo y calificador, vinculado con una suerte de revisionismo respecto de la estructura mental oligárquica, aun sin denominar de ese modo al predominio de esa clase. Cuando se inquieta por las construcciones de Buenos Aires, por los edificios suntuosos, por los palacios de la avenida Alvear, toma distancia crítica respecto de la mentalidad oligárquica que desplazó toda su energía hacia la exhibición de un país grandioso.

Las festividades del Centenario de 1910 tienen ese carácter. Lugones celebra esta idea de país y lo escribe en unas odas a los ganados y las mieses. También surge la expresión de “Grande Argentina”, circula un orgullo de país consolidado y con identidad, pero a su vez hay mucha gente que ya está “molestando”: se hacen sentir los anarquistas, empieza el movimiento obrero, crecen los hijos de los inmigrantes y quieren *ser*. Se da un cambio profundo de mentalidad que

las estructuras de pensamiento tradicionales, sostenidas por una estructura rural como patrón para imaginar situaciones, no toleran y desprecian; en ese imaginario, los últimos que responden –Benito Lynch por ejemplo aunque muy críticamente– son desplazados por la obra de Arlt, que imagina “por” la ciudad, no como exaltación sino como modo de pensamiento. La ciudad de Arlt es siniestra, pero esa experiencia inmediata es sobrevolada por una estructura de pensamiento, una sintaxis arrebatada, una desprolijidad análoga al desorden urbano.

En términos generales la marcha de la escritura urbana es rectilínea y de cruces, pero la escritura de Arlt es urbana sin ser rectilínea, es trabucada, atravesada, ésa es su transgresión. En la crítica que se hace a la escritura de Arlt, por ejemplo de la escena de la quinta de Temperley, en *Los siete locos*, siempre se ha puesto el acento en los sujetos extravagantes pero no en el acceso, en la organización de la prosa. Porque la literatura no es sólo decir cosas importantes, sino sobre todo construcción de lenguaje y hallazgo de un modo de hallar sus residuos, surgidos de órdenes de realidad que pueden estar en cualquier lugar. Eso puede verse en Arlt, siempre y cuando uno no se detenga sólo en la extravagancia de *Los siete locos*, o en los conflictos matrimoniales de *El amor brujo*. En Arlt tenemos un punto de partida, una nueva manera de entender la narración desde un imaginario diferente, que le debe mucho a la ciudad como estructura profunda y generadora. En eso consiste, me parece, un cambio que ya estaba en la vanguardia y en los primeros poemas de Borges, y que luego prosigue su camino.

**LB: Suele decirse que en Borges hay un movimiento transicional, entre la gauchesca y los arrabales, algo que es retomado en una especie de “caracterología” por Roberto Arlt, aunque de manera diferente, pero también centrada en personajes de submundos. Y también en Martínez Estrada hay una narración que caracteriza las figuras emergentes del peronismo, donde se configuran de formas notables y complejas...**

NJ: Creo que la cuestión consiste en tratar de ver los pasadizos que hay entre distintas obras; la literatura dialoga secretamente, enviándose señas. Pienso en el primer libro de Roberto Arlt, *El juguete rabioso*. En los últimos tramos de ese relato el protagonista empieza a vender papel. La presencia del papel dentro de un texto literario siempre sugiere algo; cuando aparece el papel, plumas o escrituras, hay algo que se revierte sobre la tarea misma y tiene alguna significación, inconsciente por supuesto. El personaje vende papel en las carnicerías, por lo tanto para hacerlo necesita caminar, desplazarse. Ese desplazamiento le permite describir lo que va viendo, hasta que llega a una carnicería, un lugar bastante ominoso, en la cual un sujeto confía en él pero a quien el protagonista traiciona. La crítica que se ha hecho sobre *El juguete rabioso* pone el acento en esa traición. A mí, lo de la traición me importa menos, y prefiero poner el ojo en dos datos: el personaje vende papel caminando y termina la venta en una carnicería. En ese caminar, entre un punto y el otro, puede trazarse una relación con la búsqueda de referentes. ¿Cómo se cuentan situaciones que nutren una novela? Algunas maneras son puramente imaginarias, otras resultan de

desplazamientos, lo cual es frecuente en la novela realista del siglo XIX: los desplazamientos y los viajes que son el alimento de la narración. En este caso, el viaje se da en la ciudad con el objetivo de vender papel en una carnicería, y resulta que Borges, dentro de sus primeros poemas, tiene uno titulado “La carnicería”. El libro en que salió publicado, *Fervor de Buenos Aires*, es precisamente un libro de caminatas, por Villa Ortúzar, por Recoleta y otras zonas. Es decir, el sujeto poético

***Contorno* significó la oportunidad de abrir una perspectiva que se suponía teóricamente más actual, y de proponer un determinado revisionismo que diera perspectivas filosóficas más contemporáneas: el existencialismo y el pensamiento de Sartre, un proto-marxismo que se estaba insinuando. El propósito, desde esa perspectiva, era revisar valores. Ésa era nuestra actitud principal: desterrar los valores falsos, y exaltar los que creíamos valiosos.**

de Borges es un caminante que también termina en una carnicería. Por lo tanto, el pasadizo secreto entre Borges y Arlt está en eso, en caminar para ver, en la mirada como el alimento de la imaginación literaria, y los referentes que atraen por el hecho de ser los elementos locales

más estridentes, no por ello los mejores. Es como si dos escritores antagónicos hubiesen sido conducidos por la misma fuerza imaginaria. ¿Cómo se lee esto? Algunos podrán decir que lo importante es el componente de la traición, como dijo Oscar Masotta. Otros dirán que lo relevante es el ultraísmo de Borges como manera de escritura. Todo eso a mí no me dice nada. Me dicen más las relaciones secretas que puede haber entre maneras de concebir una forma literaria que liga a escritores aparentemente situados en las antípodas, y que es lo que los hace vibrantes todavía. De allí se puede

seguir sintiendo lo que han visto, propuesto e imaginado.

**LB: En Borges, en Martínez Estrada y en Arlt hay una expresión narrativa que cobra su fuerza de la crítica a su época, pero también de la imaginación que es la que la constituye y alimenta. Unas veces con tonos mitológicos, otras con evocaciones melancólicas y a veces con sentencias nihilistas. Quizá, para pensar la experiencia de *Contorno*, deba partirse de esos legados. Sea como inspiraciones o como necesidad de establecer deslindes. ¿Cómo afrontar los dilemas de una época, sus incomodidades y aporías? Tal vez, algo de esta pregunta sobrelaba la creación de un grupo que necesitó inventarse para decir algo en cierto momento, y que se sintió ahogado por el dogma cultural de sus días. ¿Ves en las huellas de eso un planteamiento interesante para pensar esta época, o simplemente queda inscripto en su momento y hoy el desafío es diferente? *Contorno* inventó sus propios procedimientos de lenguaje, de escritura y agrupamiento, en un momento de asfixia intelectual, cultural y política. ¿Ves algún paralelismo entre aquella asfixia y este momento? Y si fuera así, ¿hay algún tipo de correspondencia que llevase a realizar, ya no otra *Contorno*, pero sí un tipo de planteamiento de esa índole?**

NJ: En primer lugar creo que la formación de grupos es una constante dentro de la literatura argentina. Cada uno de esos grupos, al parecer, sintió la necesidad de dar una respuesta a una época dura, difícil, con formaciones y antecedentes muy diferentes. Hoy

evocamos a la Generación del 37, en esa línea está *Contorno*, pero antes está la revista *Realidad*, *Martín Fierro*, el Modernismo como agrupamiento. Son declaraciones desiderativas, libidinales, que afirman: “Queremos dar una nueva voz a lo que está ocurriendo”.

En el caso de *Contorno*, la respuesta es a una parálisis intelectual que se vivía como tal y a lo mejor no era cierta. Tal vez sólo fue una estrategia para tomar distancia y poder empezar algo. Para hacer, no hay otra que matar a los padres, si no quedamos encerrados en el homenaje y sin producir nada respecto a las necesidades reales. Los integrantes de *Contorno* salimos de la Universidad de Buenos Aires, de la Federación Universitaria, de los centros de estudiantes, y de una relación que va creciendo con una inclinación misional: parecía que éramos nosotros quienes debíamos asumir la responsabilidad de darle palabras y pensamiento a ese momento.

*Contorno* significó la oportunidad de abrir una perspectiva que se suponía teóricamente más actual, y de proponer un determinado revisionismo que diera perspectivas filosóficas más contemporáneas: el existencialismo y el pensamiento de Sartre, un proto-marxismo que se estaba insinuando. El propósito, desde esa perspectiva, era revisar valores. Ésa era nuestra actitud principal: desterrar los valores falsos, y exaltar los que creíamos valiosos.

Aunque hoy mucha gente habla y retoma *Contorno*, no está claro a qué apunta esta revaloración. Si es por el lado de la crítica literaria, o por el revisionismo político. Porque en su devenir la revista se va inclinando desde la literatura a fenómenos cada vez más políticos. Luego hay un hueco, porque cada uno de los que conformamos la

revista toma rumbos diferentes, y una recuperación desde la crítica del valor de esa revista.

¿Qué pasa ahora? Creo que ahora los agrupamientos también existen pero tienen otro carácter, mantienen otra relación con las corrientes que transitan por el mundo. Por ejemplo, el papel de la creencia cada vez mayor en la digitalización de la literatura. Hay grupos que se están dedicando a eso, pero sus textos aún no cumplen el propósito que tenían los escritos de grupos anteriores.

En el momento que hacíamos *Contorno* estaba el grupo *Poesía Buenos Aires*, el grupo de los surrealistas, y la llamada Generación del 40. Es una constante en la cultura argentina, que es sorprendente, interesante, y que tiene que ver con la emergencia del interés por la literatura y la escritura. Es casi cuantitativo. Saber que al último concurso de novelas se presentaron 700, es una cosa asombrosa, y ni hablar de la producción de los poetas. Es notable el interés por la palabra y lo que puede suceder a través de ella, aunque eso no tiene nada que ver con lo que de ello queda.

**LB: *Contorno*, si bien tiene una idea crítica de lo existente, también ensaya, imagina y esboza una idea de un destino colectivo, y pareciera que, desde la dictadura, la literatura y la ficción pasarían a cumplir otro papel más ligado a la descripción del horror, o de crítica del presente, de denuncia, que el de imaginar un destino común.**

NJ: Ésa es una presencia fuerte en la literatura argentina, la necesidad de recuperar lo que fue la experiencia o los efectos de la dictadura. Eso generó una expresión muy interesante de



un amigo brasileño: “la literatura del duelo”. El duelo como un canal por el cual el análisis, o la recuperación de lo que puede haber sido la dictadura, pasa al campo de la imaginación literaria para ser interpretado. ¿Eso qué querría decir respecto de la idea de lo colectivo? Lo que está señalando es el riesgo de la destrucción de lo colectivo, en ese gesto se insinúa el riesgo de una pérdida, y en algunos momentos la destrucción literal de lo colectivo, ya que una tentativa de lo que pudo ser el desarrollo político fue eliminada brutalmente. Esa dimensión está presente en gran cantidad de libros. Es una literatura de profunda decepción en ese campo.

Pero también otros recorridos literarios en la actualidad se evaden de esa tensión. Porque la representación o la recuperación de lo que fue la dictadura todavía no está terminada. Es un proceso imaginario lento, que tardará en hallarle la vuelta en realizaciones literarias, no sólo moralmente justificables. Hacer con esto una obra que tenga una densidad semejante a la que pudo haber tenido *El Quijote*, en relación a las novelas de caballería, algo que por su peso lo supere, que vaya más allá del cumplimiento de una especie de moral política.

Por otro lado, hay un cambio importante en relación a la idea de lo colectivo, de lo que puede llegar a ser: cómo se le habla a lo colectivo y qué se pretende que sea desde la literatura. Para el siglo XIX estaba ligado a una identidad, pero eso no está en cuestión hoy. La variante profunda en la literatura actual es que la idea de lo colectivo se ha transformado en la idea del público. La mayor parte de la producción literaria tiene en cuenta al público, y no a la formación colectiva.

Es el público lo que se pone en primer lugar, y creo que es lo que se ve en las presentaciones, los debates y demás espacios relacionados con la literatura actual. Un cambio importante que corresponde a lo que pasa en otros lugares del planeta, donde la literatura también está operando esta mutación. En la pintura, por ejemplo, tienen cada vez más importancia los llamados curadores; son la instancia decisiva que dice qué va y qué no. En la literatura pasa con los agentes literarios, y los premios, esto indica algo. Hay una clara modificación de la noción de lo colectivo.

El proceso literario argentino, como el del resto del América Latina y Estados Unidos, y países nuevos, concibió la literatura “a la francesa”, es decir, dándole más importancia al lenguaje que a lo representado. Ésa es por ejemplo la lección de Flaubert; escribe sobre poca cosa, pero obsesivamente, y corrige, corrige y corrige. Es la idea de una lengua que deja de lado lo que describe, para concentrarse en la perfección. Este modo de entender el trabajo literario ha dejado de predominar y ha empezado a ser sustituido por la manera norteamericana de contar, guiada por un concepto de eficacia y un objetivo, penetrar en lo que se entiende como el “público” así sea muy poco definido. Eso condiciona, asimismo, el discurso de los editores y editoriales que, valorando lo que quiere la gente, proponen entonces esa literatura esperada por la gente... Y que no siempre es literatura.

**(\*) Diálogo sostenido en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**



## Concurso de fotografía

La Biblioteca Nacional convoca al Concurso de Fotografía Argentina con el fin de alentar la reflexión y la producción de imágenes priorizando aquellas referidas a la temática del Bicentenario.

El jurado está conformado por Gabriel Díaz, Eduardo Grossman, Oscar Pintor, Raúl Stolkiner y Cristina Fraire.

## Concursos de becas

La Biblioteca Nacional otorga becas de investigación referidas a las distintas colecciones que componen su patrimonio (Hemeroteca, Libros, Tesoro, Archivo de Manuscritos y otras colecciones).

Con ello, pretende incentivar nuevos trabajos sobre el material existente que expandan el saber sobre el mismo y su difusión. Se intenta, también, promover entre lectores e investigadores el conocimiento y uso de las publicaciones nacionales.



## Cuestiones nacionales a la luz del Bicentenario

La Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación convocan al Concurso de Ensayos de Investigación Histórica sobre cuestiones nacionales a la luz del Bicentenario.

El jurado del concurso está integrado por Fernando Devoto, Omar Acha, Waldo Ansaldi, Lila Caimari y Fabio Wasserman.

## Conflictos y armonías

*Argentina está crispada. Así lo anuncian los profetas de la armonía que, especialistas en lanzar al ruedo slogans de alto impacto comunicacional, diagnostican con gesto adusto y voz grave que el país se precipita hacia un despeñadero. Su capacidad de producir sensaciones y golpes de efecto se multiplica en escenas difundidas a coro. Desde la radio, la televisión y los periódicos se nos invita a diario a ingresar decididamente al mundo de la sensatez y el diálogo para dejar definitivamente atrás el*

*desacuerdo. Poco se advierte hasta qué punto en este enunciado reiterado se respira un grito de guerra.*

*Desde las veredas oponentes se proclama el conflicto como la base de toda transformación social. La dinámica agitada de los acontecimientos del presente amplía, según esta mirada, los límites de lo posible. La democracia, por esta vía, se ve enriquecida: donde hay un conflicto nace un derecho, como si se tratase de una versión remozada de aquella célebre frase arrojada a los vientos de la historia.*

*Estas miradas no parecen tan alejadas de la clásica dicotomía que caracterizó la vida del país. Civilización o barbarie fue el signo que permitía una inteligibilidad capaz de clasificar la dinámica controversial que se remonta a las épocas decisivas de la Revolución de Mayo. Pero lo sabemos, toda civilización está teñida de actos de barbarie, y en su reverso, toda "barbarización" puede ser portadora de nuevos paradigmas civilizatorios.*

*Quienes leyeron la historia como una sucesión progresiva de etapas pronosticaban, apagados los fuegos de la historia, el ingreso a una nueva adultez que dejaría atrás los períodos de luchas y desencuentros. Para unos serían las revoluciones burguesas. Para otros, se trataba de la emancipación de las fuerzas laborales que conducirían el destino de la humanidad a un estadio superador de los antagonismos. De esta manera, quedaría sepultada su pre-historia.*

*Esta forma de comprender los enigmas del tiempo no fue privativa de Argentina. La tensión entre conflictos y armonías no siempre dio lugar a pensamientos singulares, capaces de advertir las formas impuras en las que se manifiesta el drama de la historia. Pero, volviendo a estas tierras más próximas, ambos polos de esta inquietud nos conducen a interrogaciones cuyas irresoluciones se nos aparecen como aporías. ¿No supone la armonía, acaso, una utopía ilustrada que imagina una estabilidad mórbida? ¿Cómo podrían expresarse los malestares en este anhelo de una sociedad sin conflictos? Por el contrario, ¿qué ocurriría si quienes predicán el conflicto como el motor de la historia dudasen de que al final del camino nos espera la felicidad augurada? Así, bajo un dilema que se debate entre una existencia sin riesgos y una vitalidad sin certidumbres, pueden pensarse estos doscientos años de un país que, más de una vez, desfiló por los abismos de su destino.*

*El lector encontrará aquí ensayos que dan cuenta de estas dificultades. El Dr. Eugenio Zaffaroni traza un panorama del derrotero que siguió el Código Penal argentino, materialización de la Constitución Nacional que garantiza la vida ciudadana frente al poder punitivo del Estado. En esta genealogía pueden palpitrarse los ritmos políticos del país.*

*Natalio Botana revisa los fundamentos del federalismo argentino a la luz de los problemas emergidos en la democracia posdictatorial: “astenia” fiscal, sistema impositivo regresivo, disparidad de la institución legislativa respecto a su representatividad, y la constitución de megalópolis que vuelven infructuosos los intentos por pensar una convivencia de largo plazo.*

*Enrique Martínez revisa los modelos productivos sugiriendo las potencialidades, no siempre vislumbradas, que ofrece la integración regional para el planteo de una economía de carácter popular y solidaria.*

*Eduardo Rinesi sigue las pistas del jacobinismo en Argentina, señalando la relevancia de esta forma política para comprender la historia del país y sus movimientos más significativos. Este análisis propone una disyuntiva: en la relación entre representantes y representados, en sus cercanías y lejanías, se cifran las posibilidades de una democracia más inclusiva.*

*Finalmente, Alejandro Kaufman se pregunta por la pertinencia de la política moderna y los modos intelectuales con los que ésta se correspondió, a partir del surgimiento de un nuevo orden global de producción “biopolítica”. Tal disposición, inmanente a la vida contemporánea, no se detiene en los límites regulatorios de la acción estatal.*

# Descodificación del Código Penal en Argentina<sup>(\*)</sup>

*Por Eugenio Raúl Zaffaroni*

La historia del Código Penal argentino, y sus derroteros, nos advierte acerca de las dificultades que ha padecido la idea misma de ciudadanía en el país. El código es la materialización efectiva de la garantía social respecto al poder punitivo, y su implementación resulta imprescindible para efectivizar los derechos constitucionales preservando la autonomía de sus ciudadanos.

El Dr. Eugenio Raúl Zaffaroni traza una genealogía de la parte “oculta”, de la que nunca se habla en la historia del derecho constitucional: los intentos, siempre trunco con arreglo a los intereses dominantes, de implementación de una normativa de este tipo en el país. La persistencia de la herencia colonial en materia de legislación penal fue sufriendo una larga cadena de modificaciones sucesivas, con sus avances y retrocesos. Inicialmente se trataba del disciplinamiento a gauchos y vagabundos respondiendo a los parámetros con que la criminología del siglo XX establecía la “mala vida”. Los vaivenes del Código Penal argentino pueden ponerse, como aquí se hace, en paralelo con los ritmos políticos del país, llegando en el presente, a una situación extrema que es necesario enmendar: la forma de legislar se somete al poder demagógico de los medios de comunicación sin que prevalezca ninguna racionalidad jurídica.

Esta tarde vengo a traerles una historia desconocida, que como toda historia no sólo trata de hechos pasados, sino de sucesos que aún persisten en el presente, que determinan y condicionan de alguna forma nuestra existencia actual, y que se proyectan hacia el futuro. Es la historia abierta de nuestra legislación y nuestra codificación penal.

Una constitución no vive sin el apéndice necesario de la ley penal, que marca y concreta el ámbito de autonomía que garantiza la constitución. Una constitución sin ley penal es sólo un acto de buena voluntad.

A lo que quiero referirme, pues, es a la historia de cómo se quiso concretar la limitación al poder punitivo a lo largo de nuestra existencia institucional. Por cierto que es necesario hacerlo, porque cuando nos enseñan historia constitucional, con sus textos institucionales y acontecimientos políticos, justamente esta historia que concreta el ámbito de autonomía de cada ciudadano permanece en la oscuridad, mientras se muestra *otra historia*, la de las declaraciones, de los derechos, de los discursos en las asambleas. Pero a la hora de ver cómo se regulan y limitan esos derechos que nos enseñan, no se habla. Esa historia queda en la sombra por más que se trate también de la historia constitucional y más aun, de una parte fundamental de ella.

Por lo tanto, me gustaría recorrer las grandes líneas de la historia ideológica y política de esta materialización en normas penales, que se realiza a partir de códigos, del código penal. ¿Qué es un código penal? ¿Qué es un código? Históricamente podría decirse que se llamó *códigos* a las recopilaciones de leyes de distintas épocas, carentes de una parte general, sin coherencia, sin una sistemática interna. Pero a partir

del iluminismo y el racionalismo, incluso desde los *déspotas ilustrados*, surgió la necesidad de reunir toda la materia jurídica y normativa de cada rama del derecho en un único cuerpo sistemático, orgánico, en una única ley que, siguiendo el afán enciclopedista, agrupase todas las normas de la materia de manera no contradictoria, coherente, sistemática, para facilitar su interpretación y aplicación. Éste es el concepto moderno de código surgido a la luz del iluminismo y del liberalismo alrededor de los siglos XVIII y XIX, que comenzó a materializarse en códigos políticos y constituciones.

Pero es interesante observar que la necesidad de reunir la normativa de una materia jurí-

dica en un único cuerpo coherente, fue inaugurada por un código penal en tiempos del despotismo ilustrado. Fue con Pietro Leopoldo di Toscana en 1786, que se sancionó el primer código penal moderno, antes incluso de los códigos políticos o *constituciones*.

Es muy interesante el fenómeno histórico: antes de codificar el derecho político se hizo patente a la razón la urgencia de codificar los límites al poder punitivo del estado.

La emancipación latinoamericana es un fenómeno muy interesante respecto de esta historia que permanece en relativo silencio para los no penalistas (e incluso para muchos penalistas que no han reparado suficientemente en ella). Desde los albores de la emancipación, en varios países se pensó en la

**En realidad, en la tradición poscolonial española los primeros códigos fueron casi reproducciones del código español de 1822, que fue el código de la revolución liberal, que no tuvo casi aplicación en España –incluso los historiadores dudan de que haya alcanzado real vigencia allí– pero la tuvo largamente en América Latina, al punto que en Bolivia llegó a regir por 140 años.**

necesidad del código penal inmediatamente pegado a la constitución. Muy tempranamente, en 1826 en El Salvador y en 1831 en Bolivia con el Código Santa Cruz y en Brasil con el Código Criminal del Imperio de Brasil, se abre la codificación penal latinoamericana.

En realidad, en la tradición poscolonial española los primeros códigos fueron casi reproducciones del código español de 1822, que fue el código de la revolución liberal, que no tuvo casi aplicación en España –incluso los historiadores dudan de que haya alcanzado real vigencia allí– pero la tuvo largamente en América Latina, al punto que en Bolivia llegó a regir por 140 años.

Esto prueba que nuestros movimientos emancipadores tempranamente buscaron la sanción de códigos. Comprendieron la necesidad de codificar la materia penal y jerarquizarla como complemento indispensable y parte de la legislación constitucional.

En Argentina, como suele suceder, se dio una historia curiosa. El primer ensayo de código penal lo hizo el gobernador Dorrego, encargándose a un francés, Guret de Bellemare. La impresión de este documento se interrumpió sin explicación alguna y el manuscrito terminó perdiéndose sin que hasta el momento haya sido posible hallarlo.

Lo pintoresco es que tampoco sabemos mucho acerca de Bellemare. Se dice que era un jurista o juez francés que luego regresó a su país, pero tampoco está muy claro qué hacía un francés en el Río de la Plata en 1829. El historiador José María Rosa dice que era un espía del gobierno francés, pero no da muchas noticias al respecto. Algunas investigaciones recientes aún no publicadas parece

que confirmarían esta última versión. Lo cierto es que la primera tentativa de código se nos perdió.

A partir de ese momento se abrió un largo interregno en el que se suspendió todo intento de codificación. En momentos políticos muy convulsionados se sancionó en Santa Fe la Constitución de la Confederación Argentina de 1853, jurada por todos los gobernadores, menos por la provincia de Buenos Aires, que permaneció segregada hasta 1860, año en el que su incorporación provoca una reforma a la Constitución original.

En 1863 se instaló la Corte Suprema que proyectó la Ley 49, que sólo tipificó delitos federales y carecía de una parte general. El gobierno de Mitre necesitaba de esta ley para “no ahorrar sangre de gauchos”, como le aconsejaba Sarmiento, y poder reprimir los movimientos del noroeste, en los que descollaba la figura de Peñaloza. La tipificación de los delitos federales no era más que un paso precario hacia la codificación.

En 1866 se le encargó la redacción de un proyecto de código penal a Carlos Tejedor, que era un destacado hombre político y profesor de Derecho Penal de la Universidad de Buenos Aires. Tejedor se dio cuenta de que no podía inventar un código y adoptó el modelo históricamente más liberal que había en Europa, que era el código de Baviera de 1813 de Anselm Von Feuerbach, contrapuesto al *Code Napoléon*. Como Tejedor no sabía alemán, apeló a la traducción francesa de Vatel, publicada en París en 1852.

Desde entonces, nuestra codificación penal tiene una característica que hoy domina en toda la legislación comparada pero que en aquel momento era una novedad. El orden en el que se

establecían los delitos en la parte especial, que en las viejas recopilaciones seguía al Decálogo, luego de la laicización, cuando el lugar de Dios pasó a ser ocupado por el Estado, estaba encabezado por los delitos contra éste, según el modelo del código napoleónico y todos los que le siguieron. Los delitos contra las personas se relegaban en esos textos a la última parte del código. Pero en Argentina, desde el origen de nuestra codificación hemos seguido el orden inverso, como resultado de la posición liberal de Feuerbach: comenzamos con los delitos contra las personas y después pasamos a los bienes jurídicos de carácter colectivo, criterio clasificatorio que hoy tiende a dominar en la codificación comparada, pero que en el siglo XIX era una completa rareza.

Lo cierto es que en la legislación comparada de la época se contraponían los dos modelos: el de Feuerbach, que por otro lado era más técnico, frente al de Napoleón, que se asemejaba a un código militar.

Tejedor eligió políticamente el primer modelo, minoritario en su época, pero liberal. Recordemos que Carlos Tejedor fue después gobernador de la provincia de Buenos Aires, casi llegó a ser presidente; fue también director de la Biblioteca Nacional, y protagonizó la última guerra civil importante del siglo XIX contra Roca en la que hubo cinco mil muertos. El profesor de Derecho Penal de la Universidad de Buenos Aires era un hombre de personalidad fuerte y había publicado un *Curso*, que fue el primer libro completo sobre la materia escrito en nuestro país. Por cierto, el código no tiene nada que ver con lo que sostenía en el *Curso*. Por fortuna, era un hombre inteligente y se percató de que no podía *inventar* un código.

En 1866 elevó su proyecto al Ejecutivo, que nombró una comisión para revisarlo, cuyos integrantes, a lo largo de años, fueron renunciando, muriendo, y siendo reemplazados. Sin mostrar ningún tipo de apuro, recién en 1881 la comisión integrada finalmente por Villegas, Ugarriza y García, emitió un dictamen proponiendo otro proyecto de código penal, que seguía al código español, tributario en último análisis, del modelo del *Code Napoléon*. La única trascendencia que tuvo este proyecto fue que estuvo en vigencia por muy poco tiempo en la provincia de Córdoba.

Como puede verse, los comisionados se tomaron su tiempo, o sea que no hubo urgencia oficial. En tanto, las provincias necesitaban de alguna manera ordenar mínimamente la legislación caótica que se aplicaba, que era la legislación penal española en la medida que fuera compatible con la Constitución Nacional, de lo cual resultaba una inseguridad tremenda, puesto que esa legislación era absolutamente incompatible con la Constitución. Ante esta situación insostenible, a partir de 1876 las provincias empezaron a sancionar el proyecto Tejedor como código penal provincial, hasta que el Congreso Nacional sancionara el código definitivo y

**Creemos que el poder punitivo es plurifuncional, o sea que no se lo puede reducir simplis- tamente a una única función social, pero no por ello deja de ser un instrumento de dominación de las clases hegemónicas. No obstante, no puede confundírsele con el derecho penal, porque si bien el poder punitivo entre otras funciones cumple la de instrumento de dominación de las clases hegemónicas, el código penal es en realidad el elemento que pone límites al poder punitivo, o sea que si bien por un lado habilita ese poder, por otro lo limita. Ese límite es la cuestión principal de la justicia.**



cumpliera con el mandato constitucional. La primera fue La Rioja, la segunda Buenos Aires, y luego casi todas las provincias salvo Santiago del Estero que se abstuvo, y Córdoba que tardíamente —como señalamos— sancionó el proyecto de Villegas, Ugarriza y García.

Finalmente, en 1885, setenta y cinco años después de que se hubiera ido de tierra argentina el último gobernante español, el Congreso Nacional, a desgano, tomó el proyecto Tejedor, lo arruinó un poco con algunas intervenciones políticas, y lo sancionó sin cumplir acabadamente el mandato constitucional, pues el código de 1885 sólo regulaba los delitos de la competencia ordinaria, en tanto que los delitos federales seguían siendo regidos

**Cabe pensar que mientras en América Latina las condiciones de explotación de riquezas, especialmente minerales, imponían que hubiese límites al poder punitivo para que éste no se desbandase en las luchas hegemónicas entre las clases criollas de poderosos, en Argentina, entonces territorio pobre, poco habitado, el poder se disputaba guerreando directamente y no peleándose entre ricos que se valían del poder punitivo.**

por la Ley 49. Es decir que tuvimos dos legislaciones penales: una que legislaba los delitos federales y otra que legislaba los delitos ordinarios; esta última era el Código Penal que entró en vigencia en 1886. Creemos que el poder punitivo es plurifuncional, o sea que no se lo puede reducir

simplistamente a una única función social, pero no por ello deja de ser un instrumento de dominación de las clases hegemónicas. No obstante, no puede confundírsele con el derecho penal, porque si bien el poder punitivo entre otras funciones cumple la de instrumento de dominación de las clases hegemónicas, el código penal

es en realidad el elemento que pone límites al poder punitivo, o sea que si bien por un lado habilita ese poder, por otro lo limita. Ese límite es la cuestión principal de la justicia.

En aquella época las clases hegemónicas no tenían ningún interés en que el poder punitivo tuviera límites, porque el ejercicio de ese poder sobre las clases pobres se practicaba al amparo de legislaciones que lo habilitaban sólo contra los sectores subordinados y que garantizaban que no alcanzaría a los dominantes.

En efecto: la legislación heredada de la colonia española en cuanto a los *vagos y maleantes*, como también la legislación agraria y de regulación —policial según la cual nadie podía desplazarse de un lugar a otro de la provincia de Buenos Aires sin una papeleta firmada por el comisario—, eran elementos que componían una legislación de segunda categoría, en la cual casi no se repara y ni siquiera se registra en la historia oficial de nuestro derecho penal.

Sin embargo, fue la legislación bajo la cual se envió a muchos Martín Fierro al servicio de fronteras, y que garantizaba el ejercicio de poder punitivo sobre determinados sectores sociales marginales. Naturalmente excluía a los sectores altos, lo cual les resultaba a éstos bastante cómodo. De allí la falta de urgencia en sancionar un código penal. Cabe pensar que mientras en América Latina las condiciones de explotación de riquezas, especialmente minerales, imponían que hubiese límites al poder punitivo para que éste no se desbandase en las luchas hegemónicas entre las clases criollas de poderosos, en Argentina, entonces territorio pobre, poco habitado, el poder se disputaba guerreando directamente y no peleándose entre ricos que se valían del poder punitivo.

No había en nuestro país señores de ingenio, cultivos intensivos de caña, café o algodón, no teníamos una producción esclavócrata y, por cierto, tampoco habíamos tenido las mejores universidades ni la primera imprenta ni el centro de la justicia: dependíamos de Bolivia. A las clases dominantes nuestras les bastaban las leyes que les permitían enlazar gauchos molestos. Las brutales leyes españolas alguna vez alcanzaban a las clases un poco más altas, por ejemplo cuando un cura se escapaba con alguna feligresa y rompía las reglas internas de los dominantes, como hizo Rosas.

Esto explica que el código de Tejedor de 1886, bastante arruinado, se sancionase de urgencia y casi por presión de los inversores extranjeros, pero era un instrumento bastante defectuoso. Por eso y casi de inmediato –en 1890– se designó una comisión con vistas de proyectar un nuevo código penal. Sus integrantes fueron Rivarola, Piñero y Matienzo, los tres fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y jóvenes brillantes de aquella generación.

Matienzo llegó a ser candidato a vicepresidente de la República en la fórmula Justo-Matienzo (alternativa a Justo-Roca). Piñero fue interventor en algunas provincias, ministro y encargado de las relaciones con Chile en el momento crucial del conflicto de 1900. Rivarola fue un intelectual destacado, primer profesor de Ética de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, que comenzó con un programa de ética spenceriano –terrorífico– y después empezó a leer a Kant, evolucionando así hacia el kantismo, hasta convertirse en una de las primeras resistencias al positivismo reinante en la época.

Esta comisión de jóvenes notables elaboró un proyecto completo en 1891, que mantenía en general la estructura de Tejedor –la de Feuerbach–, a pesar de que aquí seguíamos sin poder leer a este autor. Estos jóvenes enriquecieron además el proyecto Tejedor con los códigos de segunda generación de Europa, fundamentalmente el de la

unidad italiana (el Zanardelli), el código holandés (el Modderman) y en algunos puntos el código belga, que era anterior.

Hay una particular disposición en el proyecto de 1891 que debe tenerse en cuenta: la *pena de relegación*. Está copiada de la ley de relegación francesa de 1885, mediante la cual mandaban a los franceses a la Isla

del Diablo, a la Guyana. Esta disposición proveniente de Francia, respondía a un reclamo permanente de la policía de la ciudad de Buenos Aires.

Como es sabido, a partir de la derrota de Tejedor en 1880, el roquismo comenzó a practicar lo que en términos foucaultianos llamamos *disciplinamiento*. Entre 1880 y 1910 se sancionaron las leyes de servicio militar obligatorio, de educación obligatoria y, de alguna manera, comenzó a crearse una ciudadanía de escritorio. De ese modo se le dijo a la masa inmigratoria que se los aceptaría siempre y cuando ingresaran a sus hijos a la educación argentina, se rompieran los

**Entre 1880 y 1910 se sancionaron las leyes de servicio militar obligatorio, de educación obligatoria y, de alguna manera, comenzó a crearse una ciudadanía de escritorio. De ese modo se le dijo a la masa inmigratoria que se los aceptaría siempre y cuando ingresaran a sus hijos a la educación argentina, se rompieran los vínculos culturales de origen, y, por si la domesticación primaria no era suficiente, a los hombres se los terminaría de domesticar con el servicio militar. De este modo se rompía todo vínculo originario de pertenencia.**

vínculos culturales de origen, y, por si la domesticación primaria no era suficiente, a los hombres se los terminaría de domesticar con el servicio militar. De este modo se rompía todo vínculo originario de pertenencia.

También en ese período se sacó a las locas y enfermas de las calles y fueron entregadas a las monjas, en tanto que a los locos se los entregó a los médicos.

¿Pero qué hacer con los extranjeros indeseables? Se sancionó la Ley de Residencia, que aunque nació sobre todo para ser aplicada contra los anarquistas, en aquel momento fue usada contra lo que se llamaba *la mala vida*, un concepto muy interesante de la criminología de la época.

Los criminólogos de comienzos de siglo XX, cuando se escapaban de sus mujeres iban a hacer trabajo de campo a los prostíbulos, y luego escribían libros sobre la *mala vida*. Los hay sobre la *mala vida* en Roma, en Madrid, en Barcelona y, como no podía ser de otro modo, también tenemos *La mala vida en Buenos Aires* de Eusebio Gómez. Sería bueno reeditar este libro porque no tiene desperdicio.

En el concepto de *mala vida* entraban prostitutas, gangsters, tahures, *escruchantes*, ladronzuelos, *cafishos*, curanderas, gays, monjas, etc. Todas estas figuras constituían según los autores de ese tiempo, el *estado peligroso predelictual*. *La mala vida en Buenos Aires* fue publicado en 1908 con un prólogo de José Ingenieros que tampoco tiene desperdicio.

La Ley de Residencia la proyectó Miguel Cané—quien por cierto no sólo escribió *Juvenilia*—, y el período del disciplinamiento *roquista* se cerró en 1910 con la llamada Ley de Defensa Social, cuya sanción en el Congreso fue descrita por Rodolfo Moreno

como una especie de campeonato de *moreirismo* legislativo: cada legislador tomaba la palabra para demostrar que era más duro y más valiente o *macho* contra los anarquistas cobardes que tiraban bombas escondiéndose. Por cierto, cuando los anarquistas querían ir *de frente* los ametrallaban, pero eso es un detalle.

Lo cierto es que la ley se aplicó poquísimos en ese tiempo, dado que los jueces federales le pusieron límite. Alguien llamó a los jueces *los primos pobres* de la oligarquía dominante, que tenía un proyecto de país, sea cual sea el juicio que merezca. Y, en verdad, esos primos pobres en alguna medida se convirtieron en custodios del proyecto que, ideológicamente, era traicionado por la ley de 1910. Por ende, parece que dijeron “esto no”.

Si bien el problema de los extranjeros molestos estaba resuelto con la Ley de Residencia, quedaba en pie la cuestión de qué hacer con los nacionales molestos. En alguna época los habían deportado a Paraguay, pero al parecer los paraguayos se quejaron.

El gobierno contrató a un ingeniero italiano —Castello Muratgia— para construir una colonia penal en Ushuaia, nuestra Siberia. Se hace un primer intento de pena de relegación, que fracasa (la Ley Bermejo), por lo cual en 1903 se decide reformar el Código Penal. Julio Herrera dijo de esta reforma que se le sacó lo mejor y se le dejó lo peor, pero lo cierto fue que introdujo la pena de relegación con la fórmula que estaba prevista en el proyecto de 1891, o sea, copiada textualmente de la Ley de Relegación francesa de 1885.

Del proyecto de 1891 sólo se tomó en cuenta esa fórmula, de muy larga y triste historia, pero el texto en general

no se discutió en las Cámaras. Entre 1904 y 1906 se creó otra comisión integrada también por Rivarola y Piñero que retomó el trabajo de reforma y presentó un nuevo proyecto en 1906. Este proyecto durmió el sueño legislativo hasta que entró en juego un personaje muy interesante: el senador Julio Herrera, un catamarqueño que nunca fue profesor de derecho en ningún lado, pero como senador se dedicó a estudiar el tema y en aquella época criticó el proyecto de 1906 en un libro de unas 600 páginas publicado en 1911. Sus ideas generales eran positivistas, pero la crítica al proyecto de 1906 es magnífica, realizada por alguien que nunca fue un doctrinario, sino un hombre que se sentaba en su Catamarca a pensar y leer los libros que podía.

Estamos ya en 1910, año del Centenario. Cabe aclarar que el clima general de país, de todas las cátedras de Derecho Penal, y de todos los que andaban revoloteando en torno del poder punitivo, era absolutamente positivista. Lombroso influyó tremendamente en nuestro país a partir de la famosa conferencia de Luis María Drago convertida en librito, *Los hombres de presa*, que se tradujo al italiano con el nombre de *Il delinquente nato* con prólogo del propio Cesare Lombroso, a quien quisieron traer a Buenos Aires. Lo invitaron, pero como el hombre estaba viejo, mandó a Enrico Ferri, quien finalmente vino en el Centenario, contándose entre los visitantes más distinguidos. Si bien Ferri terminó siendo senador fascista, en 1910 era un dirigente de primera

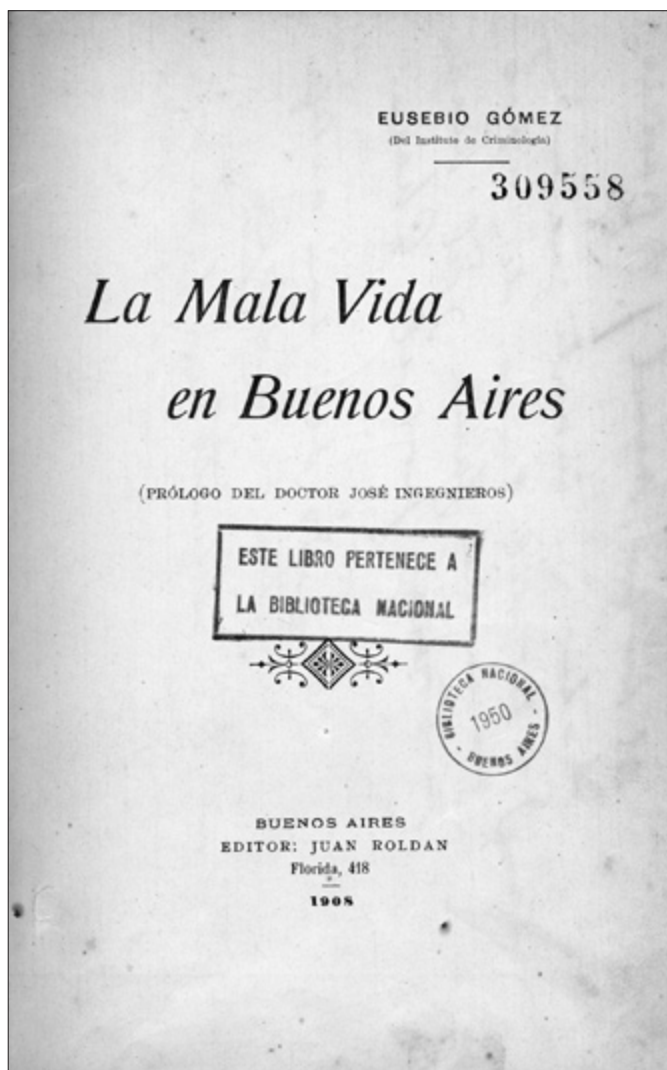
Eugenio Zaffaroni



línea del Partido Socialista Italiano. En consecuencia, cuando llegó a Argentina fueron los socialistas entusiasmados a recibirlo, pero se apresuró a decir que no entendía cómo podía existir un

Era realmente impactante el poder que tenía en ese momento la ideología positivista, el reduccionismo biologicista, el racismo y el peligrismo, como pensamiento que encajaba perfectamente con la ideología legitimante de nuestra oligarquía de la carne enfriada. Una minoría que tenía que tutelar a la gran mayoría que no estaba preparada todavía para ejercer la soberanía, porque aún era biológicamente inferior y necesitaba que se la orientase para que evolucionara sanamente y no se degenerase. Era menester custodiarla hasta que adquiriese capacidad, con un desarrollo mental que le permitiera ejercer la soberanía y los plenos derechos ciudadanos.

Entre 1910 y 1916 nadie se preocupó por la ley penal, mientras se ponía en marcha el penal de Ushuaia y se empezaba a mandar presos al fin del mundo. En 1916, un diputado conservador, Rodolfo Moreno hijo, retomó el proyecto de 1906 y consiguió que en la Cámara de Diputados se formase una comisión especial de Legislación Penal y Penitenciaria, cuya presidencia ocupó. Como era un hombre políticamente hábil, incorporó a radicales de confianza del presidente Hipólito Yrigoyen y a socialistas. De este modo se formó una comisión plural para reiniciar la tarea codificadora en un momento político complicado. Rodolfo Moreno era el presidente de la bancada opositora de diputados conservadores de la provincia de Buenos Aires, en el momento en que Hipólito Yrigoyen acababa de intervenir la provincia, es decir, estaba absolutamente enfrentado con el oficialismo. Sin embargo, al parecer, poseía una enorme habilidad política que le permitió generar esta comisión plural.



partido socialista en un país no industrializado, y entró así en una polémica con Juan B. Justo.

Ferri dio unas cuantas conferencias en el teatro Odeón acompañado por toda la oligarquía argentina, que se emocionaba y estremecía cuando Ferri lloraba al recordar a su mamá.

Moreno, si bien era conocedor de la materia, nunca fue un teórico, sino más bien un hombre práctico, por lo tanto fue tratando de simplificar y de configurar un proyecto en el que se eliminasen todas las definiciones teóricas. Un proyecto escueto, sobrio, redactado en un lenguaje claro y preciso que huiera de todas las discusiones en boga.

En la gestación de dicho proyecto había algunas cosas que naturalmente eran del agrado de Yrigoyen, como la abolición de la pena de muerte y el establecimiento de la condena condicional, que había sido incorporada por Yrigoyen en su propia plataforma política de 1916. Moreno consiguió de este modo el apoyo del Poder Ejecutivo con el que estaba políticamente enfrentado y logró que la Cámara de Diputados aprobara el proyecto, que pasó al Senado. La comisión del Senado, mayoritariamente reaccionaria, le introdujo reformas, entre otras el mantenimiento de la pena de muerte. Pese a todo, hubo en esta cámara una intervención que queda todavía hoy en los restos de nuestro código. El senador socialista Del Valle Ibarlucea, tomando las ideas del buen juez Magnaud, introdujo en el artículo 41 —que establece la forma de cuantificar la pena—, que el juez debe tener en cuenta la mayor o menor dificultad del penado para ganarse el sustento propio y de los suyos, es decir, la condición económica.

Finalmente el código fue sancionado en 1921. Por primera vez se amplía íntegramente el mandato constitucional de sancionar un código penal único, donde hay delitos federales y delitos ordinarios con una parte general. Quedaron sólo tres o cuatro leyes penales por fuera del código.

Este Código Penal de 1921, promulgado por Hipólito Yrigoyen, sobrevivió intacto casi cuarenta años. En ese período aparecieron algunas variables en el ejercicio del poder punitivo. En 1951, Perón firmó el decreto de cierre del penal de Ushuaia y se llevó a cabo la reforma del sistema penitenciario de Roberto Petinatto, pero el código se mantuvo con mínimas reformas de detalle, no porque hayan faltado tentativas de destruirlo.

En 1924, 1926 y 1928 se propusieron leyes de estado peligroso sin delito contra toda la *mala vida*, y luego leyes de estado peligroso post-delictual, para imponer penas más allá de las penas. Yrigoyen frenó todos estos proyectos, de los que era personalmente enemigo declarado.

En 1932 hubo una fuerte tentativa de reformar el Código Penal. En el verano entre 1931 y 1932 se produjo el secuestro de un joven perteneciente a la Liga Patriótica, que era un movimiento de extrema derecha. Su cadáver apareció unos meses después, y como respuesta a la construcción de la *víctima héroe* de la época, el presidente Justo mandó al Senado un proyecto que agravaba todas las penas. El Senado redobló la apuesta del Poder Ejecutivo y le agregó la pena de muerte por silla eléctrica. Pocos saben que la República Argentina tuvo un proyecto con media sanción de la silla eléctrica, el último grito de la moda a comienzo de los años treinta.

Hubo un famoso debate en el Senado entre el senador conservador Arancibia Rodríguez y Alfredo Palacios. En 1933 José Peco publicó un tomo con el debate completo. El proyecto pasó a la Cámara de Diputados, en la que continuaba Rodolfo Moreno, quien fue posteriormente gobernador de la

provincia de Buenos Aires, embajador en Japón, y candidato a la presidencia de la República a comienzo de los años 40. Lo cierto es que esa Cámara de la Década Infame, conservadora y fraudulenta, electa con el partido mayoritario proscripto, cargando todas esas taras políticas, sin embargo tuvo un resto de dignidad: no trató nunca el proyecto con media sanción del Senado. Toda *desemenjanza* con la realidad reciente es penosa.

No faltaron, en todos esos años, proyectos para cambiar totalmente el Código: el proyecto de Coll-Gómez de 1937, positivista; el proyecto de José Peco, neopositivista; en la época peronista, el proyecto de Isidoro De Benedetti, de 1951, neopositivista también, al igual que el de Ricardo Levene (h) de 1953; y, finalmente, el proyecto normativista de 1960 de Sebastián Soler, bastante apegado al proyecto neoconservador alemán.

**¿Qué tenemos hoy en Argentina como resultado de la banalización del sistema penal? ¿Qué tenemos como resultado de la *administrativización* de la solución punitiva? Lo que antes eran sanciones administrativas, se convierten en sanciones penales. Cada vez tenemos más tipos penales –hoy contamos aproximadamente con unas 200 leyes penales especiales– además de disposiciones penales en leyes no penales, lo que los brasileños llaman normas *extravagantes*.**

No obstante, el Código permaneció inalterado hasta la llegada de los gobiernos de facto. En 1963, una comisión de ignotos personajes proyectó una reforma de más de 150 artículos que fue sancionada por vía de decreto-ley. En 1964 el Congreso la derogó para volver al texto original. En 1967 se nombró una comisión que copió algunas cosas del proyecto Soler, y también por vía de decreto-ley (que esa dictadura

comenzó a llamar *leyes*) incorporó una cantidad de artículos que le hicieron perder toda su fisonomía al Código Penal. El Congreso la derogó en 1973, para volver al texto original.

La dictadura militar de Videla restableció en 1976 la reforma de 1967, con algunos inventos totalmente descabellados respecto a la *subversión*. Fue derogada por el Congreso en 1984. Es decir, que tuvimos un grave manoseo del Código Penal por parte de los regímenes de facto.

En 1984 teníamos un código penal que más o menos había recuperado su fisonomía, y unas 60 leyes penales especiales que establecían disposiciones que no estaban en el Código. A partir de ese momento se inició un serio y gravísimo proceso de *descodificación* penal.

La codificación penal es algo que preocupó muy poco a nuestros legisladores democráticos. A fines de los 80 del siglo pasado sucedió un hecho curioso. El Senado dio media sanción al proyecto del senador Jiménez Montilla, que es el primero y único proyecto integral de código penal que obtuvo una media sanción en nuestro Congreso Nacional. El texto es absolutamente desatinado y nadie jamás lo tomó en cuenta, realmente insólito; sin embargo el Senado le dio media sanción y llegó a la Cámara de Diputados donde, por fortuna, nunca fue tratado.

De allí en más comenzó un *frontalismo demagógico* en el que cada problema que se suscita y que produce un efecto mediático provoca un *mensaje de respuesta* del Congreso mediante una ley penal.

El origen de esta modalidad de *frontalismo demagógico* vindicativo proviene de Estados Unidos y corre

hoy por todo el mundo, por lo tanto, no nos creamos originales. Responde a una circunstancia particular de ese país y al cambio que provocó el abandono del *modelo Roosevelt* para el estado.

La particularidad local es que el Procurador General y el ministerio público en los estados son elegidos por voto popular. Aprovechan esa circunstancia para generar *víctimas héroes*, y proyectarse mediáticamente como los custodios de la seguridad y los campeones de la lucha contra los malvados, saltando de inmediato a la política y postulándose como gobernadores. Esta modalidad –estadual pero no federal en Estados Unidos–, a partir de 1980 con las administraciones republicanas, se convierte en una modalidad federal, dado que el desprestigio de las autoridades federales hacia 1980 –con la derrota de Vietnam y el fracaso de la recuperación de los rehenes de Teherán, entre otras cosas–, hizo que los candidatos a presidente no saliesen más del Senado, sino que surgiesen entre los gobernadores de los estados. Con lo cual, a partir de Reagan, se llevó al gobierno federal la modalidad propia de los estados.

A esto se agrega que el modelo de *incorporación progresiva* de origen keynesiano, o sea, el *modelo Roosevelt*, fue reemplazado por el modelo de *exclusión irremediable* del festival especulativo de la mafia del mercado, con las consecuencias que todos conocemos en la periferia del poder mundial, pero también en el centro, cuyos efectos aún no podemos predecir por completo. *Tolerancia cero* no es sólo el eslogan de un demagogo municipal, sino todo un proyecto político: se pasó de la inclusión a la exclusión, con la advertencia de que a los sumergidos no se les

tolerará ni la más mínima infracción, para mantenerlos a raya fuera de las zonas de jardincitos ordenados.

Esto produjo en Estados Unidos una hipertrofia increíble del sistema penal, que lo llevó al más alto índice de prisionización del mundo, quintuplicando la media mundial. Generó también una enorme empresa que naturalmente tiene publicidad. Dicha publicidad se mundializa. Este programa de prisionización es costosísimo y representa un desplazamiento de inversión social, para expresarlo gráficamente, del hospital a la cárcel.

Algunos comunicadores sociales adquieren enorme *rating* gracias a la identificación de *víctimas-héroes* y su consiguiente consagración en los medios. Las usan en estas campañas vindicativas, hasta que no les sirven más y las desechan.

Estas son invenciones norteamericanas de los últimos treinta años, que por cierto no tienen nada que ver con la tradición anterior pero cunden por el mundo. Se especializan en mostrar como enemigos de la sociedad a quienes pueden obstaculizar esta ampliación demagógica-vindicativa del poder punitivo; deterioran la imagen de los jueces, estigmatizándolos como aliados y encubridores del crimen. Éste es el discurso que nos llega y que se expande por el mundo con consecuencias que inciden gravísimamente sobre la propia legislación.

**Si a alguien poderoso verdaderamente le interesara la inseguridad, los riesgos y frecuencia de victimización, lo primero que haría es una investigación seria sobre la victimización y el delito. Aún no la tenemos, a nadie le importa, y no se gasta un centavo en investigar seria y científicamente lo que nos pasa con el delito. El delito es sólo un pretexto para demoler los límites que el derecho penal le puede oponer al poder punitivo.**



¿Qué tenemos hoy en Argentina como resultado de la banalización del sistema penal? ¿Qué tenemos como resultado de la *administrativización* de la solución punitiva? Lo que antes eran sanciones administrativas, se convierten en sanciones penales. Cada vez tenemos más tipos penales –hoy contamos aproximadamente con unas 200 leyes penales especiales– además de disposiciones penales en leyes no penales, lo que los brasileños llaman normas *extravagantes*.

El proceso de descodificación en nuestro país es total, pues no sólo se trata de leyes penales especiales, sino que además estallaron bombas adentro del propio Código Penal que destruyeron su sistema.

Como vimos, un código, siguiendo la tradición enciclopédica, trata de reunir en una ley toda la normativa de una materia, pero lo hace en una forma sistemática, con una parte general coherente para facilitar la interpretación. Actualmente, no sólo comienza a dejarse la mayor parte de la materia fuera del Código, sino que además se destruye su coherencia interna.

Teníamos una fórmula única de cuantificación de la pena con algunos criterios básicos que funcionaron durante varios años, determinando, por un lado, la gravedad de la lesión al bien jurídico y, por otro, el grado de culpabilidad del sujeto. Pero ahora resulta que esto se mezcló con un sistema de agravantes y atenuantes tabulados, y tenemos el *bis*, el *ter*, y también otros criterios de calificación en leyes especiales pero que afectan al Código Penal en su totalidad.

En síntesis, hoy no sabemos cuál es el máximo de la pena más grave de nuestro Código, y no lo sabe nadie. Hay tres o cuatro interpretaciones

posibles de la ley: se puede sostener que se halla en 25 años, pero también en 37 años o en 50 años, y el caos es tan enorme que cualquiera de ellos encontrará un fundamento legal.

Todo esto parte de reformas apresuradas, también del primer impacto de *víctima-héroe* con las famosas *leyes Blumberg*, y de la Ley 26.200 –que es posterior–, pena el genocidio y establece penas menores a todas las anteriores.

Es verdad que se ha llevado a cabo un ensayo de recodificación, que es el anteproyecto publicado en 2006, y que fue descartado por toda la campaña de la entonces publicitada *víctima-héroe*, que asustó el Poder Ejecutivo, al Legislativo. Hoy la *víctima-héroe* se perdió en los vericuetos de la politiquería, con todo su patetismo, descartada de modo salvaje y sin ninguna piedad por los mismos medios que la explotaron. Pero el mal legislativo está hecho y nadie lo corrige.

Pienso seriamente que entre quienes manejan el poder económico, a nadie le interesa mucho el problema de la seguridad. En este punto soy un poco foucaultiano. Creo que no les interesa demasiado la prevención del delito ni la paz social, sino que lo que verdaderamente les interesa es usar el poder punitivo de alguna manera, manipularlo para otras cosas.

Si a alguien poderoso verdaderamente le interesara la inseguridad, los riesgos y frecuencia de victimización, lo primero que haría es una investigación seria sobre la victimización y el delito. Aún no la tenemos, a nadie le importa, y no se gasta un centavo en investigar seria y científicamente lo que nos pasa con el delito. El *delito* es sólo un pretexto para demoler los límites que el derecho penal le puede oponer al poder punitivo.

Sociológicamente hablando no existe *el delito*, lo que existen son delitos, conflictos, que no tienen nada en común. Nadie puede explicar qué tienen en común el libramiento de un cheque sin fondos con la violación de una mujer. Lo único que tienen en común es tener una sanción correspondiente en el Código Penal, pero no puede prevenirse *el delito* en abstracto, porque dicha abstracción es una invención que hacemos los juristas para inventar categorías generales.

En la sociedad lo que tenemos son homicidios, violaciones, libramientos de cheques sin fondo, estafas, calumnias, conflictividades sociales dispares, con valoraciones muy diferentes, no tenemos *el delito*, que se inventa haciéndonos creer que la tos y el cáncer se curan con el mismo remedio.

De modo que si lo que deseamos prevenir son los delitos violentos, lo primero que hay que hacer es investigarlos: dónde ocurren, quiénes son los protagonistas, en qué horarios se producen, cuáles son los riesgos de victimización, y cincuenta posibles preguntas más. Con las respuestas a esa lista de interrogantes, tendremos un perfil y una distribución. Y a partir de dicho perfil y distribución empezaremos a conocer algo del fenómeno, generando un conocimiento con el que podremos empezar a prevenirlo.

¿Cómo podemos prevenir algo que no conocemos? Por ende, tengo la sospecha de que a nadie con poder le interesa en serio el problema de la prevención, y no sólo en nuestra sociedad, sino en este mundo globalizado.

Pero al parecer, tampoco a nadie le interesa demasiado el tema de la seguridad del ciudadano frente al avance del poder punitivo del estado, dado que el proceso de codificación que le

pone límites es uno de los más vulnerables, que se puede detener en cualquier momento y por efecto de las campañas publicitarias más groseras, que bajan en intensidad cuando aparece el dengue o la gripe.

No estoy sosteniendo que haya que sancionar inmediatamente y en forma irresponsable el anteproyecto de 2006. Lo redactó una comisión interesante integrada por los mejores penalistas del país. No coincido con todo el proyecto, creo que hay cosas por mejorar y que habría que investigar más profundamente la legislación penal especial

para tratar de abarcarla e introducirla totalmente dentro del Código.

Sin embargo, el anteproyecto de 2006 es un documento de trabajo a partir de cual se podría pensar, trabajar algún tiempo en serio, y que puede desempeñar hoy, a principios del siglo XXI, el mismo papel del proyecto de 1891 para el código de 1921. Sólo espero que no nos tomemos 30 años.

La legislación penal, a través de este proceso de descodificación, se ha vuelto inconstitucional *in totum*. No es inconstitucional tal o cual disposición, sino la legislación en su totalidad, lo que es extremadamente grave. Hay un mandato de certeza del derecho y del derecho penal en particular que emana de la constitución.

**El mandato de certeza que la Constitución y las provincias le dan al Congreso Nacional, no simplemente es el de legislar en materia penal, el de hacerlo en cualquier forma. Su mandato es el de sancionar un código penal. El mandato de certeza se legitima en un código, y hace 25 años que se agudiza la descodificación, la violación del mandato de certeza de la Constitución. Lo construido a lo largo de cien años se ha venido a destruir en 25 años de democracia, de Congresos en los que no hay proscrición, sino que son legítimamente electos.**

El derecho penal necesita un alto grado de certeza, la ley penal debe ser muy clara, pues debe aspirar a que todos seamos más o menos conscientes de qué es lo prohibido y qué no, qué es delito y qué no lo es.

Nuestros abuelos lo sabían, pero hemos perdido sus códigos, códigos con 50 ó 60 tipos penales básicos, en los cuales, incluso en la valoración paralela en la esfera del lego, más o menos se tenía idea de lo que era delito y de lo que no lo era. Hoy los profesores de derecho penal no lo sabemos; el caos es de tal magnitud que ni siquiera podemos garantizar que tenemos en nuestras manos los textos de todas las leyes penales. No se asombren, pero se dictan sentencias con leyes penales derogadas como resultado del caos y la confusión que existe. Los propios magistrados tienen ediciones comerciales del Código, llenas de papelitos y notas, porque tampoco hay una edición oficial.

Nuestro Congreso transformó aquella vieja comisión especial de legislación penal y penitenciaria de Moreno en una comisión ordinaria y por lo tanto creó una comisión permanente de legislación penal. ¿Qué va a hacer una comisión de legislación penal? Pues es natural que haga leyes penales. Pero las leyes penales son excepcionales, a diferencia del resto de las leyes. Si tenemos comisiones permanentes en ambas Cámaras, terminarán por ordinarse las leyes penales, dando como resultado las 200 leyes penales que tenemos y las múltiples disposiciones penales en leyes no penales que no sabemos hasta dónde llegan, ya que carecemos de una edición completa y oficial que nos garantice una información total, y una perspectiva de reproducción al infinito.

En síntesis, hoy nadie puede decir con seguridad que tiene toda la legislación penal en sus manos. El esfuerzo realizado a lo largo de muchos años y que se concretó en un código que conservaron los gobiernos populares, que mantuvo vigencia intocada durante 40 años y que nos sirvió para la coexistencia, ese código que luego manosearon los gobiernos de facto, hoy, en 25 años de democracia se ha desarmado y desbaratado.

El mandato de certeza que la Constitución y las provincias le dan al Congreso Nacional, no simplemente es el de legislar en materia penal, el de hacerlo en cualquier forma. Su mandato es el de sancionar un código penal. El mandato de certeza se legitima en un código, y hace 25 años que se agudiza la descodificación, la violación del mandato de certeza de la Constitución. Lo construido a lo largo de cien años se ha venido a destruir en 25 años de democracia, de Congresos en los que no hay proscripción, sino que son legítimamente electos.

El general Perón ordenó en 1947 la clausura del penal de Ushuaia y se tardó cuatro años en desmantelarlo. En 1955 se lo reabrió para presos políticos, que en 1956 se escaparon a Chile junto con el personal penitenciario de Chile. El penal de Ushuaia quedó vacío y hoy es un museo. Empero, el artículo 52 del Código Penal, el que servía para mandar los presos a Ushuaia, está hasta hoy en el Código, sin que nuestro Congreso se haya tomado el trabajo de derogarlo. Fue declarado inconstitucional por la Corte Suprema apenas en 2006, con el limitado efecto que tiene la declaración de inconstitucionalidad en nuestro país. De modo que sigue vigente el artículo por el cual se mandaba gente a Ushuaia aunque el

penal ya no exista desde hace 60 años. Hace más de cien años que un famoso autor alemán, Ernst von Beling, dijo que el derecho penal de fondo, el del código, no le toca un solo pelo al delincuente, pero el derecho procesal penal, aquél que establece el procedimiento –esto lo digo yo– es capaz de arrancarle la cabeza al ciudadano. Efectivamente, tenemos un proceso penal precioso, sólo que la mayoría de nuestros presos no están condenados. Las penas de nuestro Código Penal no se aplican, sólo se aplican las penas de Código de Procedimientos, es decir, se aplica la pena antes de la sentencia. Esto se da en toda América Latina. Entre el 70 y el 90 por ciento de nuestros presos no están condenados, pero están procesados. En Argentina estamos cerca del 70%. Permanecen en prisión sólo los condenados a los que al momento de la condena, por tratarse de algún delito grave, les quedan algunos años que cumplir antes de volver a su casa. Por cierto que algunos son absueltos al cabo del proceso: pese a todo el esfuerzo realizado por condenarlos, no ha sido posible, quizá porque eran inocentes, pero de cualquier modo y por las dudas, ya le hicimos cumplir la pena. Es decir, tenemos invertido absolutamente todo en el sistema penal. Aunque esto es un decir, o sea, *invertido* conforme al discurso jurídico, pero quizá esté proyectado para que en los hechos funcione de este modo. Primero tuvimos un código procesal copiado del que tuvo España en el peor momento de la Restauración borbónica y nos rigió *provisoriamente* mientras se mejoraban las instituciones. Como lo provisorio es lo más permanente, ese código rigió entre 1886 y 1992, o sea, 106 años. En 1992, establecimos un

código que le copiamos a Italia cuando ya lo había derogado tres años antes, y ése es el que tenemos ahora. Además, hay un pequeño detalle: tenemos juicios orales pero corremos el tremendo riesgo de que en el proceso penal nos desaparezca el juicio, por efecto de una pequeña característica que le copiamos a los norteamericanos y está difundiéndose por todo el mundo. En Estados Unidos los juicios por jurados son para la televisión, pues se resuelve de ese modo sólo el 3% de los casos (algunos dicen que el 6%). Los restantes juicios se resuelven por extorsión. Es decir, se le impone que acepte una pena menor bajo amenaza de ir al jurado y con una defensa precaria se le imponga una pena altísima. Algo parecido tiende a pasar en América Latina, entre nosotros. Es el famoso procedimiento abreviado, la famosa negociación con la cual corremos el riesgo de suprimir el juicio y montar una máquina infernal de condenar, a través de presiones y de amenazas respecto al juicio oral. Esto se ve favorecido por la congestión de los tribunales orales y una circunstancia que no puedo dejar de señalar: nada hay más aburrido que ser juez de juicio oral. Siguiendo la norma burocrática y tratando de descartar trabajo, y además por la imposibilidad material de realizar la enorme cantidad de juicios orales, el camino que se abre hacia el futuro es un gravísimo riesgo de desaparición del propio juicio. En la realidad, caminamos hacia un proceso penal sin juicio. De un sistema que pena sin condena, estamos pasando a otro que condena sin juicio. Creo que todos estos problemas son una deuda que tiene el Congreso Nacional, una deuda del Poder Legislativo para con los ciudadanos.

El Centenario se celebró con Figueroa Alcorta, la infanta Isabel de Borbón, con todo el fasto de la oligarquía de la carne enfriada. En el norte, en México, se celebró con Porfirio Díaz, con uniformes afrancesados repletos de medallas, interrumpido por el comienzo de la guerra civil más sangrienta del siglo XX.

Espero que el Bicentenario nos sorprenda acompañados por los representantes de los pueblos de nuestra región y empecemos a aprender algunas cosas de ellos. Posiblemente comparándonos aprendamos un poco de humildad, de esa que muchas veces nos hace falta a los argentinos y sobre todo a los porteños. Así como ellos se preocuparon mucho antes que nosotros por dictar códigos penales, hoy hay fuertes movimientos de renovación legislativa penal en Bolivia, Ecuador, Paraguay. ¿Y nosotros qué hacemos? Hemos detenido nuestro movimiento de codificación simplemente por el efecto mediático de una víctima-héroe. Reaccionó nuestro Congreso de una manera mucho más negativa que la de aquel Congreso de la Década Infame, que se animó a parar una iniciativa legislativa del Poder Ejecutivo con media sanción del Senado. El Congreso actual, directamente y sin ninguna iniciativa del Poder Ejecutivo, desarmó el Código Penal y, para colmo, después sancionó una ley que pena el genocidio con treinta años.

Tendríamos que pensar en un Bicentenario en el que esta historia, a veces triste, se revierta y recupere los mejores momentos de luz, de trabajo creativo y responsable.

A lo largo de esta historia hemos visto protagonistas en serio: dos casi llegaron a la presidencia de la República, dos fueron gobernadores de la provincia de Buenos Aires y uno de Catamarca, otros fueron ministros e interventores de provincias, uno fue candidato a vicepresidente, los dos líderes más populares del siglo pasado se interesaron personalmente por la legislación y la cuestión penal. Es decir que políticos de altísimo protagonismo se tomaron en serio a lo largo de nuestra historia la elaboración de la legislación y la codificación penal. Hoy pareciera que ésta es una tarea subalterna. Sólo interesa el mensaje, sólo importa cómo se proyecta a través de la comunicación social, cómo se deforma la legislación a través de los medios de comunicación. Éste es un punto importante sobre el cual reflexionar, en esta conmemoración de los 200 años de nuestra emancipación.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

# Colección Reediciones & Antologías

La colección Reediciones & Antologías está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

## *El Payador* Leopoldo Lugones

Estudios preliminares de Horacio González, Noé Jitrik,  
María Pia López, Oscar Terán y Javier Trímboli.

Incluye ilustraciones originales de Carlos Nine y una  
reproducción facsimilar de los manuscritos del autor.



PRÓXIMOS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN:

*Lunario de un siglo*  
Buenaventura Suárez  
*Envido*

Edición facsimilar de la revista de Política y  
Ciencias Sociales, publicada entre los años 1971-72



# Federalismo en el Bicentenario<sup>(\*)</sup>

*Por Natalio R. Botana*

Lejos de plasmarse el federalismo consagrado constitucionalmente, Argentina ofrece un cuadro conflictivo en relación con una equitativa situación entre las regiones que la componen. Como si aquella utopía alberdiana no pudiera encontrar formas de concretarse frente a obstáculos de naturaleza muy diversa.

Natalio Botana analiza las diferentes circunstancias que conspiran contra la institución de formas federales y republicanas desde la reanudación democrática de 1983: la persistencia de un sistema tributario regresivo, la irresolución crónica de la distribución fiscal (coparticipación federal), la dinámica eleccionaria recurrente que impide tomar resoluciones de largo plazo y deja en suspenso la relación entre los órdenes provinciales y el orden nacional (contradicción entre un federalismo institucional vigoroso y una situación de “astenia” fiscal), la disparidad representativa del sistema legislativo bicameral, y la concentración multitudinaria en las grandes megalópolis (“leviatanes” demográficos) cuyos movimientos inestables plantean un desafío para cualquier forma de gobierno.

La precisión y el detalle del cuadro descrito, requieren tomar con seriedad aquellas tareas irresueltas en estos 200 años. Labor doblemente compleja si se tiene en cuenta que no se trata sólo de tendencias propias de un sistema nacional, sino que éste se ve inmerso en un conjunto más vasto de dinámicas globales.

El tema del federalismo puede ser tratado de una manera retórica –estilo abundante en los ensayos consagrados al respecto– o de un modo que exija penetrar en los problemas no resueltos en esta materia. Argentina es en la actualidad, por definición, un país regido por una constitución. Sin embargo, lo que a continuación trataré de demostrar es que lejos de ser un régimen federal, tal cual la Constitución lo ha delineado, es más bien un régimen aquejado por muchas inconsistencias unitarias. Por eso, el federalismo no alude en Argentina a consenso institucional, sino a un conflicto que atraviesa en son de alarma un pasado de 200 años. Este conflicto empezó en 1811 con la llegada de los diputados de los cabildos del interior, que posteriormente integraron la Junta Grande.

Estos antecedentes son previos a una suerte de punto de partida del Bicentenario que celebramos y que comienza en el año 1983, unos antecedentes más recientes marcados por el fenómeno inédito de más de un cuarto de siglo de ejercicio ininterrumpido de la democracia.

Si bien la proporción de intervenciones federales a las provincias desde esa fecha ha sido mucho menor –comparada con otros períodos como, por ejemplo, el que se abre con la primera transición a la democracia con la presidencia de Hipólito Yrigoyen en 1916–, la recurrencia de ciertos problemas como la sobre-representación, y la sub-representación de los legisladores en la Cámara de Diputados, así como la demora en resolver mediante una ley de coparticipación federal la distribución de recursos fiscales entre la Nación y las provincias, hacen que el federalismo aparezca una y otra vez en el debate político bajo el signo de la contradicción.

¿A qué se debe esta cuestión irresuelta?

Hay un primer punto a señalar, que aquellos que han nacido en democracia a veces olvidan, a diferencia de los que hemos tenido que soportar la larga noche del autoritarismo en Argentina. Desde el año 1983, el federalismo en nuestro país está envuelto por una activa vida electoral. Se vota constantemente cada dos años, y a veces hay elecciones entre esos intervalos. Excepto la elección directa de presidente y vicepresidente, que ocurre cada cuatro años, todos los demás procesos electorales tienen lugar en el marco de la organización federal, es decir, en los 24 distritos electorales (las 23 provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). El planteo de estos dos órdenes electorales, el de las provincias y el de la elección nacional, tal vez permita entender mejor la impronta que tiene el federalismo argentino cuyos orígenes se remontan a la fórmula centralizante que se puso en marcha, en medio de guerras exteriores e intestinas, a partir de 1853. Una impronta “alberdiana”, podríamos sugerir, que impregna la constitución argentina, con sus vicios y bondades, y que se refleja, sobre todo, en las malformaciones de nuestro régimen fiscal. Como en cualquier fórmula federal, de las muchas conocidas en el mundo, en Argentina se planteó un conflicto entre dos órdenes de competencia y jurisdicción: el nacional y el provincial. Luego de largos procesos, plagados de violencia y dictaduras, terminó prevaleciendo entre nosotros una inclinación evidente a favor del orden nacional.

De aquí se deriva la contradicción, que padecemos en estos años de democracia, entre un vigoroso federalismo electoral y un asténico federalismo institucional. La astenia,



como sabemos, denota una falta o decaimiento de fuerzas. Creo que esta contradicción es fuente de muchos problemas. Mientras la dimensión electoral de nuestra vida ciudadana es fuerte y enérgica, la dimensión institucional es mucho más débil.

Se trata de una cuestión de naturaleza

**Tenemos, en los hechos, un federalismo caligráfico, como Alberdi solía calificar a las constituciones de 1819 y 1826: bellas creaciones literarias con escaso asidero en la realidad. Por este motivo, las iniquidades más flagrantes que deberían ser compensadas con una nueva ley de coparticipación federal, sobresalen en esa periferia rica en su economía, y pobre en lo que respecta a la capacidad fiscal para implementar políticas públicas. En especial, por deber de justicia, aquellas vinculadas con la marginalidad, la pobreza y la exclusión en los conglomerados urbanos.**

institucional que podría resumirse en, al menos, tres rasgos: el primero, la caída pronunciada de las provincias en el reparto de la coparticipación federal; segundo, el uso excesivo —mediante decretos y resoluciones ministeriales que van en contra de lo establecido en el artículo 75 de la Constitución Nacional—, de una política de transferencia de

los recursos productivos de las provincias, al tesoro del gobierno nacional; y tercero, el manejo de la bolsa fiscal para distribuir favores, sanciones, premios y castigos.

Según puntos de vista divergentes, estos tres puntos están en el meollo de los actuales debates públicos. Podríamos considerarlos originales y hasta inéditos, pero si regresamos por un momento a los debates de la Argentina del Centenario, veremos que los mismos argumentos eran enunciados por los llamados fundadores de la ciencia política en el país, como Rodolfo Rivarola, quien tendía a justi-

ficar el sufragio restringido en el marco de un régimen unitario, y José Nicolás Matienzo, en ese momento una figura destacada en la Unión Cívica Radical. Ahora bien, los debates difieren según sea la provincia de que se trate. En este momento, en el cual la abundancia fiscal disminuye ostensiblemente debido a la crisis internacional y al hecho de que no pudimos acumular un fondo anticíclico como, por ejemplo, hicieron los gobiernos de Chile, los déficits presupuestarios de las provincias vuelven a mostrar sus dientes. Este recrudecimiento de la astenia estatal revierte sobre la situación en la que se encuentran tres provincias: Buenos Aires, Córdoba, y Santa Fe. Estos distritos, junto con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, configuran la masa crítica de ciudadanos que decide quién gana y quién pierde en las elecciones. En relación con las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, esta aparente periferia, supuestamente rica y poderosa, es acaso la más perjudicada por la política fiscal. Reciben estas provincias, claro está, subsidios e inversiones de parte del Poder Ejecutivo Nacional, pero en general —y aquí reside el problema central del federalismo argentino—, desde el punto de vista material, las provincias carecen de tesoro propio. No lo tienen en relación con los recursos coparticipables —que representan en total, con las otras provincias, alrededor del 30 y el 32 por ciento de la recaudación nacional, el valor más bajo de las últimas décadas—, ni tampoco con respecto a la participación de los ingresos propios de las provincias en el total de los ingresos tributarios. En Argentina los ingresos propios de las provincias representan el 18 por ciento del total de la bolsa

fiscal; en Brasil, en cambio, un régimen federal como el argentino, los recursos propios de las provincias representan el 31 por ciento. Ni hablar de Estados Unidos donde los recursos propios de las provincias representan alrededor del 40 ó 45 por ciento.

Esto nos da una idea acerca de cómo refracta en nuestra circunstancia el antiguo argumento de la teoría política que giraba en torno a la apariencia y la realidad. Tenemos, en los hechos, un federalismo caligráfico, como Alberdi solía calificar a las constituciones de 1819 y 1826: bellas creaciones literarias con escaso asidero en la realidad. Por este motivo, las iniquidades más flagrantes que deberían ser compensadas con una nueva ley de coparticipación federal, sobresalen en esa periferia rica en su economía, y pobre en lo que respecta a la capacidad fiscal para implementar políticas públicas. En especial, por deber de justicia, aquellas vinculadas con la marginalidad, la pobreza y la exclusión en los conglomerados urbanos.

Cuando se puso en funcionamiento en clave oligárquica nuestro régimen federal (recordemos la Ley 1420), gran parte de la educación primaria, escuelas normales y colegios nacionales, estaban junto con las universidades en manos del Estado nacional. Hoy lo único que queda bajo la jurisdicción del Estado nacional son las universidades nacionales. El resto de las estructuras educativas están en manos de las provincias, es decir: son las provincias las que tienen que financiar la educación, en los dos niveles, junto con la seguridad y la salud. Por tanto, cuando hablamos de astenia, su signo más elocuente es el hecho de que en muchas de las provincias argentinas la educación pública no está funcionando o lo hace mal. Nos

basta con repasar los conflictos severos en materia salarial, con la secuencia de enfrentamientos entre los sindicatos de maestros y los gobiernos provinciales. Ante este escenario resulta imperioso plantear la necesidad de impulsar una reforma del federalismo a través de una nueva ley de coparticipación federal.

El 1994 la Constitución Nacional fue reformada. En dicha reforma hubo una cláusula transitoria, la sexta, que obligaba al Congreso a dictar una ley de coparticipación federal en un plazo máximo de tres años. En este punto el silencio parlamentario es muy elocuente: desde el año 1997 nada se ha hecho. Y es un hacer desafiante, ya que como ocurrirá ahora con la discusión parlamentaria en torno al proyecto presentado por el Ejecutivo en materia de organización y elección de candidatos en los partidos políticos, este tipo de leyes requieren mayorías calificadas. Son leyes-convenio que exigen el voto de la mitad más uno de los miembros de las Cámaras. Se trata de una ley convenio que por ser atinente al federalismo debe ser iniciada por el Senado, y posteriormente, requiere la adhesión o rechazo de las provincias. Es, por cierto, un desafío enorme, pero creo que si queremos asumir el Bicentenario con temple arquitectónico es hora de enfrentar los grandes desafíos a través de la deliberación y el consenso, dado que son leyes de este tipo las que se requieren urgentemente en Argentina, esto es, consensos de naturaleza fundacional.

Ahora bien, ya lo hemos dicho, este cuadro pinta el paisaje de un conflicto que alude también a los problemas atinentes a nuestro régimen fiscal. Concibo, por consiguiente, la necesidad de un nuevo “pacto federal”, unido a la exigencia

de un nuevo “pacto fiscal”, dado que si hay malformaciones en el federalismo, seguramente también las hay en el régimen fiscal. Este problema lejos está de ser producto de la situación actual, se arrastra desde hace muchos años.

Veamos algunos aspectos de esta cuestión. La bolsa fiscal es el conjunto de recursos de los que disponen el Estado y sus provincias. Pero, ¿cómo se forma dicha bolsa?, ¿qué impuestos contiene? El peso correspondiente a las ganancias, a las rentas financieras y al patrimonio personal sigue siendo muy bajo en Argentina en comparación con las sociedades más avanzadas del mundo. En nuestro país los impuestos predominantes son el IVA (Impuesto al Valor Agregado), y otros impuestos indirectos, entre los que podríamos señalar las retenciones a las exportaciones, diversos tipos de

impuestos al consumo, y desde luego el impuesto de aduana que pagan las mercaderías importadas. Todos ellos forman casi el 90 por ciento de la bolsa fiscal. Impuestos injustos y regresivos, dado que la única proporcionalidad que admite el impuesto indirecto —léase el IVA— es que quien habla puede consumir más que un habitante marginal y excluido en una villa miseria. Son entonces impuestos proporcionales al consumo y no progresivos en cuanto a las ganancias y rentas financieras.

Todas las democracias del mundo que han alcanzado un cierto grado de madurez han tenido en algún momento de su historia un gran debate nacional cuyos efectos consistieron en que el peso de los impuestos directos, en la composición de la bolsa fiscal, sea mucho mayor que el correspondiente a los impuestos indirectos. Éste es un

Natalio R. Botana



punto que nos cuesta trabajo entender a los argentinos. Sin impuestos directos no hay vínculo ciudadano que me permita hacer valer mis derechos por estar cumpliendo una intransferible obligación personal. El pago de impuestos indirectos está condenado a perderse en el anonimato.

Este intrincado asunto tiene su origen en un importante texto publicado en 1855: *Sistema económico rentístico para la Confederación Argentina según su Constitución*, cuyo autor fue Juan Bautista Alberdi. Es un texto liminar en el pensamiento político-económico argentino, por tener la característica de correr parejo con los famosos artículos escritos por Hamilton para defender la constitución de los Estados Unidos en 1788, y que después fueron reunidos, junto con los de Madison y Jay, en el texto conocido como *El Federalista*.

La obsesión que tenían estos autores consistía en inventar todo desde la nada. Entre 1788 y 1855, el federalismo aún no existía en el mundo vaciado en el molde del Estado nacional. Lo que sí existían eran confederaciones laxas, y en el caso de Argentina, aquella Confederación establecida en el Pacto Federal de 1831 que otorgó a la Aduana de la provincia de Buenos Aires una posición hegemónica con respecto al resto del país, en tanto todos los recursos de importación y exportación revertían sólo sobre dicha Aduana. Es decir que cuando Alberdi escribe *Sistema económico y rentístico...*, lo hace en plena guerra civil, asumiendo las características económicas que propiciaron dicha guerra concluida provisoriamente con la batalla de Pavón.

En ese entonces, el gobierno que presidía Urquiza, y luego su sucesor Manuel Derqui, carecía de recursos fiscales como efecto de que la provincia de

Buenos Aires no había cedido la Aduana al servicio de todo el país. La Aduana tenía tal relevancia por el hecho de que no había, en aquellos años, otra institución comparable en materia de recaudación de impuestos. Era un sistema muy sencillo: si aumentaba el comercio

—el sueño de Alberdi—, aumentaba la riqueza; si aumentaba la riqueza, aumentaban también los recursos fiscales. Tal fue la clave del pensamiento alberdiano: nacionalizar el Estado, un punto central con el que estoy completamente de acuerdo. Pero Alberdi, además de estos impuestos

indirectos, no propuso otros impuestos relevantes bajo jurisdicción nacional, y dejó la organización de los impuestos directos en poder de las provincias. Para ello estableció una fuerte restricción constitucional por la que corresponde exclusivamente al gobierno nacional percibir impuestos indirectos.

Esto quedó escrito en la Constitución que a partir de 1853 tuvo numerosas reformas: en 1866, en 1898, en 1949, en 1957, y por fin en 1994. Sin embargo, en ninguna de ellas se tocó este principio. De tal suerte que Argentina está protagonizando, como en muchas otras cuestiones, una pieza de ficción, dado que para tener que pagar impuestos directos en todo el país, cada año invariablemente, a partir de 1932, el Congreso vota una ley de emergencia que tiene vigencia anual y es sistemáticamente prorrogada.

**En realidad, lo que hoy tenemos en Argentina respecto al contrato fiscal es un proceso de frágil legitimación. En lugar del círculo virtuoso de una ciudadanía fiscal, nos encontramos frente al círculo vicioso de gente que no opera con criterios de ciudadanía —en el sentido de que el ciudadano asume el bien general en su conducta—, sino que lo hace al modo de habitantes volcados a la defensa de sus intereses particulares.**

Sin embargo, puede afirmarse que en los últimos ocho años ha mejorado la participación de los impuestos directos, del mismo modo como mejoró durante los dos primeros gobiernos de Perón, en el curso de la llamada Revolución Libertadora y en la primera parte del gobierno de Frondizi. De todos modos, vistas las cosas desde una perspectiva atenta a la larga duración, estos factores del “mal gobierno” afectan el nervio más sensible de lo que he denominado en muchos trabajos *ciudadanía fiscal*, vale decir, el círculo virtuoso que debería trazarse entre el ciudadano que paga impuestos y el Estado que, sobre la base del respeto de los contratos y del ejercicio responsable de la economía, los administra y distribuye de acuerdo con criterios de transparencia.

Éste es otro de los pactos fundadores de la democracia, pacto entendido en el mismo sentido del contrato social que fundamentó Jean-Jaques Rousseau. Pues el contrato social, el pacto fundado en la voluntad general del ciudadano, tiene que rehacerse y perfeccionarse todos los días. En especial el contrato fiscal, que es una de las claves de la democracia moderna. Sin él, la democracia se sumerge en un pantano de conflictos irresueltos. Sin contrato fiscal, se afecta el temple reformista de la democracia que exige, precisamente, un talento muy especial para generar una confianza compartida en virtud de la cual el ciudadano y la ciudadana pagan impuestos directos al Estado. Éste, a su vez, los transforma en bienes públicos, bienes que deben ser comunes a todos, aun cuando su administración se realice en diferentes niveles.

En realidad, lo que hoy tenemos en Argentina respecto al contrato fiscal es un proceso de frágil legitimación. En lugar del círculo virtuoso de una

ciudadanía fiscal, nos encontramos frente al círculo vicioso de gente que no opera con criterios de ciudadanía –en el sentido de que el ciudadano asume el bien general en su conducta–, sino que lo hace al modo de habitantes volcados a la defensa de sus intereses particulares. Observamos, desde este ángulo, un espacio cruzado por diversos actores: por un lado los rebeldes que se consideran sometidos por leyes, decretos o resoluciones que juzgan confiscatorias, y por otro, tan importantes como los rebeldes aunque más silenciosos, los habitantes imbuidos de la astucia del evasor. Es la astucia del evasor activo que logra la complicidad tácita de aquel que no reclama y del Estado incapaz de controlarlo.

Junto con ello, y esto no es propio de Argentina sino de la mayoría de los países, desarrollados o no, vivimos prisioneros de un conjunto de leyes que ignoramos y desconocemos. Desde que comenzó a trabajarse sobre teoría fiscal en el siglo XVIII –el gran progresista en aquella época fue Adam Smith–, siempre se señaló que la calidad del mundo fiscal es la transparencia, la proximidad y sencillez de las leyes. Y lo real es que, en materia fiscal, en Argentina se vive en enjambres y laberintos, donde los que mandan son los expertos en el mundo tributario. Expertos en las modalidades de pago, y también expertos en el consejo sobre cómo eludir el pago sin infringir las vallas legales. Por consiguiente, detrás de las pasiones y entreveros electorales, que sirven como telón de fondo, hay una condición estructural de nuestra política que no atina a reformar el régimen tributario según principios de equidad aplicables a la ciudadanía y a la relación entre las provincias y el Estado nacional.

Éste es el gran desafío que tiene por delante la representación política en Argentina: poner en marcha lo que podríamos denominar “leyes constitutivas del Bicentenario”, dentro de las cuales la ley tributaria y fiscal es condición necesaria para llevar adelante otro tipo de leyes constitutivas en el campo de la educación, la salud, y en aquel terreno en que se disparan los dardos de la injusticia distributiva: el campo de la exclusión y la marginalidad. Al plantear estas cuestiones, estoy hablando de derechos. No obstante, generalmente olvidamos que los derechos cuestan dinero, dado que sin respaldo material, los derechos son pura virtualidad. El respaldo material para los derechos es la obligación asumida por el ciudadano que percibe que su esfuerzo fiscal, proporcional y progresivo, es correspondido por el Estado.

Además del tema fiscal, hay otro problema importante que aqueja al federalismo argentino. Desde que se pensó y puso en práctica la teoría del federalismo político, la pregunta acerca de la escala geográfica de los territorios que participaban del Pacto Federal, que en Argentina se llaman provincias –en Estados Unidos y Brasil estados, y en Suiza cantones–, inquietó a los constitucionalistas y legisladores. Porque el federalismo, en tanto teoría política, es una apuesta a favor del equilibrio entre las unidades que pactan esa forma de Estado y ese régimen de gobierno.

Los norteamericanos y luego los suizos –Alberdi conocía el proyecto de constitución federal para Suiza de Pellegrino Rossi– plantearon estos problemas y los resolvieron mediante una invención notable: establecieron dos cámaras, un Senado que representa la igualdad de todos los estados, cantones o provincias, con un mismo tipo de representación; y una Cámara de Diputados que repre-

senta a toda la población por su número. Una rápida mirada sobre nuestro país nos permite comprobar que estos requisitos no se cumplen. La representación igualitaria del Senado se desequilibra debido al desfasaje que se advierte en la Cámara de Diputados. Dicha cámara es un recinto que alberga a provincias chicas sobre-representadas, y a provincias grandes sub-representadas. Es una ley que rige intocable, a pesar de ser herencia de la última dictadura militar. Parece una ley pétrea, inmodificable.

Tomemos seis provincias de la región pampeana y patagónica: La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, y Tierra del Fuego (aclaro que este trabajo se basa en datos censales de hace diez años).<sup>1</sup> Estas seis provincias tienen una población en conjunto de 2.037.545 habitantes, cifra que reúne en la cámara a 30 diputados. Cada una de ellas tiene asignado un mínimo de cinco diputados. La provincia de Santa Fe por su parte, con 3.700.000 habitantes, está representada sólo por 19 diputados. Por su parte, la provincia de Córdoba, con una población semejante, está representada por 18 diputados. Pero además de esta evidente disparidad, la provincia de Buenos Aires emerge en este cuadro como un Leviatán demográfico que engulle cerca del 40 por ciento de la población total de la República.

Feria La Salada



Esta relación de disparidad ya existía en 1810 y atravesó todo el siglo XIX.

Hacia 1910 llegaron a nuestro país varios visitantes de nota, algunos de ellos pensadores políticos que consignaron por escrito su experiencia, como es el caso del jurista español Adolfo Posada. Observaba Posada al respecto que un estado federal requería “cierto equilibrio de fuerzas que si se rompe ha de ser

**Por primera vez en la larga historia de la humanidad, el mundo es predominantemente urbano. Ahora bien, ¿cómo gobernar la megalópolis? Porque además de democrática, Argentina es una república, y desde que la república fue pensada por los romanos, siempre interpeló la imaginación del legislador planteando un problema de escala. ¿Cuál es la mejor escala para que florezca la ciudadanía con sus conflictos y armonías?**

en la proporción en que Prusia rompe el equilibrio alemán, no en la proporción en que Buenos Aires rompe, por el momento, el equilibrio argentino”. En aquel momento, la Capital había sido federalizada hacía treinta años, tras episodios sangrientos.

La distribución del número de diputados después de 1880 entre los cuatro distritos grandes (Capital Federal, provincia de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe), era razonablemente equilibrada. Cuando Posada estuvo en el país, la provincia de Buenos Aires elegía 28 diputados, la Capital Federal 20, Córdoba 11, y Santa Fe 12. Después, a lo largo del siglo XX, esta correspondencia se quebró. La Capital Federal —me incluyo— hoy es una ciudad congelada demográficamente. Somos hijos de la inmigración europea, y como los europeos han dejado de tener hijos, nosotros también.

La ciudad de Buenos Aires tiene una población desde hace 70 años que gira alrededor de los 3.000.000 de habitantes. Cuando esta población

aumenta es debido al impacto de las poblaciones marginales que aquí se trasladan. En cambio, si observamos la provincia de Buenos Aires, advertimos un espectacular ascenso. En 1914 tenía 2.000.000 de habitantes; en 1980, 10.860.000; en 2001 tenía 13.827.000, de los cuales casi 9.000.000 viven en el llamado “Conurbano Bonaerense”.

En términos electorales, la provincia de Buenos Aires arrastra casi el 38 por ciento del padrón nacional, y de esa cifra, los dos cordones que rodean la Capital Federal retienen el 22.7 por ciento. Se entiende, por lo tanto, la magnitud del poder electoral bonaerense, y al mismo tiempo se hacen chocantes los contrastes con los tres distritos denominados grandes. La Capital Federal representa un 9.7 por ciento del padrón electoral, Córdoba el 8.73, y Santa Fe un 8.59. Es decir, las tres juntas reúnen un 27 por ciento que no alcanza a la provincia de Buenos Aires. Habría que sumar a este terceto las provincias denominadas medianas, que en rigor son pequeñas, como Mendoza con un 4 por ciento, Tucumán con un 3.52 por ciento y Entre Ríos con un 3.22 por ciento. Por consiguiente es un error hablar de distritos grandes en Argentina, dado que efectivamente hay uno solo.

La provincia de Buenos Aires lleva hoy al Congreso setenta diputados, la Capital Federal veinticinco, Córdoba dieciocho, y Santa Fe diecinueve. En tanto, como ya lo entendía Sarmiento cuando se radicó en el Estado de Buenos Aires en 1854, quien tiene el poder de Buenos Aires, en términos electorales, tiene la clave del éxito electoral en el país. Pero aquí aparece una última contradicción: este poder electoral bonaerense, principal productor de las mayorías nacionales, descansa sobre una ostensible

debilidad fiscal. En el caso de tener que describir a esta provincia, lo haría con una frase orteguiana; diría que es un “gigante invertebrado”, una población enorme, con los peores contrastes de Argentina, donde se produce el choque feroz de las desigualdades. Choque que se acrecienta cuando los sectores están próximos, cuando se tocan aunque no quieran reconocerse. Mundo de habitantes, diría Rousseau, no de ciudadanos. Este gigante que, si bien posee esa potencia electoral, es al mismo tiempo castigado fiscalmente. La última provincia argentina reconocida como tal es Tierra del Fuego, provincia pequeña y deshabitada. Por cada uno de sus habitantes recibe 2.665 pesos, en concepto de coparticipación federal. La provincia de Buenos Aires recibe 368 pesos. He aquí la contradicción que estalla en el escenario del Gran Buenos Aires: la brutal escisión entre ricos y pobres. Este problema de astringencia fiscal se remonta a décadas, y hace que la provincia quede directamente dependiente de los favores del “príncipe”, porque de lo contrario carece de capacidad de respuesta.

Estamos, pues, frente a un gigantesco problema en lo que atañe a la conformación de la Argentina moderna. La provincia de Buenos Aires se ha colmado a partir de 1880 sin ningún plan ni política alguna de descentralización. En esta provincia se levantó la gran esfinge del siglo XXI: la Megalópolis. El Conurbano, más la Ciudad de Buenos Aires, concentran alrededor de 13.000.000 de habitantes, el Distrito Federal de México concentra alrededor de 24.000.000, San Pablo casi 23.000.000, Río de Janeiro

18.000.000, y eso sin hablar de las megalópolis chinas, indias o africanas. Por primera vez en la larga historia de la humanidad, el mundo es predominantemente urbano. Ahora bien, ¿cómo gobernar la megalópolis? Porque además de democrática, Argentina es una república, y desde que la república fue pensada por los romanos, siempre interpeló la imaginación del legislador planteando un problema de escala. ¿Cuál es la mejor escala para que florezca la ciudadanía con sus conflictos y armonías?

Habría que preguntarse, por consiguiente, si es realmente posible construir un federalismo a escala humana con este desequilibrio demográfico, social y urbano. Por ejemplo, Estados Unidos tiene también megalópolis, pero mantiene cierto equilibrio entre Los Ángeles y Nueva York, entre Chicago y Houston. Aquí en Argentina, tenemos por un lado Buenos Aires y luego el país: la megalópolis y el resto. Se imponen, pues, audaces políticas de descentralización y, como complemento, políticas de cooperación administrativa en las grandes áreas urbanas. Concluyo. Estamos inmersos en un círculo, que espero no sea dantesco sino ascendente, donde lo fiscal, lo federal y lo urbano se interpenetran. Hemos hecho un diagnóstico, y tenemos la esperanza de que frente a tal diagnóstico podamos obrar en consecuencia.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

#### NOTAS

1 Véase, para los párrafos siguientes, mi ensayo “La democracia republicana en el Bicentenario”, en Natalio R. Botana (ed.) (2010), *Argentina 2010. Entre la frustración y la esperanza*, Buenos Aires, Taurus.



## Modelo regional y popular de desarrollo<sup>(\*)</sup>

*Por Enrique Martínez*

En esta última década suele hablarse, para caracterizar la situación que atraviesa Sudamérica, de un pos-neoliberalismo. Precedida por sublevaciones populares y por la emergencia de gobiernos que asumieron a su modo las condiciones que se abrieron a partir de tales revueltas, la hora política de la región sugiere cambios en las maneras de tratar la cuestión pública, de reconocer los planteos que formularon los movimientos sociales y de interpretar esas demandas con mayor grado de innovación. Sin embargo, surgen numerosos interrogantes respecto a qué formas económicas, sociales y políticas guardan relación con el desafío abierto de plantear nuevos horizontes.

Enrique Martínez, presidente del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), plantea aquí la necesidad de un modelo de desarrollo con características populares, democráticas y transformadoras. De esta manera, lo que algunos han llamado neodesarrollismo para dar cuenta de las estructuras productivas actuales, es reexaminado bajo la hipótesis de un nuevo “modelo regional y popular de desarrollo”, un modelo de descentralización productiva, solidaridad tecnológica y reapropiación de los bienes comunes para restituirlos a su trama comunitaria.

Vamos a encarar una tarea riesgosa, la de hablar sobre modelos de desarrollo. Habitualmente se habla del tema, pero se habla mal, superficialmente, en términos genéricos. Se introducen títulos vacíos de acciones, carentes de metodologías de aproximación. Nosotros intentaremos hacer un aporte, y tratar de transmitir una mirada sobre lo que puede calificarse como el “modelo del ahora”, aquel que se necesita para tener la aspiración de una propuesta que busque mejorar la calidad de vida de la comunidad.z

Lo hemos bautizado “modelo regional y popular de desarrollo”, como una pequeña metamorfosis del que hemos llamado durante muchísimo años modelo nacional y popular de desarrollo, aquel que tuvo vigencia hasta 1955.

En la época de posguerra mundial, en Argentina hubo dos modelos, vinculados por un tercer modelo que la historia mostró como transición entre ambos. El modelo nacional y popular, y el modelo de especialización exportadora de los años 90, vinculado entre ellos por el desarrollismo, que en definitiva fue un cambio importante del modelo nacional y popular. Si bien trató de mantener sus grandes objetivos, terminó siendo un puente hacia una integración en la globalización que, no por responsabilidad del desarrollismo, condujo a la estrategia de especialización exportadora.

El modelo nacional y popular puede ser caracterizado por lo que llamo los activadores: ¿cuáles son las grandes herramientas de activación de la economía y la sociedad?, ¿cuáles los instrumentos centrales que se utilizaron?, ¿cuál era la consigna esencial que se perseguía?

Más allá de las consignas políticas y los valores éticos del período, en aquel momento de posguerra hubo

dos grandes activadores: el Estado productor y la sustitución de importaciones. Y hubo además dos instrumentos categóricos: los aranceles, es decir, impedir la entrada de productos a los cuales se pretendía sustituir; y el crédito orientado a atender la necesidad de financiamiento de cualquier proyecto industrial, algo que nunca más se dio en Argentina.

Los aranceles fueron un instrumento relevante, pero en realidad, los ayudó una situación mundial en la cual el comercio internacional estaba absolutamente bloqueado: Europa se encontraba en proceso de reconstrucción y Estados Unidos orientaba buena parte de sus esfuerzos a reconstruir el viejo continente. En consecuencia, Argentina tenía demanda de alimentos y una muy baja oferta

de productos que pudieran competir con aquellos que luego se sustituyeron. No sólo había poca oferta mundial, sino que durante el período del modelo nacional y popular hubo un bloqueo expreso de Estados Unidos –el único país que podía proveer ciertos bienes de capital– a la venta de productos a Argentina, que se encontraba inscripta en una lista negra. Esto significó que nuestro país llegara a 1955 con su proyecto de siderurgia en los papeles, sin poder concretarlo como

**El proceso que se dio luego, es el llamado modelo de especialización exportadora, la propuesta que sostuvieron el Banco Mundial, el FMI, y todos los gurús económicos de la integración a la globalización, tanto para Argentina como para todos los países periféricos desde antes de la década del 90. Esta propuesta, instalada definitivamente en aquella década, sigue teniendo vigencia doctrinaria. Aún hoy continúa sosteniéndose que esta modalidad contribuye al desarrollo argentino, y que en todo caso, si hasta aquí no anduvo bien se debe a errores de aplicación.**

consecuencia de la incapacidad de conseguir tecnología para desarrollar lo que luego fue SOMISA. Hubo medidas que propiciaron la sustitución de importaciones, pero además el contexto mundial aisló al país de un modo tal que explícitamente era positivo fabricar casi cualquier cosa, dado que si no se lo fabricaba no se lo conseguía.

La consigna social, más que la consigna de gobierno, se basaba en la idea de que el pleno empleo aseguraba la satisfacción de las necesidades básicas. Y así fue, trabajar era sinónimo de comer, y no sólo de comer sino además de contar con la posibilidad de crecer personalmente: había una movilidad social intensa.

Lo concreto es que el desarrollismo se dio en condiciones mundiales que ya no están, y que según parece, no volverán, por tanto poco sentido tiene analizarlo a los efectos de trasladar algún elemento a la política de hoy.

Enrique Martínez

El proceso que se dio luego, es el llamado modelo de especialización exportadora, la propuesta que sostuvieron el Banco Mundial, el FMI, y todos los gurús económicos de la integración a la globalización, tanto para Argentina como para todos los países periféricos desde antes de la década del 90. Esta propuesta, instalada definitivamente en aquella década, sigue teniendo vigencia doctrinaria. Aún hoy continúa sosteniéndose que esta modalidad contribuye al desarrollo argentino, y que en todo caso, si hasta aquí no anduvo bien se debe a errores de aplicación. En este modelo, el activador básico es especializarse en la exportación de lo que uno puede producir en términos competitivos, que para el caso de Argentina consiste en materias primas, tanto agropecuarias como mineras, entre las que despunta el petróleo.



El instrumento principal fue la creación de un buen “clima de negocios”, es decir, garantizar que todo inversor tenía seguridad, ya que luego podría retirar sus ganancias del país. Se creyó que si eso sucedía aparecerían inversores a raudales, pero no se definió exactamente en qué se iban a destinar dichas inversiones. Esos inversores iban a orientarse, de forma natural, hacia aquellas actividades que significaran una ventaja de inserción de los exportadores en Argentina, y simultáneamente se producía una baja de aranceles para que fuera mucho más nítido aquello en lo que nuestro país se especializaba. En rigor, aquello en lo que Argentina no se especializó, se importó, mientras que pudo competir en el mercado mundial con los sectores especializados respecto al mercado mundial.

Se sigue sosteniendo el modelo de la especialización, a pesar de que sus beneficios los recibe, en primera instancia, quien es protagonista del proceso, y recién después, hipotéticamente, estos protagonistas derraman las ganancias al resto de la comunidad.

Los resultados de la especialización exportadora fueron: la concentración de capitales, la reducción de los actores económicos en casi todos los espacios y la pérdida de la movilidad social. Como consecuencia de ello, amplios sectores del país dejaron de tener en su imaginario la posibilidad de ser actores productivos con autonomía. No sólo dejaron de pensar en ser trabajadores —que es una desgracia y una pandemia vinculada con la concentración económica y su desocupación asociada—, sino que prácticamente dejaron de pensar como se pensaba treinta años antes, en la posibilidad de iniciar emprendimientos por cuenta propia, de cubrir una producción tomando

la iniciativa. La movilidad social no se refiere solamente al obrero cuyo saber real se redujo, sino también al potencial emprendedor que antes era natural que existiera y hoy desapareció.

Abriéndonos paso a la situación actual, podríamos señalar que estamos en un mundo y en un país donde las fronteras comerciales y financieras están abiertas, y donde resulta poco imaginable diseñar una propuesta de desarrollo comunitario que vaya a contramano de este hecho experimental, casi físico. Las fronteras comerciales y financieras se han abierto tanto por la inercia política de treinta años, como por razones tecnológicas en relación a las comunicaciones y los sistemas financieros. Yo prefiero tomar esto como un dato objetivo, más que como un obstáculo, y si realmente es un obstáculo, habrá que ver cómo sortearlo y no cómo eliminarlo.

Otra de las características de Argentina es que las cadenas medulares de valor están, casi en su mayoría, controladas por las transnacionales. En rigor, es sorprendente para quien mira la política y la economía como parte de un mismo fenómeno, que este concepto esté ausente en los análisis

**Otra de las características de Argentina es que las cadenas medulares de valor están, casi en su mayoría, controladas por las transnacionales. En rigor, es sorprendente para quien mira la política y la economía como parte de un mismo fenómeno, que este concepto esté ausente en los análisis de todo pensamiento progresista en Argentina. Y sin embargo, es extremadamente relevante, ya que si las cadenas de valor más importantes del país, empezando por la producción agropecuaria, están controladas por quienes deciden según sus propios intereses —que no tienen por qué coincidir con los intereses del conjunto—, quedamos permanentemente frente a la obligación de rezar porque sus intereses coincidan con los nuestros.**

de todo pensamiento progresista en Argentina. Y sin embargo, es extremadamente relevante, ya que si las cadenas de valor más importantes del país, empezando por la producción agropecuaria, están controladas por quienes deciden según sus propios intereses —que no tienen por qué coincidir con los intereses del conjunto—, quedamos permanentemente frente a la obligación de rezar porque sus intereses coincidan con los nuestros.

Concretamente, hemos sido siempre un país importante en el rubro agropecuario, en tanto la relación entre superficie arable y número de habitantes es, en Argentina, mayor que en la de cualquier otro país del mundo, incluyendo Estados Unidos; esto nos muestra que definitivamente somos un país agrícola. Una generación atrás teníamos investigación y desarrollo genético que permitía producir semillas propias. También sistemas de labranza y máquinas cosechadoras. Se trataba, en suma, de un esquema integrado que culminaba en la existencia de una Junta Nacional de Granos que manejaba una serie de elementos beneficiosos para los productores, y había al menos, ante la presencia de capitales internacionales, una proporción importante de cooperativas agrarias en la exportación de granos del país.

Hoy no sólo se ha concentrado la exportación en algunas empresas que producen cereales, sino que todo el paquete tecnológico de producción dejó de ser propiedad argentina, y en consecuencia, nuestro país carece de control sobre él.

Las discusiones sobre el uso de herbicidas son absolutamente pertinentes desde el punto de vista del medio ambiente, pero antes de discutir sobre el medio ambiente debió haberse

discutido cómo pudimos llegar a adoptar un modelo de producción en el cual no tenemos acceso al control tecnológico de las semillas, en el que tampoco controlamos la tecnología de los herbicidas, ni las máquinas cosechadoras necesarias, ni buena parte del resto de la cadena que llega al consumidor final. En todo caso, la decisión sobre si se utiliza acá buena parte de la producción primaria es una decisión que queda en manos de una transnacional. No es un problema de soberanía en términos tradicionales, sino un problema de lógica económica elemental. Si no tenemos capacidad de controlar los segmentos trascendentes de la cadena de valor agropecuaria, o la automotriz, o hasta de la venta minorista, hay una cantidad de elementos de fuga respecto a la rentabilidad y la riqueza de Argentina, que dan como resultado que nuestro ingreso promedio por habitante disminuya. Ésa es una lógica que necesitamos evaluar inexorablemente, para entender si somos un país con un mejor destino posible, o no.

Otra característica de nuestra inserción internacional exportadora es la que efectivamente se ha dado a través de los recursos naturales. No sólo a través de los granos y el petróleo, que hoy ha disminuido, sino a través de la minería que está en plena expansión. Estamos insertos internacionalmente, a partir de la minería, en condiciones muchísimo más precarias todavía que en el caso de la agricultura, ya que sólo hacemos un agujero en la tierra, concentramos el producto, y exportamos. No contamos con ninguna producción que luego sea transformada en bienes finales.

Sin que esto pueda ser separado de lo mencionado anteriormente, hay una amplia brecha interna, tanto

en este país como en todos los de la región. Se ha consolidado una diferencia de ingresos y oportunidades muy pronunciada. Y debemos señalar también que los empresarios nacionales se han subordinado económicamente e ideológicamente a las cadenas de valor transnacionalizadas, al pensar que no existe una solución posible para todos. Verdaderamente, cuando se llega a pensar esto, estamos al borde de la disgregación, o adentrándonos en ella misma. Los empresarios, inexorablemente, están destinados a pensar que serán ellos quienes se salven.

Para pensar en términos positivos, ¿cuál es el verdadero desafío? Yo me remito al modelo nacional y popular, y postulo empezar por recuperar su objetivo primario: que todos tengan las necesidades básicas satisfechas. La primera condición para esto es eliminar los razonamientos en cascada.

Lamentablemente no hemos podido aún sacarnos de encima la teoría del derrame. Por izquierda o por derecha, tendemos a tratar de aumentar la producción todo lo que se pueda en el contexto internacional; creemos que con el incremento de la producción se reducirá la desocupación y se cubrirán las necesidades del conjunto de la población. No es así, es más, estamos en un gigante laboratorio que nos lo demuestra. Hace siete años que venimos creciendo a tasas chinas, y la pobreza se redujo un poco, pero también admitamos que existe. Y si hemos crecido el 9 por ciento durante tantos años, y la pobreza sigue existiendo en dimensiones significativas, quiere decir que no hay una relación lineal que permita establecer que la cascada vale.

En rigor, el objetivo debe ser planteado de forma directa: todos comen, todos se visten, y todos se cobijan en

una vivienda digna. Recién después de establecer claramente estos objetivos, hay que pasar a discutir cómo conseguirlos, y no seguir discutiendo cómo se consigue

eso a condición de crecer el 9 por ciento anual, objetivo para el cual se derrocha empeño en ir a buscar a la multinacional para que ponga el hipermercado, buscar excavadores para abrir la mina, o exploradores que encuentren un yacimiento gasífero. Hay un camino demasiado largo e intolerable entre

el yacimiento gasífero y el formoseño que está muriéndose de hambre. Debemos encontrar una lógica que parta del objetivo a perseguir: todos comen, todos se visten, y todos se cobijan en una vivienda digna.

Para conseguir esto se requiere a mi juicio, nuevos actores productivos. Una política pública debería tener una propuesta sostenida para los actuales actores productivos, pero dentro de esa política también debería jugar un papel importante la aparición de nuevos actores: productores familiares, cooperativas, municipios pequeños, ámbitos públicos. Grupos que puedan ser protagonistas de proyectos que busquen que aquellos que no trabajan, y por lo tanto no comen, trabajen y coman en forma directa.

Esto tiene que estar acompañado por crédito industrial de otro cuño, un

**Vivimos con una lógica que admite la existencia de países ricos rodeados de países pobres, o regiones ricas, dentro de la misma frontera nacional, vinculadas con regiones pobres; lugares donde se consume y gente que se muere de hambre dentro del mismo país. Una lógica no sólo perversa e inequitativa, sino insostenible. Desde el punto de vista económico más elemental, la lógica de que alguien pueda tener una oferta permanentemente creciente, tiene que ver con que del otro lado alguien lo demande, alguien consume.**

crédito que sea pagable con la evolución de la actividad, como fue el crédito industrial histórico. No un crédito que pregunte “cuánto tenés para hipotecar”, sino un crédito que se asocie. Si alguien pone un matadero de cerdos en Tucumán, que pague en función de su flujo de fondos en un tiempo razonable, y si en cierto momento los cerdos se mueren por algún motivo, esto sea tomado como razón suficiente para interrumpir el pago y continuarlo el año siguiente.

**Ésta es la lógica que debemos incorporar profundamente, es decir, que no debe haber necesidades insatisfechas dentro del propio país, como de ningún país aliado. Deberíamos pensar, dentro de nuestra mirada a largo plazo, que nuestro proyecto sólo será sustentable si los bolivianos que hoy no tienen electricidad, que son más del 60 por ciento de la población, o que no tienen capacidad de producir sus propios alimentos, puedan hacerlo. Para que eso suceda no necesitan dinero de los argentinos, sino nuestra ayuda técnica.**

Eso es lo que hizo el Banco Industrial en Argentina durante muchos años, y lo cierto es que nunca lo estafaron los pequeños, sino los grandes amigos del poder.

Además de los nuevos actores productivos y del crédito industrial, necesitamos saber cómo. Hay un problema de conocimiento en

el mundo actual que precisa de una figura: la *solidaridad tecnológica*.

El concepto de solidaridad tecnológica no es un término que remite a la piedad, tampoco al asistencialismo. Es un concepto circular que parte de admitir que quien es capaz de transferir conocimiento de una región a otra, para que en ésta última se construya un tejido productivo, inexorablemente se beneficiará. En el lugar donde se construye ese tejido productivo aparecerán nuevas demandas de bienes y de conocimientos, demandas

que generan un movimiento circular donde el que inicia la rueda también gana. Vivimos con una lógica que admite la existencia de países ricos rodeados de países pobres, o regiones ricas, dentro de la misma frontera nacional, vinculadas con regiones pobres; lugares donde se consume y gente que se muere de hambre dentro del mismo país. Una lógica no sólo perversa e inequitativa, sino insustentable. Desde el punto de vista económico más elemental, la lógica de que alguien pueda tener una oferta permanentemente creciente, tiene que ver con que del otro lado alguien lo demande, alguien consuma.

¿Cómo podemos imaginar que los ecuatorianos, los venezolanos o los bolivianos, van a relacionarse con Argentina, o los formoseños con los porteños, si tienen riquezas naturales y material humano que no pueden aprovechar por no tener el conocimiento tecnológico adecuado? ¿Debemos suponer que ellos van a generarlo a lo largo del tiempo y que dentro de una generación los formoseños sabrán transformar la papaya en papaína? ¿O sería mucho más sensato tratar de conseguir que los formoseños produzcan sus propias carnes, sus propios leches, vestimenta, y como consecuencia de ello, los fabricantes de equipos frigoríficos, equipos para industria láctea, o vestimenta, florezcan en Argentina? Obviamente, para conseguir esto, aquel vendedor cordobés que transporte carnes a Formosa venderá menos porque ya no será sensato hacerlo, pero podrá implementar otro proceso para poder exportar carnes al exterior.

La segunda condición para tener un país mejor es contar con autonomía económica, social y política. La primera es condición necesaria, si

no tenemos las condiciones básicas universales satisfechas, no tendremos país. Pero podríamos llegar a tenerlas transitoriamente, por un período relativamente corto de la historia, y si no contamos con autonomía económica, social y política, perderemos esa condición. Se necesita entender la importancia que representa poder tomar decisiones como un mayor control sobre nuestras exportaciones de granos, sobre el aumento de la integración de nuestra producción automotriz, sobre la producción de calzado con diseño nacional, etc. Debemos entender la importancia de poder decidir en términos productivos. La importancia de formular alianzas nacionales profundas, alianzas que no tengan como trasfondo intereses puramente comerciales.

Es inadmisibles que todavía hoy, no sólo los empresarios, sino también funcionarios de la Cancillería, piensen que el acuerdo con Venezuela es maravilloso por el superávit de 1.000 millones de dólares por año que produjo. La maravilla no pasa por esa cifra, sino porque Venezuela es el único país del mundo que nos está comprando sistemas productivos, y lo está haciendo por generosidad política, ya que los podría haber comprado en Finlandia, en Noruega, en Alemania, o en China. Los compra en un país con poca tradición, o ninguna, con dificultades a la hora de organizar a sus empresarios con poca experiencia en la transferencia de tecnología, y de capacitar a otras personas aún dentro del propio país. Debemos aprender de Venezuela, que aun intuitivamente y sin expresarlo por escrito, entendió que fortaleciendo a la Argentina como proveedora de conocimientos, también se fortalece a sí misma. Ésta es la lógica que

debemos incorporar profundamente, es decir, que no debe haber necesidades insatisfechas dentro del propio país, como de ningún

país aliado. Deberíamos pensar, dentro de nuestra mirada a largo plazo, que nuestro proyecto sólo será sustentable si los bolivianos que hoy no tienen electricidad, que son más del 60 por ciento de la población, o que no tienen capacidad de producir sus propios

alimentos, puedan hacerlo. Para que eso suceda no necesitan dinero de los argentinos, sino nuestra ayuda técnica.

La política no debe pretender conseguir o ampliar mercados sin haber previamente eliminado la pobreza. Tenemos que concentrar nuestra mente en eliminar la pobreza en Argentina y en toda nuestra región, y recién después podremos discutir cómo venderle generadores eólicos a Vietnam, cosa que está sucediendo actualmente y que me enorgullece. Pero si ese proyecto de venta de generadores eólicos se convierte en la bandera o arquetipo del desarrollo productivo argentino, estamos muertos.

El modelo *regional y popular* de desarrollo, plantea por lo tanto tres objetivos. Primero, necesidades básicas satisfechas como objetivo directo, en cada ciudad y en cada pueblo del país. Segundo, autonomía económica, social y política, es decir, capacidad de decisión en los tres planos. Tercero, solidaridad tecnológica entre regiones y naciones.

**Desde el 83 para acá, hemos retrocedido en participación de modo sistemático, y es un hecho no imputable a personas, sino que es fruto del sistema tal y como se instaló. Por lo tanto, tener como meta dentro del modelo de desarrollo a la democracia participativa, es un objetivo con el mismo valor que el de satisfacer las necesidades básicas en todo lugar de Argentina: la democracia participativa reasegura las necesidades básicas satisfechas.**



En definitiva, estamos nombrando banderas conocidas. Las necesidades básicas satisfechas como objetivo directo, se resumen en la justicia social; la autonomía económica y política, están contenidas en la soberanía política y la independencia económica; y la solidaridad tecnológica es la integración latinoamericana. El punto es darle sentido concreto hoy.

La bandera de la justicia social en el año 2009 es que todos tengamos las necesidades básicas satisfechas, y la meta concreta es el desarrollo local a ultranza: poder estar todos trabajando en cada lugar de Argentina y la región. La independencia económica es autonomía económica, y no se trata de un juego de palabras. Debemos admitir como hecho objetivo, el contexto de fronteras económicas abiertas. Lo que en la década del 50 se llamaba independencia económica –en torno al reclamo del desarrollo económico al interior del país, en un contexto de países cerrados sobre sí mismos, con modelos de producción que preveían una Tercera Guerra Mundial, y que sólo comenzaron a integrarse con otra lógica luego de la caída del muro de Berlín– hoy deberíamos calificarlo como autonomía económica. Es decir, recuperar el control nacional de las cadenas de valor críticas. Y esta meta concreta, traducida a hechos específicos, significa poder exportar nuestros granos, poder producir nuestros automóviles, y también metas mucho más modestas, como poder producir nuestro propio jabón de lavar.

La soberanía política tiene dos consignas, no sólo una: la autonomía social, y la autonomía política. La autonomía social es un término que no hemos trabajado aquellos que venimos del peronismo histórico, los que hemos

pensado siempre en términos de aquella democracia de masas. No hizo falta reclamar la autonomía social, porque no teníamos la democracia delegativa que vemos hoy, y que nos deteriora a cada momento. Desde el 83 para acá, hemos retrocedido en participación de modo sistemático, y es un hecho no imputable a personas, sino que es fruto del sistema tal y como se instaló. Por lo tanto, tener como meta dentro del modelo de desarrollo a la democracia participativa, es un objetivo con el mismo valor que el de satisfacer las necesidades básicas en todo lugar de Argentina: la democracia participativa reasegura las necesidades básicas satisfechas.

La meta concreta de la autonomía política es la alianza de iguales, respetar a Uruguay, a Bolivia, a Venezuela, a Ecuador. Y finalmente la integración latinoamericana tendría como consigna, en 2010, la solidaridad tecnológica con América y África. África es el escenario que marcará quién triunfa en el dominio del mundo, si el poder concentrado, o aquellos que aspiramos a una sociedad participativa y democrática.

Desde el gobierno de Clinton, Estados Unidos viene trabajando en el continente africano para tratar de erradicar el sida primero, y mejorar la alfabetización después, a los efectos de convertir a toda África subsahariana en el reservorio de trabajo barato que permita contrapesar el crecimiento chino. Imaginando que China, a pesar de la cuantiosa presencia multinacional en Oriente, termine de autonomizarse y se le escape de las manos a Estados Unidos, la diplomacia norteamericana imagina que el último reservorio de trabajo importante que queda en el mundo para los próximos cincuenta años es África. La alternativa a esto

es ayudar a los africanos a convertirse en ciudadanos independientes, así tengan poca tecnología propia y una gran cantidad de pandemias a resolver. Y para ello necesitan solidaridad tecnológica, aunque son pocas las voces que se han levantado en el mundo para entenderlo.

Los brasileños lo han comprendido hace tiempo, pero en términos más capitalistas que lo deseado: buscando mercados cautivos, por comunidad de lenguaje y de años de vinculación con África. Con Lula el tema ha mejorado, pero sin producir un salto cualitativo. Otra vez, quien intuitivamente, sin la claridad suficiente todavía, ha empujado con mucha fuerza ese tema, ha sido Venezuela, que ha promovido la cumbre África-América, que es un punto formal pero absolutamente importante como concepto. Si América pobre y en desarrollo se convierte en aliada de África, que tiene mezcla de pobres y no tan pobres buscando su independencia, al menos los africanos no estarán solos para contener este plan de convertirlos en el reservorio de mano de obra barata para el mundo en el siglo XXI y en el XXII.

Por lo tanto, la meta concreta es la transferencia de conocimientos productivos a países de menor desarrollo relativo, en la región, y en otras regiones. La llave la tienen los brasileños y los argentinos, y aunque actualmente hay más lucidez en Argentina que en Brasil respecto al tema, dado que la dominancia empresaria sobre la relación internacional en Brasil es muy fuerte, nosotros a su vez, contamos con dominancia intelectual pero también sufrimos debilidad técnica y comercial: somos un país más pequeño y tenemos menos que ofrecer. En tanto, la alianza Brasil-Argentina en este punto sería importante.

Éste es el modelo regional y popular, con sus tres banderas, más la cuarta de integración latinoamericana, con su traducción para 2010 y con metas concretas a perseguir. No mencionamos la tasa de interés, ni la paridad del dólar, ni cifra macroeconómica alguna, ni el superávit fiscal, porque tampoco los mencionó Perón, ni ningún otro líder constructor de modelos de desarrollo. Primero pensaron en términos geopolíticos, en grandes líneas, y por supuesto luego atendieron los detalles. Sin despreciar ningún campo del saber, creo que para recorrer un camino primero hay saber a dónde se quiere llegar, y queremos llegar a que todos coman en todo lugar amigo del planeta. Lo demás se sumará; algunas cosas serán objetivos directos, otras, objetivos condicionados. Pero, en conjunto, configuran un escenario razonable e incesante para ser discutido, y para introducirnos en él indagándolo con algún detalle. Se trata de poder decir algo más concreto como aspiración, algo que se parezca mínimamente a aquello que sentíamos cuando, en la década del 70, las tres banderas que postulábamos significaban cosas bastante concretas. Aunque tal vez algunas eran equivocadas, había una comunidad de miradas, y el desafío hoy es construir esa comunidad de perspectivas con algún fundamento.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

los libros que hicieron la historia

*do, Domingo  
es. Lucio  
mal meta  
El Ale  
Macedonio  
bo. Eug  
l. Plan de oper  
mes. Sero y tra  
sotta, Carlos Cor  
ro. Esteban Ec  
Juan José Sa  
lez tu Don - Test  
espera. Raúl Scalabrini  
Analia, José Manuel*



200 años de la Biblioteca Nacional  
fundada por Mariano Moreno

## Notas sobre el jacobinismo argentino<sup>(\*)</sup>

*Por Eduardo Rinesi*

Resulta difícil tarea la de pensar la historia política argentina ignorando el nervio jacobino que impulsó sus capítulos más pasionales. Es sabido que, en la imaginación de sus primeros trazos nacionales, está el sello de esta impronta. ¿Pero es el jacobinismo, capaz de suscitar entusiasmos vindicadores u oposiciones tenaces, la forma adecuada para pensar el dilema de la representación política? ¿Cómo remendar sus tentaciones “sustitucionistas” de aquello percibido como “pueblo”, a la hora de pensar la distancia entre representantes y representados abierta por el liberalismo democrático?

Eduardo Rinesi emprende una labor tan delicada como imprescindible: pensar la persistencia del jacobinismo como problema inmanente a los acontecimientos ocurridos desde la “transición democrática” hasta el presente. La promesa de una democracia participativa, su ocusión en el pacto que da origen a la última reforma constitucional, la depredación de los bienes comunes y la esfera pública, y las más recientes conmociones sociales que abrieron un espacio para la formulación de políticas reparatorias, forman parte de una serie de sucesos que precisan de una nueva palabra política y de una organización popular capaz de sostener las transformaciones que esta época reclama.

## I.

La evocación de los procesos independentistas y de los sucesos revolucionarios sudamericanos de hace ahora dos siglos es un tópico recurrente en los discursos de muy distintos grupos, partidos y líderes políticos de la región. Eso es por supuesto perfectamente lógico: las naciones y sus dirigentes andan siempre a la búsqueda de sus propios orígenes y encuentran en ellos, y en la narrativa que construyen sobre ellos, fuentes de inspiración para pensar su propio presente y sus propios desafíos. Me gustaría comenzar presentando un ejemplo notorio y muy interesante de esto inspirado en un libro muy reciente de Elvira Narvaja de Arnoux, *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, porque me parece que vale la pena reparar en el modo en que el Presidente de Venezuela —como Arnoux muestra muy bien en su trabajo— construye al mismo tiempo y como en paralelo, haciéndolos apoyarse y reforzarse mutuamente, su relato de la revolución de la Independencia de comienzos del siglo XIX y su presentación de las tareas que tiene por delante su propio gobierno. Es que las tareas iniciadas por la revolución democrática liderada por Simón Bolívar —sugieren ese relato y ese programa— no han concluido, y es ahora cuando se trata por fin de realizarlas. El discurso del presidente Chávez busca entonces reconstruir el hilo histórico que une su propia revolución bolivariana (que en su propio nombre lleva inscrita, desde luego, esa relación) al proceso de la revolución democrática y la independencia, construir una trama que articule el pasado y el presente, hacerlos mirarse y remitirse mutuamente. Así, por

ejemplo (pero estos ejemplos podrían multiplicarse al infinito), dice: “Es una necesidad imperiosa para todos los venezolanos, para todos los latinoamericanos (...), *rebuscar atrás, rebuscar en las llaves o en las raíces de nuestra propia existencia, la fórmula para salir de este (...) terrible laberinto en que estamos todos*”. O también, esta vez ante la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Lucharemos por Venezuela, por la integración latinoamericana y por el mundo. Reafirmamos (...) nuestra infinita fe en el hombre, hoy sediento de paz y justicia para sobrevivir como especie. Simón Bolívar, padre de nuestra Patria y guía de nuestra Revolución, juró no dar descanso a su brazo, ni reposo a su alma, hasta ver a la América libre. No demos nosotros descanso a nuestros brazos, ni reposo a nuestras almas hasta salvar la humanidad”. Y una más, cuya intencionalidad es evidente: “Ahí está la causa de nuestra tragedia, la que hemos vivido en doscientos años: las oligarquías de estas tierras echaron a los libertadores. ¿Dónde murió San Martín, dónde murió Artigas? ¿Cómo terminó O’Higgins? Los echaron. Ellos echaron junto a los pueblos a los españoles, al imperio, pero luego las oligarquías echaron a los libertadores y por supuesto echaron a los pueblos”. “Estas tres citas pueden ser suficientes para advertir un conjunto de temas (dos, para empezar) que están presentes siempre en el discurso del presidente Chávez y que determinan su modo de apropiarse del pasado y de ponerlo en vinculación con las tareas del presente. En primer lugar, ya lo dijimos, el presente se mira en el espejo del pasado y va a buscar en él inspiración. “Toma prestados sus nombres, sus vestidos, sus gritos de

guerra”. Que no están necesariamente en la superficie, porque han sido olvidados o proscritos (y por eso hay que buscar, rebuscar, desentrañar), pero que, vueltos a sacar a luz, pueden inspirar las luchas del presente *porque, en lo fundamental, esas luchas siguen siendo las mismas*: las luchas contra los mismos sectores del privilegio, las mismas oligarquías que ayer echaron de sus países a los libertadores y hoy se oponen a los gobiernos democráticos y populares que quieren seguir su ejemplo. Y que deben hacerlo, porque, como indica Arnoux resumiendo el sentido de estos discursos de Chávez, las tareas iniciadas por la revolución democrática y la independencia (y en particular la tarea de unificar esa nación fragmentada que sigue siendo América Latina) no han concluido. En segundo lugar, el discurso de Chávez exhibe una especie de humanismo universalista, cosmopolita, universal (anclado en la historia concreta de Venezuela y de América Latina, sin duda, pero que mira a la humanidad en su conjunto) típicamente moderno. Como muestra Arnoux, en efecto, no se trata sólo de inscribir las tareas de la revolución actual, y de las actuales luchas de nuestros pueblos con los poderes fácticos del mundo, en la historia más larga de la emancipación latinoamericana iniciada con los procesos de la independencia, sino, mucho más radicalmente, de pensar este proceso en su conjunto como un capítulo de la historia iniciada con las grandes revoluciones democráticas modernas. Como si el ciclo iniciado con las revoluciones burguesas y luego socialistas viniera a completarse después, en esta parte del mundo, con la búsqueda de la incorporación plena de las grandes mayorías populares a

los beneficios de un tipo de democracia que se había soñado universal y plena pero hasta aquí sólo se había realizado parcialmente. Así, el discurso del Presidente de Venezuela se inscribe *tanto* en la gran matriz latinoamericanista forjada en los años de las guerras de la independencia *cuanto* en la gran tradición letrada y crítica, *ilustrada*, de la modernidad, y esa doble inscripción es tanto más significativa cuanto que, tanto desde una como desde la otra de estas dos tradiciones, se ha insistido en muchas oportunidades en su mutua incompatibilidad. En efecto, si por un lado la matriz racionalista europea se ha mostrado en muchas ocasiones refractaria, no digamos ya al reconocimiento de las bondades, sino incluso a la mera aceptación del carácter histórico de las culturas de esta parte de la tierra, por el otro demasiadas veces los pensamientos que intentan reivindicar la dignidad de estas últimas han insistido en hacerlo *por oposición* a lo más recuperable de la tradición crítica de la modernidad, y no en el necesario y productivo diálogo con ella que el discurso de Chávez, como indica Arnoux, ensaya con gran interés.

Es que en verdad el ideario de la emancipación de nuestros pueblos hunde sus raíces, o por lo menos comparte un campo común de problemas y de desafíos, con el pensamiento de los autores de los grandes textos fundadores de la tradición moderna ilustrada. Si se me permite recordar un momento, entre estos grandes textos, ese escrito fundador, decisivo, que es “¿Qué es la Ilustración?”, de Kant, me gustaría llamar la atención sobre un concepto fundamental que acuña allí el filósofo alemán: el concepto de “uso público de la razón”. ¿Qué es el uso público de la razón? Es la facultad

libre, autónoma y soberana de la que dispone el ciudadano que, eventualmente disconforme, por ejemplo, con un decreto de su soberano, tiene, al mismo tiempo, el deber ineludible de *cumplir* ese decreto y el derecho (y también la obligación, subraya Kant, y eso a mí me parece decisivo: aunque en el modo en que las palabras se usan hoy en el empobrecido lenguaje político y mediático argentino esto suela perderse de vista, el pensamiento republicano es menos un pensamiento de los derechos que un pensamiento de las obligaciones), el derecho y la obligación –digo, entonces– de argumentar en contra de ese decreto que está obligado sin embargo a obedecer y de dar a conocer ese argumento suyo por medio de la prensa. ¿Para qué?, podría preguntarse. ¿De qué le sirve al ciudadano que, verbigracia, cree que no es justo un impuesto que tiene que

pagar, *argumentar* contra esa injusticia si al mismo tiempo debe, por muy bueno que sea su argumento, sujetarse a ella? “Razonad cuanto queráis y sobre lo que queráis”, escribe Kant, “*pero obedeced*”. ¿De qué sirve entonces razonar, y mostrar públicamente las consecuencias de ese razonamiento, podríamos preguntar, si de todos modos hay que obedecer aquella orden que el razonamiento puede demostrar injusta? Respondería Kant: no “sirve” de nada, no le “sirve” de nada a ese ciudadano si lo que ese ciudadano quiere es no hacer lo que considera que no es justo pedirle que haga. Muchas veces los gobiernos nos piden cosas que nos parecen injustas, pero si no los obedeciéramos la propia vida en común se volvería imposible. *No es posible*, insiste Kant, *no obedecer*. Pero si, además de obedecer, *argumentamos racionalmente, en un espacio público de*

Eduardo Rinesi





*debates libres, sobre la injusticia de esa obligación que se nos ha impuesto y que tenemos que cumplir*, habremos contribuido al desarrollo de una opinión pública menos precaria, más informada, más exigente, y tal vez en el futuro, si el soberano aspira a seguir contando con el aval de esa opinión pública, si quiere que sus leyes positivas coincidan con lo que se llamaba

**Quizá lo más recuperable de la tradición ilustrada europea sea precisamente esta vocación por –a través de la educación, de la alfabetización, de la ampliación del alcance de la cultura escrita, de la difusión de la lectura–, ir “formando ciudadanos”, ir incorporando a los beneficios (a los derechos y a las obligaciones) de la ciudadanía, a la responsabilidad y a la autonomía que supone la ciudadanía, a cada vez más vastos contingentes de personas: al bajo pueblo, a las multitudes antes tan temidas, a las masas trabajadoras. A los bárbaros.**

a veces, en el lenguaje de la filosofía política contractualista del par de siglos anteriores, la ley de la opinión (que no era una ley positiva, sino una ley moral), los decretos de su voluntad sigan un camino diferente.

Se ve claro que el argumento de Kant tiene un tono sumamente contenido y una vocación muy moderadamente reformista. La suya es una confianza, típicamente progresista, en el paulatino despliegue de una razón forjada en el diálogo y el cambio de ideas, y de ninguna manera una apuesta por una razón revolucionaria que, a partir de un contacto privilegiado con la luz de la verdad, pudiera cambiar el mundo de la noche a la mañana. Se ve también que su idea del “espacio público” es extraordinariamente restringida. Kant no es un teórico de las masas populares disputando con los poderosos en las calles y en las plazas y en las urnas, sino el de una burguesía letrada en condiciones

intelectuales y materiales de dar a conocer sus argumentos a través de un puñado de diarios y revistas que consumía una muy reducida minoría de los ciudadanos de sus días, y sería sólo bastante tiempo más tarde que los espacios públicos de los países europeos empezarían a cambiar su fisonomía y sus características, y que la filosofía social y política iría por su parte tomando nota de estos cambios. Pero ni una ni otra de estas dos consideraciones reducen en lo más mínimo el interés del planteo del filósofo alemán, sino que nos obligan a situar ese planteo apenas como el punto de partida de un camino ascendente de progresiva inclusión de sucesivas capas de ciudadanos lectores y escritores a ese espacio público de deliberaciones y debates, a esa “opinión pública” cuya expansión, ensanchamiento y popularización es por lo tanto un desafío tan importante para todo gobierno democrático y un capítulo tan decisivamente central en la historia de la democratización de la vida política de las sociedades modernas. Quizá lo más recuperable de la tradición ilustrada europea sea precisamente esta vocación por, a través de la educación, de la alfabetización, de la ampliación del alcance de la cultura escrita, de la difusión de la lectura, ir “formando ciudadanos”, ir incorporando a los beneficios (a los derechos y a las obligaciones) de la ciudadanía, a la responsabilidad y a la autonomía que supone la ciudadanía, a cada vez más vastos contingentes de personas: al bajo pueblo, a las multitudes antes tan temidas, a las masas trabajadoras. A los bárbaros. De eso se trató también, por supuesto, en algunos de los grandes debates a través de los cuales se configuró (por muy precaria y parcialmente

que haya sido) la faz moderna de los países de nuestra región, y ése es, por esa razón, uno de los tópicos recurrentes y más interesantes del discurso del presidente Chávez.

Así lo indica, en efecto, Arnoux, quien subraya la fuerza que tiene en la retórica de Chávez el ademán pedagógico, escolar, típicamente ilustrado, del líder que es también un intelectual y que recomienda lecturas, exhorta a leer, alfabetiza y enseña mientras habla, sugiere libros y muestra su pertinencia y su utilidad en el combate político presente. Recomienda, por ejemplo, *Los miserables*, de Víctor Hugo: “Novela monumental, yo les recomiendo que la lean y sobre todo nosotros los que estamos metidos en esta batalla”. O recomienda el *Quijote*: “Yo ya comencé (...) a releerlo, vamos todos a leer el *Quijote*. Ésa es una obra universal (...) que además nos recoge mucho a nosotros, a Bolívar, que fue un Quijote”. Son fantásticos estos pasajes, que nos permiten ver un conjunto de tópicos fundamentales del discurso de Chávez: la dimensión épica de la acción política, el lugar del líder, que además –insisto– es un lector y un maestro, y se presenta como tal, la importancia de la alfabetización, de la lectura, de la cultura escrita, de la discusión de ideas. Es en esa discusión de ideas, y de ideas escritas, de ideas de la alta cultura letrada, que se conforma un pueblo libre. El populismo de Chávez, acaso el más arquetípico de los populismos de la hora actual en América del Sur, es hijo –y un hijo autoconsciente y militante– de la gran ilustración, de la cultura libresca y del sueño, típicamente moderno, de un ensanchamiento de los espacios públicos de deliberación y de debate que esa gran tradición letrada soñó

primero en Francia y Alemania, pero enseguida también en América del Sur, dos siglos atrás. Y que es fundamental para el argumento que quiero presentar hoy, porque es exactamente cuando existen esos espacios públicos, cuando esos espacios públicos existen y están densamente habitados de palabras, de discursos y de discusiones, que los gobernantes que gobiernan con un oído atento a esas discusiones pueden considerarse *representativos* del pueblo que los protagoniza, o incluso, como dice el presidente Chávez, una y la misma cosa que ellos. “Porque Chávez no es Chávez” –lo cito–: “Chávez es el pueblo venezolano. Vuelvo a recordar al gran Gaitán cuando dijo lo que yo de vez en cuando repito, desde que me di cuenta, desde que siento en el alma aquello mismo que dijo Gaitán un día: ‘Yo no soy yo, yo soy un pueblo’”. De nuevo es posible ver aquí la relación entre el pasado y el presente: ayer –vimos antes que decía el presidente– San Martín, Artigas y O’Higgins echaron, *junto al pueblo*, a los españoles; hoy Chávez enfrenta, *junto al pueblo*, a los nuevos representantes de las fuerzas del imperialismo, a los dueños del poder político y económico del mundo.

Así, si en las versiones más racionalistas del proyecto moderno de ampliación progresiva del espacio público, de la esfera público-política, uno puede imaginar ese espacio o esa esfera como tendiendo a configurar un ámbito casi anónimo de discusiones indulgentes y bien informadas entre sujetos autónomos y libres, que intentan determinar las mejores medidas de gobierno para alcanzar algo parecido al bien común, tratando de convencerse mutuamente sin otra coacción (como dice en más de un

sitio ese kantiano militante que es Jürgen Habermas) que la del mejor argumento, en esta otra versión de ese mismo proyecto que aquí nos interesa, esa preocupación por la ampliación de la esfera pública política se expresa en el programa de construcción y elevación de un pueblo (y de la autonomía y libertad de los sujetos que integran ese pueblo) por medio de su educación y de su involucramiento creciente en la discusión de las políticas que llevan adelante sus gobiernos, del aliento a la *participación popular* (“deliberativa y activa”, como decía una filósofa canadiense cuyos escritos solían citarse en algunos de los debates argentinos de los años de la “transición a la democracia”) en los asuntos públicos. La idea de democracia participativa es en efecto un componente fundamental del proyecto político que expresa el presidente Chávez, y es eso lo que le permite sostener que está (como ayer los grandes líderes del proceso independentista) “junto al pueblo”, que es una y la misma cosa con el pueblo, que no hay entre él y el pueblo ninguna diferencia, ninguna distancia. Reconocemos aquí, sin duda, uno de los grandes problemas de la tradición teórico-política occidental: el de la legitimidad de los gobernantes y el peso que tiene en ella la cuestión de la distancia entre ellos y sus gobernados y la posibilidad de presentar como escasa o incluso nula esa distancia. Antonio Gramsci había tratado este problema usando una palabra que había tomado del viejo pensamiento militar y revolucionario: la palabra *hegemonía*, que no designa en su obra otro problema que éste: el de la vinculación entre –para usar sus propias palabras– “el grupo dirigente” y “los grupos dirigidos” de una cierta

sociedad en un momento histórico determinado. Es sobre este problema fundamental que yo quería presentar dos o tres ideas muy generales.

## II.

Porque a pesar de lo que dijimos hasta acá, y en contraste con lo que se nos aparece como la edificante moraleja de estas reflexiones, es necesario aceptar que algunos de los momentos más conmovedores y más fascinantes de la historia de los progresos que han realizado las sociedades de Occidente durante los últimos siglos se deben no tanto a la vinculación o conexión entre los dirigentes y los dirigidos en esas sociedades, sino exactamente a su separación, a la *desvinculación* de los primeros respecto a una sociedad civil en la que a veces esos dirigentes encontraban que debían todavía destruirse demasiadas resistencias para permitir el despliegue de las fuerzas progresistas de la historia, y con la que a menudo sentían que no podían contar para llevar a buen puerto ese proyecto. Al fenómeno al que ha dado lugar esa creencia y esa desconfianza puede dársele (propongo darle, acá) el nombre notorio de *jacobinismo*, que no deja de constituir en cierto sentido una forma extrema, radical, de manifestación de ese artificio filosófico-político típicamente moderno que es la idea de *representación*. En efecto, podría decirse, me parece, que el jacobinismo es la forma hipertrofiada de consumación de un tipo de lazo político *representativo*. Que el jacobinismo es la forma que asume ese lazo representativo cuando el representante, desconfiando del representado y no dispuesto a mantener con él ninguna

forma de aquel diálogo argumentativo que el viejo Kant y toda una larga tradición recomendarían, simplemente lo suplanta. Por su bien y en su nombre, lo reemplaza. Lo sustituye. Este sustitucionismo, cuyo modelo teórico primero encontramos en la obra enorme, fundadora de la filosofía política moderna, de Thomas Hobbes, es el que se expresa después, en efecto, en el pensamiento jacobino. Tal vez pueda decirse, como lo hace el filósofo brasileño Renato Janine Ribeiro, que el Estado Jacobino es la primera encarnación histórica concreta del modelo diseñado por Hobbes en el *Leviatán*. Que el jacobinismo, que como movimiento de oposición se había levantado para condenar la separación entre el Estado y la Sociedad Civil bajo la monarquía absoluta, se convierte después, establecido en el poder, en el agente de la realización de lo esencial del proyecto hobbesiano, sostenido sobre una idea absoluta de la soberanía y de la representación.

Así se desprende también de los excelentes trabajos del filósofo francés Lucien Jaume, que nos muestran cómo el jacobinismo, que sostiene —“rousseauianamente”, digamos— una idea sobre la identidad absoluta entre representados y representantes que nos recuerda mucho la que vimos presentar en sus discursos *populistas, democrático-radicales*, al presidente actual de Venezuela impugna la idea de representación mientras está en la oposición a los poderes establecidos (que fatalmente encuentra infieles a los intereses y deseos del pueblo), pero sólo puede afirmarla, extremarla, cristalizarla, después, en el poder, porque el pueblo cuyos intereses y deseos pretende servir no es el pueblo empírico, lleno de contradicciones y

dobles, sino el sujeto de una *voluntad general* que sólo la *virtud* (palabra jacobina) de los representantes puede conocer y encaminar. Escribe Jaume: “Al rechazar el sentimiento particular y el interés particular en nombre de una comunidad transparente y virtuosa, el jacobinismo en el gobierno rechazaba las premisas mismas del juego democrático de la opinión. Imponía y defendía una legitimidad única e indivisible, invariable e impartible”, reemplazando al todo por la parte de avanzada o de vanguardia de ese todo, a la opinión (*doxa*) por la opinión recta (*orto-doxia*) y a los ciudadanos —“hobbesianamente”, ahora— por sus representantes. Siempre me gustó el título de un artículo de Waldo Ansaldi sobre el proceso político rioplatense de 1810 a 1880: “Soñar con Rousseau y despertar con

Hobbes”, se llamaba ese artículo. Lo leí hace muchos años y lo recuerdo mal, pero me pregunto ahora, a la luz de estos problemas que estoy tratando de plantear aquí, si ese título no acertaba a dar, más todavía que con una clave para interpretar la historia argentina del siglo XIX, con una clave para pensar la lógica misma de las familias de pensamiento teórico-político que estuvieron en juego en esa historia. Si ese despertar no estaba de alguna manera contenido como destino en ese sueño, si es posible despertar en otra

**El balance histórico de la Revolución Francesa, que es el acontecimiento o el proceso en relación con el cual la expresión “jacobinismo” adquiere su sentido histórico preciso, nos presenta en general al jacobinismo como un momento de ruptura violenta con un pasado que difícilmente podría haberse dejado atrás de otra manera, y a su inevitable caída como la apertura a un tiempo nuevo que tampoco podría haberse conquistado sin ese exceso inicial.**

compañía que la de Hobbes si uno se duerme soñando con Rousseau. Si no es esa evolución, esa dialéctica, ese movimiento de Rousseau a Hobbes lo que define la lógica misma del jacobinismo. ¿Sería eso condenable? ¿Estaría eso mal? No parece posible decirlo con tanta ligereza. De hecho, como sugería hace un momento, los movimientos jacobinos han sido muchas veces enormemente productivos, enormemente eficaces, y sin duda la capacidad de operar sobre la historia que este sistema de concentración de la soberanía y el poder importa permite a veces promover transformaciones muy notables. Nadie podría condenar eso ni dejar de alegrarse cuando esas transformaciones se producen. Pero sí me parece posible sostener que todos los avances y las transformaciones que se realizan en una sociedad de esta manera tienen la enorme fragilidad que les otorga una base de sustentación tan quebrantable. ¿Qué queda de las grandes realizaciones promovidas y alcanzadas por estos grupos a la caída de los mismos? Y antes aun: ¿qué posibilidades tienen estos grupos de evitar esa caída si no han logrado construir (¿y cómo hacerlo sino generando esos espacios de discusión y de debate, amplificando esa esfera de la opinión pública política a la que me venía refiriendo?) una legitimidad social que los sostenga? Sé que estoy planteando un tema enorme que no podríamos considerar acá sin incurrir en simplificaciones groseras. El balance histórico de la Revolución Francesa, que es el acontecimiento o el proceso en relación con el cual la expresión “jacobinismo” adquiere su sentido histórico preciso (aunque aquí estoy tratando de volver a esa categoría, surgida de esa historia pero que podemos tratar de emancipar

de ella para darle un uso diferente, una categoría no ya histórica sino *teórica* de alcance más general), el balance histórico, digo, de esa experiencia de la historia política francesa nos presenta en general al jacobinismo como un momento de ruptura violenta con un pasado que difícilmente podría haberse dejado atrás de otra manera, y a su inevitable caída como la apertura a un tiempo nuevo que tampoco podría haberse conquistado sin ese exceso inicial. Ese exceso jacobino, entonces, destinado a ser superado por el mismo proceso que él desencadenó, no podría ser condenado ligeramente.

Pero ni es necesario confiar tan ciegamente en que el progreso subterráneo de las fuerzas secretas de la historia justifiquen siempre, al final, los momentos en que esa “desconexión” entre dirigentes y dirigidos permitió acaso progresos más vigorosos y notables, ni puede tampoco asegurarse que siempre haya sido “mejor” o más avanzado el resultado global de estos desarrollos que los puntos de arranque de los que partían. Considerando el proceso revolucionario de mayo de 1810 en el contexto de cuyo próximo bicentenario estamos proponiendo estas discusiones, Tulio Halperín Donghi ha escrito en su enorme *Revolución y guerra*, que el mismo constituye, con todos sus arrebatos y con todas las energías políticas que se empeñaron en el mismo, menos el escalón necesariamente doloroso hacia una etapa de superación de los obstáculos de la fase precedente de la historia que una suerte de bisagra entre dos tipos de sociedades organizadas internamente, y articuladas con el resto del mundo, según sendos “pactos coloniales” entre los que no está claro que el segundo haya resul-

tado superador del más antiguo. Más bien –sugiere Halperín– al contrario. Así pues, si Halperín está en lo cierto, la revolución debería ser pensada como una astucia de la historia, pero no de una historia ascendente, hecha de progresos y de superaciones, sino de una historia de retrocesos y de regresión, y si esta mirada resulta especialmente amarga es porque no nos deja ni siquiera la ilusión de que los excesos jacobinos de un momento determinado del proceso puedan ponerse después “a la cuenta”, por así decir, de algún saldo finalmente positivo de ese proceso considerado en su conjunto. Puede ser que Halperín tenga razón. Y sin embargo, ese “momento jacobino” de la revolución sigue titilando, sigue resplandeciendo, seductor, en el pasado. Sigue fascinándonos y emocionándonos. Porque hay sin duda algo de excitante en el jacobinismo. Algo de heroico. La epopeya de un hombre solo, o de un conjunto pequeño de hombres solos, separados de la sociedad a la que, sin embargo, se empeñan obstinadamente en representar, en cuyo nombre dicen actuar, presuntos detentores de la cifra de una voluntad general que no se sabría a sí misma pero cuyos arcanos, en cambio, ellos sí conocerían, la gesta épica de un puñado de hombres “adelantados a su tiempo” nos produce siempre una suerte de hechizo singular. Por lo demás, ¿no es algo bastante parecido a eso lo que le pedimos a *cualquier* líder político, a cualquier dirigente, a cualquier conductor: que esté, tal vez no mucho, pero al menos *un poquito* adelante del conjunto de los hombres a los que dirige o conduce o lidera? Al revés: ¿aceptaríamos como justo a un líder que apenas se limitara a expresar el estado de opinión de una

sociedad que a veces puede ser muy conservadora, incapaz de pensar para sí misma horizontes diferentes de aquellos a los que se ha habituado? El jacobinismo nos presenta entonces en forma condensada, extrema, una diferencia, una *separación*, que por un lado no podemos festejar ingenuamente ni puede resultarnos un modelo de vínculo político deseable, pero por otro no deja de interesarnos, porque tenemos la sensación de que es justo gracias a esa diferencia, a esa separación, a ese hiato, que una sociedad puede a veces sacudirse algo de su modorra e ir planteándose nuevos desafíos.

¿Cómo resolver entonces esta tensión?  
¿Qué deberíamos pedirle a un líder, a un dirigente democrático virtuoso?  
Yo lo diría así, muy toscamente: que esté un paso más adelante, sí, que la sociedad que pretende conducir, pero que pueda *argumentar* frente a esa sociedad (frente a los ciudadanos y a las organizaciones de esa sociedad) sobre la conveniencia de la dirección y el sentido en el que pretende conducirla. Que pueda persuadirla y que logre así, por la vía de la argumentación y de la persuasión, que esa sociedad experimente como suyo cada uno de los pasos que ese líder democrático pueda hacerle dar en dirección a la realización de ese programa que debe proponerle, someter a la discusión, retocar incluso –eventualmente– en el curso de esa discusión, ir mejorando en el camino. Que logre que esa sociedad (quiero decir: que porciones considerables de esa sociedad, puesto que las sociedades son por supuesto heterogéneas y los grupos que las componen tienen desde luego intereses enfrentados y no siempre articulables: por eso es que existe la política, por eso es que la construcción de una

**Algo de eso estuvo sin duda –y sin duda junto con muchas otras cosas más– en la base del malhumor social que se expresó en las estrepitosas jornadas de fin de 2001, en las que es posible afirmar que convergen, en curiosa coincidencia, una serie de líneas de protesta social que se venían desarrollando activamente, y desde hacía bastante tiempo, por parte de diversos actores sociales y políticos, con un conjunto nuevo de reclamos hijos de una serie de decisiones del gobierno aliancista que habían herido, entre otras vísceras quizás algo más nobles, el órgano más sensible de las clases medias argentinas.**

hegemonía es una tarea), sienta como suyo cada uno de esos pasos y que esté dispuesta a sostenerlos y a defenderlos cuando aparezcan las dificultades, las oposiciones y a veces también los enfrentamientos. La prolífica discursividad del presidente Chávez,

el pedagogismo casi escolar que –como muestra Elvira Arnoux en el libro que mencioné al comienzo– destilan sus discursos, su carácter fuerte, persistente, confiadamente argumentativo, forma parte de un tipo de conducción política de gran estilo, perfectamente adecuado al proyecto de una democracia

amplia y participativa como la que todo el tiempo dice promover el presidente de los venezolanos.

### III.

En Argentina hemos escuchado y usado mucho, a lo largo de los últimos cinco lustros, estas palabras que acabo de decir: democracia, democracia participativa. Y es cierto que no faltaron, desde el inicio mismo del ciclo de lo que se llamó la “transición a la democracia”, diversas convocatorias a la participación popular en los asuntos públicos. Pero también lo es que, vistas las cosas en retrospectiva,

ese aliento, ese estímulo a la participación popular se nos revela menos como el núcleo del programa de los distintos gobiernos que hemos conocido en estos años que como el medio al que algunos de ellos *debieron a veces recurrir para afirmarse*, pero también para arrojarla por la borda inmediatamente después, apenas conseguido su objetivo. En realidad, desde el inicio de ese ciclo de la transición, tendió a primar entre nosotros no el principio democrático de la participación, sino el principio *liberal* de la representación. “Nos, los representantes...”, empezaba, en efecto, el “rezo laico” del preámbulo de la Constitución con el que Raúl Alfonsín solía vestir sus arengas de candidato y después de presidente, y no sería excesivo afirmar que en esas tres palabras estaba contenido no sólo lo esencial del programa político del viejo caudillo radical sino también lo más decisivo del tipo de gobierno que se estaba entonces fundando en Argentina, y que es el que aún tenemos: un tipo de gobierno *de los representantes* del pueblo, que, como dice esa misma Constitución, deliberan y gobiernan en su nombre, pero que lo hacen separados de él por ese hiato al que damos el nombre clásico de *representación*, y que sólo por excepción se consideran obligados a discutir con ese pueblo, a *argumentar* frente a ese pueblo, las razones de sus movimientos y de sus decisiones.

Baste recordar el modo en que el mismo Alfonsín mandó a su casa, el domingo de pascuas de 1987, a una ciudadanía movilizada y activa, y la forma en que, seis años después, él y su sucesor cerraron a solas y en secreto, sin verse obligados a argumentar en público nada o casi nada, el famoso “pacto” que permitiría la reforma de aquella Constitución y la reelección de Carlos

Menem como presidente. Si es posible afirmar, como se ha afirmado muchas veces, que con este pacto *culmina* el ciclo de la “transición a la democracia”, lo es en el doble sentido de que, con él, ese ciclo “llega a su fin”, y también de que lo hace con la afirmación definitiva del tipo de *lógica* que lo había presidido. Una *lógica* que tiene entonces algo de jacobina (en efecto: había un cierto jacobinismo en Alfonsín, y en eso radica tal vez, al mismo tiempo, su mayor encanto y su mayor debilidad), y a partir de cuya consolidación, de cuya afirmación como pura *lógica* formal, como pura distancia entre representantes y representados, pudo desplegarse después, durante la década siguiente, un programa de devastación del patrimonio colectivo y de las capacidades estatales desplegado por unos equipos gubernamentales absolutamente alejados (revolucionarios al revés, fanáticos jacobinos de derecha) de la deliberación y el contralor públicos y apenas plebiscitados cada tanto por una ciudadanía que cada dos años recuperaba por un día (sin mayores fervores ni grandes alternativas: también hay que decirlo) un pedacito de la soberanía que el tipo de sistema de gobierno consolidado entre nosotros le había arrebatado. El liberalismo de Alfonsín, el fervor desmantelador de Menem y el conservadurismo de Fernando de la Rúa constituyen distintas inflexiones de un tipo de gobierno de los representantes del que se ha ausentado por completo la idea de que es necesario para esos representantes desplegar ante los ciudadanos argumentos, discutir con esos ciudadanos sus líneas de gobierno, construir consensos y legitimidad a partir de la participación informada del pueblo. Distintas inflexiones de ese tipo de

gobierno que se presentan por cierto en un formato cada vez más pobre, cada vez más carente de alma, de contenido espiritual y de programa: porque si en Alfonsín o en Menem la distancia entre gobernantes y gobernados era la que permitía a los primeros desplegar desde la cima del poder un tal o cual proyecto que eventualmente sometían menos de lo deseable a la discusión y al control de la ciudadanía (y por eso hablábamos en esos dos casos de formas distintas de jacobinismo), durante los años del gobierno de la Alianza era la idea misma de que pudiera tenerse un proyecto que no coincidiera punto por punto con el acatamiento a los dictados de los poderes fácticos lo que había desaparecido.

Algo de eso estuvo sin duda –y sin duda junto con muchas otras cosas más– en la base del malhumor social que se expresó en las estrepitosas jornadas de fin de 2001, en las que es posible afirmar que convergen, en curiosa coincidencia, una serie de líneas de protesta social que se venían desarrollando activamente, y desde hacía bastante tiempo, por parte de diversos actores sociales y políticos, con un conjunto nuevo de reclamos hijos de una serie de decisiones del gobierno aliancista que habían herido, entre otras vísceras quizás algo más nobles, el órgano más sensible de las clases medias argentinas. Sobre todo esto se ha escrito bastante y será necesario escribir bastante más, porque no es fácil tener la sensación de que del conjunto de análisis del estallido decembrino con los que contamos surja una interpretación verosímil y completa de su naturaleza y de sus (insisto: diversas y compuestas) características. Quizá baste sugerir aquí que, en cuanto a los acontecimientos



mismos de ese agitado fin de 2001 (y a los discursos e interpretaciones que los acompañaron y les dieron un sentido), parecen haber confluído allí dos grandes corrientes, dos grandes impulsos: por un lado, entonces, el que provenía de una fuerte politicidad previa de los sectores más afectados por la reforma operada durante la década que se cerraba, que hacía tiempo que venían expresando su disconformidad y sus reclamos; del otro, el que provenía de una notoria pulsión “anti-política” que expresaba (por mucho que alguna de sus consignas haya podido ser recogida y levantada como bandera, después, por este o aquel grupo más o menos libertario) el sentido común de la derecha televisiva más previsible y más convencional.

Pero no importa. O sí, pero no acá. Lo que acá me interesa subrayar es que *después* del estallido, después de las plazas y del “¡Que se vayan todos!” y de los muertos y del derrumbe del gobierno de la Alianza y de las idas y venidas en la cumbre del poder, aparecen en la escena pública argentina lo que me parece que pueden considerarse *dos grandes demandas*. Empiezo por la que en cierto sentido parecía dominante y más urgente: una fuerte demanda de *orden*, una fuerte demanda (sostenida por una parte sustancial de la ciudadanía) de que alguien viniera para poner las cosas sobre sus pies y de que volviera a presidir la vida diaria de los argentinos una mínima sensación de previsibilidad y de estabilidad. *Que se normalizaran las cosas*. “Antes un final terrible que un terror sin fin”. El senador Eduardo Duhalde –al cabo de diversas peripecias ungido por la Asamblea Legislativa, de acuerdo a los procedimientos establecidos por la Constitución Nacional, como presi-

dente provisional de Argentina– supo leer bien esa demanda de orden y de normalización, y fue capaz de atenderla con un éxito considerable. El gobierno de Duhalde tiene en ese sentido algo de *restaurador*: se trató de un restauracionismo conservador-popular sostenido sobre una decidida disposición a hacer todas las concesiones necesarias a los factores reales del poder económico y financiero nacional e internacional y una no menos decidida (y experimentada) sabiduría para sofocar, con medidas no por apenas paliativas menos importantes ni menos reclamadas, los focos más urgentes del extendido incendio social. A seis meses de haber asumido Duhalde, la casa estaba en orden, la emergencia social empezaba a controlarse y la clase media, pasado ya el cuarto de hora de su entusiasmo cívico de fin del año anterior, volvía a preocuparse por lo que más le interesaba: sus dólares.

Simplificación excesiva, sin duda, y posiblemente injusta. Porque ni todos los miembros de esa famosa “clase media” (sea lo que sea lo que esa equívoca categoría permita designar) estaban obsesionados con sus dólares, ni esta obsesión, en los casos en los que en efecto se verificaba, era la única que esos sujetos expresaban en el espacio público, ni dejaban de oírse todavía –en algunos casos con cierta intensidad– los ecos más democratizadores de los acontecimientos de diciembre. En los que no había habido una sola voz, sino muchas (que convergieron, que se encontraron, que coagularon, por así decir, en un momento de fuerte crispación: así lo recuerda el “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” que muchos corearon en la Plaza), ni tampoco un solo espíritu, sino

muchos. Por lo menos dos (aunque esta distinción sólo puede ser analítica: estos dos impulsos marchaban a menudo juntos y mezclados): por un lado, una especie de reacción airada, indignada y llena de urgencia, contra la política. Por otro lado, sin embargo (y creo que sería parcial no reconocerlo) había habido en aquellas jornadas decembrinas, y en varias de las que las prepararon y en muchas de las que las siguieron, otro tipo de aprendizaje: el de una intensificación de las discusiones y de los debates, el de un fuerte desarrollo de instancias diferentes de participación, el de una horizontalización de diversas relaciones y el de la aparición de relaciones nuevas. A esto me refería cuando aludía a un segundo tipo de demandas, que después de diciembre de 2001 comienza a actuar sobre el espacio político argentino junto con la demanda de orden ya indicada. Se trata, ahora, de una demanda de democratización, de una demanda de participación, de una demanda de ampliación de la esfera pública de las discusiones. En cierto sentido, se trata de un retorno a aquellas incumplidas promesas del inicio del ciclo de la “transición”, en que se articulaban el discurso liberal de la representación con el discurso democrático de la participación deliberativa y activa de los ciudadanos en los problemas de la comunidad. Después de que ese ciclo hubiera llegado a su final con el triunfo pleno de aquel principio de la distinción y la separación por sobre este principio de la democracia (ésta es la culminación, querría insistir, de la odisea alfonsinista y la condición de posibilidad para el despliegue de la política menemista que siguió), lo que se oía ahora en las calles argen-

tinias (en *algunas* calles argentinas: en la boca de *algunos* de sus ciudadanos más movilizados) era un pedido de más de esa democracia proclamada y luego relegada o traicionada u olvidada, y del conjunto de valores que le estaban asociados.

*Y que en cierto sentido vuelven al centro de la escena con el ascenso al poder de Néstor Kirchner.* En efecto, parece posible afirmar que en Kirchner, más o menos inesperadamente electo para suceder a Duhalde en el año 2003, convergen dos fuerzas, dos impulsos. Que Kirchner, por así decir, recibe al mismo tiempo dos legados, está atento al mismo tiempo a dos tipos de voces que le llegan de los confusos meses

Simón Bolívar



de crisis y de desconcierto que viene a cerrar su presidencia. *Por un lado, Kirchner es un heredero de Duhalde.* No (o no sólo) en el sentido más evidente

**Corresponde llamar de nuevo jacobinos, entonces, a estos gobernantes, a estos dirigentes que durante los años de la presidencia Kirchner estuvieron, en efecto, a la izquierda de la sociedad, o por lo menos de la mayoría de la sociedad a la que gobernaban; corresponde incluir al capítulo kirchnerista en la historia más larga del jacobinismo argentino que aquí he tratado de insinuar.**

y más elemental, y ya muchas veces señalado, de que es tributario (de que su *elección*, al menos, es deudora) de la constancia de los votos duhaldistas de la provincia de Buenos Aires, sino en el sentido más profundo de que es heredero de la voluntad *ordenancista y reorganizadora* de su antecesor. Voluntad que éste había ejercitado en una clave conservadora-popular (*restauracionista*, habíamos sugerido) y que Kirchner ejercerá en cambio en una clave populista más de avanzada, pero siempre exigido por la necesidad de garantizar el funcionamiento “normal” (la expresión, de hecho, aparece en sus primeros discursos: “normalidad”, un “país normal...”) de unas instituciones que a esa altura de las cosas ya nadie, o casi nadie, quería ver tan dramáticamente sacudidas o trastocadas otra vez, y la capacidad del Estado (un Estado cuya centralidad y cuya fuerza Kirchner intentó empeñosamente recomponer) de fijar reglas de juego a los actores sociales y económicos.

*Por otro lado, Kirchner hereda también el clima de movilización democrática* (más o menos silvestre, anárquica, aluvional: lo que se quiera) *que recién presentábamos como el mejor lado de la confusa amalgama de fuerzas que había derrumbado, un año y medio antes,*

*al gobierno de Fernando de la Rúa.* Y esa herencia también se expresa en su retórica (una especie de democratismo mayoritarista, plebeyo y altivo), en su gestualidad (que consistía en evitar ciertas solemnidades y ciertas mediaciones –por ejemplo, para escándalo de los periodistas: la de los periodistas– y en *actuar* una cercanía que no necesariamente se expresaba, después, en una apertura de canales efectivos de participación popular en los asuntos públicos) y en varias de sus muy importantes medidas de gobierno. Medidas de avanzada, muchas de ellas, orientadas a una sociedad que en algunos casos –es verdad– las estaba reclamando, incluso exigiendo a través de algunas de sus organizaciones más activas, pero que en otros casos ni las exigía ni las esperaba ni las imaginaba. Medidas de avanzada que en muchos casos, en efecto, la sorprendieron, *nos* sorprendieron, porque no las sospechábamos ni estaban anunciadas en el clima de las discusiones anteriores ni en el módico programa de gobierno con el que Kirchner asumió el gobierno, ni en las expectativas de una sociedad que estuvo durante esos años, como solíamos decir, a la derecha de sus gobernantes. Corresponde llamar de nuevo *jacobinos*, entonces, a estos gobernantes, a estos dirigentes que durante los años de la presidencia Kirchner estuvieron, en efecto, a la izquierda de la sociedad, o por lo menos de la mayoría de la sociedad a la que gobernaban; corresponde incluir al capítulo kirchnerista en la historia más larga del jacobinismo argentino que aquí he tratado de insinuar. Con sus indudables méritos: haber puesto una serie de temas del más alto interés en la “agenda”, como se dice, de una sociedad bastante más conservadora que sus

gobernantes, y haber llevado adelante una serie de *medidas* muy importantes (entre muchas otras digo sólo dos, de naturaleza muy distinta: la eliminación de la ignominia de las AFJP y la eliminación de la ignominia del cuadro de Videla exhibido en un edificio público del Estado nacional) en una sociedad que, como decía, no parecía exigirlos y tal vez ni siquiera imaginarlos.

Pero si estas medidas son sin duda importantes, y si la decisión de adoptarlas es sin duda loable, esa *sorpresa* que representaron para nosotros (y que no se vincula sólo al hecho de que no las esperábamos, sino también al hecho de que no fueron integradas, ni antes ni durante ni después, por medio de un discurso consistente, a un programa o a un relato que una sociedad movilizaba pudiera discutir), esa sorpresa y esa falta de una discursividad que les diera su lugar y su sentido, digo entonces, constituye un problema serio. El kirchnerismo tiene el mérito de haber tomado esas y otras medidas muy relevantes, pero el demérito importante de no haber contribuido gran cosa a ensanchar los espacios en los que esa sociedad pudiera *discutir* esas medidas, y discutiéndolas legitimarlas y volverlas más estables, más seguras, más perdurables. De no haber sido capaz de *decir* bien lo que estaba *haciendo* bien. Porque no es exactamente cierto que mejor que decir sea hacer: es necesario hacer *y al mismo tiempo decir lo que se hace, y por qué y para qué se lo hace, y poner a discutir esos discursos, esas justificaciones, esos proyectos en los que lo que se hace cobra sentido*, porque si no lo que se hace corre el riesgo de licuar ese sentido o de perderlo. El decir no es lo contrario del hacer: el decir (y el hacer circular y discutir lo que se dice)

es una de las dimensiones fundamentales, decisivas, del hacer, sin la cual a las cosas que se hacen, mucho más a veces que a las palabras que se dicen, puede llevárselas el viento.

Kirchner hizo mucho pero no siempre dijo bien eso que hacía, y al no hacerlo, al no articular sus medidas de gobierno en algo así como un

programa, no creó tampoco las mejores condiciones para que la ciudadanía pudiera discutir, apoyar, mejorar, corregir ese programa. Se dirá que no puede reprochársele a un gobierno que no se ocupe de movilizar a un montón de gente grande que debería movilizarse por sí sola. Es cierto. Pero no es menos cierto que cuando un equipo gobernante actúa (incluso bien o hasta muy bien, como yo diría que, sin entrar en mayores detalles, es el caso) sin involucrar activamente a la sociedad en el debate sobre las políticas que impulsa, puede quizá llevar adelante grandes cambios, pero también ver cómo toda esa estantería de cambios es sacudida después, de la noche a la mañana, por no haber creado bases más firmes para sostenerla.

Cuando Kirchner entregó la presidencia a su sucesora, unos cuantos esperábamos que ésta (dueña de una oratoria mejor que la de su marido y heredera de una situación general bastante menos apremiante) pudiera encarar, junto al reto de profundizar el camino del crecimiento económico y la reforma social, el doble desafío de presentar a la ciudadanía, organizado en un discurso consistente, un programa

**Kirchner hizo mucho pero no siempre dijo bien eso que hacía, y al no hacerlo, al no articular sus medidas de gobierno en algo así como un programa, no creó tampoco las mejores condiciones para que la ciudadanía pudiera discutir, apoyar, mejorar, corregir ese programa.**

de gobierno, y de favorecer la discusión pública de ese programa: de –para resumir esto en dos palabras– volver más democrático el liberalismo democrático argentino. Esto no ocurrió. Más bien, enfrentada casi al inicio de su gestión al fuerte rechazo de las corporaciones camperas a la decisión de modificar las alícuotas de las retenciones a las exportaciones agrarias, la Presidenta se vio llevada a ensayar un tipo de discurso y a plantear un tipo de problemas muy distintos. *Que nos vuelven a situar frente a los grandes temas del inicio mismo del ciclo de la “transición”,* y en primer lugar, entre

**El liberalismo político, que es bastante menos que lo que queremos como ideario organizador de nuestra democracia, es también una suerte de piso mínimo, de resguardo último contra las pretensiones de los grupos corporativos de interés. A los que, por cierto, el discurso de la Presidenta –como antes el de Alfonsín– situaba del lado de los responsables de una historia terrorífica que no debía repetirse: si el domingo de la Semana Santa del 87, Alfonsín había dicho que “el pasado” había estado a punto de alcanzarnos otra vez, ahora Cristina Fernández decía que había vuelto a ver “el rostro de un pasado que pareciera querer volver”.**

ellos, frente a uno sobre el que ya hablamos: el de la *representación*, que la Presidenta presentó muchas veces, durante los meses que duró el conflicto, contrastando la legitimidad del poder de los *representantes* del pueblo con la ilegitimidad de los reclamos sectoriales de los dirigentes de las corporaciones. Esa distinción había sido uno de los tópicos centrales del discurso

alfonsinista, y reapareció con mucha fuerza en los que desgranó Cristina Fernández a lo largo del año pasado: sólo los representantes del pueblo pueden deliberar, decidir y ejecutar las medidas de gobierno. “Los ciudadanos no deliberan ni gobiernan sino a través de sus representantes”, como reza aquella Constitución Nacional cuyo preámbulo Alfonsín recitaba de memoria, *y como podía leerse en las paredes de lona de una de las carpas instaladas en la Plaza del Congreso, en apoyo del gobierno, en las semanas más calientes del conflicto.* Todo el poder a los representantes. Y a quienes no estaban de acuerdo con las decisiones de esos representantes, la Presidenta les pediría que “se constituyan como partido político y en las próximas elecciones reclamen el voto del pueblo”. Así, una cierta entonación “liberal” organizaba el discurso presidencial en los tramos más duros del conflicto. Tanto que un amigo con el que escuchamos en Plaza de Mayo la arenga que acabo de citar me preguntó –medio en broma, medio en serio–: “Che: ¿nosotros no estábamos en contra de esto?”. Cierto: ¿no le pedíamos *algo más* que eso, nosotros (“nosotros”: los que le reprochábamos a Alfonsín su “liberalismo”), a la democracia? ¿No le pedíamos a la democracia que no fuera sólo “representación”, sino también “participación”? ¿Qué era entonces lo que volvía atractivo el discurso “liberal”, representativista, de la Presidenta? *Pues lo mismo que había vuelto atractivo, en su momento, el liberalismo representativista* de Alfonsín: lo odioso de los poderes contra los que se levantaba. El liberalismo político, que es bastante menos que lo que queremos como ideario organizador de nuestra democracia, es también una suerte de piso mínimo, de resguardo último contra las pretensiones de los grupos corporativos de interés. A los que, por cierto, el discurso de la Presidenta –como antes el de Alfonsín– situaba del lado de los responsables de una historia terrorífica

*que no debía repetirse*: si el domingo de la Semana Santa del 87, Alfonsín había dicho que “el pasado” había estado a punto de alcanzarnos otra vez, ahora Cristina Fernández decía que había vuelto a ver “el rostro de un pasado que pareciera querer volver”. Así, ambos discursos sitúan a las corporaciones del lado del autoritarismo y *del pasado*, e identifican a las instituciones de la democracia liberal como su conjuro. No está mal, *si es para empezar*. Pero sería imperdonable que no hubiéramos aprendido la lección de aquella Semana Santa y de lo que siguió, que no hubiéramos entendido que *sin el aliento a la participación democrática del pueblo, las propias instituciones de la representación liberal peligran*. La lucha contra las corporaciones no pueden darla *solos* los representantes del pueblo, por muy virtuosos que sean. Primero, porque si en efecto son virtuosos no les interesará ganar ese combate sin el pueblo. Segundo, porque sin el pueblo no tienen posibilidades de ganar. Y esto la Presidenta lo sabe. Al menos lo dice, lo que no es poco. Dice (dijo, en otro de los discursos que desgranó en medio del conflicto) “sola no puedo”, y este reconocimiento, el reconocimiento de que la lucha contra los intereses particulares a los que se enfrenta sólo puede librarla con lo que en ese mismo discurso llamó “la fuerza del pueblo” de su lado, es tal vez lo mejor y lo más democrático que haya dicho en estos años. Se trata ahora de saber cómo se organiza y se potencia esa “fuerza del pueblo” que se trata de movilizar, pero que hasta ahora no se ha movilizó en la medida suficiente para darle a este gobierno un aspecto diferente al de un liberalismo político de avanzada. “Jacobino”, decíamos. “pre-gramsciano”, ha escrito —me parece que en un sentido similar—

Edgardo Mocca. Esto es: que aún no ha querido o no ha encontrado el modo de movilizar activamente a una sociedad civil que es espesa, densa y contradictoria, y en la que este gobierno tiene la tarea pendiente de tratar de forjar lo que el autor de los *Cuadernos de la cárcel* llamaba, como recordábamos hace un rato, una hegemonía.

Eso es, en efecto, lo que falta, y en esa falta medran la retórica empresarial de los De Narváez, los Reutemann y los Tinelli, la despreocupada insolencia de los Biolcatti y los Llambías, el fascismo elemental de los De Ángeli y los Grondona, el oportunismo grosero de los Buzzi, los Solá y los Cobos, la jactancia de dedito en alto de *Clarín*. Ideologías miserables y miserabilistas *que tocan fibras profundas de una sensibilidad popular que es sin duda más compleja que todo esto pero que contiene a todo esto, y que es tarea de las dirigencias políticas que quieren para este pueblo otro futuro, menos indigno, interpelar, activar, comprometer en un sentido diferente*. Acusando recibo del golpe electoral de junio, el gobierno ha iniciado un largamente reclamado “diálogo” con los dirigentes de los partidos políticos y de las corporaciones de la producción. Desde luego, y está bien. Pero ese gesto (sin duda importante, por mucho que la irresponsabilidad opositora se empeñe en declararlo ya acabado) no puede agotar el tipo de diálogo que el gobierno debe proponer, y que debe incluir cuanto antes (porque es lo único que puede salvarlo de terminar sus días como rehén de los peores intereses sectoriales) la convocatoria a una conversación muy amplia *con los ciudadanos y sus organizaciones*. Con las organizaciones movilizadas y críticas de la sociedad civil, que el gobierno

debe promover y tratar de convertir en los sujetos activos y potentes de las transformaciones que promueve, y a las que para ello debe convencer. Y para convencer hay que argumentar, y para argumentar hay que usar (como este gobierno *puede* usar, tal vez mejor que ningún otro de los que tuvimos en los últimos tiempos) la palabra.

*Hay por eso que devolver el valor a la palabra, reconquistar la dignidad de la palabra y volver a hacer de ella el instrumento de las necesarias argumentaciones a través de las cuales el gobierno debe validar el sentido de las políticas que desarrolla, y en las que una ciudadanía movilizada y crítica pueda volver a encontrar el sentido de lo que el gobierno de sus representantes está intentando o pretendiendo o proponiendo hacer.* En eso me parece que radica la gracia, el interés y la importancia del tipo de uso de la palabra que caracteriza el arte oratorio y el estilo de conducción del presidente Chávez que analiza Elvira Arnoux en el libro que mencioné al comienzo. Es necesario, en síntesis (para el gobierno, desde ya, y también para los grupos que, no integrándolo, no apuestan tampoco, como otros, a la destrucción de los últimos resortes de la vida democrática argentina), es

necesario, digo, volver a argumentar, a discutir ideas, a poner planes y proyectos en el campo de una discusión *pública* posible. Hay que volver a argumentar, a argumentar en público, a argumentar políticamente. *Eso es lo que no hizo el vicepresidente Julio Cobos*, por ejemplo, cuando en cierta célebre intervención parlamentaria reemplazó, como criterio legitimador de una decisión política fundamental, la argumentación política por la apelación a la voz (privada, y por privada inimpugnable) del corazón; eso es lo que no hacen los representantes corporativos de los ricos más ricos de este país cuando reemplazan, en sus previsibles y rústicos discursos, la argumentación política por el dictado del puro interés particular. Recuperar la palabra, la argumentación y la política es hoy una tarea fundamental, porque es recuperar, frente a esos particularismos y a esa privatización de los sentidos, la idea misma de lo público, de la república como cosa pública.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

La Biblioteca Nacional y la Universidad Nacional de General Sarmiento presentan esta colección que propone reflexionar sobre las transformaciones del período democrático iniciado a fines de 1983. La iniciativa comprende 25 publicaciones, escritas por académicos dedicados al estudio de diversos planos de la vida social argentina y destinadas a un público amplio y no necesariamente experto.





# La acción como anhelo y el futuro como imposibilidad<sup>(\*)</sup><sup>(\*\*)</sup>

*Por Alejandro Kaufman*

Las convulsiones que conocimos a principios del siglo XXI permitieron repensar la realidad contemporánea. El ensayo que presentamos aquí parte de aquellas jornadas dramáticas para reflexionar tanto sobre sus efectos sobre el presente, como sobre aquello que obra como fundamento de las subjetividades colectivas y que tales sucesos desnudaron en su crudeza más radical. Alejandro Kaufman denomina esta forma de vida como “producción de un orden biopolítico”. En él se despliegan núcleos inmanentes, ligados al consumo, al poder de las marcas y el mercado, que no sólo prescinden de las formas políticas modernas, sino de todo su aparato de legitimación discursivo y cultural. De esta manera, la vida actual se despliega a partir de la subordinación de las poblaciones –también declaradas sobras a ser gestionadas–, a poderes técnico-administrativos cada vez más abstractos: nuevos modos del control social que proceden por regulaciones tecnológicas y disposiciones mediáticas. Las consecuencias de estas formas de gobierno ponen en cuestión los imaginarios con los que se pensó la política y la función intelectual durante el ciclo de las naciones.

¿Cómo nombrar aquello que efectivamente ocurre si no disponemos de las palabras adecuadas para hacerlo? ¿Qué hacer con aquellas ideas, tan significativas en nuestra historia, que se revelan incapaces de dar cuenta de la complejidad de esta época? Bajo el peso de estas interrogaciones, Kaufman presenta los dilemas y aporías que envuelven las posibilidades del tiempo por venir.

El título puede parecer enigmático, pero lo que intenta es dejar planteada una contradicción: la política supone un compromiso y un propósito destinados a una proyección en el tiempo, y hoy vemos una imposibilidad de tal proyección, dado que el futuro no resulta hospitalario respecto de lo que estamos en condiciones de producir como sentido. Este oxímoron se plantea a partir de la suposición voluntaria y enunciativa de que estamos situados en una posición política respecto de un futuro que no es el que podíamos pensar hace algunos años. El intento de discutirlo pretende despejar ciertas palabras que en lugar de acompañarnos pueden resultar obstáculos en lugar de producir una apertura. Cuando uno dice Bicentenario, historia, cultura, nación, pueblo, todas esas palabras son tomadas por nosotros, metodológicamente, dentro del juego como si fuesen obstáculos. Que sean obstáculos no significa que pueda prescindirse de esos términos, ni que se los desdeñe, sino que son problemáticos, traen consigo una carga, una biblioteca, una serie de determinaciones que están cristalizadas. Por lo tanto, la idea de indagar sobre lo político es cercana a la necesidad de discutir la institución. Cuando uno refiere a la institución para hablar de la política es que opta por utilizar un término diferente y alternativo a nación, pueblo, país y cultura. Asimismo, la palabra institución problematiza la idea misma de historia, de legado y herencia. Pero la noción de institución también puede significar una diversidad de cuestiones. Uno habla de instituir, destituir, constituir, como distintos momentos de la idea de institución, tratando de hacer referencia a algo distinto de lo que referimos habitualmente con la palabra institución,

en el sentido de las estructuras jurídico políticas que definen la vida colectiva, las representaciones, el Estado. No queremos referirnos a eso, sino a una cuestión que en la realidad requiere un cierto número de metáforas.

Por ejemplo, Deleuze usó la palabra *rizoma*, y la postuló como término que remite a la institución, a la forma en que se desenvuelve una subjetividad, o la forma en que se constituye en deseo y, como consecuencia, el pensamiento y la acción. Otros usan diferentes palabras, por ejemplo Simone Weil utiliza la palabra *raíz*, no en el sentido de un fundamento, sino en el de una unión o relación con el suelo, con el pasado, que no necesariamente es una relación jerárquica ni de autoridad, sino vinculada con el habitar. *Raíz* es una palabra que quedó en algún lugar de la memoria del pensamiento francés, y que seguramente debe tener implícitas relaciones con el hecho de que luego se haya hablado de *rizoma*, y que, por su parte, la idea de *rizoma* haya ejercido un efecto polémico respecto de la idea de fundamento.

La idea de *raíz* no supone necesariamente la noción de fundamento, en el sentido filosófico, sino que remite a la necesidad de describir un vínculo. Entonces, cuando hablamos de institución tratamos de pensar en una cuestión vincular, en aquello que nos hace relacionarnos entre nosotros.

**Y una de las preguntas que se nos aparecen es en qué medida dentro de esos espacios discursivos hay cabida para ir más allá de ciertos límites. En qué medida ese mismo momento de discusión, en tanto superficie de inscripción y de sustentabilidad de una vida común, habilita y permite pronunciar ciertas palabras o establece ciertos límites. En este sentido, hay una imposibilidad respecto del futuro, hay un futuro que se nos presenta esquivo, aún cuando lo imaginemos.**

También al intentar hablar de los vínculos, las palabras se vuelven traicioneras y se ingresa a una lógica de cierto idealismo filial, amistoso, comunitario, utópico. Por lo cual, la idea de lo vincular por lo general remite enseguida a la imagen de un estado de paz y concordia, cuando en realidad lo vincular supone también lo contrario. Supone la guerra, el conflicto, las condiciones a partir de las cuales un grupo de sujetos pueden desenvolver una vida. La experiencia vital no es aérea, se desenvuelve siempre en alguna superficie; necesita de algún espacio para asentarse. Aunque se deslice por él de forma *rizomática*, necesita una superficie de contacto. Por lo tanto, hablar de institución es indagar sobre cómo se constituye esa superficie de contacto.

Son temas de vieja tradición en la discusión crítica argentina. Cuando se habla de la pampa, se habla de una superficie de contacto que se suponía vacía. El tema del vacío es lo que en la institución argentina se intenta definir: la superficie de contacto como algo restringido y aglutinado, concentrado en un espacio de privilegio. Eso es la vida urbana argentina, una vida aglutinada que define ciertas condiciones sobre el desarraigo, en tanto esa aglutinación está producida en razón de que el conjunto de la superficie de inscripción vital dentro del país no es habitable. Ante la falta de sustentabilidad, se producen esos desplazamientos que derivan en aglutinación.

Estas son cuestiones situadas en un límite, en un borde de lo que se puede decir o pensar en términos de lo que se llama la esfera pública, un punto actual de incendiaria discusión.

Cuando hablamos de política, de intelectuales, de esfera pública, de palabras y superficies de inscripción, estamos

tocando temas actuales e inmediatos acerca de los cuales presenciamos intensos intercambios. Y una de las preguntas que se nos aparecen es en qué medida dentro de esos espacios discursivos hay cabida para ir más allá de ciertos límites. En qué medida ese mismo momento de discusión, en tanto superficie de inscripción y de sustentabilidad de una vida común, habilita y permite pronunciar ciertas palabras o establece ciertos límites. En este sentido, hay una imposibilidad respecto del futuro, hay un futuro que se nos presenta esquivo, aún cuando lo imaginemos.

Hubo un rasgo de interferencia en esto que estamos discutiendo, producido por algunas reflexiones que caracterizan el periodo actual como un momento político e intelectual que no piensa en el futuro, donde no hay organizado un conjunto de proyecciones, no surge plan ni proyecto alguno. Se nos impone que hablar de política es hablar de proyectos, de promesas: los grandes temas nacionales, las importantes acciones colectivas, etcétera. Y precisamente, una cuestión que ha atravesado estos años es la suspensión de la idea de proyecto entendido como defecto. Lo interesante de que no haya proyecto, es que todo discurso proyectual se convierte de inmediato en impostura, porque no puede dar cuenta de las condiciones a partir de las cuales ese futuro se va a producir.

Entonces, política e institución, la definición de los vínculos, las condiciones de habitabilidad de un colectivo o territorio, suponen algún tipo de definición respecto al futuro. Hoy, el futuro puede ser definido como un estado de imposibilidad, en tanto no hay una articulación entre lo que se hace y lo que se piensa, ni lo que se

puede esperar respecto del porvenir. Hay viejísimas tradiciones respecto a la posibilidad de habitar el presente, de sustraerse de una descripción imaginaria acerca del futuro. A la vez, la idea de que el futuro puede estar planificado es un fenómeno moderno.

En rigor, ¿cuáles son las tramas que se nos interponen con respecto a un futuro? Esas tramas están colocadas en la más imperiosa actualidad. Ella tiene una intensidad que dispone una serie de variables respecto de las cuales cualquier proyección hacia el futuro tiene que rendirle cuentas. ¿Quién está en condiciones de producir ese discurso? ¿Quién está en condiciones de definir, de una manera eficaz, un modo que acople lo que se dice y lo que se hace con aquello que ocurra? No hablo ni de una utopía, ni de una promesa, ni de una decepción, ni de una mentira. Hay una conciencia colectiva que requiere una promesa, sólo para luego denostarla, descalificarla, ya que sabe de antemano que esa promesa es falaz. Cuando decimos promesa designamos un enunciado político-cultural del tipo: “esto que estamos haciendo producirá mayor justicia social”; “esto que estamos haciendo generará un mayor bienestar colectivo”, etcétera.

Esta es la condición por la cual los últimos años han estado definidos por una política del juego. Estamos organizados alrededor de una interesante forma de sustentabilidad de la existencia, porque tiene su eficacia. Buena parte de la política global de las últimas décadas está relacionada con el juego. La política de posguerra por ejemplo, es decir, la Guerra Fría, fue en buena medida una enorme gestión del juego y el azar. Existía la capacidad de destruir el mundo completamente, sin ninguna posibilidad de estar en una

meta-situación que permitiera examinar esta polaridad. Todos esos años, hasta el término de la Guerra Fría, representan el periodo de implantación de la política del juego, en la que se presentan algunos parámetros lógicos, a los cuales se deja funcionar por sí solos, sin la intervención de voluntad humana alguna, y sin siquiera un anclaje deseante. Se cae en un automatismo, en una entrega fatal a un azar fuera del alcance de la voluntad.

Ante este panorama, la política ya no se proyecta, en tanto no hay futuro –tema que sobrevive desde la década del sesenta, la obliteración del futuro por el Apocalipsis nuclear, una cuestión que sigue presente y no ha sido superada–, y se ha deslizado a una posición más lateral: no estamos en la Guerra Fría, no está por ocurrir una estrategia relacionada con el juego de la destrucción, aunque las condiciones por las cuales eso podría ocurrir siguen estando presentes, y hasta cierto punto intactas.

La imposibilidad colectiva de producir una proyección genera una crisis de la cultura y de la política, porque el discurso cuya dimensión intrínseca estaba destinada a la proyección, la promesa y el futuro, perdió toda su eficacia. Entonces lo que se produce es

**La imposibilidad colectiva de producir una proyección genera una crisis de la cultura y de la política, porque el discurso cuya dimensión intrínseca estaba destinada a la proyección, la promesa y el futuro, perdió toda su eficacia. Entonces lo que se produce es una experiencia de la actualidad permanente, un estado de presente continuo. Cuando hablamos de las sociedades mediáticas, estamos nombrando mucho más que un ordenamiento regulatorio libre, monopólico, diverso, representacional o inmanente; estamos hablando de una experiencia colectiva de la instantaneidad y la inmediatez permanente.**

**Hay una experiencia colectiva que tiene un profundo rasgo de instantaneidad y actualidad, que no se vive como verdad, pero donde sí está depositada una utopía, una promesa. Una promesa inmanente, no formalizada explícitamente en relatos a los que se pueda adherir o rechazar.**

una experiencia de la actualidad permanente, un estado de presente continuo. Cuando hablamos de las sociedades mediáticas, estamos nombrando mucho más que un ordenamiento

regulatorio libre, monopolístico, diverso, representacional o inmanente; estamos hablando de una experiencia colectiva de la instantaneidad y la inmediatez permanente.

Ese estado de instantaneidad nos acompaña y se convierte en una superficie de inscripción de la existencia, en un orden del habitar. Habitamos una nueva dimensión que no es la tierra, tampoco el aire, sino que es bien material —consume energía, contamina el ambiente— y forma parte de la producción *biopolítica*. Aunque las palabras de que disponemos no den cuenta de la forma en que vivimos, estamos atravesados por un conjunto de instrumentos y discursos, y cualquier descripción de la vida contemporánea nos permite ver que habitamos entre esas tramas. Ya no hay calle como tal, se ha dispersado o desvanecido. Las calles están ocupadas y atravesadas por cámaras, celulares, redes informáticas, sensores, *GPS*, regímenes cartográficos en tiempos y escalas reales. El transporte público y privado también está regulado por sistemas informáticos satelitales que indican el destino de los vehículos.

Hay una experiencia colectiva que tiene un profundo rasgo de instantaneidad y actualidad, que no se vive como verdad, pero donde sí está depositada una utopía, una promesa. Una promesa

inmanente, no formalizada explícitamente en relatos a los que se pueda adherir o rechazar. Ese proyecto prescindido de los relatos políticos, no tiene necesidad de ser presentado en las plataformas electorales. En rigor, hay una *incommensurabilidad* entre la producción *biopolítica* y los discursos y relatos políticos que poseemos como sujetos en relación a nuestra experiencia.

Este mismo tema fue planteado, por la Escuela de Frankfurt, como una *incongruencia* o *incompatibilidad* entre la moral y la vida. La ética y las distinciones normativas no se adecuaban ni articulaban con la vida efectiva existente, transitaban en discrepancia, no en el sentido de que las vidas transcurrieran por canales indiferentes a las normas, sino por la misma inaplicabilidad de las normas legales y morales. Esta *incommensurabilidad* nosotros la hemos vivido de una forma extraordinaria, aunque no dicha. En la medida en que se da un proyecto inmanente, eficaz, que realiza una serie de acciones respecto de las cuales no podemos tener conciencia, es decir, no podemos dirimir las y unificarlas en un relato, percibimos que nuestro lenguaje, nuestros proyectos y discusiones, están desplazados. Esto mismo es lo que produce descreimiento y pérdida de la confianza. Los fenómenos financieros, inflacionarios, la apatía y los dispositivos de control son motivo de una queja sin fin respecto de las condiciones de la vida en común, es decir, respecto de la institución. No tienen que ver con un fenómeno subjetivo, o una suerte de crueldad de quienes producen los discursos políticos, sino que provienen de ese carácter de discrepancia.

Aún no hay un relato que plantee esta inaplicabilidad. En la medida en que tampoco, en el orden intelectual

o crítico, en el plano universitario, cultural o artístico, pueda ser encontrado un cierto orden de la verdad que dé cuenta de lo que nos está ocurriendo, encontramos en ello, en esa vacancia, un problema. Más aún cuando aquellos que se definen a sí mismos como intelectuales, críticos o académicos, convierten su tarea de reflexión en una confirmación del modo en que la realidad es descripta en los medios y en el sentido común. Nos viene a la mente Cromañón, en tanto esta tragedia no fue sólo un acontecimiento puntual que tuvo lugar el 31 de diciembre de 2004, sino que fue un analizador. Al hablar de institución, hablamos también de analizadores, de acontecimientos o discursos que ponen en evidencia una serie de tramas que habitualmente nos son inaccesibles. Y lo que puso Cromañón en evidencia, como fenómeno abarcador de la sociedad y la vida en común, es la inaplicabilidad de las normas, la *incommensurabilidad* entre las modalidades normativas con que la vida en común se define, y el modo en que se desenvuelve de manera efectiva. Por eso lo que ocurrió, enseguida, fue el arrasamiento de una enorme cantidad de espacios culturales que se clausuraron simplemente por la inaplicabilidad de las normas. Los ámbitos que no pueden satisfacer el cumplimiento de esas normas son aquellos que no forman parte del régimen global de producción *biopolítica*. Dicho régimen se desarrolla a partir de las grandes corporaciones multinacionales de la sociedad del espectáculo y la industria cultural, que en nuestro país se manifiestan por ejemplo a través de los viajes aéreos y de los multicines. Nuestras posibilidades de vida urbana, en la Ciudad de Buenos Aires, no son

congruentes con el régimen de producción *biopolítica*, con sus criterios de riesgo y seguridad, criterios de espectacularidad y prestación de servicios, formas de habitar y transitar la ciudad. En ese punto hay una tasa de ganancia determinada, una cierta concentración económica, una determinada articulación discursiva: cuando uno se sienta en Mc Donald's a comer una hamburguesa, no sólo come la hamburguesa sino que está embebido en una trama institucional con sus signos particulares. Mc Donald's es una de las más poderosas y firmes instituciones del mundo contemporáneo, sobre la cual hay numerosas referencias bibliográficas a propósito de lo que es un modelo social: un modelo de educación juvenil, de promoción de una sociedad meritocrática, un modelo antropológico acerca de las costumbres alimentarias, del uso del tiempo, y de los criterios sobre el riesgo y la seguridad en la ciudad, tanto respecto a un incendio, como a un robo, como al estado de conservación de la comida. Es decir, es un mundo completo que además se inspira en una serie de tradiciones políticas tardías y totalitarias, esto es una interpretación, entre las que podrían estar las juventudes comunistas, las juventudes nazis, y los *boy scouts*. Hay una parodia, una traslación irónica pero con fines muy concretos, de esas prácticas juveniles y culturales, a una configuración meritocrática funcional a la ciudad *biopolítica*. Ese es un lugar educativo, entre sus paredes hay una pedagogía. Cuando los chicos salen de la escuela y entran a Mc Donald's a festejar su cumpleaños o a pasar la tarde del sábado con los padres, ése es el lugar que les está mostrando cuál es el mundo del futuro. El mundo del futuro no está

en la escuela, está en el cumpleaños de Mc Donald's, ése es el lugar que enseña cómo se hace una carrera, cómo se consigue un trabajo, cuáles son las relaciones laborales, cuál es el concepto de basura, qué es lo que se conserva, qué se desecha, qué se come, cómo se instala el marco de una conversación. Tenemos ahí una condición ejemplar que parece funcionar. Cada tanto hay conflictos, alguien muere por una hamburguesa en mal estado y entonces se lo indemniza. Y ese es el punto, ese discurso pedagógico de Mc Donald's es el que establece los criterios de riesgo, las reparaciones respecto a una damnificación, y cuáles son los parámetros normativos y procedimentales de los que se dispone ante cualquier problema que ocurra. Esta dinámica funciona con éxito, dado que hay una enorme inversión cultural política y económica destinada a tal lógica. El problema decisivo respecto de esta lógica es que es ahí donde se produce la riqueza. Entonces, cuando hablamos de institución y política, estamos hablando en términos de cómo se organiza efectivamente la vida común, y de algo que allí sucede y es tomado desde un rango de ejemplaridad. La manera en que esto procede va más allá de si uno concurre o no al lugar, y esto se vio claramente en el momento de la catástrofe social de 2002, cuando miles de personas, durante meses enteros, recorrían la calle para comer de la basura. Es importante no olvidarlo, porque es de allí de donde hemos salido. La idea de una política orientada hacia un futuro tiene que ubicarse respecto de ese momento, un momento en el cual hubo semejante humillación colectiva y daño efectuado sobre miles de personas. Es algo que queda grabado en la memoria, y es curioso que no haya una temati-

zación de la memoria del hambre y la pobreza, de la catástrofe. Estamos saturados de temas de la memoria dentro de los cuales esta cuestión no aparece, y al mismo tiempo, todo lo que ha ocurrido durante estos años remite a ese momento, en el cual se instaló una cierta forma de definir lo *destituyente*.

Cabe aclarar que lo *destituyente* no remite ni se reduce sólo a la institución estatal o política en el sentido constitucional, aunque sea cierto que también abarca esos terrenos. Lo *destituyente* es la disipación de las condiciones efectivas de la existencia colectiva. Y esto requiere una iniciativa favorable a una visión de lo concreto. Que millones de personas pasen de comer a no comer de un día para el otro, sin que haya forma de resolver esa cuestión en lo inmediato, y que tenga que transcurrir un largo tiempo ese acontecimiento terrible, supone la disipación de las condiciones de la existencia. Algo que en otros momentos ocurre sólo en el caso de que se produzca un terremoto o una guerra.

La *destitución* que se produjo no es del gobierno, eso es secundario, los gobiernos constantemente se *instituyen* y *destituyen* de todas las maneras posibles. *Destituyente* es un término que remite a un momento de un proceso: una revolución, por ejemplo la de Mayo, o también los momentos de modificaciones constitucionales que pueden ser *destituyentes* respecto a un orden anterior. Un gesto *destituyente* es, por ejemplo, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, es *destituyente* respecto a una serie de instituciones monopólicas. La *institución* y *destitución* forman parte de la lucha política y social: uno intenta quitar a otro el dominio sobre el colectivo. Pero la persistencia del término, la

cristalización de la palabra *destituyente* remite a una modalidad colectiva que es negativa. Una modalidad destructiva de las condiciones comunes de la existencia. Al no remitir a otro orden de cosas, no es revolucionaria sino de predominio destructivo.

La discusión que se dio en 2001 y 2002 era que el instinto intelectual y político de muchos actores, ante una *destitución*, esperaba algún tipo de cambio. La expectativa que uno tiene frente a un orden cíclico, o que se presenta como alternante, es que cuando cae cierto orden político y jurídico llegue otro orden estatal, político y jurídico.

Respecto a lo *instituyente* es que lo que se presenta como alternativa institucional, en el sentido fuerte de la palabra, consiga modificar las formas de vida colectiva. Pero frente a las formas estatales de la vida colectiva no se eleva otra forma estatal de juridicidad, sino que aparece como alternativa un orden desnudo de producción *biopolítica*.

Hay un poderoso imaginario colectivo en Argentina, instalado durante varios años, y cuya historia habrá que definir. Esta tarea será improbable si antes no logramos despejar ciertas palabras que nos llevan a hablar siempre de otra cosa. Por ejemplo, se habla de la historia de los golpes militares como si fueran *instituyentes*, cuando en realidad lo fueron muy débilmente. Hay un lenguaje de la historiografía y del análisis crítico-político que deja pasar una dimensión esencial de lo ocurrido en la historia argentina. El golpe del 76 fue débilmente *instituyente* de sí mismo, fue un acontecimiento horrendo que produjo efectos terribles, y que no tuvo la capacidad de sostenerse. Desde el punto de vista de la identidad polí-

tica y la configuración discursiva, se sucedían los presidentes uno tras otro sin terminar de configurar una escena estable. Las dictaduras atroces no funcionan así, sino que constituyen e instituyen, establecen discursos, adhesiones, configuraciones estatales e institucionales estables, como fue el caso de Pinochet o tantos otros.

Si uno mira hacia atrás, los golpes militares en Argentina, muchos de ellos han tenido un alto nivel de inconsistencia e incapacidad de darse a sí mismos una superficie de inscripción estable. Esto ocurrió con el onganato, que llegó con unas pretensiones desmesuradas, un ideologismo y una idea de organización que no duró mucho. En ese ciclo de golpes puede

observarse que a los procesos militares les ocurría lo mismo que a las institucionalidades democráticas, las cuales venían siendo acosadas también por movimientos de resistencia. Un rasgo notablemente anómalo con respecto a la dictadura del 76 es que las Madres de Plaza de Mayo aparecieron inmediatamente y empezaron a dar vueltas y cuestionar todo lo que estaba ocurriendo desde el mismísimo principio, e incluso de un modo *ingenuo*, dado que no tenían información de lo que en efecto estaba pasando, simplemente preguntaban dónde estaban sus hijos. Ahí hay algo significativo, haber percibido qué era lo que había del otro lado.

**El discurso de la dictadura se presentaba como benéfico, cristiano, humanista, democratista, no instalaba un régimen autoritario en el mismo sentido de lo que ellos estaban planteando, aunque por supuesto desarrollaron prácticas atroces. No tengo intención de relativizar nada de lo que ocurrió, hechos de lo más horribles, sólo trato de pensar cómo hablamos de eso, y cómo ya se está produciendo una historia reciente respecto de esos acontecimientos que no termina de ser congruente con lo efectivamente acontecido.**



El discurso de la dictadura se presentaba como benéfico, cristiano, humanista, democratista, no instalaba un régimen autoritario en el mismo sentido de lo que ellos estaban planteando, aunque por supuesto desarrollaron prácticas atroces. No tengo intención de relativizar nada de lo que ocurrió, hechos de lo más horribles, sólo trato de pensar cómo hablamos de eso, y cómo ya se está produciendo una historia reciente respecto de esos acontecimientos que no termina de ser congruente con lo efectivamente acontecido.

Alejandro Kaufman

En tanto, lo que ocurría era la instauración en la conciencia colectiva del



régimen de producción *biopolítica*, que a veces recibe la denominación de neoliberalismo, de modo que no representa lo que verdaderamente es. Porque no es una ideología ni una cuestión que pueda resolverse mediante el procedimiento electoral. A ese tipo de institucionalidad, a ese modo de vivir y producir riqueza, de reproducir un orden económico y social, le resulta del todo indistinto lo que suceda en relación con la representación política, dado que tiene su propia forma de “representación política” en el consumo.

Cuando decimos “neoliberalismo”, se nos escapa como arena entre las manos aquello que es necesario decir. Hay instalado en nuestra conciencia colectiva un deseo o anhelo. Ese tipo de impulsos subjetivos son los que determinan la acción colectiva, que en buena parte de las ocasiones se manifiesta de manera pasiva. Por ejemplo, aceptando golpes de Estado neoliberales, injusticias, fenómenos de endeudamiento, etc. Es decir, golpes que creaban las condiciones de mejor desenvolvimiento de un régimen de producción *biopolítica*, de un régimen de consumo y de producción que dejara a buena parte de la población en la indigencia, ignorada frente a la posibilidad de aumentar la tasa de ganancia. Esto sigue estando vigente, y en los procesos estatal-institucionales de tipo democrático, en el sentido jurídico, se manifiesta en fenómenos de apatía, de retracción, de indiferencia y de actitudes *destituyentes*, de contrariedad con cualquier orden vigente, con cualquiera que esté gestionando el Estado. El modo en que se ha producido en Argentina una habilitación para plantear que el político y la política son actores maléficos, perversos, corruptos, que se benefician a sí mismos frente a

toda ocasión, ha sido instalado como una manifestación de ese mismo régimen de producción *biopolítica*. No se manifiesta por la defensa de los ideales jurídico-políticos neoliberales, sino de esta otra manera. Para esto contribuyó la dictadura del 76, también hubo actores mediáticos y estatales que alimentaron un anhelo respecto a cuál es la posibilidad que existe de sustentar la existencia colectiva en este país de una forma más eficaz, anhelo que remite directamente al empresariado.

El capital concentrado es el claro ideal de una amplia parte de nuestra población, e incluso dudaría cuánto cada uno de nosotros somos menos ajenos a esa ideología de lo que solemos creer. Haría esa pregunta, no en un sentido intencional o moral, sino con el objeto de confirmar que aún estamos en un estado embrionario respecto a las perspectivas de pensar sobre este contexto, y de interrogarnos sobre qué es lo que realmente estamos discutiendo. Una de las consecuencias que aparecen es vernos involucrados en un debate sobre la actualidad más inmediata. ¿Cómo nos relacionamos efectivamente con esta discusión?

La crítica que ataca el hecho de que la escena actual no presente ningún proyecto es una crítica verificable en tanto no hay proyecto ni promesa. En ese sentido, uno de los gestos intelectuales y políticos que ha habido en los últimos tiempos ha sido el de valorar las actitudes “realizativas” en el presente, valorar las acciones concretas que producen modificaciones. Frente a esta posición se ha producido una reacción de intensidad opositora inusitada. Una de las cuestiones que es esencial respecto de la conformación del fenómeno llamado kirchnerismo –hoy una

palabra obturadora, estigmatizante, de difícil sustentación–, es que carecemos de un discurso afirmativo sobre lo que está ocurriendo. En rigor, porque lo que está ocurriendo es módico, establece un límite a lo peor que podría ocurrir. Limitar no es poco, ni algo que no valga la pena hacer. Se trata de un gesto político similar a los que han aparecido en la posguerra, hace setenta años. Cualquier discurso proyectual, prometedor, que establezca cualquier tipo de perspectiva más o menos ideal, es inverosímil y, por tanto, la acción política se limita a ciertos logros puntuales. Es lo que pasa con la lucha por los derechos humanos: un discurso que sólo tiene sentido en relación al horror, es decir, la función que cumple el horror en el régimen de producción *biopolítica*. Su consecuencia es reducirnos a un orden minimalista. La vigencia de los derechos humanos de ninguna manera se puede conseguir luchando por los derechos humanos, ni luchando por los derechos humanos se puede lograr la equidad, superar la miseria y el hambre. Los problemas actuales no tienen que ver con los derechos humanos, sino con lo social y lo político en su dimensión más radical. Porque la tortura y la desaparición suponen la supresión de lo social y lo político, es decir, cuando está suprimida la posibilidad de la palabra y la libertad, y lo único mejor que nos puede pasar es que no nos torturen ni nos maten. Ese es un momento donde el espacio de la lucha política se reduce a la demanda puntual para que nos dejen de torturar y asesinar.

Con la lucha contra la pobreza, tal como se plantea en el orden político actual, sucede algo similar. Cuando uno lucha contra la pobreza no está solicitando un mundo utópico, ni

socialista, ni democrático, ni convivencial, sino que está luchando sólo para que la gente deje de morir de hambre, que es el rango del horror en la institucionalidad democrática. La pobreza es un borde dramático y extremo, respecto del cual una lucha es módica, y en definitiva, no es tan sustantivamente diferente que la formulemos en términos socialdemócratas, reformistas, o peronistas, o a la manera caritativa y católica como lo hacen los agro-productores.

Ahora bien, qué es el peronismo, cómo ha actuado en el orden del régimen de producción *biopolítica* y en torno a la vida en común. Por un lado, es módico lo que ha producido: evitar los males

**La manera en que el régimen de producción *biopolítica* nos ha sometido a una condición de dependencia de una serie de circunstancias abstractas y sustentadas por un orden técnico-administrativo —que se está incrementando cada vez más, punto en el que se debería discutir el tema de lo político— es de tal magnitud que va dejando bajo un rango de indiscernibilidad las condiciones subjetivas del deseo, de la voluntad y la autonomía.**

mayores, algo muy similar a lo que hace la lucha por los derechos humanos cuando contribuye a la interrupción de la tortura y la desaparición. Ha logrado dignificar la vida en común, nada menos, pero lejos de una transformación profunda, como bien se sabe.

Quienes hemos mantenido alguna relación con el peronismo, ha sido en forma consecuente con el límite desde el cual se le podía pedir otra cosa. En tanto el peronismo había partido de un piso de dignificación de la vida colectiva, podría ser la referencia para otra cosa. Pero ¿por qué podía este movimiento ser referente de otra cosa más que de sí mismo? Porque suponía un vínculo. Cuando pensamos en las formas efectivas del

vínculo en Argentina, las formas en que se ha producido la subjetividad, en el sentido político, pensamos en el discurso y la práctica que afirmaba que todo aquél que participara en ellos iba a colaborar con una acción dirigida al módico bien. Eso es lo que han tenido en común los distintos momentos del gobierno peronista. Es más que conocida la frase de Perón “no es que seamos tan buenos, sino que los otros son tan malos...”. Definitivamente había una clara conciencia de lo que se estaba haciendo, en un mundo con un futuro imposible, al organizar una forma de vida colectiva que pudiera ascender respecto de un infierno, y pudiera estar adscripta a una condición de mejor habitabilidad o convivencialidad. Es algo que no inflama los espíritus desde una perspectiva idealista ni romántica, no remite a una utopía, pero constituye sustentación de la existencia colectiva, arraigo. Sólo es posible tener una consideración crítica hacia un discurso de esa naturaleza si se prescinde de una posición negativista y destructiva, resentida, y si se admite que la destructividad es una condición esencial de la vida colectiva de esta época, la cual está sometida a un riesgo mortal y apocalíptico radical. Vida colectiva en la cual la trama compleja de los asuntos urbanos y jurídicos que articulan la vida en común se encuentra en constante riesgo de gran dolor y destrucción, inabordable para los sujetos, y que sólo puede ser enfrentado mediante formas procedimentales y administrativas. El administrativismo, que tanto denostamos cuando lo pensamos ideológicamente, no es una mera opción política o cultural; es una condición esencial de la existencia en común. Sin una actitud administrativista no podríamos tomar

agua. La manera en que el régimen de producción *biopolítica* nos ha sometido a una condición de dependencia de una serie de circunstancias abstractas y sustentadas por un orden técnico-administrativo —que se está incrementando cada vez más, punto en el que se debería discutir el tema de lo político— es de tal magnitud que va dejando bajo un rango de indiscernibilidad las condiciones subjetivas del deseo, de la voluntad y la autonomía. Por lo tanto, si esto no es visto como problema, ni tampoco se ve su *inconmensurabilidad* respecto de los discursos de la política, tampoco podrán discernirse cuáles son los límites reales que tienen los discursos de la política para dar cuenta de aquello que proponen. Al mismo tiempo, se ve que los discursos políticos sólo ofrecen un bien menor o un mal menor, un orden de cosas que establezca un límite para aquello que podría suceder. Y lo que podría suceder es catastrófico.

Aquello que se *instituye* no tiene una forma jurídico-política clara, es más bien una trama ligada a las empresas, al mercado, al consumo, a una serie de acontecimientos fluidos, que se trasladan de modo desarraigado, que no necesitan de las poblaciones ni de las instituciones políticas ni de los discursos culturales, aunque pueden articularse con todos ellos, permeándolos de maneras transversales y fluctuantes.

En estos días transitamos la discusión sobre la ley de los medios de comunicación. Dicha ley lo único que puede hacer es *destituir* a una forma de poder, que es *Clarín* y todas sus demás extensiones, articulaciones y semejantes. Pero sobre el futuro no puede decirnos mucho, porque efectivamente, a pesar de la desarticulación de *Clarín*, más adelante habrá otros monopolios que

no estén inscritos en lo que permite o deja de permitir una ley, sino en las condiciones técnicas y administrativas por las cuales se produce la sustentabilidad del vínculo colectivo. Y esto es ineludible, mucho más si no se percibe su gravitación. No estamos sumidos en la impotencia, ni todo da lo mismo, pero cualquiera de las variables que se presenten posee muy corto alcance y poca capacidad de prever lo que va a ocurrir. Porque la iniciativa de lo que va a ocurrir no reside en las estructuras jurídico-políticas, ni en el sujeto colectivo, sino en el régimen de producción *biopolítica*. Régimen estrechamente vinculado con el capital y con las condiciones a partir de las cuales es posible producir innovación, crear formas para la vida en común, que se vuelven ineludibles, ineluctables e inmodificables. Uno puede ejercer una contracultura o una crítica contra esos fenómenos; puede también resistirse, o ejercer contraposiciones, pero para ello se precisa un debate sobre qué es lo que está ocurriendo.

Entonces, desde hace varios años, tenemos un panorama de sujetos atrapados dentro de lo que se supone que es el discurso jurídico-político, que proceden por medio de la discursividad proyectual y prometedora. Discursos imposibles de argumentar y sostener en forma práctica y que operan sólo para tranquilizar conciencias que no desean verse involucradas con las estigmatizaciones.

El modelo neoliberal, agrario-emprearial y socialmente organizado por formas existenciales, no se articula con estructuras jurídico-políticas a causa de falencias o por falta de imaginación, sino simplemente porque no existe una lógica de esos devenires económico-políticos que la demanden. No hay

*interés* en constituir este tipo de estructuración, en el sentido más sustancial y estratégico del término. Al contrario, los actores que se ven beneficiados por otras entidades políticas que definen su existencia, la sostienen a lo largo de décadas —como es el caso del peronismo y el radicalismo, dos palabras que son muy poco útiles para pensar la Argentina actual. En lugar de peronismo tendríamos que decir: imaginario colectivo alrededor de la equidad y la justicia social; y en lugar de radicalismo: imaginario colectivo alrededor del acceso gratuito y universal al saber o a la profesionalidad. Se trata de dos modalidades altamente consistentes, o estrictamente hablando, de verdaderas instituciones del país. Si alguien quiere destruir la educación pública, no puede hacerlo, para ello debería matar o encarcelar con brutalidad a centenares de personas. Un ministro cayó en dos días por su intento de denigrar el régimen universitario y educativo.

La pregunta por la institución es ¿dónde está el poder, dónde está aquella fuerza que nos impide modificar una determinada circunstancia o nos establece un límite? En el caso de la educación pública hay un límite decisivo. La educación es una demanda tan clara y establecida, que diversas comunidades, como por ejemplo las confesionales que establecen articulaciones con la educación pública, o cualquier otro actor, no necesitan hacer demasiado para disponer de una estructura educativa proliferante, dado que ya se posee una trama ideológica y procedimental sobre la cual instalarse. Nosotros crecemos, nos constituimos como sujetos en relación con ese proyecto, y lo mismo ocurre con la experiencia de los trabajadores y el ámbito social. Esas son las más claras instituciones en

Argentina, y también lo son aquellas que desisten de cualquier interés por la legitimidad o sustentabilidad de lo jurídico-político a favor del auge de la privatización.

Hay una creencia bastante generalizada, implícita, acerca de que podría no haber institución jurídica o política, sino más bien sólo una suerte de estamento corporativo-administrativo que regulara y gestionara los asuntos, y que sobre todo se ocupara de la seguridad simbolizada en la reja y la aplicación de la pena de muerte sobre los pobres. La misma lógica sobre la que se aplicó el *country*, el *shopping*, la lógica de una ciudad consumista que se vuelve indiferente a las instituciones jurídico-políticas.

Dentro de la discusión intelectual y política, los promotores de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual han (hemos) actuado en el sentido de intervenir en el presente con el objeto de establecer límites respecto de lo que puede ocurrir, y con eso se han (¿nos hemos?) conformado. Debido a una experiencia trágica, brutal y dolorosa de la que somos sobrevivientes, se ha instalado el uso de una serie de símbolos y lenguajes en relación a un presente respecto del cual se intuye que lo mejor que se puede hacer es establecer límites en relación a lo peor que podría ocurrir. Por eso es módico, mediocre, imperfecto, y los intelectuales que se expresan (nos expresamos) en forma adherente tampoco pretenden (pretendemos) proyectar el futuro. Ésta es precisamente una de las críticas de las que el colectivo de la Carta abierta ha sido objeto desde sectores del progresismo. Por eso también es difícil la crítica, porque tampoco ella es muy relevante ni importa demasiado. La crítica

termina siendo enunciada como una cuestión moral, porque en el fondo nadie sabe cómo podrían modificarse aquellas cosas con las que no estamos de acuerdo. Hay una condición ineluctable, de tal nivel de impermeabilidad a la intervención, que todo lo que se pueda hacer desde la política es una acción de salvamento, de derechos humanos, de tipo humanitario: que no haya tanta violencia, ni tanta crueldad, ni tanta injusticia, ni tantos pobres. Es algo muy cristiano, y no está mal que sea así, pero habría que reivindicarlo de manera más explícita para desenvolver una crítica mejor definida contra los falsos cristianos que hay en esta época: aquellos que se denominan como tales y reivindican la realidad, y los que no se reivindican como tales y se hacen llamar de izquierda pero razonan en rigor de la misma manera moralista.

Toda discusión política sobre la Ciudad de Buenos Aires no debería hacer omisión de la aglutinación demográfica, el principal tema de fondo. Sin la resolución de este tema, no hay una salida deseable respecto a este colectivo que formamos a la vera del Río de la Plata. No hay forma de resolver el problema habitacional de la ciudad, si no se desaglutina el fenómeno demográfico de Argentina. Esto lo sabe la derecha y ante ello actúa represivamente, y el progresismo intenta atenuarlo, pero respecto de su propio discurso se vuelve inconsecuente.

Estamos frente a un problema de lenguaje, y las “cartas abiertas” han hecho una propuesta efectiva sobre el lenguaje, pero queda todavía mucho por hacer si quieren ser sometidas a un análisis por fuera de lo que han significado como acciones políticas concretas. Su valor no consiste en haber produ-

cido cambios relacionados con lo que enunciaron, sino en haber formulado un actitud de prestigio moral, intelectual y cultural a favor de algo que fue denostado con odio e injusticia. Atravesamos un contexto de coacción, establecido por una forma literaria que desciende desde el periodismo y los grandes medios de comunicación, una forma racista y estigmatizadora, que postula como “negros” a aquellos que se posicionan en una política *populista*. En el terreno del acuerdo y del consenso no hay interlocución posible respecto de la protección del sector más marginado de la población. Para ello no hay disponibles opciones que prescindan de la abnegación y la esperanza, a pesar de todo.

(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.

(\*\*) Para una reformulación y ampliación de lo aquí expuesto, cfr.: “Políticas para un futuro imposible”, *Pensamiento de los confines* N° 25, Buenos Aires, noviembre de 2009; “Expectativa de una inquietud política”, *Nombres* N° 24, Córdoba, 2010; “¿Reparar el mundo? Notas sobre la supervivencia”, *Pensamiento de los confines* N° 26, Buenos Aires, 2010.

## Imágenes y memoria

*Lo sabemos, pues frecuentemente nos ha sido advertido: la lectura de la historia resulta productiva cuando se la emprende desde las exigencias del presente. Bajo esta sentencia, tan cara a la tradi-*

*ción de la crítica, solemos pensar las facultades de la memoria. Ella procede por selección arbitraria de las imágenes del pasado. Recordar es también olvidar. Pero, ¿qué ocurre cuando esas imágenes fijan nuestra percepción de los sucesos acaecidos, cristalizando íconos que retornan como estereotipos? ¿Cuándo podemos determinar efectivamente que el presente es soberano sobre el pasado y puede escoger en él nuevas fuentes de inspiración? ¿Cuándo logra recordar la memoria y cuándo se pierde en un ejercicio de mera reiteración conmemorativa? Rara vez nos encontramos con la sensación de estar siendo parte de la historia, y cuando lo hacemos, experimentamos la felicidad inédita de sentirnos protagonistas de una época e intérpretes de fuerzas pretéritas subterráneas. Son circunstancias de convulsiones personales y colectivas, en las que nace un nuevo calendario que difumina las secuencias temporales. Pero tales instantes sublimes brotan efímeros sin que logremos afirmar todo su potencial. En un ciclo donde el recuerdo se impone como obligación, resulta fundamental reabrir una “imaginación creadora” capaz de recobrar la osadía de ensayar nuevas posibilidades de vida.*

*Los artículos que presentamos aquí, cada uno a su manera, retoman la hebra de estas intuiciones. Como si fueran incisivas dagas del pensamiento que se introducen en los aspectos más hondos y enigmáticos de nuestro ser actual.*

*La distancia entre el tiempo histórico y el tiempo de la experiencia personal resulta inconmensurable. ¿Cómo saldar esa distancia y fundir la propia vida en el flujo de la historia? No es posible ensayar una respuesta certera a este interrogante sin abordar los fundamentos mitológicos más profundos que nos vienen dados. Como sugiere León Rozitchner, la Ley paterna, el cristianismo y el capitalismo financiero forman una tríada que borra la materialidad afectiva originaria.*

*Héctor Schmucler parte de preocupaciones parecidas: no podrá percibirse críticamente el pasado si no se pone en juego la propia sensibilidad en esa búsqueda. Sólo así, recuperando la fragilidad de la experiencia personal, es posible aventurar nuevos sentidos para una memoria que se nos ofrece como espectáculo.*

*David Oubiña piensa las imágenes con las que se construye la memoria. Ellas se erigen como el fondo en el que una nación se percibe a sí misma. Sin embargo, el cine no pudo resolver su vínculo con el horror. ¿Cómo mostrar su relación con aquello inenarrable? Luego de los campos de exterminio este dilema permanece abierto; también para el cine argentino en su desafío por narrar los crímenes de la dictadura.*

*Horacio González, finalmente, parte de la pregunta sobre cómo la historia puede pensarse a sí misma. Si ella se refiere a un conjunto de textos que pueden considerarse fundadores, no menos cierto es que esos textos se ven compelidos a ocultar la violencia de origen con la que se crea todo Estado. El Plan de operaciones de Mariano Moreno, y la discusión que suscitó respecto a su autoría, nos proporcionan un documento emblemático de esta tensión entre la historia y sus formas de escritura.*



# Celebrar el segundo Centenario<sup>(\*)</sup>

*Por León Rozitchner*

¿Qué se conmemora cuando se habla del Bicentenario? ¿A qué alude esa palabra, tan evidente y a la vez tan encubridora? ¿Es ésta una fecha que nos interpela o, por el contrario, se presenta como una celebración formal y ajena a nuestra experiencia cotidiana?

León Rozitchner propone abordar estas preguntas bajo el supuesto de que en ellas hay un conflicto más hondo que yace excluido de las consideraciones más habituales: la existencia de una temporalidad de la historia (el tiempo abstracto, teológico, estatal y de la razón moderna occidental) y un tiempo vivido (afectivo, imaginario, simbólico, arcaico y corporal). Estas dos dimensiones del tiempo, su faz mórbida y cronológica y su reverso vivo, son inconmensurables. Sólo en fugaces y extrañas ocasiones ambas logran fusionarse en un tiempo único, el tiempo revolucionario, que funda un nuevo calendario haciendo vivir toda la historia de la humanidad en ese acontecimiento. De eso se trata, entonces, el desafío: hacer propio el tiempo de la historia. Y esta exigencia precisa desmontar todas las formas de sujeción que se remontan al fundamento originario de la vida: la imposición de la Ley patriarcal, la mitología cristiana y el capitalismo dinerario. Todos estos modos someten la existencia sin-tiempo de la infancia ligada al cuerpo materno.

En el artículo que entregamos aquí se condensan reflexiones que recuperan la cualidad más incisiva de la filosofía: su capacidad crítica de hundir las raíces del pensamiento en los núcleos más profundos de nuestro ser para restituir un cuerpo colectivo despojado del terror y la sumisión.

Hablar sobre el Bicentenario lleva a preguntarnos por la distancia que el tiempo nos plantea en el campo político. Para poder acercarme un poco más prefiero hablar del Centenario, es decir de la última parte del Bicentenario, esa que de alguna manera nos incluye al mismo tiempo a todos los argentinos en el tiempo de la historia.

Uno se pregunta qué pasa con este festejo al cual el Estado nos convoca, la invitación a celebrar el Bicentenario de la independencia respecto a España, y el inicio de una aventura que se llama la Nación Argentina, en esta fracción terrestre que nosotros consideramos como patria.

Centenario es una cifra, evoca cien años. Siempre la medida del tiempo está dada desde la temporalidad vivida, en este caso también humana, por más que la abstracción numérica la convierta en “objetiva” y se olvide del espacio: como si el tiempo fuera puramente tiempo. Pero uno se pregunta: ¿qué nos pasa con la proximidad consciente pero vivenciada al Bicentenario, del que nos sentimos tan distantes? ¿Esto a lo que el Estado nos convoca tiene realmente resonancia, penetra en mí como algo que integre ese tiempo que, como se dice, “me es propio”, en el tiempo de su historia? Participar y celebrar, de eso se trata. Por lo que uno percibe esta resonancia social no es muy intensa, y más bien entra a formar parte de una especie de formalismo de la evocación respecto a ciertos acontecimientos que sucedieron hace 200 años. Así evocado ese acontecimiento revolucionario no afecta ni condiciona mi memoria. Y puesto que nos convoca al cumplir doscientos años, intentaría tratar de entender qué es lo que nos ha pasado después de que ese hecho

que conmemoramos sucediera, y para volver a darle vida borrar esa distancia en nuestro presente.

Ese acontecimiento, sin embargo, se sigue sucediendo incesantemente puesto que ha determinado desde allí el nacimiento de la nación, y el nuestro dentro de ella, y es aquello que nos lleva a pensar el problema del tiempo. Hablo del tiempo en este sentido: el compromiso del tiempo personal vivido, amojonado entre el nacimiento y la muerte, y la repercusión que ese cuerpo siente respecto del tiempo histórico del Centenario. Todo tiempo es tiempo sentido, el que funda la memoria. ¿A qué me convoca el Centenario, qué es lo que repercute de ese tiempo en mí tiempo, es decir en mi memoria? La memoria nos convoca puesto que es ella la que retiene el devenir del tiempo.

Como dije antes, el Centenario es ante todo una medida del tiempo histórico. El tiempo de la historia, si debo sentirlo para compartirlo, se confunde y se funde al principio con el propio nacimiento; pero nuestro nacimiento no es al principio el nacimiento al tiempo de la historia. El tiempo de la historia todavía no existe para el niño aunque hemos nacido en una “época” histórica: el niño vive en el sin-tiempo. El sentimiento del tiempo se abre poco a poco desde que uno nace, el tiempo anterior a nuestra existencia aparecerá sólo cuando lo pensamos, y entonces ese pasado nos es ajeno: aparece como un tiempo remoto. Es gris y penumbroso, tiempo muerto: el tiempo vivo vive del que nosotros le prestamos con nuestro cuerpo desde que nacemos. Al principio el tiempo entonces tampoco pertenece al tiempo abstracto de los festejos patrios, que nos es completamente externo. Éste se mide por

decenas de años, centenas sobre todo (centenarios, siglos) y después milenios: un tiempo irreductible por lo distante de nuestra experiencia, tanto que ni siquiera podemos imaginarlo. El tiempo vivido se resiste a incluirse en el tiempo pasado como si le fuera heterogéneo.

**Si queremos salvarnos imaginariamente de la muerte debemos conservar intacta y separada la experiencia del sin-tiempo arcaico, cuando para el recién nacido el tiempo no existía y era a su manera “eterno”, pero para mantenerlo y reafirmarlo en el tiempo fugaz de la vida finita que la muerte devora. Para poder creer ya adultos que somos eternos nos debe acompañar el sentimiento arcaico del sin-tiempo, como si el final de la vida nos estuviera esperando convertido en tiempo infinito.**

Esto se explica si comprendemos que la estructura del sujeto está constituida por estratos que pueden actualizarse siguiendo el derrotero de su propio desarrollo, o en cambio puede vivirse cada uno separado de los otros, o afirmados al mismo tiempo pese a moverse cada uno de ellos en tiempos distintos.

Cada tiempo —el arcaico, el afectivo, el imaginario, el simbólico— conserva siempre la marca de su origen y corresponde a experiencias distintas en la medida en que prolongan o se distancian del cuerpo.

### **Dos tiempos simultáneos y opuestos**

Al principio hay entonces dos tiempos, sin común medida: el tiempo de la historia y el tiempo propio vivido. La historia nos es ex-tempo-ránea. Y de algún modo es como si esta medida del tiempo reclamara la aproximación de los sujetos al tiempo de la historia, porque también participamos de una fracción de ese tiempo que nos incluye, y que incluye necesariamente

a aquellos que nos antecedieron. Ese tiempo pasado se aprende por lo que nos cuentan o nos imaginamos en las personas o en las cosas que vemos. Hay que expandir el sentir del cuerpo para sentirlo en nuestro cuerpo. Sólo mucho más adelante, en momentos destellantes y efímeros, ambos tiempos confluyen y se funden en uno: es el acontecimiento “revolucionario” donde el tiempo individual y el tiempo social se unifican poniendo en juego simultáneamente todos los estratos. Por eso san Agustín nos dice del tiempo: *“si nadie me pregunta lo sé, pero si trato de explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé”* (Conf. xi, 14). Cuando no lo pienso sí lo sé; cuando lo pienso, no lo sé. Son dos tiempos y dos vivencias distintas del tiempo, tajantemente separadas: uno sin conciencia, con el afecto originario y absoluto de la infancia arcaica, otro con el concepto que abre en la conciencia el puro pensamiento. Porque si hay dos tiempos, y están tajantemente separados, entonces puede haber dos muertes: la finita del cuerpo, la infinita del alma. Dios, intemporal e infinito como Agustín lo siente, está dentro de uno puesto que convirtió al dios trascendente judío en dios inmanente cristiano y le dio como residencia el lugar interno de la madre, ocupando su espacio al desplazarla. Y así el sin-tiempo arcaico del acogimiento sensible vivido con la madre se convierte en tiempo patriarcal abstracto, infinito y divino. Entonces el tiempo finito de la historia humana queda como un momento fugaz e insensato del tránsito de lo infinito a lo infinito. Es la promesa realizada de la bienaventuranza salvadora que nos promete el santo si nos hacemos cristianos.

A partir de aquí uno vuelve a interrogarse sobre la proximidad del tiempo sensible cuya cercanía buscamos. Hay tiempos que asustan, por ejemplo el que Pascal tenía presente cuando de pronto, mirando al cielo y las estrellas exclamaba angustiada: *“los espacios infinitos me aterran”*. Los espacios infinitos nos revelan el tiempo infinito, la esencia temporal de su existencia espacial: la unidad indisoluble e insuperable del tiempo y del espacio, del cuerpo y del pensamiento. Esto es lo que aterra: cuando el tiempo infinito pensado nos penetra hasta el estrato más sensible y finito del cuerpo y sentimos que somos mortales. Y como ya sabemos, la apuesta pascaliana no afecta al sentimiento: sólo se debate en el estrato del cálculo abstracto. No es para menos, porque ese espacio infinito también es medible bajo medidas humanas finitas. Cuando se habla de años luz, se está hablando de años, de medidas del tiempo de la vida humana con la cual se trata de comprender las dimensiones cósmicas para, de alguna manera, hacer que la carne sienta lo infinito, incluirlo en la propia perspectiva subjetiva abriendo un sentimiento para que el tiempo infinito tenga que ver con el tiempo finito de la propia vida. Que lo logre o no, todo depende del contacto que mantengan entre sí los distintos estratos: de las escisiones que vive el sujeto.

Si queremos salvarnos imaginariamente de la muerte debemos conservar intacta y separada la experiencia del sin-tiempo arcaico, cuando para el recién nacido el tiempo no existía y era a su manera “eterno”, pero para mantenerlo y reafirmarlo en el tiempo fugaz de la vida finita que la muerte devora. Para poder creer ya adultos que somos eternos nos debe acompañar el senti-

miento arcaico del sin-tiempo, como si el final de la vida nos estuviera esperando convertido en tiempo infinito. Al decir años-luz, aunque evidentemente es inconmensurable e infinita la relación que señala con el tiempo humano, estamos igualmente implicados en esa temporalidad infinita, pero al menos nos permite distanciarla y convertirla en abstracta: el tiempo científico es un tiempo insensible. Pero eso no les pasa a los astronautas que en sus naves espaciales, atentos sólo al cálculo abstracto, están profesionalmente comprometidos sólo en el tiempo abstracto finito, anodinamente apasionado de un partido de fútbol que la TV les acerca mientras navegan en los espacios infinitos: “dos tiempos” de 45 minutos cada uno. Borran la distancia que separa al tiempo finito del tiempo infinito. El tiempo científico congela el tiempo finito de nuestra propia vida sin permitir que se prolongue y se verifique en el mundo humano ese tiempo absoluto, el sin tiempo de nuestra prematuración arcaica: Dios por un lado, la ciencia por el otro. Y justamente, por formar parte nuestro tiempo finito de esa temporalidad infinita es posible que un Lévi-Strauss pueda decir —para horror y consuelo de un destino del que nadie está a salvo— que la Tierra comenzó sin nosotros,

**Frente a esa inconmensurabilidad del tiempo infinito, la vida que fue separada del cuerpo, la distancia mayor que con él así abrimos hace que el instante de la propia vida en su fugacidad sea también impensable. Pero si postulamos que nosotros también formamos parte de un tiempo homogéneo con el del Centenario que conmemoramos, es porque queremos, a diferencia de Hegel, donde el movimiento —el tiempo— que ponía en juego la dialéctica del Ser y la Nada venía desde afuera, afirmamos en cambio un tiempo que viene desde adentro de nuestra propia experiencia del cuerpo.**

y va a terminar sin nosotros. Algunos entienden entonces que el tiempo de “la estructura”, por ser tan abstracto, escapa al círculo de la dialéctica hegeliana: se convierte en un tiempo lineal nuevamente donde lo infinito está tanto atrás, en el origen, y que lo encontraremos en el término de la vida humana:

**Por lo tanto, esta convocatoria que celebra el Bicentenario de la independencia argentina plantea un desafío: que esta distancia se acorte y se aproxime, para que deje de ser un cómputo cuantitativo que me lleve a equiparar la medida de mi vida con un siglo y concebir mi tiempo vital como fracción substancial del tiempo de la historia, comprendiendo entonces que el sujeto forma parte de ese tiempo. Que tenemos corporal y temporalmente su propia substancia. Y que ese sujeto disminuido y humillado que es uno pueda aspirar a ser núcleo donde se debate la verdad histórica.**

en el sujeto, como soporte de determinaciones externas, nunca coinciden en el mismo momento, y entonces lo infinito nunca puede afectarnos. Sabemos del tiempo, pero no lo sentimos. El falso infinito de la linealidad del tiempo abstracto vence a la circularidad donde lo finito y lo infinito del saber absoluto hegeliano se conciliaban en la conciencia

abstracta de cada sujeto como un saber sin sentimiento. O más bien que venció, “superó” al sentimiento: el saber racional de la conciencia subjetiva coincide con la razón de la Idea.

Frente a esa inconmensurabilidad del tiempo infinito, la vida que fue separada del cuerpo, la distancia mayor que con él así abrimos hace que el instante de la propia vida en su fugacidad sea también impensable. Pero si postulamos que nosotros también formamos parte de un tiempo homogéneo con el del Centenario que recordamos, es porque queremos, a diferencia de Hegel, donde el movimiento –el

tiempo– que ponía en juego la dialéctica del Ser y la Nada venía desde afuera, afirmamos en cambio un tiempo que viene desde adentro de nuestra propia experiencia del cuerpo.

### **Apropiarnos del tiempo de la historia**

Incluir nuestro tiempo individual en el tiempo social es una difícil tarea que nadie nos enseña. Para lograr aproximarse y hacer propio el tiempo de la historia en el tiempo personal uno, en algún momento, acudió también a ciertas astucias imaginarias que nos acercan a comprender y hacer que esa temporalidad se imbrique en la propia vida. Por ejemplo, cuando Osvaldo Bayer me contaba que su abuela había muerto a los cien años, de pronto se me ocurrió pensar que entonces del Bicentenario de nuestra Independencia nos separan sólo dos unidades de “abuela de Bayer”. Es decir, son nada más que dos vidas completas, a las cuales con el desarrollo de la medicina hoy podemos aspirar casi todos a una. Pero al mismo tiempo revela una continuidad material del tiempo de las generaciones que se van (nos van) sucediendo: yo hijo y tú padre, tu madre es mi abuela, y la madre de tu abuela es mi bisabuela, y así etc.) Los cuerpos que se unen engendran la materia del tiempo. Yo mismo podría decir que dentro de poco tiempo podría llegar a ocupar con mi propia vida un centenario de la vida histórica. Aquí, evidentemente, la relación con la historia y su decurso deja de ser paralela: produce una aproximación un tanto inquietante. Y si reflexionamos con esa unidad de medida “abuela de Bayer”, podemos pensar que de la conquista de América nos separan

sólo cinco vidas de “abuela de Bayer”. Pensemos lo que Marx decía: todos los cuerpos humanos, cada uno de nosotros, tenemos un cuerpo común que es la Naturaleza. ¿La historia es un tiempo homogéneo con el tiempo del decurso del sujeto, tienen ambos una misma substancia? La conquista de América se aproxima de este modo también a nosotros, y esa cercanía nos permite comprender que somos contemporáneos de la historia pasada y hacer que en un punto, en el de nuestra propia vida, ambas coincidan. Y justamente esta búsqueda de la contemporaneidad de la historia pasada hace que el tiempo de la historia se aproxime. Quizá hasta nos desafíe a ser un poco partícipes de ella, sobre todo teniendo presente algo mucho más magno, el hecho de que nos separan nada más que veinte vidas de “abuela de Bayer” del advenimiento del cristianismo y de la cultura cristiana: esa historia donde el tiempo finito se hizo tiempo infinito, pero sin espacio. La historia puede anclar en la experiencia del cuerpo: de cierta manera somos sus contemporáneos. Eso es lo que a uno le ha permitido atreverse a tomar a un autor como San Agustín, y discutir mano a mano con él aunque nos separen 1700 años, como si fuera nuestro contemporáneo, perdiendo esa desmesura de la grandeza que marca la distancia de los siglos, de tan separados que estamos.

### **Un intento de aproximar la historia a los cuerpos ciudadanos**

Por lo tanto, esta convocatoria que celebra el Bicentenario de la independencia argentina plantea un desafío: que esta distancia se acorte y se aproxime, para que deje de ser un

cómputo cuantitativo que me lleve a equiparar la medida de mi vida con un siglo y concebir mi tiempo vital como fracción substancial del tiempo de la historia, comprendiendo entonces que el sujeto forma parte de ese tiempo. Que tenemos corporal y temporalmente su propia substancia. Y que ese sujeto disminuido y humillado que es uno pueda aspirar a ser núcleo donde se debate la verdad histórica.

Hasta acá todo es bastante simple y evidente. Lo que trato de explicarme es: ¿cómo hacer para mostrar que el tiempo de la historia, en el grano menudo que ella va desarrollando, está presente corporalmente también en mí? Tratar de pensar esa distancia que estamos viviendo muchos de nosotros, y que relega la celebración al ámbito de los colegios donde se canta el himno patrio, o las ceremonias del Estado y desfiles militares cuando el calendario las tiñe de rojo. ¿No será necesario reflexionar un poco más para tratar de pensarnos con el tiempo de la historia, para pensar que el tiempo histórico adviene como condición de nuestra propia vida?

Heidegger escribió *Ser y tiempo*. Esa frase señala una distancia que coloca por un lado al Ser y por otro lado al Tiempo, aunque nos diga que es para franquearla y tender un puente. Pero el problema es que somos por esencia espiritual seres temporales y, por lo tanto, tenemos que tratar de que esa “y” no represente distanciamiento sino inclusión pese a la distancia. Porque esa distancia es segunda pero no primera: hay dos tiempos en el tiempo y ambos son históricos. Somos seres temporales y en ese sentido participamos de una temporalidad particular que es desde el comienzo la del espacio temporal de la historia. Por lo tanto, esta temporalidad

es distinta a las otras temporalidades que podemos juzgar, que se producen y suceden en los múltiples modos –físico, biológico– del tiempo del mundo: tiempos simultáneos.

El animal no sabe que va a morir, no sabe del tiempo y, como diría Borges, es inmortal: el tiempo no aparece para él como una condición que limitaría su acción y su vida. Borges cree que el animal “no sabe” que muere (como si no lo sintiera). Y en ese sentido, uno piensa también: ¿no hay formas de inclusión del tiempo que en vez de abrir el tiempo –el hecho de que el hombre, por una especie de misterio–, tiene un tiempo finito que le ha sido dado por vivir– en realidad lo cierra? Efectivamente, es realmente un misterio que haya una porción de materia dentro de esa infinitud o inconmensurabilidad que abarca lo que denominamos cosmos; y que aparezca en este planeta, fracción minúscula de toda esa inmensidad, una porción de esa materia que sea “yo mismo”, esa materia animada por la vida en un cuerpo, el mío, que puede decir “yo”. Este lugar del “yo” inaugura la posibilidad de incluir el tiempo desde una dimensión más honda, que no está presente en aquella proposición cuasi abstracta que nos hace el Estado, el cual habla de un tiempo que dudo que corresponda a la temporalidad que cada uno vive íntimamente como vida propia. Pero es igualmente cierto que uno en tanto sujeto está múltiplemente determinado, y es relativo a la historia, y por lo tanto relativo también al Estado.

### ¿Dónde se origina el tiempo?

En ese sentido, uno se pregunta: ¿cuál es entonces el origen de esta tempo-

ralidad?, ¿cómo temporalizar nuestra propia subjetividad, nuestra propia corporalidad, como para sentirnos más partícipes del tiempo de la historia? Porque las distancias siguen sobrealagándose en las formas que el Estado regula nuestra relación con la historia. La historia de la independencia que uno ha escuchado, leído o aprendido en la escuela, señala más bien la apertura de una distancia incolmable. Frente a los hombres que realizaron la hazaña el ciudadano entra en una relación de reverencia, y por lo tanto de separación humillada. La gloria inmortal de los grandes patriotas convierte en esplendor divino todo lo que toca.

Uno continúa preguntándose: ¿cómo llega el tiempo a poder constituirse como tal, puesto que sabemos que el tiempo en su origen es subjetivo, y que nosotros somos su medida? Las varas del cuerpo no son como las varas del lienzo que la lógica del intercambio de mercancías remite al equivalente general: ninguna vida humana equivale a algo, y no por no ser nada sino por ser alguien. El niño nace sin conciencia del tiempo, el niño es *en* el tiempo, y más todavía, dado que no hay conciencia de ese tiempo y en su primera etapa está en confusión, en unidad y simbiosis con lo materno: vive a su manera un tiempo glorioso y absoluto con el cual se confunde. Se funda al con-fundirse con la madre. Vive una vida que ha sido llamada después como “la vida feliz”, la vida a la cual todos los autores que hablan del futuro se refieren como Paraíso perdido: el primer presente que será la medida sentida de todo futuro. Es decir, hay un lugar en que el sin-tiempo inaugura la propia vida en nuestro ser; una pre-maturación que es propia del hombre dentro de las inmensas espe-

cies de animales y que hace que viva intensamente algo que no corresponderá luego al tiempo “objetivo” de la realidad adulta, y que sin embargo va a ser determinante para todo el resto de su vida, esa que luego será computable en segundos, minutos, horas, años y hasta siglos. El niño está fuera del tiempo en el tiempo. El fundamento del tiempo humano es la des-mesura.

### La vida feliz

Nosotros nacemos al tiempo desde el sin-tiempo. Porque esta figura primera donde formamos una unidad con la madre es una unidad autosuficiente, donde el acogimiento ensoñado materno, tanto para el niño como para ella, no requería de ningún intercambio determinado por las leyes del valor o por las leyes del Estado. Simplemente es una unidad que se realiza por el hecho mismo del estar el uno formando parte todavía del otro, separándose en el espacio del otro donde se había gestado y al que sigue unido, en un nivel de tal cercanía que resulta ser el más heterogéneo y distante que podamos sentir y pensar respecto del tiempo del hombre adulto frente a las condiciones del Estado, de la política, y de la historia.

Por eso esta etapa primera es presentada, aun por aquellos autores que relegan lo materno, como la “vida feliz”, el “paraíso perdido” originario. San Agustín sostenía que todos los hombres, antes de ingresar en la memoria que está como fundamento de la vida, en el origen, hemos tenido una vida feliz; y aun Marx añoraba *“la atracción eterna del momento que no volverá nunca más”*, refiriéndose en este caso a los niños y hombres de

Grecia, ya que los griegos eran niños normales, a diferencia de los nuestros. Hay en estos autores una referencia a la niñez que está marcada con letra indeleble, y al mismo tiempo se encuentra encubierta: un mundo feliz anterior a este mundo que buscan a tientas. Pero no van a encontrar a ningún filósofo racionalista que plantee el lugar de lo materno como el origen de la inolvidable felicidad histórica del hombre. Por el contrario, un Lacan llega a decir en sus primeros trabajos que la lactancia es un estado “natural” que vive la madre con el hijo, y que la historia y la cultura que allí desaparece se inicia para el infante luego del destete: con el comienzo del estadio del espejo y el cuerpo hecho pedazos: *“morcelé”*, para decirlo en lengua franca.

Es muy extraño todo esto. Hay un intento de relegar lo materno y no ver que también es histórico desde el comienzo de la gestación misma y que esa existencia sin-tiempo va a permanecer para siempre, pero sin conciencia, como su fundamento imborrable. En rigor, podríamos seguir diciendo: si éste es el comienzo que se nos ofrece como derrotero en el campo de la historia a través del Estado (y del mito religioso que lo acompaña), ¿qué es lo que tuvo que pasar para que ese momento originario haya quedado como insignificante, sin palabras, pese a ser la madre la primera en enseñarlas? Porque, como sabemos, la reflexión teo-filosófica comienza con el Verbo, y eso es el comienzo del cristianismo: el Verbo inserta el espíritu en el cuerpo natural del hombre, la lengua materna que crea las primeras significaciones sonoras no existe. El pensamiento sólo nace con el Verbo, que es siempre del padre. Por lo tanto, hay simultáneamente una



separación entre una historia temporal sin-tiempo que el niño vive como momento absoluto, previo al tiempo que va a ir madurando en la prematuración de su cuerpo, y hay una historia temporal con-tiempo (puesto que es social y adulta la historia que la madre vive con el hijo). El primer tiempo es el que se inicia con el nacimiento en el hijo; el segundo tiempo es el que simultáneamente la madre prolonga el tiempo de las generaciones anteriores en su propia historia.

### La lengua materna

El “éxtasis” del tiempo que la madre vive con el niño es actualidad pura, no se abre en los tres éxtasis del tiempo —presente, pasado y futuro— de la fenomenología. De todos modos, aunque la madre sea el lugar de ese acogimiento primero donde el tiempo sólo existe como “duración” y no como “tiempo” contable, sin embargo ese momento

**El problema aparece cuando nos preguntamos por qué la lengua materna, ésta que es el lugar que podemos pensar como originario de aquello que luego se convertirá en palabra, no es rescatado como lo que está en el origen de la cultura, puesto que cuando la madre habla con el niño lo hace sobre fondo de un lenguaje ya constituido que tiene muchos milenios de historia humana pasada, evocada en los gorjeos primeros de la invención de las lenguas.**

va a ser determinante para el desarrollo de la vida del niño en el cual se abrirá su propio tiempo para cuando sea grande. Por ejemplo, en las culturas patriarcales como es la nuestra el advenimiento del lenguaje no tiene génesis histórica que lo haya creado. El lenguaje es aquello que hace que el hombre sea hombre, por lo tanto no sería producto de la creación humana,

se dice, porque la lengua aún no existiría como tampoco el hombre que la hable para poder crearla. El nacimiento del hombre y el nacimiento de la lengua son simultáneos: un círculo sin entrada ni salida. A lo sumo, como diría Heidegger, es el Ser quien habla en el habla. Hay un Ser que luego de darnos a luz la madre aparece hablando en nosotros y abriendo, a través de la palabra, el espacio del tiempo que el cuerpo le ofrece como el *Da* sensible al *Sein* espiritual: la apertura de un presente que se distingue del pasado sin tiempo del cual viene, y se abre hacia el futuro al cual tiende. En ese sentido, estos tres llamados éxtasis del tiempo no son comparables con el éxtasis que el niño ha vivido con la madre en el sin-tiempo que la mística adulta acoge como su elemento. ¿Había o no había “habla” materna irreductible a la palabra paterna? Eso es lo que trataremos de comprender para llegar después al problema del Estado y del sujeto dentro del Estado. ¿La “celebración” del habla materna no es previa a la celebración del Bicentenario? Celebrar a la madre como unas Pascuas.

### Vertical y horizontal: la historia del acceso a la historia

Si el lenguaje aparece con la palabra patriarcal, con una lengua ya constituida, parecería que en la relación con la madre no hubo génesis de la palabra en su habla, como si la madre no hubiera sido el lugar donde se elaboraron las primeras significaciones, aunque éstas se producen sin representación ni signos, sin expresiones verbales orgánicamente constituidas como lengua plena y codificada. La

primera atribución de una cualidad a una cosa que el niño hace desde el comienzo mismo de su cercanía es con el cuerpo pleno de la madre.

Según Freud, y reinterpretando a su manera la lógica clásica, este primer distinguo constituye un “juicio” de atribución, aunque al experimentarlo el niño no use aún las palabras. Es lo que señala como comienzo mismo de la capacidad judicativa: la relación que distingue una cualidad de otra. Juicio de alguien que valora su relación con cualidades sentidas, sin palabras ni premisas, no apofántico todavía. Afirma que el origen del pensamiento es una especie de tanteo motor: es el cuerpo el que piensa en el espacio absoluto del cuerpo materno. Este tanteo motor señala justamente que un cuerpo se expande y se extiende al palpar el cuerpo de la madre donde las primeras atribuciones de sentido aparecen. Vemos que las primeras relaciones de sentido se producen en ese cuerpo a cuerpo, donde los olores, los sabores, las saliencias y entradas, las rugosidades y suavidades untuosas, entre otros factores, van constituyendo las primeras relaciones de sentido que luego la madre termina, a través de su habla, sintetizando a través del sonido. Si esto es así, ¿qué podemos pensar en el origen, para oponer a una lengua que nosotros consideramos segunda, esta “lengua” primera, labios cálidos y sonoros que un cuerpo susurra y resume, que ha sido olvidada por no estar en el tiempo adulto de la instancia social, teológica, estatal o política, y por lo tanto tampoco histórica?

La madre utiliza “fonemas” que son traídos de su contexto lingüístico, pero primero utilizados como meras modulaciones sonoras que celebran la aparición de un sentido, sin enun-

ciados todavía. Sin embargo, el sonido allí envuelve las cualidades y es como si comenzara a sintetizarlas al convertirlas en un sonido expresivo que hace aparecer significadas a las cualidades sentidas a través de la coalescencia de imágenes y afectos que convergen en la voz modulada para construirlas e integrarlas y formar con ellas designaciones unitarias. Los gorjeos del niño convocan esta coalescencia de sensaciones e impresiones que va percibiendo y que comienzan a incluirse en una organización corporal que también se va construyendo.

El problema aparece cuando nos preguntamos por qué la lengua materna, ésta que es el lugar que podemos pensar como originario de aquello que luego se convertirá en palabra, no es rescatado como lo que está en el origen de la cultura, puesto que cuando la madre habla con el niño lo hace sobre fondo de un lenguaje ya constituido que tiene muchos milenios de historia humana pasada, evocada en los gorjeos primeros de la invención de las lenguas. Las madres ya son madres de niños que nacieron sin habla en el origen de la historia, como siguen naciendo todos los niños todavía, y que con ellas la aprenden. El origen humano e histórico de la palabra vuelve a recrearse en cada nacimiento. Si esa experiencia o esa propedéutica que introduce al niño en la cultura no existiera, el niño nunca hablaría. Tampoco habría habido esa infancia de la humanidad a la cual Marx se refería.

### **Lengua y creación histórica**

Tendríamos que hablar entonces de una lengua que no comienza a partir del puro Espíritu o del puro pensamiento.

Si para muchos la palabra aparece como si no tuviera origen es porque tenemos una explicación cultural-mitológica para este ocultamiento que coincide con lo absoluto de ese primer surgimiento necesariamente perdido, porque las voces no han dejado huellas ni en barro

**En tanto, podríamos seguir diciendo que al inaugurar cada año nuestro —aunque no estamos en una cultura agrícola, aunque no seamos peruanos ni bolivianos—, deberíamos pensar que la tierra ha sido el fundamento, aquel que encontraron también los primeros conquistadores al llegar a América. Esta tierra, despreciada, que no podía ser el sostén del espíritu cristiano, significa que también la madre terrenal, en tanto gestadora, fue desechada como lugar originario del sentido histórico y terrenal donde se produce la creación de la palabra humana.**

ni en piedras. El sonido es el extremo límite cuasi inmaterial de la materia, y por eso el origen de las lenguas no han dejado rastros. En aquellos desarrollos históricos donde lo sensible y lo imaginario todavía no estaban tan colonizados por el poder que actualmente vivimos, había un reconocimiento sagrado hacia la figura materna, como ocurre con los calendarios de otras culturas pasadas que conservan la imagen de las diosas generadoras primeras de la vida humana, por más que luego otros dioses las sustituyeran. Las primeras luchas de clases lo fueron entre clases de dioses: dioses contra diosas. ¿Qué ha pasado en nuestra cultura para que de pronto esta historia de luchas y treguas y desplazamientos haya desaparecido? ¿Por qué se produjo un corte tan brutal entre la materia y el espíritu cuando surgió esta nueva cronología, exclusión del cuerpo que nunca existió en ninguna otra religión y cultura como la que existe entre nosotros con el cristianismo?

Todas las culturas tienen su cronología, su modo de ordenar el tiempo

y su desarrollo en función de los ciclos vitales: las diosas de la tierra, generadoras de vida, fueron todas madres. Pero al ser retomadas por el cristianismo se las sustituye con el nacimiento espiritual de Cristo, un niño que nace para cumplir un destino de muerte, y queda excluida y desaparece la figura de la madre tierra como engendradora y fuente de la vida, cuyos distintos momentos se van sucediendo y vuelven cada año a repetirse y celebrarse para que vida terrenal siga habiendo. Es cierto que el cristianismo también festeja un renacimiento, pero no el renacimiento de la tierra y del hombre, no la aparición de los primeros brotes de vida en la primavera, sino la muerte y el renacimiento de Cristo en el reino de Dios, es decir, en la infinitud celeste sin cuerpo ni tierra. En vez de ofrecernos el lugar materno y acogedor que ritma el tiempo de la vida de todos lo viviente, de pronto aparece una madre virgen que engendra un hijo que va al muere para ser divino.

Este corte brutal parece separando radicalmente a la palabra de la historia material y humana de su surgimiento: al principio era el Verbo, atributo de un dios abstracto. Y también aparecerá luego una sola lengua originaria como lengua perfecta: la indoeuropea de la raza aria. Ante esta fractura radical, nos preguntamos: ¿tendrá esto algo que ver con lo que nos estamos planteando con el Bicentenario, dado que es desde el nacimiento y muerte de Cristo donde aparece la cuenta del tiempo como puro tiempo eterno sin espacio, sin carne y sin materia, y por lo tanto, simultáneamente, el desprecio de la materia, del cuerpo y de la tierra, mientras que nosotros lo festejamos luego de dos mil años, es decir

22 vidas vivas y fecundas de unidades “abuela de Bayer? ¿O festejamos la reconquista de un espacio terrenal que fue colonizado por la Cruz, la Espada y el Estado cristianos?

A partir de esa cronología mitológica sin embargo estamos viviendo una situación histórica en la que nunca ha sido destruida hasta tal punto la naturaleza, ni el hombre ha sido convocado a la acumulación amonedada, infinita y abstracta, del tiempo de la vida ajena consumido a través del capital financiero, como para distinguir ahora dos muertes simultáneas: la muerte finita del cuerpo humanizado y la muerte del espíritu, que las jerarquiza y da como sacrificable a la primera por desvalorizada frente a la segunda, que sería la muerte más temible, la más verdadera. En tanto, podríamos seguir diciendo que al inaugurar cada año nuestro —aunque no estamos en una cultura agrícola, aunque no seamos peruanos ni bolivianos—, deberíamos pensar que la tierra ha sido el fundamento, aquel que encontraron también los primeros conquistadores al llegar a América. Esta tierra, despreciada, que no podía ser el sostén del espíritu cristiano, significa que también la madre terrenal, en tanto gestadora, fue desechada como lugar originario del sentido histórico y terrenal donde se produce la creación de la palabra humana.

### **El tiempo arcaico infantil funda el infinito cristiano adulto**

Porque esa vida feliz del acogimiento materno, sentida con la intensidad de las primeras marcas, casi sin imágenes todavía, casi puro afecto, resonará indeleble para siempre desde los recorrecos del cuerpo, porque para el niño

fue lo más cierto. La vida luego necesariamente la frustra. Pero la religión se apodera de este acontecimiento magno originario y convierte en tiempo infinito al sin tiempo de la infancia e invalida y desprecia, ya adultos, la finitud del tiempo verdadero que nos fue dado. El ordo materno se transforma en orden despótico. Cuando la palabra patriarcal, el Verbo, suplanta a la primera lengua de la madre, la impronta materna queda congelada, su ordo amoris queda sin poder desarrollarse ni verificarse en la realidad adulta de la historia. La edad adulta, es cierto, frustra necesariamente en todos lo que quedará para siempre insatisfecho. Pero la insatisfacción de una experiencia arcaica alucinada no significa necesariamente que su matriz amorosa no pueda enderezarse al prolongarse en el tiempo real de la historia. El ordo amoris sin-tiempo de la madre crea con su acogimiento amoroso una matriz diferente, un orden afectivo como premisa para el pensamiento: eso es lo que debería mantenerse en las relaciones sociales cuando se abren al tiempo. Por eso la palabra paterna que congela la lengua materna sin prolongarla será siempre persecutoria: amenaza nuestro propio fundamento. Las premisa materna de su silogismo, que la razón patriarcal relega con la amenaza de muerte, queda radiada de las conclusiones racionales pensadas: es la tragedia del Edipo griego la que narra las vicisitudes de este enfrentamiento, pero comprendida desde el Freud judío y no desde el Lacan cristiano. Para la religión judía Dios nunca es inmanente; pese a lo que san Agustín creía, en lo más íntimo del hombre judío no reside Dios-Padre sino la diosamadre. En el cristianismo, en cambio,

lo materno enmudece: el habla es del Ser y no de la Cosa. San Agustín, una vez convertido al catolicismo, busca que esa madre sea el lugar de engendramiento espiritual con Dios padre. Y entonces nos describe la sagrada concepción cristiana: el espíritu del Dios paterno penetra en el útero de la madre para engendrar al hijo con su cuerpo de palabras. San Agustín llamará a Dios su “padre adoptivo”, y entonces también tenemos que llamar a la Virgen María nuestra madre adoptiva. Sólo cuando el Verbo paterno usurpa el lugar de la madre y la desplaza por la amenaza del terror en lo más profundo de nuestra carne enamorada, sólo entonces la razón deja de preguntarse por el origen de las lenguas, y las convierte en increadas: no se interrogan por su origen histórico, la lingüística sólo las compara. ¿Cómo convertir a la razón del racionalismo en inmanente, puesto que nosotros somos los que pensamos? Al yo pienso cartesiano le falta la historia subjetiva del acceso al pensamiento. Creo que esto marca la crisis terminal en la que se debate la razón moderna. Su comprensión depende del código –la matriz– que se activa en el lector que la lee, del estrato subjetivo del aparato psíquico que al pensar ponemos en juego. Por eso podríamos extender lo que Freud dice del pensamiento patriarcal: de ese silogismo, cuyas raíces son arcaicas, la conciencia conoce sólo sus conclusiones pero no las premisas que lo hicieron posible. (Ver Freud: *El malestar en la cultura*).

### Pensemos

¿Qué pasa en nuestra cultura cristiana con aquello que tenemos de materno?

¿Por qué la madre arcaica pudo quedar contenida, sin desarrollo, congelada y sustituida por dios-padre en nuestro propio fundamento? En este primer acceso a la vida, que nos ha marcado con su felicidad completa, ordo amoris sin intercambio ni equivalencia, la madre vive con el niño una relación de amor recíproco, y en el darse, era ella toda la que se daba extendiendo desde la simbiosis nuestro primer mundo. Sin esa unidad primera, relación amorosa donde la gestación se prolonga en el acogimiento, nosotros no hubiéramos existido. Porque si hubiera faltado esa madre cobijante en el origen, la vida hubiera sido imposible. Como hubiera sido imposible pensar también el origen de la historia humana.

Se trataba de una relación en la que el niño, ya vimos, estaba fuera del tiempo. Porque el tiempo no existía como tiempo regulado por el desarrollo adulto de los fenómenos de la vida. Ésa es una regulación que transcurre a medida que las cosas van transformándose y el ritmo de las necesidades y del deseo aparece señalando el decurso que luego puede ser desarrollado como una imbricación de causalidad de un fenómeno con otro. En ese primer momento aún no existía el tiempo como tiempo, y creo que podemos pensar que ese tiempo, que quedó congelado, podría ser prolongado y desplegado en el tiempo vital histórico. En ningún lado está dicho que aquello que comenzó con la madre tuviera que negar y oponerse al desarrollo del pensamiento. Hemos visto que el pensamiento tiene su origen carnal, imaginario, sensible y afectivo en la madre. Porque también es cierto que en el patriarcado, y sobre todo en el cristiano, el ordo amoris de la madre fue suplantado por la ley absoluta del padre.

Si volvemos a la comprensión de la filosofía, todos los atributos que se refieren a la divinidad materna negada se afirman en cualidades abstractas atribuidas ahora a dios-padre. Absolutos y sin-tiempo fueron su bondad y su amor de madre para el niño. Todas estas cualidades sensibles y afectivas que luego desarrolla el pensamiento sobre el fondo de la negación de lo materno, es un intento de darle una expresión racional, patriarcal y por lo tanto viril, a aquello que corresponde al goce amoroso femenino tan temido.

### Historia pasada y presente

Creo que tenemos que recuperar esta historia en función de la celebración patria, para que el festejo del aniversario no sea sólo una aproximación meramente formal, sino que implique un compromiso más profundo en el que la cercanía corporal con los fenómenos políticos y sociales pueda ser nuevamente puesta en juego. Para ello, no nos queda otra que volver a pensar desde aquello que caracteriza nuestra cultura cristiana. ¿Cómo fue esta cultura cristiana modificando nuestra historia? ¿Qué ha pasado en el último centenario que hemos vivido?

Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, afirmaba que con la independencia de España nuestros países habían realizado sólo la revolución política. Y proponía que para darle término era necesaria otra revolución: la revolución económica, que para él significaba la recuperación material de la tierra para todos: el cuerpo común de la patria.

Esta segunda revolución es lo que se está intentando en Latinoamérica. Porque frente a la miseria que se vive,

y al sometimiento y a los regímenes de los que hemos estado participando, hay algo que quedó pendiente en la independencia americana y que nos sigue sometiendo: como si la permanencia de las categorías que organizaron el sistema colonial español siguieran manteniéndose en el poder del que festejamos habernos liberado. Decía, entonces, que esa segunda revolución está sostenida, como colectivo humano, por los pueblos que se rebelan en Latinoamérica, que no son precisamente aquellos cuya población está dada por la inmigración europea, sino por los pueblos ab-órigenes que fueron despojados de la tierra con la invasión genocida española. Porque los inmigrantes europeos que vinieron a la Argentina, como nuestros padres y abuelos, venían de lugares donde reinaba la dominación extrema en la Europa occidental y cristiana; venían para poder sobrevivir, vivir una vida que satisficiera las necesidades perentorias mínimas. Esos pueblos hambreados que llegaban de Italia y España sobre todo, que vivieron bajo el dominio de la Cruz durante tantos siglos, al llegar a Latinoamérica trajeron su propio pasado como fundamento de nuestro propio futuro: la mitología cristiana en la cual fueron constituidos como sujetos.

Estos levantamientos, regulados por la democracia y en este caso mayoritarios, que nunca hemos conseguido tener en nuestro país, solamente vistos en Bolivia, en Perú, y que habían renacido en Colombia primero y luego Venezuela, han despertado un empuje que viene desde muy abajo, desde aquellas poblaciones que después de cinco siglos de oprobio, en su patriarcalismo han mantenido viva la relación con lo materno, es decir con la tierra. Y por

**Algo del origen se ha perdido, y pienso que la conmemoración de un centenario, no nos remite a la temporalidad histórica externa, sino que también tendría que actualizar y vivificar en nosotros el lugar del propio acceso a la historia del cual hemos sido separados. Podemos pensar la posibilidad de convertirnos en un punto donde el sentido del tiempo que vivimos pueda modificarse, adquiriendo así un sentido más próximo a los cuerpos, a la tierra, y al campo humano en el cual vamos implicándonos a medida que pasa el tiempo luego de la infancia.**

eso la diosa materna es lo que inmediatamente aparece presente en todas las declaraciones y reivindicaciones, que

no intentan apropiarse sólo de un bien económico, sino re-apropiarse de una cultura que descansa en aquel fundamento material originario.

Nosotros hemos perdido esa relación con lo materno, y sobre todo con esta tierra de la cual fuimos republicánicamente expropiados. Los únicos dueños de la tierra, los únicos que pueden procla-

marla a través de categorías cristianas, son los terratenientes. Como decía Sarmiento, la historia de Argentina parecería estar escrita por vacas. Es evidente que en nosotros la pertenencia a la tierra casi ha desaparecido: y al desaparecer esta pertenencia se borra también aquel imaginario que permitiría prolongar las primeras impresiones de esa "vida feliz" que está en el pasado, y que podrían aparecer como posible en un proyecto futuro que las tome como punto de partida.

### **El cristianismo como tecnología de dominación**

En rigor, con el cristianismo se da una intensificación de la tecnología de dominación sobre los hombres. Ninguna cultura, hasta ahora, ha

llegado a penetrar tan profundamente como la cultura cristiana, para dominar lo materno, lo ab-origen en nosotros mismos. La figura de Cristo es aquella que, pese a las múltiples imágenes que han podido desarrollarse en la televisión y los medios en general, no ha podido ser suplantada: la globalización del dominio del capital la acompaña. La supervivencia y la magnitud que ha tenido su figura como condenado a muerte, modelo identificatorio de salvación para los hombres, desde un cuerpo de madre y de padre excluidos, es incomparable. Llegará el momento en que los billetes de banco lo tengan como el anverso, la otra cara complementaria del valor cuantificado.

Creo que esto debe ser tomado bastante en serio porque, de no hacerlo, no llegaremos tampoco a comprender lo que leemos en el campo de la filosofía. No podemos entender lo que ella nos expone cuando habla de una razón, de un pensamiento y una palabra que no tienen origen, ausencia que nos lleva a lo que se ha llamado "crisis del racionalismo", que surge precisamente en el límite, en la indagación sobre el sostén de la palabra, o sobre el sostén de nuestros cuerpos que hablan.

¿Es posible conmemorar un aniversario, por lo tanto un tiempo histórico, que ha sido suplantado por una figura fundamental —el Estado—, sin recordar ni conmemorar lo que Marx dice del Estado? En *La cuestión judía*, Marx dice claramente que el cristianismo es la premisa del Estado: primero del Estado cristiano, luego del Estado monárquico, luego del Estado revolucionario francés, y luego también del mismo Estado norteamericano, donde queda encubierta la premisa cristiana que lo fundamente en la separación entre el hombre y el ciudadano. Ya no es nece-

sario reclamar la libertad de cultos ni de pensamiento: todos los ciudadanos son ya cristianos. Y entonces el mito cristiano sigue siendo el fundamento del Estado porque en su imaginario mítico todos los hombres siguen siendo cristianos. No se trata de volver sólo a la crítica de los mitos, o a la crítica de la religión, sino de intentar hacer la experiencia, aunque sea imaginaria, sobre qué significa nuestra pertenencia a un Estado que proclama, y nos pide nuevamente, recordar y festejar el Bicentenario. No hablo del Estado que tiene nombre y apellido, sino del Estado argentino, conglomerando en él todos los institutos y organizaciones que dependen o se relacionan con él. Hablo también de las instituciones privadas, y por lo tanto de la familia.

¿Qué significa esto que dice Marx? En primer lugar, que se ha tornado invisible para nuestra propia subjetividad el corte que nos ha hecho pasar al pensamiento y la conciencia sin poder acceder a aquello que hizo posible dicho acceso. Es como si dijéramos que en el llegar a la cultura, a la palabra, a la historia, se explica sólo su desarrollo horizontal. Pero lo que no se explica en este tránsito es el acceso del sujeto a la historia, que es también una historia particular, vertical para el caso, que la historiografía determina horizontalmente para todos.

El acceso tiene una historia, que incluye el origen materno que ha sido excluido de la historia que conocemos, y al excluir el momento absoluto del sin-tiempo experimentado por el niño en la apertura del tiempo, es como si nosotros también nos descolocáramos y desalojáramos de nuestra propia capacidad corporal, sintiente, pulsional, el lugar en que se gesta toda pasión y todo sentimiento y todo concepto político.

La crítica del Estado no implica simplemente una crítica al Estado burgués, una crítica a las relaciones económicas, sino que para poder pensar la posibilidad de una modificación, una movilización que nos dé cuenta de por qué ese Estado –que se consiguió hace 200 años con la revolución que llevaron a cabo grupos argentinos, en su ambición e intento de configurar una sociabilidad distinta– quedó castrado desde su origen en un desarrollo que contiene en sí y despliega las mismas características de todos los Estados que conocemos y existen sobre todo en el mundo llamado desarrollado.

Algo del origen se ha perdido, y pienso que la conmemoración de un centenario, no nos remite a la temporalidad histórica externa, sino que también tendría que actualizar y vivificar en nosotros el lugar del propio acceso a la historia del cual hemos sido separados. Podemos pensar la posibilidad de convertirnos en un punto donde el sentido del tiempo que vivimos pueda modificarse, adquiriendo así un sentido más próximo a los cuerpos, a la tierra, y al campo humano en el cual vamos implicándonos a medida que pasa el tiempo luego de la infancia.

Por estas razones, el maridaje de nuestra patria con la “madre patria” hoy se nos aparece como claramente contradictorio. O es madre, y nosotros somos hijos de nuestra propia tierra, o es padre, y entonces somos hijos de la patria España; hay matrimonio y patrimonio. La “madre” unida aquí a la patria, creo que es un relente de culturas anteriores, más bien originarias, que no nos corresponden a nosotros que fuimos colonizados por Europa. En el desarrollo poscolonial lo materno ha quedado convertido en



in-significante. La patria debe, para significar algo, recuperarse sobre el fondo de lo materno, que es primero: inclusión material y simbólica al mismo tiempo. En cada nuevo nacimiento de un suelo liberado para sus habitantes la historia roza el origen del nacimiento de los hombres a la historia.

### **Nación e igualdad inmaterial jurídica**

Esto también corresponde a la idea de nación que nosotros tenemos, que es también contradictoria. En un nivel, se nos presenta como si formalmente existiera el comunismo en los Estados, porque todos somos argentinos. En tanto nuestra integración a la nación se la define como igualdad jurídica,

todos formamos parte de un comunismo formal que nos define como sujetos abstractos, sujetos determinados por el mito cristiano, radicalmente escindidos en cuerpo y espíritu. Con la patria compartimos entonces dos tiempos que siempre se oponen y nunca se unen: como hombres reales cada uno vive el tiempo finito de nuestra mísera y despreciada materialidad cristiana, que la amenaza de muerte del terror convoca; como ciudadanos libres, el falso infinito de una universalidad abstracta del cuerpo de palabras espirituales y la simbología que el estado y la religión han impuesto. Este formalismo, planteado a nivel jurídico, es el que defiende el nacionalismo de derecha, en el cual se incluyen los valores de los “héroes de

León Rozitchner



la patria”, y también la Virgen generala a la que encomiendan nuestros militares. Pero cuando se trata de volver al fundamento terrestre de esta patria, ahí desaparece todo tipo de relación, de integración o reconocimiento. Imperan las contundentes y mortíferas relaciones materiales de dominio.

Los que habitualmente van a morir por la patria no son los propietarios de la tierra, ni los ubicados en el poder económico, sino que la patria manda a morir a sus hijos más jóvenes y más pobres, como sucedió en la guerra de las Malvinas: los mandan al muerte de la primera muerte, la del cuerpo, para salvar de la segunda muerte, la espiritual, a la patria físicamente metafísica. Se trataba de una población dominada por el terror, es decir, que había perdido su soberanía; y cuando digo soberanía, hablo de los cuerpos que ocupan un territorio formando un cuerpo común que podríamos llamar el cuerpo común terrenal de la patria. ¿Cuál es el tiempo que ahora celebramos con el Bicentenario? En última instancia, lo que define a la patria es una división geográfica, material y terrenal, bien demarcada, fuera de la cual no tenemos sus habitantes los derechos que poseemos dentro de ella. La recuperación de la tierra como cuerpo común de los hombres, esta tierra donde mi individualidad se despliega, no está ceñida solamente a los límites del despliegue de mi cuerpo que roza con la piel de los otros, sino que se da en el despliegue de mi cuerpo dentro de un cuerpo común conformado con los otros y del cual formo parte. Vivimos colectivamente y engendramos más vida pensando en una integración donde todos los cuerpos humanos puedan incluirse como iguales. Esta igualdad ha desaparecido completa-

mente del concepto de patria, y ha sido suplantada por la propiedad privada y las relaciones de mercado. La patria ha sido comercializada, ha sido convertida en un bien económico que algunos seres, justamente apoyándose en este corte brutal, hacen posible que exista sólo como patria

espiritual para todos y como patria material para unos pocos. La patria tiene dos tiempos diferentes: el finito de su terrenalidad o el infinito situado en un más allá sin materia, el reino del Dios cristiano para el caso. ¿Cuál festejamos? Porque previamente fuimos preparados en todo occidente para que esto exista, en la medida en que nosotros, subjetivamente, en nuestra propia mismidad, estamos escindidos de nuestro propio cuerpo. Si hemos sido separados de nuestra corporalidad, de ese origen materno que nos empuja a la vida, ¿qué podemos hacer sino aceptar la adecuación a un Todo inmaterial que la niega rompiendo el vínculo con lo que tenemos de más originario: el cuerpo engendrador, acogedor y ensoñado de la madre?

Toda cultura patriarcal debe pasar necesariamente por un rito de iniciación donde el terror aparece haciendo sentir la amenaza de la desaparición

**La patria tiene dos tiempos diferentes: el finito de su terrenalidad o el infinito situado en un más allá sin materia, el reino del Dios cristiano para el caso. ¿Cuál festejamos? Porque previamente fuimos preparados en todo occidente para que esto exista, en la medida en que nosotros, subjetivamente, en nuestra propia mismidad, estamos escindidos de nuestro propio cuerpo. Si hemos sido separados de nuestra corporalidad, de ese origen materno que nos empuja a la vida, ¿qué podemos hacer sino aceptar la adecuación a un Todo inmaterial que la niega rompiendo el vínculo con lo que tenemos de más originario: el cuerpo engendrador, acogedor y ensoñado de la madre?**

y la muerte para separarlo al hijo del ordo amoris materno. Los ritos de iniciación así lo exigen para pasar de un predominio a otro: del acogimiento ensoñado de la madre a la inclusión aterrada y persecutoria del padre. Faltaría analizar las diferencias entre esas culturas patriarcales aborígenes y su profundización, mucho más sofisticada, lograda a través del cristianismo, al sustituir el lugar de la madre por un lugar trascendente donde la muerte ha ocupado, en lo más profundo de cada uno, el lugar de vida que desde nuestro nacimiento lo llenaba ella.

El Estado que se constituyó en occidente tuvo una característica fundamental: se cristianizó a la población del imperio primero por orden y mando del emperador romano y luego de su disolución por el Papa: la conversión o la muerte. Lo mismo ocurre cuando se evangeliza a los aborígenes que vivían en América. Esta evangelización la realiza, en el origen, una religión que aborrece a la materia como lugar del pecado. Entonces, ¿qué hacer con la materia que sin embargo constituye el elemento de la vida? Lo infinito del tiempo espiritual cristiano desacraliza la materia perecedera, finita y pasajera de los cuerpos de los pueblos antiguos, que pueden ser aniquilados. Está escrito: si matamos a otro ser humano que no es cristiano no cometemos un asesinato, porque no es un semejante espiritual y eterno en su alma como somos nosotros. Esta “materia bruta” que es toda la naturaleza, sin espíritu cristiano, sólo finita, es la que el capitalismo ha encontrado en su última etapa financiera para desarrollar una acumulación numeraria infinita de la riqueza producida por el trabajo vivo. El desprecio por el cuerpo vivo y perecedero es la premisa que fundamenta

la acumulación amonedada infinita del trabajo muerto del capitalismo.

La materia que nosotros conocemos, dijimos, el primer encuentro con el nivel material, fue el cuerpo de la madre. No es materia natural ni bruta, sino una materialidad ensoñada donde el sueño y la vigilia no se diferencian, donde circula también el pensamiento residual rebelde que quedó para nosotros restringido a la neurosis, a la psicosis o a las pesadillas. Nosotros somos hombres muy despiertos, alertas y en estado de vigilia, y el corte brutal que mantenemos con los sueños marca la distancia radical entre esa materia que sigue viviendo mientras dormimos y esta concepción necesaria de la vigilia paranoica para vivir en este mundo capitalista, en la que tenemos que despojar de sentido materno a la materia para poder “conectarnos” con ella.

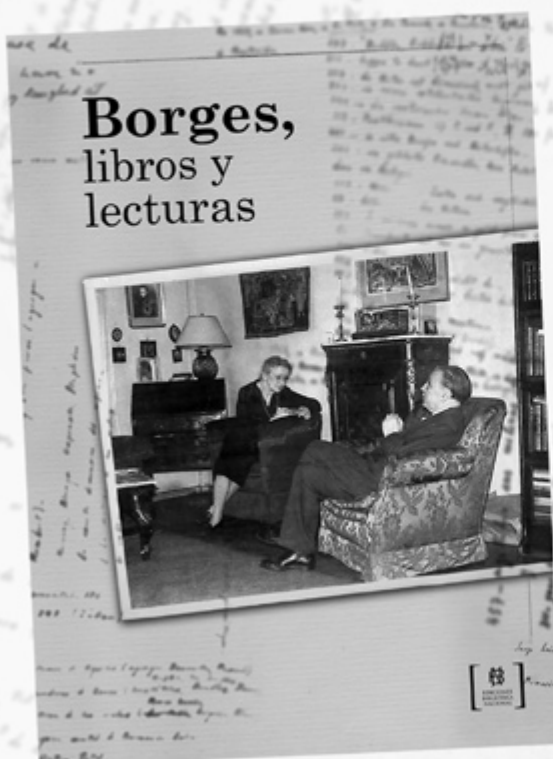
El terror es una cuestión político-teológica fundamental, y por eso resalté, en su momento, la importancia que tuvo en nuestro país la aparición de un presidente que asumía el poder y que obligaba al jefe del ejército a bajar del Colegio Militar el retrato del principal organizador de la masacre terrorista. De esa manera, con aquel acto se mostraba al desnudo el fundamento del Estado que él mismo, quien dio la orden, iba a asumir como mandatario electo. Lo considero un acto fundador, modelo de aquello que todo representante político enfrenta: la amenaza y los límites que amenazan su ejercicio. Se trata de un poder concentrado, donde el capital compró todo: los medios de comunicación, el ejército, la policía, la economía, la naturaleza, y mediatizó como contables las relaciones humanas. El capital termina haciendo posible que todo tenga precio, y ése es el esquema de la mercancía univer-

salizada, complemento de la universalidad espiritual cristiana. Pero la mercancía no es más que el reflejo objetivado de cada uno de nosotros, que espeja nuestro corte: la mercancía se divide entre valor de uso y valor de cambio, entre lo racional y lo corporal; ese corte que ya está presente en nosotros mismos. Si nuestra subjetividad no tuviera al fetiche del mito cristiano como matriz estructurante no podríamos tener relaciones fetichistas contables con los seres y las cosas. Es fundamental abrir algún espacio, algún camino, que no sé cuál es, para habilitar ese lugar que está presente en todos pero totalmente coartado, para

que pueda emerger y hacer posible una sociedad diferente donde cada espacio del cuerpo escindido deje de vivir, en cada estrato de su configuración psíquica, dos tiempos contradictorios al mismo tiempo. En definitiva: ¿cómo hacer posible que el tiempo histórico del Bicentenario convoque el tiempo histórico originario de nuestro acceso a la vida y los unifique en el cuerpo de cada ciudadano?

(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.

EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL | 2010



### *Borges, libros y lecturas*

*Catálogo de su biblioteca personal en la Biblioteca Nacional*

El catálogo de la colección Jorge Luis Borges da a conocer el conjunto de libros donados por el escritor a la institución que dirigió durante dieciocho años.

Entregados como última acción antes de abandonar su cargo, estos ejemplares permanecieron ocultos durante treinta años en los fondos generales de la Biblioteca. Un hallazgo casual —o una revelación— fue la chispa inicial de una investigación exhaustiva llevada a cabo por dos empleados de la Biblioteca, Laura Rosato y Germán Álvarez, cuyo resultado fue la recuperación de casi mil volúmenes.

Estos libros, que formaban parte de su biblioteca personal, presentan marcas, anotaciones y manuscritos originales que este catálogo transcribe y contextualiza, intentando reconstruir el proceso de lectura para dar cuenta de sus huellas en el acto de escritura.

## ¿El porvenir sólo será un espectáculo de la memoria?<sup>(\*)</sup>

*Por Héctor Schmucler*

Las conmemoraciones entrañan riesgos. La evocación de un acontecimiento histórico puede hacer de tal suceso un acto vacío y rutinario, capaz de nombrar todo y no decir nada; o puede, por el contrario, significar una oportunidad para una reelaboración de las circunstancias presentes. En esta última hipótesis se inscriben las sutiles reflexiones de Héctor Schmucler que ofrecemos aquí. ¿Qué rememoramos con cada recordación? Habitualmente se habla, en el campo de las teorías críticas, de la necesidad de interrogar lo acaecido desde las preguntas contemporáneas. Sin embargo, esta formulación es tan cierta como conflictiva. ¿Cómo podemos delimitar el campo de lo actual y aquello que pertenece al terreno de lo pretérito? ¿Cuándo toma la palabra la experiencia, y cuándo somos hablados por un pasado que persiste? En épocas en que el recuerdo se impone como un deber, como un “tema” obligado que obtura las posibilidades de una revisión crítica, es necesario hacer pasar por la propia vida sensible la voluntad de pensar los dilemas irresueltos de una historia que se nos ofrece como espectáculo de la memoria.

Resulta atrayente que a esta serie de exposiciones, a las que hoy agregó la mía, se las haya anunciado como “ciclo de charlas gratuitas”. Tal vez, y como muchas veces ocurre, el llamarlo así apenas fue un hecho secundario para los organizadores: sólo se trataba de describir una actividad propiciada por la Biblioteca Nacional y los requisitos económicos para el acceso a la misma. La propuesta que nos convoca, en realidad, tiene un nombre oficial, riguroso y relevante: “Legados y porvenir. Argentina en el Bicentenario”. El señalamiento de que se trata de un ciclo de charlas gratuitas, sin embargo, habilita en la imaginación un espacio semántico en el que se entretejen significaciones sólo aparentemente contradictorias. Al menos en mi experiencia, los dos enunciados me llevaron a pensar tanto en la idea de legado y en la de Bicentenario (esa referencia que nos envuelve), como en las dimensiones que puede alcanzar la “gratuidad de las charlas”: algo así como hablar, *gratuitamente*, de los 200 años de la Patria.

Empezaré por esto último. Hago de cuenta que nos hemos reunido un grupo de amigos para charlar. Porque sólo se “charla” amistosamente. Con un contrincante no se charla. Menos con un enemigo. Se charla por pasatiempo y, aunque todos sabemos que hay charlas imborrables, la versión corriente del término parece cargada de banalidad. Cuando se dicta una *conferencia*, en cambio, casi siempre se establece algo que separa a quien la pronuncia de aquellos a los que se les habla. Esta distancia magistral se refleja en el valor curricular que adquiere ejercer de conferenciante: para una historia de vida intelectual hay una marcada distancia entre participar en una “charla gratuita” y dar una confe-

rencia en la Biblioteca Nacional. Y esta distancia, curricularmente hablando, se expresa en número de puntos. Sé bien además, y el riesgo no es menor, que si esto que les estoy diciendo a manera de charla alguien lo transcribe, y luego se publica, no habrá misericordia: al escrito se lo juzgará como una conferencia.

Hablábamos del valor curricular de una conferencia. Cuando, como en mi caso –y por la simple y modesta razón de que a los jubilados ningún nuevo dato curricular nos modifica el sueldo mensual– he dejado de sostener la obligada y sistemática lucha por engrosar el currículum, me resulta fácil preferir las “charlas gratuitas”. No estamos hablando, por cierto, de la connotación que el lenguaje vulgar (cargado de jerarquías mercantiles) hace pesar sobre gratuito: insustancial, caprichosamente lúdico, exento de cualquier obligación de demostrar algo. Una charla gratuita suele entenderse como un decir falto de rigor, sin método de análisis que garantice algún tipo de verdad. Mi favor por lo gratuito apunta en una dirección totalmente contraria: pienso en la posibilidad de una reflexión sin *para qué* previamente establecido, en la resistencia a un instrumentalismo sofocante que suele confundirse con la voluntad de establecer verdades obligatorias. Charla, entonces, como diálogo más que como disertación sorda. La charla gratuita anhela más de un participante y encuentra allí, en la creación desplegada en el diálogo, la posibilidad de saber. El charlar gratuito se codea con lo lúdico: se expande en el maravilloso juego de la imaginación humana. Las llamadas “charlas de café”, paradigma de la gratuidad, seguramente generan más verdades que lo que suele afirmarse: es un disparador

de la palabra que acumula conocimiento; incorpora la experiencia del otro tanto como el afecto que merodea el intercambio. Porque parece destinado al olvido, prescinde de palabras que se quieren memorables. Y, paradójicamente, en la charla gratuita todo adquiere valor.

Voy a hablar ahora de los legados. En el final de *El rey Lear* –tal vez la tragedia de Shakespeare que más puede ayudarnos para pensar la política– se expone sabiamente la relación entre la vida y el juego del poder: “Preciso es que nos sometamos a la carga de estas amargas épocas. Decir lo que sentimos, no lo que deberíamos decir”. La marcha fúnebre que acompaña la salida de escena de los últimos actores, los pocos que sobreviven, no es un mero recurso de la retórica teatral: a la hora de la muerte, parece sugerir la tragedia, cuando ya nada nos compensará en este mundo, la verdad se muestra sin condiciones; “decir lo que sentimos, no lo que deberíamos decir”. En nuestros días, y quién sabe desde cuándo, la política, en cambio, parece consistir en decir lo oportuno en el momento oportuno.

*El rey Lear* comienza con la escena en la que el monarca, que ha optado por retirarse del manejo directo de su reino, ofrece a sus tres hijas entregarles los territorios sobre los que hasta ese momento ejercía su soberanía. La dimensión de cada parte, ofrece, será proporcional a la magnitud del amor que cada una pueda expresarle, aun cuando en el sentimiento del padre la menor fuera la preferida. Las dos mayores, empujadas por el botín en juego, proclaman con palabras contundentes un inconmensurable e incompañable amor por el rey, su padre. En cambio Cordelia, la menor, no tiene

palabras que puedan dar cuenta de la sinceridad de su cariño. Cordelia, en realidad, no tiene nada que decir porque su amor es el que naturalmente une a la hija con el padre. Las huecas expresiones de sus hermanas atenazan su lengua. Cuando Lear la interroga: “¿Qué podéis decir para lograr un tercio más opulento aun que el de vuestras hermanas?”, Cordelia responde: “Nada” Y el rey: “¿Nada?” Cordelia: “Nada”. Inútil resulta la valiente sinceridad de Cordelia, que argumenta sobre la evidente falsedad de los dichos de sus hermanas y el legítimo cariño que tiene por su padre. El rey enfurece desconcertado: “Tan joven y tan poco tierna”. “Tan joven, mi señor, y así de franca”, corrige Cordelia.

Entre este comienzo y las palabras iniciales se desliza el conocido drama: mentiras, traiciones y crímenes alimentan el camino desenfrenado por el poder. Goneril y Regan, las hijas mayores, no escatiman crueldad hacia su padre, ciego, a su vez, para ver su propia desmedida arbitrariedad, para mirar más allá de la oscuridad que con frecuencia paraliza el pensar y el sentir del que ejerce el poder. Cordelia dice lo que siente y pierde el cuidado del padre-rey. Morirá al final, como también mueren sus hermanas, como muere Lear después de que la locura lo condena a palpar la realidad cuándo ésta parece pertenecer a otro mundo. Eterno ciclo el de la ceguera del poder que imposibilita saber de sí mismo tanto como incapacita para reconocer al otro. Vivimos pronunciando palabras “adecuadas”, las que *debemos* decir, las que podemos decir sin que el orden aceptado (cualquier orden) quede amenazado con el derrumbe. Para la política, en los días que corren, lo trágico está proscripto. ¿Cómo

decir lo que sentimos, cómo negarnos a decir “lo que deberíamos decir”? Decir lo que sentimos es siempre la posibilidad del riesgo, de la distancia, del castigo, de la marginación; a veces de la muerte. El legado puede ser la propia muerte. Piénsese en Sócrates.

Pero, ¿qué es un legado? ¿Cómo reconocerlo como tal si generalmente llega a nosotros subrepticamente? En la historia los legados suelen ser indemostrables. Los instituímos nosotros de acuerdo a lo que la memoria optó por conservar del pasado. En todo caso, ¿qué nos obliga a aceptarlo como legado? Un legado llega a nosotros y puede ser sorprendente: nos ha acompañado desde largo tiempo y de pronto lo descubrimos. Sólo entonces se convierte en legado. Irrumpe en nuestra vida. Nos coloca en otra situación. El Bicentenario, ¿es un legado en sí mismo, o es sólo la ocasión de reconocer los legados que nos amarran a algún destino común? Estamos a punto de construir un objeto-fetiché llamado “bicentenario”. ¿Qué nos hace vivir y pensar en algo llamado bicentenario? ¿Atrás está la Patria? Desde que el recuerdo lo permite, no ha cesado la pregunta por lo que encierra la palabra “patria”. ¿Está la patria antes o después que la hemos nombrado? ¿La patria nos ha legado algo durante estos 200 años o la suma de estos legados configura algo que hoy llamamos Patria? ¿O creemos construir una patria con la suma heteróclita de legados? En todo caso resulta difícil demostrar que un único legado nos es ofrecido a todos. Sea como sea, ese legado nos llega sin testamento que nos instruya sobre su uso. La evocación al poema de René Char que Hannah Arendt comentó con reiterada intensidad, es precisa: como al poeta, lo que aparece en nues-

tras manos nos asombra. El legado, en el mejor de los casos, está allí, en bruto. Todo su valor depende de cuánto nos enseña para el presente, empezando por el hecho de que sólo desde el presente podemos ofrecerle algún sentido.

Pero, podríamos preguntarnos: ¿en qué sentido estamos obligados a aceptar ese legado? Sin testamento, sin una tradición que envuelva el legado y como parte de esa tradición, la herencia se nos impone coercitivamente, aceptar la herencia porque no es imaginable otra opción. Una herencia inevitable se codea con el miedo a las consecuencias del rechazo. Pero el legado es también una forma constitutiva de la memoria. La memoria es un legado inapelable, tanto como la lengua a la que nacemos.

Ningún otro legado es menos externo que la lengua, ninguno se nos muestra como menos prepotente, ninguno nos acompaña de manera más permanente. El legado del Bicentenario es plural: las diversas lenguas que habitaron en los conglomerados humanos que poblaron un territorio que se habría de llamar Argentina. La doxa que nos habla de nuestros antepasados, como si ellos nos ofrecieran un legado que se nos ofrece, es tan frágil como cualquier doxa. ¿Quiénes son nuestros antepasados comunes? Lenguas múltiples de antepasados que difícilmente

**No es virtuoso repetir la insustancialidad de las retóricas temerosas. Criticar el pasado no significa borrarlo. Nuestro recuerdo histórico, aunque nos resulte ingrato, no prescinde de los mismos valores en los que se sostienen esos legados que nos han sido otorgados. Los legados cubren nuestra memoria. La memoria para nosotros, para nuestra vida colectiva, no es simplemente la recordación. No es sólo el pasado, sino la latencia de ese pasado en el presente. El pasado late, inevitablemente, en el presente. El legado es nuestra memoria y el presente lo solicita como un alimento primitivo.**



se encuentren. Somos –y seguramente no podríamos ser de otra manera– el resultado de mil leches maternas que en algún momento se pretendió aglutinar en una común fuente nutricia: la Patria. Nada nos predestinaba al camino que hemos recorrido, así como resulta impensable ilusionarnos con que el lugar al que hemos llegado es otro que aquel en el que nos encontramos. Es cierto que podemos, tal vez *debemos*, cuestionarlo, revisar el trayecto recorrido por quienes construyeron esta morada. Es posible, tal vez necesario, una crítica impiadosa de nuestras palabras, de esas que se han hecho naturaleza en nuestra vida cotidiana, pero antes debemos reconocer las palabras que hemos heredado y ante las cuales podemos mostrar nuestro asombro, la infinita distancia que mantienen con el habla que algunos quisiéramos encontrar en la raíz de nuestra imaginación.

No es virtuoso repetir la insustancialidad de las retóricas temerosas. Criticar el pasado no significa borrarlo. Nuestro recuerdo histórico, aunque nos resulte ingrato, no prescinde de los mismos valores en los que se sostienen esos legados que nos han sido otorgados. Los legados cubren nuestra memoria. La memoria para nosotros, para nuestra vida colectiva, no es simplemente la recordación. No es sólo el pasado, sino la latencia de ese pasado en el presente. El pasado late, inevitablemente, en el presente. El legado es nuestra memoria y el presente lo solicita como un alimento primitivo.

El concepto mismo de memoria se vuelve un poco mediocre si no es portadora de una experiencia que atraviese la mera recordación. El legado es vivencia (conflictiva o exaltante) en el presente. No existen legados olvidados. Pero, ¿en qué sentido el pasado se nos

actualiza para vivir en el presente? La memoria, no es vano repetirlo, es una manera de vivir el presente o se transforma en un “archivo muerto” a la espera de que alguien, alguna vez, lo descubra para el presente de entonces. El Bicentenario tal vez no sea otra cosa que una marca recordatoria del tiempo. Quedará, si queda, el recuerdo de su celebración. Hito de referencia. Se dirá, alguna vez: “En el Bicentenario...”. Todo parece encaminado a constituir un tiempo de balance. En cualquier caso, el Bicentenario, que sin duda es más que el 25 de Mayo, exigirá el gesto de pensar en el tiempo recorrido, en las continuidades y rupturas, en las pocas armonías y los frecuentes conflictos y desgarros. El Bicentenario, propiamente, será referido, ensalzado o criticado, después; cuando él mismo sea pasado.

La celebración del Bicentenario parece expresar la voluntad de reconocer y aprender de 200 años conjuntados en una historia que, llena de antagonismos, fue amasando el rostro multifacético de una nación. Un rostro atravesado de arrugas, de lozanías, y de colores diversos. Pero, ¿dónde está retratado ese rostro? ¿Se celebra el 25 de mayo de 1810 o la construcción iconográfica que instaló el Centenario, allá en 1910? ¿No estaremos atentos a recordar durante todo el año que viene el centenario del Centenario? Aunque en 1826 (no antes) se instalara en la Constitución el nombre de República Argentina, la Nación fue durante décadas apenas una idea que tomó diversas formas y diversos nombres de acuerdo a coyunturales alianzas de desiguales intereses. Tal vez no sea casual que aquella constitución que la bautizaba nunca haya entrado en vigencia.

El primer centenario que celebraba al Mayo de 1810, pasó a ser un símbolo y el año 1910 tuvo nombre propio: fue, sigue siendo, el año del Centenario. Entre otras cosas, para esas celebraciones se constituyó el núcleo de iconografía de la patria, la que porfía en acompañarnos. La patria, en la imagen impuesta, eran las mieses, las cabezas de ganado que se multiplicaban sin medida. Pero también eran representaciones pictográficas del origen. Dos cuadros realizados por el famoso pintor chileno Pedro Subercaseaux, –aunque no son los únicos– resultan paradigmáticos: “El Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810” y “Mariano Moreno en su mesa de trabajo”. Se quiso decir algo con esas construcciones. En adelante, y hasta ahora, la búsqueda de la verdad histórica, de los hechos que la memoria debería recuperar, serán discusiones y variables de aquello que se quiso instalar en el

Centenario. Me detendré un momento en la imagen del Cabildo Abierto. Allí se resume, según algunos estudiosos, una manera de interpretar lo que ocurrió en mayo de 1810 en Buenos Aires y los cruzados caminos del porvenir. En el cuadro, algunos participantes aparecen de pie, otros sentados; sobresale la figura de Juan José Paso, en decidido gesto, haciendo la defensa jurídica de lo que allí estaba ocurriendo. Paso, adelantado, y Castelli que dirige la mano hacia él, como presentándolo o lanzándolo a la verdad del momento. En la otra fila aparece, dubitativo, Mariano Moreno. Entre el gesto dubitativo de Moreno y el énfasis de Paso, entre esta solvencia y decisión de Paso y la duda de Moreno, se ha querido ver el destino de nuestro país. Nacimos entre dudas y afirmaciones. La memoria, sin embargo, al menos la memoria más difundida, rescata un Moreno brioso, resuelto a consolidar

Héctor Schmucler



la Revolución que auspiciaba en lucha implacable contra sus rivales. ¿Por qué, entonces, Subercaseaux lo pintó con gesto dubitativo en el momento mismo en que se decidía un salto tan audaz como

**Nuestras preguntas al Bicentenario se acomodan a nuestra particular visión del presente. Si fuera aceptable esta especie de hipótesis, si llegamos a lo que somos (cualquiera sea la descripción de lo que somos) por causas más o menos percibibles y que variarán según la descripción del presente, podremos aprender para mantener o cambiar el rumbo. Aun podríamos proponernos hacer todo de nuevo. Lo imposible, lo indeseable, es pretender que lo que ocurrió puede ahuecarse. En algún lugar, la experiencia de lo vivido (que algunos podrán llamar “experiencia histórica”) persiste, aunque ni nos duela ni nos alegre. Es impensable renunciar al barro que nos forma. Reconocerlo es el mejor punto de partida para no sorprendernos ante el espejo.**

¿cuánta violencia hace falta para desanudar las dudas? En la mitología argentina, llena de frases que la tradición repite, Saavedra otorga dimensiones descomunales a los hechos: “Se necesitaba tanta agua para apagar tanto fuego”. Las aguas inconmensurables del océano guardan para siempre el secreto de la muerte de Moreno. Dudas y secretos espectacularizan nuestra memoria. Ya había muerto Mariano Moreno cuando su esposa, en Buenos Aires, envía la primera de las varias cartas que, sin ser

incierto? Allí, en la tensión del cuadro, la imaginación interroga sobre anuncios improbables: su fogosa voluntad que alentaba un camino sin contemplaciones era tal vez la forma de pasar por encima de las dudas. Allí está el escenario donde la Revolución se hizo posible, donde diversas memorias y otras tantas convicciones echaron a rodar un destino que no estaba escrito de antemano.

Recupero la evocación shakespeariana:

leídas, quedarán en Londres, en inútil espera. Entre otras cosas, las cartas relatan cómo el “morenismo” moría en la ciudad de Mayo. La trama se cierra con un relato que seguramente no resistiría ningún intento de verificación; en los días del incierto viaje, la esposa de Moreno habría recibido un cofre con un velo negro, guantes negros y abanico negro.

La iconografía de Moreno no habla de derrota. El cuadro pintado por Subercaseaux, el que consagra su memoria, es el de un luchador que ninguna noche abate: en su escritorio, tal vez con la luz de un candil, Moreno medita y escribe. Traza el libreto de la historia.

Realizados en 1909, en preparación de los fastos del Centenario, la gloria, la firmeza, el coraje y una fe en la razón que no ofrece titubeos, debían estar presentes en esos cuadros que construían un pasado acorde con esta Patria que pretendía mostrarse magnífica ante el mundo y autocelebratoria para sus dueños. Era la culminación de un proyecto de país que había obtenido su concreción orgánica en los últimos treinta años y que, para ser lo que había llegado a ser y que se proyectaba a un futuro majestuoso, necesitaba tener un pasado. Ese pasado fue lo que se mandó pintar, ahí estaban los dos íconos: el Cabildo Abierto y Moreno. Veintiocho años después, en 1938, Ceferino Carnacini desplegó su imaginación histórica en el cuadro más reproducido en los ámbitos educativos e institucionales: “El pueblo quiere saber de qué se trata” instalaba la presencia popular en una página que parecía escrita por inalcanzables héroes que daban su nombre a calles y plazas de Argentina. De ahora en más (ya estábamos en 1938) habrá cabildantes

en los balcones que parecen responder a presuntas demandas de la multitud reunida. “El pueblo quiere saber de qué se trata”, luce como el cuadro fundante de la democracia argentina, la aparición del pueblo como partícipe de la construcción del país. No importa que algunos historiadores (seguramente con razón) sostengan que es poco verosímil que hubiera gente en los balcones, y que esa multitud no llegaba a dos centenas; que los paraguas eran usados sólo por los muy poderosos y no por el pueblo y que en realidad no llovía, sólo estaba nublado. El cuadro quedó como un eco de algo de debía haber sucedido, de una memoria que sigue alimentando la escena original de la Patria. Un espectáculo necesario para que la memoria persista. Es así como fuimos produciendo a partir de cierta iconografía, nuestra memoria del Mayo de 1810.

Tal vez sea exagerado, pero vale la pena pensar si nuestra memoria de 1810 es mucho más que el recuerdo y la presencia de la iconografía que se consolida en el primer centenario. El Bicentenario puede ser la ocasión de reflexionar sobre nuestra historia que hoy se muestra con 200 años de antigüedad o mirarnos a cien años de cuando, al cumplir el centenario de 1810, se dibujó la Patria.

El Bicentenario nos interroga, según se enuncia en la convocatoria a estas charlas. Me gustaría afirmar que, tal vez, ante la magnitud del tiempo que se nos cuelga en la mochila, nos interrogamos nosotros mismos, perplejos o ilusionados, sobre los altibajos del camino que nos trajo hasta aquí. Y en este “aquí” surgen las preguntas posibles. Qué vemos en este aquí, en este presente que a la manera de un caleidoscopio presenta formas multiplicadas, a

veces tan caprichosas que no atinamos a preverlas. Nuestras preguntas al Bicentenario se acomodan a nuestra particular visión del presente. Si fuera aceptable esta especie de hipótesis, si llegamos a lo que somos (cualquiera sea la descripción de lo que somos) por causas más o menos percibibles y que variarían según la descripción del presente, podremos aprender para mantener o cambiar el rumbo. Aun podríamos proponernos hacer todo de nuevo. Lo imposible, lo indeseable, es pretender que lo que ocurrió puede ahuecarse. En algún lugar, la experiencia de lo vivido (que algunos podrán llamar “experiencia histórica”) persiste, aunque ni nos duela ni nos alegre. Es impensable renunciar al barro que nos forma. Reconocerlo es el mejor punto de partida para no sorprendernos ante el espejo. Mientras tanto, hasta ahora, a pocas semanas de concluir el año 2009, ninguna conmoción atraviesa la cotidianidad de los argentinos. El Bicentenario, por ahora, es un puro deber.

Es posible que el primer centenario conmoviera por lo menos a un sector de la población. Todo se estaba plasmando y junto a las riquezas inauditas del “granero del mundo” bullía una sociedad injusta y conflictiva que se preparaba, sin saberlo, para tejer una historia a veces ilusionada y atravesada por dolores, desesperanza y sangrientas afirmaciones del poder. En el aire, con todo, podían resonar los versos de Rubén Darío: “¡Argentina, tu hora ha llegado!”. Y el canto a las mieses y los ganados de Lugones, que también se preparaba para proclamar unos años más tarde que “había llegado la hora de la espada”.

Seguimos fluctuando entre Paso afirmativo y rotundo del cuadro de

Subercaseaux y Moreno dubitativo del mismo cuadro. Tal vez nunca sepamos por qué el pintor chileno describió así el rostro de Moreno y tampoco sepamos exactamente el porqué de la presencia privilegiada de Paso. Multiplicadas circularán, seguramente, estas preguntas en la reflexión sobre esta Argentina que el año próximo, simbólicamente, cumplirá 200 años. Si prescindimos de pensar que hay un destino manifiesto que marca el devenir nacional, deberemos hacernos responsables de ser la Patria. Nada nos obliga a ser nada; sin testamento, tenemos un legado en nuestras manos: nosotros mismos.

Ésta es la realidad sobre la cual deberíamos reflexionar, con modestia que no nos disminuye sino que nos exige ser sobrios: no destinados a ninguna grandeza, decidir si queremos ser algo. Los legados, creo, no nos prescriben ningún porvenir conocible, salvo que, como recién sugería, aceptemos un presunto destino (que sin duda sería de grandeza).

El porvenir, al cual también alude el anuncio de estas charlas, no transita por la generación de condiciones favorables para nuestros hijos y nuestros nietos y bisnietos. Tampoco en una abstracta construcción de algo llamado patria. El riesgo de apostar al porvenir radica en dejar al presente entre paréntesis. No somos responsables del porvenir sino en el vivir de hoy. Ningún presente se justifica en la fuga hacia el futuro. Resulta un tanto doméstico, pero aun en las disertaciones más relevantes resulta necesario recordar que sólo vivimos el presente, donde se juega el pasado y el futuro. Seguramente lo que hagamos hoy condicionará el porvenir, pero nosotros vivimos hoy, por lo tanto nuestra

obligación de decir lo que se siente y no lo que se “debería decir” es imostergable. No hay más memoria que la de hoy. Siempre es presente encarnado; fracasa cuando parece destinada a ser evocada como espectáculo.

Hace cuarenta años Guy Debord alertó sobre lo que llamó “sociedad del espectáculo” en cuanto rasgo predominante del existir contemporáneo. La realidad-espectáculo. No es que la realidad pase en el espectáculo, parece sugerir Debord, sino que vivimos *para* el espectáculo, *en* el espectáculo. Nuestra relación con los medios masivos y las más sofisticadas tecnologías contemporáneas, es íntima. Estamos lejos de ser meros receptores; tenemos la ilusión de ser actores, parte de la realidad espectacular. El lenguaje de los medios masivos es parte de nuestro lenguaje, y su retórica es la nuestra. Si una cámara se acerca a alguien para pedirle su palabra, el interpelado no requiere un aprendizaje especial: ya lo tiene. Hace años que los periodistas no necesitan decirle a nadie que sea breve. Todos lo saben; se es breve o no se aparece. Ser actor es aparecer. Ser breve es la clave: el espectáculo mediático nos moldea. El espectáculo se ha vuelto naturaleza. Tanto que para algunos se está produciendo una especie de hiperdemocratización de los bienes culturales, del uso de la técnica. En este acto de hiperdemocratización, en el que somos parte de este gran espectáculo que se monta en realidad al margen de nosotros, lo que dejamos a un lado es la vida. El espectáculo, en la especulación de Guy Debord, ya no como duplicación de la vida, sino como el vivir en el cual nos reconocemos como espectadores de nuestro propio espectáculo. Entonces, ¿el porvenir sólo será un espectáculo de la memoria? Esta memoria que sólo

es tal si se hace vida presente, acción, quedará para las cámaras, quedará en algunas celebraciones, quedará en las habituales consignas escolares: “La Patria cumple doscientos años”. La Patria espectacularizada. ¿Quedará así, o seremos capaces de hacer el esfuerzo de alejarnos de esa “patria” y entrar en nosotros, cueste lo que cueste, para una vez más decir lo que sentimos y no aquello que nos incorpora al espectáculo? Enfrentamos la enorme dificultad de no saber, desde el futuro, qué significa lo que estamos haciendo hoy. Sólo puede saber lo que en el futuro sabrá de lo que está haciendo hoy, quien considere que está cumpliendo un papel predeterminado. Pero generalmente quienes actúan de esta manera carecen de capacidad para preguntárselo. Un marchar de autómatas, incapacitado para detenerse a pensar qué está haciendo. Los portadores de la “banalidad del mal” en el decir de Hannah Arendt. Nos queda la exigente posibilidad de pensarnos a nosotros mismos. Toda responsabilidad presente tal vez encuentre su principio de acción en ese acto que nos proyecta más allá de una inmediatez vacua: interrogarnos por el pasado, por todo aquello que en su momento no nos atrevimos a preguntarnos.

No podemos saber, desde la historia, qué estamos haciendo. Esta charla gratuita que ejercemos como en una reunión de amigos, ¿qué va a significar mañana? Lo más previsible es que no signifique nada, nada de nada, como la enorme mayoría de las cosas que efectuamos. Pero no lo sabemos, y el no saberlo nos obliga a ser responsables de cada palabra. Sabemos que no vivimos bajo la mirada de la historia. Napoleón imaginaba que la historia lo contemplaba, sentía que estaba escribiéndola. Tal vez tenía razón aunque era él, Napoleón, ante-

rior a la historia. A veces creemos que la historia nos está mirando, que nos observa para controlar si cumplimos su mandato. Nuestra confianza en ella, nos enajena como hombres. Como si, en alguna parte, la historia ya estuviera escrita, hecha. Por el contrario, no creo que ninguna historia nos espera. En cambio, el pasado nos acompaña, a pesar nuestro, aunque no nos libera de la responsabilidad del presente. Nada nos determina, pero en el pasado pueden encontrarse las huellas de lo que hoy somos. Sólo con coraje una mirada hacia el pasado puede reconocer el origen de los rastros que marcan nuestro mundo, no distintos a los que descubrimos en nuestro propio cuerpo. No podemos perdonarle nada al pasado si queremos aprender. Y constantemente estamos a punto de aprender: el aprendizaje es inminente y siempre es tiempo.

No podemos renunciar a ser lo que somos en donde estamos. Ninguna historia absolverá nuestros actos, porque de éstos se hará la historia. Los legados se nos vienen encima, no los elegimos. Se nos ofrecen y es imperioso recibirlos puesto que el legado se nos aparece como un don. Pero también, como el don, el legado nos es ajeno. No es fácil reconocerlo. Si podemos hacerlo nuestro es porque, llegado del pasado, guarda jirones de aquello pretérito que queda alojado en el presente y que está entrañablemente en nosotros.

**Enfrentamos la enorme dificultad de no saber, desde el futuro, qué significa lo que estamos haciendo hoy. Sólo puede saber lo que en el futuro sabrá de lo que está haciendo hoy, quien considere que está cumpliendo un papel predeterminado. Pero generalmente quienes actúan de esta manera carecen de capacidad para preguntárselo. Un marchar de autómatas, incapacitado para detenerse a pensar qué está haciendo.**

El legado del Bicentenario, rigurosamente, es esto que estamos recorriendo entre todos, un camino que ya se ha transitado. En ese sentido, y aunque suene exagerado, diría que también somos responsables de ese pasado en tanto lo estamos prolongando. Es imposible despegarse de él. La posibilidad de rechazar el legado es sólo una figuración imaginaria. Somos, irrenunciablemente, ese legado. Si insisto en

una interrogación persistente, aguda y arriesgada, es porque necesitamos ver, buscar a fondo qué hay en él, qué se nos pasó inadvertido y hoy reclama a nuestras puertas.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

# COLECCIÓN *LOS RAROS*

Libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que traen el tiempo y el olvido de los hombres.

*Ser clásico es lo contrario de ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.*

Lucien Abeille | Ezequiel Martínez Estrada | Marcos Sastre | Ignacio B. Anzoátegui | Francisco Grandmontagne | Eduardo Wilde | Paul Groussac | Eduardo Holmberg | Julio Molina y Vedia | Last Reason | Juana Manso | Eduarda Mansilla | Salvadora Medina Onrubia | Alberto Gerchunoff | Raúl González Tuñón | Nicolás Olivari | Florencio Parravicini | Pedro E. Pico | Alberto Vacarezza | Jorge Newbery | Justino C. Thierry | Arturo Cancela | Juan José de Soiza Reilly | Rudolf Grossmann | María Rosa Oliver | Germán Avé-Lallemant | Nicolás Olivari | Luis Franco | Gerardo Pisarello

## ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

### ***Un enigma literario***

Paul Groussac

### ***Temas existenciales***

Homero Guglielmini

### ***El último reportaje de John Reed***

Dardo Cúneo

### ***Burla, credo y culpa en la creación anónima***

Bernardo Canal Feijóo

### ***Dogma de obediencia***

Leopoldo Lugones

### ***Crónicas del bulevar***

Manuel Ugarte

### ***La Argentina que yo he visto***

Manuel Gil de Oto

### ***El salar***

Fausto Burgos





# Treblinka de los argentinos. Imágenes de la nación: el cine y el Bicentenario<sup>(\*)</sup>

*David Oubiña*

Las formas de representación de la historia del país no suceden de manera independiente de las imágenes que de él se han producido. Ellas están tramada por sus acontecimientos cinematográficos que, en su poder narrativo, marcan cada pensamiento sobre el pasado. La mirada del cine asigna un sentido y puede, en este acto, constituirse tanto en potencialidad para una memoria inquieta como en su reverso cristalizado que obstruye tal búsqueda.

David Oubiña nos ofrece en este escrito una intuición de Argentina a partir de los modos en los que el cine la ha expresado. Nos propone problematizar aquel límite que no ha podido atravesarse: la imposibilidad de mostrar el horror de la última dictadura, un hecho inimaginable e irrepresentable que se transformó en un punto ciego para cualquier imagen. Una abundante discusión de la crítica cinematográfica, nacida a partir de los campos de exterminio de la Segunda Guerra Mundial, es reseñada aquí como parte de un intento por dar cuenta de esta dificultad, advirtiendo que, sin franquear este umbral de lo intolerable, no podrán elaborarse colectivamente los efectos que aquellos agujeros negros comportan en nuestro presente.

Quisiera que este texto sirva como modesto homenaje a mi madre, cuya familia sufrió las persecuciones y los campos de concentración en Polonia, durante la Segunda Guerra Mundial. En Argentina, en la época de la dictadura militar, en los años 70, mi madre vivió con miedo, como todos; pero, en su caso, el miedo adquiría un sentido suplementario, porque era la comprobación horrorizada de que la historia sucede una vez como tragedia y luego se repite también como tragedia.

## I

Una imagen puede darse por satisfecha en el mero reconocimiento de los objetos o puede, en cambio, hacerlos legibles. Observar es (debería ser) una asignación de sentido. En el documental *Profit Motive and the Whispering Wind* (*El incentivo de la ganancia y el viento susurrante*, 2007), John Gianvito recorre la historia de las luchas políticas y sociales en Estados Unidos a lo largo de cuatro siglos; pero lo hace exclusivamente a través de una impresionante acumulación de lápidas y placas conmemorativas. No hay personas, no hay entrevistas, no hay acciones, no hay locución. Sólo la enumeración de monumentos mortuorios. Para que se entienda: durante 58 minutos, la película no hace más que enhebrar una sucesión de imágenes que se mantienen en la pantalla el tiempo necesario para leer un nombre, unas fechas y un breve epitafio que deja constancia de una lucha ineludible. Inspirado en el libro del historiador Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos* (*A People's History of the United States*, 1980), Gianvito muestra una historia de Norteamérica a partir de aquellas

luchas populares que fueron suprimidas y olvidadas en los libros tradicionales: los indios, los negros, las mujeres, los pacifistas, los libertarios, los anarquistas.

*Profit Motive and the Whispering Wind* es uno de los *films* más apasionadamente políticos que se hayan realizado en los últimos años porque, a través de la simple observación, logra extraer de la imagen su dimensión profundamente cuestionadora. Al comienzo, un epígrafe dictamina: “Una memoria extensa es la idea más radical en America [The long memory is the most radical idea in America]” (Claire Spark Loeb). En efecto: el cine puede convertirse, a veces, en la forma más poderosa de la memoria. Lo repito y lo subrayo: sólo a veces. De una manera paradójica, esas escasas oportunidades en que las imágenes nos permiten ver, también dejan en evidencia hasta qué punto las películas no sirven usualmente para esos fines sino, al contrario, para ocultar. Como si ese vínculo con la memoria que se advierte en Gianvito fuera una habilidad que el cine hubiera dejado de lado, un camino poco explorado que permanece como virtualidad o como latencia, y que sólo se ilumina de manera esporádica en la mirada de algunos cineastas.

Mientras veía la película de Gianvito, pensaba cómo podría hacerse una historia de Argentina con materiales similares. ¿Qué lápidas se mostrarían? ¿Qué nombres deberían rescatarse? ¿Qué historia olvidada surgiría de allí? Los primeros *films* argumentales argentinos se realizaron en la época del primer Centenario y fueron películas históricas. En algún caso, el tema es previsible. *La Revolución de Mayo* (Mario Gallo, 1909) estrenada el 24 de mayo de 1910 tenía

por objeto, precisamente, conmemorar los acontecimientos que habían tenido lugar un siglo antes. Resulta curioso, no obstante, que el otro *film* que disputa el título de primera película argumental sea *El fusilamiento de Dorrego* (Mario Gallo, 1909). Pero si se

**Los campos de concentración, las torturas, los desaparecidos constituyen un momento diferencial que pone distancia entre el Proceso y las otras dictaduras militares en nuestro país. Más allá de toda la documentación que ha podido recogerse, el terrorismo de Estado de los años 70 parece resistirse a los *films*. Sin duda porque, en gran medida, esos crímenes resultan inimaginables. Pero, también, porque el cine no ha sabido mostrar eso.**

piensa detenidamente, la imperpetinencia de este *film* en el inicio mismo del cine argentino es sólo aparente, ya que la conspiración contra Dorrego fue un punto de inflexión clave en la historia de la violencia política en nuestro país. “Ése —dijo José Hernández— es el tronco genealógico de todas las desgracias que hasta

ahora vienen afligiendo a nuestra patria. De allí parten nuestros males. La sangre del coronel Dorrego fue la primera que se derramó alevosamente en nuestra guerra civil”. Curiosamente, Hernández coincide en este punto con Sarmiento, quien —erigiéndose en portavoz de la Generación del 37— afirmó que el fusilamiento de Dorrego había sido el gran error de los antiguos unitarios ya que eso había allanado el camino para el “despotismo sanguiinario” de Rosas: “Así se gobierna hoy la República —escribió—, ¡como las reses del matadero!”.<sup>1</sup>

Ese documental sobre Argentina que Gianvito podría haber realizado, ¿debería comenzar acaso con una imagen de la tumba de Dorrego? ¿Y cómo seguiría? Quizá debería visitar —si es que todavía existe— la tumba de

Baigorrita, el último cacique ranquel muerto durante la Campaña al Desierto (1878). O el sepulcro de Cosme Budislavich, primer mártir del movimiento obrero en Argentina (1901). Debería mostrar la sepultura mexicana de Simón Radowitzky (1956) o la lápida de Raquel Liberman, la mujer que se enfrentó a la Zwi Migdal (1935). Deberían verse, también, las tumbas de los obreros metalúrgicos muertos durante la Semana Trágica (1919), las fosas en donde yacen los huelguistas de la Patagonia Rebelde (1920-1921) y la lápida de Severino di Giovanni en el cementerio de Chacarita (1931). Debería mostrarnos la cárcel en la que fue fusilado el general Valle (1956) y el aeropuerto de Trelew en donde fueron capturados los militantes que escaparon del penal de Rawson (1972). Obviamente, los nombres suprimidos de esa historia podrían variar de acuerdo a la perspectiva ideológica del cineasta. Ése no sería, por cierto, un problema. En cambio, la pregunta que habría que hacerse es si realmente sería posible completar esa película. Hay un hecho indudable: forzosamente el recorrido de la cámara se interrumpiría frente a los miles de desaparecidos de la última dictadura militar. ¿Habría que ver las fosas comunes? ¿Los NN? ¿Qué lápidas mostrar? ¿Cómo dar cuenta de la dimensión que ha adquirido la represión política durante los años 70 en la memoria colectiva?

En *Poder y desaparición*, Pilar Calveiro sostiene: “No puede haber campos de concentración en cualquier sociedad o en cualquier momento de una sociedad; la existencia de los campos, a su vez, cambia, remodela, reformatea a la sociedad misma”.<sup>2</sup> Los campos de concentración, las torturas, los desaparecidos constituyen un momento

diferencial que pone distancia entre el Proceso y las otras dictaduras militares en nuestro país. Más allá de toda la documentación que ha podido recogerse, el terrorismo de Estado de los años 70 parece resistirse a los *films*. Sin duda porque, en gran medida, esos crímenes resultan inimaginables. Pero, también, porque el cine no ha sabido mostrar eso.

## II

Es cierto que, a partir de 1983 se han hecho muchos *films* sobre la represión, la tortura, las desapariciones: *Los días de junio* (Alberto Fischerman, 1985), *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1986), *Sentimientos. Mirta, de Liniers a Estambul* (Jorge Coscia y Guillermo Saura, 1987), *La amiga* (Jeanine Meerapfel, 1989), *Sur* (Fernando Solanas, 1989), entre otros. Digamos que, desde *La historia oficial* (Luis Puenzo, 1986) para acá, el cine argentino ha vuelto una y otra vez sobre la cuestión. Claro que el *film* de Puenzo ocultaba más de lo que mostraba y que su única preocupación era dar una respuesta rápida al problema para archivarlo entre los cajones de un pasado deshonroso. Ahí estaban ya todos los elementos necesarios para instalar la versión oficial sobre los hechos: la teoría de los dos demonios, la inmaculada inocencia de la protagonista que nunca supo lo que sucedía y el papel secundario desempeñado por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Vista hoy, ni siquiera parece una película de denuncia. Se podría decir, en cambio, que películas como *Garage Olimpo* (Marco Becchis, 1999) y *Crónica de una fuga* (Adrián Caetano, 2006) sí

se han enfrentado al problema que significa mostrar el horror. Esos *films* muestran. Incluso, muestran demasiado. Son películas sobre la tortura. Pero entonces habría que entender la frase en su sentido más literal: películas *sobre* la tortura, *a propósito de* la tortura. Películas en las cuales la tortura es el tema. Sin embargo, ¿en qué medida logran desentrañar el aspecto intolerablemente humano de las desapariciones más allá de la exhibición morbosa del sufrimiento?

Esto sucede, incluso, en los documentales realizados por hijos de desaparecidos, como *Papá Ivan* (María Inés Roqué, 2000), *Los rubios* (Albertina Carri, 2003) o *M* (Nicolás Prividera, 2007). ¿Qué es lo que ha quedado para ellos? Aun cuando las perspectivas de Roqué, de Carri y de Prividera difieren notablemente en varios puntos, sus películas intentan hacer el duelo frente a esa ausencia. No son retratos del ausente, son la puesta en escena de una ausencia. Funcionan como recordatorios sobre la imposibilidad del cine para dar cuenta de lo que es irreparable. Tal como reconoce María Inés Roqué en *Papá Iván*: “Yo pensé que esta película iba a ser una tumba, pero me doy cuenta de que no lo es, que nunca es suficiente”. Siempre hay algo que se escapa, algo que no se logra capturar y que permanece irreductible afuera del plano. Eso que resulta inimaginable cuando se intenta leer el libro *Nunca más* no ha sido, en efecto, mostrado por el cine.

**Siempre hay algo que se escapa, algo que no se logra capturar y que permanece irreductible afuera del plano. Eso que resulta inimaginable cuando se intenta leer el libro *Nunca más* no ha sido, en efecto, mostrado por el cine. No pretendo descalificar a unas películas como si fueran culpables por no haber sabido mostrar.**

No pretendo descalificar a unas películas como si fueran culpables por no haber sabido mostrar. Mis preferencias personales incluyen *Las veredas de Saturno* (Hugo Santiago, 1989), *El ausente* (Rafael Filippelli, 1988), incluso *Un muro de silencio* (Lita Stantic, 1992); aunque aceptaría que tampoco estos *films* consiguen mostrar. Quiero decir: cada uno se inclinará por determinadas obras en desmedro de otras. Pero ése no es el punto. El problema que me interesa plantear es de un orden más amplio. No tiene que ver con algunos casos particulares sino con una dimensión más general y, quizá, más medular. Tal vez allí, este medio de la visibilidad total que es el cine encuentra su límite. Como si ante el horror (el verdadero horror, no el que provoca el cine *gore*), las películas se enfrentaran a su punto ciego.

Tal vez eso sea inevitable. Pero, entonces, toda la suerte del cine se juega en el modo en que las películas se hacen cargo de eso. Cuando Jacques Rivette desprecia *Kapo* (Gillo Pontecorvo, 1959) y hace el elogio de *Noche y niebla* (Alain Resnais, 1955), explica que la fuerza del *film* de Resnais “procede en menor medida de los documentos que del montaje, de la ciencia con la que se ofrecen a nuestra mirada los crudos hechos, reales, por desgracia, en un movimiento que es justamente el de la conciencia lúcida, y casi impersonal, que no puede aceptar comprender y admitir el fenómeno. Se han podido ver en otras ocasiones documentos más atroces que los recogidos por Resnais; pero a qué no puede acostumbrarse el hombre? Ahora bien, uno no se acostumbra a *Noche y niebla*; es porque el cineasta juzga lo que muestra, y es juzgado por la manera en que lo muestra”.<sup>3</sup> El *film* fue realizado en un

momento en que todavía era necesario demostrar que los campos de concentración habían existido. Si Resnais acierta es porque encuentra la forma apropiada: la oscilación entre el blanco y negro y el color, entre el pasado y el presente no pretende establecer una separación entre dos momentos sino que, al contrario, posee el efecto de una superposición. Uno encima del otro, uno transparentando al otro. En el inicio mismo del *film* queda establecido ese procedimiento: una panorámica comienza sobre un prado apacible y concluye sobre la cerca inconfundible, coronada de alambres de púas, mientras la voz en *off* comenta: “Aun un campo verde, aun un paisaje tranquilo pueden conducirnos a un campo de concentración”. Estamos parados, literalmente, sobre millones de cadáveres.

Puesto que el cine es un medio preparado para registrar la apariencia de las cosas, hay siempre, de manera inevitable, una concesión al espectáculo. Se me dirá: ésa es su naturaleza. Tal vez. Pero entonces los cineastas imprescindibles son aquellos que aceptan hacerse cargo de ese pecado original y comprenden que hacer películas es un intento por dar respuestas concretas a una actividad innoble. Es que, como dice Didi-Huberman, “Todo acto de imagen es arrancado de la imposible descripción de una realidad”.<sup>4</sup> Hacemos imágenes porque el todo no se deja ver. Pero, por eso mismo, en vez de celebrar una mirada satisfecha consigo misma, una imagen auténtica se sostiene sobre la tensión entre lo que un plano muestra y lo que inevitablemente debe obturar para poder mostrar algo.<sup>5</sup> Exhibir no es lo mismo que hacer ver. Exhibir no prueba nada. Todas las imágenes exhiben, pero sólo los grandes cineastas hacen ver.

El interrogante que el Holocausto plantea al cine es, en efecto, ¿cómo hacer ver eso que resulta inconcebible hasta la abstracción con un medio que parece condenado a lo concreto, a los detalles y a la superficie? ¿Cuál es la imagen que haría ver esa paradoja si el cine tiende a ser inevitablemente asertivo y categórico? Las películas siempre parecen mostrar los hechos sin necesidad de mediaciones. El Holocausto, eso que “nunca debió suceder pero sucedió”, posee en el recuerdo un estatuto que tiende a escaparse de los parámetros con que suele definirse la imagen en cine.<sup>6</sup> Es algo imposible y sin embargo cierto, algo cuya misma irrealidad es paradójicamente su condición de existencia. Por eso una película como *Shoah* (Claude Lanzmann, 1985) es lo opuesto de *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993) o *La vida es bella* (Roberto Benigni, 1998), que no se plantean ninguna pregunta y que sólo piensan en el Holocausto como excusa para una historia emotiva y conmovedora.<sup>7</sup> Los espectadores de Benigni y de Spielberg son engañados (o se dejan engañar) por la ilusión de que todo eso sucedió en otro momento y en otro sitio. No los toca. No les compete. Si *Shoah* resulta infinitamente más valiosa es porque nunca clausura la cuestión, nunca cede al consuelo falso, nunca olvida el horror; por el contrario, todos sus esfuerzos están destinados a restituírle su naturaleza conflictiva e irresuelta, su distancia imposible y su cercanía también imposible, su dificultad para ser transmitido y su necesidad imperiosa de ser transmitido. El *film* de Lanzmann es un *film* crispado porque entiende que no se trata de disolver la tensión sino de vivir en ella. Es que, como sostiene Giorgio Agamben, “en este caso el testimonio

vale en lo esencial por lo que falta en él; contiene, en su centro mismo, algo que es intestimoniable (...) Los ‘verdaderos’ testigos, los ‘testigos integrales’ son los que no han testimoniado ni hubieran podido hacerlo (...) Los que lograron salvarse, como seudotestigos, hablan en su lugar, por delegación: testimonian de un testimonio que falta”.<sup>8</sup> La estructura misma de los testimonios sobre el exterminio está determinada por eso que Agamben denomina la “aporía de Auschwitz”: “Por una parte, en efecto, lo que tuvo lugar en los *campos* les parece a los supervivientes lo único verdadero y, como tal, absolutamente inolvidable; por otra, esta verdad es, en la misma medida, inimaginable, es decir, irreductible a los elementos reales que la constituyen. Unos hechos tan reales que, en comparación con ellos, nada es igual de verdadero; una realidad tal que excede necesariamente sus elementos factuales”.<sup>9</sup> Sobre el Holocausto, nunca habremos visto lo suficiente, nunca sabremos lo suficiente. Ésa es la famosa línea de diálogo que Marguerite Duras escribió para *Hiroshima mon amour*. En el *film* de Alain Resnais, el amante japonés desmiente una y otra vez a la actriz francesa que dice haberlo visto todo: “Tú no has visto nada en Hiroshima”, responde él como en una letanía.

**¿Cómo representar el horror, entonces? ¿Cómo dar cuenta del Mal que es, por definición, lo irrepresentable? ¿Cómo representar eso que, ineluctablemente, se escapa a la representación? Sin duda se trata de algo imposible, pero eso no debería ser una interdicción a priori sino la consecuencia necesaria de un renovado intento por representar. Para el cine, no es tanto una capitulación sino una forma de reintroducir esa tensión conflictiva entre lo que se muestra y lo que no se muestra como función constitutiva del plano.**

¿Cómo representar el horror, entonces? ¿Cómo dar cuenta del Mal que es, por definición, lo irrepresentable? ¿Cómo representar eso que, ineluctablemente, se escapa a la representación? Sin duda se trata de algo imposible, pero eso no debería ser una interdicción a priori sino la consecuencia necesaria de un renovado intento por representar. Para el cine, no es tanto una capitulación sino una forma de reintroducir esa tensión conflictiva entre lo que se muestra y lo que no se muestra como función constitutiva del plano. Normalmente, el cine no se plantea estas cuestiones porque sólo trabaja con una de las dimensiones posibles de la imagen. Cuando Godard critica a Spielberg no lo hace (sólo) por motivos ideológicos sino cinematográficos. O mejor: lee la ideología en la forma del *film*: “No basta con odiar al fascismo, no basta con querer atacar a Hitler. Si hago un pésimo *film* sobre Hitler no ataco a Hitler, no estoy realmente en contra de Hitler”. El problema de Spielberg o el de Benigni es que el Holocausto aparece como un tema que se comunica mediante las imágenes pero nunca como un problema formal. Por eso sus planos son siempre apodícticos, demasiado seguros de lo que afirman, demasiado satisfechos de sí mismos. Son imágenes obscenas, como las de la publicidad o la pornografía.

### III

Eso que ocurrió (que sabemos que ocurrió) es irreductible para las imágenes del cine. Pero, entonces, es preciso definir si lo irrepresentable es lo que *no se puede* o lo que *no se debe* representar, es decir: si se trata de una incapacidad o de una prohibición.

Ése es el debate que se planteó entre Lanzmann y Godard a propósito del modo en que el cine debía acercarse al exterminio. Tal como definió Didi-Huberman los términos de esa polémica: “Godard y Lanzmann creen que la Shoah nos pide pensar de nuevo toda nuestra relación con la imagen, y tienen mucha razón. Lanzmann cree que ninguna imagen es capaz de ‘decir’ esta historia y por eso es por lo que filma, incansablemente, la palabra de los testigos. Godard, por su parte, cree que *todas las imágenes*, desde entonces, no nos ‘hablan’ más que de eso (pero decir que ‘hablan de eso’ no es decir que ‘lo dicen’), y es por lo que, incansablemente, revisita toda nuestra cultura visual condicionado por esta cuestión”.<sup>10</sup> Lanzmann renuncia al archivo porque afirma que “las imágenes reales son falsas”, son “imágenes sin imaginación”. No hay archivos y no puede haberlos. El exterminio también fue eso. Por ese motivo, el Holocausto no debe mostrarse. Las imágenes, dice, siempre filtran el horror y, por el solo hecho de ser imágenes –aun las imágenes más horribles–, nos protegen de él. Hacen que resulte más tolerable. De ahí que cualquier exhibición de la masacre sería una concesión al espectáculo, a la curiosidad morbosa y al voyeurismo. Lanzmann llega al extremo de proponer la destrucción de un eventual “*film* maldito” que mostrase la aniquilación desde adentro de una cámara de gas. Dijo el cineasta: “Spielberg ha escogido reconstruir. Ahora bien, reconstruir es, en cierto modo, fabricar archivos. Y si yo hubiese encontrado un *film* ya existente –un *film* secreto, porque estaba estrictamente prohibido cualquier filmación– rodado por un SS que mostrase cómo tres mil judíos,

hombres, mujeres, niños, morían juntos, asfixiados en una cámara de gas del crematorio II de Auschwitz, si yo hubiera encontrado eso, no solamente no lo hubiese mostrado, sino que lo hubiese destruido. No soy capaz de decir por qué. Es evidente”.<sup>11</sup> Para Lanzmann, el exterminio fue planificado mediante una racionalidad tan perfecta como demoníaca; tan perfecta y demoníaca que, incluso, planificó la desaparición de sus huellas. No puede haber imágenes del exterminio pero además, si las hubiera (y éste es el borde peligroso del razonamiento), lo mejor sería destruirlas porque siempre resultarían parciales y, por lo tanto, decepcionantes, engañosas, falsas. Según el cineasta, las imágenes sobre el exterminio le quitarían su carácter de excepción radical.

Para Godard, en cambio, la cuestión es justamente la opuesta. Hay que mostrar. Y cuando Marguerite Duras sugiere que, al fin y al cabo, “*Shoah* ha mostrado”, Godard la interrumpe y dice rápidamente: “No mostró nada”.<sup>12</sup> El problema del cine es que no supo mostrar los campos de exterminio. Es lo que el realizador sostiene a propósito de sus *Historia(s) del cine*: “Todo se había acabado. Todo se terminó en el momento en que no se filmaron los campos de concentración. En ese instante, el cine faltó totalmente a su deber (...) Al no filmar los campos de concentración, el cine ha dimitido”.<sup>13</sup> Todas las imágenes del cine cargan con ese fracaso y aluden a él. Por eso la función del montaje, en el *film* de Godard, consiste en forzar los planos para extraer de ellos eso que no se vio en su momento. *Historia(s) del cine* atrae y obliga a convivir, en una vecindad imposible, a aquellas imágenes que nuestra historia había mantenido separadas. Al hacerlas colisionar, hace

surgir paralelismos imprevisibles, derivaciones impensadas, relaciones *contra natura*. El montaje permite entender lo que no podría advertirse en cada uno de los planos por separado. Al ver un plano documental de una escuadra de bombarderos sobreimpreso a la bandada de pájaros asesinos en el *film* de Hitchcock, al ver el rostro de felicidad de Elizabeth Taylor (en *A Place in the Sun*) junto a los rostros de los cadáveres de Buchenwald, al ver el fusilamiento de un soldado que se mezcla con Gene Kelly y Leslie Caron bailando junto al Sena, entendemos que las imágenes estaban incompletas y que necesitaban cruzarse

David Oubiña





**Es preciso imaginar, dar imágenes a eso que los nazis pretendieron volver invisible. Sin duda, se trata de no fetichizar la imagen; pero confinar el exterminio al plano de lo irrepresentable o de lo indecible es –como sostiene Agamben– concederle el prestigio de la mística. Más bien habría que pensar que si el Holocausto puede ser definido como excepcional no es por su carácter único sino, justamente, por su valor ejemplar: una experiencia traumática capaz de revelar un sustrato general que, de otro modo, no hubiera sido advertido.**

con otras para descubrir todo su sentido. Una imagen sirve, entonces, justamente, para mostrar aquello que no puede (que, de otra manera, no podría) ser visto. Por eso, cuando Godard dice imagen, en realidad dice montaje: esa unidad

doble que surge del cruce o la superposición de imágenes y que tiene la capacidad de hacerlas pensar, obteniendo (como si se tratara de una anamnesis audiovisual) eso que ellas supieron pero olvidaron.

Es cierto que, en la postura de Godard, hay algo de redentor y que su concepción de la imagen se recorta sobre un horizonte de revelación.

Aunque también

debería señalarse que, cuando Lanzmann se opone a la lógica de la prueba (no hay nada que probar, las imágenes no demostrarían nada, lo que sucedió es inimaginable), contradice su propia práctica: su *film* encuentra, por reducción al absurdo, una forma de testimoniar que eso impensable no era realmente impensable puesto que pudo ser concebido y llevado a cabo. Lanzmann lo ha dicho: “El punto de partida del *film* fue (...) la desaparición de las huellas: no queda más que un vacío, y era necesario hacer un *film* a partir de ese vacío”.<sup>14</sup> Es preciso imaginar, dar imágenes a eso que los nazis pretendieron volver invisible. Sin duda, se trata de no fetichizar la imagen; pero confinar el exter-

minio al plano de lo irrepresentable o de lo indecible es –como sostiene Agamben– concederle el prestigio de la mística. Más bien habría que pensar que si el Holocausto puede ser definido como excepcional no es por su carácter único sino, justamente, por su valor ejemplar: una experiencia traumática capaz de revelar un sustrato general que, de otro modo, no hubiera sido advertido.

Ya en 1963, Godard había dicho: “El único *film* verdadero que habría que hacer sobre los campos –que nunca ha sido hecho y nunca lo será porque resultaría intolerable– consistiría en filmar un campo desde el punto de vista de los torturadores, con todos sus problemas cotidianos. ¿Cómo meter un cadáver de 2 metros en un cajón de 50 centímetros? ¿Cómo evacuar diez toneladas de brazos y piernas en un vagón de tres toneladas? ¿Cómo quemar a cien mujeres con combustible suficiente sólo para diez? Habría que mostrar también a los mecánicos haciendo el inventario de todo en sus máquinas de escribir. Lo que sería insoportable no es el horror que se desprendería de tales escenas sino, en cambio, su aspecto perfectamente normal y humano”.<sup>15</sup> Si, en un sentido, el mundo de los campos puede funcionar como el nuestro es porque no se trata de algo enteramente diferente. Es sólo su reverso.

#### IV

¿Cómo filmar, entonces, las torturas, los NN, los vuelos de la muerte? El riesgo es que la dictadura militar se reconozca sólo como el tema de algunas películas de fines de siglo, así como “la explotación rural” fue un tópico reite-

rado en las películas del género social-folclórico a fines de la década del 30 o “la brecha generacional” fue una obsesión para la Generación del 60. El riesgo es que el Proceso se convierta en un telón de fondo para ambientar una historia cualquiera como ha sucedido con el franquismo en el cine español, la guerra de Vietnam en el cine norteamericano o la Resistencia en el cine francés. El riesgo es que todo ese momento oscuro de nuestra historia se fije en la memoria colectiva como un lugar común, es decir, como una forma del olvido. Ese riesgo ya se había planteado en el final de *Noche y niebla*: “Estamos nosotros, que miramos sinceramente estas ruinas como si el viejo monstruo concentracionario hubiese muerto bajo los escombros; nosotros, los que fingimos recuperar la esperanza ante esta imagen que se aleja, como si nos curásemos de la peste de los campos; nosotros, que aparentamos creer que todo esto proviene de un único tiempo y país, y que no pensamos en mirar a nuestro alrededor ni oímos que se grita sin fin”. En efecto, si el exterminio queda confinado al estatuto de accidente monstruoso, entonces se elimina la posibilidad de que pueda ser pensado. Lo monstruoso pertenece al orden de la naturaleza y por lo tanto no es susceptible de ser procesado por la razón. El movimiento de la representación debe demostrar que esa alteridad radical del exterminio no es sino el otro lado (el reverso) de lo propio.<sup>16</sup> Nunca estaremos lo suficientemente lejos de él porque vive con nosotros. En *Lo que queda de Auschwitz*, un testigo relata un partido de fútbol que tuvo lugar durante una pausa del trabajo. Se podría pensar que ahí emerge un rasgo de humanidad

en medio del infierno. Pero, como afirma Agamben: “Ese momento de normalidad, es el verdadero horror del campo. Podemos pensar, tal vez, que las matanzas masivas han terminado, aunque se repitan aquí y allá, no demasiado lejos de nosotros. Pero ese partido no ha acabado nunca, es como si todavía durase, sin haberse interrumpido nunca. Representa la cifra perfecta y eterna de la ‘zona gris’, que no entiende de tiempo y está en todas partes. De allí proceden la angustia y la vergüenza de los supervivientes (...) Mas es también nuestra vergüenza, la de quienes no hemos conocido los campos y que, sin embargo, asistimos, no se sabe cómo, a aquel partido, que se repite en cada uno de los partidos de nuestros estadios, en cada transmisión televisiva, en todas las formas de normalidad cotidiana. Si no llegamos a comprender ese partido, si no logramos que termine, no habrá nunca esperanza”.<sup>17</sup>

Indudablemente soy injusto al decir que el cine argentino no ha sabido filmar la dictadura militar. Aquí y allá, hay películas honestas e, incluso, aquí y allá, hay algunas imágenes sabias en algunas películas honestas. Ya lo he mencionado al comienzo: los ejemplos pueden variar pero, desde 1983 para acá, cada uno podría enumerar lo que ha aprendido en cada caso. No se trata, entonces, de convertirse en fiscal y levantar el dedo para criticar a las películas; pero hay también un riesgo en pensar que ya hemos visto todo cuando, en verdad, la tarea recién ha comenzado. Agamben sostiene que, más allá de la utilidad y la necesidad de los procesos celebrados en Nuremberg, quizás ellos fueron “los responsables de la confusión intelectual que ha impedido pensar Auschwitz durante decenios” porque “contribuyeron a difundir la

idea de que el problema había quedado ya superado”.<sup>18</sup> El derecho no agotaba el problema sino que, al contrario, ese problema puso en tela de juicio al derecho.

**Aun las imágenes más honestas, las más auténticas, las más valientes no logran evitar ese destino un poco tranquilizador del memorial o el monumento. Como si las muertes del Proceso fueran hechos aislados –inhumanos pero aislados– que permanecen confinados en un momento de nuestra historia y no lo que realmente son: el reverso apenas oculto o disimulado de nuestra experiencia cotidiana.**

Si ha sido necesario dictar sentencia, es porque la justicia se ha ausentado. Y en cierta forma, lo mismo puede decirse de los *films* ya que, en este caso, la posibilidad de mostrar los sucesos no hace más que evidenciar de manera extrema la distancia que nos separa de ellos.

Ya sabemos que una imagen no es justa sino justa una imagen. La verdad no posee consistencia jurídica ni estética. Circula por carriles más intangibles y evanescentes. André Bazin ironizaba sobre los documentales etnográficos que se jactan de mostrar a la feroz tribu de caníbales: el hecho de que los cineastas no han sido devorados y han regresado para mostrarnos la película prueba que los caníbales no eran tan feroces o bien que el *film* no es tan verdadero como pretende.

Nosotros también podemos decir que se nos ha mostrado; pero, aun así, todavía no hemos visto nada realmente. Todavía no hemos comprendido lo que significa ver *eso*. Sí, claro: hemos visto las picanas, el submarino, los tabicamientos; hemos visto las violaciones, los secuestros, el síndrome de Estocolmo; hemos visto la ESMA, la Mansión Seré; hemos visto los vuelos de la muerte; hemos visto las fosas comunes. Pero, en cierto sentido, aun las imágenes más honestas, las más auténticas, las más valientes no logran

evitar ese destino un poco tranquilizador del memorial o el monumento. Como si las muertes del Proceso fueran hechos aislados –inhumanos pero aislados– que permanecen confinados en un momento de nuestra historia y no lo que realmente son: el reverso apenas oculto o disimulado de nuestra experiencia cotidiana. El pasado aún no ha pasado. Ni siquiera es un pasado para nosotros. Es lo que afirma Pilar Calveiro: “La acción del terror no acabó el día que cayó el gobierno militar. Hay un efecto a futuro, un efecto que perdura en la memoria de la sociedad (...) Ese efecto de terror diferido, que los militares se han encargado de refrescar con cierta periodicidad, de maneras abiertas o solapadas, cuando amenazan ‘lo volveríamos a hacer’, es quizás uno de los mayores logros del dispositivo concentracionario”.<sup>19</sup>

En vez de celebrarse a sí misma, una imagen auténtica se sostiene sobre la tensión entre lo que muestra y lo que inevitablemente debe obturar para poder mostrar algo.<sup>20</sup> No hay imagen que pueda dar cuenta del horror y, sin embargo, resulta imprescindible obstinarse en dar cuenta del horror. Aun –o sobre todo– cuando se trata de una empresa destinada al fracaso. En esa misma dirección habría que leer la conocida sentencia de Adorno que suele malinterpretarse: no como una interdicción sobre la poesía luego de Auschwitz sino como un rechazo a estetizar el sufrimiento de las víctimas.<sup>21</sup> Cualquier imagen plena resultaría inmediatamente falsa, porque la verdad sólo puede intuirse en la medida en que permanezca incompleta, es decir, mientras siga gravitando sobre nuestro presente. Allí radica la dimensión genuinamente constructiva de la memoria: hacer que el pasado

pueda formular nuevos interrogantes sobre el destino de una comunidad. Quizás, entonces, cuando se celebre el tercer centenario, los que vengan después de nosotros podrán decir que algo han aprendido. Hay una diferencia fundamental entre creer que *ya se ha mostrado* y saber que *nunca se terminará de mostrar* aunque, precisamente por eso (precisamente porque

nunca se puede mostrar), es necesario seguir intentando. No puedo imaginar un objetivo más elevado para el cine argentino de los próximos cien años.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

#### NOTAS

1. José Hernández, *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Editorial Coyoacán, 1962, p. 34 y Domingo Faustino Sarmiento, “El general Fray Félix Aldao”, en *Obras completas de Sarmiento*, volumen VII, Buenos Aires, Luz del día, 1949, p. 262.
2. Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2004, p. 148.
3. Jacques Rivette, “De l’abjection”, *Cahiers du cinéma* n° 120, junio de 1961.
4. Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 185.
5. Véase Serge Daney, “El travelling de Kapo”, en *Perseverancia. Reflexiones sobre el cine*, Buenos Aires, *El Amante*, 1998. Daney, al igual que Rivette, opone el film de Pontecorvo a Noche y niebla, de Alain Resnais. En otro lugar, se refiere al concepto de Blanchot sobre la “escritura del desastre” para referirse a esos “tres manuscritos” de Resnais, “esos tres testigos irrecusables de nuestra modernidad” que son Noche y niebla (1956), *Hiroshima mon amour* (1958) y *Muriel* (1963). El cine de Resnais en los años 60 aparece así como el gran “sismógrafo”, aquel que encontró la forma para contar el acontecimiento fundante de nuestra modernidad (Véase Serge Daney, “Resnais y la escritura del desastre”, en *Cine, arte del presente*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2004).
6. Tomo la referencia del exterminio como “lo que nunca debió suceder pero sucedió” de Silvia Schwarzböck, “La memoria frente al espectador: cómo representar en el cine lo que nunca debiera haber sucedido”, en Pablo Dreizik (comp.), *La memoria de las cenizas*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Patrimonio, Museos y Artes, 2001.
7. Escribe Raúl Beceyro sobre la película de Spielberg: “Los judíos de Schindler, que son los judíos de Spielberg, se salvaron. Aunque parezca inconcebible, *La lista de Schindler*, que supuestamente habla del asesinato de seis millones de judíos, tiene un happy end. Y el final es feliz no sólo porque los judíos se salvan (porque los judíos del film se salvan) sino porque a causa de ese escamoteo, los espectadores salen contentos de ver el film, sin ningún conflicto, porque el film los ha resuelto todos” (Raúl Beceyro, “Los límites. Sobre *La lista de Schindler*”, *Punto de vista* n° 49, agosto de 1994, p. 9). Lo mismo podría predicarse sobre *La vida es bella*, aun cuando el protagonista tenga un final más desgraciado que los prisioneros de Spielberg. El padre del film de Benigni puede morir satisfecho porque ha logrado proteger a su pequeño hijo de los infortunios: su simulacro es tan eficaz que ha logrado borrar la experiencia terrible del campo de prisioneros y ha convertido al exterminio en un mundo de pura ficción. Como si nada de eso hubiera existido. Por cierto, para el niño, nada de eso ha existido y la vida sigue siendo bella.
8. Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo (Homo Sacer III)*, Valencia, Pre-textos, 2005, p. 34
9. *Ibid.*, pp. 8-9. Huyssen también trabaja sobre el funcionamiento necesariamente contradictorio de la memoria: para él, ningún monumento singular podría dar cuenta del Holocausto en su totalidad pero, además, eso tampoco sería deseable puesto que fijaría el recuerdo del horror en una única imagen estática y, en última instancia, decepcionante. Véase Andreas Huyssen, “Monuments and Holocaust. Memory in a Media Age”, en *Twilight Memories. Making Time in a Culture of Amnesia*, Londres, Routledge, 1995.

10. Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, op. cit., pp. 186-187. Sobre esta polémica, véase también, Libby Saxton, "Anamnesis and Bearing Witness: Godard / Lanzmann", en Michael Temple, James Williams y Michael Witt (eds.), *Forever Godard*, Londres, Black Dog Publishing, 2004. El problema es que, como dice Rancière, el enfrentamiento entre los cineastas terminó convirtiéndose en un debate teológico en el que se opuso el verbo a la imagen: "un judaísmo de la palabra" contra "un catolicismo impuro del ícono". La temática de lo irrepresentable deviene así "una especie de confiscación ético-religiosa de los procedimientos artísticos" (Jacques Rancière, "Las poéticas contradictorias del cine", *Pensamiento de los confines* nº 17, diciembre de 2005, p. 17). A propósito de esta oposición estético-teológica, véase, por ejemplo, Jean-Michel Frodon, "Le fameux débat Lanzmann-Godard: le parti des mots contre le parti des images", *Le Monde*, Supplément Télévision, 28 de junio de 1999 y Gérard Wajcman, "'Saint Paul' Godard versus 'Moïse Lanzmann', le match", *L'Infini* nº 65, 1999.
11. Citado en Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, op. cit., p. 145. Sobre los problemas de la representación de lo abyecto, véase también Julia Kristeva, *Powers of Horror. An Essay on Abjection*, Nueva York, University of Columbia Press, 1982.
12. Marguerite Duras y Jean-Luc Godard, "2 o 3 choses qu'ils se sont dites", en *Jean-Luc Godard par Jean-Luc Godard*, tome II (1984-1998), París, Cahiers du cinéma, 1998, p. 146.
13. Jean-Luc Godard, "Le cinéma n'a pas su remplir son rôle", en *Jean-Luc Godard par Jean-Luc Godard*, tome II (1984-1998), op. cit., p. 336.
14. Citado en Libby Saxton, "Anamnesis and Bearing Witness: Godard / Lanzmann", en op. cit., p. 375.
15. Jean-Luc Godard, "Feu sur Les Carabiniers", en *Jean-Luc Godard par Jean-Luc Godard*, tome I (1950-1984), París, Cahiers du cinéma, 1998, p. 239.
16. O, como sostiene Jean-Luc Nancy: aunque no se trata de determinar una estricta necesidad histórica del nazismo, es importante "sustraerlo desde el principio del estatuto de accidente monstruoso acaecido en la historia y a la historia, porque así se lo excluye de toda posibilidad de pensamiento" (Jean-Luc Nancy, *La representación prohibida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 35. Sobre la categoría de lo monstruoso, la historia y la naturaleza, véase Marina Warner, *No Go the Bogeyman: Scaring, Lulling and Making Mock*, Londres, Chatto & Windus, 1998 y Mary Russo, *The Female grotesque. Risk, Excess and Modernity*, Londres, Routledge, 1995.
17. Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, op. cit., p. 25.
18. *Ibid.*, p. 18.
19. Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, op. cit., p. 158.
20. Véase nota 5.
21. Véase Theodor Adorno, "La crítica de la cultura y la sociedad", en *Prismas*, Barcelona, Ariel, 1962.

# Libros del Bicentenario

La Biblioteca Nacional propone la experiencia de la Máquina del Bicentenario. Ponga una moneda en la ranura y verá aparecer un libro en la bandeja de la máquina. Una vieja máquina, en este caso ya en desuso, de expender cigarrillos. También ellos fueron misteriosa moneda de cambio, como lo recuerda casi todo el cine del siglo XX, buena parte de la literatura universal y célebres tangos que no desaparecieron de la memoria urbana. En toda gran urbe, un ciudadano es aquel que rebusca en su último bolsillo una moneda esquiva. Si aparece, aquí tiene la máquina que se la devuelve en forma de libro, con un evocativo estuche de cigarrillos.

*Escritos políticos*  
**Simón Bolívar**

*Las fuerzas extrañas*  
**Leopoldo Lugones**

*Crónicas*  
**Roberto J. Payró**

*Cuentos*  
**Haroldo Conti**

*El organito*  
**Armando y Enrique Santos Discépolo**

*Cuentos*  
**Joaquim Machado de Assis**

*Vida de San Martín. Contada para los muchachos de América*  
**Dardo Cúneo**

*Antología de la joven poesía cubana*  
**Autores varios**

*Las vanguardias estéticas. Manifiestos*  
**Jorge L. Borges y otros**

*Poemas*  
**Juan L. Ortiz**



Reediciones:

*Antología personal* / Juana Bignozzi

*Cosas de mujeres* / Fogwill

*El ombú* / Guillermo Enrique Hudson

*El potrillo roano y otros cuentos* / Benito Lynch

*Esquema de una explicación de un*

*poema de Chaplin y otros escritos* / José Carlos Mariátegui

*Cuentos de la selva* / Horacio Quiroga

*Lenguas vivas* / León Rozitchner

*Cuentos breves* / Diego Tatián

*Las buenas costumbres* / David Viñas

*Apariencias y costumbres* / Eduardo Wilde



## ¿Cómo escribir la historia?<sup>(\*)</sup>

*Por Horacio González*

El Bicentenario se nos ofrece como una imprescindible oportunidad para examinar los modos de pensar la historia. Tal indagación es parte fundamental de los enigmas que atraviesan como fantasmas el discurrir de los pueblos. Y si bien es cierto que la historia se compone de hechos, no menos cierto es que tales hechos refieren a textos. Gran problema para Argentina, puesto que uno de sus textos fundadores, El *Plan de operaciones*, resulta una inagotable fuente controversial. Si los estados emergen de una violencia fundante, su devenir ulterior se produce bajo la marca de la simulación de aquellos cruentos procedimientos que conviven como su sombra secreta. Controversia, entonces, alrededor de un texto vindicatorio de aquella violencia a niveles extremos.

Horacio González reflexiona, a partir del debate sobre la redacción del “Plan”, acerca de la autoría de los documentos históricos, el papel de los “peritos caligráficos” en la determinación de la veracidad de tales pliegos y la relación entre escritura y tiempo histórico. ¿Es posible la tarea del historiador? ¿Bajo qué condiciones una escritura puede enfrentar el dilema de la historia? ¿Cómo capturar el sentido de los acontecimientos a través del lenguaje? ¿Es la escritura una forma de confiscación de la vitalidad del tiempo? Revisar los rastros de los textos de la historia pone nuestra existencia colectiva en estado de deliberación e incertidumbre.

Desde los primeros historiadores, Tucídides, Heródoto, hasta los historiadores que hoy nos gusta leer, encontramos un problema inherente a la materia histórica: la historia es un acto de lectura, el acto de un lector. Puesto que a pesar de que intuimos ser parte de la historia, cuya facticidad no ponemos en duda, también la leemos. Hay un estado de la historia que se nos aparece en forma de escritura, al igual que las novelas, una carta íntima o un *e-mail*, y por lo tanto es posible juzgar el modo en que se escribe la historia, y hacer una pregunta aun más interesante: ¿quién escribe la historia? Frente a la historia, seremos muchas cosas, pero también somos alguien que la lee y puede preguntarse quién la escribe.

Ésa es la pregunta que puede imaginar el historiador respecto de la certeza o incerteza de los documentos que maneja, es decir, de aquello que testimonia lo ocurrido. Se supone que hay hechos, sucesos que pueden ser recortados antes de cualquier escritura o hipótesis, como forma bruta de la realidad, como forma primera que nos lleva a una suerte de empirismo salvaje de lo histórico: un ocurrir originario. Para decirlo de una manera más aceptable: los documentos de la historia son pensados en general bajo la forma de una autoría, que aun siendo colectiva, no nos permite dudar del hecho de la existencia de sujetos de la autoría de los documentos de la historia, autores de los restos o mendrugos de los acontecimientos que llegan hasta nosotros bajo forma de textos. Frente a una historia tan amplia como la del género humano, con una autoría a priori indiscernible, ella se nos escaparía en miles de situaciones diversas a no ser que acudamos a aquello sin lo cual

nuestra vida no sería pensable: autorías singulares, individuales, personas que realizan identificaciones de los sucesos a la escala de la vida humana. ¿Pero cómo tener certeza sobre los documentos del pasado, desgajados de la experiencia vital que les dio origen? De tanto en tanto, documentos de autoría asegurada, caen al acervo indiferenciado de la producción colectiva de los hechos y se convierten –por así decirlo– en una episteme.

¿Quién escribió el *Plan de operaciones* de Moreno o a él atribuido? Evidentemente esta discusión, dentro de la historiografía argentina, es muy rica precisamente por la incerteza sobre su autoría. Es tan interesante atribuirle la autoría a los documentos como suponer que los documentos tienen un vacío que nos lleva de la certeza de un autor, a la idea de una escritura realizada bajo el signo de lo incierto, de distinta índole. Esta discusión que no cesa, sobre un *Plan de operaciones* redactado en 1810, en el que se promete toda clase de medidas atípicas e incluso sanguinarias contra los enemigos, forma parte de aquello que ejemplifica lo que afecta íntimamente al régimen de la historia. Se trata de la pregunta sobre quién escribe los documentos, y qué relación guardan esos documentos con los hechos ocurridos bajo su permanencia, su sombra, su influencia, su capacidad de definir el orden de los acontecimientos. Esta pregunta nos lleva inevitablemente a la relación entre los pensamientos y las cosas.

Si hay incerteza en un documento, podemos pensar que ella se extiende a todo el régimen histórico, y creer que la historia, de una manera incierta, hace temblar nuestra propia presencia en el mundo social, político,



administrativo. La duda y el debate sobre la autoría representan el estado real de los documentos.

Ante el debate no sabemos bien cómo acudir a reservas del lenguaje inmediatas que adviertan claramente la presencia de dudas sobre el origen de los documentos. Por ejemplo, si

**Ese género de cuestiones pertenecientes al sujeto colectivo no podría tener validez si no contara con aquella reserva última que genéricamente llamamos “nuestras vidas”, y ese plural, es precisamente nuestro último consuelo de poder afectar a una vida que es la nuestra, algo que siempre deseamos, y ponemos en duda, puesto que descreemos de que nuestra vida sea tan importante como para que en ella repercuta un asunto de la humanidad.**

nos referimos al *Yo acuso* de Émile Zola no podemos imaginarelnismo sentimiento. Está claro que alrededor de ese texto hay un sinnúmero de aclaraciones posteriores del propio autor que reafirman lo escrito y su texto, que posee una vocación de dirigirse hacia la humanidad, se

sostiene sobre un tono excelso que no deja lugar a dudas sobre su remisión a una autoría. Sin embargo, un “plan de operaciones” nos deja siempre el sentimiento de estar escrito por un sujeto colectivo: la época.

El *Yo acuso* introduce un elemento interesante en la historia puesto que es una historia ideada por un individuo que se atribuye a sí mismo la capacidad de tomar en sus manos el punto enunciativo originario, es alguien que acusa, alguien que es “yo”, firmado por Émile Zola. Y además, un “yo” que en el escrito desafía a quienes quieran llevarlo al juzgado.

Zola acusa a tres generales, un coronel, y al mismo tiempo a los peritos calígrafos que habían fraguado la documentación por la cual el capitán Dreyfus estaba siendo enviado a juicio,

acusado como espía de Alemania. En rigor, se da una íntima relación entre quien escribe sobre la historia, y el escritor que sabe que de algún modo la historia lo contempla, lo vigila, lo contiene. En esa relación, el primer problema de interés es el del vivir común: no hay ningún problema teórico, filosófico o historiográfico que no nazca como un problema común a nuestras vidas con la de los demás. Ese género de cuestiones pertenecientes al sujeto colectivo no podría tener validez si no contara con aquella reserva última que genéricamente llamamos “nuestras vidas”, y ese plural, es precisamente nuestro último consuelo de poder afectar a una vida que es la nuestra, algo que siempre deseamos, y ponemos en duda, puesto que descreemos de que nuestra vida sea tan importante como para que en ella repercuta un asunto de la humanidad. Pero ante ese escepticismo está el “Yo acuso”, que establece una capacidad de reaseguro para los historiadores que, desde ese momento, ya no pueden dudar sobre quienes escriben los documentos. En este caso, Émile Zola lo escribió de una forma denodada, pensando letra por letra, anticipándose incluso a la posibilidad de ser juzgado, sabiendo que estaba interviniendo en el nudo mismo de una cuestión política injusta, pero no una injusticia que podía afectar a millones, no una gran matanza, ni una hecatombe, un holocausto, sino una injusticia translúcida que afectaba a un solo hombre, un capitán del ejército que además era judío. Escribía así desde un universal categórico, lo que afecta a un hombre los afecta a todos. Y ahí estaba el núcleo de la cuestión francesa por excelencia, se juzgaba al judío no por razones administrativas ni de seguridad

estatal, sino por un trasfondo socialmente oscuro que Zola se ve destinado a denunciar: pueden juzgarme, llevarme a tribunales, pero estoy seguro de que los generales mintieron y los peritos calígrafos también.

Desde allí la cuestión caligráfica adquiere gran interés, ya que Zola los presenta como peritos que han mentido. Apunta sobre ellos y los ataca más que a los generales, señalándonos que para este tipo de problemas históricos era más importante atacar a los calígrafos por haber sido quienes fraguaron su juicio respecto a documentos incriminatorios.

Es decir que el documento llamado *Yo acuso* tiene la misma complejidad, aun siendo de un autor muy claro, que la que tiene el llamado *Plan de operaciones* de Mariano Moreno. Si ponemos en primer lugar a la historia sobre la hipótesis de que se trata de un problema de peritajes, vemos que ella exige peritajes de conceptos. Pero además de este juicio a los conceptos, también es preciso para la historia que alguien juzgue a los peritos. Poner en duda el supuesto de un peritaje neutral, introducir la idea de que en medio del peritaje podemos cesar el juicio crítico, es el valor del *Yo acuso*, valor presente en la historia intelectual del siglo XIX y del siglo XX. Éste es el juicio a los que enjuician la escritura de la historia.

Los que hicieron el peritaje al *Plan de operaciones* descubrieron que no se trataba de la letra de Moreno, sino de un espía de una corte que se adjudicó falsamente la autoría del político. En un caso tenemos una historia regida por un documento que probablemente sea lo que un espía le adjudica a Mariano Moreno, y por otro lado están los peritos caligráficos del presente para

decirnos que no es la letra de Moreno. Tenemos entonces a la historia bajo una cierta capacidad de aparecer incierta en su autoría, y además con la exigencia de que haya peritos caligráficos que auxilien al historiador. En el *Yo acuso* contamos con la idea de enjuiciamiento a los peritos caligráficos, que serían aquellos a quienes nosotros reclamaríamos que nos dijese la verdad sobre la escritura de Moreno.

En rigor, la historia bajo el peritaje caligráfico nos remonta a un sentimiento profundamente antiguo, arcaico. La escritura lleva a la investigación de la identidad, y lleva también a la falsificación de la identidad. Hoy, este problema lo recorreremos en una época en que el puño y letra se defiende pobremente ante los demás artificios de escritura, sobre todo desde la existencia de operaciones mecánicas sobre la escritura, por no hablar de las informáticas (no en vano, escritores importantes, entre ellos Borges, reservaron un último quejido de desaprobación ante la máquina de escribir, un quejido modesto y pudoroso). Creo que la crítica, ante el avance de las sustituciones mecánicas e informáticas, en competencias de la identidad antigua, debe ser pudorosa en su manifestación, es decir: aceptando que alguien tiene que hablar en contra de eso, alguien que debe tener un recóndito sentimiento de justicia pero de comprensión también respecto a la humanidad que espera la novedad científica y tecnológica.

**Creo que la crítica, ante el avance de las sustituciones mecánicas e informáticas, en competencias de la identidad antigua, debe ser pudorosa en su manifestación, es decir: aceptando que alguien tiene que hablar en contra de eso, alguien que debe tener un recóndito sentimiento de justicia pero de comprensión también respecto a la humanidad que espera la novedad científica y tecnológica.**

Las artes arcaicas de la identidad, como los efluvios tecnológicos, remiten a la posición ética del historiador frente al documento. Si estamos medianamente acertados en la indicación de este contraste, el *Plan de operaciones* es un documento central de la historia argentina, un documento que tiene por objetivo señalar la presencia de la violencia en la historia, en tanto sostiene que no hay operaciones sin violencia. Además se habla de una violencia explícita, se menciona la sangre, y la historia aparece como algo incómodo para una nación. Pero hay también la sangre de la inautenticidad o no del escrito.

Las naciones se fundan bajo un régimen de disimulo, de encubrimiento; son un lugar de convivencia gracias a esas artes de la simulación. No se invoca a una nación por parte de personas que, aun destinadas a producir altos grados de violencia y derramamiento de sangre, lo hagan para decir que de eso se trata: de producir guerras y matanzas. Hay un núcleo de violencia sanguinaria fundante, y sin embargo las naciones no son sólo así, si no sería impúdico sentirse parte de ellas. Son también otro movimiento que acompaña la violencia, el que señala que no es correcto explicitar la veta interna de conformación de las naciones a través de actos de crueldad y sacrificio.

Supongamos que la del *Plan de operaciones* era una violencia justa, una violencia fundadora, casi de carácter mítico, como suele decirse. Sin embargo, una nación no puede tomar ese documento como bandera, un documento en el que hay una jactancia en el derramamiento de arroyos de sangre. Por más que la causa sea justa, las naciones tienen su justicia, y los textos que sostienen el empleo de la

violencia son siempre documentos laterales. Predomina la idea de que son necesarios los otros documentos, los de condena a los crímenes de guerra, por eso el libro de Alberdi, inocente como es, tiene fuerte autoría y argumentación aunque completamente ingenua, ya que no hay ninguna historia que se desarrolle como él la describe. Es el documento de un utopista que ni siquiera tiene lo que han tenido mucho utopistas, como por ejemplo Tomás Moro, quien nombra y describe la violencia de la historia, y lo hace con un grito de sarcasmo respecto de una sociedad que así como está vive destinada a la violencia.

Por más que el libro de Alberdi sea ingenuo, nos gusta leerlo, y de ningún modo puede descartarse la idea de que en historia nos guste leer algo, aunque sepamos que no sea cierto. Y al mismo tiempo, nos produce un sentimiento de profunda incomodidad leer aquello que sentimos que es cierto, localizado en la certeza de la mortandad y la inmolación. De modo que el lector es aquel que elige entre su comodidad para lo correcto y aceptable, o su incomodidad frente a los temas de la condición tremenda de los humano.

Cuando a cierta hora del día queremos sentirnos incómodos, efectivamente leemos lo que la historia promete como vindicta, el *Plan de operaciones* de Moreno; si queremos sentirnos más cómodos, aunque irreales, leemos el *Yo acuso*, donde un individuo pudo torcer con riesgo, pero buenamente, una historia, o leemos a Alberdi, generoso y abstracto, pero que nos causa el gusto por las pasiones fértiles. Cuando nos sentimos abrumados por tener que leer lo que no nos gusta y que es real, leemos lo que nos gusta aunque sea irreal. Ésa es la condena del lector

en general, y también la condena del lector de la historia, es decir, del que también debe escribirla como historiador novato o avezado.

La ética es un conjunto de justificaciones y autojustificaciones que actúan en manuales de historia y en socavón de nuestra conciencia, el reverso de esos manuales. Justificaciones en tanto pensamos que tienen validez universal; autojustificaciones en tanto preferimos que esas normas de validez universal pasen también por aquello que ligeramente imaginamos que nos conviene aceptar para nuestro propio placer, nuestra conveniencia o fines que no atinamos a reconocer del todo en nuestra conciencia. En ese sentido, la ética del historiador presupone también partir de la pregunta sobre *quién* escribe los documentos, contra quién se escriben los mismos, y si hay un régimen de validez en la autoría que afecte en definitiva el acto de escribir la historia. Si no se sabe decir, al cabo, si ocurrieron o no los hechos, de nada vale leer bien los documentos. O vale, sí, si nos desprendemos de los hechos. ¿Estamos dispuestos a hacerlo? No, pero igual debemos hacer esa pregunta.

Lograr una respuesta adecuada de la relación entre autoría discernible y autoría indiscernible es la tarea del historiador. Se equivoca el historiador acostumbrado al juego de la historiografía argentina, que por el hecho de que algunos digan que el *Plan de operaciones* de Moreno no pudo haber sido escrito por él, afirman su autoría sin bases ciertas; pero también se equivocan los que condenan absolutamente la autoría de Moreno porque acaso nos daría un Moreno prácticamente asesino. Reincidimos, una nación se funda necesariamente en la violencia, pero odia tener que decirlo, y el *Plan*

*de operaciones* de Moreno pone en crisis esa idea, ya que en este documento se proclama la violencia como elemento inmanente a la fundación de la nación. Ahora bien, este texto era reservado, clandestino y circulaba en las entretelas últimas del Estado. Surge otro problema: ¿hay documentos clandestinos, minutas de reuniones sigilosas del Estado que no estén destinadas al conocimiento público?

La pregunta por *cómo* se escribe la historia incluye un nuevo problema: ¿puede haber en la historia algo desconocido por el espíritu entusiasta y optimista que cree que todo lo que ha ocurrido pasa indefectiblemente a la visibilidad? Los partidarios de una historia cíclica suponen que la historia es muy conocida, basta esperar su nuevo paso. Los partidarios de una historia abierta, sin autor y sin sujeto –hipótesis que circula desde las últimas décadas del siglo XX–, se complacen en ver la historia como aquello que pone a los hombres frente a un enorme capricho, que los convierte en sus juguetes. La gran frase de Marx en el *18 Brumario* –“los hombres hacen la historia”–, reconduce al mismo problema. Siguiendo este pensamiento, la historia puede ser totalmente conocida por el historicista, pero la frase de Marx concluye: “los hombres hacen la historia, pero no en condiciones conocidas por ellos”. Ésta es la frase que toma Tulio Halperin Donghi, y de allí la dificultad de su lectura, dado que ha cumplido con el propósito de regir una escritura de la historia a partir de esta paradoja: nunca se conocen enteramente las consecuencias de las acciones realizadas por los hombres.

Marx en el *18 Brumario* hace el último esfuerzo, como gran historiador que fue, para escribir una historia que dé cuenta

de la superficialidad del conocimiento de los hombres respecto de sus acciones que determinan los procesos históricos. Sin embargo, más adelante, instala una utopía, la posibilidad de una sociedad en la cual todos los hombres saben efectivamente lo que hacen.

Este conjunto de problemas puede ser conjugado bajo la forma del peritaje caligráfico de la historia, es decir: ¿es posible saber lo que hacen los hombres?, ¿es posible que haya un perito caligráfico que en el tramo final nos diga que nuestra historia estaba falsificada, que no pertenecía a autorías verídicas y atravesaba senderos equivocados?

El historicista diría que no, dado que el recorrido realizado posee una validez interna que se auto certifica. El moralista diría que sí, que es posible analizar enormes tramos de la historia humana bajo la lupa de una prédica y

una pastoral. En este caso, ¿cuál de los dos tiene razón? Cuando el historicista habla, intenta aceptar todo lo humano, incluso sus momentos más agrios y violentos, pero luego no puede evitar trasladar la imaginación a un momento liberado, donde el conocimiento perfecto de las acciones permiti-

tiría –según él– evitar la violencia, hacer reinar a la justicia, y finalmente terminar, quizá, con la idea misma de historia, dado que se liquidaría su hilo pasional, su incerteza documental.

Recurro ahora a *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, un documento asombroso de la expresión novelística y memorística que revela todas las complejas operaciones que es necesario efectuar para evitar el *Yo acuso* y al mismo tiempo profundizar el pensamiento sobre el mismo problema. El tema o el problema de Proust es la pregunta por cómo escribir el tiempo, cómo evitar que se escape algo de los hechos primitivos y originarios que ocurren en un plano que llamamos “el tiempo”, un lugar pasible de modificaciones en las que no puedo intervenir, en tanto me modifico cada vez que lo hago. En ese río interminable de las vidas, la escritura pasa a ser parte del flujo y ya no puede hablar más, o bien da un paso al costado de ese flujo indeterminado y abrupto, que avanza a borbotones, y desde ese costado puede nombrar algo de ella. Así se produce entonces el enigma: ¿hay algo afuera del tiempo histórico? Para fusionar historia y tiempo, Proust escribió *En busca del tiempo perdido*, y el resultado está a la vista: una gran dificultad en la lectura. Cuando se termina un párrafo, lleno de subordinadas, alegorías y desnudamientos de operaciones sigilosas de la memoria, se genera una gran felicidad en el lector, dado que se comprueba la felicidad profunda de la lectura, la del lector histórico, al comprobar que el tiempo y la escritura pueden fusionarse en un solo punto. Un tema presente también en Macedonio Fernández, donde la escritura podía apresurarse y recibir la idea del tiempo en un lugar donde la escritura ya se había anticipado, o al contrario, la escritura retrasada corría la carrera del tiempo y el lector podía pedir al escritor que no escribiera tan rápido porque el lector no lo alcanzaba, o que acelerara el escrito, porque el lector ya había avanzado sobre el abismo. Para esto, la escritura necesita

**Borges y Proust son dos maestros de historiadores. En sus obras se disuelve el yo para dar lugar a una gran coreografía entre tiempo y lenguaje, en el que se encuentran y desencuentran. Y luego el lector, que siente la felicidad ante el logro de esa fusión, se ve rozado por una literatura que se hace necesaria al capturar al tiempo y el tiempo se hace necesario al provocar la forma más quebradiza posible de una escritura que, sin embargo, no termina por disolverse en la temporalidad.**

servirse de más instrumentos de los que cuenta el profesional, instrumentos de la memoria, con sus puntos y comas, con sus subordinadas y sintaxis. ¿Cómo se consigue esto, si el punto y coma, el signo de admiración, precisan de la frase estática o bien la convierten en tal?

Proust da una enseñanza a toda la historiografía, y sobre todo a la francesa que culmina en Foucault, autor de textos que ya están devorados por el flujo de la memoria y el olvido, intentando desbordarla para dirigirse a un lector que descubre el intento de fusionar tiempo y escritura, de escribir el tiempo que de algún modo es refutarlo. Porque esa fusión implica restituir al hombre en la naturaleza, tema real del riesgo de este tipo de acceso a la memoria. Ése es también el tema íntimo e interno de la literatura de Borges, pero él lo resuelve con otra escritura que simula ser limpia y clara; lo consigue.

Borges y Proust son dos maestros de historiadores. En sus obras se disuelve el *yo* para dar lugar a una gran coreografía entre tiempo y lenguaje, en el que se encuentran y desencuentran. Y luego el lector, que siente la felicidad ante el logro de esa fusión, se ve rozado por una literatura que se hace necesaria al capturar al tiempo y el tiempo se hace necesario al provocar la forma más quebradiza posible de una escritura que, sin embargo, no termina por disolverse en la temporalidad.

Esa dialéctica, de disolución y emergencia sobre el tiempo, es también el drama de la escritura del perito caligráfico. En Proust no hay peritos, pero de algún modo el *yo*, que nunca se comprueba, es un *yo* también partidario del capitán Dreyfus. Sin embargo para Zola es fácil la idea del *yo*, por eso tenemos en esta rela-

ción Zola-Proust, dos literaturas, dos posiciones del perito caligráfico, dos formas yoicas y dos formas de la memoria totalmente incompatibles, donde la novela se convierte en expansión del artículo *Yo acuso* aparecido en el periódico.

Hoy vivimos una política degradada, no hay acusaciones que tengan el fuerte sello del *Yo acuso*, porque en Argentina, como en otros países, se piensa que los problemas políticos no tienen ninguna relación con la pregunta sobre cómo escribir la historia. En consecuencia, la historia se nos presenta como narración de un autor, de un personaje, que cree que la historia no le atañe. Este punto nos lleva al modo en que Marx se convierte en historiador, no sólo en el *18 Brumario*, sino en *El capital* donde señala y aísla la idea de que la historia también habla de aquellos que dicen ser indiferentes a sus hechos. Este gesto de desafección lo puede ejercer un individuo o también un colectivo social. “De ustedes la historia está escrita”, esta frase de Marx va dedicada a los alemanes, a quienes supone riéndose de *El capital* como libro de historia, creyendo que anuncia un horizonte nefando que los alcanzaría.

El marxismo es, finalmente y desde el punto de vista histórico, la inminencia del estallido de una teoría en nombre de casos de la historia. *El príncipe* de Maquiavelo es un libro enteramente de casos, ejemplificador, en el que se sostiene la tesis de que los hombres hacen la historia y, en general, la realizan bajo formas abominables que hay que elogiar. Esta paradoja de Maquiavelo nos lleva a una paradoja mayor; a preguntarnos si él creía efectivamente lo que escribía, o si sólo lo escribía por sentirse frente a una obligación que rebasaba su agrado o desagrado.

Volviendo a Marx, en su obra encontramos un despliegue histórico en ciertos capítulos, y en otros la teoría de la reproducción de un signo, al que llama mercancía. Signo que los alemanes desestimaban dado su contexto histórico en el cual el capitalismo no había llegado a asentarse definitivamente.

“De ustedes habla la historia”. La frase apunta, en primer lugar, a una ética de la responsabilidad, a un hacerse cargo de que el capitalismo va a llegar. Pero qué diríamos los hombres del presente

ante el “de fabula narratur”, a quién se lo diríamos, qué les está por llegar a los argentinos en la historia del presente. Marx nos habla de sustituciones. Lo que debería ser en la escala de los hombres diáfano, es sustituido por algo malo, por un fetiche. La mercancía es ese fetiche: es el Mal, y esa proposición lleva sus alcances a una historia de la escala de la humanidad, y funda lo que tantos vieron como el humanismo marxista. Ahora bien, “de fabula narratur” está dirigido a aquellos incautos que creen que no serán alcanzados por el Mal.



Emile Zola

En la escritura de la historia hay una suerte de vaticinio, que está en los escritos de los grandes historiadores, Ranke o Michelet, y que en el segundo aparece bajo una pregunta muy profunda: ¿es posible que los hombres contemporáneos vivan algo parecido a lo que vivieron los del pasado? Podemos concebir que los hombres del pasado nos arrojan una piedra con un mensaje de salvación: “compréndannos porque si no, no van a poder imaginar su verdadera vida; no somos meros objetos calcificados de la historia”. Michelet dice: “Podré escribir la historia si al pasar frente a esta abadía del siglo XII puedo sentir yo mismo lo que sentían los parroquianos, ese sentimiento que llevaba a los campesinos a obedecer las campanas de la iglesia”. ¿Acaso no es un acto de desesperación ese intento? De ahí viene una escritura que necesita muñirse de los instrumentos simbólicos necesarios para sostener que no sería digno escribir sobre aquellos hombres, si no se sintiera lo que ellos sintieron. A lo que inmediatamente puede responderse que haría mejor la historia un marxista más primario o elemental. No podemos abocarnos al sentimiento de hombres de otras épocas, imposible de reconstruir, sino ver las fuerzas productivas y el modo en que engloba lo que después se llamó el contexto histórico social. Si intentáramos sentir lo que sintieron los hombres del pasado, quedaríamos detenidos en devaneos que nos llevaría años resolver, sin poder extraer de ellos ningún tipo de escritura.

Lo historiadores argentinos, de algún modo, acataron ese sentimiento de Michelet y llamaron a eso, siguiendo a la historiografía francesa, “historiar las mentalidades”. La historia

de las mentalidades es una historia de larga duración, cambia sobre mojonos que resisten cambiar. Este tipo de escritura lleva la historia a la ficción, pues también este tipo de historia ya provenía de la ficción, concretamente de la idea del tiempo perdido y recobrado de Proust, y es allí donde se introduce un problema narrativo fundamental. ¿Tenemos derecho a hacer ficción de la historia, o es preferible hacer una ficción oculta? Creo que ése es el partido que toma Groussac con su libro sobre Liniers, quien termina diciendo “yo soy Liniers”, aunque lo haga ocultamente. Sin embargo nos hace creer la existencia de cierta vivacidad en los documentos, que lleva a postular que la sentimentalidad política de los hombres de principios del siglo XIX es muy similar a la de los hombres de principios del siglo XX. Pero si dijéramos que cada año aparece una sentimentalidad diferente, que cada diez años o menos emerge una nueva subjetividad, que cada nuevo invento de Bill Gates, o nueva forma de relacionarse por Internet daría como fruto una nueva subjetividad, como en los últimos años se sostiene, estaríamos frente a una humanidad mucho más interesante, que a partir de cada adelanto tecnológico produce una nueva subjetividad. ¿Pero más interesante realmente?

Me temo que las cosas no sean exactamente así. Hay un núcleo de hipótesis de sentimentalidad que atraviesa los medios de producción, las innovaciones tecnológicas y que, sin ser enteramente calcáreo, mantiene ciertas resistencias frente al cambio. Ésa es la gran hipótesis de Lévi-Strauss, quien incluso exagerando, dice que el pensamiento es como una piedra



en su relación con el tiempo, es decir: siempre se piensa lo mismo y se establece el mismo arte combinatorio.

Leemos en el *Liniers* de Groussac el capítulo de la negociación del marqués de Sassenay, el hombre enviado por Napoleón a la ciudad que en esa época era reconocida como una factoría dominada por la elite mercantil contrabandista. A esa factoría llega el marqués de Sassenay a hablar con Liniers que permanece en

**Una de las grandes hipótesis de lectura de Martínez Estrada es que se puede leer de muchas maneras, pero quien lee los grandes textos sin revolcarse en el suelo, sin que le pase nada como si se tratase de la reproducción de momentos arcaicos ya inviábiles, si alguien al leer no siente lo invariante, el hecho de que los problemas no han cambiado, es un necio y no está leyendo. Este tipo de autores que intentan introducir nuevos conceptos de lectura, de relación con grandes fórmulas narrativas de carácter “eterno” pueden ser tratados como locos.**

el Fuerte, y que sabe que debe recibirlo dado que fue él mismo quien escribió una carta de su puño y letra a Napoleón, informándole que era un francés quien estaba gobernando el Río de la Plata luego de haber triunfado contra los ingleses. Pero ya se habían enraizado las cosas, Liniers no está seguro de recibirlo y lo trata fríamente. Groussac cree que su problema en la

vida intelectual argentina, al verse como un extranjero al frente de la Biblioteca Nacional, es igual que el de Liniers. Cree que tiene que pensar, llegar a experimentar en carne propia, lo mismo que Liniers sintió aquella noche ante la llegada del enviado de Napoleón.

“De fabula narratur” es suponer que hay momentos de la conciencia humana, de la conciencia colectiva y social, que permiten una idea del tiempo que puede ser entendida, en su lento y trabajoso andar, afirmando que los hombres no dejan

de parecerse entre época y época. Es posible entonces un Marx vaticinante, en tanto no era posible ser Marx sin dejar deslizar la idea de que había una historia resuelta al final del camino.

Es imposible desentenderse de que toda historia escrita no puede dejar de hablar de la conciencia crítica de cualquier forma de la humanidad. Los libros de historia, si no precisan esto, son sólo libros menores. Cuando un escritor que no es novelista toma categorías de la novela, de la narración teatral o la ficción, se abren diversas entradas al tema. Una es el acompañamiento a pie de página, con cierta pretensión de brillo literario, sobre un tema del cual la literatura es mera anexión u ornamentación, colocada desde fuera del problema. Esto es lo que actualmente ocurre respecto a la escritura historiográfica académica. Otra de las vías posibles para establecer la relación entre ficción e historia es el ingenio, la invención de palabras que vienen a suplantar conceptos ya instalados, como lo hace el historiador Alain Rouquié, que en lugar de nombrar a una oligarquía terrateniente agro-exportadora, los llama los “baron beef”, o barones del bife.

En el caso de Marx con Shakespeare, no es fácil saber si se trata de meros aderezos de pie de página, o si intervienen revulsivamente al interior de la teoría. Está muy presente en Shakespeare la idea del hombre dramático, de la locura y de que la historia ya está escrita pero en líneas secretas. ¿Por qué seguimos leyendo *Macbeth* o *Hamlet*? Porque de algún modo, no les hicimos caso a los necios que creen que los grandes textos no están escritos para ellos, es decir, aquellos que no leen de verdad. Una de las grandes hipótesis de lectura de Martínez Estrada es que se puede leer de muchas maneras,

pero quien lee los grandes textos sin revolcarse en el suelo, sin que le pase nada como si se tratase de la reproducción de momentos arcaicos ya inviables, si alguien al leer no siente lo invariante, el hecho de que los problemas no han cambiado, es un necio y no está leyendo. Este tipo de autores que intentan introducir nuevos conceptos de lectura, de relación con grandes fórmulas narrativas de carácter “eterno” pueden ser tratados como locos.

Marx toma la idea del viejo topo aparecida en *Hamlet*, en el momento en que aparece el rey, y Hamlet hijo le dice: “Has cavado bien, viejo topo”. Marx, sin mencionar que es de *Hamlet*, termina el *18 Brumario* diciendo que la revolución es el viejo topo, y que finalmente se va a aclarar esta historia, tan parecida a una

pesadilla, en la que los muertos hablan por los vivos, las personas se creen romanas en lugar de francesas, todo está mal; todo ocurre en términos de una sustitución. La pesadilla acabará cuando los hombres pongan la historia sobre sus manos y digan: “Ésta es mi verdadera historia, basta de fantasmas”; y en ese momento, los hombres podrán hablar como el padre de Hamlet, “has hozado bien, viejo topo, has hecho bien tu tarea subterránea”; hasta que podamos ver la luz, deberemos cruzar el mundo de pesadillas para, de una vez, tener la historia en nuestras manos. ¿Ésta es sólo una metáfora que acompaña la teoría?

El modo en que el mundo metafórico ingresa al mundo real, y la forma en que las palabras escapan a nuestro control, es un problema que aparece al leer los

Horacio González



diarios, al leer historia, en cualquier conversación de amigos. No existe otra manera de conversación que ésta, sucia, en la que el viejo topo actúa permanentemente hasta que alguna vez —parafraseamos a Marx—, podamos vaticinar el momento en que los hombres por fin se detendrán a ver lo que hicieron, momento terrible en el cual dejarán de hacer falta los historiadores.

La idea del viejo topo es la idea de una promesa, de que todo lo que ocurre es pesadilla: “La historia no es más que una pesadilla en la que los muertos no hacen más que ocupar la conciencia de los vivos”, pero al mismo tiempo, al tener que explicar qué es lo que hacen los muertos, el *18 Brumario* es un libro de historia de la humanidad, el libro que indica el modo en que el pasado interviene siempre.

Cuando Groussac afirmaba que, en su época, imaginaba salir a la calle con el capote de Liniers, estaba señalando el modo en que los hechos se repiten a lo largo de la historia, y la necesidad de romper con dicha recurrencia. En historia, las categorías están estilizadas, los hombres pasan a pertenecer a categorías históricas, por lo tanto ni siquiera precisamos imaginar enteramente su vida.

Por último, la forma de escritura de la historia que nos queda nombrar, es la de la hipóstasis, aquella que cosifica los hechos históricos y los coloca en un molde equivocado. La hipóstasis es una figura del cristianismo, aparecida en Plotino para interpretar los tres rostros del misterio, Dios padre, Hijo, y el Espíritu Santo; al igual que la Sagrada Trinidad de la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Muchos hombres discutieron con vistas a discernir cuál de las tres es la verdadera, la que incluye a las

otras dos, pero Plotino nos dice que no debemos elegir ninguna dado que las tres son una unidad inseparable.

En la idea de hipóstasis remitida al mundo laico, se da bajo otro rostro el mismo problema: la indagación si sobre la base de una invariante las figuras son mutables, o si precisamos siempre, en el pensamiento crítico que las figuras, a la manera de Plotino (Dios padre, Hijo y Espíritu Santo), vayan mutando, representen funciones diferentes siendo, sin embargo, una la manifestación de la otra, aunque nunca enteramente.

En el *Facundo* se presenta una trinidad hecha sobre la base de la hipóstasis. Dicho en términos de la filosofía existencial, yo soy el *otro* respecto de aquél problema del cual no puedo hacerme el zongo. *Facundo* comienza diciendo que va a hablar de Rosas, aunque después no se dedique tanto a Rosas. Más bien lo enfrenta desde el propio *Facundo*. Sarmiento finge admitir que lo que escribió carece de rigor científico, y tiene la prudencia de pedir perdón y explicar que su escritura fue rápida por estar inserta en una época de lucha política con Rosas, y que más adelante, cuando el libro sea olvidado, se dedicará a corregir e introducir las estadísticas de rigor. No pensaba realmente así, pues dice todo esto para defender sus hipóstasis, un elemento limítrofe de la escritura histórica.

Entonces, la tercera figura de la hipóstasis es el Doctor Francia, ministro de Paraguay. El primer capítulo va de Facundo a Rosas, y luego de Rosas al Doctor Francia, una figura que es presentada por Sarmiento como un personaje siniestro, aquel que cerraba la tríada que, en lugar de estar conformada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se componía por Facundo, Rosas, y el mencionado Doctor Francia.

Uno va y viene del *Facundo* porque presenta el mismo misterio o complicación que la religión cristiana. No sabemos si nos habla de Facundo, de Rosas, o del Doctor Francia, los tres “fanáticos” del período de la Independencia. Para Sarmiento, dicha época, requería de una gran escritura que mostrara de qué modo el Mal estaba presente en todos lados, y que cada uno de ellos era el rostro del otro. Años después, poco antes de la muerte de Sarmiento, Alberdi, con quien por momento se odiaban, introducirá el cuarto elemento. Le dirá: “El *Facundo* es usted, el título del libro debió llamarse *Faustino*, no hace más que escribir sobre usted porque es un déspota, un unitario que quiere apoderarse de las provincias y es un asesino

por que mató a Chacho Peñaloza”. Luego de decirle todo esto, podemos pensar que es como si señala explícitamente: “Usted es la cuarta figura”.

¿Acaso puede escribirse así la historia? Un historiador diría que no, pero si asumimos una diversidad de posiciones éticas dentro de la escritura, no se resuelve el problema de la historia sin pasar por estos problemas. En cierta reunión donde se encuentran Sarmiento y Alberdi ya viejos, Sarmiento toma la iniciativa, y dice: “A mis brazos doctor Alberdi”.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

## Artificios: lengua y ciudad

*La teoría del artificio no fue escrita por nadie y quizás todos escriben a su manera esas teorías. Se trata, ni más*

*ni menos, que de la hipótesis de que la acción humana depende de ella misma, es su propia autora y su propio rastro, su forma y su fondo, su manifestación y su consecuencia; todo está en uno y sin dejar otra constancia que la acción misma en su mero ser. ¿Pero si todo fuera eso? ¿Si todo fuera así? ¿Sólo habría energía sin reflexión ni estilo? El mundo sería puro arrojito vital; nadie podría volver sobre sus pasos para saber lo que ha sido, lo que pudo ser, la diferencia entre lo ocurrido y lo que se esperaba. Por eso, hay algo más. Está el artificio. Volver sobre la experiencia es el artificio, la construcción luego de la materia bruta, la forma de la creación que se asume y contempla, meditada o no. Y si no lo es, igual se coloca como acto intencional que otro podrá pensar. Los actos premeditados tienen mala fama, pero son la esencia de la realidad y la cultura. Muchas veces surge la equivalencia del artificio con la artimaña, el disimulo o el ardid. Pero la literatura y el pensamiento político viven de ellos, no por lo que tienen de enredo, sino por lo que suponen de creación incesante de realidades. Se crea sobre lo ya dado. Pero lo ya dado quizás fue un antiguo artificio que logró engañarnos haciéndonos creer que era espontánea vitalidad irredenta. Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada, fueron quienes más provocaron las fuerzas del artificio con la potencialidad del vivir sin nombre,*

*la pura fuerza del destino. Ambos pensaron situaciones únicas y maravillosas, capturadas por los signos y mecanismos de las culturas. Signos a veces terroríficos, como en Borges, o despóticos, como en Martínez Estrada. Borges lo hizo para saludar con ironía estos mecanismos y convertirlos en un juego más de las posibilidades de la existencia. Martínez Estrada buscó llamar la atención respecto del hecho de que en los artificios las existencias naufragaban. Pero entre ambas posibilidades se sigue jugando hoy la apuesta de los pensamientos que quieran transformar las cosas transformándose a sí mismos.*

*En esta sección presentamos un conjunto de elaboraciones sobre los dos grandes artificios de la creación humana: la lengua y la ciudad. Martín Prieto reflexiona sobre la relación de la poesía con el peronismo y lo hace recurriendo a dos nombres que, en opciones ideológicas diferentes, vieron atravesada su obra por el rumor de la calle: Lamborghini y Fernández Moreno.*

*Ángela Di Tullio interviene en la polémica sobre la lengua de los argentinos retomando los encendidos debates que antagonizaron respecto al carácter de lo que puede considerarse como materia prima de la nación.*

*Pablo Sztulwark y Juan Molina y Vedia piensan la ciudad como espacio fundamental de la convivencia colectiva que, sometido a las variaciones del vértigo de la época, reclama nuevos modos de ser habitado.*

*Lengua y ciudad, entonces, como los artificios legados y las ficciones por venir.*

## Poesía y peronismo: un episodio en la historia de la literatura argentina<sup>(\*)</sup>

*Por Martín Prieto*

Los acontecimientos políticos suelen modificar las percepciones y las sensibilidades culturales de su época. Sin embargo, la emergencia del peronismo en la década del 40, no logró conmover, hasta años más tarde, las expresiones estéticas en el campo de la poesía. Quizá por tratarse de un fenómeno de difícil inteligibilidad inmediata, reacto a las grillas clasificatorias, o bien por la perplejidad frente a tal conmoción, la literatura no pudo volverse rápidamente permeable a las transformaciones en curso. No se trata de la presencia, evidente, del fenómeno político peronista en el ambiente cultural de aquel entonces. Existía sí, como sabemos, una polarización que alineaba a uno y otro lado, distribuyendo posiciones en la escena. Sin embargo, apologetas y detractores permanecían indiferentes por cuanto más allá de sus referencias temáticas, las formas y la materia poética no se veían cuestionadas en sus modos por la aparición del mundo plebeyo, aunque incorporase su habla en el canon poético. Bajo estas intuiciones, Martín Prieto recoge las discusiones de las distintas corrientes de la poesía del período, encontrando en ellas núcleos invariantes (la idea respecto a su función, las métricas y los estilos) que no cedían al llamado de otras formas expresivas. César Fernández Moreno y Leónidas Lamborghini, a uno y otro lado ideológico, dan cuenta de una mutación política y social produciendo una experimentación radical en el carácter poético argentino.

A mediados de los años 50 surge en América Latina un movimiento de poetas sin manifiestos, revistas, liderazgos evidentes y, ni siquiera, un nombre común: antipoetas, existenciales, circunstanciales, coloquiales, fueron algunas de las maneras en las que se designó a sus integrantes y por extensión a sus obras. Los más destacados: el chileno Nicanor Parra, el uruguayo Mario Benedetti, el nicaragüense Ernesto Cardenal, los argentinos César Fernández Moreno y Leónidas Lamborghini. Pero esa poesía antipoética, circunstancial, histórica, se cruza en Argentina con una circunstancia extraordinaria y nacional: el peronismo. Por cierto, ya en los años 40, ya fuera por adhesión o rechazo, se escribió y publicó en la Argentina abundante obra poética peronista —o antiperonista— pero siempre según las convenciones poéticas (envejecidas casi inmediatamente de haber sido formuladas) del neorromanticismo y otras formulaciones tibias y no desestabilizantes de ese modelo. De esta manera, el fervor peronista de José María Castiñeiras de Dios, por ejemplo, es formalmente tan anacrónico y políticamente tan inútil como el fervor antiperonista de Silvina Ocampo: ninguno logra dar cuenta, en términos formales, de esa novedad, de esa revolución que el peronismo estaba significando en las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales de la Nación. La particularidad de los “antipoetas” argentinos es que, más allá de sus adhesiones políticas —que además son fuertes: el peronismo de Lamborghini, el antiperonismo de Fernández Moreno— logran dar cuenta, formalmente hablando, en *Argentino hasta la muerte* y en *El solicitante descolocado*, de esa novedad política,

social, económica y cultural, produciendo una fusión fugaz, o una ilusión de esa fusión, entre las series política y literaria: como si el siglo XIX sucediera otra vez.

Cuando crucé unos correos con Sergio Pastormerlo sobre esta misma exposición, de la que leí una versión preliminar en un congreso en La Plata, él me planteó sus expectativas en relación con el trabajo que, esperaba él, pudiera serles útil a los alumnos de la carrera de Letras —y a muchos profesores también, agrego yo— y a los lectores en general, que estudian, sin fisuras ni cuestionamientos, el relato de Pierre Bourdieu acerca del “proceso de autonomización literaria” y se imaginan que eso es algo que avanza incontinenti hasta quién sabe qué alturas. Dice Pastormerlo: “una especie de escalera al cielo de la literatura pura”. Espero no defraudar las expectativas de Sergio, a quien dedico esta exposición.

**La poesía argentina después de las vanguardias. Los cuarentistas apostrofan la poesía martinfierrista como ultramarina y son apostrofados como reaccionarios. Silvina Ocampo ve morir ciudadanos tristemente asesinados por la policía**

En primer lugar, para ir entrando en materia, habría que hacer algunas precisiones, así sea sucintas, en relación con la historia de la poesía argentina después de las vanguardias. Y en el primer lugar de ese primer lugar, a la reacción contra-vanguardista de los años 40, la de los poetas nacionalistas y elegíacos que le reclamaban al martinfierrismo haber sido demasiado sensible a lo que ellos llamaban la retórica “ultramarina”.



Y a esa “retórica ultramarina” de los vanguardistas, los cuarentistas opusieron una poesía de temática nacional, interiorista y, sobre todo, seria, frente al humorismo, el sarcasmo y la polémica, que eran algunas de las notas destacadas del martinfierrismo. Fueron, como señaló Luis Soler Cañas, “los jóvenes serios” (una autocalificación parecida a la que unos años después haría Juan José Sebreli en relación con los contornistas) y esa seriedad, en los cuarentistas, se manifestó tanto en el “tono” de sus poemas (preponderantemente elegíaco), como en su forma y prosodia, dejando de lado la experimentación con la metáfora de los martinfierristas (y volviendo a la más apocada comparación) y también la experimentación con los versos libres o blancos, que atraviesa un período importante de la poesía argentina, desde el Lugones del *Lunario sentimental* de 1909 hasta Oliverio Girondo, para abreviar, otra

Martín Prieto

vez, en las formas fijas y en los metros tradicionales, sobre todo el endecasílabo y el octosílabo.

En el prólogo a la primera gran antología poética grupal, realizada sobre el filo de la década, David Martínez apostrofó a cada uno de los poetas seleccionados con notas que se proyectaron sobre toda la generación: elegíaca, pura de forma y fondo, sobria y contenida, habitada de un mundo de sugestivos pretéritos. Unos años después, los poetas de *Poesía Buenos Aires*, no tardarán en ponerle un nombre político a los cuarentistas, que también los califica estéticamente: reaccionarios.

Y tal vez el “emblema” de ese reaccionarismo político y estético de los cuarentistas lo podamos encontrar en la obra poética de Silvina Ocampo, compuesta casi exclusivamente por cuartetas endecasílabas pareadas o abrazadas y algunos sonetos, prácticamente exenta de riesgos formales, que echa mano a un vocabulario muchas



veces lujoso, pero de una suntuosidad ya comprobadamente poética desde el Modernismo, y cuyos temas son los comunes a la poesía de la época: evocaciones de la infancia perdida, himnos a la patria, y la Antigüedad como fuente de inspiración, o como pretexto. En noviembre de 1945, en una revista titulada *Antinazi*, Ocampo publicó un singular poema llamado “Esta primavera de 1945, en Buenos Aires”, cuya evidente referencia es la revolución del 17 de octubre de 1945. Desaparecen entonces la abstracción y el irrealismo –“Vi morir a ciudadanos tristemente, / asesinados por la policía”–, y cae la máscara neutral, apolítica, que también fue señalada como una marca generacional: “¡Oh, desolada confusión del día / que ha transformado en odio la armonía / de un territorio plácido y profundo!”.

Pero tal vez lo más importante sea la inadecuación entre el asunto tratado –“la turba histórica” que avanzaba hacia la Casa Rosada–, y el vocabulario elegido por Ocampo: “esa triste gente / que escribía palabras en la acera”, además de una especie de inversión retórica y política que es otorgarles, en el poema, nobleza humana a los animales (los caballos inocentes) mientras que, “por afuera”, el discurso propiamente político, le daba, al revés, condición animal al nuevo sujeto político peronista, según se desprende de la campaña partidaria de la Unión Democrática de 1946, en la que, como señala Andrés Avellaneda en *El habla de la ideología*, se cristaliza la oposición entre un signo positivo, el de la cultura entendida como inteligencia, evolución y armonía, y uno negativo, el de la no-cultura, representada por el instinto, lo primitivo y, directamente, lo animal. Américo Ghioldi,

citado por Avellaneda, describe las dos facciones políticas en pugna: de un lado, la vitalidad primitiva, la fuerza toda del primitivo que es lo próximo o lo cercano al animal (ellos) y del otro el ideal de cultura, los progresos de la inteligencia, la presencia del libro, los movimientos esclarecidos, las acciones dirigidas por el juicio y el pensamiento (nosotros).

Los cuarentistas, como señaló el crítico Carlos R. Giordano, sintieron agudamente la extrema gravedad de la época, pero no entendieron los términos del problema.

Mi hipótesis es que tampoco los entendieron los poetas cronológicamente sucesivos, es decir, los invencionistas y los surrealistas.

**Los invencionistas. La neurosis del historiador. Edgar Bayley, en la línea de Echeverría y Mitre, pero mejor. Los poetas del espíritu nuevo. La elección objetiva, el correlato objetivo y la melancolía de Flaubert. Mayor fuerza reactiva que propositiva**

El invencionismo argentino afinca, sobre todo, en la revista *Poesía Buenos Aires*, una publicación, podríamos decir así, programáticamente programática, en la que no había número que no tuviera, sobre todo en la forma de editoriales, o notas liminares, algún texto en el que se explicitara cuál era la novedad que la revista venía a significar en el mapa de la poesía argentina, menos en dimensión “histórica” que esencialista y radical. No qué debe ser la poesía “hoy” –y ojo, ese hoy era extremadamente atractivo en términos ideológicos, políticos, culturales y aun: vitales– sino, directamente, qué es la poesía y qué es un poeta en notas que remiten de modo implícito a las que

fue construyendo la tradición romántica y simbolista, la del poeta como “un pequeño dios” que encuentra su origen en la teoría romántico-simbolista de las correspondencias verticales, entre el cielo y la tierra, las correspondencias baudelerianas que sólo pueden ser “interceptadas” por un poeta que, de este modo, no es un ser enteramente terrestre (recordemos la imagen extraordinaria del albatros de Baudelaire: divino en el cielo y en el suelo cómico, ridiculizado por cualquiera).

Recién en el número 13-14, de 1953, *Poesía Buenos Aires*, al presentar un “panorama de la nueva poesía argentina”, acompaña la muestra con un texto que tiene, finalmente, el valor de un manifiesto, o por lo menos el valor histórico de un manifiesto o, mejor dicho, el valor que un historiador espera que

**En definitiva lo que define a un poeta no es su sensación particular (porque todos tenemos miedo, todos estamos o estuvimos o estaremos solos, todos sentimos alguna vez la desesperante melancolía del amor no correspondido), sino el modo en que es capaz de convertir esa sensación o experiencia común a todos, en un objeto particular en el que después los lectores son capaces de “reconocer” su propia experiencia.**

tenga un manifiesto, en tanto cumpla con ese esquema imaginario de vínculos verticales y horizontales que permitan no sólo su ubicación neurótica, por parte del historiador, sino, a partir de allí, el deve-

lamiento de ese “valor” que la nueva agrupación de poetas viene a imponer a un estado de poesía determinado. Creo que en este “cambio” entre los manifiestos esencialistas del 50 y el manifiesto programático del 53 es decisiva la presencia de Edgar Bayley, posiblemente uno de los máximos teóricos de poesía que tuvo la Argentina, tal vez el único. Estoy pensando en su libro

*Realidad interna y función de la poesía*, que publicó en Rosario en la Editorial Vigil a principios de los 60 y que cumple con ser la primera manifestación argentina de un poeta y crítico a la vez, de un poeta no solamente “inspirado” sino también vigilante de la tradición y de su propia obra. Posiblemente algunas de las reflexiones de Esteban Echeverría, acerca de cómo debía ser la poesía nacional, y el “Prólogo” a las *Rimas* de Bartolomé Mitre, en la cual su autor polemiza con la idea de la función utilitaria de la poesía defendida por Sarmiento en los *Viajes* sean los antecedentes nacionales de esta intervención de Bayley. Aunque ni en Echeverría ni en Mitre anidara el espíritu crítico que sí puede leerse en Bailey y que tiene ese doble alcance: hacia fuera, en tanto es un testigo crítico del “estado” de la poesía histórica y contemporánea, y hacia adentro en tanto todo poeta es, a su vez, su primer crítico.

Entonces, la figura de Bayley es determinante en esta nueva configuración programática de *Poesía Buenos Aires*. Y es esa “función crítica” la que actúa como una criba y propone un corte radical en ese panorama, en ese índice de la poesía argentina contemporánea, que no es inclusivo y que, al revés, como en el martinfierrismo o en el contornismo, se arma a partir de oposiciones. En primer lugar, contra la generación del 40, la generación precedente, a la que llama, sin medias tintas, “reaccionaria”, y, directamente, no la reconoce “dentro de los dominios de la poesía” por, entre otras cosas, el uso de “formas retóricas clásicas concebidas apriorísticamente, es decir, como ejercitación verbal”, lo que, según Aguirre y Espiro, supone una “actitud superficial” y un “artificial retorno a épocas donde estas formas eran expresión natural

y legítima”. Pero también, en esa impugnación, caen los poetas reunidos en el grupo MADI, a quienes los une con *Poesía Buenos Aires* la idea de una poesía como una “proposición inventada” que rechaza “toda injerencia de los fenómenos de expresión, representación y significación”. Es decir una poesía no expresiva, no representativa ni significativa. Para *Poesía Buenos Aires* ésta es una poesía “en estado de teoría, del mayor interés”. Pero los poemas MADI son, en cambio, un fracaso, en tanto “se limitan a presentarnos una sucesión –en el mejor de los casos ordenada– de imágenes, palabras, conceptos inventados, y nada más”. Y también cae en la volteada invencionista el proyecto surrealista al que le cabe, como a los MADI, un reconocimiento “por la contribución al esclarecimiento de la conciencia poética”, pero una acusación limitatoria: “favorecer, en nombre del automatismo, el absurdo, la vacuidad, la nulidad de la expresión”.

Hechas las impugnaciones, queda, finalmente, el programa de la revista, al que los autores titulan “Poetas del espíritu nuevo”, citando implícitamente el título de una conferencia del francés Guillaume Apollinaire, “El espíritu nuevo y los poetas”, de 1917, poniendo de este modo en el centro de la escena a un poeta emblemático de la vanguardia europea, significativamente soslayado por los vanguardistas argentinos del 22.

La idea de “invención” de Bayley se apoya en una frase de Apollinaire del prólogo a *Las tetas de Tiresias*, de 1917, donde Apollinaire dice: “Cuando el hombre ha querido imitar la marcha, creó la rueda, que no se parece en nada a una pierna”. Es decir, hay una necesidad interior (la marcha, en este caso)

que el poema viene a satisfacer, pero el producto o eso con que se satisface esa necesidad interior (la rueda) no se parece en nada (salvo en que “anda”) a lo que habitualmente satisface esa necesidad. El concepto de “elección objetiva” que utiliza Bayley para describir esa idea de invención, no puede sino recordarnos al de “correlato objetivo”, de T. S. Eliot, cuando Eliot dice que un poema no es “la emoción en sí misma” que le da lugar sino un grupo de palabras que aproximadamente pueden producir en el lector una emoción lo más parecida posible a esa que le dio origen al poema. Digamos: la melancolía de Flaubert, convertida en un enorme aparato retórico que se llama *La educación sentimental* al final del cual el lector se vincula emocionalmente con el autor a través de esa misma “sensación” y no entonces la poesía sentimental, confesional, referencial de los estados de ánimo (estoy solo, te quiero, tengo miedo). Porque, en definitiva lo que define a un poeta no es su sensación particular (porque todos tenemos miedo, todos estamos o estuvimos o estaremos solos, todos sentimos alguna vez la desesperante melancolía del amor no correspondido), sino el modo en que es capaz de convertir esa sensación o experiencia común a todos, en un objeto particular en el que después los lectores son capaces de “reconocer” su propia experiencia. Volviendo al invencionismo, *Poesía Buenos Aires* se declara heredera directa de otro movimiento de vanguardia que había pasado desapercibido en Argentina: el creacionismo del chileno Vicente Huidobro. Así como el invencionismo habla del “poema inventado”, el creacionismo define al “poema creado” como un poema “en el que cada parte constitutiva y todo el conjunto

presentan un hecho nuevo, independiente del mundo externo, desligado de toda otra realidad que él mismo”, y para el que “la poesía no debe imitar los aspectos de las cosas, sino seguir las leyes constructivas que constituyen su esencia y que les confiere la independencia de todo lo que es”.

De este modo, y apoyándose en esa tradición, el invencionismo pretende introducir –ya veremos si lo consigue–

**Es que tanto los surrealistas como los invencionistas, críticos declarados y fervorosos de la poética cuarentista, compartieron sin embargo con ella una idea de la poesía, aunque su ejecución y su retórica fuesen diferentes: sentimientos la mayoría de las veces elevados, temas esencialmente poéticos también (el amor, la muerte, la infinitud o la finitud, el desasosiego), una elección léxica guiada por una poeticidad anterior. En lugar de que una palabra cualquiera, al formar parte de un poema, se convierta en poética, o, mejor dicho, en vez de que un poema sea lo que defina una condición poética o la emergencia o manifestación de la poesía, son las palabras, poéticas de antemano, las que le otorgan a un poema su condición. Esto es algo que se ve en todos los movimientos “descendentes” en poesía.**

un giro retórico en la poesía argentina, reemplazando la metáfora por la imagen. ¿Por qué? Porque la metáfora responde, por más alejados que estén sus polos, a un tipo de relación entre uno y otro, que es el que la metáfora viene precisamente a develar. En términos compositivos, “tus cabellos de oro”, que ya es un clisé, no es diferente al “hombre que se crucifica al abrir de par en par una ventana”, de Girondo, en tanto ambas son referenciales y es posible restablecer esos dos términos reunidos por el poeta en uno solo, a partir de

eso en común que tienen ambos (el color, en el pelo y en el oro, los brazos abiertos en Cristo y en el señor que abre la ventana). En algún punto una metáfora sigue siendo una comparación reducida a la que le faltan los nexos,

según esta secuencia: tus pelos tan amarillos como el oro: tus pelos como el oro, tus pelos de oro. La imagen, en cambio, no responde a nada exterior y es, exactamente, la figura propiciatoria de la libertad absoluta, como ese verso de Bayley que dice “la perla de las islas favoritas”, que es una imagen, y no una metáfora, en tanto no es una transcripción en palabras de algo preexistente, o real anterior. Pero, si vemos el poema completo nos encontramos con que esa imagen no es lo absoluto del poema, sino su fuga. El poema sigue, digamos así, anclado en el mundo referencial: son las ocho y media de la mañana de un fin de semana (de este fin de semana) llueve. Y la imagen abre un punto de fuga. Yo creo que ése es el límite del invencionismo, según podemos verlo en la misma muestra que acompaña la presentación de 1953 en los poemas de Bayley, Raúl Gustavo Aguirre, Mario Trejo, Alberto Vanasco.

Y esta comprobación avisa que el programa de *Poesía Buenos Aires* tuvo mayor fuerza reactiva –“contra los supuestos formales de la poesía, contra las maneras tenidas por prestigiosas, contra las convenciones literarias”– que propositiva porque, de hecho, los poemas más representativamente inventivos de *Poesía Buenos Aires* son, en su ejecución, algo –o mucho– menos que las demasiado exigentes premisas en las que se apoyaban.

**Una idea de la poesía común a (casi) todos. Movimientos ascendentes y descendentes. Un triángulo de fuerzas que –aparentemente– se repelen. El prejuicio de lo sublime**

Sin embargo, y más allá de la imposición, como decíamos, de un “valor”, los invencionistas –y también los

surrealistas argentinos, compañeros del invencionismo en su impugnación a los neorrománticos de la generación del 40— tampoco dieron el paso adelante que la época reclamaba en cuanto a la renovación absoluta de un repertorio de temas y por lo tanto de diccionario y por lo tanto de una retórica que fuera no digamos un “reflejo” pero sí que tomara en cuenta la revolución social, política y económica que partió en dos la historia política, social y económica de la República Argentina a partir de, digamos, 1943, o 1945, o 1947, y frente a la cual tanto la obra de los cuarentistas como la de los surrealistas e invencionistas parecía ser inmune, como no lo fue ningún otro cuerpo social del país.

Es que tanto los surrealistas como los invencionistas, críticos declarados y fervorosos de la poética cuarentista, compartieron sin embargo con ella una idea de la poesía, aunque su ejecución y su retórica fuesen diferentes: sentimientos la mayoría de las veces elevados, temas esencialmente poéticos también (el amor, la muerte, la infinitud o la finitud, el desasosiego), una elección léxica guiada por una poeticidad anterior. En lugar de que una palabra cualquiera, al formar parte de un poema, se convierta en poética, o, mejor dicho, en vez de que un poema sea lo que defina una condición poética o la emergencia o manifestación de la poesía, son las palabras, poéticas de antemano, las que le otorgan a un poema su condición. Esto es algo que se ve en todos los movimientos “descendentes” en poesía. El movimiento ascendente otorga valor de palabra poética a lo que está afuera del diccionario poético, y el movimiento descendente, al revés, se refugia en las palabras que ya tienen

valor poético. El Modernismo, por ejemplo, amplía el diccionario: estanques, cisnes, princesas, toros blancos, nenúfares y todas las plantas acuáticas que se puedan imaginar. Y el posmodernismo (Enrique Banchs, por caso) usa esas palabras que ya están cubiertas de una pátina de poeticidad, aunque es eso lo que, al revés, las hace menos poéticas. Pasa igual con las vanguardias, ya no con la vanguardia argentina, sino con la vanguardia en general de los años 10 y 20. El modo en que la vanguardia amplía el diccionario poético, a partir de esa especie de proclama antirromántica que es la vanguardia, y que puede sintetizarse en eso que dice Apollinaire en “El espíritu de lo nuevo”, en relación a que los poetas ya no son solamente “los hombres de lo bello”, sino también “los hombres de lo verdadero”, y lo verdadero, dice Apollinaire, sucede tanto en la naturaleza como en los hechos más simples (una mano que registra un bolsillo, un fósforo que se prende por frotación, el olor de los jardines después de la lluvia). En cualquier lado, dice Apollinaire, puede emerger “un hecho juzgado sublime”. Y esa ampliación del mundo poético supone también una ampliación del diccionario que en los vanguardistas es sobre todo tecnológico: autos, aviones, motores, electricidad. No es necesario nombrar a todos los movimientos y micromovimientos descendentes en relación con las vanguardias históricas a lo largo del siglo XX, entre ellos, el surrealismo. Y ese es el reclamo que les hacen los invencionistas a los surrealistas: que han cambiado un método por un diccionario. El surrealismo es, en su origen, un método de composición que en sus primeras manifestaciones da también un diccionario

nuevo, una ampliación léxica, que luego los surrealistas descendentes convierten en fin.

Y ese concepto de lo descendente es lo que reúne a ese triángulo de fuerzas que en apariencia se repelen, que se arma entre los años 40 y 50 en la poesía argentina: cuarentistas, surrealistas e invencionistas.

Porque esa repulsión entre unas y otras

**No se trata acá de pensar el vínculo literatura y peronismo a partir de apoyos o rechazos —que es una idea que está en boga hoy (por ejemplo, la revista *N* de hace unos meses está dedicada a la literatura neoperonista, entendiendo a ésta como la que practican los escritores cívica, política y electoralmente neoperonistas)—, en tanto sería “peronista” la literatura de Sola González y “antiperonista” la de Ocampo: al revés, ninguna de las dos es una cosa ni la otra en tanto ninguna de las dos es formal y, por lo tanto ideológicamente sensible a la conmoción que el peronismo estaba importando, en esos mismos años, en el mismo cuerpo de la literatura argentina, más allá de las valoraciones y más allá de los “posicionamientos” de los escritores en el campo intelectual en su relación con la política.**

fuerzas no puede ocultar lo que sin embargo tienen en común: el valor que tienen para todos las palabras poéticas ya consagradas como tales por la tradición a la que responde cada una de ellas: la palabra romántica, la palabra surrealista, la palabra creacionista. Consecuentemente, tienen en común una filiación entusiasta a una tradición poética culta y prestigiosa y el funcionamiento de nombres de esa tradición que funcionan como talismanes o escudos protectores de “la novedad” que cada uno de

ellos viene a representar: Rainer Maria Rilke, para los neorrománticos, André Breton para los surrealistas, Apollinaire y Huidobro para los invencionistas. Y los tres, además, se encuentran amparados por un prejuicio común: el prejuicio de lo sublime. Es verdad que, como recordarán muchos de ustedes (eso espero),

Oliverio Gironde abría los *Veinte poemas* con un epígrafe que decía “ningún prejuicio más ridículo que el prejuicio de lo sublime”, y que ese epígrafe se encuentra respaldado por el manifiesto del espíritu nuevo de Apollinaire que decía que el “descubrimiento poético” no necesariamente tenía que estar condicionado por un hecho juzgado como sublime de antemano. Pero también es verdad que el mismo Apollinaire refuerza después el valor que su poética viene a proponer, que es el valor de lo nuevo, como un valor al que también lo raya o lo toca la condición de sublime: la “novedad sublime”, dice Apollinaire. ¿Qué quiere decir esto? Que cambia el valor (y el valor de la vanguardia es la novedad, lo nuevo) pero no cambia la condición de lo poético, que sigue siendo lo sublime. Al revés, Apollinaire viene a decir que lo nuevo también puede ser sublime, o que lo sublime sólo se encuentra en lo nuevo. Pero sigue apoyándose en esa condición de poesía alta a la que responden los románticos y a la que responderán los surrealistas y los invencionistas también.

El triángulo es, en fin, por la disputa de valores diferentes. Pero todo englobado en una búsqueda que es común, que es la búsqueda de lo sublime.

**Silvina Ocampo, igual que Alfonso Sola González. Los poetas que bajan del Olimpo. La política, obligatoria**

En 1954 Antonio Monti publica un volumen titulado *Antología poética de la Revolución Justicialista*, que marca el modelo de la literatura peronista oficial: elegías a Eva Perón, a Perón, al caballo de Perón, cantos celebratorios a todo lo que incluye la liturgia peronista, incluido el aguinaldo o los aumentos de sueldo. Como en esta cuarteta octosílaba

de Luis Gorosito Heredia: “Pero ya hay pan, ya florecen / casitas en el desierto. / Ya cantan madres y niños / al son de los buenos sueldos”, que funciona como una aparente contrapunto con la poesía antiperonista oficial (aquel emblemático poema de Silvina Ocampo). Aparente porque si Silvina Ocampo hubiese sido evitista hubiera escrito una elegía como la de Alfonso Sola González que está incluida en la antología de Monti (“Eva Perón ha muerto. / Preguntádselo a la patria. / Los crespones dirán en las puertas, / en las calles, en lo desmesurado y / querido de la Patria, que ha muerto / Eva Perón. Y nada más. Vendrán los nuevos días; los / tractores, los obreros que ofrecen / su pan a Dios. Los Ejércitos. La Patria”). Y si Sola González hubiese sido antiperonista habría escrito un poema como el de Silvina Ocampo en la revista *Antinazi*, porque el valor que importa en esos poemas no está vinculado directamente con las divergentes inclinaciones de sus autores en el campo de la política, sino con una comunión en el de los valores de la poesía: otra vez, el valor de lo sublime, aunque uno lo encuentre en las almas nobles que lloran la muerte de la Capitana, y la otra, en las almas, nobles también, de los caballos. Es decir, que no se trata acá de pensar el vínculo literatura y peronismo a partir de apoyos o rechazos —que es una idea que está en boga hoy (por ejemplo, la revista *Ñ* de hace unos meses está dedicada a la literatura neoperonista, entendiendo a ésta como la que practican los escritores cívica, política y electoralmente neoperonistas)—, en tanto sería “peronista” la literatura de Sola González y “antiperonista” la de Ocampo: al revés, ninguna de las dos es una cosa ni la otra en tanto ninguna de las dos es formal y, por lo tanto ideológicamente sensible a

la conmoción que el peronismo estaba importando, en esos mismos años, en el mismo cuerpo de la literatura argentina, más allá de las valoraciones y más allá de los “posicionamientos” de los escritores en el campo intelectual en su relación con la política.

Pero es en esos mismos años, fines de los 40, principios de los 50, que empiezan a escribirse y a darse a conocer nuevos poemas que potencian buena parte de las enseñanzas invencionistas y surrealistas —sobre todo en lo que hace a una voluntad de corte con el pasado y a la libertad expresiva, entendida como libertad de formas, y al giro retórico que habían promovido los invencionistas—, promoviendo un cambio radical en el vocabulario, una ampliación del diccionario, que recién se hace permeable a las palabras comunes, bajas, e inmediatamente, a los sentimientos y realidades, bajos también y comunes, que son designados por esas palabras. De manera que la poesía hiperculta y sublime en la que coincidieron los combatientes de los años 40 y 50 es ahora porosa, abierta, si no es directamente reemplazada por un potente arsenal retórico proveniente de la prosa, ni siquiera literaria o artística, sino periodística, publicitaria, comercial.

Los poetas, escribirá Nicanor Parra en 1954, bajaron del Olimpo: “Señoras y señores / Ésta es nuestra última palabra. / —Nuestra primera y última palabra— / Los poetas bajaron del Olimpo”.

El libro de Parra se llama *Poemas y antipoemas* y el concepto “antipoema”, no inventado por Parra, pero sí difundido por él con un sentido muy netamente antinerudiano (y anti, entonces, todo lo que abarcaba el nombre y la obra de Pablo Neruda, romántica, vanguardista y surrealista a la vez:



Neruda es grande porque concentra, en su obra, en la poesía chilena, el disputado triángulo de la poesía argentina de los años 40 y 50: romántico, vanguardista, surrealista y sublime, todo a la vez), encuentra en América Latina muy rápida propagación en las obras, de entre otros, el nicaragüense Ernesto Cardenal, el uruguayo Mario Benedetti y los argentinos César Fernández Moreno y Leónidas Lamborghini. Estos, en conjunto, acaban conformando un movimiento, sin manifiestos, revistas, ni estandartes, también conocido por el nombre de “poesía conversacional” o “comunicacional”, debido a su permeabilidad al lenguaje coloquial y, en Argentina, fue llamado por el mismo Fernández Moreno “existencial”, en razón de su aspecto “circunstancial, momentáneo, histórico, percedero, contemporáneo”. Como vemos, ninguna de las definiciones es del todo incluyente ni del todo impertinente y puede decirse entonces que valen las cuatro.

Ahora bien: ese movimiento latinoamericano toma en Argentina características muy particulares, porque la circunstancia y el momento histórico, en Argentina y a mediados de la década del 50 tienen sobre todo valor político: el de la revolución peronista. Y *Argentino hasta la muerte*, de César Fernández Moreno, y *Al público*, de 1957, y sus distintas sucesiones —*Las patas en las fuentes* (1965), *El solicitante descolocado* (1971), entre muchas otras proyecciones y reescrituras de la misma matriz— son, desde perspectivas ideológicas contrapuestas, los grandes poemas del peronismo, en tanto son los grandes poemas infiltrados por esa novedad que significó el peronismo, produciendo, en la historia de la literatura argentina, un

cimbronazo en relación con la idea de la progresiva autonomización de la serie literatura en relación con las series política, ideológica, cultural, en tanto, otra vez, para hablar de literatura se vuelve obligatorio hablar de política, y para hablar de política es conveniente hacerlo —como casi no se ha hecho hasta ahora, salvo en un ensayo de Tulio Halperin Donghi, quien de una manera muy compleja, en el epílogo a su estudio *La República imposible (1930-1945)* encuentra en un extenso poema de Paco Urondo de 1965-1967, la clave del fracaso del programa radical en la política argentina— desde la concentración de sentidos que proponen los poetas.

Por eso, tal vez, los historiadores de la política y de la ideología argentina que quieran volver a visitar el período de los dos primeros gobiernos peronistas, deban abandonar, por un momento, los archivos de los diarios y de la televisión e incursionar en esos dos grandes poemas de Fernández Moreno y de Lamborghini.

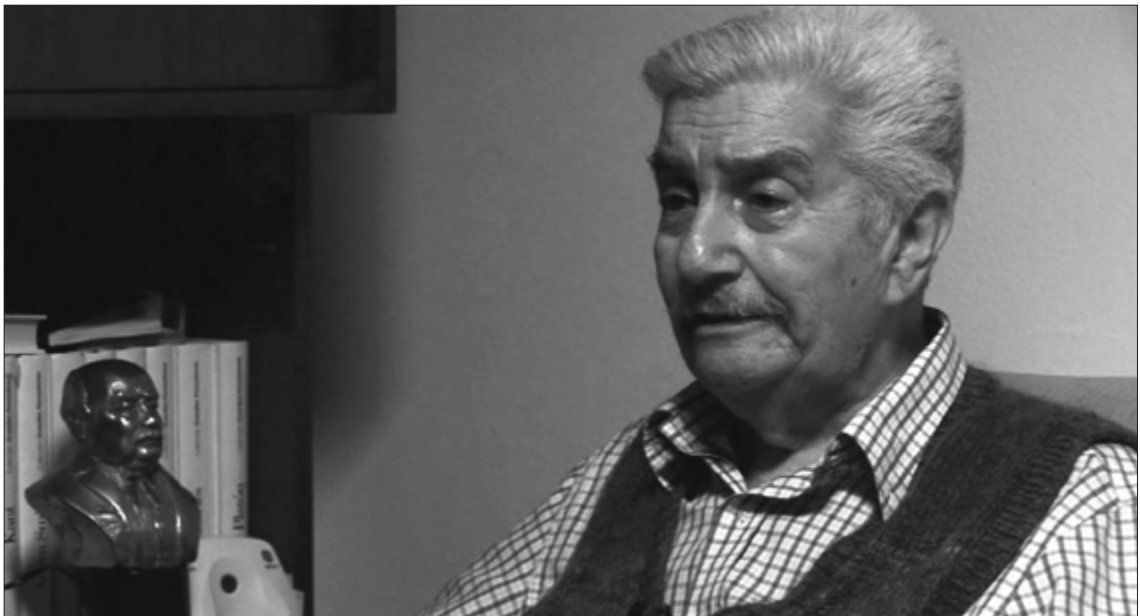
### **Fernández Moreno vincula a la clase media con la Generación del 80. Lamborghini ve a Perón como una mujer. Poesía y menemismo. Poesía y kirchnerismo**

*Argentino hasta la muerte* es un poema extraordinario que funciona como una suerte de epicedio, de canto a la muerte de la clase media que, imagina Fernández Moreno al calor de la historia y de la política, supone la emergencia del peronismo en los años 50. La clave antiperonista del poema, claro, hay que buscarla antes que en ninguna otra parte, en su epígrafe, que es un verso de Carlos Guido y Spano, de 1895, que dice: “¡Que me importan los desaires / con que me trata la suerte! / Argentino

hasta la muerte, / he nacido en Buenos Aires”. Es decir, que todo el disvalor que significaba para la clase dominante argentina del 37 en adelante –aunque tal vez también desde Rivadavia en adelante– “ser argentino”, frente a ser europeo (sobre todo inglés, o francés) revierte como valor a fines del siglo XIX, ante la amenaza inmigratoria. Y es con ese valor de la Generación del 80 con el que traza un paralelo Fernández Moreno a mediados del siglo XX: la migración interna (los cabecitas negras) cumple el rol de la amenaza y la clase media el de la clase amenazada; en ambos casos, la reacción es conservadora de un valor anterior, que no se pierde: haber nacido en Buenos Aires, ser argentino (es decir, porteño, según se entiende a la nacionalidad en Buenos Aires) desde “antes”, que es un modo de decir desde “siempre”. Esa marca de pérdida no es la única de antiperonismo en el poema de Fernández Moreno, quien también se decide a veces a ser explícito, no elusivo, aunque delicado: “no crean en lo general en el

general / crean en lo particular en el particular”. Y también, decididamente no delicado: “Eviten a Evita”, verso que desaparecerá en algunas ediciones del poema, menos, entiendo, como una autocensura del poeta que como una manifestación de una idea que sostiene Fernández Moreno y que las sucesivas ediciones de sus poemas no hacen sino confirmar: los poemas “son quizá tan inestables como una conversación, cambian *solos* todo el tiempo”. Por cierto, no son éstas las pautas que nos indican que Fernández Moreno es un poeta peronista: al contrario, no lo es en absoluto, si nos guiáramos apenas por su inclinación o enraizamiento político e ideológico. Y sí lo es si entendemos que Fernández Moreno fue, como pocos, sensible a lo que significó el peronismo, porque la materia y la forma de ese poema de 1954 son mucho más parecidas al peronismo que las de cualquiera de los poemas de los poetas peronistas que incluye Monti en la *Antología de la Revolución Justicialista* en ese mismo 1954.

Leónidas Lamborghini



Queda pendiente para otra exposición un estudio sobre la obra de Leónidas Lamborghini, de quien aparentemente es más fácil decir que es un poeta peronista –por el asunto de muchos de sus poemas, como “Eva Perón en la hoguera”, por sus propias manifestaciones públicas–, pero de quien hay que decir de inmediato que da el caso del poeta peronista no popular, del poeta peronista cuya obra es sobre todo valorada, desde hace medio siglo, por una renovada elite sensible e hiperculta, dispuesta a celebrar la complejidad compositiva, la parodia, la intertextualidad y aun la ilegibilidad gráfica de muchos de sus poemas que a veces hasta obligan a ser leídos en voz alta, deletreados, hasta comprender que esa dificultad es, también, un sentido. Por otra parte, desde sus mismos poemas, Lamborghini mantiene con el peronismo un vínculo díscolo, muy complejo, como en el hermosísimo *El letrista proscrito*, que suena como una especie de tango: “De bolas tristes tango / de bolas melancólicas / mujer, / mujer querida / me dijo chau me dijo / que se iba. / Templando el bandoneón / que hay en mi corazón / cantar / la pena honda / de no poder”. Hay en este poema una inversión: la forma es la del discurso amoroso y aun su propia idea, como si Lamborghini fuese un Pascual Contursi un poco tartamudo, parafraseando, a su manera, *La noche triste*, de 1927: “Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida...”, aunque el sustrato del poema –y ahí la inversión– no sea simplemente amoroso, sino político, en tanto quien abandona a quien lleva la voz cantante del poema no es una mujer, una percanta, sino Juan Domingo Perón –tratado en el poema, entonces, como una mujer–, y la inversión lleva de lo íntimo a lo

público, de lo amoroso a lo político, de la mujer abandonista al general Perón. La mujer que abandona al trabajador peronista es Perón. Y el obrero peronista, el letrista proscrito, dice “Ella se fue / solo quedé / patria en remate / llorando”, y dice también: “Todo lo diera / porque volvieras / no sé qué haría / loco por vos / me arrastraría / día tras día / como un mendigo / de tu amor”, para terminar entonando (en 1957, no en 1973), la Marcha Peronista con el tiempo verbal invertido también, en pasado: ‘qué grande eras / cuánto valías / mi general’ / quedamos sin su amor / que nos juró / temblequeando y sin / fe / la vida rota / ‘Gran conductor / eras primer’. Ésa es la base –inestable todavía, con elementos poéticos, formales, políticos e ideológicos siempre en mutación– sobre la que se construyen, siguiendo el vínculo entre poesía y peronismo, los dos grandes poemas del menemismo de la poesía argentina contemporánea: “Tomas para un documental”, de D. G. Helder y *Poesía civil*, de Sergio Raimondi Otra vez, como en el peronismo, no se trata de adjetivar “menemista” para implicar una adscripción a una política, sino de percibir cómo esas obras fueron, más que ninguna otra, sensibles a la contrarrevolución (o revolución liberal, como se prefiera) que importó el menemismo en la sociedad y en la política argentinas. Ése también será el motivo de otra exposición. Y también, claro está, el vínculo entre poesía y kirchnerismo. Primero habrá que ver, más allá del idéntico entusiasmo de publicistas y detractores, cuál es el verdadero movimiento –político, ideológico, económico, social, cultural– que el kirchnerismo importa en la historia argentina para poder precisar qué obras serán

aquellas a las que los historiadores del futuro –si tienen el entusiasmo por la poesía que los contemporáneos casi no tienen– deberán remitirse para tomarle el pulso a la sociedad de hoy. A simple vista postulan, como kirchneristas, todos los poetas que firman las proclamas de Carta Abierta (desde el premio Cervantes Juan Gelman hasta los setentistas Jorge Boccanera, Daniel Freidemberg, Javier Cófreces, Tamara Kamenszain, Vicente Muleiro) y también los más jóvenes Martín Gambarotta, Alejandro Rubio y Martín Rodríguez. En un reportaje reciente de este último al anterior, Rubio apuesta a que dentro de tres décadas él –y Gambarotta y Diego Sánchez– serán rotulados como escritores kirchneristas y que la particularidad de la literatura kirchnerista será la de la revancha, la del “espíritu revanchista llevado a todos los niveles de la escritura y del objeto literario”.

Dos objeciones a la hipótesis autocelebratoria de Rubio: la primera, que el kirchnerismo no sea visto a futuro, como espera Rubio, como revancha sino como desarrollo económico capitalista común, con su consecuente porcentaje de excluidos, aunque éstos sean reivindicados políticamente; la segunda, que aun si fuera visto como revancha (de los excluidos, de los pobres, de los marginados hasta hoy) tal vez –como en el caso de Lamborghini y de Fernández Moreno con respecto al peronismo histórico y de Raimondi y D. G. Helder con respecto al menemismo– no sean los entusiastas sino los perplejos quienes mejor sepan captar el espíritu de una época.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

# La construcción de la identidad lingüística argentina

*Por Ángela Di Tullio*

Puede pensarse una nación como la síntesis entre territorio y lengua. Ambos componentes son problemáticos si tomamos en cuenta, en Argentina, las sangrientas batallas que hubo sobre el primero, y las incesantes querellas sobre el segundo. Ángela Di Tullio repasa en este ensayo las discusiones acerca de la constitución de una lengua oficial, entre quienes proclamaban la soberanía de un “idioma nacional” y aquellos que pretendían proteger el lenguaje de toda erosión que pudiera procurarle el habla popular. Lengua autónoma y plebeya o hispanismo aristocratizante administrado eran los tópicos, con grados y matices, de una discusión que involucró a los encumbrados nombres de letras del país.

Mucho ha pasado respecto a aquellas reyertas iniciales. Sin embargo, el lenguaje sigue siendo un campo conflictivo. No sólo por el desafío de pluralizar la lengua dando lugar a aquellas hablas minoritarias que resisten su estandarización y a las voces que forjan sus propias tonalidades, sino también porque la mayor parte de la factoría global contemporánea utiliza el lenguaje como su materia prima básica. El dilema, quizás hoy, sería menos resguardar el lenguaje de sus “contaminaciones” semióticas que de su mediatización: reencontrar una relación entre palabra y experiencia parece ser la tarea más delicada de una época en la que la circulación de discursos escapa a las posibilidades de su resignificación.

## Introducción

En 1900, Lucien Abeille, un ignoto profesor francés que enseñaba en el Colegio Nacional y en la Escuela de Guerra, arriesga un nombre propio para designar nuestra manera de hablar: el de *Idioma nacional de los argentinos*, como anticipo del definitivo, *Idioma de los argentinos*, aún no totalmente formado. En realidad, la fórmula *idioma nacional* (o su versión más afectiva, *idioma patrio*) ya había aparecido en varios momentos en el currículum escolar como sustituto eufemístico de Castellano desde 1852. Pero esta vez el nombre tiene un referente distinto, puesto que con él se pretendía designar una diferencia dentro del orbe hispanohablante y categorizarla no como dialecto, término peyorativo, sino con el reservado a las lenguas de cultura: “idioma”. El autor confía en que su tesis sería acogida con entusiasmo por los argentinos, que –decía– mostraban una especial debilidad por todo lo “nacional”. Sin embargo, Ernesto Quesada y Miguel Cané, dos intelectuales orgánicos del roquismo, reaccionaron inmediatamente contra la propuesta. El contundente rechazo respondía a la voluntad de preservar la unidad lingüística y cultural pero, sobre todo, de impedir las derivaciones que la tesis pudiera tener en una comunidad que aún no había demostrado su capacidad de asimilar al extranjero: las lenguas inmigratorias y un aluvión inmigratorio habían desatado una paranoia cultural y lingüística, por lo que la política educativa del Centenario se centró en el afianzamiento de los valores tradicionales: historia patria y castellano castizo. La pertenencia de la República Argentina al mundo hispánico era la

garantía de inserción en la cultura, la civilización y el progreso.

El libro de Abeille ha interesado a la crítica casi exclusivamente por la enunciación de la tesis rupturista. Sin embargo, representa también un intento –lleno de lagunas y errores, por cierto, pero más explícito que algunos vagos enunciados previos– de dar cuenta de una diferencia, definida a través de rasgos concretos del “idioma nacional”. La reacción hipernormativa que le sigue se dirige precisamente a borrar esa diferencia. En las *Notas al castellano en la Argentina* (1903), Ricardo Monner Sans, el “campeón del castellano en la Argentina” –o, en la designación de Borges, el “virrey encubierto”– ejerce su función de censor contra los atropellos que en el país sufría “el sin rival romance” tanto por parte de los “cultos”, que lo deforman con sus galicismos, como del pueblo ignorante. La gramática queda asociada a la ideología ultramontana, hispanizante, hipernormativa del severo maestro, y a la tradición de la

queja sobre la manera de hablar de los argentinos como déficit o “problema”. Buenos Aires representa Babel –o, más exactamente, Gringópolis– y entre sus habitantes se cuentan las “personas que hablan al tuntún” (Capdevila, *Despeñaderos del habla*), los orilleros,

**La identidad lingüística argentina en singular no es más que una generalización que esconde múltiples respuestas, más valorativas que descriptivas, más ideológicas (en sentido amplio) o incluso políticas que estrictamente lingüísticas, todas difícilmente descontextualizables de las circunstancias (históricas, grupales, discursivas) de su producción. Como se advierte, esta extensa serie discursiva no queda circunscrita a una intrascendente cuestión lingüística o cultural, sino que se entrecruza con las diferentes interpretaciones del nacionalismo, con rechazos al “verbo de la democracia” y a la movilidad social y con definiciones de la literatura nacional.**

que dan rienda suelta al “instinto bajero” (Américo Castro, *La peculiaridad lingüística rioplatense*) o los “escritores-masa”, que carecen del buen gusto de los distinguidos verdaderos (Amado Alonso en “El problema argentino de la lengua”, primer capítulo de *El problema de la lengua en América*), una prédica tal vez no ajena a las reacciones negativas de inseguridad, abundancia de clichés, miedo al ridículo, que los mismos filólogos advierten.

Más afortunado que el contenido de la obra, el nombre de *Idioma de los argentinos* se convierte en punto de referencia de réplicas condenatorias o de contrarréplicas que adscriben a la idea como realidad, posibilidad o esperanza. En 1927, Borges recupera la designación en la conferencia *El idioma de los argentinos*: aunque descrea de su existencia,

la alienta como esperanza y como táctica distanciadora de los hispanistas, pero también de los promotores del lunfardo u orillero. Frente a estas posiciones, prefiere insertarse en la tradición de los escritores argentinos que no se desviaron de la oralidad. En la *Aguafuerte porteña* homónima (1930), Arlt se refiere burlo-

namemente a la pretensión de Ricardo Monner Sans de recuperar las riendas para encauzar la lengua de Buenos Aires. Vicente Rossi seguirá creyendo en su realidad; en sus *Folletos Lenguaraces*,

pelea contra los “corregidores” del Instituto de Filología, Américo Castro y Amado Alonso, dispuestos a seguir imponiendo su “vasallaje” y a desconocer el “lenguaje rioplatense”.

Baste esta apretadísima presentación para mostrar que la identidad lingüística argentina en singular no es más que una generalización que esconde múltiples respuestas, más valorativas que descriptivas, más ideológicas (en sentido amplio) o incluso políticas que estrictamente lingüísticas, todas difícilmente descontextualizables de las circunstancias (históricas, grupales, discursivas) de su producción. Como se advierte, esta extensa serie discursiva no queda circunscripta a una intrascendente cuestión lingüística o cultural, sino que se entrecruza con las diferentes interpretaciones del nacionalismo, con rechazos al “verbo de la democracia” y a la movilidad social y con definiciones de la literatura nacional.

### Un pasado de grandeza

Comenzaré, entonces, con algunos antecedentes. La “cuestión del idioma” fue una pieza fundamental en el programa de ruptura con España y con el pasado colonial que emprende la Generación del 37: la tarea era borrar esas huellas, incluso en la lengua. Aunque con diferencias personales y cronológicas, todos los miembros coincidían en la necesidad de modificar la lengua heredada de la metrópoli hasta hacerla propia, en consonancia con la nueva realidad política.

No se daban mayores precisiones, sin embargo, del alcance de esta modificación. Como en algunos momentos Echeverría y Alberdi plantearon

**La labor de modernización, que significaba la intelectualización del léxico, la simplificación de la sintaxis y nuevas pautas estilísticas, cercanas a las prácticas del periodismo, abría las puertas al préstamo, sin miramientos no sólo hacia la normativa académica sino incluso por la unidad de la lengua. A partir de la distinción entre culturas avanzadas y culturas retrógradas, que se extendía a las lenguas respectivas, era lícito admitir los galicismos necesarios, pero no las expresiones consideradas propias de la “chusma” ignorante.**

la idea de la “emancipación de la lengua”, aparecen como defensores del “nacionalismo lingüístico”, que propone elevar la lengua vernácula o el dialecto a la categoría de lengua oficial del estado independiente. La lengua se asociaba así con el espíritu de la nación (según la noción de *Kultur* del historicismo alemán) o, en otra interpretación, con el Estado (de acuerdo con la idea de *civilisation* del iluminismo francés). Los vagos planteos de la Generación del 37 se nutrían de ambas tradiciones. Más concreto, Sarmiento no vacila en fundamentar la escisión ortográfica en la diferencia fonológica existente entre el español peninsular y el americano: el seseo, rasgo propio de la “pronunciación nacional, aquella que se observa en la parte culta de la sociedad, no a la individual, que está sujeta a vicios de organización, hábitos provinciales, ignorancia” (*O. C.*, IV, p. 159). Con propósito denigratorio Echeverría y Mármol ponen en boca de los partidarios de Rosas el voseo, el *che* y otros rasgos de la oralidad rioplatense: “—Che, negra bruja, salí de aquí antes de que te pegue un tajo. —¿A que no te animás, Matasiete?” (*El Matadero*); “—Che, te he andado buscando por todas partes —le dijo (Mercedes Rosas) a su hermana Agustina... ¿Y qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? —¿Qué, se va, comandante Cuitiño?” (*Amalia*). La lengua no se concebía como un tesoro que había que preservar en su pureza, sino como un instrumento eficaz y poderoso para la vida republicana. La labor de modernización, que significaba la intelectualización del léxico, la simplificación de la sintaxis y nuevas pautas estilísticas, cercanas a las prácticas del periodismo, abría

las puertas al préstamo, sin miramientos no sólo hacia la normativa académica sino incluso por la unidad de la lengua. A partir de la distinción entre culturas avanzadas y culturas retrógradas, que se extendía a las lenguas respectivas, era lícito admitir los galicismos necesarios, pero no las expresiones consideradas propias de la “chusma” ignorante.

Como en otros aspectos de la vida cultural y política, las ideas lingüísticas de la Generación del 37 cristalizaron como ideario básico de la Generación del 80, aunque modalizado frente a una realidad menos urgente y comprometida. “Ser argentino ya era cosa fácil”, decía Cané. Los miembros de este selecto grupo exhibían su refinamiento no sólo en el conocimiento de las lenguas extranjeras, sino también en la reflexión sobre la propia; se deleitan con los recursos de la oralidad, con los secretos de la etimología, con la sonoridad de la modalidad rioplatense, como declara Mansilla:

*“Los americanos del Sud poseemos, después del italiano, la más bella lengua del mundo; es menos suave, pero más enérgica, más sonora y tiene una elasticidad sin par”*  
(Entre nos, p. 316).

También a Cané le complace escuchar su propia lengua, mientras conjetura la impresión que le causaría a interlocutor, el poeta Núñez de Arce, miembro de la Real Academia Española:

*“un castellano del porvenir, ágil, vivo, un español americano, en una palabra, listo siempre a jinetear, sin estribos, la mismísima gramática”*  
(Prosa ligera, p. 30).



Sin embargo, en su misión diplomática en Colombia percibe la corrección del hablar bogotano, que el filólogo Rufino J. Cuervo había contribuido a limpiar de “locuciones vulgares y otras adulteraciones” con su popularísima obra *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (*En viaje*, p. 329), cuyo desconocimiento considerará injustificable en Abeille. La experiencia colombiana producirá un claro cambio con respecto a su valoración de la modalidad rioplatense, que signa así:

*“Las primeras impresiones positivamente desagradables que sentí respecto a la manera con que hablamos y escribimos nuestra lengua, fue cuando las exigencias de mi carrera me llevaron a habitar, en el extranjero, países donde también impera el idioma castellano”* (*La cuestión del idioma*”, Prosa ligera, p. 61).

Cané atribuye la molestia a su formación literaria casi exclusivamente francesa y al escaso contacto con la literatura española. Argentina carecía de gramáticos y filólogos de la talla de Bello, Cuervo, Cano, Baralt y otros, pero contaba con el ejemplo de corrección y casticismo de su amigo y maestro, Juan María Gutiérrez. El famoso rechazo al nombramiento de la Academia en 1876 demostraba que seguía defendiendo los ideales de la Generación del 37 como republicano, americano y estudioso; pero este gesto —señala Cané— de ningún modo, significaba “sancionar los barbarismos y galicismos de que nuestro lenguaje hablado y escrito rebosa y que los argentinos debíamos regirnos por la gramática del *vení vos y tomá*” (ib., p. 63).

### Lucien Abeille y la reducción al absurdo

En 1900 se publica en París *El idioma nacional de los argentinos* de Lucien Abeille, que plantea la tesis de la formación de una lengua autónoma del español. La obra está dedicada a Carlos Pellegrini, y va precedida por una nota en la que el filólogo clásico y celtólogo Louis Duvau respalda el trabajo de su compatriota. Además, contiene una copiosa lista de las “principales fuentes lingüísticas y filológicas” consultadas en las “Memorias de la Sociedad Lingüística de París”, como prueba de que el autor conocía las autoridades de la lingüística histórico-comparativa (por ejemplo, Meillet, Ernout, Saussure) y de la romanística en particular. Todo permite anticipar un tratamiento y una solución al problema que la gramática española no estaba en condiciones de ofrecer, como plantea el autor en el Prefacio.

También las circunstancias parecían propicias: un libro publicado en París por un profesor francés, que, provisto de los métodos más modernos de una ciencia prestigiosa, pretende demostrar que Argentina ya cuenta con una lengua autónoma, tesis, por otra parte, ya enunciada vagamente por la Generación del 37. El antihispanismo, aún vigente, contribuía al poco predicamento de que gozaban los gramáticos. De hecho, tanto Bello en el Prólogo a su *Gramática* como Cuervo en *El Castellano en América* se habían lamentado de la escasa preocupación de los argentinos por erradicar los galicismos y los vulgarismos, lo que justificaba los temores de los gramáticos sobre el futuro del español. La posibilidad de una fragmentación, que se asociaba a la evolución del latín, se

veía potenciada por la insólita proporción de inmigrantes en relación con la población nativa como factor que agravaba la tendencia centrífuga. Sin embargo, a pesar de que todo permitía suponer el éxito de la tesis, el libro no tuvo una buena acogida. Al contrario, la reacción fue fulminante; el medio intelectual lo condenó casi unánimemente. Todos contra Abeille, que se queda solo con el tácito respaldo de Pellegrini. ¿Por qué tanta saña?

Pasemos a revisar someramente los contenidos de la obra. En el aparato conceptual de Abeille la lengua expresa tanto el concepto de nación como el de raza. Por una parte, una nación que carece de idioma propio es una nación incompleta; a la Argentina le corresponde, entonces, el idioma nacional como derecho inalienable. Por la otra, si las lenguas evolucionan, como organismos vivos, siguiendo los cambios que se producen en las razas que las hablan, la lengua de Argentina no podía seguir manteniendo las características que identificaban a la raza española, puesto que se estaba formando una nueva raza como producto de la mezcla con los pueblos extranjeros. Además, dado que también inciden sobre la lengua las relaciones políticas, comerciales y literarias que se establecen entre los pueblos, la decidida preferencia de Argentina por Francia, y no por España, explicaba el progresivo acercamiento del idioma argentino al francés y el correlativo distanciamiento del español.

Abeille ve con buenos ojos el cambio lingüístico; no como signo de deterioro, de acuerdo con la interpretación de los gramáticos normativos, sino como factor de progreso: “la pureza de la lengua es un mito, algo ficticio”, declara entusiasta. Las mezclas y toda

forma de mestizaje lingüístico son factores positivos; al galicismo sintáctico le atribuye la claridad de la frase.

En el idioma de los argentinos las fuerzas revolucionarias triunfan sobre las conservadoras;

así lo demuestran el neologismo en el léxico, la analogía en la gramática y el cambio fonético. Si bien Abeille pretende ejemplificar la claridad de la sintaxis de la nueva lengua con textos de conspicuos políticos e intelectuales (Pellegrini, Mitre, Avellaneda, Sarmiento, Cané, Zeballos), las alteraciones fonéticas revelan fuentes menos prestigiosas, que acogen formas

no estandarizadas, como las variantes rurales: *pion*, *tiatro*, *escrebir*, *pacencia*, *rair*. El vocabulario se renueva por los préstamos, que en el idioma nacional provienen de las lenguas indígenas y de las lenguas europeas; pero también se acrecienta por un mecanismo más delicado, la catacresis, que añade nuevas acepciones a palabras ya existentes. Así, mientras que en el español *pitar* es “sonar el pito” aquí también significa “fumar”; extensiones (o reducciones) similares alteran los significados de *agarrar*, *cobija*, *boliche*, *arrear*. Abeille entiende estos cambios semánticos como “actos emancipadores del lenguaje”.

El profesor francés explica el voseo como simplificación debida a la reducción del diptongo y al cambio

**En el aparato conceptual de Abeille la lengua expresa tanto el concepto de nación como el de raza. Por una parte, una nación que carece de idioma propio es una nación incompleta; a la Argentina le corresponde, entonces, el idioma nacional como derecho inalienable. Por la otra, si las lenguas evolucionan, como organismos vivos, siguiendo los cambios que se producen en las razas que las hablan, la lengua de Argentina no podía seguir manteniendo las características que identificaban a la raza española, puesto que se estaba formando una nueva raza como producto de la mezcla con los pueblos extranjeros.**

en la posición del acento; así, en el presente del indicativo se diferencian *aprietas / apretás, comienzas / comenzás, pierdes / perdés, entiendes / entendés, sientes / sentís, duermes / dormís* y similares, y en el imperativo, las parejas *sirve / serví, corrige / corregí, pide / pedí*, aunque los principios de la economía le fallan para *di / decí, haz / hacé y pon / poné*, para los que tiene que recurrir al proceso contrario, la parage. En ningún momento relaciona estas parejas con sus respectivos pronombres: *tú* y *vos*, ni las explica históricamente a partir de su diferente procedencia latina (segunda persona del singular y del plural, respectivamente), ni advierte la mezcla de paradigmas propia del español americano, tanto en el voseo verbal como en el pronominal.

Abeille reconoce la creciente aproximación del argentino al francés sobre

todo en la sintaxis. Así ambos pueblos comparten la necesidad de claridad y un alto grado de abstracción que se expresa a través de la preferencia por la oración simple, con un orden de palabras directo, frente al español, que acumula subordinadas y que tiende a la inversión. El autor confiesa incluso su participación personal en el arraigo del galicismo en sus estudiantes:

*“Durante los siete años que he dictado una cátedra de francés en el Colegio Nacional, cuántas veces he comprobado que los alumnos al hacer una traducción del francés al idioma nacional, conservaban en su idioma la misma construcción francesa... Y al oír estas traducciones me preguntaba si era necesario corregirlas dándoles el giro castellano, o dejarlas pasar favoreciendo así la evolución del Argentino” (p. 285).*

Ángela Di Tullio



Sin embargo, reconoce que esta libertad le estaría vedada en el español por ser una lengua ya formada, en la que las fuerzas conservadoras prevalecen sobre las revolucionarias. Nada dice con respecto a la posibilidad de introducir cambios similares en el francés. El idioma de los argentinos, entonces, se ubica en una relación jerárquica con respecto a las lenguas de cultura, como corresponde a la variante B en una situación de diglosia. En efecto, para Abeille el trabajo lingüístico estaba claramente compartimentalizado:

*“Así, la evolución de la lengua será eficazmente ayudada: arriba, los letrados introducirán cambios sintácticos; abajo, el pueblo llevará a cabo los cambios en el vocabulario y las alteraciones en fonética, hasta que llegada a su apogeo, la evolución armonize (sic), en un conjunto propio, todos los elementos preparados por la selección, y semejante a una chispa eléctrica los cristalice en un todo homogéneo o IDIOMA ARGENTINO” (p. 426).*

Como se ve, la retórica campea en el texto, en particular cuando se trata de exaltar las bondades de la joven república, de la nueva raza, de su ideología progresista y de la lengua que se está forjando.

Abeille concluye su demostración afirmando que el idioma nacional de los argentinos no es el castellano puro; tampoco lo define como un dialecto, o *patois*, propio de una comunidad inculta y no de una nación independiente. Aunque todavía no ha llegado a ser una lengua propia, lo reconoce como una etapa en el proceso de su constitución.

### Una respuesta contundente

Un gramático argentino, Juan Selva, comenta acerca de la acogida que se le había dispensado en Francia al libro de Abeille:

*“En 1900, el Congreso de filólogos que se reunió en París con motivo de la gran exposición universal que allí se celebraba, llegó a aplaudir y a aprobar, sin profundizarlo por cierto, y acaso sin leerlo, el libro El idioma argentino, presentado por el Doctor Abeille” (Evolución del habla. Estudios filológicos, p. 36)*

Probablemente no ser leído haya sido también el destino del libro en Argentina, tanto entre los defensores como entre los detractores. Los que lo mencionan no parecen haber ido más allá del capítulo inicial; prácticamente nadie alude a los datos lingüísticos.

Los que evidentemente lo leyeron muy bien fueron Ernesto Quesada y Miguel Cané, dos “agentes culturales ubicados en la cumbre de la pirámide social e intelectual porteña” (Terán, 2000: 9).

En el ya citado artículo, “La cuestión del idioma” (1900), en el que Cané apoya el aniquilar al francés con todos los recursos de la argumentación: ironía, sarcasmo, refutación, reducción al absurdo. Aunque al principio parece concederle al contrincante el beneficio de reconocer su erudición, inmediatamente la acota a Francia y a divulgadores de escaso relieve,

**El supuesto privilegio de tener una lengua propia se reduce, en última instancia, a no tener una buena literatura, y, sin ella, tampoco cultura, progreso, civilización. La magnitud del problema se agravaba por la circunstancia de que era un país de inmigración, por lo que reclamaba “una condena-ción” ejemplar.**

en contraposición con los lingüistas alemanes y con el colombiano Cuervo; así demuestra que él está en condiciones de discutir porque conoce los textos autorizados. Cané explota los flancos débiles y alerta sobre los riesgos, molesto sobre todo por el entusiasmo del francés, que interpreta como obsecuencia patrioter. Con elegante ironía y sutil desdén, el polemista va refutando algunos datos y advirtiendo sobre las consecuencias de la propuesta. Se burla, por ejemplo, de la etimología del neologismo “atorrante”, que según Abeille provenía del latín *torrare*, pero que emergía en la Argentina de 1884. No oculta su desdén por los ingredientes del Argentino:

*“idioma que se formará sobre una base de español, con mucho italiano, un poco de francés, una migaja de quichua, una narigada de guaraní, amén de una sintaxis toba” (p. 70).*

El supuesto privilegio de tener una lengua propia se reduce, en última instancia, a no tener una buena literatura, y, sin ella, tampoco cultura, progreso, civiliza-

**El criollismo implicaba la pérdida del monopolio sobre la lengua escrita y, derivativamente, sobre la lengua literaria “nacional”; era necesario recuperar los espacios perdidos e imponer la estricta jerarquía del lugar que a cada uno le correspondía.**

ción. La magnitud del problema se agravaba por la circunstancia de que era un país de inmigración, por lo que reclamaba “una condena-ción” ejemplar.

Ésta es precisamente la tarea que acomete Quesada con su ensayo “El criollismo en la literatura argentina” (1902). Su objetivo es doble: por una parte, desmontar la identificación entre literatura argentina y literatura criollista; por la otra, presentar como

íntimamente relacionados la tesis de Abeille y el criollismo, a los que impugna conjuntamente, tanto por sus defectos intrínsecos como por sus efectos demagógicos.

La literatura gauchesca, que había cerrado su ciclo con el *Martín Fierro*, era remedada en una literatura de baja calidad que adoptaba los signos externos de lo autóctono. Los folletines de Eduardo Gutiérrez, como *Juan Moreira*, *Hormiga Negra* y otros, exageraban los rasgos de la lengua gauchesca, a lo que se sumaban otras publicaciones escritas en variedades subestándar como el *slang* orillero, jergas especiales como el lunfardo, lenguas inmigratorias como el cocoliche. Costa Álvarez define así esta “literatura” criollista:

*“Llamo criollismo a la escuela que se propone despertar, fomentar o crear en nosotros el amor a la patria con toda clase de recursos, inclusive los antiliterarios, que son la negación de la belleza en la forma y de la moral en el fondo” (1922, p. 90).*

La popularidad de esta literatura significaba un peligro para el español como “lenguaje literario”, como advierte alarmado Quesada:

*“En un país como el nuestro, donde ideas y costumbres andan en revuelta confusión, es deber de los cultores de las letras tratar de salvar el lenguaje literario —el cual, precisamente, es el depósito del espíritu de la raza, de su genio mismo— de la contaminación y corrupción de aquel entrevero de gentes y de idiomas; de ahí que sea menester que, sobre nuestro cosmopolitismo, se mantenga incólume la tradición nacional, el alma*

*de los que nos dieron patria, el sello genuinamente argentino, la pureza y gallardía de nuestro idioma” (en A. Rubione (ed.) 1983, pp. 228-230).*

Aunque Abeille sólo había citado obras de autores cultos, aparece asociado a la literatura criollista; de hecho, los cambios fonéticos que enumera, propios de variedades subestándar, podían dar pie para pensar que había tenido en cuenta estas obras. Quesada explota esta posibilidad para acentuar el peligro de la tesis de la lengua autóctona, sobre todo, al señalar el éxito de la literatura criollista entre los inmigrantes. La estrategia de insinuar que el cocoliche podía llegar a convertirse en el referente del idioma argentino si no se ponía las cosas en su lugar es el resorte básico de su argumentación. El peligro debía ser conjurado a través de una cruzada en defensa de los valores de la lengua literaria, la raza, la tradición. Nobleza obliga; en su categórica respuesta a la denuncia de Quesada, Cané expresa su sorpresa por la información que le brinda, sobre todo la referida al cocoliche: “No puedo cerrar esta carta sin volver al cocoliche. Me fascina, me atrae, me hipnotiza” (Rubione, p. 238). El criollismo implicaba la pérdida del monopolio sobre la lengua escrita y, derivativamente, sobre la lengua literaria “nacional”; era necesario recuperar los espacios perdidos e imponer la estricta jerarquía del lugar que a cada uno le correspondía. La condena a la obra disolvente de Abeille recae también sobre los que pretenden registrar la lengua que efectivamente se usa. Quesada se refiere al lingüista alemán Rodolfo Lenz como “el Abeille chileno”; además de su condición de extranjero, se hacía sospechoso de “pruritos neopatrioter

” y simpatías populacheras” (*Criollismo*, nota 70) por ocuparse del habla popular para sus estudios científicos. A su vez, Lenz, prestigioso lingüista autor del clásico *La oración y sus partes*, después de un viaje a la Argentina, comentará que aquí se habla en cocoliche y que el voseo es el tratamiento general:

*“En Buenos Aires he oído hace pocos años conversaciones entre redactores de diarios y diputados que se decían: ‘Sentate (=¡sentadte!), che (=hombre), y servite otro poquito’. En todas las familias argentinas, aun entre gente culta, los niños entre sí y con sus padres se vosean así” (p. 260).*

Asimismo, será juzgada con severidad la labor de los lexicógrafos que recogen los barbarismos u otras formas propias del vulgo, como los diccionarios de argentinismos de Garzón y Segovia, Zeballos la considera “obra estéril de curiosidad y de desocupados”. También la critican Costa Álvarez y Leopoldo Lugones, que pretenden la estandarización del español de Argentina, pero sobre la base de la lengua de los cultos.

Tobías Garzón, profesor del Colegio Monserrat, en el prólogo de su *Diccionario Argentino*, publicado en Barcelona el año del Centenario, explica así el objetivo inicial de su trabajo:

*“Comencé a formar un vocabulario de barbarismos, pero resultaron tantos y tan generalizados en el país (y me refiero al lenguaje de la gente culta) que empecé a repugnarme el nombre de barbarismos dado a este inmenso caudal de voces... Pero no fue esto solo. Empecé a darme cuenta de que una multitud de términos usados en la República Argentina*

*no constaban en el Diccionario de la Lengua. Había además otros muchos que tenían muy distinto significado en la península...”*

Como Zeballos e incluso como Quesada, Garzón adhiere a la postura de Ricardo Palma en su reproche a la Academia española por su desinterés en acoger los americanismos y atender sólo a los regionalismos peninsulares, a pesar de la evidente diferencia demográfica entre ambas zonas.

Igualmente, Lisandro Segovia observa la insuficiencia del Diccionario Académico en la “falta de muchos millares de voces, acepciones, proverbios, frases y modismos que usamos los argentinos”. Por eso, las recoge en su *Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos* (1911), consciente de la importante función social que cumple el diccionario: no sólo ayudar a hablar y a escribir, sino también a interpretar la cláusula de una ley, de un contrato, de un testa-



Vicente Quesada

mento. Atiende también al valor que puede revestir su obra para asimilar lingüísticamente al extranjero y a su hijo en un “país que marcha a la cabeza de América Latina y le auguran un porvenir no lejano de extraordinaria riqueza y esplendor”.

En un artículo publicado en la revista *Nosotros* en 1923 (“Evolución del idioma nacional”), Quesada declaraba satisfecho que la batalla estaba definitivamente ganada gracias al cambio de actitudes, menos hostiles hacia España, y también a una correcta política lingüística desplegada en la escuela y en la prensa:

*“La lengua oficial de un país es únicamente la enseñada en sus escuelas, usada en sus funciones públicas, y empleada en sus libros y periódicos; es, a la vez, hablada por un determinado número de personas, pero, las cuales, comparadas con el resto de la población, sólo constituyen una verdadera minoría” (p. 10).*

La construcción del Estado requiere la unidad lingüística como una de sus condiciones de existencia. La educación pública era la encargada de difundir la única variante admisible, que se decantaba de la buena literatura y de los consejos de los gramáticos. El ideal monoglósico prevé una lengua única, sin diferencias dialectales marcadas, aunque sí con la debida separación entre los dos sociolectos, la lengua del vulgo y la lengua culta, que seguía manteniéndose como posesión exclusiva de los verdaderos distinguidos.

Quesada es categórico: “A las razas que progresan corresponden idiomas que se enriquecen y prosperan”. La labor destructiva de los cambios de abajo es

reparada por la labor creativa de los de arriba: la creación lingüística no es obra del pueblo, sino de los cultos. Como cada grupo de la escala social tiene el lenguaje que le corresponde, no puede salvarse la frontera entre la lengua de la gente decente y la de la chusma y su lengua plebeya. Es igualmente dura la condena de la *cursiparla*, usada por los grupos poco cultos que aspiraban a imitar a los de arriba.

También Leopoldo Lugones sostiene una postura aristocratizante en relación con la formación del idioma, que no atribuye a la acción del pueblo sino a la de los cultos: “Todo idioma es obra de cultura realizada por los cultos”. El intelectual se va apartando progresivamente del “verbo de la democracia”, al que acusa de captar la aprobación del pueblo mediante recursos demagógicos y, por lo tanto, corruptos. La desintegración de la patria comienza con la desintegración del idioma, sobre todo por la influencia perniciosa de la inmigración cosmopolita, por lo que es necesario defenderlo de hibridaciones destructoras. Éste será el objetivo de su labor de formación ciudadana con la *Didáctica* y, como hombre de cultura, de dar fundamento científico al castellano usual en su *Diccionario etimológico* (*Didáctica*, p. 221-2).

### Los guardianes de la lengua

La construcción de la lengua del Estado requiere la labor de los gramáticos, que serán los encargados del trabajo técnico —eliminar el plurimorfismo previo a la estandarización— y de una función ideológica: la exaltación del castellano como único objeto digno de ser estudiado y preservado



en toda su pureza de la incuria de los hablantes desaprensivos. Los espacios privilegiados de su actividad son los que mencionaba Quesada: la escuela, la prensa y el libro.

Invirtiendo la relación entre lengua hablada y escrita, la escrita se convierte en la norma a la que debía ajustarse la hablada. Por ejemplo, la escuela se propuso regularizar la pronunciación de los grupos consonánticos cultos: *do(c)tor*, *hi(m)no*, *di(g)no*, *o(b)sesión*, *a(p)titud*, *protec(c)ión*, *in(s)cri(p)to* y similares, así como en las terminaciones: *-a(d)o*: *casa(d)o*, *cansa(d)o*, *cuña(d)o*. También había que erradicar vulgarismos como *esperemén*, *sientensén*, *diganmelón*, y las acentuaciones incorrectas en palabras como *intérvalo*, *epígrama*, *telégrama*, *périto*, *cólega*, *méndigo*, convertidas en esdrújulas por ultracorrección.

En buena medida, la escuela logrará estos objetivos, pero no va a cumplir con la principal tarea que se le encomienda: la de erradicar el *vos* de las aulas. Sin embargo, el “vulgar, arcaico, antilógico, inexistente” voseo amplió su uso, aunque mantenido a raya en la lengua escrita. Al ejemplo de Chile, que había obedecido los consejos de Bello, se oponía la rebeldía de Argentina, que seguía emperrada en esa “ignominiosa fealdad”. La gramática normativa reinará en la escuela secundaria. Desde fines del siglo XIX, la defensa de la gramática queda a cargo de un grupo de gramáticos españoles, como Monner Sans, Atienza y Medrano, García Velloso, Vera y González, Vélez de Aragón y, más tarde, Avelino Herrero Mayor, que van ocupando estos espacios privilegiados: son profesores y directivos en colegios secundarios, redactan los manuales de lengua, además de ser correctores de

los principales periódicos porteños. La apología del castellano –“*lengua majestuosa, grave, rica*”– se establece frente a otras lenguas, de acuerdo con la tradición humanística, –“el sin rival romance”, “encanto y admiración de extrañas gentes”, “lengua envidiada”– y más a menudo en relación con las deficiencias de la modalidad local. Así, las *Notas al castellano en la Argentina* de 1903 de Ricardo Monner Sans, un catalán que llega a la Argentina en 1889, constituye un texto básico de la ideología estandarizante que se instala como reacción a la obra de Abeille. Va precedida por una introducción de Estanislao Zeballos, otro hombre fuerte del régimen roquista, que avala la obra del español y la ubica en el contexto de los estudios del español en América. El gramático fustiga las disidencias (barbarismo, arcaísmo, neologismo) que desvían la modalidad local del español castizo, que, sin embargo, resiste a los embates que recibe en Buenos Aires. El español de Argentina aparece caracterizado negativamente con todo el énfasis de su malhumor hispánico:

*“Cuando en calles y plazas, en teatros y paseos, en casinos y en hogares se oyen conversaciones arlequinadas con retazos de diversos idiomas; cuando en cátedra se profieren dislates y, en obra gramatical, un día de texto, se le advierte al niño que en el hogar debe hablar mal para no ponerse en pugna con los padres que barbarizan, llega uno a convencerse de la briosidad de una lengua que no ha sucumbido al peso de tan rudos golpes” (pp. 47-48).*

Para corregir los errores presenta su fichero ordenado de los términos que se apartan del uso peninsular y los juzga

de acuerdo con criterios muy estrictos. No admite nuevos significados en las palabras conocidas; le escandaliza, por ejemplo, la ampliación del significado de *agarrar*, sustituto del imprescindible *coger*, por lo que intenta convencer sobre la diferencia entre *agarrar*, *asir* y *coger*. Evidentemente, las catacresis, que tanto entusiasaban a Abeille, le disgustan a Monner Sans; por eso, rechaza *pararse* por “ponerse de pie”, *negocio* por “tienda” o *disparar* por “huir”, entre otras muchas. Como es de prever, también sanciona con máxima severidad todo galicismo léxico o sintáctico; así, califica como “galicismo empalagoso” *coraje* por “valor”, como “galicismo insoportable e inadmisibles” *tener lugar* o como “galicismo antipático” *aprovisionar*, entre otros muchos que reciben su condena. Admite, en cambio, términos que carecen de un correlato castizo, como *choclo*, *churrasco*, *caudillaje*, *cardal*, *platense*, *pucho*, *pinturería*, *tambo*, *hispanoamericano* e incluso llega a preferir la expresión argentina a la peninsular en *aguatero* o *tata*, esta última como modo de contrarrestar el afeminado galicismo *papá*.

La preservación de la lengua es la misión del “campeón del español” que no cesa en su infatigable corrección de las deficiencias del español hablado y escrito en Argentina. Como no olvida el intento de Abeille, no pierde ocasión en denunciar el disparate de pensar que podían crear una lengua propia por un nacionalismo mal entendido: “¡Crear un nuevo idioma! ¡Ahí es nada! ¡Se han detenido Uds. a pensar lo que significa, lo que representa tamaña invención, los conocimientos que son necesarios, no necesarios, indispensables, para la formación de una lengua!” (MEC); por eso reclama medidas más enérgicas para que la escuela cumpla su misión de “perfeccionamiento del habla argentina”:

*“Mientras en la propia escuela primaria suenen en labios docentes el vos, el vení, el paráte, el deber por “ejercicio”... y tanto y tanto aporreo del idioma, que pregonando va, si no se quiere molesta ignorancia, censurable indiferencia, probaría el desgano con que la Superioridad mira los asuntos del lenguaje. ¡Irritante desvío, señores, siendo como es el idioma el reflejo del alma popular! ¡Criminal desatención!... ¿por qué no castigar con mano fuerte los atentados contra el lenguaje? ¿Por qué permitirle al bárbaro que enseñe lo que ignora pervirtiendo el alma y el cerebro de las inteligencias que se le confían?” (p. 155)*

Monner Sans denuncia el escaso afán normativo de las autoridades educativas y de los maestros, poco afectos a la gramática. Pero la cólera del gramático se exagera con el uso del *vos*, al que tildaba en *Notas* de “inaguantable vulgaridad”, de arcaico y de “antilógico”. La condena general al voseo se basaba en tres argumentos: uno social, otro histórico —el no haber seguido la tendencia que se impuso en el español peninsular— y otro lógico. Esta última calificación proviene de la diferencia entre el *vos* clásico español, coherentemente construido con la segunda persona del plural (*Vos os engañáis en vuestra sospecha*), y el paradigma híbrido del voseo americano (*Vos te engañás con tu sospecha*), resultante de la mezcla entre formas del singular y del plural, tanto en el voseo pronominal como en el verbal. Por eso mismo, los inspectores del Consejo Nacional de Educación, que debían ocuparse de perseguir el voseo en las escuelas, justificaban su labor aduciendo que el *vos* no existía en la gramática:

*“Al visitar algunas escuelas, he hallado maestros que decían a sus alumnos: sentate o parate. Este defecto debió ser corregido hace tiempo. El maestro tiene plena libertad para dirigirse al alumno empleando el pronombre tú o usted, pero debe hablar siempre en castellano” (N. Trucco. MEC, julio de 1909, Nº 439, p. 90).*

Otros gramáticos añadirán argumentos similares para condenar al vos; así A. Herrero Mayor le achaca la pérdida del tratamiento de confianza en plural:

*“Cuando nos dirigimos a dos amigos a quienes tratamos de vos, decimos si es de uno: Vos sos mi amigo, mas cuando nos dirigimos a los dos decimos: Ustedes son mis amigos, con lo que ha desaparecido la confianza... El vosotros mantiene la confianza” (Diálogo argentino de la lengua, p. 58).*

En realidad, la pérdida del tratamiento de confianza en el plural no se debe al tan denostado voseo, sino a la pérdida del *vosotros*, común a todo el español de América. Arturo Capdevila, el más decidido detractor del voseo, al que califica de “mancha, ignominiosa fealdad, viruela”, recurre a una supuesta evidencia histórica: atribuye al rosismo la reimplantación del voseo como triunfo del populismo: “¡Victoria oscura de la barbarie sobre la cobardía!” (*Babel y el castellano*).

La representación del gramático rezongón, el “corregidor” que intimida con sus preceptos y sanciones, es un motivo recurrente en Borges, Arlt, Rossi, quienes lo asocian al malhumor, al inmovilismo, a una reacción hispanizante colonialista. La queja sobre

lo mal que se habla y se escribe en la Argentina se convierte en un tópico que justifica la ideología estandarizadora; Monner Sans se previene así de todo contagio:

*“[Apenas llegado], al momento advertí las incorrecciones del lenguaje, así en lo que se hablaba como en lo que se escribía. Al escuchar tanto aporreo al heredado lenguaje, juréme a mí mismo apercibirme a la defensa, rezando cada noche una jaculatoria al protector del idioma cervantino, para que me librara del contagio” (1917, p. 146).*

La tradición de la queja, principal fundamento del discurso gramatical normativo, se difunde a través de una amplia serie de libros, como *El castellano en América. Su evolución, Crecimiento del habla* (1925) y *Guía del buen decir* de Juan Selva; *Problemas del idioma* de A. Herrero Mayor; *Defendamos nuestro hermoso idioma* de J. Cantarell Dart; *Coloquios sobre el lenguaje argentino* (1945) de Lázaro Schallman; *Despeñaderos del habla* de Arturo Capdevila (1954), entre muchos otros. Gana también espacios en los medios de comunicación tanto escrita –*Barbaridades que se nos escapan al hablar* (1924) de Monner Sans– como radiofónica –*Diálogo argentino de la lengua (50 lecciones para hablar y escribir correctamente)* de Avelino Herrero Mayor–, seguidos por una larga serie de epígonos hispanófilos. La proliferación de las gramáticas se justifica por las “especiales condiciones del país”. Como prólogo a las *Notas*, Estanislao Zeballos elogia la denodada labor de Monner Sans contra la incorrección y las pretensiones nacionalistas. Menciona entre los predecesores, a

Octavio Pico, que “describía las fiestas de antruejo, que carnaval le parecía italianismo innecesario para quienes tienen, además, en su rico idioma, *carnestolendas*, de clásico abolengo” (p. 6). Preocuparse por un italianismo tan arraigado como *carnaval* indica una clara voluntad de contrarrestar la presencia inmigratoria, en un medio que, según Zeballos, “carece de las aptitudes para la asimilación intelectual del extranjero”, y lo peor es que es el que termina por asimilar al nativo. Buenos Aires es Gringópolis, la confusión babélica y el desbarajuste. Los hablantes se expresan sin el necesario cuidado, con expresiones tuntúnicas, que muestran la pereza mental del porteño, como los evaluativos positivo *fenómeno* y negativo *macana*. El uso de la lengua indica la condición social y el grado de cultura del hablante, y se asocia también a la moral: el lenguaje correcto va unido a la buena conducta, según Lugones.

Capdevila extrae las consecuencias: “Así como la mala crianza aísla, así como la suciedad en el vestir separa, todo lo que conspira contra el buen hablar será también razón de confinamiento y soledad” (“Desazones idiomáticas argentinas”, *Cuadernos del idioma*, p. 31). El buen hablante, sin embargo, no se confunde con el redicho o afectado. La finura aparente de algunos no puede ocultar el mal gusto; la lengua permitirá reconocer a los verdaderos distinguidos de quienes aspiran a serlo y se exceden en la imitación. Es que la distinción no se compra en la tienda, recuerda Capdevila a los enriquecidos que llegaron en el último aluvión inmigratorio (*Despeñaderos*, p. 87). El mal gusto se pone de manifiesto en expresiones cursis como *mi esposa* (por la más directa *mi mujer*), “el cómico *aló*

y el ‘salivoso’ *chau*” (Herrero Mayor) o por el anglicismo sintáctico *Automóvil Club* o *Plaza Hotel* (J. Selva). Otra forma de afectación será luego blanco de la sátira de Adolfo Bioy Casares en su *Breve*

*diccionario del argentino exquisito* (1978) que, más moderno, se especializa en declaraciones de políticos

y gobernantes, tan afectos en esos tiempos a las finezas de *fractura*, *infraestructura*, *curricular*, *redimensionar*.

**Los hablantes se expresan sin el necesario cuidado, con expresiones tuntúnicas, que muestran la pereza mental del porteño, como los evaluativos positivo *fenómeno* y negativo *macana*. El uso de la lengua indica la condición social y el grado de cultura del hablante, y se asocia también a la moral: el lenguaje correcto va unido a la buena conducta, según Lugones.**

### Borges vs. Castro

La causa antihispánica era compartida por un amplio sector de los intelectuales, que veían con resquemor la presencia de lingüistas españoles en la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires desde su creación en 1924 por la firma de un convenio entre el decano de la Facultad, Ricardo Rojas, y Ramón Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Así llegan, entre otros, Américo Castro en 1924 y como director permanente, a partir de 1927, Amado Alonso. El año anterior, cuando la *Gaceta Literaria* de Madrid había planteado que el meridiano cultural y lingüístico que debía acatar la América hispanohablante era el de Madrid, los colaboradores del periódico *Martín Fierro* rechazaron unánimemente la pretensión, encabezados por el director, Evar Méndez:

“... el deshispanismo argentino, la transformación del idioma, la diferenciación espiritual, nuestra actual constitución étnica, la orientación no-española de la cultura del Plata. Todo ello parece ‘ingratitude histórica’ e insulto máximo a los españoles; pero desatender a esa verdad no prueba sino incompreensión, voluntaria ceguera, estrechez mental o torpe tozudez...”  
(Salas, revista Martín Fierro, agosto 31-noviembre 15 de 1927, Nº 44-45, p. 475).

En esta polémica la opinión de Borges fue deliberadamente breve. Expresa desde el inicio su opinión a través de enfáticos signos de exclamación: “La sedicente juventud nos invita a establecer ¡en Madrid! el meridiano intelectual de esta América”. Entre los diversos factores (musicales, políticos, culturales) que demuestran la imposibilidad de la pretensión, menciona uno lingüístico: “una ciudad cuya sola invención es el galicismo –a lo menos, en ninguna otra ciudad de él” (Ibíd., Nº 42, junio de 1927, p. 357).

En 1941 se publica *La peculiaridad lingüística rioplatense* de Américo Castro, que dicta un diagnóstico muy negativo sobre la lengua hablada y escrita en Argentina. Esta obra es una versión hiperbólica de “El problema argentino de la lengua”, dedicado a Borges, “compañero en estas preocupaciones”, primer capítulo de *El problema de la lengua en América* de Amado Alonso. Aunque Alonso destacaba los factores que incidían en el “desbarajuste lingüístico” de Buenos Aires, Castro iba más allá, porque pretendía explicar los resortes más profundos de la historia cultural, y para ello se basaba no sólo en la obra de su compatriota, sino también en citas de Arturo Capdevila, A. Herrero

Mayor y E. Larreta. La severidad del juicio recaía sobre las actitudes excesivamente permisivas hacia los errores, como la falta de sanción social, el escaso interés por la corrección, el pudor por mostrarse culto, la ausencia de una minoría que impusiera su autoridad, el “instinto bajero” que se complacía en las expresiones plebeyas hasta elevarlas a la categoría de literarias. El libro provocó la reacción de encono ante lo que se consideraba como una ofensa al sentimiento nacional, infligida por un extranjero y, además, español, como se expresa, por ejemplo, en dos artículos publicados en la revista *La Carreta* de octubre de 1941, firmados por Luis Pinto –“Américo Castro, ‘Corregidor’ de Lengua...”– y por Vicente Rossi, “A los Encomenderos Idiomáticos de los Pueblos del Plata”. En ambos se acusa al filólogo de querer reimplantar el vasallaje impuesto desde España, por lo que se insta a los argentinos a rechazar la injerencia de una autoridad externa que desconoce su idiosincrasia y la de su lengua. Desde otro ángulo, *La Nación* (14 de septiembre de 1941) destaca la falta de perspectiva general que Castro muestra sobre la sociedad argentina:

*“El prestigioso filólogo comete el error de espantarse por el escándalo del idioma plebeyo (...). La Argentina posee, en la realidad discreta de sus dignas reservas, un perfil nada plebeyo, sino al contrario tan fino y señorial como el que apunta en los escritores de la calidad de los que D. Américo Castro cita, quienes no son –como él piensa– tan diferentes al medio y su expresión, sino la expresión de lo mejor del medio”.*

Evidentemente, *La peculiaridad lingüística rioplatense* también irritó a Borges.

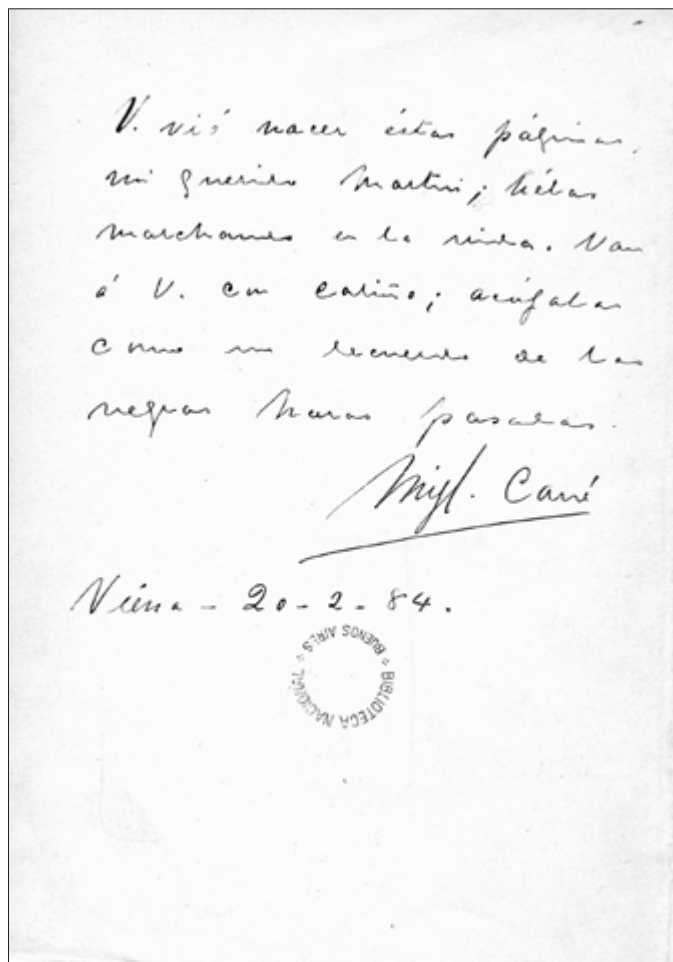
En “Las alarmas del Doctor Castro”, publicado en *Sur*, Borges hostigará con feroz sarcasmo, al ocasional enemigo para destruir su tesis. Las estrategias que emplea en el ataque las había expuesto en el “Arte de injuriar” (*Historia de la eternidad*, 1933). No parece azaroso que en su teorización sobre el género mencione entre los términos denigratorios que el polemista esgrime para denostar a su oponente el de *doctor*: “*Doctor* es otra aniquilación” (O. C., p. 420). *Alarmas*, a su vez, sugiere aspaiviento, malhumor, rezongo, las actitudes que en *El idioma de los argentinos* endilga a los hispanistas.

Borges no intenta arduas discusiones gramaticales que pudieran probar la superior corrección o calidad de la “lengua vernácula de la charla porteña” sobre otras. Demuestra la falacia de identificar la lengua de Buenos Aires con sus parodias gauchescas o arrabaleras, que el ensayista comparaba con el español estándar peninsular. A la pretendida superioridad de la peninsular concede, con la objetividad de un observador imparcial, como único argumento la intensidad de la voz:

“He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda)” (O. C., p. 654).

El corolario obligado es desmentir esa superioridad y afirmar la del español de Argentina, ilustrado con una estrofa del *Martín Fierro* que opone a las torpezas estilísticas de Castro.

Aunque el artículo de Borges fue interpretado como una *falacia ad hominem*, o una *burla gratuita e irrespetuosa*, sin embargo, no parece ajeno al hecho de que en la obra de Castro se deslizan acusaciones veladas contra Borges y su posición frente a la lengua: “Hay argentinos, incluso con relieve intelectual, que declaran ser su lengua el ‘argentino’, aunque no insistan mucho en ello al expresarse con la pluma” (p. 16). Borges no se detiene a explicar que escribir en argentino no significa convertirse en gaucho o en compadrito, ni tampoco hacerse español, sino, más bien, mantener el tono de la oralidad porteña en su modalidad culta. Es el matiz que



pretende transmitir, siguiendo a escritores como Sarmiento y Mansilla:

*“El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia... Dijeron bien en argentino: cosa en desuso” (El idioma de los argentinos, p. 29).*

También se adivina una solapada referencia a Borges cuando Castro, enojado, se queja del recurso al humor, que evidencia una preocupación mayor por la forma que por el contenido. Explícitamente, a Borges sólo lo menciona una vez, en una lista en que reúne escritores de diferente laya, que concluye en un genérico “y cien más” (p. 122). Retomando estas alusiones y elusiones, Borges concluye su ilustración del arte de injuriar con la aniquilación total:

*“En la página 122, el doctor Castro ha enumerado algunos escritores cuyo estilo es correcto; a pesar de la inclusión de mi nombre en este catálogo, no me creo del todo incapacitado para hablar de estilística” (O. C., p. 657).*

También Roberto Arlt recupera el nombre “El idioma de los argentinos” en su *Aguafuerte porteña* para discutir con un hispanista, el ya mencionado Monner Sans. A diferencia de Borges, Arlt dice escribir “en porteño” —que identifica con un léxico— y se apoya en una genealogía diferente:

*“Escribo en un ‘idioma’ que no es propiamente el castellano, sino el*

*porteño. Sigo toda una tradición: Fray Mocho, Félix Lima, Last Reason... Y es acaso por exaltar el habla del pueblo, ágil, pintoresca y variable, que interesa a todas las sensibilidades. Este léxico, que yo llamo idioma, primará en nuestra literatura a pesar de la indignación de los puristas, a quienes no leen ni leerá nadie (Aguafuertes porteñas, p. 369).*

## Conclusiones

¿De qué se discute cuando se plantean estas polémicas sobre la lengua? Básicamente de “mitos acerca de la lengua” relativos al carácter más lógico, más bello o más difícil de una lengua, o de los efectos de un dialecto sobre la pureza de la lengua o de la (im)pericia de los hablantes de un cierto sector social. Muchos de estos “mitos” circulan en los textos comentados. De hecho, son las cuestiones vinculadas a la valoración —más que de la estructura interna de la lengua— lo que suscita el interés de académicos, intelectuales, políticos y gran público; cada uno, desde su perspectiva particular. Algunas parecen depender de gustos, más o menos legitimados; otras, de factores sociales y políticos implícitos; un tercer grupo, de cómo se entienda la “unidad de la lengua” y qué alcance se les reconozcan a las diferencias.

En nuestro recorrido hemos reconocido una línea dominante trazada por la defensa de los rasgos del hablado en Argentina frente a una normativa que desconocía la valoración de los hablantes nativos y que sólo admitía como legítima la opción del español peninsular: Sarmiento propone una ortografía que daba lugar al seseo,

rasgo compartido por todas las modalidades habladas en América; Borges la reconoce en un matiz, el de la oralidad porteña, que se reconoce en un tono, en algunas selecciones léxicas y en las connotaciones que se asocian con ciertas palabras; Arlt la identifica con el vocabulario propio de Buenos Aires. Los marcadores de “argentinidad” cambian a través del tiempo. El lingüista alemán Fritz Krüger, que fue profesor en la Universidad de Cuyo, escribió un libro sobre “el argentinismo *es de lindo*” (*Era de linda...; Está de alto... Me cayó de mal...*). Sin embargo, esta construcción hoy ha perdido vigencia entre los jóvenes, sustituida por el prefijo *re-*: *Era re-linda, Está re-alto; Me cayó re-mal*. La entonación de la frase resulta más cercana a la de ciertos dialectos del italiano que a la del español peninsular, e incluso el italiano parece haber favorecido la tendencia a la duplicación pronominal, como en *¿La viste a mi*

*mamá?* o en *¿No lo invitaste a Tomás?*, prácticamente obligatoria cuando se hace referencia a personas consideradas familiares para el interlocutor.

Ahora bien, la suma de los rasgos, ¿define la identidad lingüística argentina o, mejor aun, las varias identidades lingüísticas argentinas: la rioplatense, muy cercana a la uruguaya, la del noroeste, vinculada a la del español andino, la cuyana, similar a la del español de Chile y la del nordeste, que comparte muchos rasgos con el de Paraguay? Creo que no basta, por más puntuales y específicos que se describan. Como hemos visto, la identidad lingüística es una construcción elaborada por intelectuales, hecha de reflexiones sobre la lengua y sus componentes, pero también de valores afectivos, como los prejuicios y los mitos antes mencionados, y también de ciertas acciones glotopolíticas, normativas o antinormativas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abeille, Lucien (1900), *Idioma nacional de los argentinos*, París, Librairie Emile Bouchon.
- Alonso, Amado (1935), *El problema de la lengua en la Argentina*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1943), *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, Losada.
- Arlt, Roberto (1991), “El idioma de los argentinos”, en *Aguafuertes porteñas. Obra Completa II*, Buenos Aires, Planeta.
- Bauer, Laurie & Peter Trudgill (ed.) (1998), *Language Myths*, Londres, Penguin Books.
- Bello, Andrés (1970), *Gramática de la Lengua Castellana*, Buenos Aires, Sopena.
- Blanco, Imelda, M. Eugenia Contursi y Fabiola Ferro (2003), “La enseñanza de la gramática y los medios de comunicación”, Comfer, [www.comfer.gov.ar/publi/pdf](http://www.comfer.gov.ar/publi/pdf)
- Bioy Casares, Adolfo (1978), *Breve diccionario del argentino exquisito*, Buenos Aires, Emecé.
- Borges, Jorge Luis (1984), *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé.
- (1928), *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza, 1998.
- y E. Clemente (1963), *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé.
- Cané, Miguel (1919), *Prosa ligera*, Buenos Aires, Administración General, Casa Vaccaro.
- (1895) *En viaje*, Buenos Aires, Estrada.
- Capdevila, Arturo (1928), *Babel y el castellano*, Buenos Aires, Losada.
- (1952), *Despeñaderos del habla*, Buenos Aires, Losada.
- (1965), “Desazones idiomáticas argentinas”, *Cuadernos del idioma*, 21-38.
- Carricaburo, Norma (1999), *El voseo en la literatura argentina*, Madrid, Arco/Libros.
- Castro, Américo (1941), *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, Losada.
- Costa Álvarez, Arturo (1922), *Nuestra lengua*, Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina.
- Di Tullio, Ángela L. (2003), *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba.
- Garzón, Tobías (1910), *Diccionario argentino*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestre.
- Herrero Mayor, Avelino (1954), *Diálogo argentino de la Lengua. 50 lecciones para hablar y escribir correctamente*, Buenos Aires, Hachette.



- Lugones, Leopoldo (1949), *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Ediciones Centurión.
- Mansilla, Lucio V. (1928), *Entre Nos (Causeries del jueves)*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Monitor de la Educación Común*, publicación del Consejo Nacional de Educación.
- Monner Sans, Ricardo (1917), *Notas al castellano en la Argentina*, prólogo de E. Zeballos, Buenos Aires, Cabaut y Co.
- Prieto, Adolfo (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Quesada, Ernesto (1923), "Evolución del idioma nacional", en *Nosotros*, enero de 1923, n° 164, 7-31, y 165, 175-207.
- Rossi, Vicente (1927), *Folleto Lenguaraces*, Montevideo, Río de la Plata.
- Revista *Martín Fierro* (1924-1927), Buenos Aires, CEAL, Serie Ediciones Facsimilares/1, 1980.
- Rubione, Alfredo (ed.) (1983), *En torno al criollismo. Textos y polémica*, Buenos Aires, CEAL.
- (1993), "El discurso 'nacional' como utopía lingüística", en *SyC* 4, pp. 93-103.
- (1997), "Disciplinar la voz. Política lingüística y canon literario en la Argentina (1884-1936)", en *SyC* 8, 145-154.
- Sarmiento, Domingo F. (1948), *Obras Completas* (52 volúmenes), Buenos Aires, Luz del Día.
- Salas, Horacio (1995), *Revista Martín Fierro*, edición facsimilar, estudio preliminar, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.
- Sastre, Marcos (1858), *Lecciones de Gramática Castellana*, Buenos Aires, Igon Hermanos, 1885.
- Segovia, Lisandro (1912), *Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos*. Buenos Aires, Coni.
- Selva, Juan (1916), *Guía del buen decir. Estudio de las transgresiones gramaticales más comunes*, Buenos Aires, El Ateneo.
- (1944), *Evolución del habla. Estudios filológicos*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Terán, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Víñas, David e Ismael et. al., *Contorno* (2007), edición facsimilar, Ediciones Biblioteca Nacional.

# RARAS PARTITURAS

Con el objeto de difundir el vastísimo patrimonio musical de la Biblioteca Nacional, se realizaron a partir del 2006, diversos ciclos de conciertos en el Auditorio "Jorge Luis Borges".

El registro en vivo de los conciertos forma esta colección, discos que desde lo inusual y desde su lectura reflejan el cuidadoso trabajo de ordenamiento y recuperación que lleva adelante el Programa Inventario de Partituras.

## 1. RAMIRO GALLO QUINTETO

Tangos propios y rescate de obras olvidadas. Grabado en vivo en la Biblioteca Nacional.

## 2. PIANO

Gerardo Gandini, Lito Vitale y Ernesto Jodos, entre otros, versionan obras de compositores clásicos argentinos. Grabado en vivo en la Biblioteca Nacional.

## 3. FOLKLORE

Coqui Ortiz, Lilián Saba y Juan Quintero. El cancionero tradicional y nuevas composiciones. Grabado en vivo en la Biblioteca Nacional.

## 4. HORACIO SALGÁN

Gran Orquesta Tangovia Buenos Aires, dirigida por Cesar Salgán. Rarezas del catálogo, grabaciones históricas y el primer registro moderno de algunos de los arreglos para Orquesta Típica.



## 5. JORGE DE LA VEGA X LEO MASLIÁH

Leo Masliáh reinterpreta canciones conocidas e inéditas de Jorge de la Vega a partir de sus partituras originales.

## Ciudad moderna - metrópoli global<sup>(\*)</sup>

*Por Pablo Sztulwark*

El pensamiento político y cultural no puede prescindir, a la hora de ensayar sus más profundas incisiones, de la ciudad como lugar de experimentación. En ella, en el modo de ocupar su espacialidad, se expresan formas de vida, con sus costumbres, pero también con sus inflexiones irreversibles.

En el artículo que presentamos a continuación, Pablo Sztulwark expone las diferencias entre los modos en los que fue concebida la ciudad moderna y la metrópoli global. La primera, esbozada bajo el paradigma de la planificación y el diseño de estructuras estandarizadas que responde a necesidades previamente concebidas: el plan urbano que trazaba y prescribía las maneras de habitar el lugar. Las ciudades de hoy, bajo el imperio de las imágenes globales y las tecnologías del *marketing* que configuran el territorio a partir de la desagregación de los lazos colectivos: el autoencierro y la producción de ambientes homogéneos constituidos tras la promesa de un mundo que luego el mercado invita a consumir.

Sin embargo, y pese a los moldes imaginados en las agencias publicitarias, la ciudad es un espacio vivo que reclama ser concebido como tal. En ella, si se la logra imaginar como desafío de religar lo heterogéneo, se cifran las posibilidades del pueblo por venir.

## I. Ciudad y cultura

Tal vez la ciudad sea una de las construcciones más complejas e impresionantes de la especie humana. Pero como estamos de alguna manera habituados a ella, perdemos de vista esa impresionante complejidad. Si hiciéramos un ejercicio de imaginación y pudiéramos cambiar de escala, es decir, si nos alejáramos de nuestro punto de vista habitual y cambiáramos de velocidad acelerando el tiempo, tomaríamos conciencia visual de tamaña obra colectiva. Si esto sucediera, veríamos a la ciudad como una urdimbre que se está haciendo y re-haciendo, que crece y se altera con el latir de la vida. Aquí intentaremos pensar acerca de esta construcción cultural.

¿Por qué convocamos esta primera imagen al pensar la ciudad? Porque nos interesa preguntarnos, en las páginas que siguen, por la ciudad y su estatuto. Pero sobre todo por la ciudad en tanto que construcción cultural. Sin embargo, existen múltiples formas de aproximarnos a la ciudad, inclusive en su dimensión de construcción cultural y colectiva. Por eso mismo, vale precisar ahora de qué (tipo de) ciudad hablaremos y qué problematización nos interesa exponer en las notas posteriores.

Si bien las estrategias de problematización son infinitas, mi lugar de enunciación es el de arquitecto y la interrogación parte de allí. Pero discurso arquitectónico no equivale a discurso técnico sobre la ciudad, aunque lo contenga. Más bien, pensar la ciudad desde esta mirada requiere transformar, tanto a la ciudad como a la arquitectura, en términos inseparables de la cultura. En otras palabras, si entendemos por cultura la producción,

apropiación y circulación del patrimonio simbólico de una formación social, la ciudad y su construcción material y simbólica pertenecen al conjunto que recorta esta definición.

Ahora bien, si partimos de esta definición de cultura, no podemos dejar de interpelar a la ciudad como parte integrante de una construcción material de sentido. Pero, ¿qué significa esto respecto del eje que buscamos tratar? Por un lado, que la ciudad es el universo en el que se despliega la vida del hombre, y la especificidad de lo humano se juega en la construcción de artificios (en este caso, la ciudad) que instituyen sentido. Por otro lado, si la lucha cultural es la lucha por el sentido, la ciudad no está excluida de ese campo o más bien forma parte de él en tanto que generadora de sentido. Volvamos sobre este asunto. Primero, la ciudad es una producción cultural. Segundo, también “desborda” de cultura la pregunta por la

ciudad porque su objeto es el habitar humano. Tercero, tratándose del habitar humano, no estamos ante una cuestión sencilla y susceptible de ser resuelta en clave técnica. Por el contrario, nos enfrentamos a una interrogación que convoca una variedad de problemas, una multiplicidad de conceptos y una serie de perspectivas difíciles de clasificar si pensamos un proyecto urbano. Cuarto, cuando nos topamos con un problema arquitectónico-urbano —y aquí

**¿En qué hacemos foco cuando miramos con los ojos de la territorialización y la desterritorialización? Hacemos foco en el habitar como habitar humano que se apropia de un espacio y lo convierte en territorio poblado de sentido. Pero esa operación implica una apropiación material y simbólica. Por eso mismo y en tanto que efecto de esa ocupación que instituye sentido, el espacio se transforma en terreno intensamente humano.**

las categorías sin duda son difíciles de separar— inevitablemente nos topamos con un problema sobre el habitar humano que pone en cuestión los saberes previos y en consecuencia es necesario revisarlos a la luz de cada proyecto.

Planteada esta definición, regresemos sobre la imagen de la ciudad como urdimbre colectiva. Al imaginarla de esta manera, lo hacemos tomando como eje las operaciones de territorialización y desterritorialización de una cultura.<sup>1</sup> Es decir, como estrategias de apropiación y subjetivación del territorio. Pero, ¿en qué hacemos foco cuando miramos con los ojos de la territorialización y la desterritorialización? Hacemos foco en el habitar como habitar humano que se apropia de un espacio y lo convierte en territorio

Pablo Sztulwark

poblado de sentido. Pero esa operación implica una apropiación material y simbólica. Por eso mismo y en tanto que efecto de esa ocupación que instituye sentido, el espacio se transforma en terreno intensamente humano. Ahora bien, la ocupación no está hecha de una vez y para siempre sino que su temporalidad —en rigor, su historicidad— se teje al ritmo de la apropiación y la re-apropiación del espacio que siempre es continua. Entonces, la tarea es constante pero, además, esa constancia no consiste en la repetición de un procedimiento, en la aplicación de una regla técnica o en la puesta en juego de un saber específico. Más bien, cuando decimos ocupar decimos relación singular, subjetiva y situada con el espacio. Por otra parte, el habitante



de ese mundo no es un mero receptor pasivo o un consumidor indiferenciado sino una subjetividad que resulta de un hacer. De esta manera, pensar la construcción de ciudad –en tanto que ocupación material y simbólica de un espacio– exige problematizar la lucha por la asignación de sentido de ese espacio. Y allí, dicho sea de paso, reside centralmente la *esencia* cultural de la ciudad.

Si comenzamos este aparatado con una imagen, terminemos con otra al servicio del mismo problema que buscamos rodear. Entonces, podríamos pensar la ciudad a través del lenguaje. Sin ir muy lejos, sabemos que una lengua no se agota en sus reglas sintácticas. Tampoco en su condición de instrumento de comunicación. En tanto que sujetos hablantes, nosotros somos lenguaje y eso nos constituye como sujetos. Respecto de la ciudad, ésta también puede ser vista de esa manera cuando es analizada como formas de pensar, sentir y actuar que dan lugar y son experiencia humana. En estos términos, es posible retratarla en un doble juego: el hombre habita la ciudad pero también es habitado por ella. En definitiva, la ciudad produce (y además es) sus habitantes.

## II. La ciudad como relato

Si partimos de esta definición de ciudad, el pensamiento urbano tiene un objeto y una tarea: pensar la humanización que produce, la subjetividad que forja y el mundo que inventa ese artificio que venimos llamando ciudad. Además, el pensamiento urbano no se agota en la descripción del mundo material sino que está centrado en el análisis de los relatos culturales,

políticos, artísticos, sociales, etc. que hospedan vida y por eso construyen mundos humanos.

Al leer la ciudad desde esta perspectiva, dejamos de interpelarla exclusivamente como un objeto material. Entonces, se nos convierte en la superficie de emergencia de los relatos y cada ficción es un medio a partir del cual se construye y constituye. Siguiendo al pensador contemporáneo Olivier Mongin en *La condición urbana*, hasta podríamos señalar que si los relatos ficcionales son “la imagen mental de los espacios que finalmente se confunden con él”, la ciudad es –nada más y nada menos– que la materialización de esos mundos.

Ahora bien, antes de avanzar, es momento de introducir una definición de ficción sobre la que volveremos una y otra vez en los apartados sucesivos: las ficciones son configuraciones que organizan y dan consistencia al lazo social. Es decir, no se trata de mentiras, ardidés o engaños sino, por el contrario, del medio específico en el que se desarrolla y contiene la vida humana.

Para avanzar en esta definición, detengámonos en una situación que tiene valor de concepto y puede esclarecer la noción de ficción. Hace algún tiempo, mientras caminaba por la ciudad, me topé con un cartel en una obra que comenzaba. A la manera de las actuales gigantografías, el anuncio informaba sobre la construcción y venta de un edificio en torre en un barrio céntrico de la ciudad de Buenos Aires. El cartel contenía una imagen. Un edificio de fondo, y en un primer plano, hombres, mujeres, niños y viejos que lo miraban y señalaban, parecía que con alegría. El letrero, además, tenía una leyenda: *Aquí se va a construir un sueño*, y nos exponía ante una tensión. Allí donde se iba a

construir algo material (un edificio de hierro, cemento, vidrio, madera, etc.), en realidad, se estaba exponiendo una ficción sobre el habitar humano.

Todavía recuerdo el impacto que me causó aquel cartel. Pero más allá del

**La lógica de la ciudad moderna está constituida por una dinámica donde el mercado asigna, el Estado regula y el urbanista proyecta. Por lo tanto, pensar la ficción moderna acerca de la ciudad implica pensar el vínculo entre Estado y Mercado. Es decir, la restricción estatal sobre el mercado que éste no introduciría por sí mismo. Claro que esta ficción era posible, tendríamos que agregar, en una sociedad disciplinaria, es decir, trabajada y marcada, siguiendo el análisis de Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, por la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el procedimiento del examen.**

impacto, lo central es el problema que dibujó ese anuncio. Es evidente que la vida humana no transcurre exclusivamente en el plano de lo material y lo concreto. Eso lo sabemos. Inclusive cuando pensamos desde la arquitectura, también pensamos la vida en sus dimensiones simbólicas e imaginarias porque, en rigor, no hay vida humana por fuera de alguna ficción o relato.

Terminada la obra unos años después, otro cartel llamó esta vez mi atención. En la entrada para coches, sobre la reja, se leía: *Señor conductor: por razones de seguridad, al entrar, apague las luces externas de auto y encienda la internas.*

### III. La ciudad moderna

Presentadas algunas definiciones que son nuestro punto de partida cuando nos interrogamos acerca de la ciudad, detengámonos ahora en las producciones ficcionales tanto de la ciudad nación como de la metrópoli global. Por otra parte y en este contrapunto, tendremos mucho que pensar en rela-

ción con las ficciones y la tarea del arquitecto en nuestras condiciones. Comencemos, entonces, por la ciudad nación en tanto que ciudad moderna.

No hay duda de que la ficción moderna por excelencia está dominada por el Estado y sus instituciones. Tal es así que René Lourau, por mencionar a un destacado pensador anti-institucional de la segunda mitad del siglo XX, cuando describe el funcionamiento de las instituciones modernas, subraya que *el Estado es* –nada más y nada menos que– *el inconsciente*. Más allá de cómo leamos esta interesante afirmación de Lourau, el relato moderno se organizó bajo un paradigma basado en la planificación en general y la urbana en relación con el eje que estamos considerando, pero en rigor su dinámica no se agota allí. Por el contrario, la lógica de la ciudad moderna está constituida por una dinámica donde el mercado asigna, el Estado regula y el urbanista proyecta. Por lo tanto, pensar la ficción moderna acerca de la ciudad implica pensar el vínculo entre Estado y Mercado. Es decir, la restricción estatal sobre el mercado que éste no introduciría por sí mismo. Claro que esta ficción era posible, tendríamos que agregar, en una sociedad disciplinaria, es decir, trabajada y marcada, siguiendo el análisis de Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, por la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el procedimiento del examen.

Pero esta restricción obviamente no excluyó la posibilidad de una alianza entre Estado y Mercado sino que en todo caso la enmarcó. Y esa alianza adoptó una forma específica que se manifiesta en esa dinámica mercantil y los edificios públicos y los monumentos son la representación y garantía de ese pacto.

Por lo tanto, si el mercado es el objeto a regular, el plan del urbanista consiste en imponer restricciones donde el mercado no las ponía. En una sociedad disciplinaria, como decíamos, esta ficción es posible y esa alianza podía dar respuesta a las necesidades del habitar. Es decir, el relato moderno incluía la ilusión de que la ciudad administraba la lógica del derecho y la necesidad. Recordemos la frase: “donde hay una necesidad, hay un derecho”.

La ciudad moderna, entonces, nace atravesada por ese relato y este atravesamiento se observa pero fundamentalmente se vive en una serie de operaciones: desde la higiene, a partir del desarrollo de pulmones verdes, las calles y arterias (obsérvese el lenguaje) que intentan resolver la circulación de personas y bienes, hasta la democratización de los espacios administrada por esa lógica de las necesidades y derechos.

Ahora bien, si el mercado asignaba era porque encontraba los mecanismos para convertir en mercancía los productos de lo urbano. Entonces, la ciudad capitalista (moderna) también producía su lenguaje y su sentido. Si la ciudad es capitalista deberá encontrar los mecanismos de puesta en valor de cambio, es decir su conversión en mercancía, y lo hace a través de la estandarización y la producción de tipos mensurables y clasificables. A su vez estandarizar y racionalizar nos imponen hacer coincidir una forma de vida con un tipo espacial constructivo.

Para precisar esta cuestión, los avisos clasificados –en tanto que lenguaje de la ficción mercantil moderna– nos dan una pista para deconstruir esa producción de sentido. Aunque puede resonar viejo en tanto que exponente

de otra época, el aviso clasificado en el diario resalta las cualidades estandarizadas del producto. A saber: dos ambientes, cocina, balcón, etc. Sobre la vida posible allí, no hay “lugar”. Y tal es así que todos nos enfrentamos, alguna vez, con la frustración que un aviso de este tipo nos produjo al buscar una vivienda.

Después de describir someramente esta ficción, surgen algunas preguntas y problemas centrales para el pensamiento urbano. Por ejemplo, ¿cómo

un plan –el que sea, inclusive el “mejor”– puede contener el carácter multiforme de la vida? ¿Es posible disponer una materialidad planificada estable donde la vida va significando y resignificando los lugares constantemente?

Si la temporalidad urbana nos muestra que la ciudad no está *hecha* sino que se está *haciendo* todo el tiempo, no hay plan capaz de

enmarcar los espacios practicados por la vida que también hacen ciudad.

Sin embargo, esta tensión entre plan y vida puede ser interpelada de formas distintas. Por un lado, en clave de plan, como lo hizo la tradición arquitectónica moderna. La ciudad planificada es esa instancia propia del urbanismo que codifica, que intenta proporcionar identidad y que ofrece un lugar para cada cosa. Pero en la medida en que no hay plan capaz de contenerlo todo,

**La ciudad planificada es esa instancia propia del urbanismo que codifica, que intenta proporcionar identidad y que ofrece un lugar para cada cosa. Pero en la medida en que no hay plan capaz de contenerlo todo, siempre deja por fuera la situación urbana. Es decir, los lugares practicados y por eso marcados espontáneamente que también hacen ciudad. Si el plan es una vía de “ingreso” al problema de la ciudad, las situaciones urbanas son otra suplementaria que, dicho sea de paso, piensan lo que el plan no lee porque no puede planificarlo.**



siempre deja por fuera la situación urbana. Es decir, los lugares practicados y por eso marcados espontáneamente que también hacen ciudad. Si el plan es una vía de “ingreso” al problema de la ciudad, las situaciones urbanas son otra suplementaria que, dicho sea de paso, piensan lo que el plan no lee porque no puede planificarlo. Entonces, si cuando pensamos la vida urbana en términos de plan hacemos eje en la tradición, la geografía, la historia, los hábitos arquitectónicos, las pautas de uso del espacio, la articulación de funciones urbanas, sociales y económicas, etc., es decir, en los lugares susceptibles de ser planificados; cuando hacemos eje en las situaciones urbanas, nos concentramos en la tensión, siempre compleja y cambiante, entre los lugares predeterminados por el plan y los recorridos que “profanan”, es decir, instalan otros usos de esos lugares.<sup>2</sup>

Pero la mirada moderna leyó a la ciudad en términos de una estructura estable de lugares sometida a las dinámicas mercantiles. Es decir, cuando el urbanista moderno pensó a la ciudad la pensó como una estructura de lugares predeterminados en el marco de la cual se desarrolla la vida en sus necesidades materiales y simbólicas. Así mirada, la ciudad y sus formas de ocupación existen donde fueron establecidas, ya sea por el urbanista, el funcionario o la institución. Sin ir muy lejos, esta operación de marcación de la ciudad puede ser analizada en relación con los sitios instituidos como relevantes por el plan urbano. Para una mirada planificada, los sitios relevantes de la ciudad están definidos por el plan. Si esto puede ser cierto, también es cierto que una ciudad marca como relevantes otros

espacios, tanto de manera colectiva como individual. Por ejemplo, la Plaza de Mayo no fue la misma después del 17 de octubre de 1945, tampoco sus fuentes. Pero también una esquina o una trayectoria por el barrio pueden ser decisivas porque son inseparables de una biografía amorosa o familiar. ¿Qué queremos decir con esto? En principio, que la vida siempre tensiona esa estructura. Y en tiempos modernos, el fracaso de esos lugares y su procesamiento operó como condición de posibilidad de las intervenciones arquitectónicas y urbanísticas que actualizaban la estructura. Bajo este esquema, el relato moderno construyó *un lugar* a su medida para aquello que “espontáneamente” no encontraba *su lugar* en la estructura.

#### IV. Ficciones contemporáneas

En la medida en que la vida social, cultural y económica se ha transformado, la vida urbana también lo ha hecho. Pero, ¿en qué consiste esta alteración y qué es necesario pensar en el campo del pensamiento urbano como consecuencia de esta alteración? Entre otras cuestiones, la ciudad actual es —además de una ciudad de lugares— una ciudad de flujos. En otros términos, la ciudad contemporánea altera radicalmente su estatus porque está atravesada por una condición heterogénea que la tensiona y la constituye. Por un lado, es una ciudad de lugares (la tradición, la geografía, la historia, los hábitos arquitectónicos, las pautas de uso del espacio, la articulación de funciones urbanas, sociales y económicas, etc.), como la ciudad moderna. Por otro lado, también es una ciudad de flujos (los capitales

globales, las redes dinámicas de información, los movimientos hacia los puntos de mayor rentabilidad, y quizá lo más importante, los flujos de imágenes propios de la sociedad del espectáculo).

Si esto es así, no hay forma de pensar la ciudad global sin dar cuenta del vínculo entre lugares y flujos.<sup>3</sup> Ahora bien, dialogar con esta tensión nos invita a pensar, entre otras cosas, los límites del plan urbano. Como en la ciudad moderna, a éste se le escapaba el carácter multiforme de la vida, señalamos antes; en la ciudad global, es inevitablemente incapaz de contener la temporalidad del flujo, la velocidad del flujo de capitales y la imposición de los regímenes de sentido cambiantes. Justamente por eso, la ciudad global pone en cuestión el relato moderno sobre lo urbano en la medida en que éste piensa desde la estructura y la estructura —si bien puede procesar el cambio en clave de actualización de lo planificado— no tiene chance de planificar la dimensión flujo porque —no está de más destacarlo— resulta implanificable. Si tenemos en cuenta este escenario, surgen algunas interrogaciones cuando revisamos el estatuto actual de la ciudad. ¿Cómo pensar la ciudad contemporánea y global cuando las configuraciones heredadas del habitar humano urbano están en continua alteración? Por otro lado, si no estamos ante alteraciones menores y parciales sino frente a una serie compleja de cambios que transforman el estatuto de lo urbano, ¿se vuelven imposibles aquellas formas de construir ciudad y vida que venimos describiendo? Además, si pensamos las ficciones de la ciudad contemporánea, también tendremos que considerar: ¿qué tipo de relato es fruto de la sociedad del espectáculo

que convierte las situaciones urbanas en escenas? ¿Y cuál es el papel de las imágenes como operadores ficcionales que, asimismo, impactan vívidamente en la fisonomía urbana?

Vayamos por parte. Primero, las lógicas modernas, basadas en la satisfacción de necesidades preexistentes, parecen incapaces de competir con los sueños y las imágenes que nos ofrecen las ficciones contemporáneas. Segundo, como la sociedad del espectáculo no está marcada por necesidades sino por deseos, el *marketing* se erige como el relato por excelencia de los seres deseantes instituidos por esa sociedad. Tercero, y teniendo en cuenta lo previo, estamos en presencia de un nuevo régimen productor de sentido. Y cuarto, cuando el mercado era el objeto privilegiado de regulación, la operatoria estatal imponía restricciones vía la planificación. Pero en nuestras condiciones epocales resulta difícil imaginar que una operación equivalente sea posible y sobre todo eficaz frente a las máquinas de seducción de la sociedad del espectáculo.

A la luz de este planteo, el cartel que antes mencionamos se resignifica: “Aquí se va a construir un sueño”, ahora puede ser entendido y comprendido bajo este descarnado sentido. En rigor, somos parte de una lógica en la que el imperio

**La ciudad contemporánea altera radicalmente su estatus porque está atravesada por una condición heterogénea que la tensiona y la constituye. Por un lado, es una ciudad de lugares (la tradición, la geografía, la historia, los hábitos arquitectónicos, las pautas de uso del espacio, la articulación de funciones urbanas, sociales y económicas, etc.), como la ciudad moderna. Por otro lado, también es una ciudad de flujos (los capitales globales, las redes dinámicas de información, los movimientos hacia los puntos de mayor rentabilidad, y quizá lo más importante, los flujos de imágenes propios de la sociedad del espectáculo).**

de la imagen configura sentido. Pero tan relevante como esta operatoria es la genealogía de esas imágenes ficcionales: se trata de imágenes producidas en otros lugares e importadas de laboratorios culturales, es decir, arquitectura del espectáculo. ¿Qué tipo de arquitectura es ésta? Por un lado, una arquitectura que separa *prácticas de vida e imágenes de esa vida*. Asimismo, esta oposición es un efecto de los mundos que

**Ahora bien, el flujo de las imágenes que componen esos deseos y sueños es necesariamente segmentado. Es decir, si la sociedad de masas hacía de la estandarización su regla de intercambio de mercancías, el *marketing* (en una sociedad intensamente fragmentada a nivel social, cultural y espacialmente) nos ofrece un mundo a medida (del consumidor) cuando divide y clasifica en segmentos ABC1, ABC2. Y por eso mismo, le brinda a cada quien un mundo.**

arma el *marketing* urbano cuando se desentiende de la problematización de las vidas reales y se refugia en las imágenes. Inclusive, más que dejar de lado, la imagen es una configuración exterior y previa construida en otro sitio del que se desenvuelve la vida real. En segundo lugar y justamente por

eso, la subjetividad que resulta de ese dispositivo ficcional es la del espectador y no la del habitante. En definitiva, cómo alguien podría ocupar activamente un lugar diseñado independientemente y a pesar de su vida.

De esta manera, la ficción contemporánea invierte la operación del relato moderno. Si la ciudad mercantil producía sus espacios, objetos e imágenes por la demanda del habitar a partir de la lectura de las necesidades preexistentes, la ciudad contemporánea crea un producto para –luego– instituir el mundo que lo necesite. De esto se deriva, entre otras cuestiones, que el objeto de estas ficciones no son

las necesidades (preexistentes) sino las imágenes que recrean deseos y sueños. Ahora bien, el flujo de las imágenes que componen esos deseos y sueños es necesariamente segmentado. Es decir, si la sociedad de masas hacía de la estandarización su regla de intercambio de mercancías, el *marketing* (en una sociedad intensamente fragmentada a nivel social, cultural y espacialmente) nos ofrece un mundo a medida (del consumidor) cuando divide y clasifica en segmentos ABC1, ABC2. Y por eso mismo, le brinda a cada quien un mundo.

Los barrios cerrados, los barrios cerrados urbanos autosuficientes (torres) y hasta cualquier edificio pequeño hoy intentan construir un sueño a medida. Si consideramos una de estas situaciones, el sueño de la vida verde y segura da lugar a un “barrio” cuyo reverso es la destitución de la vida social y urbana.<sup>4</sup> ¿Qué implica esto? Primero, un proceso de segmentación de la ciudad que limita, impide, corta los intercambios entre heterogéneos, es decir, diluye la misma condición urbana porque desalienta los intercambios. Segundo, la expulsión de la dimensión barrial está acompañada de la instalación de una escenografía de imágenes carentes de vida urbana.<sup>5</sup> Una vez más, la imagen sobrepasa las prácticas.

Si pensamos históricamente esta tendencia en la organización del espacio, se produce una ruptura en la forma de concebir la relación entre espacio público y privado en la medida en que la ciudad ya no es una “casa” que podamos ocupar con confianza, ni la casa es una “ciudad” que produzca insumos para la sociabilidad colectiva. Cuando esto sucede, la correlación entre ciudad y casa

—como la pensó el renacentista León Batista Alberti— se disuelve porque el contacto entre ambos espacios tiende a reducirse cada vez más.

Un ejemplo del quiebre de este intercambio entre lo público y lo privado se registra en las modalidades en que hoy se proyecta (es, decir, se piensa) ese contacto. Mientras hace 30 años, cuando un arquitecto proyectaba una casa en la ciudad, la parte pública de la misma (living, estar) daba invariablemente a la calle. Y entonces, las ventanas se abrían y se veía desde adentro el afuera y desde afuera el adentro, hoy ya no es tan así. En aquel contexto, la casa como ámbito privado, no terminaba en sus funciones privadas sino que ofrecía enlaces con lo público, cosa que la casa bunker y su fachada como pared lo más ciega posible, rechaza. Es decir, hoy la dimensión pública de la casa prácticamente ha desaparecido.

Ahora bien, al mismo tiempo que la casa búnker rompe (o al menos, diluye) el vínculo con el afuera vía el arsenal técnico que “protege de la inseguridad”, se intenta reproducir y se extiende al espacio público la misma operación a partir, por ejemplo, del cercamiento con rejas de las plazas y los parques en la ciudad. De esta manera, el problema es recortado en clave de inseguridad y las compensaciones van en esa dirección. Sobre la posibilidad de ocupar ese espacio que ha sido desocupado, poco y nada, mas bien casi se ha reducido a espacio de circulación, y sólo en algunos pocos lugares controlados en lugares de encuentro. Es la misma condición urbana la que está en discusión.

Como consecuencia del proceso que venimos describiendo, la ciudad —en esa lucha— va alterando su fisonomía y el mundo de lugares se transforma

en territorio de no-lugares, es decir, en escenografías donde la historia, las pautas culturales y las prácticas son impuestas desde afuera de las situaciones urbanas pero, al mismo tiempo, bajo la extraña sensación de que somos libres y las elegimos.

Una última cuestión. Al problematizar esta alteración de la ciudad surge la pregunta por el pensamiento arquitectónico que —de algún modo— acompaña a la ciudad que adquiere esa fisonomía. En principio, se trata de una arquitectura que toma distancia del problema de la relación entre lo público y lo privado. Y por eso, se abstiene de convertir a ese espacio en objeto de pensamiento.

De esta manera, hoy la arquitectura urbana reflexiona sobre lo que hace (y no sobre lo que deja de hacer). Entonces, se centra cada vez más en los objetos de colección, se desentiende de la dinámica urbana y así pierde el registro intensamente político que caracterizó al pensamiento arquitectónico moderno.

## V. Ciudad contemporánea y política

Si partimos de la ciudad contemporánea y su complejidad específica, ¿qué implicaría pensarla en clave política? En principio, será necesario leer uno de los problemas más relevantes que la atraviesan: el paisaje urbano de la ciudad contemporánea está cada vez más segmentado, lo que, asimismo,

**Como consecuencia del proceso que venimos describiendo, la ciudad —en esa lucha— va alterando su fisonomía y el mundo de lugares se transforma en territorio de no-lugares, es decir, en escenografías donde la historia, las pautas culturales y las prácticas son impuestas desde afuera de las situaciones urbanas pero, al mismo tiempo, bajo la extraña sensación de que somos libres y las elegimos.**

**Porque hoy pensar la ciudad demanda pensar el abismo entre la lógica de los lugares y la lógica de los flujos. En otros términos, ése es el espacio de la política de la ciudad. Pero por otra parte, dar cuenta de ese espacio nos impulsa a centrarnos en su propia dinámica y no en las narraciones acerca de los movimientos del capital, las políticas sociales, los avances de la tecnología, etc., que, más temprano que tarde, nos distancian de la ciudad como objeto de pensamiento.**

frena –si no se interviene sobre esta cuestión– el encuentro y la integración de términos socialmente heterogéneos. Pero pensar políticamente esta segmentación no es sinónimo de arquitectura social o vivienda social solamente (aunque también merece ser incluido

como tema en la agenda política del pensamiento arquitectónico) porque nos volveríamos a centrar en un segmento de la ciudad y nuestro problema es justamente la segmentación. Si la ciudad está fragmentada y la sociabilidad resulta imposible es –además de todo lo que sabemos sobre la cuestión social–

porque nos acostumbramos a pensarla en sus partes (más ricas o más pobres, en este punto da lo mismo) y no como escenario de encuentros y desencuentros poderosos, inesperados y contingentes que la renuevan permanentemente. Y por eso, crean vida urbana.

Teniendo en cuenta este contexto caracterizado tanto por la segmentación como por un pensamiento urbano fascinado por los objetos de colección, se torna cada vez más complejo pensar una política para la ciudad. Si bien existen políticas de capitales, políticas sociales, políticas culturales, etc. sobre la ciudad, con esto no alcanza para pensar la ciudad. Además y sobre todo, sin la arquitectura como sitio de pensamiento autónomo es imposible delinear una *política para la ciudad*. ¿Por qué? Porque hoy pensar

la ciudad demanda pensar el abismo entre la lógica de los lugares y la lógica de los flujos. En otros términos, ése es el espacio de la política de la ciudad. Pero por otra parte, dar cuenta de ese espacio nos impulsa a centrarnos en su propia dinámica y no en las narraciones acerca de los movimientos del capital, las políticas sociales, los avances de la tecnología, etc., que, más temprano que tarde, nos distancian de la ciudad como objeto de pensamiento.

Pero, ¿qué implicaría pensar una política para la ciudad? Obviamente no es posible ensayar una respuesta a esta pregunta en un par de párrafos pero, desde esta perspectiva, pensar esa política implica pensar a la ciudad desde la macro y la micropolítica. Si el pensamiento arquitectónico moderno la pensó exclusivamente desde el plan macropolítico, hoy (si no nos olvidamos de que nuestro problema es la segmentación) es necesario también pensarla desde la micropolítica. ¿Por qué? Porque si la tarea de nuestra generación, definida no en términos etarios sino como aquellos que compartimos un mismo problema, es trabajar para la multiplicación de encuentros entre heterogéneos, será clave indagar en diversas escalas las formas de potenciar, fomentar, profundizar ese tipo de experiencias que solamente suceden en el marco de la ciudad.

Finalmente, que la ciudad se vuelva objeto de pensamiento requiere de un cambio de posición del arquitecto. Entonces, pensar desde la ciudad significa una sola cosa (en la ciudad contemporánea): en un contexto de segmentación y hoy más que nunca, nuestra tarea consiste en producir ligaduras que recreen la vida urbana. Para que esto suceda habrá que suspender la fascinación por los objetos bellos

y participar en la lucha cultural por el sentido, percibir las formas de lo urbano y sus modulaciones permanentes. En las palabras de Luis Fernández-Galiano: “La sociedad del espectáculo nos arrastra a todos, y en las aguas turbulentas de ese río que nos lleva, quizá sólo podamos aspirar a mantener los ojos bien abiertos”.

**(\*) Este artículo se basa en las ideas expuestas en “Ficciones de lo habitar. Sobre arquitectura, ciudad y cultura” en *Ficciones de lo habitar*, Buenos Aires, Nobuko, 2009, pp. 19-45 y en la conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

#### NOTAS

---

1. Sobre las categorías de territorialización y desterritorialización recomendamos la lectura de *Mil mesetas* de Gilles Deleuze.
2. Para precisar la noción de profanación, vale leer de Giorgio Agamben: “Elogio de la profanación” en *Profanaciones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005, pp. 97-119.
3. Esta distinción fue trabajada con Ignacio Lewkowicz en “Ciudad y situaciones urbanas” en *Arquitectura plus de sentido. Notas ad hoc*, Buenos Aires, Kliczkowski, 2002, pp. 107-123.
4. Cuando analizamos la forma en que se regula la relación con el afuera en los barrios cerrados (rejas, cámaras de seguridad, alambrados, etc.), resulta difícil no traer al recuerdo el modo en que el territorio fue instituido en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial. Con esto no queremos trazar una comparación que resulta impertinente en términos históricos. Más bien, buscamos subrayar qué tipo de operación implica esta modalidad de organización social, en especial, en relación con el espacio.
5. Otro analizador de esta tendencia se registra en el turismo y el tipo de vínculo que construye con el espacio. Por un lado, la industria-flujo turística disuelve el sentido de los lugares y los constituye en no-lugares atravesados por el flujo. Por el otro lado, los suprime como lugares cuando los transforma en espectáculo, es decir, en sitios pre-codificados y por eso fuera del “circuito” de la experiencia urbana.

# Rurbanismo y desurbanismo<sup>(\*)</sup>

*Por Juan Molina y Vedia*

Resultaría una tarea ímproba la de reflexionar sobre el presente sin advertir la dimensión problemática y vital que representa la ciudad. Ella fue objeto del pensamiento a lo largo del tiempo, fundamentalmente a partir de las revoluciones burguesas. Lugar de alienaciones y resistencias, de orden y de conflictos, espacio territorial ligado a formas productivas y a derroteros políticos, geografía del terror y de la imaginación. Todo ello sucede en la ciudad y sus pliegues.

Juan Molina y Vedia retoma las utopías modernas, socialistas y anarquistas, que obran como fondo de su pensamiento sobre las ciudades y sus transformaciones, desde el siglo XX y sus guerras, hasta las más recientes formas que organizan el territorio social alrededor de los flujos mercantiles. Sea la sociedad fabril, o se trate de la más reciente ciudad de las telecomunicaciones y las marcas, Molina y Vedia recupera los desafíos del pensamiento emancipador para advertir las trampas que hay en la idea misma de urbanidad cuando, en lugar de ofrecerse como espacio para una experiencia común, se presenta como un sitio que reagrupa y ordena la imaginación bajo el signo del despotismo mediático. Si el mito de los utopistas consistía en “desurbanizar”, quizá la fantasía de hoy radique en “demediatizar” los vínculos entre los habitantes de la metrópoli.

## I. Desurbanismo

Respecto al problema de la ciudad y el urbanismo, en el año 1943 mi padre, Mario Molina y Vedia, escribió un texto –aún inédito– titulado *Rurbanismo*, rural y urbano unidos, en el que sostenía que el urbanismo era ya una deformación del pensamiento sobre el territorio, puesto que es algo que abarca a las ciudades y a los lugares a los cuales la ciudad está ligada. Luego, asistí a algunos cursos, aunque todavía no estudiaba arquitectura, en los que estaban Ernesto Vautier y Fermín Bereterbide, dos personajes relacionados con los movimientos *fabianos*, movimientos socialistas ingleses de fin del siglo XIX –en los que participaba, por ejemplo, Bernard Shaw– y en los cuales se seguían ideas de William Morris y otros autores. La creencia de que la ciudad era autosuficiente y que el urbanismo era una cosa que podía estudiarse sin pensar en el campo, supone una simplificación extremadamente abusiva, que me recuerda a la polémica que se dio en la URSS antes del descabezamiento del movimiento constructivista ejecutado por Stalin. Dentro de los constructivistas había un grupo que se llamaba a sí mismo *desurbanistas*. Plantearon una cantidad de trabajos en los que buscaban pensar el territorio. Allí aparecía la idea de flujos que tiene cierta relación con el planteo de *Los tres establecimientos humanos* de Le Corbusier: la idea de organización del territorio a lo largo de un flujo, con sus puntos de condensación, algunos más concentrados, otros menos, articulados como totalidad.

## II. Poder y territorio

Frente a la idea de patrimonio y la solemnidad del Centenario, me parece

importante agregar este tema, ya que en 1910 la celebración ni siquiera se concentró en toda la ciudad de Buenos Aires, sino en la Avenida de Mayo y algunos lugares particulares. Otro hecho que tiene una significación clarísima respecto a la relación entre territorio y poder es la concentración del poder en un punto. La Generación del 80, y su conquista del desierto, es el origen del trabajo de organización del territorio a partir del poder.

La campaña del desierto que condujo Roca y produjo ese monumento que perturba considerablemente a Osvaldo Bayer, fue financiada durante diez años por una colección de capitales reunidos en los bancos de Londres y de París. Fue un geógrafo francés quien en 1932, en Mendoza, estudió la financiación: durante diez años hubo gente juntado capital para promover que Roca realizara la “conquista”. Es decir, la imaginación militar tiene que ver con el hecho concreto de producir un genocidio en el que participaron algunos parientes míos: el general De Vedia mató indios en el Chaco. Mis abuelas me decían que él leía a Voltaire, que era un tipo bueno, que era imposible que hubiera matado indios en el Chaco. Pero la ciudad de

Resistencia no se llama así por casualidad, y el primer gobernador del Chaco fue Julio de Vedia, el abuelo de mi abuelo, que era arquitecto y anarquista. Todo viene bastante confundido en esta historia.

**Mi abuelo don Julio, el anarquista, había hecho una utopía urbana enorme, completamente dibujada, y su sociedad feliz, que era completamente delirante, tenía un principio: para que la gente fuera feliz, una población no tenía que conocer a la que estaba al lado ni saber de qué se trataba. Había advertido el peligro de que dos poblaciones se relacionaran porque siempre hay una que quiere liquidar a la otra. Después de dos mil años se llama a eso intercambio desigual.**



### III. Poder, mercados y guerras

Volviendo al tema, la idea del *urbanismo* y de los *desurbanistas* soviéticos, era conflictiva respecto de la decisión de Stalin de concentrar poder para entablar la lucha contra Hitler. Alemania también estaba concentrando el poder que, como producto de la masividad moderna, se transforma en una supervivencia del más fuerte. Los ingleses habían conseguido más mercado antes que los alemanes y entonces a éstos les costaba mucho más esfuerzo, por haber llegado tarde al reparto. Era comprensible, en ese contexto, la idea de la Bauhaus: darle calidad a los objetos que producían, competir desde esa singularidad contra aquel que llegó primero al mercado. Y en esto se basa el genocidio de la Primera Guerra Mundial.

Si pensamos alrededor de la tragedia de la guerra, hay que saber que se debe incorporar la memoria dolida sobre todos los soldados que fueron muertos,

**En la infancia, la nación era una especie de ficción donde todo estaba en orden y armonía, con los próceres en sus lugares. Eso decía el *Billiken*. Recién mucho después uno se enteraba de que determinado prócer le había cortado la cabeza a otro prócer que estaba al lado; que uno había fusilado a este otro; y lo que realmente había sucedido en la historia nadie nos lo había contado. En los bicentenarios corremos peligro de repetir esa ficción.**

y no sólo sobre algunos. Cuando uno hace la conscripción se da de cuenta que lo tiran y lo ponen al frente, que nadie te pregunta para quién vas a pelear, sino que te acomodan y tenés que tirar para donde te lo ordenan. Las víctimas del genocidio están por encima de las divisiones de los bandos. Esto mismo lo comprendió Borges vagamente en su poema sobre las Malvinas: entendió que los enfrentamientos entre dos

bandos son en realidad una Gestalt, una unidad, y que las dos partes participan igualmente de eso.

### IV. Ciudades y comercio

En el libro *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino, la relación entre Marco Polo y el Khan de China, y todo lo que sucede en el relato, tiene por fondo la aparición del comercio de las telas que venían de Flandes, pasaban por Venecia, e iban para Oriente. Es decir que la ciudad como sistema de puntos necesitó del comercio y las rutas, o el lugar que marca el flujo, es el puente entre los puntos: pueblos que intercambian productos, y crean el comercio.

Mi abuelo don Julio, el anarquista, había hecho una utopía urbana enorme, completamente dibujada, y su sociedad feliz, que era completamente delirante, tenía un principio: para que la gente fuera feliz, una población no tenía que conocer a la que estaba al lado ni saber de qué se trataba. Había advertido el peligro de que dos poblaciones se relacionaran porque siempre hay una que quiere liquidar a la otra. Después de dos mil años se llama a eso intercambio desigual. Al parecer, cuando entre los humanos hay dos sociedades que intercambian productos, hay un momento en que una toma predominio sobre la otra, y termina por exterminarla. Hay unos dibujos antiquísimos de la historia universal, provenientes de China, en que aparece un puente curvo de madera con dos bandos luchando con espadas sobre él.

En *Las ciudades invisibles*, el ir y volver de Marco Polo a China trataría el tema del poder a partir de la relación entre las ciudades, entre los territorios o entre las naciones.

## V. Coexistencias y fisuras

El siglo XIX es el de las naciones modernas. Cuando estudié en el secundario no me daba cuenta de que por ejemplo Italia era posterior a Argentina respecto a su organización nacional, y que la constitución de un Estado como punto regulador de los tránsitos comerciales, entre otras cosas, está íntimamente unida a la guerra.

Esta lectura de Calvino me lleva por caminos al parecer pesimistas. Sin embargo, yo estoy molesto con el pesimismo. Una sinfonía no puede evitar una guerra, pero por suerte las guerras no han conseguido evitar las sinfonías. Si bien la historia universal es una historia de matanzas sin fin, hay otras cosas como la música, que han ocurrido al mismo tiempo. Beethoven no esperó la paz universal para escribir sus sinfonías. Porque la coexistencia del bien y del mal es imposible de evitar. No creo que se pueda tomar el Palacio de Invierno, desarmar las bases norteamericanas de armas, desarmar Las Vegas, o hacer que Hollywood sea otra cosa; no me siento con fuerzas para imaginar cómo podría desarmarse todo eso. Se trata, más bien, de descubrir algunas fisuras donde pueda haber paraísos. Creo que vivimos en un infierno, y que sólo es posible crear algunos paraísos en las fisuras, con la intención optimista de que pueda participar de esas fisuras la mayor cantidad de gente, y no caer en la creencia de que debe salvarse uno solo. Hoy los testigos de Jehová me tiraron un aviso por la puerta de calle, que dice: “¿Cómo puede usted sobrevivir al fin de este mundo?”. Te invitan a un lugar para explicarte la forma de sobrevivir al fin del mundo que ya se viene. Ésta es una idea que habría que elaborar, la del paraíso y el infierno, ya que no hay uno sin el otro.

El diablo en realidad es un ángel que se fue al descenso. Es decir, de la misma materia están hechos los corruptos y los sensatos, las sinfonías y las matanzas.



## VI. Imaginarios

*El diario.* Mayo de 1910

En la infancia, la nación era una especie de ficción donde todo estaba en orden y armonía, con los próceres en sus lugares. Eso decía el *Billiken*. Recién mucho después uno se enteraba de que determinado prócer le había cortado la cabeza a otro prócer que estaba al lado; que uno había fusilado a este otro; y lo que realmente había

sucedido en la historia nadie nos lo había contado. En los bicentenarios corremos peligro de repetir esa ficción. El mundo imaginario ocupa hoy un lugar inmenso en la generación joven. Hay una potencia de la información que domina el inconsciente, lo que se piensa y lo que se quiere, es una potencia que llega a cualquier lugar. Hoy un niño ni siquiera piensa en treparse a un árbol, porque no concibe el mundo exterior, ve el árbol dentro de la pantalla televisiva que no puede traspasarse. Ante esto yo siento mucha nostalgia,

**El noventa por ciento de los jóvenes que hoy trabajan en Buenos Aires, lo hacen en la rama de fabricación de sueños, en publicidades de todo tipo. Fabricar el sueño para el objeto es invertir el programa de la época de la necesidad, en el cual se investigaba qué hacía falta y se daba marcha a una investigación para poder fabricarlo. Hoy no importa que algo sea necesario, sino que alguien consiga hacerle creer a toda la gente que se lo está perdiendo.**

sobre todo cuando recuerdo mi infancia donde el paraíso era el potrero.

La niñez es una conjunción de ignorancia con inocencia, y lo que le sobra a la gente que habla por televisión todo el tiempo sobre cuestiones políticas, es justamente esa pose de saberlo todo, sin ignorancia ni inocencia. Saben

que para cualquier discurso alcanza con meter tres o cuatro porcentajes, datos numéricos que dan forma a lo que están diciendo a través de una máscara de seriedad absoluta. Hay una falta de duda en los programas llamados políticos que es alarmante por su falsedad.

La masividad de los medios de comunicación hace que la fabricación de objetos sea muy secundaria respecto a la fabricación de todo el aparato que hace que ese objeto sea consumido por alguien: lo que cuesta hacer un dentífrico es una suma infinitamente menor a la que se necesita para convencer a la gente de que use ése y no otro. El noventa por

ciento de los jóvenes que hoy trabajan en Buenos Aires, lo hacen en la rama de fabricación de sueños, en publicidades de todo tipo. Fabricar el sueño para el objeto es invertir el programa de la época de la necesidad, en el cual se investigaba qué hacía falta y se daba marcha a una investigación para poder fabricarlo. Hoy no importa que algo sea necesario, sino que alguien consiga hacerle creer a toda la gente que se lo está perdiendo.

¿Por qué a nadie se le ocurrió cobrar por las horas perdidas de su vida frente al televisor? Cuando uno cree que está llevándose algo gratis, el que es gratis es uno. La gente no se da cuenta de que es ella misma gratis, y uno sube al tren de Retiro a las 6 de la tarde en un vagón que parece una sala de terapia intensiva, donde todos tienen *La Razón* gratis, y están viendo una noticia sobre Mirtha Legrand al mismo tiempo. También es extraordinaria la idea que circula en los supermercados: todos los productos tienen una raya que te dice qué parte es gratis o te dicen que te apures el martes porque el jueves ya no habrá descuento. Arman una vida en la que te introducen y mantienen alterado para que no te pierdas nada de lo que te ofrecen.

Esa fabricación de sueños afecta tanto la experiencia de las grandes ciudades como la vida de una ciudad-pueblo. Tanto a Buenos Aires como a Río Gallegos. Las pantallas aparecen en todos lados, los programas son los mismos. El mundo está globalizado, pero cuando Marco Polo se iba a China ya estaba en el primer paso de lo que la globalización significa la recta final.

## VII. Arquitectura y ciudad prefabricada

Aristóteles, en su libro *Política*, decía que la ciudad es diversidad, y es la diversidad

lo que hace al carácter y calidad urbana, no la unificación. El urbanismo de algunas épocas pretendía dibujar en un plano a una sociedad ideal en la que el viento llevaba el humo para un lugar, las viviendas estaban en otro, la recreación del cuerpo y el espíritu estaban en otro, donde los chicos para ir a la escuela no tenían que cruzar ninguna calle, de modo que el niño iba a morir atropellado cuando terminara la escuela sin haber aprendido a cruzar la calle. Creo que la manera de adaptarse a la ciudad es discepoliana, o a la manera de Macedonio Fernández, estar en un lugar donde lo imprevisto aparece todo el tiempo.

Al término de la Segunda Guerra, a pesar de haberla ganado, Churchill perdió las elecciones frente a los socialistas. Éstos hicieron dieciséis *new towns* desde 1945 hasta 1957, y ya en los años 50 los jóvenes se negaban a vivir en las *new towns* porque eran demasiado perfectas.

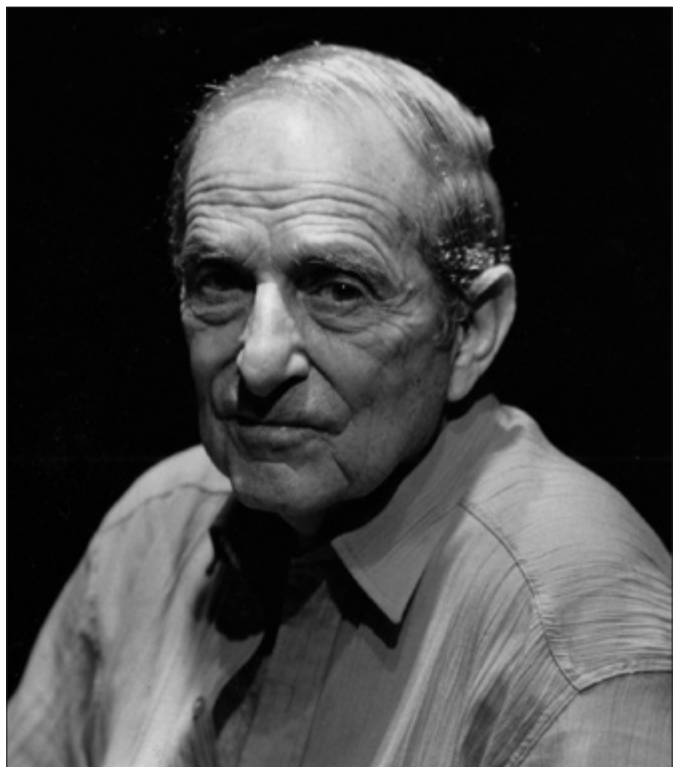
Había un tintorero japonés al que mi vieja le llevaba la ropa que decía “pelfeto no hay”. Ese japonés era un filósofo. Muchas veces, siendo proyectista de arquitectura, uno armaba un proyecto en el que le habían encontrado un defecto, entonces se rompía la cabeza noches y noches para resolver ese defecto, y terminaba arruinándolo todo. Lo mismo ocurría con las manchas: si uno las dejaba eran sólo un manchón; si intentaba sacarlo se hacía cada vez peor. La belleza no se hace por la falta de defectos sino por la primacía de virtudes. Y los sistemas de premios que se usan actualmente son todo lo contrario, son para formar rebaños de turistas, hacerlos fotografiar a todos lo mismo. Una guía que habla por un micrófono hace que la gente no pueda vivir la ciudad, ya que va escuchando por unos auriculares un discurso prefabricado que le dice lo

que tiene que ver. El punto máximo de todo eso es el parque temático, un lugar donde está previsto todo lo que tenés que ver y sentir.

El individualismo termina en eso, en los rebaños. Mientras los tipos creen ser individuales en realidad son un rebaño, y el típico personaje de esta época es el turista. Pero mucho peor es la ciudad que arma el paisaje del Caminito para inventar al turismo idiota. O en la Patagonia, donde las estancias se transforman en lugares turísticos para que los alemanes vean cómo un tipo esquila a una oveja. Turistas que son hombres y mujeres que parecen haber perdido todo el sentido de la vida.

**(\*) Conferencia brindada en el marco del ciclo “Legados y porvenir: Argentina en el Bicentenario”, organizado por la Biblioteca Nacional durante el 2009.**

Juan Molina y Vedia



## Discusiones

*No decimos nada nuevo si situamos el relato histórico como objeto controversial.*

*Si decimos que nada hay, en ese plano, que se presente despojado de polémicas o deducido de un conjunto de datos empíricos vacantes de interpretación. Y aunque no sea nuevo hay que decirlo, para presentar una serie de ensayos que encuentran su animación en la idea de que es necesario rasgar, con instrumentos precisos, ciertas imágenes que circulan como datos del sentido común o se postulan derivadas de una descripción objetiva.*

*Ensayos escritos en momentos de una conmemoración, la del Bicentenario, que puso en primer plano los debates sobre el relato que esta nación se merecía. Aunque los rituales y las narraciones, las expresiones artísticas y los espectáculos remitían a la historia que transcurrió en estos 200 años, se podría advertir que entre sus núcleos polémicos más intensos estaba la valoración realizada sobre los años del Centenario.*

*El Bicentenario fue más una ocasión para pensar acerca de los modos de conmemorar efectuados un siglo atrás que para discutir la Revolución de Mayo y sus dilemas —quizá porque en ciertos puntos fundamentales las polémicas están saldadas. Los artículos que componen esta sección retoman esa cuestión, atentos a la necesidad de auscultar aquello que habitaba a la vera de las narraciones dominantes en y sobre 1910: el conflicto, la diferencia, la traducción, lo popular.*

*Los textos, las muestras, los documentos, el arte, son invocados—como han sido en las distintas realizaciones ligadas al Bicentenario— para reponer lo social en la forja de los acontecimientos. Para evitar que los hechos se presenten privados de su real encarnadura. Comparten este espíritu los artículos que presentamos, pero lo hacen desde estrategias bien distintas.*

*Javier Trímboli interviene en las polémicas alrededor del carácter de las conmemoraciones centenarias con una incisiva prosa, por momentos irónica, por otros encendida, que se propone refutar las miradas complacientes con aquellos sucesos. Un artículo cuyas derivas difícilmente naveguen las aguas de la indiferencia.*

*Tomás de Tomatis retoma el hilo de las discusiones históricas contextualizándolas tanto en sus genealogías como en sus dilemas contemporáneos: el refugio en las tradiciones jerárquicas y disciplinarias, la producción editorial asociada a las técnicas de mercadotecnia y los medios masivos de comunicación que sustituyen las argumentaciones por el efectismo consignista.*

*Guillermo Korn recupera las narraciones críticas de aquella época, elaboradas en la fina prosa de los diarios de Juan Bialet Massé y Rafael Barret, como así también las opciones escogidas por el nacionalismo y la “gauchipolítica” rioplatense.*

*María Pia López fija su atención en el mundo plebeyo y en la traducción como el arte de pensar las posibilidades de una nación inclusiva a partir de la pregunta por los tonos capaces de componer, en la diferencia que los vuelve reversibles, los modos culturales heterogéneos.*

## Fuegos de los Centenarios. ¿La verdad no se nos escapará?

*Por Javier Trímboli*

La presencia del Bicentenario reaviva una serie de imaginarios y discusiones. Toda evocación trae consigo un conjunto de sensibilidades complejas y en ocasiones contradictorias. Entre la vindicación y el rechazo se abre un abanico de matices que no siempre logra afirmarse en la dinámica polémica del antagonismo.

El artículo que ofrecemos aquí se plantea como un contendiente radical de las miradas complacientes acerca del Centenario argentino. Su autor, Javier Trímboli, se propone ensayar una incisión en los consensos respecto a aquella época. Consensos que, según su mirada, se sostuvieron sobre la amalgama del liberalismo tradicional y el progresismo emergente de la reanudación democrática de 1983. Y lo hace apelando a los recursos más variados: la documentación histórica, el posicionamiento político y la ironía descarnada e irreverente. Bajo el prisma de estos estilos, Trímboli analiza las aseveraciones del campo historiográfico y cultural, que en sus voces más renombradas, excluyen del análisis de aquellos acontecimientos los conflictos de clase y los desgarramientos sociales en pos de un ánimo reconciliatorio.

Y bien, hay ciertos textos cuyas resonancias no pueden pasar desapercibidas en la escena intelectual. Creemos estar, por su ánimo controversial, frente a uno de ellos.

Cuando el Bicentenario parecía lejano, José Nun imaginó que podía ser “un gran momento de entusiasmo colectivo, de efervescencia de la sociedad, que la hace revisar sus valores y normas, que la hace cuestionar lo que daba por descontado, que desrutiniza su cotidianidad y altera la mecánica de su reproducción”. Un *festival*, decía sirviéndose de Durkheim, que nos permitiera “quebrar definitivamente la secuencia de las innumerables crisis que hemos venido padeciendo y que todavía sufrimos”. En 2005 Nun hablaba como político —era secretario de Cultura de la Nación— y como académico de vasta trayectoria. El vaticinio que, es evidente, tenía mucho de apuesta, quedó escrito en un libro, *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, que él mismo compila. Antes, esas palabras las había pronunciado en la apertura de un encuentro de intelectuales y académicos que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional, el 19 y 20 de mayo de ese año. El origen también de los artículos compilados.

Si el pasaje citado de la intervención de Nun exuda un tono optimista es, en primer lugar, porque el diagnóstico que lo acompaña señala que en Argentina se acababa de librar una guerra. “Creo que muchas veces no se toma conciencia de que nosotros mismos estamos saliendo, apenas saliendo, de una guerra política, social y económica que ha sido más larga que la Guerra de los Treinta Años y que ha reducido a la Argentina a un país para 20 millones de habitantes y no para los casi 38 que somos”. Luego de lo vivido, luego también de la fenomenal crisis de 2001, se explica fácil el entusiasmo que envuelve a esas páginas. De hecho, esas jornadas y el libro hoy merecen ser vistos como testimonio de los primeros

años del gobierno de Néstor Kirchner, cuando una convocatoria salida desde una secretaría oficial lograba reunir a un amplio espectro de intelectuales y académicos, poco acostumbrados a compartir un espacio de esta índole. Los 200 años de la Revolución, pero también —lo sabemos mejor hoy— lo que se había dejado atrás, podían lograr que Natalio Botana y Horacio González, Jorge Myers y Eduardo Rinesi, José Pablo Feinmann e Hilda Sabato convinieran en afrontar juntos una empresa reflexiva. Si el diálogo estaba sucediendo, la presunción era que se sostendría, e incluso se haría más profundo, en las cercanías del Bicentenario.

Pero, al menos así entendido, el festival no sucedió. Porque en la propuesta de Nun era pieza fundamental la disposición de la sociedad a pensarse en sus fundamentos, a través de la mediación de sus “hombres de letras”. Y si, finalmente, ni el entusiasmo ni la efervescencia escasearon, lo que alimentó la movilización social del 25 de mayo y de los días previos, fue de otro orden. En cuanto a nuestra experiencia común —esa que tenía que ser revisada sin dobleces—, desde la sociedad y desde el Estado se dispararon evocaciones del pasado que, lejos de producir el espectáculo de un armonioso concierto, si directamente no se ignoraron, reconocieron puntos de irreductible discrepancia. Incluso un encuentro modesto como el celebrado en 2005, hoy es imposible que se realice, asaltados unos y otros por imágenes del pasado y del presente contrastantes. Así las cosas, me interesa detenerme en una lectura de la experiencia argentina que cobró definición en estos últimos años, cuando, entre otras vicisitudes, se tornó evidente que la figura de la



guerra mentada por Nun no había conocido final. Lectura que sobrevoló especialmente los días que rodearon a los festejos del Bicentenario, y que porta con una carga importante de novedad que, a la vez, es difícil no

**Tan ventajoso es el efecto del “derrame de beneficios” que en la Buenos Aires imaginada por Romero “residieron y gastaron sus rentas las elites, trabajaron los jornaleros y peones, prosperaron los comerciantes y artesanos y vivieron dignamente los empleados públicos o los educadores. También los obreros de las industrias, establecidas para abastecer un acrecido mercado interno”.**

registrar como la variación de algo ya escuchado.

En 2009, año que contó entre sus más importantes *best-sellers* al libro *¡Pobre patria mía!* de Marcos Aguinis, tiene lugar una publicación significativa en relación con el asunto que nos ocupa. Si

*¡Pobre patria mía!* se sostiene en la tan poco precisa comparación entre lo que éramos antes y lo que somos ahora —antes, los valores; ahora, su negación— en *Mirando el Bicentenario. Reflexiones sobre el Bicentenario y Memorabilia*, uno de sus autores, Luis Alberto Romero, le da mayor nitidez a lo que en el *best-seller* era sólo impreciso. En el recorrido que su texto propone —de un centenario a otro—, el momento que se erige más ajeno a claroscuros y nubarrones es justamente el que le da inicio, 1910. El cuadro que delinea este historiador tiene como piedra principal “la prosperidad económica que todos admiraban” y, como si advirtiera las críticas que podría despertar el uso del pronombre indefinido “todos”, refuerza el argumento señalando que “los espectaculares resultados económicos” no eran beneficiosos sólo para sus “sectores altos” sino para la sociedad en su conjunto. El “derrame”, ésta es la palabra elegida, “se aprecia

sobre todo en las ciudades. En infinidad de centros urbanos medianos y pequeños, directamente vinculados con su contorno agropecuario. En las capitales provinciales —con sus edificios públicos, sus teatros de ópera y sus parques— y especialmente en las grandes ciudades, como Buenos Aires”. Tan ventajoso es el efecto del “derrame de beneficios” que en la Buenos Aires imaginada por Romero “residieron y gastaron sus rentas las elites, trabajaron los jornaleros y peones, prosperaron los comerciantes y artesanos y vivieron dignamente los empleados públicos o los educadores. También los obreros de las industrias, establecidas para abastecer un acrecido mercado interno”. ¿Conocen los muñequitos *Little People de Fisher Price?* Vienen con un DVD que cuenta episodios de sus vidas sin sobresaltos, que transcurren en una ciudad de cuento. Muy parecido. Así las cosas, claro está, el ascenso social, lejos de ser una quimera, era una posibilidad sólida.

De todas formas este relato propone un actor destacado, casi descollante: el Estado. Porque a la prosperidad económica, Luis Alberto Romero no la encuentra hija del accionar espontáneo del mercado, sino resultado de la acción estatal que se mostró sumamente eficiente a la hora de adecuar sus políticas a “las tendencias de la economía mundial”. Aunque en este retrato la direccionalidad del derrame no parece ser tema de su interés, es posible suponer que el sistema educativo —otra de las “grandes empresas del Estado” que hizo de “los edificios escolares, verdaderos palacios”—, constituye una muestra ejemplar de esa circulación fluida y, entonces, en cierta forma dirigida, de riquezas. Pero no se trata sólo de descubrir que

los ganados y las mieses necesitaron de la acción meritoria del Estado, pues este actor también sobresale en el plano que se le suele atribuir como más propio: “había logrado encauzar, hasta donde era posible, la conflictividad política”. Arduo es entender una afirmación como ésta, que pretende interpretar signos de una realidad pretérita, si se desliga la voluntad de saber de la fabulación.

Ante semejante postal es lógico que el clima dominante subrayado por Romero para 1910 sea de optimismo. Y los diagnósticos de signo contrario —se refiere a los libros de Agustín Álvarez, Joaquín V. González y Carlos Octavio Bunge—, en última instancia no hacen más que señalar las bondades de la situación, en la medida en que “fueron patrocinados y generosamente retribuidos por el Estado nacional”, que así daba muestras de amplitud de criterios y de fomento de la diversidad de ideas. Si hay algún manchón en esta variación sobre esa coyuntura, éste podría nacer de la relación entre “la amplitud de la brecha que por entonces separaba a los sectores populares de la elite” y los trabajadores que, “conducidos por lo anarquistas”, “estuvieron a punto de malograr los festejos del Centenario”, adjetivados como magníficos. Pero el manchón se diluye, porque Romero no pone en contacto una situación con otra, el problema no adquiere relevancia y de lo reluciente que es el cuadro compuesto se vuelve difícil adivinar por qué y cómo se saldrá de él. Pero, ¡ay!, se saldrá.

Aunque la simplificación en esta lectura del pasado se evidencia en cada línea, quiero detenerme en el uso que este escritor hace de la noción de “sociedad aluvial”. Escribe Luis Alberto Romero sobre los inmigrantes que arriban masi-

vamente al puerto de Buenos Aires: “Año a año llega a la Argentina un cuarto de millón de inmigrantes, y aunque muchos se volvieron, otros tantos se quedaron y se incorporaron a la masa de trabajadores. Con flexibilidad y capacidad de adaptación fueron a los lugares donde había empleos y buenos salarios, ya fuera en la ciudad o en el campo”. Para concluir, pocos renglones más adelante: “José Luis Romero llamó ‘aluvial’ a esta sociedad que durante una década estuvo rehaciéndose permanentemente”. Aluvial: muchos. ¿Le parece, Luis Alberto, que con esta figura apenas se quiso producir un sinónimo? En su clásico libro *Las ideas políticas en la Argentina*, José Luis Romero presenta de este modo a la “era aluvial”: “El primer signo de esta era que se inicia es, en el campo político y social, un nuevo divorcio entre las masas y las minorías (...). El sistema institucional establecido y puesto en vigor por los grupos liberales dejó de ser, poco a poco, adecuado a la realidad”. Lo aluvial resaltaba de inmediato el desajuste existente, en el período que se inicia en 1880, entre un Estado nacido para gobernar una “gran aldea”, incluso para regular los conflictos al interior de las clases dominantes, y la irrupción de masas y relaciones sociales del todo nuevas, para las que la legislación y las instituciones no ofrecían cauce suficiente. Para este historiador, el desacople entre el Estado que interpretaba casi estrictamente a las minorías y la flamante sociedad nacida de las migraciones estuvo en el origen de la particular conflictividad política del siglo XX argentino. La “Advertencia a la primera edición” está fechada en junio de 1946, la irrupción del peronismo es la preocupación que la acompaña. La noción de “sociedad aluvial” permite ponerle otra luz a esa situación que

Luis Alberto Romero –¿un hijo díscolo o solamente desatento?– describe como un juego tonto, que ganan los que tienen “flexibilidad y capacidad de adaptación”, y así obtienen el premio de interpretar felizmente su papel. Luis Alberto no quiere renunciar a la palabrita “aluvial” –patrimonio del apellido, cosa que nos recuerda cada vez que puede–, pero deja prolijamente de lado su densidad, para dar una pincelada inofensiva a la estampa sin grietas que está trazando. ¿Por qué no repasa los libros de su

**Más generoso que sus colegas, amigos y conmlitones, Romero no se abstiene de casi nada: tan pertinente encuentra la figura de la caída que en un artículo aparecido en la revista *N* del diario *Clarín*, del sábado 24 de abril de este año, luego de señalar que “la que hoy nos toca vivir” es “una Argentina decadente”, subraya que “el meollo del desafío de la hora está en la reconstrucción de un Estado capaz de pensar políticas estatales o políticas nacionales”. Para rematar y que no queden dudas: “Un Estado como el que tenían los hombres del Centenario”. Que nadie se confunda, no se trata de cualquier Estado sino precisamente de éste.**

padre que guarda con venerable respeto? ¿Obedecerá esta simplificación fenomenal a que este escrito tiene por finalidad la divulgación o la enseñanza de las jóvenes generaciones a las que, vale decir, consideraría poco menos que estúpidas? El precio y las características del libro en cuestión impiden sacar una conclusión por este lado.

Con la ayuda de un término acuñado por otro

historiador, podemos decir que Luis Alberto Romero –a la vanguardia de una parte de nuestra intelectualidad y opinión pública– encuentra en la experiencia política y social que rodea al Centenario el “foco de positividad” de la entera parábola argentina. Desde ese punto encumbrado, lo que inevitablemente siguió fue la caída. No reviste mayor interés reparar en los

escalones que marcan ese descenso, poco valor interpretativo encierran, son olvidables incluso para Romero que seguramente se verá obligado a pulirlos. Es difícil, por ejemplo, que la clave de bóveda que elige para explicar el período 1955-1976 –algo así como una guerra entre corporaciones– resista una mirada que no provenga de un becario, reverente o pícaro. Porque justamente lo que se vuelve estridente en el escrito es la caída. Empezó siendo, hacia 1914, un giro en el rumbo, “no categórico pero significativo: digamos de 30 grados”, para después sí desbarrancarse: “Les habría sorprendido saber, a los invitados extranjeros, que la Argentina cien años después no celebraría su prosperidad sino que se lamentaría de su miseria”. En el medio, si algo bueno hubo fue porque continuó con las políticas de 1910 o porque se trató de un resto aún vivo de ese entonces. En la revista *Viva de Clarín*, del 16 de mayo, en la principal entrevista del número especial sobre los 200 años, leemos a Romero: “Voy a decir una trivialidad, pero la Argentina fue un país espectacular entre las últimas décadas del siglo XIX y mediados del siglo XX. Yo alcancé a conocer un pedacito en la década del 60...”. Era cantado que usted, que tiene la oportunidad de ingresar con sus ideas en los baños de miles de familias burguesas, no iba a desaprovechar la oportunidad. ¡Mejor afuera que adentro! Lo decimos por él, no por nosotros que seguimos con la revista en las rodillas, colorados por prestarle atención a lo que nos dice. Más generoso que sus colegas, amigos y conmlitones, Romero no se abstiene de casi nada: tan pertinente encuentra la figura de la caída que en un artículo aparecido en la revista *N* del diario *Clarín*, del sábado 24 de abril de este año, luego de señalar que “la que

hoy nos toca vivir” es “una Argentina decadente”, subraya que “el meollo del desafío de la hora está en la reconstrucción de un Estado capaz de pensar políticas estatales o políticas nacionales”. Para rematar y que no queden dudas: “Un Estado como el que tenían los hombres del Centenario”. Que nadie se confunda, no se trata de cualquier Estado sino precisamente de éste.

Es Tulio Halperin Donghi quien usa la expresión “foco de positividad”, y lo hace para referirse al modo en que el primer revisionismo, el de los años 30, había mirado al pasado rosista. Porque, a su entender, esa empresa política y cultural producía una narrativa decadentista de la historia argentina, en la medida en que encontraba en los años del gobierno de Rosas aquellas políticas virtuosas que luego no habían sido sino olvidadas por los responsables de los sucesivos gobiernos. Enfriado el siglo XIX, en un tablero de otras dimensiones, estas intervenciones de Luis Alberto Romero parecen situarnos frente a una nueva visión decadentista del pasado. Mientras que la del primer revisionismo estaba alimentada por la crisis del 30 –por lo tanto, con los signos de agotamiento de una forma de ligarse con la economía mundial– y por la añoranza de un Estado que, suponían, había sabido situarse por encima de las clases de la sociedad bonaerense; esta otra no hace sino celebrar ese vínculo, pero lo que cuestiona acerbamente son las formas sociales y políticas, el Estado, que no permiten hacer uso eficaz de las oportunidades, tan abiertas en 1910 como en 2010. En aquel entonces aprovechadas, en éste desperdiciadas.

El mismo día en que se publica en *Ñ* el artículo de Luis Alberto Romero, en el diario *La Nación* se hace un elogio

más preciso de una política de Estado del Centenario. Se trata de uno de los clásicos artículos de opinión del diario de los Mitre, en este caso firmado por Alejandro Poli Gonzalvo. Si no se conocen, los presentamos. Destaca los programas policiales llevados adelante por Ramón L. Falcón, un señero cuadro de ese Estado, cosa que de ningún modo ignora Romero que, en *Mirando el Bicentenario*, si bien opta por no mencionar esas políticas, sobre él sólo indica que fue “asesinado en 1909 por un terrorista anarquista”. El elogio de Poli Gonzalvo desemboca en una celebración de la nación del

Centenario, para recomendarle a la de nuestros días que siga sus pasos, por empezar en materia policial. ¡Tanto esfuerzo invertido en desmarcarse de mitologías para terminar enredados a una narración anquilosada! Porque si la fracción de nuestra intelectualidad a la que está ligado Romero tuvo un enemigo, ése fue el esencialismo, al que buscó detrás de decenas de máscaras pero al que encontró sin falta tras la del revisionismo. Allí denunció una lectura de la historia y una posición ante la cultura dominadas brutalmente por la política. Y, ahora, como si fueran sus discípulos –sólo formales, Romero, no sume un nuevo motivo para su pesar–, atan cada consideración sobre el pasado a un precipitado juicio político sobre

**Porque si la fracción de nuestra intelectualidad a la que está ligado Romero tuvo un enemigo, ése fue el esencialismo, al que buscó detrás de decenas de máscaras pero al que encontró sin falta tras la del revisionismo. Allí denunció una lectura de la historia y una posición ante la cultura dominadas brutalmente por la política. Y, ahora, como si fueran sus discípulos –sólo formales, Romero, no sume un nuevo motivo para su pesar–, atan cada consideración sobre el pasado a un precipitado juicio político sobre el presente.**

el presente. ¡Triste destino! Más de un esfuerzo hicieron por inaugurar un nuevo tiempo para nuestra vida pública, haciendo tabla rasa de las tradiciones culturales agitadas por la política, y terminan aupados en una de ellas. Creían haber conquistado una novia virgen y los descubrimos con una momia. No se desesperen, hay cosas peores.

Ahora bien, esta convergencia entre el liberalismo y una parte de quienes participaron activamente en la renovación de la universidad a principios de los 80, se estaba perfilando desde hace décadas. Pero, claro, nunca con tantos pelos y señales. Quizá desde el momento en que un libro como *El orden conservador* de Natalio Botana fue recibido con entusiasmo por intelectuales que venían de trayectorias políticas y teóricas ligadas al marxismo. Publicado en 1977, este libro

**Parecía un juego de niños, al menos para las capas medias, lo que ocurría en 1910, en comparación con lo que estaban viviendo en 1977. Sólo el miedo puede llevar a encontrar normalidad en el Centenario, sólo la inmensa desorientación explica que se encuentre en esa coyuntura el punto al que amarrarse y conjurar un presente ominoso.**

desliga la política de las fuerzas de la sociedad. Si apenas cinco años antes, a Tulio Halperin Donghi en *Revolución y Guerra*, le era imposible hacer historia política desentendiéndose del accionar de los sectores populares, Natalio Botana

produce un análisis del sistema político nacido en 1880 en el que apenas llegan voces que no sean las de sus propios constructores. No llama la atención, entonces, que *La Nación* lo comente en su edición del 24 de diciembre de 1977 –recomendación oportuna para dejar un buen regalo en el arbolito de Navidad–, señalando que “el Dr. Natalio Botana define y ubica a los hombres que en circunstancias críticas de la vida

argentina tuvieron la responsabilidad de conducir, de resolver y de pensar en el futuro de la Nación”. Para completar: “Son –como señala el autor– los que ‘implantaron un sistema de dominación, lo conservaron, lo defendieron y hasta lo reformaron’”. Por obra de esta reseña, diciembre de 1977 parece una fecha más, inscripta en la normalidad de la vida de una sociedad. El primer número de la revista *Punto de Vista*, de 1978, también le hace lugar al libro de Botana y con argumentos que no desentonan. Donde *La Nación* remarcaba a “hombres de la talla de Joaquín V. González e Indalecio Gómez”, *Punto de Vista* descubre con cierta sorpresa a “notables reformadores”. Para concluir con el vaticinio del rol que le corresponde: “El libro de Botana demuestra que la interrogación sobre la legitimidad, no en términos éticos sino sociológicos, puede proporcionar una perspectiva útil a la historiografía política”. 1910 se normaliza gracias a *El orden conservador*, sacándose de encima cualquier huella de dramaticidad social. En la misma senda, el artículo que publican en 1980 Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, ostentoso por sus novedades teóricas, produce un efecto similar. Después de todo, sus temas principales, “la constitución de la ideología de artista”, “la profesionalización del escritor”, “la cuestión de la identidad nacional”, aproxima nuestra experiencia a la que, gustan suponer, fue la de las modernidades occidentales. Parecía un juego de niños, al menos para las capas medias, lo que ocurría en 1910, en comparación con lo que estaban viviendo en 1977. Sólo el miedo puede llevar a encontrar normalidad en el Centenario, sólo la inmensa desorientación explica que se

encuentre en esa coyuntura el punto al que amarrarse y conjurar un presente ominoso. Otro de los tantos desatinos escritos en esos años. Y, por supuesto, ¿cómo no sentir miedo en 1978 cuando, tal como señala Pilar Calveiro, el campo de concentración producía efectos que se ramificaban en la sociedad toda? El seudónimo con el que se firma la reseña de *El orden conservador* en *Punto de Vista* nos recuerda el peligro que acecha. Entre paréntesis: ¿de qué sentía miedo Natalio Botana? Como aconseja el poema de Urondo, tengamos piedad. No obstante ya esté aquí presente la fascinación por la experiencia del liberalismo argentino, que marcó a buena parte de la producción cultural e historiográfica de las décadas posdictatoriales, el asunto no se llegaba a plantear con la contundencia y, a la vez, la transparencia que hoy se le imprime. Se prefirió el tono mesurado, aséptico, de cientista. Tomemos entonces otra medida, abordemos otra relación posible. De vuelta en *Debates de Mayo*, el libro compilado por Nun en 2005, cuando la guerra parecía haber alcanzado una tregua y esta nueva mirada decadentista sobre nuestro pasado no terminaba de definirse. Natalio Botana, Lilia Ana Bertoni e Hilda Sabato fueron invitados a tomar la palabra y luego a escribir sobre 1910; se trata del capítulo en que la jornada y el libro pretenden ceñirse sobre esa coyuntura. Botana nos advierte que el suyo va a ser un abordaje de la “historia política”. ¿Qué le resulta fundamental entonces de resaltar sobre 1910 y la política? Que se encuentran en discusión ideas de las tendencias que llama “reformista” y “regeneracionista”, con exponentes ambas tanto dentro del régimen como en la oposición. Convencidos de que hay que transformar un orden polí-

tico signado por el “caciquismo”, de un lado Joaquín V. González y Juan B. Justo, del otro Roque Sáenz Peña e Hipólito Yrigoyen, ponen en movimiento estrategias diversas para dar lugar a esa transformación. Una vuelta de tuerca a *El orden conservador*. A Botana le sobra oficio para que suene verosímil y significativo, pero sobre lo que acontecía en 1910 no agrega mucho más. En su escritura, el cruce entre la ciencia política y la historia de las ideas oficia de antídoto contra acontecimientos, sucesos ciertos.

¿Qué hace Lilia Ana Bertoni ante 1910? No mucho más que renovar sus credenciales antiesencialistas, alertando sobre el nacionalismo cultural que, de la mano de Gálvez, Rojas y Ramos Mejía, se le ocurre estaba agriando los esplendores de las celebraciones y de una prosperidad que era vía segura para el ascenso social. Hilda Sabato también hace gala de su fe multiculturalista y pluralista, pero nombra un poco más; apretado, en pocas líneas, menciona a la Ley de Residencia, a manifestaciones obreras que buscan su derogación en 1910, a la represión estatal y a jóvenes que hacen destrozos de locales anarquistas. ¡Así profesora que pasó todo esto! ¡Siga contando! Pero cambia de tema. Porque lo que le interesa a Hilda Sabato es mostrar que el modelo de nacionalidad, sostenido en un fuerte relato sobre nuestros orígenes, no fue sólo impuesto desde el Estado, sino que era compartido por amplios sectores de la sociedad. Desde, previsiblemente, los sectores movilizados por el oficialismo, hasta los anarquistas de *Ideas y figuras* que, para criticar la represión, apelan al relato nacional. Ésta es su preocupación, no lo otro. Para finalizar aclarando que depende de nosotros si en el futuro

triumfa el esencialismo nacionalista o una visión pluralista. Muy lindos los objetivos, muy bien intencionadas las ideas, pero en la maniobra nos hizo ver algunas cosas que nos interesaron mucho más que estas paparruchadas, perdón, que estas opiniones. Sucede, en efecto, que a los tres los convocan mucho más las ideas y la interpretación que lo efectivamente sucedido, como si a ellos no les correspondiera hablar de esas cosas demasiado fácticas, demasiado reales.

Ahora bien, quizá valga sospechar que no se tomaron muy en serio la invitación a participar de ese encuentro, que se contentaron con garabatear un punteo una hora antes de salir para la Biblioteca, suponiendo que se lo llevaría el viento. El susto de 2001 estaba cerca pero tampoco tanto para olvidar lo que los venía distanciando, desde hace tiempo, de los anfitriones. Además, dado el perfil del encuentro, en una de éstas supusieron que quedaría mejor hablar de ideas que de 1910. Probablemente algo de esto haya intervenido en el carácter vago, tan general de sus ponencias. Pero en los días previos al 25 de mayo de 2010, Canal Encuentro emitió un programa que tiene a los historiadores como protagonistas estelares, un documento que permite entrever el funcionamiento de una corporación, con las lealtades que la atraviesan, su búsqueda de legitimación pública, con sus discusiones más o menos soterradas y sus genuflexiones. Maravilloso. Por su propia elección, el programa lleva por título *Los caminos de la Revolución. 200 años después y*, claro, tiene como tema principal la Revolución de Mayo. Ahora sí se visten con sus mejores prendas, dispuestos a dar lo mejor que tienen. ¿Con qué nos encontramos? Por ejemplo, con la

proeza discursiva que llevan adelante Hilda Sabato y Luis Alberto Romero que les permite tomar por varios minutos la palabra –también, lamentablemente, ponerle el tono al programa– sin referirse a ningún acontecimiento, a ningún hombre o mujer de carne y hueso, incluso a ningún libro de aquel entonces. Sabato: “El pueblo aparece como la fuente de soberanía, la fuente de poder y muy pronto las normas establecieron que ese pueblo estaba compuesto por ciudadanos y que los ciudadanos eran individuos libres e iguales entre sí y, a su vez, que eran titulares de derechos políticos y civiles. Por supuesto que en la práctica esto fue bastante más complicado pero, en todo caso, las formas representativas de gobierno implican que se desarrollaron formas necesarias de relación entre gobernantes y gobernados. Canales, redes que implicaron una participación política muy amplia”. ¡Benditos ciudadanos y bendita práctica! Y Romero duplica la apuesta: “Tanto el radicalismo como el peronismo, que son nuestras dos grandes expresiones políticas democráticas, se presentaron a sí mismos como la expresión auténtica del pueblo y de la nación. Quien no era radical o peronista no era un adversario, sino alguien que estaba fuera de la nación. Esos son caminos diferentes pero todos concurren para crear una matriz cultural y política intolerante que me parece ha sido decisiva en la política argentina del siglo XX”. ¡Glup! Detrás de tan sesuda apreciación general, ¿qué queda de la revolución? Apenas lo que alcanzan a recuperar algunos de los otros participantes, migajas. Como si no hubiera nada nuevo que contar, como si ya no quedara aspecto que estudiar, como si ya hubieran sido transitados todos los archivos.

“El mirador del Bicentenario”: cree Romero —y, con él, una porción significativa de intelectuales e historiadores— ver el pasado desde la altura privilegiada de un mirador. Nos invitan a que allí nos situemos y echemos una mirada a través de sus ojos. Cuadros muy amplios, hechos

de ideas y palabras elevadas. Mucho más que de historiador, esta mirada impermeable ante los hechos es de ideólogo. Romero es presentado, en el programa de Encuentro, por un “joven” historiador: “Él me ha enseñado sobre todo el valor que tienen las ideas como guías de viaje. En este

Festejos del Centenario





*maremágnum* que es la vida, uno tiene que guiarse por alguna cosa y la guía son las ideas”. Quizá sea cierto lo del *maremágnum*, además dio en la tecla, pero no se deja engañar, no se puede confiar tanto en las ideas, menos en un país como el nuestro con la marca jesuita en el orillo. El recurso por las ideas es la manera que han encontrado para faltar al motivo teológico que, según Adorno, lo llevaba a Benjamin a “llamar a las cosas por su nombre”. ¿No será demasiado? ¿Botana leyendo a Adorno? ¿Bertoni subrayando un libro de Benjamin ofuscada por su abandono de la dialéctica? ¿Tiene Romero en secreto, entre sus textos favoritos, *Verdad y mentira en sentido extramoral*? Al decir suelto de cuerpo cosas de este tipo, ¿no nos estará tomando el pelo el inconfesable nietzscheano? “En el siglo XX la Argentina desarrolló una idea de nacionalidad enfermiza y casi diría peligrosa. (¿En 1910 también? ¡Nombres, Romero, por favor!). Se abandonaron los principios liberales de la Constitución de 1853 (¿Tan sencillo? ¿Quién los abandonó? Mejor, ¿alguien alguna vez los hizo propios? Su padre era lector de Martínez Estrada, busque bien en la biblioteca) y se adoptó la idea de que la Argentina debía tener una nacionalidad única, basada en una unidad cultural que se llamó ser nacional”. (Nada a favor del ser nacional, pero no todo es lo mismo, Luis Alberto, discierna por favor). A la invitación a hablar sobre 1910, responde con lo mismo que usa para referirse a 1810: con ideología y, vale aclarar, con una ideología ya incapaz de recoger o producir conocimientos. ¡Hacía falta tanta agua para apagar tanto fuego! En la base de la nueva lectura decadentista del pasado argentino se encuentra esta negación de la historia.

El festival, tal como lo imaginó José Nun, no existió pero, dados algunos caminos que viene recorriendo nuestra sociedad, hoy una lectura del pasado como ésta no encuentra un territorio sencillo para imponerse. No pocos de los obstáculos que se interponían entre lo sucedido en el Centenario y nosotros fueron removidos. Incluso en *Debates de Mayo*, nos encontramos con un artículo de Fernando Devoto que desentona con la lectura de sus colegas. Muy cerca del archivo, Devoto recorre el mes de mayo de 1910. Entre otras piezas, recoge esta descripción de un periodista italiano: “Durante las fiestas de mayo no había en Buenos Aires otra cosa que cortejos que desfilaran por horas cantando el Himno Nacional; de este modo, no educado en participar del sagrado fuego nativo por el himno y la bandera, caminar por la calle se había convertido en una intolerable molestia y un odioso tormento, porque los renuentes eran silbados y amenazados hasta que su dura cabeza no se descubría”. Si en este caso, quizá no más que un detalle, la violencia quedó atrapada en gestos previos, a través de una carta que Gregorio Soler le envía a Julio A. Roca, nos enteramos de que durante esos días se produjeron una serie de “asaltos”. Soler se refiere al que arrasó con “un boliche de imprenta que publicaba el diarucho *La Protesta*” y, según cree, el gobierno nacional estaría detrás de estos incidentes. Devoto completa: los asaltos también fueron al periódico *La Vanguardia* y a una biblioteca y dos locales de organizaciones judías. Una carta del Club Israelita, dirigida a Figueroa Alcorta, hacía esfuerzos por mostrar que ningún vínculo los unía al anarquismo, buscando poner límite a lo que, nos deja intuir, habían vivido miembros

de su comunidad durante esos días. Si de asaltos se trata, hay uno al menos que no señala Devoto, pero que vuelve hasta nosotros en una oración de una crónica escrita por Rafael Barrett y que fue reeditada en 2008. Este anarquista de origen español y que residía en Paraguay, en uno de los escritos que conforman *El terror argentino*, publicado por primera vez en 1910, se refiere a los dandys porteños que si hubieran estado en la Roma de Nerón, lo habrían acompañado en su pasión incendiaria, tanto era el desagrado que les producía la realidad popular surgida en Buenos Aires. “Hoy os tenéis que contentar con pegar fuego a las tablas del circo de Frank Brown”. En el librito que Dardo Cúneo le dedica en 1944 a quien fuera un célebre payaso, se puede apreciar algo similar a la vergüenza pero también a la incomprensión: ¿por qué una carpa que alojaba un espectáculo ingenuo —con permiso oficial para instalarse en la esquina de Florida y Córdoba— fue destruida por obra de “patotas”? No indaga, Cúneo, continuar con su empresa encomiástica. El historiador inglés Daniel James, en un artículo de la segunda mitad de la década de 1980, menciona el episodio para trazar una sugestiva y precisa comparación con la ocupación del espacio urbano por parte de los sectores populares en las jornadas de octubre de 1945. Horacio Salas, en su libro *El Centenario*, acompaña la narración del suceso por las crónicas periodísticas de los grandes diarios de la época, que primero alentarón y luego disculparon al incendio realizado por “indios bien”. Evidentemente, Rafael Barrett escribió esta crónica en los primeros días de mayo —el incendio de la carpa fue el 4—, porque si a la información aportada por

Devoto, le sumamos lo que sobre esos días escribe el líder anarcosindicalista Sebastián Marotta, confirmamos que el de Frank Brown no fue el único asalto que terminó en incendio, no se conformaron con esas tablas. “Para dar cuenta de los diarios y locales obreros formose una muchedumbre de gente adinerada, diputados, empleados de gobierno, sirvientes, policías y militares (...). Sus primeros pasos fueron dirigidos hacia *La Protesta*, en la calle Libertad 837. Una vez frente al diario anarquista, la multitud, frenéticamente exaltada destrozó las puertas con los machetes de los vigilantes y, segura de que no hallaría resistencia, atacó las inermes máquinas de imprenta, los muebles, las máquinas de escribir, los libros, etcétera. Luego, prendióle fuego”. El lunes 16, con el respaldo del estado de sitio, una multitud de similares características quiso dirigirse a Barracas y a la Boca con idénticos fines. Pero antes de llegar se enteraron de que los obreros de esos populosos barrios estaban dispuestos a hacerles frente. Natalio Botana, otro de los autores de *Mirando al Bicentenario*, señala que entre 1910 y 1916 “el ambiente social y cultural, político y económico, era —qué duda cabe— hospitalario”. Es cierto que se refiere a los visitantes oficiales extranjeros, no

**Después de más de un cuarto de siglo de producción intelectual e historiográfica sin restricciones a la libertad de expresión, por lo tanto, con la vigencia de condiciones que son las que se reclaman en pos de los avances del conocimiento y de la cultura, ¿cómo entender que se desatiendan estos datos que son parte de 1910? Si, con Nietzsche, es inevitable que algo del pasado sufra cada vez que se lo interpreta, ¿por qué la predilección por sacrificar esta zona? Sin sonrojos, se le sobreimprime que “la nacionalidad de 1910 era plural, tolerante y liberal, no excluía a nadie y ponía en primer término las ideas de ley y patria”.**

al común de las gentes. ¿Cómo explicar una afirmación como ésta? ¿Estupidez? ¿Desprecio de clase que se continúa e incluso sobreactúa? Una y otra cosa en dosis generosas. Salvadora Medina de Onrubia, familiar de Botana, conocía muy bien a Marotta, incluso se conserva el relato de cómo juntos, en la multitud, resistieron la embestida de la policía montada, los cosacos, en el cementerio de la Chacarita, en enero de 1919. En el libro de Marotta, *El movimiento sindical argentino*, la virulencia del ataque contra los trabajadores y los sectores populares en 1910 no es muy distinta a la que tiene lugar en 1919. Incluso en la hora de la interpretación, cuando Devoto parece querer poner paños fríos al cuadro de situación que ha planteado —“Incluidos y excluidos los hay en todos los casos”—, en una misma constelación coloca a esas dos fechas.

Hay otro incendio que está presente en esa coyuntura. Nos enteramos de él por la película *El último malón*, estrenada en 1917, que documenta y ficcionaliza lo que había sucedido en 1904 en la localidad de San Javier, en el límite con el Chaco. La película, muy difícil de ver durante décadas, conoce una nueva vida ya que fue restaurada por los investigadores a cargo del Museo del Cine. Sobre las condiciones de trabajo a las que eran sometidos los pobladores indígenas, Juan Biale Massé ha dejado un testimonio difícilmente refutable, contemporáneo al levantamiento. Sobre la última parte de la película, el típico cartel nos dice: “Por espacio de dos horas el pueblo estuvo expuesto a la saña del indio que correteaba por las calles”. Pero la batalla se define con la derrota de quienes habitaban en los bordes del poblado. En ese momento “la valerosa juventud sanjavierina sale a perseguir a los fugitivos”. Y, mientras

en algunas estancias siguen los enfrentamientos y algunos indígenas curan sus heridas, “los vecinos del pueblo pusieron fuego a la toldería”. A través de una toma cenital, vemos arder ahora una maqueta. La escena es trabajosa, lo que refuerza la impresión de que no podía faltar. Este fuego también sobrevuela el Centenario.

Como se sabe, en *El juicio del siglo*, Joaquín V. González remarcó la existencia en la trayectoria histórica argentina de una “ley del odio” o “ley de la discordia”, que viene amenazando con malograr la enorme vitalidad de la sociedad. “Acaso más que en ninguno de sus contemporáneos, la pasión de partido, las querellas domésticas, los odios de facción, la ambición de gobierno o de predominio personal, constituyen una de las fuerzas más permanentes y decisivas en el dinamismo general de todo el país”. De este escrito, publicado por primera vez en el número especial que *La Nación* le dedicó al Centenario, y en sintonía con esa “ley del odio”, se puede desprender, por ejemplo, el enfrentamiento entre Roca y Figueroa Alcorta, que hizo que el primero no estuviera en Argentina para las celebraciones. Pero no hay lugar para estos asaltos e incendios, porque la preocupación de Joaquín V. González es por el indisciplinado funcionamiento de la elite política. Quien sí va a referirse al odio de clase es el Partido Socialista, a través de un manifiesto difundido en mayo de 1909, luego de la represión del 1º de mayo, a cargo del jefe de policía, coronel Ramón L. Falcón, que dejó un número incierto de muertos. “Su patriotismo les permite pedir a los patrones extranjeros que manden sus peones argentinos a votar por las facciones de la política criolla (...) Pero

les hace mirar con odio tanta altiva reclamación obrera, toda tendencia política genuinamente popular y, en su incapacidad para comprender el movimiento obrero, y adaptar a él sus actividades de clase gobernante, no encuentra argumento mejor que acusarlos de extranjero”. Este documento es reproducido extensamente por José Luis Romero en *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, cuya primera edición es de 1965, en el capítulo “El espíritu del centenario”. Marc Bloch hacía suyo un proverbio árabe: “Los hombres se parecen más a su tiempo que a su padre”. Y a Luis Alberto le tocó un tiempo signado por el miedo, de gran conservadurismo, pero también, convengamos, se supo adaptar a él e interpretarlo con esmero. Después de este breve recorrido, ¿cómo entender la aparición de una lectura del pasado que deja de lado, ya sin ambigüedades, cada uno de estos sucesos? Después de más de un cuarto de siglo de producción intelectual e historiográfica sin restricciones a la libertad de expresión, por lo tanto, con la vigencia de condiciones que son las que se reclaman en pos de los avances del conocimiento y de la cultura, ¿cómo entender que se desatiendan estos datos que son parte de 1910? Si, con Nietzsche, es inevitable que algo del pasado sufra cada vez que se lo interpreta, ¿por qué la predilección por sacrificar esta zona? Sin sonrojos, se le sob reimprime que “la nacionalidad de 1910 era plural, tolerante y liberal, no excluía a nadie y ponía en primer término las ideas de ley y patria”.

En la entrevista que Verónica Gago le hace a Beatriz Sarlo en 2009, a propósito de la publicación de su libro *La ciudad vista*, esta crítica señala: “En *La modernidad periférica* (de 1988) tenía

la idea de que la modernidad triunfante de los 20 podía venir, este libro, en cambio, no tiene idea de ningún regreso. La Argentina no tiene regreso. No va a volver a lo que fue. No hay ninguna restauración. El cambio ha sido tan brutal que no queda ningún fundamento sobre el cual restaurar”. No es lo mismo los 20 que el 10, pero el movimiento se emparenta, la caída. Se trata de la inmensa desilusión que atraviesa a lo que Sarlo denomina en la misma entrevista como “la franja del progresismo argentino”. ¡Menos mal que no estamos en sus pellejos! Fundamentalmente, desilusión con la experiencia democrática iniciada en 1983, a la que habían apostado

con énfasis. Desilusión ante la expectativa de que Argentina se reencontrara con la modernidad que imaginan alguna vez fue. Se podría suponer que un sueño de esas características habría salido directamente maltrecho de los años de la dictadura, pero no, todo lo contrario. Tampoco se vio dañado por el ocaso de la primavera democrática e, incluso, la decepción ni siquiera tuvo estos acentos pesarosos y decadentes durante los gobiernos de Menem y de la Alianza. El hoy severísimo Romero, poco antes de las jornadas de diciembre de 2001, dejó escrito en la reedición de uno de sus libros que más ha rodado, *Breve historia contemporánea de la Argentina*,

**Contra lo que las jornadas de 2001 pensaron de sí mismas, incluso quizá contra lo que el kirchnerismo piensa de sí mismo, ambas situaciones encadenadas han hecho reaparecer a las clases. Desde ya, poco tiene esto que ver con los manuales ortodoxos, esta vuelta está mucho más ligada al odio que al amor, a la desidentificación que a la identificación. Como expresión del momento en el que parecen haber hecho agua los universales que organizaron los años de la posdictadura, se revela imposible su uso y se buscan otras palabras.**

que “a diferencia de los sindicatos, los partidos políticos gozan de una salud excelente”. Puesto en intelectual, no contento con haber trazado una imagen del siglo XX en la que se borran los conflictos, lo que subraya en 2001 es fundamentalmente la normalidad de la experiencia política iniciada en 1983. De la página 297 a la 308, deliciosas. La nueva lectura decadente del pasado argentino tuvo que esperar para revelarse que se produjera la crisis de 2001 y la salida que se puso en movimiento desde 2003 con el kirchnerismo.

La de las clases quizá haya sido una de las expulsiones discursivas fundamentales, nacida de los años del último gobierno militar, y uno de los pilares que apuntaló los posicionamientos y las producciones culturales y políticas de la larga posdictadura. Un texto con no pocas virtudes, me refiero nuevamente a “La Argentina del Centenario...” de Altamirano y Sarlo aborda *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez –donde queda marca contundente de los asaltos referidos–, refiriéndose a la ideología esteticista,

a la xenofobia, al nacionalismo, pero lo que está fuera de su horizonte es pensarlo en clave de una intensificada enemistad de clase. Desde *El orden conservador* hasta *La ciudad vista*, se señalaron cuestiones de la vida política y económica, de la arquitectura, de las ideas y de las instituciones, pero prescindiendo, o dejando muy de costado, el sesgo que le diera lugar a las clases y a su enemistad. Incluso quienes quisimos discutir con esta “franja del progresismo argentino”, nos vimos afectados por esa expulsión. Contra lo que las jornadas de 2001 pensaron de sí mismas, incluso quizá contra lo que el kirchnerismo piensa de sí mismo, ambas situaciones encadenadas han hecho reaparecer a las clases. Desde ya, poco tiene esto que ver con los manuales ortodoxos, esta vuelta está mucho más ligada al odio que al amor, a la desidentificación que a la identificación. Como expresión del momento en el que parecen haber hecho agua los universales que organizaron los años de la posdictadura, se revela imposible su uso y se buscan otras palabras.

Javier Trímboli



A la vanguardia como siempre, Romero protagoniza en el libro *Mirando al Bicentenario* una serie de enredos en esta dirección que son todo un regalo. Por empezar, comparte la autoría del mismo con Natalio Botana, George Clemenceau, Rosendo Fraga. No importa que uno de ellos haya muerto hace casi un siglo, en pie de igualdad se colocan los cuatro autores, en estricto orden alfabético. No se trata sólo de la reedición del clásico libro de Clemenceau, eso no los conformaría; en *Mirando al Bicentenario* lo que refulge es fraternización, la posibilidad de ser parte de aquel momento dorado. Sus mismos nombres y apellidos, rodeando a la ilustre visita de 1910, nos recuerdan también otras épocas, la de sus padres o familiares cercanos. Encantador. A un panegirista de la clase media y de la ciudadanía, como venía siendo Romero, el guardarropa de la historia le tenía reservado smoking, galera y bastón. No cree entonces necesario poner siquiera comillas para decirnos que “Carlos O. Bunge temía la mezcla con las razas inferiores”. La identificación fluye con tanta naturalidad que él pasa a temer lo mismo. O, al referirse a la “irritación” de las elites tradicionales con el peronismo: “No se lamentaron de la instauración del comunismo, sino de la decadencia de la cultura”. Diagnóstico entonces compartido, que se refuerza por el hecho de que, así nos lo dice, los sectores medios, a diferencia de la “oleada de recién llegados”, (las comillas son sólo mías) habían apreciado sin mengua “la tradición cultural de las elites”. Luis Alberto Romero funciona como la prenda de reconciliación entre esas clases medias y las elites. En el reverso de la proleta-

rización de los 70 —¿la habrá imaginado Romero? Sarlo seguro que sí—, ahora se trata de la aristocratización. Rendido ante la autoridad de esa tradición y con el fin de incluirse del todo en ese “foco de positividad”, bien podría Romero sumarse a algunas de las fotos que trae el libro, con la inestimable ayuda del photoshop. Recomendación: junto a la infanta Isabel y a un toro de noble raza, en la Estancia San Juan, de Leonardo Pereyra Iraola, secretario de la Sociedad Rural Argentina; con un libro en la mano y la pipa, para guardar algún parecido con el padre. Esperemos eso sí que no se haya pescado el mal francés que hacía estragos entre los de su clase. ¡Qué decadentes!

Mientras que *Mirando al Bicentenario* nos permite ver la posición de clase deseada, *La ciudad vista* subraya la desafección, aquello que ya no se quiere siquiera ver. Dice Sarlo en la entrevista referida: “Las arquitecturas que quedan enfrentando el barrio Charrúa, después del Polideportivo de San Lorenzo, son realmente arquitecturas de pesadilla. Y las llamo arquitecturas porque no hay otra forma de llamarlas: son autoconstrucciones que representan una tipología monstruosa, en la cual es muy difícil que se implante una buena sociedad”. Verónica Gago le repregunta, señalándole que se trata de construcciones similares a las que abundan en El Alto de La Paz. Pero no hay caso, obsesionada como se había mostrado en el libro por la casa de cuatro pisos de Carabobo y Castañares, no tiene ninguna intención de dar marcha atrás. “Ominosa barraca” llamaron desde la prensa, en sintonía con prestigiosas capas de la opinión pública, al circo de Frank Brown en 1910, antes de hacerlo

arder. ¿Qué quiere que le diga, Sarlo? Uno realmente tiene serias sospechas de que se pueda construir una buena sociedad sobre la base de la arquitectura de las Lomas de San Isidro, de Coronel Díaz y Santa Fe, de Caballito, de Ayres del Pilar, de Palermo Soho. O, como a usted le gusta tanto, de Berlín. El listado podría ser larguísimo, infinito. Eso sí, si fuera uno de los vecinos de la casa de Carabobo y Castañares, “especie de precaria monstruosidad”, tomaría recaudos ante sus

palabras. Es cierto que son sólo eso, palabras, nada que ver con los hechos, pero nunca se sabe.

Llegados a este punto, donde el festival imaginado por Nun se transformó en esto otro más inquietante, se impone no obstante la impresión de que no hay mucho más que discutir. Quizá sea pasajera. La desilusión que a unos los embarga con la experiencia democrática argentina es nuestro contenido. Moderado, de baja intensidad, pero contenido al fin.



# LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

Números anteriores en [www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)





## El Bicentenario y los usos de la historia

*Por Tomás de Tomatis*

El combate por la historia tuvo hitos memorables. Célebres e insoslayables polémicas que obran como sombra de toda reflexión sobre la práctica historiográfica. Nacida del erudito documentalismo de Bartolomé Mitre y de la búsqueda de fuentes heterodoxas para la construcción del relato histórico de Vicente Fidel López, y hundida en el clásico debate entre la tradición liberal y el revisionismo histórico, cuyos coletazos percibimos aún en estos tiempos, la historiografía sigue parapetándose en una oposición que no logra renovar sus lenguajes clásicos. Acosados por las técnicas mercantiles de la producción editorial y por la agitación televisiva, los historiadores profesionales se refugian en la tradición aséptica de la elite ilustrada mientras que sus oponentes, los revisionistas, no advierten hasta qué punto sus observaciones fueron estandarizadas para el formato mediático. Unos y otros deambulan entre el rencor y la adaptación a un exitismo cuyos efectos lucen desproblematizados. Bajo estas preocupaciones, Tomás de Tomatis analiza los recientes festejos del Bicentenario a partir de las expresiones del grupo *Fuerza Bruta*, y de la exposición *El laberinto, parque temático de las antinomias argentinas* de los artistas Daniel Santoro y Francis Estrada. En ellas, el autor encuentra una originalidad dada por la combinatoria de los materiales de la historia y las escenificaciones elaboradas con recursos y montajes asombrosos capaces de sugerir una nueva imaginación histórica que de cuenta de los dilemas contemporáneos.

En su no tan olvidado libro *Combates por la historia*, Lucien Febvre había practicado una severa crítica a los volúmenes de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, y los posteriores de Toynbee, *Estudio de la historia*. Los que comenzamos estudios universitarios hacia comienzos de los años 60, aún recibíamos los ecos del fervor con el que se habían leído ambos ensayos históricos. En Argentina, personas de disímil orientación ideológica, los citaban con entusiasmo. Un encumbrado intelectual de época, Ernesto Quesada, de simpatías bismarckianas, había sido amigo personal de Spengler. El diario *La Nación* se congratulaba con Toynbee. Pero los dos historiadores y ensayistas, el alemán y el inglés, llamaban la atención por los grandes panoramas históricos que ofrecían, por la idea de que toda forma histórica aparecía y declinaba bajo los mismos ritmos, casi equiparables a los ciclos biológicos, pero sobre todo, en el caso de Spengler, por la audacia de sus comparaciones —recuerdo una entre la música contrapuntística y la invención del cheque en los intercambios financieros—. Todo esto ponía ante un mayor desafío a la historia tradicional, incapaz de crear grandes metáforas culturales y solicitar audaces cotejos de hechos de apariencia antagónica, no por su significado específico sino por el contraste de su forma. Febvre recuerda algunos ejemplos del estilo spengleriano: la relación entre la geometría euclidiana y las ciudades griegas, entre el teléfono y el sistema bancario de crédito... Cuando apareció Foucault, muchos percibieron un aire familiar en los países mágicos que contenía *Las palabras y las cosas*, por ejemplo, entre el sistema dinerario y las clasificaciones botánicas. ¿Entonces

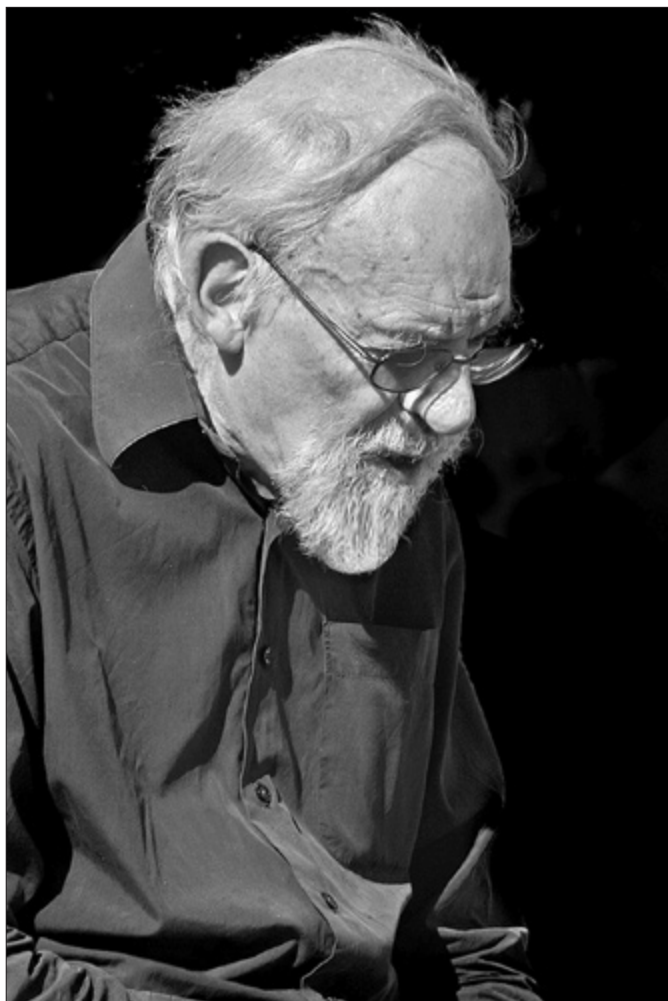
también había hecho Spengler una historia “epistemológica”?

Lo que Febvre quería proponer era una gran perplejidad respecto al modo en que Spengler (y Toynbee) habían interesado al denominado gran público y también a los especialistas. Esos grandes frescos narrativos, repletos de ingenio y seducción, rebosaban por el lado de una filosofía de la historia atractiva pero falaz. Era la filosofía de la historia que había escrito un profeta vanidoso, amigo de las espectacularidades, que coqueteó con el nazismo y luego se apartó contrariado, “incomprendido”. No residía ahí el alma de la historia hecha por los historiadores. El modelo de Febvre —autor de un gran estudio sobre Rabelais, *Problemas de la incredulidad en el siglo XVI*, que no podía ser leído sin que le abriera definitivamente los ojos a cualquier estudiante de la calle Viamonte al 400—, es la gran investigación de Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En sus memorias de historiador, publicadas hace muy poco, también Tulio Halperín Donghi menciona la fuerte y duradera impresión que significó la salida de ese libro para todo aquel que decidiera abrazar la carrera de historiador. Aún hasta hoy, Jacques Rancière lo toma como objeto de reflexión en cuanto a la percepción de la materia histórica, entre el tiempo de las cosas y el tiempo de las vidas.

Es lógico que la gran corriente de ideas de la historiografía francesa, cuyo numen trágico podría ser Marc Bloch —fusilado por los nazis en 1944 y autor de un impresionante testamento de historiador que se leía con fervor también en las carreras de historia de nuestras universidades—, se viera desafiada por ensayos como los de Spengler

y Toynbee, que sin dejar de exhibir una gran erudición, tenían el gesto característico de los escritores que saben enlazar repentinamente con una gran corriente de pensamientos oscuros, el “malestar en la cultura”, lo que en este caso significaría la búsqueda de satisfacciones más primitivas que las que provee el complejo mundo civilizatorio y tecnológico. Pero sabiendo que ese primitivismo –una “filosofía de la historia” que simula grandeza intelectual, accesible pero ficticia– no es sino una adecuación en nivel superior a los mismos inconvenientes civilizatorios que se quieren superar.

Tomás de Tomatis



Ciertos libros se lanzan con coberturas tomadas de la tradición intelectual, pero vendrían a sustituir los verdaderos combates por el conocimiento con pobres analgésicos decadentistas, sibilinos o moralizantes. Ésta es la esencia de la crítica de Febvre a Spengler y Toynbee en el terreno del “debate de los historiadores”. No es concebible un país sin la actuación enfática del mencionado debate.

En los años 80 en Alemania tuvo lugar asimismo un mentado debate entre historiadores y filósofos, en el que estaba en juego un juicio sobre los años del nazismo desde el punto de vista de la ética del historiador. Mientras Nolte, no sin condenar al nazismo, lo hacía parte de una vasta reacción contra el bolcheviquismo, situando en el campo de un verosímil histórico, Habermas respondía que era necesaria una ética cuyo carácter argumental fuera diferente, para que todo enunciado histórico surgiera de la certeza de un corte entre una historia bárbara y una historia reconstructiva. Sin una polémica similar, poco tiempo después en nuestro país, Tulio Halperín Donghi escribió un artículo en un libro colectivo llamado –si no me engaño–, *Historia y ficción*, en el que afirmaba que no es posible que las imágenes de la historia nacional carguen con el mismo ejercicio valorativo si no se realiza una cesura radical con eje en el significado que tienen los años de terror.

Sean unos u otros los debates, no son los habituales, pues cargan con la dificultad de preguntarse si hay una asignación valorativa específica que ante hechos de desmesura inhumana, el sentimiento del historiador deba asumir un punto de vista de resguardo de premisas fundadoras de las bases

mínimas de la socialidad, sin las cuales ésta se hundiría en la salvajismo. La práctica de la historia adquiriría un sentido no menos metodológico, pero estudiaría el modo en que todo mundo histórico se pone cíclicamente al margen de las condiciones que lo identifican como garante de la existencia colectiva. Los debates de la historiografía argentina fueron otros. Sólo en las últimas décadas apareció el llamado a pensar una historia a escala de la humanidad, de su supervivencia y los focos que la someten a suplicio. Sería una historia transpolítica. Pero tampoco de la “vida material” o la “vida cotidiana”. Sino explícitamente del cimienta moral asociativo de las comunidades nacionales enfrentadas a la extinción de su acuerdo profundo de coexistencia en la diversidad.

Recordemos las viejas, ancianas plumas en debate: Mitre y Vicente Fidel López. El primero creyó resolver la cuestión del canon histórico nacional con una vocación documentalista, encuestas a protagonistas, veneración de archivos, y conjunción proclamada y activa entre construcción del Estado y aparato historiográfico. Enfrentado al mismo problema, Vicente Fidel López encaró relatos que se originaban en tradiciones orales y que estaban volcados a una propensión no menos que sutil hacia una dramaturgia de la historia, en la que se hacían sobresalir sus aspectos trágicos, llamados sin más “filosóficos”. Si Mitre no conseguía ser un Taine, tampoco era desdeñable su tarea, dicho esto con la advertencia respecto a sus facciosos compromisos políticos. En cuanto a López, no se guardaba de mayores estridencias al querer buscar como egregio antecedente suyo las peripecias historiadoras de un Tucídides. Esta polémica sigue

su curso y se reabre de tanto en tanto, pues en su extremo arquetípico, lo sigue siendo en cuanto al uso del documento, de las tradiciones orales y de la invocación a ciertos tramos de una filosofía de la historia para contener la rebeldía de los hechos.

No tenemos hoy algo parecido, y quizás ya es tarde para que cualquier cosa que lo sea se haga presente. Es cierto que en su momento se trenzaron Mitre con Saldías; Groussac con Ramos Mejía pero especialmente con Norberto Piñero; Levene con su reivindicación del morenismo republicano significaba en sí mismo una polémica desde un sector del liberalismo historiográfico con los ya afiatados síntomas de la reivindicación de Rosas; y el inquieto Halperín mostraba sus preocupaciones agarrándose las tardíamente contra el “revisionismo histórico”, mientras Milciades Peña había tomado socarronamente de punto a Jorge Abelardo Ramos, que a su manera había creado miles de nuevos lectores de la historia con su estilo abierto, desafiante y arrebatado. Sus grandes bocetos especulativos, si bien no estaban urgidos por los debates del presente, dejaban de ser penetrantes aún en su ingenioso forzamiento.

Pero nada de eso existe hoy. No ha desaparecido el historiador profesional, universitario, autor de obras que ni son escasas ni dejan de ir más allá de los lectores de cenáculo —como en su momento *Revolución y guerra* de Halperín—, ni desaparecieron las escaramuzas aisladas, como las que tienen como protagonista a la gran vocación de polemista de Norberto Galasso, que ha puesto el canon de la izquierda nacional a disposición de nuevas camadas de lectores, como por otro lado fue siempre la intención del revisionismo histórico, que desde los años 40 había triunfado

ante una nueva sociedad lectora, al punto que en un viaje de Arnold Toynbee a la Argentina, un periodista le realiza la inopinada pregunta al historiador que había intentado comparar las civilizaciones japonesa, minoica y helénica: “¿Qué opina usted del revisionismo histórico?”.

**Un paralelogramo de fuerzas materiales alegorizadas (el agua, el aire, el fuego y la tierra –el pavimento urbano–), sostuvo una dramaturgia de maquinaria y cuerpos que ponían al ocurrir histórico en una dimensión estetizada, espiritualizada. La historia estuvo en una escala de segunda naturaleza tecnológica y coreográfica, con un alegorismo directo, “brutal”, pero, al mismo tiempo, los camiones militares, las autobombas de bomberos, los soldados actuales haciendo de soldados antiguos, y soldados reales haciendo de trabajadores del espectáculo, pusieron a ese entretenimiento en una desafiante continuidad con las condiciones de producción que lo habían generado. El realismo pedagógico masivo, la herencia del circo, de la televisión y de la plaza medieval, creaba miniaturas emotivas con utilerías de dimensiones portuarias e ingenierías de precisión. La tecnología se encontró con el arte y la imaginación histórica.**

nivel de problematización adecuado a las lecturas masivas, evitando los escollos eruditos de investigaciones a la Saldías o a lo Ernesto Quesada: eran los libros de Dardo Corvalán Mendilaharsu.

Pongamos estos hechos meramente conjeturados en el bastidor o a la luz de lo que fue y está siendo la conmemoración del Bicentenario de la Nación Argentina. Hubo decisiones sobre la historia muy fundamentales, pero vaciadas en el molde de atractivos espectáculos de masas y sugestivas exposiciones artísticas. En el primer caso mencionamos el espectáculo del grupo Fuerza Bruta en las calles de Buenos Aires el día 25 de mayo; en el segundo caso, la exposición “El laberinto, parque temático de las antinomias argentinas”, de Daniel Santoro y Francis Estrada. En ambos, hay un proyecto historiográfico junto a decisiones teatrales, plásticas, audiovisuales y museísticas. ¿Ha triunfado el “revisionismo histórico”, al fin, en estas nuevas formas representacionales? En primer lugar, habría que ver si estas puestas en escena basadas en cuadros vivos, diodoramas, juegos de parque de diversiones, fusión de altas tecnologías de transporte, desfile de alegorías y cuadros animados, pueden trasladar conceptos historiográficos a formas de representación que tienen cierta semejanza con las *festspiele* (aunque en lo que vimos en el Bicentenario, el aspecto de la representación colectiva está implícito; es la historia nacional la que ocurre en una escena urbana masiva).

La respuesta no permite imaginar que la traslación de la tesis revisionista, o la más amplia, de carácter latinoamericano-indigenista, se verifica sin más en los medios teatrales. En el caso de Fuerza Bruta, éstos acentúan el hecho histórico a través de la representación de la fuerza empírica del sufrimiento, el acoso físico de las fuerzas de la naturaleza, el fragor de la batalla, el simulacro fabril con desenlace artístico, la guerra con sus muertos-vivos.

La historia nacional aparece como una sucesión de cuadros de violencia y consternación. Los soldados de Malvinas son espectros desfilando; las madres de la plaza, sonámbulos bajo la lluvia uniforme; el ejército de los Andes, cuerpos golpeados, no por la batalla sino por la nieve. Simulacros del tormento colectivo replicados en la coreografía de grupos electrógenos, grandes mangueras y tractores en las avenidas sorteando también numerosas dificultades que se oponen a las configuraciones urbanas y a la propia muchedumbre de asistentes.

Un paralelogramo de fuerzas materiales alegorizadas (el agua, el aire, el fuego y la tierra —el pavimento urbano—), sostuvo una dramaturgia de maquinaria y cuerpos que ponían al ocurrir histórico en una dimensión estetizada, espiritualizada. La historia estuvo en una escala de segunda naturaleza tecnológica y coreográfica, con un alegorismo directo, “brutal”, pero, al mismo tiempo, los camiones militares, las autobombas de bomberos, los soldados actuales haciendo de soldados antiguos, y soldados reales haciendo de trabajadores del espectáculo, pusieron a ese entretenimiento en una desafiante continuidad con las condiciones de producción que lo habían generado. El realismo pedagógico masivo, la herencia del circo, de la televisión y de la plaza medieval, creaba miniaturas emotivas con utilerías de dimensiones portuarias e ingenierías de precisión. La tecnología se encontró con el arte y la imaginación histórica.

Hubo peligro y seguridad, simbología y maniobra eléctrica, el gas como arte y la danza como despliegue operario, el aire como artificio fabril y los actores como cortejos sangrientos. Espejos de una historia de esperanza y violencia.

Las fuerzas productivas y las relaciones de producción se tornan estructuras y superestructuras, que se alternan y confunden entre sí. Lo que vimos fue el otro yo, el complemento y la negación del desfile militar, con elementos del desfile militar. Su verdadera ejecución y crítica, hecha por actores soldados y soldados actores, por nieves de aerosol y estruendos. La puesta en escena por el grupo Fuerza Bruta fue un Carnaval trágico, fantasmas de la historia argentina desfilando, arlequines del pasado que retornaban escénicamente sujetos por cables y arneses.

Sin duda, era visible el énfasis latinoamericanista y el desfile en sí mismo no se podía privar de su inherente característica festiva, murguera. El cuadro de la batalla de Obligado no tuvo un tratamiento “ideológico”, y los cuadros de la inmigración o de las caracterologías culturales del país, estuvieron formulados con tino, en un sentido de promisión despojada de vulgaridad y ternurismo. ¿Es necesario decir frente a este espectáculo de escenificación histórica que faltó “asesoramiento historiográfico”? No parece una pregunta adecuada, no porque no haya habido historiadores involucrados en el proyecto, sino porque la naturaleza de lo que se ponía en práctica pertenecía a otro género, el de la historia, sin duda, pero sometida a condiciones de representación cuyas características obedecían a leyes escénicas propias y a decisiones artísticas vinculadas al arte industrial y a las narraciones masivas: alegorías con grandes soportes tecnológicos.

En cuanto a la experiencia de “El laberinto” puesto en escena por Santoro y Estrada, se trata de otra perspectiva para el relato histórico, esta vez basada en el concepto de antinomia. El espectador

de esta muestra inspirada en los juegos de los parques de diversiones, se ve desafiado por un material documental de fuentes historiográficas genuinas –textos adecuados, imágenes que tienen una fuerte graduación arquetípica–, y experimenta en las antinomias cierta perplejidad de lo irresoluble, de la necesidad de superarlas o de inscribirse en alguna de ellas. Es conocida la obra de Daniel Santoro; en ella, las imágenes augustas están rajadas por la parodia, como una blasfemia colegial sobre las esfinges nacionales. Un cofre a ser revisto por el arte y la literatura para indagar en el fondo último de nuestros pensamientos sobre la beatitud y la guerra. Santoro toma el peronismo como un depósito de ruinas, como un museo destrozado,

**El poder onírico y hermético de estas imágenes sólo puede hacerse tolerable porque lleva a la comprensión artística de los mitos del lenguaje que pugnamos por sofocar, a fin de que la reflexión pueda soportarse. Santoro lleva a reflexionar de otro modo, en dirección a lo insoportable. Pero la tranquilidad que nos concede proviene de su atrevida combinación de imaginación infantil y agonía de las imágenes: por un lado sobre-representadas, por otro lado, arruinadas por la dificultad con que las soñamos.**

Un museo puede ser peor que una caverna amenazadora, una misa negra, una orgía de funámbulos. Pero luce tierno, con galas de docencia. No podemos imaginar nada a partir de un museo. Pero es posible aceptar,

tolerantemente, que de un objeto arrancado de su ámbito vital, se pueda nuevamente reconstruir un mundo. Esa esperanza la posibilita el museo, con tal que no indagemos demasiado en el obstáculo desvitalizado que presupone. Santoro solicita esta situación simulando respeto, pero corriendo el velo *naïf* para que surjan las garras de acero del bombardeo, el incendio y la muerte. Santoro lucha por la representación en el interior de los cuadros –así en su tratamiento de la obra de Berni– intentando que éstos mismos la anulen, como lo hubiera querido un Foucault en el interior arrasador de *Las meninas*. Arte surrealista de marionetas y una visión pseudo-exótica de la escritura china, deliberadamente pensada para crear una lengua cripto-peronista vecina al ideograma, son las propuestas conocidas de Santoro. Le agrega a esto un aire de oscura franquachela, burla a los críticos y obtención de la gloria artística a través de la mezcla clásica entre los íconos de la ingenuidad y el despertar de la historia a lo infausto. Los objetos cotidianos y rituales congelan su flujo vital y quedan en muerte para una próxima resurrección. Es el reconocido valor revolucionario del pensamiento *kitsch* cuando se asume como tal, resultando de ello una suma de objetos puros y contrastantes entre sí, dando un surrealismo inocente o un infantilismo surrealista. Quizás una masonería cristiana de resurrección.

Junto a este juego, Santoro nos provee una simbología esoterista. La iconografía peronista se convierte en un enigma para el intérprete político y para el historiador social. En “Evita castiga al niño gorila”, una suerte de cabildo esotérico, pictórico-metafísico, se conmociona al espectador con un sentimiento de duda

y espanto. El poder de las figuras estereotipadas, basadas en un tierno juego de castigos, pone a la historia argentina en su límite, bajo un decorado greco-romano y un pensamiento que coagula en un acto de apariencia inocente las palabras que en Argentina alumbraron trincheras tajantes.

El poder onírico y hermético de estas imágenes sólo puede hacerse tolerable porque lleva a la comprensión artística de los mitos del lenguaje que pugnamos por sofocar, a fin de que la reflexión pueda soportarse. Santoro lleva a reflexionar de otro modo, en dirección a lo insoportable. Pero la tranquilidad que nos concede proviene de su atrevida combinación de imaginación infantil y agonía de las imágenes: por un lado sobre-representadas, por otro lado, arruinadas por la dificultad con que las soñamos.

El resultado sería una representación intensificada que puede llegar en ciertos casos a la enceguedora alegoría cristiana (Leonardo Favio) o a la fábula totémica de la antropofagia de textos (Osvaldo Lamborghini).

En "El laberinto" de las antinomias argentinas, obra del Bicentenario realizada en conjunto con Francis Estrada, no se abandonan estas figuraciones. Se produce la intención de reanimar cinematográficamente ciertas fotografías y postales del pasado, introduciendo actores que, a la manera de un espiritualismo de las tecnologías, se sumergen estáticamente en fotografías antiguas y luego hacen el viraje hacia el cine, representando uno de los personajes. La fotografía se redime con la tensión hacia una forma cinematográfica a la que no puede alcanzar. No se puede decir que estas y otras tantas escenas lúdico-históricas, postulando la continuidad imagen-vida, no contarán con

asesoramiento historiográfico, como indica el programa de mano de la exposición. En este sentido hay precisiones, agudezas, hallazgos. Pero la significación del conjunto de la obra es el de producir, como en el caso de *Fuerza Bruta*, un sentimiento de afloramiento del material histórico a través de una brusca actualización. En un caso, con sentimiento de vida y muerte; en el otro, con sentimiento de juego y reflexión. De este último modo, ¿reflexión sobre qué? Sobre el propio tema de las antinomias, que está dispuesto de manera irresoluble.

Es cierto que una vitrina presenta un libro de Borges y un par de alpargatas. ¿Pero es para realizar la opción binaria?

No, ese tipo de maniqueísmo podrá ser materia para el arte, su cualidad representativa y su ingenio plástico. Pero no es materia de la reflexión política. Esta última niega la materia artística, pero ella se hace ineluctable para permitir, con su propio pensamiento irremisible (los dos objetos, libro y alpargata, materializan un aforismo nacional que es una mítica célula enterrada de las luchas culturales), que la reflexión social, civil o política decida por sí misma qué hace con eso. Creemos que el laberinto está para producir el golpe físico de la encerrona histórica y encontrar los caminos

**No sabemos si ya se ha consumado íntegramente la autogestión total de la función intelectual por parte de los medios de comunicación, es decir, si ya está madura en éstos la producción de sus propios conocimientos, pedagogías y lenguajes por parte de los llamados "intelectuales de los medios". Tal vez no; tal vez sí y no nos dimos cuenta. ¿Saben ellos que no precisarían más del intelectual clásico y aún fingen que sí, llamando a "doctores" que se sienten complacidos por ese trato fingidamente respetuoso y dispensan así el modo en que implícitamente se desprecia sus lenguajes y se los obliga a hablar en módulos de tiempo prefigurados de antemano?**



imaginarios y fácticos para escapar de ella. Chocados por los objetos de esa vitrina, somos solicitados a pensar sobre la base de cuestiones nuevas bajo el signo del miedo a la repetición histórica.

Quizás un ensayo histórico bien encaminado, sabedor de que explora los límites de la lengua del historiador, podría exponer estos mismos sentimientos. En el escrito de Lucien Febvre que mencionamos al comenzar este artículo, la crítica a Spengler y Toynbee se refería a una manera ilegítima de procurar el interés público, aguzando el tratamiento de temas histórico con distintos

golpes de efecto: imaginación literaria y resonancia profética. Eran los años 40; aún los medios de comunicación no habían interferido bruscamente en el camino de los proyectos más exigentes de escritura, pues sus actividades laterales de divulgación, lenguajes masivos, educación popular, trabajo con las leyendas heredadas y conquista

de amplias porciones del público no contaban con tecnologías y conocimientos especializados en el moldeamiento de la subjetividad general.

No sabemos si ya se ha consumado íntegramente la autogestión total de la función intelectual por parte de los medios de comunicación, es decir, si ya está madura en éstos la producción de sus propios conocimientos, peda-

gogías y lenguajes por parte de los llamados “intelectuales de los medios”. Tal vez no; tal vez sí y no nos dimos cuenta. ¿Saben ellos que no precisarían más del intelectual clásico y aún fingen que sí, llamando a “doctores” que se sienten complacidos por ese trato fingidamente respetuoso y dispensan así el modo en que implícitamente se desprecia sus lenguajes y se los obliga a hablar en módulos de tiempo prefigurados de antemano? Esta encrucijada es una fuente de malestar, equivalente al célebre “malestar en la cultura”, famoso y equívoco concepto al que ya nos referimos en este artículo. ¿Qué sería ahora? Nos parece que no sería lo mismo que aquella situación en la que se deseaba un retorno a las fuentes primitivas del placer renegando de la “cultura”, aunque fuera ésta –según la tesis que surge del notorio promotor de estos pensamientos– la esfera que efectivamente permite trabajar la conciencia crítica en términos de su felicidad postulada e imposible y de su culpa secreta pero también honrosa.

En las magníficas reflexiones de antropología filosófica en las que Freud sostiene la paradoja del malestar cultural, se lee desde una sospecha de lo humano fundado en la metáfora de la “bestia salvaje” que no respeta a los seres de su propia especie pero que se debate entre la agresividad y la creación fantástica de un Eros que sirva de genérica promesa feliz. “Quién recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados y aun las crueldades de la última Guerra Mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción”, escribe Freud, compro-

**En términos de nuestro problema sobre la narración de la historia en las culturas nacionales que son reconstituidas por el malestar y la “miseria psicológica” de las corrientes subterráneas de insatisfacción social que no atinan a servirse de medios emancipadores y se enroscan en sus oscuros infortunios, diremos que ni se trata de “elevar el nivel” –pecado intelectualista– ni de tomar inspiración en el evangelismo apócrifo de los medios de comunicación que gozan de la autocreencia –y la realidad– de un engarce inmediato con el público general.**

bando la existencia de una condición humana propensa a la agresión y a la sevicia. Pero no sería este escrito una propuesta de consuelo moral sino una invitación al trabajo en torno al tema de la “miseria psicológica de las masas”, cuestión que representa el estrato en que se halla una humanidad que en su crueldad, desea superarla y sabe que es necesaria la construcción de grandes ámbitos culturales en los que sin embargo siente el malestar de un ahogo pulsional, que los grandes “sentimientos oceánicos” de las religiones sólo pueden comentar sin atinar a conocer el remedio para esa herida esencial de las civilizaciones.

En términos de nuestro problema sobre la narración de la historia en las culturas nacionales que son reconstituidas por el malestar y la “miseria psicológica” de las corrientes subterráneas de insatisfacción social que no atinan a servirse de medios emancipadores y se enroscan en sus oscuros infortunios, diremos que ni se trata de “elevar el nivel” –pecado intelectualista– ni de tomar inspiración en el evangelismo apócrifo de los medios de comunicación que gozan de la auto-creencia –y la realidad– de un engarce inmediato con el público general. El asunto, aún en su rápida generalización, nos permite volver a la “querrela de los historiadores”, ya no a la que motivó el diferendo entre Habermas y Nolte respecto a continuidad efectiva de la historia alemana luego del horror, sino a la que escinde a los historiadores académicos y a la escritura de la historia frente al rostro de las “psicologías colectivas”, o para mentar un concepto más adecuado, de las necesidades pedagógicas de dispositivo comunicacional, en su disputa sigilosa con la fuentes clásicas del saber.

No es el problema que percibía Lucien Febvre sino su amplificación en la era en que los medios de masa producen seriadamente sus propios “contenidos”, ya que es ésta la denominación que emplean para forjar el cierre en una proposición totalista del sentido: medios-contenido. Las viejas universidades no hablan así, pues, ajenas a las culturas audiovisuales de masas, no son un medio que espera un contenido, sino que esa distinción nunca tiene forma fija. La tradición dialéctica es la máxima encarnación del problema y su imposible resolución le da vida a la Universidad, aunque ésta no lo crea y se dirija hacia los medios con un futuro “contenido” ofrecido por mediadores: profesores que comprenden su propia insatisfacción y adecuan sus instrumentos de trabajo para las nuevas fábricas pedagógicas de la humanidad. Hace unos años, en medio de esta disputa que ya tiene la edad en que los medios de masas descubrieron que pueden regir las lenguas del conocimiento con sus propios manuales de procedimiento, Beatriz Sarlo sugirió en un artículo en *La Nación* las características del dilema entre la historia profesional universitaria y la historia para los públicos filigranados por los medios masivos de comunicación. Esta escisión genera un dilema educacional irresuelto cuya responsabilidad –citamos– “no puede cargarse por completo ni a la historia masiva, que ocupa la esfera pública como empleada o socia del mercado, habla sus lenguas y es escuchada por eso, ni a la historia académica que sigue un programa que casi ha dado de baja la producción de relatos”. Se sobreentiende aquí que sería necesaria una mediación que, agreguemos, ni puede dejar a la historia académica

reposando tranquilamente sobre sus ya corroídos cimientos, ni puede aceptar la regencia dictaminadora que emana naturalmente de la hipótesis genérica del divulgacionismo televisivo.

Enfrentarse o confrontarse con este trance general de las sociedades contemporáneas exige nuevos conocimientos

**De modo que podemos conjeturar que el refugio en el canon liberal ilustrado, desnitrado incluso de algunas de sus características más interesantes, es una de las tantas, pero no de las más interesantes posibilidades que se le presentan al historiador carcomido por la acción de la *neoparla* mediática y sus anexiones de prácticamente todos los documentos y testimonios de la cultura universal (incluso del cine, que le es tan próximo pero es su contrario). Si se desmontaran una a una las piezas de ese liberalismo ordenancista, que supo contener turbias insinuaciones de racismo inauguradas por el último Sarmiento y que tentaron en cierto momento a Ingenieros, se vería que albergaba potencialidades culturales, éticas y literarias que estaban por encima de los límites que en principio le proponía la ecuación que aunaba la teoría individualista con el biologismo positivista.**

representan menos una realidad de época que una hipótesis general de bajas calorías sobre el modo en que procede la historia y su relato real.

¿Cómo procede? Arriesgamos la idea de que lo hace en la discordancia

y tratos con la materia problemática de los medios y de la propia crisis ostensible de los aparatos pedagógicos heredados. Es posible comprender que el malestar de la historia académica no puede resolverse con los pasos que hasta ahora ha dado un sector ponderable de sus miembros, ya sea intentando un divulgacionismo carente de dramaticidad, ya sea, acaso por imperio de lo anterior, retrocediendo hacia las fuentes de un orden social confinado, como lo era la Argentina del Centenario, supuesto dominio de armonías sociales que repre-

del suceder efectivo con sus oscuros detritus de miedo, amenaza y represión que equivalen a los “horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán...”, etc., etc., de los que hablaba Freud. Incluso podemos ver sofocadamente todo esto en párrafos como los que escribe Joaquín V. González —en un libro que se ha citado abundantemente durante este año del Bicentenario—, en los que alude a la “opinión gobernante del país”, que empleó desmedidamente la violencia sanguinaria por cuestiones políticas y que ahora se siente “ofendida por las formas violentas y agresivas que a veces ha animado en su propaganda [al movimiento obrero] en su lucha por la elevación efectiva de la clase en el conjunto de la vida económica y social del país”.

Este tramo de *El juicio del siglo*, una inocentada bien escrita en 1910 por un caballero ilustrado, daba paso a una consideración sobre las luchas obreras que, en su vocación de aceptarlas y ofrecerles un proyecto integracionista, podría ser una prefiguración del muy posterior peronismo. ¿No se podría ver aquí un momento de reconocimiento del conflicto social, que aunque “científico” y “natural”, merecería cien años después que los historiadores del “orden conservador” —no ironizamos aquí: un Henri Pirenne lo era, incluso lo era un Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*—, abrieran su caja de herramientas hacia la contracara del orden? Sólo desde allí, desde la revuelta, parece verse mejor el orden, y no tanto a la inversa, que entraña siempre mentalidad represiva. Lo primero funda la escritura de los libertarios, lo segundo, la de los comedidos y enjundiosos. Preferimos la primera; no necesitamos condenar la otra.

Un historiador en su salsa puede tenerle miedo al desorden, como Hobbes, pero debe actuar, como hizo el propio autor del *Leviatán*, desde su propio miedo, su desarreglo conceptual, su propia ferocidad sofocada, su penuria moral, su desencuentro sino existencial. Pero en verdad, éste no es el mayor problema, sino el de resolver con recursos intelectualmente más gráciles y penetrantes la encrucijada cultural de la época. Esto es, la tragedia del idioma intelectual del legado clásico ante la emergencia de los lenguajes comunicacionales de masas y sus requerimientos educativos, sus planteos de comprensión inmediata. La cuestión rebalsó los horizontes en los que podía ser “gramscianamente” comprendida, en aquel magno traductorado entre culturas intelectuales y sentido común popular.

Cuando Lucien Febvre se incomoda con los profetas que se vestían de historiadores —y que no eran otros que los herederos de una tradición de escritura que tenía su alcurnia, tanto en Inglaterra como en Alemania, más allá de sus derivaciones ideológicas—, estaba aludiendo a la forma que en ese momento tenía el conflicto entre las escrituras con dramaturgia estetizante incluida, y las escrituras del dominio intelectual e investigativo tal como se practicaban en Francia, en la célebre escuela de la revista *Annales*. ¿Pero ésta no derivó, al cabo de muchas peripecias relacionadas con la hipótesis divulgacionista, en trabajos colectivos como la “historia de la vida privada”, donde historiadores como Paul Veyne y George Duby mostraron que también se las arreglaban con los desafíos del “gran público”, entendido acá, claro, como un público de alcance transversal pero con educación lectora

proveniente de los tiempos pre-televivos? No obstante, esa obra se propone un aguijón astuto de convivencia con el magma cultural de las sociedades comunicacionales, coincidiendo el tema de la “vida privada” tratado con dignidad clásica, y el mismo interés de las culturas televisivas por ese candente asunto, por cierto, tratado allí con estilos de fuerte compromiso con neuróticas chabacanerías.

De modo que podemos conjeturar que el refugio en el canon liberal ilustrado, desnutrido incluso de algunas de sus características más interesantes, es una de las tantas, pero no de las más interesantes posibilidades que se le presentan al historiador carcomido por la acción de la *neoparla* mediática y sus anexiones de prácticamente todos los documentos y testimonios de la cultura universal (incluso del cine, que le es tan próximo pero es su contrario). Si se desmontaran una a una las piezas de ese liberalismo ordenancista, que supo contener turbias insinuaciones de racismo inauguradas por el último Sarmiento y que tentaron en cierto momento a Ingenieros, se vería que albergaba potencialidades culturales, éticas y literarias que estaban por encima de los límites que en principio le proponía la ecuación que aunaba la teoría individualista con el biologismo positivista. Por el momento, la adopción de la heráldica liberal del canon republicano abstracto no significa más que la nostalgia por el ejercicio profesional de la historia, acosado por izquierdas universitarias —influidas más de lo que suelen reconocer por los populismos mediáticos—, y sitiado por la fuerte repercusión de la historia escrita por profesores del espacio académico —al que abandonan para adoptar las consignas de la escritura periodística y las retóricas expansivistas de los medios

**A diferencia de hace un siglo –cuando se festejó, digamos así, con la conciencia de la nación instalada, pero omitiendo irresponsablemente el fiero montaje estatalista de una exclusión social–, hoy quedan de estos festejos un conjunto de memorias sobre una práctica artística con materiales de la historia y, esencialmente, un debate sobre el lenguaje apropiado para tratar el pasado, la violencia, las luchas sociales y la existencia misma del oscuro tejido moral que mantiene –y en vilo–, el hilván imaginario de la nación.**

de comunicación–. Es señalable el éxito de un libro de Jorge Lanata, suerte de especulación sobre el carácter nacional a lo largo de la historia, presentado con los clichés de la “gnosis periodística” que es habitual en sus programas, pero producido con materia prima provista por estudiantes de historia (ésta es un conjetura totalmente verosímil), lo que hace de ese

libro una mixtura exótica de apelaciones moralistas con innecesarias e inesperadas erudiciones. Prueba de la falta de calibramiento y armonización con que la industria cultural del *libro-express* arroja los resultados de sus nuevas inversiones hacia el creciente público lector de tópicos de la historia. Este público quizá no sea el primer escalón de lo que

luego será un interés elaborado, sino que plantea el dilema de que tal vez sea una estación definitiva de la ontología lectural de un país. Sobre lo cual habrá que establecer nuevas hipótesis de trabajo intelectual, antes que reacomodamientos originados en las mercadotecnias de las nuevas fórmulas de edición.

Por otro lado, en la esfera pública de la comunicación de masas es evidente cierto triunfo de las antiguas posiciones del “revisionismo histórico”, tal como en su momento lo había entrevisto Halperín Donghi, que le atribuyó a esta corriente un rasgo triunfal pero precisamente a partir de la crisis de decadencia nacional de la que era parte

y que no podía juzgar, sino más bien ofrecerle los pintorescos puntos de vista de una oligarquía menor y marginada. Pero esta corriente historiográfica politizante y de trinchera, sostenida por ensayistas que poseen un acervo irónico de gran calibre para exorcizar a la historia académica fundada por Mitre y sus ramificaciones universitarias, es la que mejor ha encontrado su puente de plata para proceder a sus traducciones mediáticas.

¿Puede interpretarse el Bicentenario y sus hipótesis historiográficas a la luz de estos avatares del *pólemos* de la historia nacional argentina? Si bien no hubo grandes libros como en 1910 –hoy recordamos los de Lugones, M. Gálvez, Ricardo Rojas, J. V. González; A. Gerchunoff, P. Groussac, Rubén Darío, Rafael Barret, etc.–, no podemos prejuizar. Los lectores futuros dirán si nuestra opinión es tacaña con el presente. No hubo tampoco un monumentalismo ostensible. Prácticamente todas las esculturas memorables de la ciudad datan de esa fecha de 1910. Sin embargo, hubo un gran debate que, de alguna manera tácito, surgió del modo en que se conmemoraba y de las decisiones artísticas, audiovisuales y escénicas que se ponían en juego. A diferencia de hace un siglo –cuando se festejó, digamos así, con la conciencia de la nación instalada, pero omitiendo irresponsablemente el fiero montaje estatalista de una exclusión social–, hoy quedan de estos festejos un conjunto de memorias sobre una práctica artística con materiales de la historia y, esencialmente, un debate sobre el lenguaje apropiado para tratar el pasado, la violencia, las luchas sociales y la existencia misma del oscuro tejido moral que mantiene –y en vilo–, el hilván imaginario de la nación.

No es poco, pero no es lo que hay, o no podría ser nunca lo que hay, porque lo que hay nunca es una materia disponible a la entera posibilidad de lo que cualquier tiempo presente puede saber. Lo que hay siempre es poco. Lo que hay siempre es escaso. Lo real siempre se halla en estado de rareza. Pero este Bicentenario aún debe dar la forma más elaborada de esta cosecha, que no es otra que la de reabrir el pasado a fin de dotar al presente de mejor calidad cognoscitiva en materia de justicia, memorial, lenguaje vivo y debate público.

Las naciones son un plebiscito cotidiano, si es que preferimos decirlo con el viejo aserto renaniano. Los historiadores, por su parte, deben tener un trato con la verdad en tanto verdad-problema, o verdad-incerteza, antes que con una variante del neoconservadurismo historiográfico que lleva a la verdad a despojarse de las formas activas del mito por un acto tajante de la cuchilla liberal. Toda cuchilla tiene sus incisiones, y el modo liberal de hacerlas es la literalidad supina, estilo menor que muchas veces abarca a los contrincantes del área nacional-popular. El tajo que pone a los fenómenos ante capas de significaciones cambiantes, incompletas o paradójales, por no decir dialécticas, es la adecuada incitación a la lectura renovada que hay que hacer. La prueba de fuego de este tipo de lectura es el desafío que ofrece la obra de Martínez Estrada, que tiene pegada en su dorso o en su contrafrente, la de Jauretche. No se puede leer hoy a uno o a otro separadamente, porque se los entendería parcialmente, o no se los entendería. Las grandes lecturas vienen en duplas, cada nombre es verso y reverso del otro nombre. ¿Cada retrato es también así?

Quizás: porque la política de retratos –que también acompañó este Bicentenario–, no está concluida ni nunca lo estará. En la Galería de los Patriotas de la Casa de Gobierno faltan José Carlos Mariátegui y Toussaint-Louberture. Pero esos retratos llevan a la rastra otros rostros, cuya ubicación imaginaria –los de Alberdi, Sarmiento, Hernández, etc.– se hallan ahora en trincheras fijas, inadecuadas. Todo rostro de la historia debe estar en sus trincheras móviles. Van y vienen. A muchos los tuvimos, es necesario que vengan otra vez de distinta manera. No nos equivocamos al pensar que estamos en el momento crítico para renovar las escrituras de la historia, reconsiderar los nuevos públicos y disputarlos a las hipótesis que los amasan con las pobres mitologías comunicacionales de nuestro tiempo.

El país recorrió un camino complicado y fértil en este sentido, y el modo en que las artes teatrales, pictóricas y audiovisuales tomaron el tema, no puede ser y no fue un apéndice de las inflexiones y abluciones mediáticas, sino otra cosa que habrá que definir en el seno de nuevos trabajos históricos. Ellos: porque apuestan a tratar una materia que así se llama, porque desean convivir con la fugacidad y la perdurabilidad de las cosas, y porque quieren agitar con autonomía de carácter y sin la prisión de las interpretaciones literales, las aguas del presente.

## Negativos sin revelar. Misceláneas de los años del Centenario

*Por Guillermo Korn*

Frente a la magnificencia de los fastos del Centenario se erigía, como un murmullo silenciado, un conjunto de voces que señalaban el acontecer del pulso social oscurecido por la luminosidad de los festejos. Notas de viajes, observaciones agudas y comprometidas y retratos fotográficos, registraban los padecimientos del mundo popular en contraposición con los ostentosos brillos de las elites y sus oropeles.

Las narraciones del catalán Juan Biale Massé, quién examinó la realidad del mundo laboral en las provincias argentinas, o las crónicas de Rafael Barret que manifestaban una sofisticada indignación frente a las penurias de la vida urbana, dan cuenta no sólo de los pliegues internos de Argentina agraria y exportadora, sino también de la capacidad de la escritura para expresar lo intolerable que fue soslayado en la cultura letrada de la época. Otras miradas, reunidas en torno a una forja de cuño nacionalista, se propusieron una empresa de modelización de un pueblo al que imaginaban a salvo del peligro de las muchedumbres.

Guillermo Korn recupera estas voces de viajeros y observadores extranjeros, de poetas nacionalistas y cultores de la “gauchipolítica”, como “negativos sin revelar” que precisan ser revisitados para encontrar en ellos una comprensión más plural a la hora de la rememoración.

## Los viajes del doctor

*“La crítica es amarga; pero los hechos no son de quien los relata, sino de quien los produce”.*

Bialet Massé,  
*Informe sobre el estado...*

Un catalán –republicano para más datos– engrosaba su legajo: era médico, abogado, constructor. Juan Bialet Massé reunía antecedentes suficientes para viajar por perdidos rincones y sumar páginas y páginas de observaciones (más de 1.200) sobre las condiciones del trabajo de los obreros en las provincias argentinas. Lleva a cuestas, sobre su espalda, el dinamómetro como cruz, su fe en lo que define como socialismo nacional y como catecismo su creencia en la ciencia, en la mecánica y en las fuerzas de la historia. También ostenta con orgullo sus treinta años de oficios: fue albañil, molinero, picapedrero y otros más que se relacionan “con el arte de la construcción”.

El registro de ese viaje se editó en tres volúmenes en 1904. Y la trascendencia fue mayor que la que originalmente podía preverse en los reiterados “V. E.” donde hacía confluir al ministro del Interior y al presidente. La prosa empleada por Bialet Massé en el *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República* lo hace un gran libro que supera –con holgura– al mero destino burocrático. “Quisiera tener el talento descriptivo de un Zola, para presentar, palpitantes y vivos, los sufrimientos y necesidades de este pueblo, tan abnegado”, dice. Su postura es tan original como la posición que tiene sobre los indígenas; porque decir que

el “terror pánico al ejército de línea” era semejante al de tres décadas atrás –vale decir al que elevó a presidente al general Roca– lo coloca en el lugar del aguafiestas que señala las fallas de su propia clase dirigente. Al igual que los indios, los criollos son reivindicados como mejores trabajadores que los extranjeros que llegaban a estas tierras. Los trabajadores podrán “ser un pueblo fuerte y brillante el día que los ricos encuentren la ventaja en cuidarlo”. Incluir, ésa es la consigna: facilitando el acceso del criollo y del indio a la propiedad de las tierras, recomendando la enseñanza del idioma nacional o dando garantías de protección desde el Estado.

El tercer volumen suma recorridos por provincias que habían quedado fuera del esquema inicial. La inclusión de fotografías modifica el carácter del texto. Se ven prensas, alambiques, moledoras, baterías de tachos, laboratorios, hornos, calderas, vistas generales de casas modelo, establecimientos o carros donde se arrumban montones de cañas de azúcar. Las fotos funcionan como prueba de lo que el texto dice, pero por lo mismo la descripción pierde dramatismo. La imagen idealiza aquellas condiciones que el texto denuncia. La crudeza se estetiza y se atenúa la gravedad de la denuncia cuando al autor se le suma Rosich, S. C. en la firma de las fotos. Si Bialet Massé al comenzar el libro elogiaba el ritmo cinematográfico, sobre la marcha va deteniendo la proyección y las imágenes se congelan haciendo moroso el tiempo narrativo. El socialista catalán se configura como un autor que pide disculpas por la “forma y el lenguaje”, que duda y revisa sus escritos previos por considerarlos ingenuos, que supone más





Guillermo Korn

necesitados de la ley a los patrones que a los obreros, a pesar de que en sus caracterizaciones habla de “ricos roñosos”, “patanes enriquecidos” y de “perros rabiosos de codicia”. Incluso cuando comenta alguna protesta de trabajadores arriesga: “si no fuera por la misión que desempeñaba, les había de enseñar cómo se hace una huelga justa e invencible”.

El *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República* postula una voz inesperada. E inaudible.

### El cronista en la calle

*“¿No sería chocante a la decencia pública que pasearan por la Avenida de Mayo los obreros vestidos de arpillera, descalzos y sin sombrero?”*

Bialet Massé, Informe...

Un hombre es despedido de su empleo. Deberá buscar ahora –y seguimos en 1904– otro lugar donde ganar unos pesos, pero no es tarea sencilla. La ciudad se hace hostil y las noticias –se sabe– corren como reguero de pólvora. Se dice que hubo golpes de puño entre el dueño de *El Correo Español* y el cronista. Para colmo de males, los rumores no cesan. Que el cronista había venido a la Argentina arruinado por el juego, otros dicen que llegó convocado por dos primos que vivían en el país, que en Bilbao era un señorito, que su conducta siempre era escandalosa, que en sus duelos contaba como padrinos con Valle Inclán y Ramiro de Maetzu, que era amigo de Baroja, que en 1902 un periódico anotició su suicidio, que había sido pederasta, que había fundado la Unión Matemática Argentina para encubrir sus actividades en la Liga Republicana española de Buenos Aires.

Lo que parece cierto es que la crónica que Rafael Barrett llegó a publicar disgustó a López Gomara –director del diario de la colonia española en Buenos Aires–, quien lo acusó de abusar de su confianza. Al fin y al cabo, debía estar agradecido a esta ciudad que le permitió tomar distancia de los agravios que recibió en el viejo continente.

Barrett hablaba en la crónica sobre “chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos” que “con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin alientos, cargados de *Prensas*, corren, débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoísmo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de rematadores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros

a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mañana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo, y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inatacables, inaccesibles”. Airado, continúa el relato: “Allí están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita en el plato de China, el champaña que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allí descansan en nidos de tibios terciopelos las esmeraldas y los diamantes; allí reposa la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda y las sedas de Oriente y los encajes de Inglaterra; allí se ocultan las delicias y los tesoros todos del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo y la angustia y el suicidio anónimo. “Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venía oblicuamente, escudriñando el suelo. Un gorro pesado, informe, le cubría, como una costra, el cráneo tiñoso. La piel de la cara era fina y repugnante. La nariz abultada, roja, chorreante, asomaba sobre una bufanda grasienta y endurecida. Ropa sin nombre, trozos recosidos atados con cuerdas al cuerpo miserable, peleaban con el invierno. Los pies parecían envueltos en un barro indestructible. Se deslizó hasta mí; no pidió limosna. Vio una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho

comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. Contemplé aquellas manos bien dibujadas, en que sonreía aún el reflejo de la juventud y de la inteligencia; contemplé aquellos párpados de bordes sanguinolentos, entre los cuales vacilaba el pálido azul de las pupilas, un azul de témpano, un azul enfermo, extrahumano, fatídico. El viejo –si lo era– encontró algo... una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada con la saliva de algún perro. Las manos la tomaron cuidadosamente. El desdichado se alejó... Creí observar, adivinar... que su apetito no esperaba...

“*¡También América!* Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano”.<sup>1</sup>

Así describía a “Buenos Aires”. Esa tierra prometida acogió menos de un año a Barrett pero fue el lugar en el que consolidó su criticismo militante y donde afianzó su escritura, llevándose una corresponsalía para cubrir la revolución que se gestaba en Paraguay. De allí llegarán sus denuncias sobre *Lo que son los yerbales*, con sus formas de esclavitud

**“Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano”.**

encubierta. También desde allí remitirá un texto, en julio de 1910, donde denuncia y analiza *El terror argentino*, la aplicación de la ley social y la Ley de Residencia: “No hay bienestar colectivo. Hay bienestar de una clase, cuyo dogma forzoso es la propiedad”.

### ¡Cuerpo a tierra!

*“Ya quisiera que nosotros, los alemanes, también imitáramos de vez en cuando algo de este vigor original y edificante y no tuviéramos siempre tantas contemplaciones”.*

Von der Goltz,  
*Impresiones de mi viaje...*

El hombre está echado sobre el suelo húmedo sin tener en cuenta que su uniforme de trabajo empieza a mancharse con el rocío de la mañana.

**En *Impresiones de mi viaje por Argentina* cuenta que en la desembocadura del Riachuelo, “se hallaba anclado un barco bien grande que, como me relataron con sonrisas elocuentes, se iba poblando poco a poco con esa chusma carne de presidio que la policía iba cazando aquí y allá. Me señalaban además que, cuando el buque estaba lleno, comenzaba un viaje de turismo a Tierra del Fuego y allí se los desembarcaba”.**

Está tumbado boca abajo, con su cuerpo extendido y sus brazos tensados. Como en una flexión dobla sus codos y el peso del cuerpo cae sobre sus puños apretados sobre la gramilla. Sus botas, de cáñamo, parecen suspendidas en el aire. Sobre su pecho pende la cruz de malta. A lo lejos dos infantes observan la posición del general. La mayoría no lo mira. Están atentos en sus posiciones. La cabeza de un soldado asoma, casi saliéndose del marco de la fotografía, tras haberle dejado su

posición al visitante para que controle su trabajo, “como si fuese el instructor de ellos” dice *Caras y Caretas*.

“El general Von der Goltz, verificando la puntería hecha por los soldados de infantería de la Escuela de Tiro”, explica el epígrafe. En todo caso Wilhem Leopold Colmar von der Goltz, que había llegado a Argentina el 14 de mayo de 1910 en representación del emperador Guillermo II, anota en su libreta de viaje sobre su paso por Campo de Mayo: “El desarrollo de fuerzas es tanto más seguro como que las aptitudes físicas y mentales del pueblo argentino son excelentes. Se ven en las tropas, generalmente, soldados de figura esbelta, continente marcial, de estatura más que mediana y cuerpo flexible, capaces de permanecer erguidos sin esfuerzo alguno”. Seguramente no estaba pensando en quien oficiaba como edecán en su visita. Von der Goltz —de haber vivido veinte años más— se hubiera sorprendido de que aquel hombre rechoncho y culón, admirador del espíritu prusiano, el coronel José Félix Uriburu, llegara a presidente de aquel lejano país. Pero paradojas del destino, el mariscal alemán tuvo su momento de admiración por la nación que visitó en su centenario. En *Impresiones de mi viaje por Argentina* cuenta que en la desembocadura del Riachuelo, “se hallaba anclado un barco bien grande que, como me relataron con sonrisas elocuentes, se iba poblando poco a poco con esa chusma carne de presidio que la policía iba cazando aquí y allá. Me señalaban además que, cuando el buque estaba lleno, comenzaba un viaje de turismo a Tierra del Fuego y allí se los desembarcaba”. El embajador imperial, que se enteró de su ascenso por comunicación telegráfica



—había llegado como embajador plenipotenciario—, era tan diestro con las armas como con la ironía y la moraleja: “Entonces sí que ahí en Tierra del Fuego podían hacer todo el alboroto que quisieran. Se habló en esos días de una huelga general que iba a comenzar con perturbaciones de las numerosas líneas de tranvías eléctricos, indispensables para el transporte en una ciudad extendida. Pero antes que comenzara la huelga, ya iban apostados soldados atrás y adelante de los vehículos, con fusil cargado y, de anteriores experiencias se sabía demasiado bien que esos guardias no dudaban mucho en apretar el gatillo. De modo que las perturbaciones fueron dejadas para más adelante y hasta hoy no se pusieron en práctica. Pero tal vez la medida más adecuada del jefe de Policía de Buenos Aires fue que, antes del día clave, hizo detener a un importante número de agitadores anarquistas y los encerró, poniéndolos sobre aviso de que, ante la menor perturbación de la fiesta del centenario abriría las puertas de la cárcel y

dejaría todo lo demás en manos de la población exasperada”.<sup>2</sup> En Ushuaia no sólo había entonces presos políticos y sociales, también penados militares, como Juan Grimaldo, el “210”, condenado a presidio indeterminado porque había intentado abofetear a un cabo, doce años atrás, cuando recién llegado de España se había enganchado en el ejército.

### El poeta sin rostro

*“El iniciador, el Adán, es Bartolomé Hidalgo, montevideano”.*

Jorge Luis Borges, 1950

Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas compartieron el estrado de los nacionalistas —al que alguna vez dejaban subir a Manuel Gálvez— desde donde arengaban a una expectante clase dirigente. Había matices que distinguían sus prédicas, pero también coincidencias. El Lugones más demócrata (el que rindió homenaje al “Centenario de la patria” con

cuatro libros: *Odas seculares*, *Prometeo*, *Didáctica* y *Piedras liminares*) coincidirá con el autor de *Eurindia* en proponer cambios en la educación como forma de integrar a los inmigrantes. Rojas critica el cosmopolitismo dominante y apela a la historia nacional, Lugones recrea mitos fundadores. Tiempo después propone

**Y continúa Lugones su comentario sobre la Fuente de las Nereidas: “Señorita, gracias a Ud. encuentro posibles las mujeres de talento. Que talento tiene usted”. *Caras y Caretas* también elige destacar que la obra fue concluida “con felicidad y talento viril” que “tanto que decir dio, por ser sin duda su progenitor una dama argentina, mujer al fin débil, pero fuerte y de carácter tan firme y decidido que su obra será y es ejemplo de perseverancia, de trabajos vencidos con empeño robusto, y de una inteligencia tan poderosa como nutrida de sabios conocimientos”. Los adjetivos que se emplean en la crónica no parecen azarosos para quien socialmente era enjuiciada por una sexualidad ambigua.**

revalorizar –en sus conferencias del Teatro Odeón– el carácter heroico del gaucho a partir del indudable valor literario del *Martín Fierro*. Rojas encuentra “el origen de la civilización en la pampa” en este libro, como en el *Facundo*, “ambos definitivos en la historia de nuestra cultura intelectual”.<sup>3</sup> Así el creador de la historia literaria argentina ubica al texto de Hernández por encima de todas las obras previas. Casi cincuenta años antes, Sarmiento establecía una secuencia de autores que fundaba Bartolomé Hidalgo, a quien define como el “creador del género *gauchipolítico*”.<sup>4</sup> En la misma serie intentaba colarse el sanjuanino. Mitre le dirá por carta a Hernández: “Hidalgo será siempre su Homero, porque fue el primero”.<sup>5</sup> Atrás quedaba la machacona descalificación del padre Castañeda que apelaba al “mal color” del poeta, a su aspecto

moro. El sesgo de clase lo introduce Lugones cuando destaca el oficio de “rapabarbas”, o de “rapista”, como dice Rojas. El autor de *La restauración nacionalista* se anima a recrear su figura en un juego creativo: “vestido de chiripá sobre su calzoncillo abierto de cribas; calzadas las espuelas en la bota sobada del caballero gaucho; terciada, al cinturón de fernandinas, la hoja labrada del facón...”. Su imaginación tiene límites. Porque en la pluma de Rojas, Hidalgo queda relegado a ser un mero repetidor de la gauchesca extendida. El montevideano ni funda los cielitos ni es tan novedoso, dice. La crítica se dirige a quienes le atribuyen autorías que no le pertenecen. Su arte es ingenuo y realista; sus cielitos son simples y rústicos, apenas un eslabón en una saga que se realiza con Hernández, puntal de la *Historia de la literatura argentina*.

No entiende Rojas, o entiende pero es fundamental para su proyecto consolidar al *Martín Fierro* en desmedro de sus antecedentes, que Bartolomé Hidalgo tiene –en tanto creador– un carácter doblemente espectral. Porque más allá de que no se conozca un solo retrato del poeta artiguista,<sup>6</sup> su figura es fantasmagórica porque asume la condición coral de la creación colectiva; voz que resume lo anónimo y que en su nombre aún a las que confluyen en él. Habrá que esperar que Borges, en otra coyuntura y desde otra lectura diga que “Hidalgo sobrevive en los otros, Hidalgo es de algún modo los otros”.<sup>7</sup>

En la coyuntura del Centenario, los escritores nacionalistas prefieren una tradición ya recortada, un homenaje a la nación constituida sin la Banda Oriental. Y también, lo popular con menos énfasis.

## Piedra y camino

*“Cada uno ve en una obra de arte lo que de antemano está en su espíritu; el ángel o el demonio están siempre combatiendo en la mirada del hombre.*

*Yo no he cruzado el océano con el objeto de ofender el pudor de mi pueblo”.*

Lola Mora

Fotos imposibles: no puede compararse la multitud que se agolpó frente a la Fuente de las Nereidas, con la que no hubo en el Monumento a la Bandera. Porque si en 1903 se sumaron a los curiosos, diputados, senadores, personalidades como el intendente Casares, el ministro Joaquín V. González, Ernesto de la Cárcova y Carlos Thays, en Rosario no hubo nadie. Claro, esta obra encargada a Lola Mora quedó en proyecto. La Comisión Pro-Monumento, en el clima del Centenario, contrató a la artista tucumana para construir el monumento que debía terminarse en julio de 1911, poco antes de que se cumplieran cien años del momento en que Belgrano enarboló la bandera a orillas del Paraná, para molestias del Triunvirato.

Frente a la *Fuente de las Nereidas* las críticas aludían a los modos de la artista: que ofendía la moral al usar pantalones para moverse por los andamios, o inquietaba las buenas costumbres, transfiriendo en el desnudo de sus esculturas su deliberada libertad sexual. Ésta aparece aludida aun en los comentarios elogiosos. “La impresión dejada por esa fuente es de obra de varón, diré ensayando la frase corriente que me proporciona una antítesis afortunada. Su resolución, su gallardía, son varoniles,

así se entremezcla, embelleciéndolas, cubierta molicie femenil que es como la armonía flotante del conjunto”. Y continúa Lugones su comentario sobre la Fuente de las Nereidas: “Señorita, gracias a Ud. encuentro posibles las mujeres de talento. Que talento tiene usted”.<sup>8</sup> *Caras y Caretas* también elige destacar que la obra fue concluida “con felicidad y talento viril” que “tanto que decir dio, por ser sin duda su progenitor una dama argentina, mujer al fin débil, pero fuerte y de carácter tan firme y decidido que su obra será y es ejemplo de perseverancia, de trabajos vencidos con empeño robusto, y de una inteligencia tan poderosa como nutrida de sabios conocimientos”.<sup>9</sup> Los adjetivos que se emplean en la crónica no parecen azarosos para quien socialmente era enjuiciada por una sexualidad ambigua. Por lo mismo, si el primer destino para las Nereidas era la Plaza de Mayo, luego se pensó que mejor sería instalarla en Mataderos o Parque de los Patricios, donde los vecinos miembros de la curia no se la cruzaran a diario. Finalmente



se decidió emplazarla en Parque Colón, a metros de la Casa de Gobierno, en dirección al río. Eso será por unos años, hasta su destierro en la Costanera Sur. En cambio, alguien propondrá que las estatuas que Dolores Candelaria Mora Vega llegó a realizar para el *Monumento a la Bandera* tengan su destino definitivo en el fondo del río Paraná. La figura central del proyecto es una mujer que algunos encuentran

**El modo hegemónico en que nos llega el relato del Centenario disimula contrastes. No aparece mucho más que una narración donde sobran entusiasmos generalizados y fiesta cívica, economía próspera y sociedad integrada, republicanismo y homogeneidades. Como si quisiese cumplir con aquello que decía el aviso del jabón Reuter: “Nunca necesitará la república presentarse más pulcra e higiénica, ante propios y extraños, que para la conmemoración de su primer centenario como nación libre e independiente”.**

inspirada en “La libertad guiando al pueblo”, de Delacroix. Antes de eso la revista *P.B.T.* publicaba una humorada en forma de poema. Allí se aludía a una escultora: Pura. No es necesario ser demasiado intuitivo para suponer que esos versos tenían otra destinataria: “Es que yo he sospechado, / y perdona si soy muy mal pensado

/ que serán tus relieves seductores, / sin duda, esculturales, / como afirman los mismos escultores, / pero opino que no son naturales, / y, al decirte a ti esto / agregar considero innecesario / que a retractarme siempre estoy dispuesto / si puedes demostrarme lo contrario”.<sup>10</sup> Un mes después en las páginas de *Caras y Caretas* se promovía a Luisa Isella, una “escultora llamada a tener éxito”. Su foto y la de unos rubicundos niños marmolados, se rodean de un texto que ensalza la “suavidad de las formas, una buena técnica”, su sencillez y el buen gusto “que caracteriza su labor”.<sup>11</sup> En

tanto David Peña, integrante de la Comisión Pro-Monumento –desde su revista *Atlántida*– dirá que el proyecto de Lola Mora no guarda “unidad en el concepto ni hay verdad ni propiedad en el conjunto”. Y refuerza su embesitada: no “hay una sola traducción de los vuelos patrióticos y poéticos” de un Sarmiento, un Avellaneda o un Andrade en el proyecto. El autor de *Juan Facundo Quiroga* propone que la Comisión acuerde con la escultora “alterar fundamentalmente el monumento. Ganarían en ello la autora, el arte, el país”. El juicio del dramaturgo es lapidario: “El monumento, como concepción, es irresistible a la crítica”.<sup>12</sup> Con el paso del tiempo, las estatuas esculpidas en mármol de Carrara que la artista mandó desde Italia al puerto de Rosario no encontrarán el destino previsto. Y los inconvenientes se suceden: las críticas arrecian, las obras no pueden retirarse de la Aduana, el dinero destinado a la obra escasea y el entusiasmo se apaga. En 1925, se rescindirá el contrato con la escultora, tras el fallo de la Comisión Municipal de Bellas Artes en el que expresa: “su más formal desacuerdo con el levantamiento del monumento proyectado, pues en forma concluyente, él no constituye una ‘obra de arte’ en la verdadera acepción de la palabra, sino un conglomerado de figuras de pésima concepción, no ejecutado por artistas, sino por ineptos oficiales marmoleros”.<sup>13</sup> Las piezas de la obra escultórica siguieron un periplo semejante al resto de la obra de Lola Mora: el olvido o el exilio. Así el destrozado monumento a Aristóbulo del Valle –antes de inaugurarlo– fue abandonado en un corralón municipal y separado de la figura que la completaba; las Nereidas mudadas al sur de la ciudad, las piezas desti-

nadas al Congreso Nacional peregrinando mil kilómetros hasta su lugar definitivo en la provincia de Jujuy.

### Contrapuntos

*“Estamos de acuerdo: con los Abeille, los dramas criollos, el lunfardo, etc., vamos rectamente a la barbarie; hay que resistir activa y pasivamente”.*

Miguel Cané, en carta a Ernesto Quesada, 8 de octubre de 1900

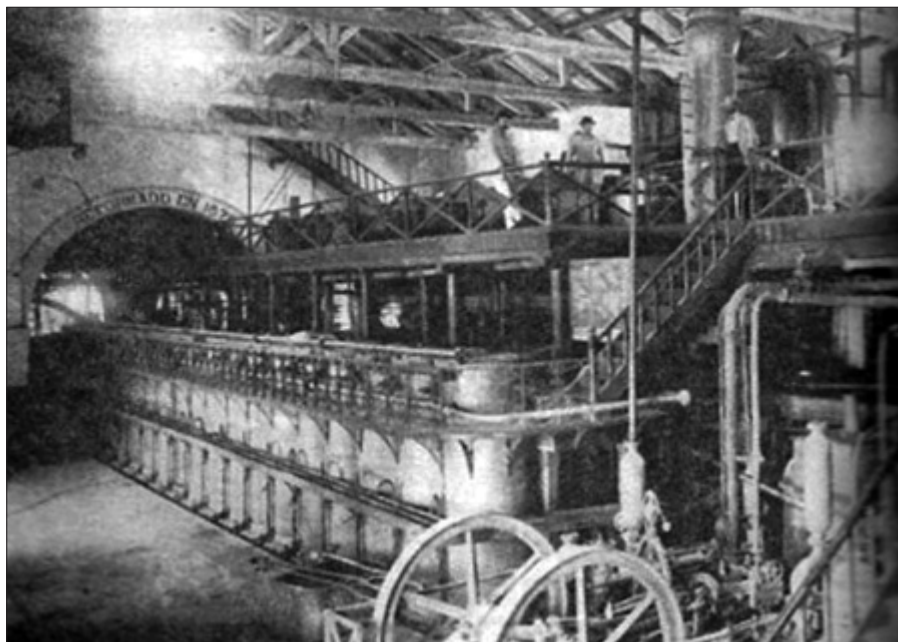
Los fastos no podían ocultar las grietas que por todos lados resquebrajaban el cerrado círculo por el que velaba periódicamente el autor de *Juvenilia*. Claroscuros. Y menos metafóricamente: contradicciones del orden oligárquico. Aunque esa nitidez no explica todas las tensiones que dibujan un mapa heterogéneo, listo algunas grageas.

El penalista italiano Enrique Ferri acusa al socialismo, para beneplácito

de algunos, de ser “una flor artificial” aunque poco después el dirigente Juan B. Justo es censurado por afirmar que los gobernantes locales negaban los problemas sociales “cerrando los ojos y tapándose los oídos ante las más urgentes y claras demandas”.<sup>14</sup>

Algunos viajeros (Jules Huret, Adolfo Posada, Georges Clemenceau, hasta la casi desconocida Cesarina Lupati Guelfi) dejan registro de la Penitenciaría Nacional y del Hospicio de las Mercedes como instituciones modelo, pero olvidan mencionar la presencia amenazante del barcoprisión con destino final en el Penal de Ushuaia, si se empañaban los festejos.

A la vera del asombro por la multitud que participó de los festejos del Centenario, con hombres subidos a los árboles de la Plaza de Mayo incluso, se escriben líneas que sugieren que “esto es un delirio *tremens* de entusiasmo y de *psicología* de las multitudes”<sup>15</sup> o en forma de versos: “si estábamos estrechos / en esta villa / vamos a estar





ahora / como en capilla. / Trae dinero la gente / para gastarlo, / en tanto hacemos fuerza / por conservarlo”.<sup>16</sup> Otro 25 de mayo, un par de años antes del Centenario, la protesta de la platea se acalló recién cuando el payaso Frank Brown trocó su vestido con los colores nacionales por otro menos irritativo a la sensibilidad patrioter. Pero el silencio fue casi total cuando su carpa fue quemada para evitar las funciones para el populacho y que no se afeara el centro.<sup>17</sup>

El siguiente ejemplo sirve de broche final: los propietarios de un conventillo aportan a la conmemoración el regalo de un mes de alquiler para sus inquilinos, éstos en compensación les entregan un pergamino y dos medallas de oro. Fotos en *Caras y Caretas*, la familia unida y final feliz: los intercam-

bios de dones terminan en un asado para todos ofrecido por los dueños de la casona de la calle Venezuela.<sup>18</sup> Tres años antes hubo una huelga de inquilinos generada por el hacinamiento, la especulación y los caros alquileres.

El modo hegemónico en que nos llega el relato del Centenario disimula contrastes. No aparece mucho más que una narración donde sobran entusiasmos generalizados y fiesta cívica, economía próspera y sociedad integrada, republicanismo y homogeneidades. Como si quisiese cumplir con aquello que decía el aviso del jabón Reuter: “Nunca necesitará la república presentarse más pulcra e higiénica, ante propios y extraños, que para la conmemoración de su primer centenario como nación libre e independiente”.

#### NOTAS

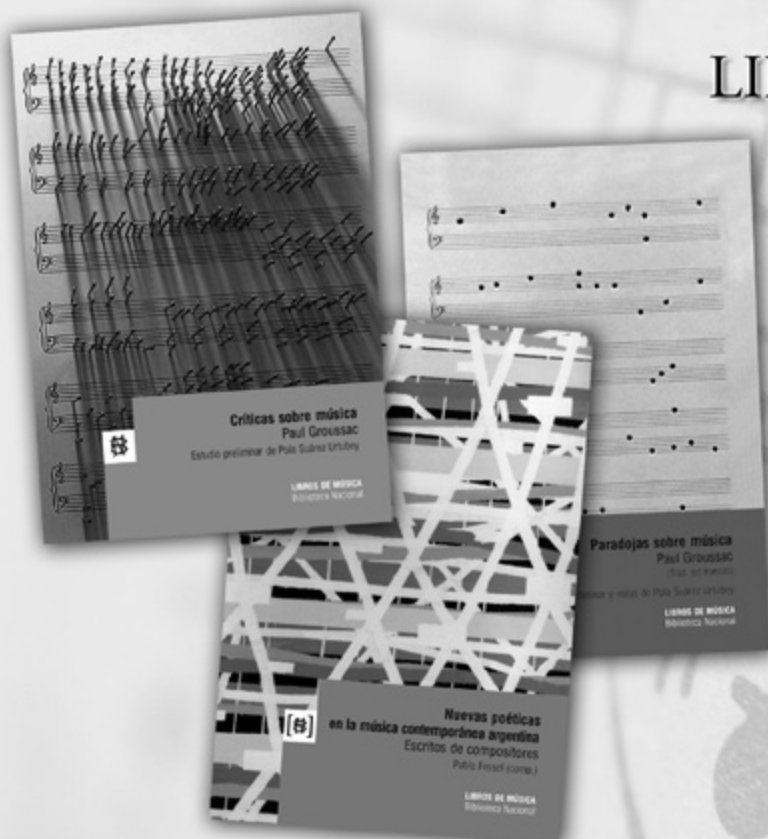
1. “Buenos Aires”, fue publicado en *El Correo Español*, y forma parte de *Moralidades actuales*, Montevideo, O. M. Bertani, 1910.
2. En *Impresiones de mi viaje por Argentina*, publicado en Berlín, en 1911 (citado y traducido por Osvaldo Bayer, en *Exilio*, en coautoría con Juan Gelman, Buenos Aires, Legasa, 1984).
3. En *Historia de la literatura argentina*, “Los gauchescos”, vol. II, *Buenos Aires, Losada, 1948*.
4. En carta a Vicente Fidel López, del 25 de enero de 1946, recopilada en sus *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.
5. Carta de Mitre fechada en Buenos Aires, 14 de abril de 1879.
6. “El primer poeta de la patria no tiene rostro; es sólo voz que canta y opina”, dice Ángel Rama en *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
7. Jorge Luis Borges, *Aspectos de la literatura gauchesca*, Montevideo, Número, 1950.
8. Leopoldo Lugones, “La fuente de Lola Mora”, en *La Tribuna*, 27 de mayo de 1903, reproducida en *Las primeras letras de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Centurión, 1963.
9. En “Inauguración de la Fuente de Lola Mora”, *Caras y Caretas* N° 243, 30 de mayo de 1903.
10. Vicente Nicolau Roig, “A una escultora”, en *P.B.T.* N° 287, mayo de 1910.
11. *Caras y Caretas* N° 611, 18 de junio de 1910.
12. En “Crónica del Centenario”, *Atlántida* N° 5, mayo de 1911.
13. Tomo esta cita del sitio web: <http://www.museodelaciudad.org.ar/exhibiciones-el-arquitecto-y-la-obra.htm>.
14. En el número extraordinario del 25 de mayo de 1910, del diario *La Nación*.
15. “Psicología de las multitudes”, por El de verde gabán (seudónimo del periodista español Eduardo López Bago), en *P.B.T.* N° 287, mayo de 1910.
16. En “Comenzó Cristo a padecer”, por Julio S. Canata, en *P.B.T.* N° 287, mayo de 1910.
17. “Un acto imprevisto que no por su violencia no deja de ser simpático”, dirá *La Prensa*. Puede ampliarse con el escrito de Javier Trímboli sobre el suceso: en <http://www.escriitoresdelmundo.com/2010/06/4-de-mayo-de-1910-por-javier-trimboli.html>.
18. “La conmemoración del centenario en un conventillo”, en *Caras y Caretas* N° 615, 16 de julio de 1910.

## LIBROS DE MÚSICA

*La perpetua ambición de la crítica quizá sea llegar al mismo plano de intensidad y bravura que la obra que examina. A veces, este sentimiento es una confesión apenas insinuada. A veces, un programa de acción de suerte dispar.*

*Y siempre un misterio del arte.*

*Un crítico cabal se preguntará por su novela secreta así como un músico verdadero acoge siempre la visita enigmática de la literatura. Cómo recibir esos dones, equilibrarlos, sofocarlos o cederles el lugar de un dilema siempre irresuelto –pero vivificante– es una parte esencial de lo que suele llamarse inspiración. Este tema no puede declararse resuelto ni abandonarse al ensueño. A él se refieren los libros de esta colección, que nos invitan a reflexionar sobre la música cuando la sobrevuelan las pasiones de la escritura.*



## CUADERNOS DE MÚSICA

*El símbolo –la alegoría, la imaginación– sitúa la notación musical, que documenta cifras sugerentes más que locuaces y dispone una lectura que provoca autorías en duda y una fisicalidad efímera y abstracta. La colección Cuadernos de música le sugiere la idea de patrimonio histórico-cultural a este fenómeno, a partituras que en su andar complejo, influyente y al mismo tiempo oculto por la música argentina invocan la preocupación por su accesibilidad, preservación y pensamiento.*

**Lulú**

Edición facsimilar de la revista de teorías y técnicas musicales publicada en 1992, dirigida por Federico Monjeau. Comentarios y notas preliminares de Beatriz Sarlo, Horacio González., Esteban Buch, Pablo Fessel, Diego Fischerman, Pablo Gianera, Juan Pablo Simoniello.

## Zonas francas. Risas y mediaciones

*Por María Pia López*

Contra toda tentación progresista que percibe la historia como un desarrollo conclusivo, capaz de unificar linealmente los mundos culturales heterogéneos, a lo largo de la historia de las naciones ha surgido el problema de la discrepancia. Una diferencia que emerge en el propio acto de conocimiento y en el ejercicio de la expresión. Toda palabra dicha es reinterpretada y sometida a un (violento) proceso de reapropiación que despoja las pretensiones originales y los significados ensayados por sus autores. Por esta vía, la traducción se convierte en un arte capaz de traficar, de un punto a otro, de una forma cultural a un incierto destino de arribo, con la lengua y las percepciones. Las teorías contemporáneas de la recepción pretendieron resolver este dilema bajo la idea de una traslación que suponía un “receptor” pasivo, ajeno a desvíos ni tensiones, sin advertir que la cultura es en sí misma la pregunta por estas derivaciones “impuras” del original.

María Pia López piensa la Argentina bajo la perspectiva de la traducción como ejercicio inaugural. En Sarmiento, voraz traductor, en Estanislao del Campo que utiliza recursos del humor para hacer pasar la alta cultura al mundo popular, en Leopoldo Lugones que realiza el movimiento inverso y en las escenificaciones teatrales se juega una cuestión política primordial: la posibilidad de pensar una forma comunitaria inclusiva capaz de tomar como propia la disidencia de las tonalidades en el habla y las múltiples formas de la vida colectiva.

“... el *Fausto* de Estanislao Del Campo registra el ingreso franco de personajes y habla popular a la diversión mundana de los salones burgueses”.

Ángel Rama,  
*Los gauchipolíticos rioplatenses*.

“Pero, tal vez, hay otra lectura posible que corre por debajo y deja flotando su halo de ambigüedad: ¿quién ríe de quién en el *Fausto* de Del Campo? ¿Acaso habría que descartar del todo que la reída sea esa misma culturosa sociedad? ¿Reída por Del Campo a través de sus dos paisanos, protagonistas de una parodia que, urgido, había empezado a escribir a partir de los cuchicheos con Gutiérrez? ¿Se sintió él también devorado por lo foráneo?”.

Leónidas Lamborghini, *Risa y tragedia en los poetas gauchescos*.

¿Qué leemos cuando leemos el *Fausto* de Estanislao del Campo? Leemos en la risa, en el humor disparado por una traducción que, como tal, no deja de presentarse a la vez como desventurada y como feliz. El acto de la traducción conlleva la felicidad del enlace entre lo heterogéneo y la desventura de una inadecuación profunda entre el objeto primero y el que resulta. Mucho se ha pensado alrededor de ese problema en la cultura argentina, precisamente por el carácter postrero de esa cultura respecto de otras. Sarmiento se describía a sí mismo como un traductor voraz, capaz de dar cuenta de un libro tras otro, en plazos ínfimos y con aprendizajes autodidactas. Al hacerlo, como se puede percibir en las páginas no exentas de arrogancia de *Recuerdos de provincia*, situaba la traducción como hecho de lectura y la lectura como una apropiación violenta, imprudente, creadora.<sup>1</sup>

Sarmiento narra escenas de captura, en la que un país dirime sus fuerzas culturales como potencia de medirse con otras fuerzas. Como combate, juego, selección. Son felices esos actos porque alivian la deuda de una cultura que se va definiendo como receptora. La idea de recepción, por el contrario, ancla la experiencia del lector en la fórmula del respeto, de los pasos medidos, de la contención. A lo sumo, tolera desvíos y señala autonomías precarias.

Es cierto que las múltiples deudas y las escasas autonomías no se saldan por la rauda declaración de una lengua propia, ni con la premura del cazador de ideas que atraviesa las obras nacidas en otros territorios con las pinzas dispuestas para la captura inmediata. Sin embargo, algunas ideas y palabras predisponen más y mejor a esa búsqueda.

El que traduce tiene un poder en sus manos, una posibilidad en sus palabras. Pone a disposición de un mundo algo nacido en otro: no poca generosidad orienta ese gesto, aunque el que lo realice se invista de un prestigio o una propiedad, como ocurre cuando de la traducción se derivan políticas de posesión de una bibliografía, un autor, una escuela.

El *Fausto* de Del Campo escenifica el juego de la traducción. Fallida, desplazada, mostrando cómo de lo serio brotan los hilos del humor cuando se lo cruza con otra serie culturalmente heterogénea.<sup>2</sup> Un gauchito, el Pollo, traduce. Otro, Laguna, escucha. Varias historias resultan: la representada en el “tiatro del Colón”, la que se lee en las quejas del diálogo, la que se inscribe en una representación de los personajes como gauchos. Esas dos series se sacan chispas humorísticas porque son, sin dudas, heterogéneas. Estamos ante una de las formas del teatro dentro del teatro: una

obra de la alta cultura vuelta a representar en el plano de una representación de la cultura popular. Para aprehender su sentido, conviene situarla en un más amplio panorama de la relación entre la gauchesca y el mundo teatral. Con el supuesto de que en muchos sentidos

**Los escenarios teatrales como ámbitos de puestas singulares: traducciones que se dirimen y circulan en distintos sentidos. La de *El payador* de Lugones puede percibirse como la inversa respecto de la del *Fausto* de Del Campo: si éste interpreta una obra de la alta cultura en la lengua de la gauchesca; el otro convierte a una obra que proviene de esa tradición en el objeto de una legitimación necesaria para la alta cultura. No hay menos fuerza interpretativa en uno que en otro.**

lo popular, en el siglo XIX, encontraba su lengua en la gauchesca.

Ángel Rama sostiene que el teatro nacional rioplatense encontró el cauce de una creación singular con el *Juan Moreira*. En esa obra se dio el pasaje de la pantomima al teatro, produciendo un tipo de actuación y una lengua que

ya no consistían en traducciones sino en una producción autónoma. Por lo mismo, recién ahí se encontraría con un público real. Eso, a fines del siglo en el que el Pollo le narraba sus descubrimientos a Laguna. En el siglo siguiente, Lugones dictaría sus conferencias en el teatro Odeón, en las que produjo la fundacional interpretación del *Martín Fierro* como la obra clave de la literatura argentina, pero no sólo como hecho literario sino como piedra basal de una autonomía nacional que haría de la Argentina una colectividad capaz de dar cuenta de los valores más profundos de la historia de la humanidad. El poeta se enorgullecía, al final de esas conferencias, de su labor de mediador y traductor, de haber producido un enlace entre la poesía del pueblo y la sensibilidad culta de la “clase superior”.

Los escenarios teatrales como ámbitos de puestas singulares: traducciones que se dirimen y circulan en distintos sentidos. La de *El payador* de Lugones puede percibirse como la inversa respecto de la del *Fausto* de Del Campo: si éste interpreta una obra de la alta cultura en la lengua de la gauchesca; el otro convierte a una obra que proviene de esa tradición en el objeto de una legitimación necesaria para la alta cultura. No hay menos fuerza interpretativa en uno que en otro. Ni se revelan menos propicios los esfuerzos de la traducción. Como si los uniera la idea de una cultura nacional capaz de forjarse sobre una tensión entre lenguas antes que sobre la primacía de una de ellas. Porque son inversas es posible entender el radical desprecio con el que el lector de Hernández trata al *Fausto*: “es una parodia, género de suyo pasajero y vil”.<sup>3</sup>

En los mismos años en que Lugones homenajeaba al país con esas conferencias, Nicolás Granada había escrito sus *Cartas gauchas*. La ficción narrativa de esos poemas consistía en las cartas que un gaucho enviaba a su mujer desde la ciudad que estaba visitando, Buenos Aires, durante los festejos del Centenario. Granada, que había escrito *¡Al campo!*, en estas *Cartas* afirma la idea de una nobleza ligada al mundo rural, que permitiría una redención de una ciudad tomada por el esnobismo y por la viveza. Azorado asistente a los festejos y a los oropeles, es un más asombrado narrador de las innovaciones técnicas urbanas y una ingenua víctima del cuento del tío. Como no podía ser de otro modo en un texto imbuido del clima del Centenario, el final es feliz, y alguien que pertenece a ambos mundos restituye lo perdido en una trapisonda.

El escrito de Granada es una ficción de reconciliación. Mientras el *Fausto* pone en escena una distancia irónica, en la que la risa se expande tanto sobre el desconocimiento del que relata como sobre el objeto relatado, las *Cartas gauchas* crean la burla a partir de un único plano, el que hace a la ingenuidad del hombre de campo. Es su nobleza la que lo vuelve hombre de una sola pieza y por tanto incapaz de comprender argucias y astucias de la vida urbana.

Le podría haber correspondido el nombre del film que le era contemporáneo: *Nobleza gaucha*. En éste se narra la historia de un hombre de campo que viajaba a Buenos Aires a rescatar a su china raptada. Un italiano funge, en la película, de guía para una ciudad que asombra por sus trenes y sus ascensores. La ciudad, en estas obras, es fuente de amenaza y de corrosión. Frente a ella, el campo aparece como reservorio de los valores en riesgo.

No es ése el caso del *Fausto*. Los protagonistas creados por Del Campo no son los estancieros de economías florecientes, sino los hombres abrumados por la falta de dinero y la guerra que transcurre en el Paraguay. Son los gauchos que descienden de aquellos que hablaban en la voz de Bartolomé Hidalgo, y no aquellos que se han reconvertido a la economía ganadera y exportadora posterior al roquismo. La gauchesca de Hidalgo está atrás, pero también desviada: derrotados en las luchas políticas los gauchos devienen comentaristas de un espectáculo teatral.<sup>4</sup>

Lugones describía, en *El payador*, al estanciero que de día enlaza ganado en el campo y de noche asiste a la función del Colón. A una función que degusta porque ya pertenece a ese mundo y tiene las disposiciones culturales para comprender lo que sucede. El gaucho

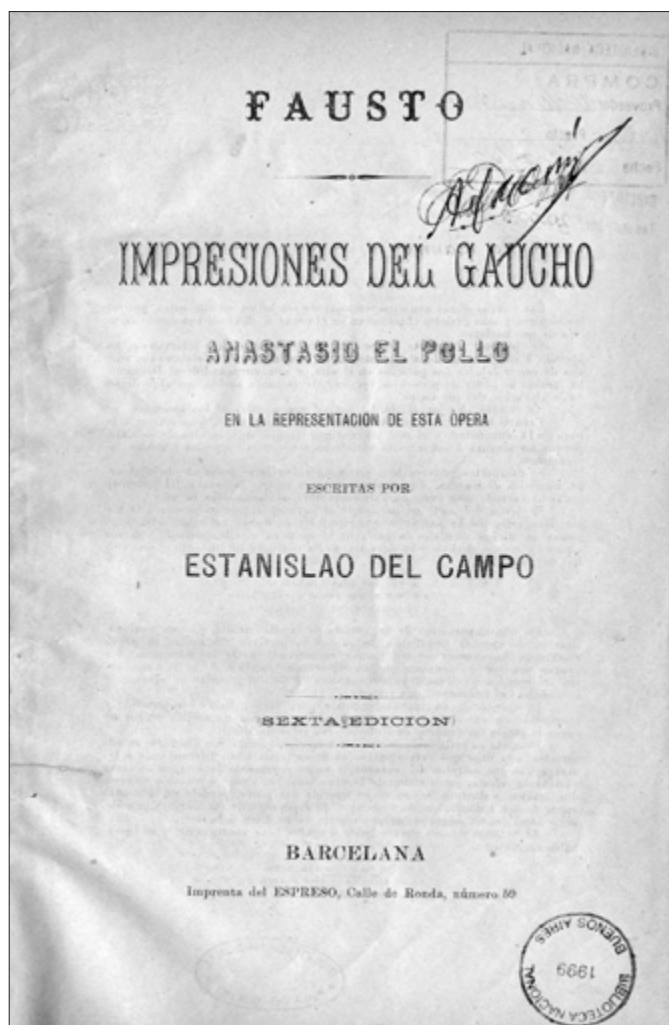
de Granada va al teatro y resalta su rabia por las “farsas y fingimientos”. En esa imagen está la remisión al *Fausto*. En Lugones hay un pasado mortífero que impide, ya, cualquier encuentro con la ironía del recién llegado a un mundo cultural. Quiero decir: en *El payador* se deja asentada la extinción del gaucho, con una mezcla de lamento y de festejo: es la víctima sacrificial necesaria, adobe para el edificio nacional y derrotado por la fuerza del progreso. En Granada se omite esa constatación: el gaucho está incólume y en él se atesoran los valores profundos de la nación.

Son dos modos de interpretar la Argentina del Centenario. Uno, decreta la recuperación simbólica y literaria de lo extinto, reconociendo el carácter

María Pia López



dramático de esa desaparición –a la vez que la considera necesaria “para el bien del país”. El otro, constituye la ficción de su permanencia, sin lograr rasgar el carácter paródico con el que ese supuesto se presenta. El primero es solemne y porta la solemnidad de la tragedia. El segundo arrastra una gravedad que es la de una estatuaría sin carne o la de una forma sin vida. El gaucho en uno es fantasma; y en el otro, enunciación plana. Sin dudas, es el espectro de *El payador* el que no deja de resultar interesante y provocativo. Y por ello, ha merecido las más tenaces discusiones y críticas.



Es clara la operación que hace el poeta de *Lunario sentimental*, cuando toma al poema de Hernández como clave de la nación: legitima el Estado cuya violenta constitución había denunciado el *Martín Fierro*. A la vez, repone un problema sobre el cual había escrito a propósito de la idea de conmemoración durante el Centenario. En *Piedras liminares* imaginó un Templo del Himno, como la forma más propicia de una memoria colectiva. Tal templo debía ser construido con materiales del país y realizado por manos creyentes. Ahí estaba el centro del problema o el decreto de imposibilidad. Sin redención obrera, o bajo las conocidas condiciones de explotación y conflictividad social, los trabajadores no creerían en la nación a la que estaban homenajando. Por lo tanto, el templo resultaría, como las iglesias contemporáneas, frío artificio. La idea no debe pasar desapercibida –encontró sus formas más explícitas en el modo en que Niemeyer encaró la construcción de Brasilia, como una aventura mística y una experiencia en la cual se probaban las condiciones igualitarias del comunismo–, porque supone un trato de lo popular que tiene fuertes aristas críticas respecto del presente de ese texto.

El templo es imposible en el contexto del Centenario, con ley de residencia, estado de sitio, persecución sindical, hacinamiento en conventillos y desventuras laborales que un Biale Massé había dejado claramente asentadas seis años antes. Lugones dice, en realidad, que hay sólo dos modos plenos de la conmemoración. El templo, cuyas dificultades ya glosamos, y el poema. Tres años después, con las conferencias que luego constituirían *El payador*,

convierte al poema de Hernández en la memoria de la nación. Lo popular irredento en la existencia de la clase obrera, se redime en el plano literario y simbólico. Nación va a ser el nombre de ese desplazamiento hacia la cultura –de esa espiritualización–, ante una realidad que no dejaba de ser inicua y fracturada y que, por lo tanto, volvía problemática la narrativa de su integridad.

De esa fractura persistente da cuenta el *Fausto*. Distancia cultural, social, política. Cuando se va de noche al teatro, después de realizar las tareas viriles en el campo, lo que resulta no es el disfrute del ocio, sino el choque con un tipo de lógica, la de la representación, que se desconoce. La risa es revelación de esa distancia.<sup>5</sup> La insistencia en esa diferencia que implica ver literalidad allí donde hay representación y suponer realidad en la ficción, puede leerse como impugnación a una política que va desplegándose en el teatro de la representación y en la construcción de un orden simbólico que se presenta como superación u olvido de las desigualdades reales.

Todo eso, en el terreno de la mediación o de la traducción. Como tal, puede ser juzgada –como en cierto modo hace Rama– por lo que desvanece de nitidez o se pierde de aristas conflictivas. Pero también puede ser valorada por lo que inaugura en ese mismo terreno. La idea de nación conlleva esa dimensión de mediación cultural: entre clases, sectores, etnias, colectivos. Entre todos aquellos cuyos tonos difieren, cuyos dialectos son heterogéneos, cuyos mundos valorativos y comprensivos hasta pueden ser antagónicos. Lo nacional, en su mejor momento –cuando se resuelve como inclusión–, se constituye como

mediación entre tonos.<sup>6</sup> Y en su peor rostro, se presenta como exclusión y negación de los modos expresivos y culturales subalternos.

En la conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, hubo Teatro Colón y hubo calle. En uno se reprodujo la escena inicial como si la repetición sacralizara la continuidad de una historia y la persistencia de un conjunto de valores. En la calle, por el contrario, la memoria fue ritualizada mediante formas de experimentación teatral y la postulación de un relato capaz de reconocer lo heterogéneo en la misma constitución de la nación. La conexión ardua de la cuestión nacional con la

cuestión indígena fue planteada en el espacio público. Quizás más para decretarla resuelta que para reconocer que hay una disidencia constitutiva, que no puede dejar de producir antagonismos o conflictos.

Es en estos modos, en que la nación es pensada como mediación y traducción, y la experimentación formal es puesta al servicio de la forja de una tradición, en los que se juegan promisorios senderos de la cultura argentina. También en esos cruces se dirimen las posibilidades de las instituciones que resguardan y atesoran los bienes culturales, de interpelar un tipo de vínculo con el mundo popular en el que no pueden resultar eximidas de la risa ante su propia solemnidad.

**En la calle, por el contrario, la memoria fue ritualizada mediante formas de experimentación teatral y la postulación de un relato capaz de reconocer lo heterogéneo en la misma constitución de la nación. La conexión ardua de la cuestión nacional con la cuestión indígena fue planteada en el espacio público. Quizás más para decretarla resuelta que para reconocer que hay una disidencia constitutiva, que no puede dejar de producir antagonismos o conflictos.**



NOTAS

1. Silvia Molloy analiza el cuantioso número de traducciones que se atribuye el autor de *Facundo* (doce libros en un mes, en un idioma que recién aprende): “Es notorio que Sarmiento tendía a la exageración. En este caso particular, sin embargo, sospecho que lo que dice es en esencia cierto. Quizá sí haya hojeado, aunque muy por encima, la mayoría de estos volúmenes –el tiempo no le habría permitido otra cosa–, armando una traducción de lo que leía (o, dado su deficiente conocimiento de la lengua extranjera, de lo que creía leer), una traducción que es artefacto textual, simulacro del original, *libro diferente*. Por muy ‘correcta’ que a Sarmiento le haya parecido su manera de leer, sin duda tenía conciencia de que leer es modificar. Así, describe su práctica de la lectura como un ‘traducir el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería’” (*Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, Fondo de cultura económica, 1996). Están, ya, todos los temas que nos interesan en este artículo: la traducción, el teatro, la mediación, la diferencia.
2. El buen Sarmiento decía: dos culturas. La del campo y la de la ciudad. El teatro está identificado con la vida urbana. La lógica de la representación es la de la ciudad, la de la ciudadanía y la del espectáculo teatral. (Eduardo Rinesi, *Ciudades, teatros y balcones*, Paradiso, 1994).
3. ¿Y si la parodia es una parodia anticipada de la operación lugoniana? ¿No es por eso que el poeta está obligado a refutar a Del Campo, porque tiene que enlazar gauchesca y teatro del modo inverso y no puede hacerlo si esa risa no deja de producir ecos? Lugones, demasiado cerca de Laguna, para no sentirse inquieto.
4. Escribe Ángel Rama: “también los temas registran una transformación aunque algo más degradada. De ser actores de los sucesos históricos, estos gauchos pasarán a ser sus testigos y luego todavía menos: simples contempladores de espectáculos”. En este sentido, el *Fausto* hereda los *Diálogos* de Hidalgo, en los que el gaucho Ramón Contreras narra las Fiestas mayas (*Los gauchipolíticos rioplatenses*, CEAL, 1982). Josefina Ludmer analiza esos encadenamientos para mostrar la radical inversión que supone la aparición del poema de Del Campo: “*Fausto* se constituye por exclusión de lo político. Transforma definitivamente la fiesta política en puramente cultural y cambia así la representación del sistema de relaciones del gaucho con la ciudad, y por lo tanto el vínculo y la alianza de las dos culturas en el género. Los efectos de la despolitización son múltiples: el texto se autonomiza y transforma su relación con la coyuntura, el contexto y el conjunto del sistema de referencias” (*El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Sudamericana, 1988).
5. Julio Schwartzman recuerda la crítica de José Hernández a Del Campo, pero para relativizarla: “la versión del Pollo de la ópera de Gounod no implica, necesariamente, candor ni ignorancia. Puede leerse, más bien, como un sistema de equivalencias populares que ponen, sutil e irónicamente, a ras de tierra, las imágenes sublimadas de la alta cultura”. (Prólogo a *Tres poemas gauchescos*, Clarín, 2001). En el mismo sentido, corre la interpretación de Leónidas Lamborghini que funciona de epígrafe para este artículo (*Risa y tragedia en los poetas gauchescos*, Emecé, 2008).
6. Esta idea, como muchas otras que recorren este ensayo, proviene de Mijail Bajtin y su potente interpretación de la cultura popular.





## Historia de la Biblioteca Nacional

*Estado de una polémica*

Horacio González



## Historia de la Biblioteca Nacional

*Estado de una polémica*

Horacio González realiza un recorrido por los 200 años de la Biblioteca, reviviendo las diversas polémicas que la conmovieron desde su fundación.

El libro contiene un apartado fotográfico que acompaña esta narración, partiendo de las actas firmadas por Mariano Moreno y Cornelio Saavedra que ordenaron la confiscación de la biblioteca del Obispo Orellana, en agosto de 1810.

# INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Coedición Biblioteca Nacional - Editorial Teseo

Desde 2007, la Biblioteca convoca a concursos públicos de becas de investigación para proyectos orientados a la puesta en valor de sus fondos patrimoniales. De esos concursos han resultado artículos y libros que ponen a disposición del lector materiales y abordajes singulares. En esta colección se publican algunos de los trabajos realizados en el marco de estos concursos.

El proyecto es desarrollado con la editorial Teseo.



## Fragmentos

*Los textos futuristas no nos hablan tanto de aquello que imaginan, aunque también lo hacen, sino que nos ofrecen la posibilidad de comprender los contextos culturales en los que se sitúa su escritura. Son expresiones utópicas con altas dosis de incerteza. A pesar de ello, logran convertirse en un ejercicio intelectual consis-*

*tente para investigar cómo el autor escapa de los condicionantes culturales de su entorno. En la ficción que supone los tiempos venideros se manifiesta una confianza en el futuro; unas veces bajo la forma de hipótesis especulativas, otras, como ferviente deseo redentor. Pero, como decíamos, encontramos en estas elucubraciones los ensayos de unas vidas que buscaban sustraerse de un orden asfixiante. Huir hacia adelante como modo de huir del tiempo aquí y ahora. En esos trayectos se vislumbran las marcas conspirativas de la marcha de la historia.*

*Aquí publicamos fragmentos de libros. En el fragmento hay un poder iluminador. Pertenece a una obra, pero también tiene el potencial de subvertir todo orden. No se trata, por lo tanto, de la parte de un todo, sino que en él mismo puede verificarse todo un universo virtual.*

*La sección comprende tres textos futuristas, un ensayo y un relato testimonial de principios del siglo XX, todos escritos en el marco (o bajo el condicionante) del Centenario argentino.*

*En Estrella del Sur, Enrique Vera y González concibe un 2010 (nos concibe) como un país poblado por 200 millones de habitantes, solidario, organizado y predecible, regido por funcionarios eficientes y probos. En esta construcción ilusoria, si bien se nota*

*la influencia de los valores con que se pensaba por aquellos años, también hay una extraña ironía, quizás un pesimismo propio del argentino de todos los tiempos.*

*Julio O. Dittrich relata la Buenos Aires de 1950, pero lo hace en 1908. Se trata, en esta proyección, de una ciudad socialista inserta en un mundo políticamente unido bajo un mismo sistema, excepto Inglaterra que sigue ejerciendo su misantropía política. Un anciano queda en estado de coma durante 40 años y su hijo le cuenta los drásticos cambios producidos. El relato aparentemente idealista, deviene en alerta frente a la idea del totalitarismo, lo que le brinda una fuerza premonitoria notable.*

*Pierre Quiroule—un tipógrafo de la Biblioteca Nacional en los años de Paul Groussac— en La ciudad anarquista americana llega a plasmar, en 1914, una crítica muy lograda de las formas de organización urbana y sus modos de edificación que corrompen a sus habitantes. El autor, de origen francés, predice alucinantemente los fenómenos sociales que sobrevendrán en esos conglomerados humanos.*

*El sincretismo entre europeísmo e indigenismo se despunta en Eurindia, de Ricardo Rojas. Las teorías contemporáneas del poscolonialismo creen hallar en sus formulaciones novedades radicales respecto al pensamiento social. Puede que las haya, pero sin dudas, el poeta nacionalista —a quien se le achacaría el calificativo de sustancialista— anticipa con una prosa delicada y decidida las potencialidades del pensamiento latinoamericano. Una perspectiva singular que pretende una nueva universalidad.*

*Si denunciar la represión de los obreros es, en todo momento, un acto riesgoso, hacerlo en los festejos del Centenario puede parecer un extravío de la razón. En el Diario de Gabriel Quiroga, Manuel Gálvez pergeña un denunciante, nunca más solitario, que asume su condición a sabiendas que puede ser encarcelado. Cargando el riesgo con pasión, se constituye en medio y mensaje de las peripecias de un país al que ama escéptica y profundamente.*

## *La Estrella del Sur* *A través del porvenir<sup>(\*)</sup>*

*Por Enrique Vera y González*

El intendente de la ciudad de Buenos Aires en 2010 tiene a su cargo está la tarea de recibir a un extraño emir proveniente de los confines de ultramar. ¿Cómo es esta ciudad del futuro? Convulsionada por la dinámica de las invenciones en el campo científico, en los medios de comunicación y de locomoción, y en las humanidades, por caso la psicología y la antropología que permiten medir con exactitud las fuerzas morales, físicas y espirituales, Buenos Aires vive una revolución pacífica en la que se van sucediendo reformas graduales, a manos de expertos funcionarios del Estado, capaces de dejar atrás el conservadurismo de la tradición. Una ciudad abierta al mundo, vertiginosa pero predecible, perteneciente a un país habitado por 200 millones de argentinos cuyo bienestar futuro está garantizado por la labor comunitaria y recíproca. Argentina colaborará en la emancipación africana solicitada por el visitante, sólo a condición de que esa descolonización sea pacífica. Esta ficción utópica, plagada de imaginación e ironía, fue escrita por el español Enrique Vera y González en 1904. Su futurismo, sazonado por cierta candidez, permite recrear la atmósfera cultural de aquella época.

#### Capítulo 4 La llegada

A principios del mes de mayo del año 2010 de la Era Cristiana, el Intendente de Buenos Aires, Sr. Renato de Villena, recibió la visita del ras Ayub y de Yezid-Bajá, emir de Kordofán y pariente del Sultán de Abisinia. Viajaba el emir de Kordofán de incógnito, acompañando a su sobrino el príncipe imperial Ayub, a quien el muy poderoso y magnífico monarca de Abisinia, Etiopía, Sudán y Nubia, quería preparar a las tareas del gobierno, haciéndole conocer las maravillas de la civilización universal. El soberano, por su parte, no había querido salir nunca de sus vastos dominios, en que se hallaba muy a gusto y que ensanchaba cuanto le era posible, aprovechando las rivalidades de Francia e Inglaterra que, muy decaídas de su antiguo esplendor y sin poder acallar sus rivalidades, luchaban penosamente por mantener su predominio en la mitad septentrional del África, mientras en el Sur y el Centro de este continente surgían imperios y repúblicas potentes, aferradas aún al tipo de gobierno militar que tendía a desaparecer en el resto del mundo, aunque todavía se conservaran vestigios de aquel sistema en algunos países de Asia y Europa.

El Intendente había tenido conocimiento de esa visita por un despacho telegráfico que le fue dirigido en la mañana anterior desde San Luis del Senegal y que, en señal de deferencia, había sido escrito por los citados personajes y reproducía exactamente su carácter de letra. Estas reproducciones autográficas por medio de corrientes de electricidad modificadas por el selenio, eran de uso muy frecuente y

tenían un significado especialmente amistoso. El despacho, escrito en un papel impregnado de ciertos agentes químicos que dejaban paso a la electricidad en toda la extensión del pliego, menos en los puntos cubiertos por la tinta en el original, llevaba al frente los retratos de los expedidores, delicadamente marcados en colores sobre fondo verde pálido. Como el viaje entre el Senegal y Buenos Aires, no obstante la detención de dos horas en Río de Janeiro, duraba entonces, minutos más o menos, medio día, los príncipes musulmanes debían estar en la gran metrópoli del Sur desde la noche anterior.

En aquella época los medios de comunicación habían progresado extraordinariamente; la utopía de la supresión del espacio, en cuanto supone una dificultad para las relaciones humanas, estaba cerca de convertirse en un hecho. En este aspecto de los adelantos materiales, como en otros varios, el siglo XX había cumplido con tal usura sus promesas, que era común, sobre todo entre los físicos, hablar del siglo XIX como de un período de barbarie en que la humanidad apenas empezaba a deletrear el alfabeto científico. Achaque de todos los tiempos es juzgar con cierto desdén a los anteriores, y el comienzo del siglo XXI distaba de ser una excepción de esta ley; por el contrario, la moda imponía una especie de aversión a las tradiciones y se pintaba con matices tan sombríos lo pasado, que sólo algunos espíritus independientes o paradójicos tomaban a gala el convertirse en sus panegiristas. Justo es confesar que los progresos científicos e industriales, ya que no justificasen tan excesivo orgullo, lo explicaban en gran parte. Los motores

terrestres y marítimos, estos últimos, en su mayor parte eléctricos, y provistos de poderosos acumuladores, con carga suficiente para el trayecto, avanzaban sin dificultad a razón de 500 a 600 kilómetros por hora y aún se trataba de obtener mayores velocidades para hacer frente a las exigencias del comercio y a la impaciencia de los mismos viajeros, a muchos de los cuales parecía demasiado largo el plazo de 30 horas que invertía el tren expreso de Nueva York a Buenos Aires, las dos mayores ciudades del mundo.

Estas rapidezces vertiginosas se habían logrado mediante un ingenioso sistema consistente en neutralizar el peso de los vagones por medio de una serie de electroimanes potentes colocados en la parte inferior de cada coche y que levantaban el plano de las ruedas hasta la altura indispensable para que el rozamiento y carga sobre los rieles quedaran reducidos a poco más que cero. De este modo la fuerza impulsiva del motor, cualquiera que fuese la naturaleza de éste, se invertía casi toda en el arrastre horizontal y los ingenieros estudiaban nuevas combinaciones para llegar al desiderátum de los mil kilómetros por hora, que ya no parecía inverosímil. Se aprovechaban todos los manantiales de fuerza; el mismo movimiento de los vehículos era utilizado en gran parte por conmutadores y alimentaba la energía de los electroimanes de los vagones, grandes como edificios de varios pisos y que soportaban cargas inauditas; de modo que un tren de mercancías parecía una calle en movimiento. La radiación calorífica del sol y la fuerza de atracción lunar, manifestada en la producción de las mareas, comenzaban a ser aplicadas a la industria por medio de aparatos cada vez más

remuneradores, pero aún se obtenía un partido relativamente escaso de esas fuerzas inagotables, llamadas un día a transformar por completo la faz del mundo, reduciendo todas las máquinas conocidas a juguetes de niños. El alcohol, obtenido a precios ínfimos en cantidades prodigiosas; el petróleo, fabricado sintéticamente por medio de la reacción de ciertos metales sobre los hidrocarburos, y por fin, gran número de productos explosibles, habían sustituido con ventaja a la hulla, que apenas se empleaba sino en las pequeñas industrias. La generalización de los motores mecánicos había emancipado a los animales domésticos de la esclavitud del tiro y del yugo y sólo montaban caballos los habitantes de las comarcas muy alejadas de los centros de población. También se había borrado todo vestigio de las bicicletas, tan generalizadas un siglo antes y que exigían una constante producción de fuerza humana y la adopción de actitudes molestas. En cambio, era grande la variedad de automóviles de todas clases, desde los capaces para muchas personas, hasta los propios para una sola, muy ligeros y que podían replegarse de modo que ocuparan muy poco espacio. Los había de bolsillo, semejantes a patines y provistos de dos ruedecillas o de una sola central; permitían caminar hasta 20 kilómetros por hora los primeros y más de 30 los segundos; pero eran incómodos y únicamente los usaban las gentes humildes. Por fin, existían grandes máquinas voladoras, con velocidades regulares (200 a 300 kilómetros por hora) y se ensayaba el uso de otras más pequeñas y de aparatos voladores individuales, que hasta entonces habían dado poco resultado y producido algunas desgracias.

Hecha esta digresión, que hemos creído conveniente para explicar la rapidez del viaje de los dos nobles abisinios, dedicaremos algunas palabras al protagonista de esta parte de nuestro relato.

Renato de Villena, a quien había cabido la honra de ser elegido Intendente de la más complicada de las ciudades del mundo para el ejercicio de 2010, contaba en la actualidad algo más de 50 años y figuraba en el libro de oro de los característicos o diferenciados superiores, en la categoría número 31, sobre la cual no había sino dos series de capacidades geniales muy difíciles de llenar y que de hecho estaban casi siempre en blanco. Esta clasificación por coeficientes personales había sido introducida en el segundo tercio del siglo XX, merced a los progresos de las ciencias antropológicas y descansaba en una serie de datos suficientemente aproxi-

mados acerca del potencial de las energías psíquicas de cada individuo. La psicología experimental, enriquecida con un número prodigioso de observaciones concienzudas, había revolucionado las ciencias médicas y permitía inducir, con una exactitud que siglos antes hubiera pasado por hechicería, la fuerza moral y mental de cada sujeto de observación. La inmensa mayoría de los sometidos a este examen, casi tan rápido como las mediciones externas de la antigua antropología, era clasificada en la vasta muchedumbre de los indiferenciados o indiferentes, gentes de buen sentido vulgar, útiles para las faenas y profesiones comunes, que no exigen facultades preciosas. En cambio, los que presentaban caracteres marcadamente favorables, eran objeto de una vigilancia particular. Desde su juventud, un signo convencional colocado antes de su nombre, servía de advertencia a





los profesores universitarios para que les impusieran trabajos especiales sin temor al *surmenage*, y en efecto, muy rara vez desmintieron estos elegidos a predestinados las esperanzas que en ellos podían fundarse, con arreglo al determinismo científico. La vigilancia de que se ha hecho mención, se refería a la conducta moral de los *característicos* y no entrañaba para ellos la más leve coacción física, ni aun siquiera la molestia de amonestaciones o consejos que sirvieran de trabas a su libertad; únicamente se anotaban ciertas observaciones en el correspondiente registro y esto era todo. La filiación intelectual y moral, de capacidad y de resultados, especie de biografía sumaria de cada personalidad distinguida, era más completa de lo que hubiera podido desear un exigente y sabio jefe de pesquisas.

Esta alta inspección estadística y en cierto modo policial de la corporación de psicólogos experimentales, tuvo en el desarrollo de la sociabilidad argentina una influencia inmensa. Observaciones que al principio habían sido aisladas y de mero interés científico, se generalizaron pronto y entraron cada vez más en las costumbres y en las leyes; la corporación de antropólogos, constituida por un número fijo de miembros, sometidos a rigurosas pruebas de capacidad y espléndidamente retribuidos, llegó a ser, de hecho, un verdadero poder del Estado; un admirable instrumento de selección. Todo candidato a cargos públicos hubo de someterse al examen y calificación de ese arcótipo temible, que dictaba sus fallos con una imparcialidad pasmosa. Si el candidato, después de un dictamen desfavorable respecto de sus aptitudes, insistía en someterse a la votación popular, no se le oponía

ningún veto y el pueblo decidía; pero tantas veces se confirmaron los pronósticos de aquella junta de sabios que se llegó pronto a dos hechos difíciles de prever un siglo antes: a presentar al pueblo una serie de gobernantes realmente capaces e íntegros que elevaron la grandeza nacional a inconcebible altura y a que el prestigio atribuido en otras épocas a los sacerdotes pasase rápidamente a los médicos que, en conjunto, soportaron con gran honor la ruda prueba y se hicieron dignos de su apostolado terrenal, por su abnegación y la rectitud de sus proceder. La ciencia tuvo adeptos tan desinteresados como los más fervorosos místicos de las religiones y, por otra parte, las tentativas de engaño eran tan fácilmente desautorizadas y tan general el desprecio que acarreaban a los culpables en tiempos de una publicidad vastísima, que llegó a ser imposible falsificar las reputaciones.

Había subido Renato hasta su cargo actual, comparable a la gobernación de un vasto imperio, después de haber mostrado grandes aptitudes como físico y como legislador. Se le debían descubrimientos notables, entre ellos la fijación de las imágenes psíquicas por medio de la luz del polonio, que producía impresiones diversamente coloreadas, representativas de otras tantas energías espirituales; algo así como un bosquejo interesantísimo de la fotografía del ser verdadero, y no decimos interior, porque la existencia de la irradiación astral era ya una verdad comprobada. Al mismo tiempo había demostrado Renato una vasta preparación administrativa y financiera. De tal modo, sin embargo, absorbían entonces los puestos del Estado las facultades más vigorosas, tales esfuerzos mentales imponían, que

la duración de los primeros empleos no pasaba de un año y en este periodo se renovaban la presidencia de la República, la Intendencia de Buenos Aires y las direcciones de ministerio. Esta limitación había llegado a ser necesaria para evitar el agotamiento nervioso de los altos magistrados y sobre todo la estancación y rutina de los negocios y procedimientos. Se vivía en permanente revolución pacífica, en medio de una vertiginosa serie de ensayos y reformas y era indispensable contar con cerebros muy sólidos y firmes para que no se interrumpiese la marcha. La palabra *tradición* iba perdiendo todo prestigio y sólo entre los indiferenciados abundaban los llamados conservadores.

El doctor Villena se había dedicado casi por entero a los intereses de la colectividad desde que la muerte le privó de la dulce compañía de su esposa Irene, con la que había pasado veinte años de una dicha no turbada por la más leve discordia. De tal modo armonizaban sus caracteres que parecían creados para comprenderse y estimarse. Fue el suyo un amor sin arrebatos y sin decepciones, un afecto entrañable y sereno, que les hizo saborear toda la felicidad que puede nacer en la tierra de la fusión de dos cuerpos en una sola alma. Renato había sido para Irene la realización del hombre ideal, del esposo y del amante en su más noble personificación y a la vez Irene había sido para Renato esa encarnación superior de la belleza y la bondad que supera las ilusiones más atrevidas de la juventud; pues así como la vida es con frecuencia una deformada caricatura de los ensueños del alma, puede dar también, siquiera sea en casos excepcionales, mucho más de lo que se la pedía. Dos hijos, Augusto y Elisa,

nacieron de esta venturosa unión y ambos colmaron de orgullo y satisfacción a sus padres, así por las dotes privilegiadas de su espíritu; como por la belleza física que reunían en alto grado. Augusto, que en el momento en que comienza esta relación entraba en los veinticuatro años, era uno de los más distinguidos jóvenes de su tiempo, ingeniero químico de gran renombre, que había realizado descubrimientos de trascendencia incalculable sobre formación sintética de algunos supuestos elementos simples, abriendo vastísimos horizontes a la ciencia. Su tesis doctoral, en vez de un trabajo medio literario y medio erudito de alumno aprovechado, había sido un golpe de maestro, una elevación increíble de águila de la ciencia, la producción por síntesis directa, de un gluten de propiedades análogas al que ofrece el extraído de los cereales. Este triunfo colosal, que resolvía multitud de problemas, no sólo químicos, sino sociológicos, despejando casi por completo la incógnita de la alimentación humana a precios fabulosamente baratos, granjeó a Augusto Villena la admiración del mundo a través del cual cediendo a invitaciones entusiastas, realizó viajes que fueron una serie de ovaciones delirantes, muy superiores por su alta significación y completa sinceridad a las que sostenían los más pomposos soberanos de la tierra.

Esta victoria fue amargada por la muerte de su idolatrada madre que acaso se doblegó al exceso de la alegría. Pero en Augusto, de igual modo que en Renato, el dolor se tradujo en un culto apasionado al recuerdo de aquella mujer adorable y en poderosa concentración de las facultades del alma en nuevas investigaciones y empresas. Augusto participaba del ardiente espiritualismo

de su padre y disintiendo en esto de muchos de sus colegas, creía que así como las manifestaciones orgánicas y vitales obedecen a principios mecánicos, el espíritu rige todas las combinaciones de la materia, determina sus movimientos y la acompaña necesariamente en forma de voluntad y conciencia como un aspecto eterno de la energía universal. Íntimamente convencido, pues, de que la muerte no es más que un episodio de la vida, y de que los seres que se han amado volverán a encontrarse y reconocerse, cultivó en silencio su noble pena, como se cultiva una planta de flores preciosas y continuó sus decisivos experimentos. Su nombre estaba inscrito en el libro de oro en la más alta categoría, con el envidiable número 33 y se confiaba fundadamente en que aquella vasta y noble intelectualidad preparaba a su patria y al mundo nuevas glorias en el terreno científico.

Elisa, cinco años más joven que su hermano, había recibido también una

instrucción muy vasta, pero adecuada a su temperamento artístico. Amaba la pintura y la música y además escribía composiciones sentimentales, en las que se notaba la afectación propia de su sexo. Pero si esto es un defecto, lo compensaba con su ingenua modestia, y con la nobleza de sus sentimientos no dejaba, sin embargo, de presentar algunas desigualdades de carácter; sufría poco la contradicción y en estos casos alardeaba de una independencia varonil. Por lo demás, brillaba en todos los ramos de la educación de una joven distinguida; hablaba perfectamente los cuatro idiomas de rigor en aquella época y aunque había tenido el buen gusto de no adquirir títulos universitarios, sus conocimientos en literatura hubieran honrado a más de un profesor. Conocía, por fin, de un modo satisfactorio las que aún seguían siendo labores de su sexo, cada vez más facilitadas y también más complicadas, por los muchos inventos



mecánicos que iban emancipando de no pocas sujeciones materiales a la humanidad femenina. En suma, sabía dirigir perfectamente una casa tan vasta como la de Renato Villena, en la que más bien sobraban que faltaban empleados domésticos —así se llamaba a los criados— elemento con el que había que transigir, como un mal menor, mientras no dieran resultados prácticos las figuras automáticas que ya prestaban algunos servicios y cuya docilidad era ejemplar cuando funcionaban normalmente.

## Capítulo 5

### Los abisinios en Buenos Aires

El Intendente, prevenido por una serie de avisos telefónicos de la aproximación y llegada de sus visitantes, dio las previas instrucciones necesarias para que uno de los secretarios de su palacio los condujese a su presencia. El palacio de Villena, verdadero museo de preciosidades de todo género, como las demás moradas opulentas de aquel tiempo, estaba situado en uno de los extremos de la ciudad, a pocos kilómetros del Río de la Plata, casi en el recinto de la antigua Buenos Aires y era una vasta construcción metálica, de 150 metros de altura, formada por veinte pisos cuadrados que se iban estrechando conforme se ascendía, según el gusto babilónico, y que presentaba en su conjunto el aspecto de una pirámide. El revestimiento del colosal edificio era de aleación de aluminio y selio, metales ligeros, poco alterables y protegidos por capas vítreas artísticamente coloreadas, que no sólo moderaban los efectos de la radiación calorífica y luminosa del sol, haciéndola casi imperceptible, sino que por la acertada combinación de los tonos,

daban a la extraña morada, rodeada de jardines y pensiles, fantástico atractivo. Allí, a más de la familia Villena, que se había reservado los pisos altos, habitaba una legión de servidores de Renato y de operarios de Augusto, muchos de ellos con sus respectivas familias.

Uno de los ascensores centrales trasladó en pocos momentos a los viajeros a las habitaciones de Renato de Villena, que esperaba en pie a sus visitantes en un magnífico salón. Cambiadas las cortesías de estilo —no muchas, pues la necesidad de utilizar el tiempo iba simplificando notablemente la etiqueta—, Yezid-Bajá, que era un respetable anciano como de sesenta años, presentó al Intendente varios mensajes de recomendación, uno de ellos suscrito por el monarca de Abisinia, y otros por influyentes personajes de diversos Estados; pues aunque el viaje carecía de significación oficial, siendo principalmente de estudio, deseaban hallar todas las facilidades posibles en sus investigaciones. El príncipe Ayub, joven de veinticinco años y acabado tipo de belleza oriental, había cultivado su espíritu con estudios muy superiores a los que acostumbraban hacer los nobles de su país y a la vez sobresalía en los ejercicios físicos y tenía probada su intrepidez en más de un combate.

Ofrecióles Villena con la mayor satisfacción sus servicios y después de haberles tranquilizado respecto al perjuicio que temían causarle distrayéndole de sus atenciones con aquella visita, pues eran las diez de la mañana y hasta las tres de la tarde disponía aquel día de su tiempo, entabló con ellos una conversación sobre varios asuntos, empleando el idioma inglés que, aparte del natal, era el más familiar a sus interlocutores.

—Las fugaces excursiones o, mejor diré, trayectorias que en la noche de ayer y en la mañana de hoy hemos tenido que realizar por Buenos Aires —dijo Ayub— nos han llenado de asombro, a pesar de que hace algunos meses visitamos Nueva York. Pasmosa fue la impresión que nos produjo la metrópoli norteamericana y juzgábamos insuperable su grandeza y magnificencia; más ahora empezamos a sospechar que no nos engañaron los diplomáticos sudamericanos de varios países al decirnos que la ciudad de las ciudades es la capital del hemisferio Sur.

—Así es, en efecto, y no tardarán ustedes en convencerse de esta verdad —dijo Renato de Villena—. La lucha entre Nueva York y Buenos Aires es antigua, data de más de un cuarto de siglo; pero todos los esfuerzos de los norteamericanos y todas las violencias que hacen sufrir a la estadística, no bastan a destruir los hechos, por más que los desfiguren. Admiro a los Estados Unidos en lo mucho que tienen de admirable; ese país representa uno de los más prodigiosos esfuerzos que ha realizado la humanidad; pero quisiera ver a sus hombres menos exclusivistas, menos obcecados en desconocer la evidencia cuando ésta se opone a los dictados de su amor propio. No insistiré en esto: cada cual entiende el patriotismo a su modo, pero siempre deberían quedar a salvo los fueros de la verdad. Y la verdad es que la cadena de antiguas ciudades que hoy forman un todo continuo desde Lynn (Massachussets) hasta Mount-Vernon en Virginia, se prolonga de norte a sur en una extensión de 680 kilómetros, con una anchura máxima de 12 de E. a O., lo que daría, tomando estas dimensiones como si fueran constantes, 816 mil hectáreas de super-

ficie, mientras la actual Buenos Aires, tomando solamente lo que pudiera llamar el casco de la ciudad y prescindiendo de sus expansiones, prolongadas como rayos de un sol naciente, mide 500 kilómetros de NE. a SE., y no menos de 225 de E. a O., y abarca una zona de diez millones de hectáreas próximamente. Ya ustedes ven que no hay siquiera posibilidad de discusión; se trata de una diferencia de área enorme, como de uno a diez, y sin embargo, se quiere negar la evidencia. Los norteamericanos aseguran que lo que nos empeñamos en llamar Buenos Aires es un conjunto de grupos aislados de población, entre los que hay grandes zonas agrícolas, mientras ellos han reunido de hecho Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Washington y las ciudades vecinas, urbanizando completamente el conjunto. Tienen razón al decir que viven allí más aglomerados que nosotros; puesto que la población de esa ciudad, que puedo llamar lineal, sube a 62 millones de habitantes, mientras aquí, en un espacio casi diez veces mayor, tenemos 80 millones en un vasto rectángulo dos veces más largo que ancho; pero las cifras absolutas son en Buenos Aires mucho mayores que en Nueva York y las relativas no nos preocupan, ya que la comodidad, la variedad y la belleza están de nuestra parte. Es cierto; aquí tenemos vastísimas extensiones de huerta, no sólo en la periferia, sino en el interior; pero no se interrumpe un momento la edificación de las grandes vías, ni la de las avenidas que circunvalan esta ciudad inmensa; el aire es más puro, las facilidades de aprovisionamiento mayores, las perspectivas incomparablemente más hermosas y cada grupo originario ha conservado su individualidad, sin menoscabo de la unidad del conjunto.

Hay aquí extensos barrios de calles relativamente estrechas con altísimos caserones de gusto norteamericano y en que la población es tan densa como en Nueva York; pero abundan los recintos más desahogados, y en estos se vive con más holgura, más luz y más higiene. El inconveniente de las distancias se anula con la prodigiosa abundancia de vehículos de todo género, y en último término, hay donde elegir. Ya tendré el gusto de servir a ustedes de guía por esta red y estoy seguro de que no han de tardar en orientarse por el laberinto, sin necesidad de hilo protector.

—Elevados desde las primeras horas de la mañana en un aeroplano dirigible —dijo el anciano Yezid— hemos podido observar, como a vista de pájaro, que ésta que no sé si llamar ciudad o vastísima provincia de casas, no tiene límites apreciables en ningún sentido, mientras los de Nueva York, en el sentido de la anchura, se percibían desde no muy gran elevación; pero lo que no podemos explicarnos es el hecho de que la nación argentina, mucho menos poblada que los Estados Unidos, haya llegado a tener una capital que, ya estamos persuadidos de ello, es incomparablemente más extensa.

—Ese fenómeno —repuso el Intendente— obedece a dos razones principales; una del orden físico, que es la suavidad excepcional del clima de esta región, en que el invierno es templado y el verano poco riguroso, circunstancias que no se dan en la costa oriental de Estados Unidos; otra del orden social y económico, y es el carácter más expansivo, más cordial de nuestro pueblo, que se ha opuesto siempre a la organización de los *trusts* o sindicatos omnipotentes que allá lo acaparan todo. Allí hay cuantiosísimas fortunas individuales, que se transmiten y aumentan por herencia, y

un personaje puede ser rey del trigo o del acero o de los transportes o de la carne; aquí no hemos querido introducir esa clase de monarcas, peores aún que los emperadores políticos, y hemos evitado en lo posible las grandes diferencias de fortuna; somos más bien usufructuarios y cedemos con placer a la colectividad nuestro sobrante en cuanto empezamos a sentirnos demasiado ricos. No somos Cresos sino accidentalmente y de pasada; hemos aprendido a limitar nuestras aspiraciones y cuando nuestros hijos están a salvo de la pobreza, tributamos gustosos con el resto, seguros de que la administración pública está en buenas manos. Así, encontrarán ustedes en Buenos Aires una serie prodigiosa de fundaciones y empresas de aprovechamiento y beneficio nacionales. Todo argentino tiene asegurado, en el peor de los casos, un conjunto bastante aceptable de medios de vida, a cambio de una modesta cooperación personal al trabajo común, y eso que nuestra República cuenta cerca de 200 millones de habitantes. En los Estados Unidos hay 450 millones y no viven, por cierto, mejor que nosotros; pues la lucha por la existencia es allí más ruda, por la exageración del feudalismo industrial y propietario. Allí alcanzan fabuloso poderío las personalidades vigorosas y también las favorecidas por las circunstancias, pero los vencidos por la vida y aplastados sin compasión se cuentan por muchos millones. También aquí tienen premio, y no escaso por cierto, los hombres excepcionales que prestan servicios de valía a la colectividad; pero nos preocupamos mucho de los débiles y no identificamos la desgracia con el crimen. Necesitamos muchas pruebas para definir como parásito a un ser humano; es difícil que no hallemos

alguna aplicación a todos los órdenes de aptitudes, aun a los más modestos. En suma, hemos aplicado una gran dosis de socialismo a nuestra organización; el Estado es aquí una máquina poderosísima que no nos inspira recelos ni aversión de ninguna especie; es el individuo gigantesco, el coloso inteligente capaz de realizar lo que no podrían los individuos aislados, verdaderas células del organismo, ni siquiera las asociaciones, que no pasan de ser ganglios. Hemos preferido cultivar el cerebro y me parece decisivo el resultado de la experiencia. Nuestro pueblo vive feliz y orgulloso de ser argentino, el coeficiente de progreso de nuestra cifra de habitantes es mucho mayor que en Norte América y si allí son todavía más, es porque nos llevaban un prodigioso adelanto. Pero aquello se fatiga y esto se encuentra en plena germinación.

—¿Habrán tenido ustedes que hacer frente a la rivalidad del coloso del Norte en más de una ocasión? —preguntó Yezid.  
—Sin duda: Venezuela, Colombia previamente desmembrada y Centro América fueron invadidas en 1950 por los Estados Unidos y hubieron de liberarse a costa de grandes sufrimientos. Las amenazas de absorción llegaron a ser tan duras que se impuso la más estrecha inteligencia entre los países de nuestro idioma. La guerra que, veinte años más tarde permitió a los Estados Unidos conquistar el Canadá, ya independiente de la Gran Bretaña, venció las últimas resistencias locales y entonces se echaron las bases de la Confederación Latino Americana, cuyo primer presidente fue un salvadoreño de pasmosa energía, asistido por un consejo en que figuraba un representante de cada nación confederada. Siguió después un peruano, luego un brasileño, después un mejicano, luego

un chileno. Los argentinos declinábamos con empeño el honor de dirigir la confederación, precisamente porque éramos el alma de ella. Cada nación se dirigía, por lo demás, con absoluta independencia interior; la presidencia y el Consejo Supremo se renovaban en períodos de tres años. En 1994 fue designado por unanimidad un presidente argentino y desde hace seis años la capital de la Confederación Latino Americana, que antes era indeterminada, es Buenos Aires, y el Consejo, con su presidente, no dura sino dos años. Ahora ya no estamos en el caso de temer guerra con los Estados Unidos ni con cualquiera otra nación o grupo de naciones. La República Argentina cuenta cerca de 200 millones de habitantes a los que hay que agregar 20 millones del Uruguay, 18 del Paraguay y 50 de Bolivia, países vinculados al nuestro por tratados especiales en una supernación, lo que nos da 300 millones de habitantes en caso de un conflicto, más difícil cada día. Hay además, Chile con 60 millones de habitantes, el Perú con 65 millones, el Brasil con 130; el Ecuador con 30; Colombia con 45, Venezuela con 35 y la República de Guayana con 12. Esto da, en cifras redondas, 665 millones para la América del Sur; pero como además tenemos en la Confederación a Méjico con 100 millones, a Centro América con 25 y a varias de las Antillas con 20 millones, resultan hoy para la Confederación más de 800 millones de habitantes, y cada año aumenta este número por lo menos en veinte millones. Los Estados Unidos, contando el Canadá, tienen, según el censo del último trimestre —ahora no hay descanso en estos trabajos— 606 millones de habitantes, de modo que no saldrían bien librados en una

lucha. Además, cada día parece más bárbaro, inútil y cruel el sacrificio de cientos de miles de hombres, y aunque los esfuerzos de cada contendiente se dirigen sobre todo a privar de medios de ataque y defensa al contrario, desbaratando sus máquinas de exterminio y los choques entre ejércitos van pasando a la historia —pues grandes masas de hombres pueden ser aniquiladas en momentos por la agitación vertiginosa que producen los explosivos en las capas atmosféricas— siempre se pierden en estas contiendas muchísimas vidas sin provecho de nadie. Sin las aplicaciones del radio, el polonio y otras sustancias análogas que neutralizan las más violentas proyecciones de energía eléctrica, habría sido relativamente fácil para los misántropos, los malvados o los ambiciosos el aniquilamiento de gran parte de la humanidad. Por fortuna, esos cuerpos maravillosos que así matan como salvan a distancias increíbles, han servido de base a medios de prevención y defensa que

apenas eran sospechados hace un siglo. Ahora, pues, el objeto de la guerra no es destruir al adversario, sino reducirle a la impotencia, maniatarle e imponerle condiciones, que consisten en la retribución del daño causado y en un empequeñecimiento de su personalidad; en una vigorosa limadura de las uñas y los dientes.

—Queda en pie todavía la amenaza de Europa —observó Ayub.

—No puede inspirarnos graves recelos. Su población crece con mucha lentitud relativamente a la nuestra. Tiene, es cierto, mil millones de habitantes; pero las naciones en que se divide no llegarán fácilmente a un acuerdo. Las repúblicas unidas de Iberia, con sus sesenta y cuatro millones de habitantes, están aliadas de corazón a los intereses sudamericanos y otro tanto sucede con Italia, que domina las dos orillas del Adriático. Alemania, después de haber absorbido el antiguo imperio austro húngaro, con más Dinamarca y Holanda, podría inspirarnos cuidado





con sus 320 millones de habitantes, sus temibles aprestos guerreros y su ambición de conquistas; pero no tiene poco que hacer con defenderse de Rusia, que la amenaza con sus 520 millones de súbditos ultra civilizados de los czares, que aún mantienen su soberanía en más de media Europa y gran parte del Asia. La república francesa, después de incorporarse a Bélgica, ha tratado varias veces de organizar la confederación latina, pero bajo condiciones de predominio que Italia y los Estados de Iberia no han querido aceptar, y así estas tres naciones, que juntas reunirían 250 millones de habitantes, siguen aisladas, lo que las perjudica de un modo enorme. En cuanto a Inglaterra, después de haber perdido sus colonias de la India y Australia, sufrió un golpe rudo con la separación de Irlanda y hoy vive de hecho, ya que no de nombre, bajo el protectorado de los Estados Unidos, que aún le permiten explotar una parte del África y conservar una holgada posición mercantil. Rudo ha sido el golpe para el orgullo británico, pero la historia ofrece contrastes muy curiosos y más de una metrópoli de ayer vive hoy bajo la dependencia, no menos real por lo indirecta, de sus antiguas colonias.

—Nosotros los africanos —dijo Ayub— tenemos aún mucho que sufrir de algunas de esas naciones europeas. Los americanos, más poderosos, os previnisteis con tiempo y no estáis ya en situación de temer vejaciones, antes podríais imponerlas; más en África no suceden así las cosas. Tenemos aún a los ingleses en Egipto, El Congo y Hotentocia; a los alemanes en Zanzíbar y en vastas regiones del interior; a los franceses en Berbería, Sahara, el Senegal y Madagascar; a los italianos en Trípoli: los españoles y portugueses

se mantienen todavía en varios puntos de la costa. Hierve nuestra sangre al ver que aún se nos mira como pueblos nacidos para la servidumbre, después de transcurrido el siglo XX, que debió haber borrado los últimos vestigios de colonización en el mundo entero. Si nosotros los abisinios hemos logrado mantener nuestra independencia, ha sido a costa de sacrificios terribles, de luchas incesantes, en que hemos puesto a contribución todos los inventos devastadores de los últimos tiempos. Nuestro país ha sido y es el refugio de todos los aventureros desesperados a quienes halagan todavía las emociones de la guerra; las puertas del único imperio independiente del África están abiertas de par en par a los ingenieros que nos propongan alguna máquina mortífera, a los arbitristas del mal y de la destrucción. Así tenemos que vivir y así viviremos hasta que el África se emancipe o hasta que el último abisinio haya caído asfixiado por un proyectil deletéreo o hecho trizas por un explosivo. Situación terrible, pero necesaria cuando no tiene más que dos soluciones, la esclavitud o la victoria.

—Pero —indicó Renato— ¿creéis en conciencia que el continente africano está en condiciones de figurar dignamente entre las sociedades libres y progresivas?

—Lo creemos con fervor —repuso el viejo Yezid— porque nosotros los abisinios, cristianos desde hace quince siglos, antes que lo fueran algunos de los más orgullosos pueblos de Europa, hemos sabido ir adelante sin renunciar a nuestra personalidad y ésta es precisamente la que quieren destruir los educadores venidos de fuera. No se trata de impulsarnos, sino de eliminarnos; no se nos coloca en la corriente sino que desean ahogarnos en ella, y

esto no lo toleraremos jamás. Quisiéramos ir al progreso sin arrebatos, por la depuración de nuestro carácter y tipo, mas no se nos deja y Abisinia es un campamento. Hemos conquistado el Somal, el Sudán, la Nubia y la mitad de la Arabia; nuestro imperio tiene seis millones de kilómetros cuadrados y cien millones de habitantes y aspiramos por su medio a la liberación del África. Nos dormimos acariciando esta idea y cada mañana nos levantamos más decididos a realizarla. Mientras tanto, sembramos de apóstoles el continente, nada nos arredra, nos defendemos, estudiamos y cultivamos la fe, la esperanza y la cólera en nuestros corazones.

–Bueno es añadir –dijo Ayub– que no nos faltan auxiliares poderosos y que disponemos de una diplomacia experta y sagaz. El Japón, dueño de la China Oriental y de parte de Indo-China, nos presta su cooperación poderosa; en general, nos han sido favorables los Estados Unidos y, por fin, las mutuas discordias de Francia, Inglaterra y Alemania, nos dan con frecuencia medios de sortear la situación y aún de obtener ventajas. Vuestra cooperación sería completamente decisiva.

–La República Argentina en particular y la Confederación Latino Americana en general –contestó Villena– no aceptan el peligroso papel de providencia terrestre y necesitan toda su fuerza, que ciertamente es grande, para que su progreso no se interrumpa un solo momento. La necesidad de crecer nos hace egoístas, si puede llamarse egoísmo a la abstención sistemática de toda violencia; salvo el caso de agresiones que serían,

así lo espero, inmediatamente rechazadas. Pero confiamos en la acción de las fuerzas vivas; creemos que lo que debe triunfar, triunfa; el ejemplo de la India Oriental, que ha logrado constituirse en gran república federativa después de luchas épicas, nos hace creer que vosotros llegareis también a vivir tranquilos, fuertes y respetados, sobre todo si no confundís vuestro legítimo deseo de mantener la independencia de Abisinia con la aspiración, que juzgo peligrosa y muy difícil, de haceros, no ya libertadores, sino dueños del África.

**(\*) Fragmento del libro *La Estrella del Sur: a través del porvenir*, editado por vez primera en la Imprenta de la fábrica La Sin Bombo, en 1904.**

# La ciudad anarquista americana<sup>(\*)</sup>

*Por Pierre Quiroule*

La vida de Pierre Quiroule, apodo del escritor francés Joaquín Alejo Falconnet , ofrece singulares curiosidades. Emigrado a la Argentina desde niño, se enroló a fines del siglo XIX en las filas anarquistas fundando el periódico francés *Le Libertè* y luego trabajó como colaborador de *La protesta*. Aparentemente su pseudónimo vendría dado por la frase “*Pierre qui roule n’amasse pas mousse*” (Piedra que rueda).

Profuso autor de obras filosóficas, literarias y científicas, Quiroule, quién además trabajó como tipógrafo en la imprenta de la Biblioteca Nacional a expensas de las gestiones de otro francés, su director Paul Groussac, en el año 1914 ensayó una célebre y fascinante utopía futurista sobre el diseño de una ciudad anarquista americana, con sus planos y sus formas de organización comunal, críticas de las aglomeraciones urbanas y las formas de vida burguesas imperantes en la época. Una imaginación que se proponía rescatar a la humanidad de la corrupción de sus sentidos que acontecía en los suburbios del capitalismo mundial y que profetizaba la redención del proletariado respecto de las condiciones sufrientes de existencia, del decadentismo moderno y del imperio burocrático.

## 1. Los cambios revolucionarios

Como Las Delicias no había experimentado modificación alguna después de la Revolución, habiendo quedado su población tan densa como antes, el perímetro urbano, exageradamente dilatado, no había variado, por lo que la ciudad seguía teniendo las mismas necesidades siendo comunista,<sup>1</sup> que cuando era la capital de la monarquía. En estas condiciones, era imprescindible que siguiesen funcionando los numerosos servicios públicos indispensables como los de las aguas corrientes, del correo, de tracción eléctrica a distancia, de alumbrado, de limpieza urbana, de empedrado, etc., sin olvidar el del ferrocarril, sin el cual la ciudad carecería de los productos del campo y el campo de los productos de la ciudad.

Y al pretender, ellos también, poner en marcha aquel gigantesco mecanismo que acciona en la vida de las grandes aglomeraciones humanas, los organizadores comunistas sufrieron la más cruel de las decepciones al notar cuan incompatible con la Idea anarquista resultaba aquella forma de labor.

Esto no era, en verdad, lo que ellos se habían propuesto al derribar el antiguo estado de cosas. Aspiraban ardientemente para sí y para los demás una vida sin compromisos ni obligaciones, a base de libre albedrío, sin el cual no puede haber verdadera libertad, ni completa independencia e integridad individuales.

Trabajar, sí, puesto que el trabajo era necesario para asegurar a todos el bienestar y su corolario la alegría, fuente de concordia y de fraternal expansión; pero no hacerlo, como antes, encadenado a una monótona y aburrida ocupación única, a la odiosa

labor continua y a la automática actividad de hora fija.

Y era precisamente esto último lo que esperaba a los comunistas, empeñados en pedir libertad al más perfecto instrumento de esclavitud que imaginar se puede.

Siendo, por ejemplo, evidentemente imposible modificar el sistema ferroviario existente, forzoso sería por dicha causa guardar intacta su organización complicada, sin la cual la circulación de los trenes no podría efectuarse.

En las estaciones habría que conservar el personal especial que regulariza el movimiento de los convoyes. Es cierto que el personal ocupado a la venta de los boletos, los inspectores, etc., podría suprimirse; pero los telegrafistas deberían hallarse en su puesto, lo mismo que los encargados de las señales y de los cambios de vías.

¿Qué ventajas traería para estos individuos el sistema comunista?

Admitiendo que su trabajo fuera aliviado en lo posible, acortando las horas de su presencia “obligatoria”, y que no tuviesen ya ninguna preocupación en cuanto a la cuestión económica, para el presente y el futuro, ¿qué horizonte de goces superiores y de libertad sería el suyo? Esclavos del servicio, su vida seguiría siendo invariablemente la misma. Nada habría cambiado para ellos y la implantación de la comuna poco beneficio les reportaría. Otro tanto puede decirse de los conductores de trenes, cuyo sitio no puede ser otro que sobre su máquina, y del personal del servicio urbano de tracción eléctrica, tan esclavo como el del ferroviario.

El material rodante de las vías férreas no es de duración eterna. Tanto las locomotoras como los coches de pasajeros y de carga deben ser incesantemente

renovados, lo mismo que los puentes, los rieles, los travesaños y los postes e hilos telegráficos.

Pues bien. Para hacer otras máquinas y otros vagones, cortar nuevos tirantes, fundir otros rieles, hacer muchos kilómetros de alambre, es necesario en primer lugar tener hierro, y para fundir y trabajar este hierro, poseer altos hornos, grandes establecimientos metalúrgicos y talleres mecánicos apropiados. Además, para alimentar los altos hornos, se necesita carbón, mucho carbón, lo mismo que para accionar las locomotoras, lo cual implica forzosamente la posesión de un stock enorme de hierro y de hulla, cuya adquisición requiere que numerosos productores trabajen penosamente en el fondo de las minas, lejos del sol y de la alegría que procura el espectáculo de la naturaleza, para que muchos otros hombres, desnudos delante del fuego abrasador de los altos hornos, activen durante toda su vida la formidable hoguera, o trituren sin cesar el fantástico bloque de metal incandescente que centellea en la extremidad de las enormes pinzas, como meteoro deslumbrador que ciega y quema cruelmente a los obreros...

La madera de los durmientes sobre los cuales descansa el riel, debe ser cortada en el monte, traída de muy lejos, y dividida en trozos iguales mediante la sierra mecánica, lo que significa que gran cantidad de trabajadores estarán ocupados eternamente en derribar árboles y cortarlos en pedazos.

Las fábricas de fuerza motriz, las usinas y los grandes talleres, el servicio de aguas corrientes, el de alumbrado, el de telégrafo y teléfono, etc., necesitan también, además de numerosos obreros encargados del trabajo ordinario, de un personal técnico competente que no es

posible cambiar a cada instante. Y no hablaremos de los servicios de limpieza de la calzada, de empedrado, etc., que en todo tiempo requieren legiones de activos trabajadores.

¿Quién haría, en adelante, estos trabajos de forzados? ¿Quién consentiría a pasar sus días en las negras profundidades de las minas, ahora que la naturaleza iba a brindar por igual a todos, sol y espacio, que todos tendrían derecho a los goces embriagadores de la vida libre?... Sí, ¿quién iría a las entrañas de la tierra, a sacar penosamente el combustible indispensable para las grandes industrias metalúrgicas?

¿Aquellos que lo hicieron siempre?

¡Qué sarcasmo!...

No es una razón, porque las duras condiciones del ambiente en que nacieron obligóles desde niños a bajar a las galerías subterráneas como lo hicieron sus ascendientes, para que así sigan siempre las cosas...

¿O se cree que el minero, cuya existencia se consume en una noche eterna; que el conductor de tren o el "motorman" expuestos a cada momento a mil peligros; que el leñador cortando troncos; el obrero de los altos hornos asado por la hoguera, etc., no tienen ningún ideal, ninguna aspiración a una vida mejor y más bella, más sana y más humana?...

¿Puede suponerse un solo instante siquiera, que, huyendo estos obreros de las minas, usinas y demás presidios industriales, como el preso que se escapa de la cárcel para respirar el aire puro y vivificante de la libertad, haya otros hombres tan insensatos para ir a reemplazarlos en los puestos abandonados?...

Y, además, para dar cohesión a tan inmenso conjunto de energías individuales, ¿no hace falta, acaso, una fuerza directora potente que las reúna

juiciosa y metódicamente en vista de la ejecución de la obra concertada?

Es innegable. Y como por otra parte no es posible en una dirección única abarcar el conjunto de la inmensa labor a efectuarse, esta fuerza directora deberá forzosamente entregar una parte de su poder en favor de otras fuerzas directoras subalternas. Entonces, cualquiera que sea el nombre con el cual se designe a estos delegados organizadores, que se les llame compañeros ingenieros o compañeros intelectuales, en vez de jefes o capataces, su intervención “directora” no por eso será menos autoritaria o efectiva, por cuanto, como siempre, tendrán que obedecer pasivamente los dirigidos.

De ahí nacerá la mala voluntad: el compañerismo y la solidaridad recibirán un golpe mortal, y falseado en su esencia misma el nuevo estado de cosas, en definitiva, no será sino un reflejo del antiguo.

Como está dicho, la organización del trabajo para la producción útil en la ciudad de Las Delicias, y principalmente de los diversos servicios públicos enumerados más arriba: tracción, luz, aguas, barrido, etc., dio lugar a una confusión enorme, a pesar de la buena voluntad de todos, quedando demostrado a los pocos días lo irrealizable de la empresa.

Aunque se hubiese contado con un ejército de hombres superiores, perfectamente al corriente de su misión, no habría sido posible el “normal” funcionamiento de dichos servicios, si se quería respetar los altos principios de justicia e igualdad inscriptos en los pliegues de la bandera roja y en el corazón de los comunistas.

El caso era que, no obstante su reorganización, estos servicios públicos

seguían siendo tan insuficientes y malos como precedentemente.

Es que se había hecho una revolución formidable para sustraerse de los efectos perniciosos de un sistema funesto, pero este sistema, salvo modificaciones insignificantes, quedaba en pie, perfectamente intacto, y era lógico que produjese los mismos males.

La Revolución parecía querer defraudar nuevamente las grandes esperanzas puestas en ella...

Tan amarga constatación no podía menos que entibiar el entusiasmo de los comunistas.

La limpieza de las calles, los trabajos pesados y sucios, por ejemplo, estaban hechos por voluntarios, los que se cansaron pronto de labor tan ingrata: había escasez de máquinas barredoras y pasaría tiempo antes que las hubiese en cantidad suficiente.

Los obreros, cuyo oficio era poco agradable o atrayente, deseaban cambiar de ocupación, pero como no sabían desempeñarse en otras profesiones, les era forzoso continuar con la suya, siendo esto motivo de descontento para muchos. ¿Cómo hacer para satisfacer los unos y los otros?

Hubo que abrir los ojos ante la realidad: sólo la organización tal como la entendían y practicaban los burgueses podía dar resultados aparentemente buenos, siendo la sola compatible con las gigantescas ciudades modernas.

Con el sistema comunista, esta organización no servía. Se había errado el camino.

Pero, si tal cosa sucedía con la organización de la producción en la ex capital de la difunta monarquía, donde no faltaban inteligencias despejadas, ¿qué no pasaría con la gente del campo, por lo general poco ilustrada, con los agricultores que debían abastecer la

ciudad, enviándole los productos de la tierra, fruto de su labor!

Éstos tampoco tenían por qué regocijarse exageradamente con la proclamación de la comuna.

¿En qué había cambiado su triste condición de esclavos de la tierra? En nada. Su suerte seguía siendo la misma, dura y poco divertida.

Ellos poseían la tierra, es cierto, pero el método de cultura no había variado. Era siempre el cultivo en gran escala el que prevalecía; es decir, la siembra de un mismo cereal o producto, cubriendo regiones enteras, porque eran necesarias grandes y abundantes cosechas para que las ciudades gigantes, esas devoradoras insaciables, no conociesen el fantasma del hambre, y esta labor monótona, sin variación y falta de todo atractivo, no era la más a propósito para hacer conocer al obrero del campo la felicidad, alegría y dulzura de vida que él se figuraría naturalmente inherentes a la condición de hombre libre.

Y en ese caso, ¿quién podría impedir que el campesino, dueño sin disputa del suelo y de sus brazos, viendo que puede vivir tranquilo y dichoso con el mínimo de esfuerzo, y en rigor pudiendo pasarse de la ayuda de los habitantes de la ciudad con sólo asociarse con los camaradas de su pueblo, para producir únicamente lo preciso para las necesidades propias —y sabemos que estas necesidades del campesino son pocas—, se negase a continuar la asociación rompiendo en lo sucesivo toda relación con ellos basada sobre la comunidad de la producción?

¡Terrible perspectiva, de un posible divorcio entre la ciudad y el campo!... Estos obstáculos e imposibilidades habían sido previstos, sin embargo, mucho antes de la Revolución, por el

joven Super, quien habíase manifestado siempre contrario a la tendencia general que quería utilizar, en tiempo de Anarquía, los métodos y medios empleados por el capitalismo para hacer frente a las necesidades de la sociedad burguesa.

Algunos de sus compañeros fueron del mismo parecer, pero los otros, demasiado optimistas, y tal vez sin ahondar convenientemente ese lado del problema, calificaron de quiméricas dichas aprensiones, prefiriendo encarar las cosas venideras con detestable criterio rutinario, inconscientemente opuestos a las solas ideas renovadoras de las que dependía la salvación de la obra revolucionaria; creyendo posible dar nueva y fecunda vida a un organismo gangrenado cuya supresión total debía haber sido uno de los primeros actos de la Revolución.

Las previsiones del joven anarquista no eran equivocadas, porque es una gran verdad que no puede haber salud, armonía, bienestar, higiene, abundancia, alegría ni libertad en los grandes centros poblados.

Es una locura, decía, que una colectividad libre persista en vivir amontonada en un mismo punto, ensanchando más y más la planta urbana de su residencia, a medida que dicha colectividad crece y se hace más numerosa; cifrando su gloria en construir y habitar la ciudad más grande y más poblada del mundo, porque todo lo que hace o constituye el esplendor de una gran metrópoli: extensión de perímetro, altura de los edificios, número crecido de habitantes, actividad del comercio, riqueza de la población, movimiento extraordinario del tráfico callejero, etc., etc., es opuesto a la realización del ideal anarquista, el que consiste en agrupaciones reducidas de seres racionales que buscan en la

asociación con sus semejantes el medio de obtener el máximo de bienestar con el mínimo de esfuerzo individual, y una libertad amplia, sin restricciones, que permita a cada uno de los miembros de dicha asociación disponer de su tiempo sin control, sea interviniendo últimamente en las ocupaciones materiales exigidas por las necesidades económicas, sea dedicándose a las del espíritu, no menos importantes y necesarias para el normal equilibrio de las facultades humanas.

Y bien, las grandes ciudades no pueden ofrecer nada de esto a sus moradores. Mas, casi se podría afirmar que ellas han sido ideadas por los gobernantes para conseguir lo contrario, con el fin de transformar las mil anomalías que derivan fatalmente de un exceso de población en fuente inagotable de dinero.

Por eso, han hecho creer a los gobernados que es un título de gloria para la capital de una nación el tener muchos millones de habitantes, como Nueva York, París o Londres, diciéndoles que estas capitales deben una gran parte de su fama y prosperidad a tan colosal reunión de individuos y propenden a que la de su país sea tan grande o mayor que las citadas.

El brillo ficticio de aquellas colosales aglomeraciones humanas, les da una apariencia de razón, con lo que el engaño es fácil. Y el pueblo cree, se aglomera según la fórmula patriótica, con lo que los dirigentes consiguen lo que desean: recursos abundantes para mantener en la holganza a la clase burguesa.

Sabido es que la burguesía se compone de individuos que viven del trabajo ajeno.

Estos individuos, que son los parásitos que roen el cuerpo social, no podrían existir o desarrollarse fuera

del recinto de las ciudades. Es preciso, pues, que haya ciudades para albergarlos convenientemente, y que estas ciudades sean grandes, porque cuanto más grandes, más numerosos son los servicios públicos que ellas necesitan, los cuales exigen todo un arsenal de ordenanzas y reglamentos que faciliten su buen funcionamiento. Estos reglamentos y ordenanzas requieren, como es de suponer, una legión de “activos” funcionarios que velen por su exacto cumplimiento.

Además, se precisan numerosas oficinas para la administración de la cosa pública: oficinas de estudios, de solicitudes, de autorizaciones, despacho de fórmulas y papel timbrado, de informes...; otras para las contravenciones y multas; otras para recaudación de impuestos, etc., etc.

Cada uno de los servicios públicos de una gran ciudad debe tener en todos los barrios sus oficinas correspondientes y el personal de empleados encargados de la reglamentación e inspección de dichos servicios. Y, naturalmente, el parásito burgués encuentra en esas oficinas el puesto bien remunerado, que le permite vivir y hacer buena figura con los demás individuos de su clase privilegiada.

Y como estos individuos son muchos, se necesitan muchos empleos... Es así como hay un sinnúmero de oficinas de reglamentación, conservación e inspección; de construcción, pavimentación, tráfico y consumo; de teatros, paseos y trabajo; del riego, de análisis; de higiene, asistencia, etc., etc., que sólo sirven para dar una apariencia de ocupación a los hijos de la burguesía.

Todo nuevo ensanche, cada nuevo progreso, toda innovación, todo lo que da mayor brillo o esplendor a la ciudad moderna, son el pretexto para



la creación inmediata de otros tantos nuevos servicios de estudio, inspección, reglamentación y recaudación provistos de sus respectivos personales de parásitos.

Además, en una gran ciudad, hay siempre el elemento popular recalci-trante, los descontentos, aquellos que quieren imitar en todo a los burgueses; es decir, vivir como éstos, a costa de los laboriosos. Por eso, como se comprende, los burgueses no pueden consentirlo: ¡nada de competencia! ¡Para aquellos pillos habrá leyes penales que fijen el castigo en que incurren por su pretensión! ¡Espléndida ocasión para crear nuevas profesiones liberales, como la de juez para condenar, de escribiente para historiar los delitos, y también de abogado (!) para defender a los pillos!

Pero, para sostener aquel ejército de hambrientos elegantes, se necesita dinero, mucho dinero, y para encontrar ese dinero es preciso recurrir a los impuestos, contribuciones y gabelas de todas clases, y hacer que la población los pague con puntualidad.

Se comprende fácilmente que en ciudades chicas, de pocos habitantes, los impuestos no darían lo suficiente para alimentar tantos holgazanes. Es por consiguiente absolutamente necesario también desde este punto de vista, que la ciudad sea grande, inmensa, ilimitada, en relación a su población, para que las bienhechoras gabelas hagan caer una lluvia de oro en los bolsillos de estos astutos mistificadores y vividores.

En primer lugar los varios millones de habitantes de la ciudad gigante, necesitan comer, beber y... respirar, funciones indispensables de la vida. Buena oportunidad para gravar el pan, la carne, el agua, el aire, el sol... de un justo tributo que todos pagarán sin

regatear, aunque sólo se disfrute del aire, del sol, del pan, del agua o de la carne en muy pequeñas dosis y que las dichas pequeñas dosis sean siempre de calidad muy inferior.

Además, muchos negocios y casas de comercio abrirán sus puertas en la gran ciudad. Pronto, vendrán impuestos de patente, luz y barrido; otros impuestos por el letrado, sobre la clase de comercio; otros sobre el número de dependientes empleados; sobre el capital invertido; sobre los beneficios realizados, etc.

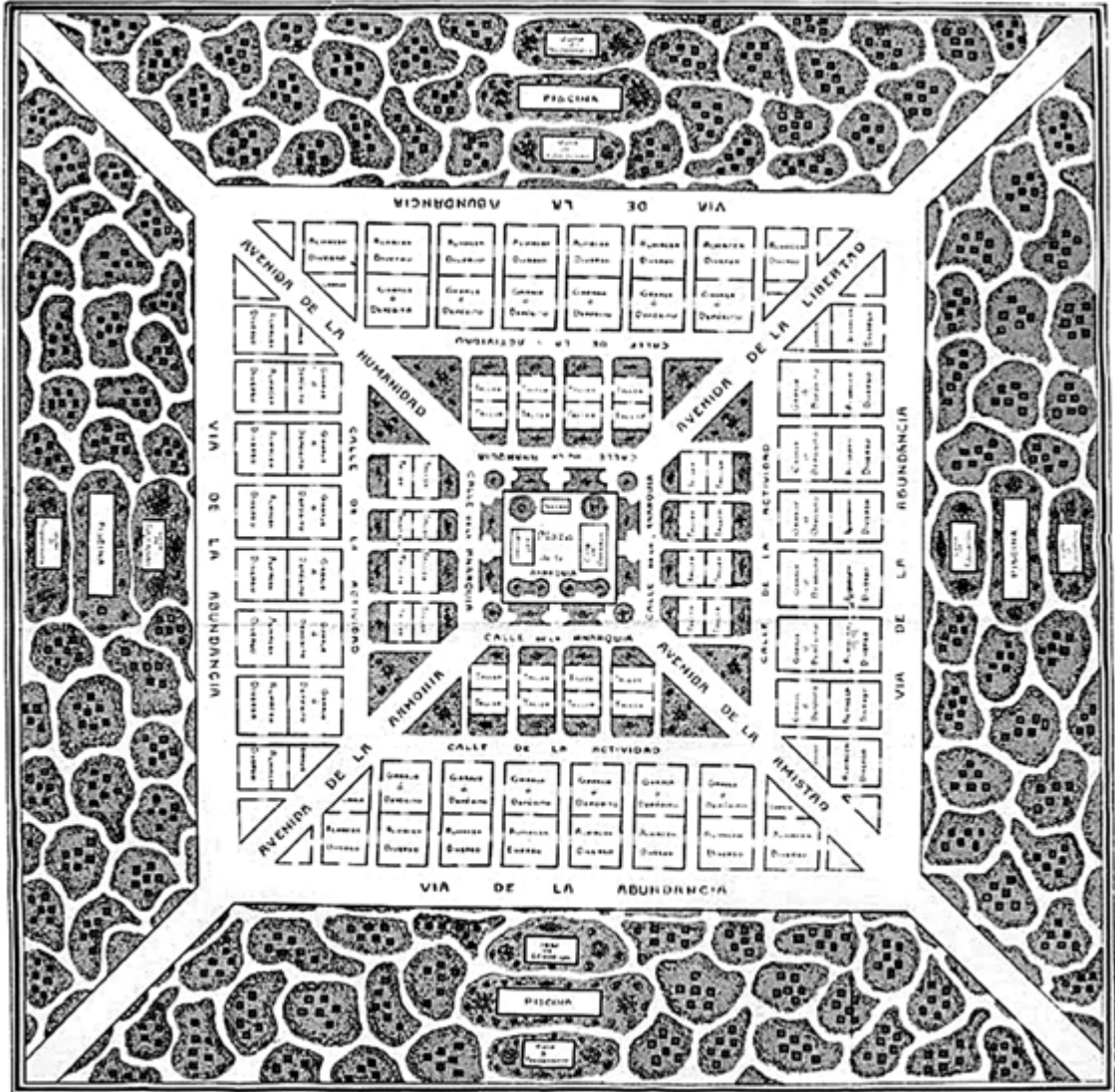
De cada lado de la calzada se levantarán un sinnúmero de inmuebles, que pagarán también crecidas sumas en concepto de contribución territorial, además de los impuestos de limpieza, de alumbrado y otras gabelas por el estilo.

El terreno sube de precio en el centro de la ciudad, debido a la compacta edificación y a las hermosas y bien asfaltadas calles y avenidas, en las que se ubican los ricos mercaderes y se radican el lujo y los placeres. Sin tardar se construyen rascacielos de cien pisos de altura, cuyos dueños piensan escapar así a la explotación escandalosa de los detentores de la tierra, ganando en alto lo que no pueden conseguir en ancho.

Entonces se tienen ciudades fantásticas, ideadas por cerebros locos, como las de Norteamérica, donde todo un mundo vive entre las nubes.

Sin embargo, el peligro de tener que pagar no ha sido conjurado, como lo creyó el propietario de esas horribles torres de hierro modernas; porque lo que no dio al vendedor del suelo, tiene que entregarlo con creces en forma de impuestos, a los administradores de la cosa pública: impuesto sobre cada piso, sobre cada habitación, sobre el número de personas alojadas, sobre la cantidad de ascensores; sobre las ventanas y las

### PLANO DE LA CIUDAD ANARQUISTA AMERICANA



ADVERTENCIA. — Con el fin de facilitar la comprensión de este plano, el autor se ha limitado en las proporciones.  
 NOTA. — Desde el Sur, el Norte, el Este y el Oeste se han colocado los nombres de las calles y avenidas, en los  
 bordes del plano, etc.



Legenda de otros edificios de interés.

puertas, sobre la corriente eléctrica que da luz, calor y tracción; sobre la forma del edificio y su arquitectura; sobre el espacio ocupado por sus frentes y la superficie de su base, etc., etc.

Pero el dueño del inmueble gigante halla el modo de no sacar un solo centavo de su bolsillo. ¿No es él, acaso, burgués también, es decir, parásito que se nutre del esfuerzo ajeno?... Pues, con aumentar el precio del alquiler a los locatarios, se resuelve sin dificultad el problema, siendo en definitiva los productores quienes, como siempre, tienen que cancelar íntegras las contribuciones y los impuestos del rico propietario.

Las calles, largas, y en su mayoría mal pavimentadas y sucias, hacen el uso del vehículo imprescindible. Nada conviene más a nuestros parásitos, que tienen con esto otra fuente abundante de recursos derivados de las gabelas de todas clases, que alcanzan a todos los rodados, a todos los caballos, a todas las fustas, a todas las cocherías, etc. Esto para los coches de plaza. En cuanto a los carros de carga, su número tiene que aumentar forzosamente a medida que se desarrolla la ciudad y crece su población, cuyas necesidades exigen un abastecimiento incesante, y llueven reciamente también sobre éstos las contribuciones benditas: impuesto sobre el peso que pueden llevar, sobre el número de yuntas que tiran; gabelas de una clase para los vehículos de cuatro ruedas, de otra para los de dos, etc., sin olvidar, naturalmente, la indispensable patente de circulación.

La ciudad es grande. Los habitantes, que tienen relaciones entre ellos, viven en los barrios más opuestos: de allí el servicio de correos que facilite las comunicaciones epistolares. Y luego, el impuesto sobre cada carta, sobre

cada impreso, etc., y otra nube más de funcionarios parásitos, hijos de burgueses, tienen asegurada una existencia tranquila y bien rentada.

En una gran ciudad, el público tiene que ocupar sus ocios en alguna cosa: se va al café, al concierto, etc., cuando no a las carreras u otras diversiones deportivas. Pues bien, ¡hasta la alegría y el descanso pagan tributo a la ley común! El café, principalmente, ¡qué mina de oro inagotable! Allí, cada botella que se expende o está en los estantes, cada vaso, cada cucharita, cada silla, cada letra de los avisos que adornan las paredes, paga gabela a la comuna (léase a los burgueses). El teatro y el hipódromo entregan un tanto por ciento sobre el importe de sus rentas diarias.

¡Qué decir del cigarrillo, ese compañero inseparable del trabajador y del holgazán!, ¡qué fuente de recursos!...

Pero, si hasta de los vicios menos nobles, ¡¡¡hasta de la prostitución!!! sacan provecho estos honrados y virtuosos señores administradores nuestros...

Y así es como hay en la gran ciudad un sin fin de contribuciones y de gabelas sobre todo lo que se ve, lo que se toca, lo que se usa, para la mejor marcha y administración de la cosa pública.

En cuanto a los beneficios que sacan los contribuyentes de los tales servicios públicos que ellos sostienen tan liberalmente con su dinero, es difícil de apreciarlos, porque no existen, o si los hay, son tan escasos, tan ínfimos, que ni vale la pena hablar de ellos.

En realidad, no se trata de parte de la burguesía administradora y directora, de atender seriamente ninguno de estos servicios de utilidad pública.

Dichos servicios son el pretexto, el fin es encontrar dinero para vivir bien sin hacer nada. Teniendo asegurado el

ingreso de este dinero, lo demás importa poco, es de segunda importancia.

Pero, como es preciso dar siquiera una apariencia de compensación al dinero sustraído del bolsillo de los productores, se les ofrece un raro ramillete de espléndidas ilusiones: ilusión de limpieza, ilusión de empedrado, de seguridad, de higiene, de embellecimiento; ilusión de luz, etc., etc. Y a medida que la ciudad se agranda y que su esplendor es más brillante, nuevas ilusiones, que se pagarán con buenas realidades monetarias, son la consecuencia de ese mayor grado de progreso alcanzado por las deslumbrantes Atenas modernas.

De ahí las quejas y protestas del contribuyente, escandalizado por la grosera mistificación de que va siendo víctima. Sí, todo es ilusión en las grandes ciudades, todo, hasta la salud, que no tenemos; hasta el aire que respiramos, viciado por las miasmas y pestilencias de la calzada: ¿no hemos dicho que el barrido de la vía pública es otra ilusión?

Y si el aire que respiramos en la calle lleva a nuestros pulmones los gérmenes de todas las enfermedades, ¿qué decir del que respiramos en las “higiénicas” habitaciones construidas con la competentísima aprobación de las oficinas de parásitos creadas para dicho objeto!

¿Veis estos edificios colosales que se levantan, soberbios, muy alto por encima de las modestas casas que los rodean, como aplastándolas con su mole enorme... estos edificios estupendos que atónito contempla el forastero, confundido ante tanta ciencia de ingeniería y atrevidéz de concepción, y que son uno de los principales motivos de orgullo de las grandes ciudades actuales?...

Pues, contra ellos, cientos de puños se levantan traduciendo en gesto de rabia impotente la desesperación de los desgraciados seres que viven en su base privados de luz, de aire y de sol, en las miserables chozas envueltas en la fría sombra que proyecta sobre ellas el criminal coloso, sembrador de tristeza, de tuberculosis y de muerte...

Y así todo...; convirtiéndose fatalmente las grandes ciudades en receptáculos de todas las inmundicias arrojadas por la población, animal y humana, que envenenan la atmósfera: ellas no son sino un conjunto de fealdades de la peor especie, una reunión diabólica de todo lo que puede dañar y perjudicar al hombre: suciedad, enfermedad, corrupción, degeneración, delincuencia, opresión, esclavitud, hambre, miseria, aflicción, etc.

¿Era para perpetuar semejante estado de cosas que los voluntarios de la Anarquía habían derrumbado la monarquía? ¿Trabajar cual un autómeta; vivir en malas condiciones higiénicas; sujetarse a reglamentos opresores, y lo más peor, estar por presenciar la ruptura entre el elemento agrícola y el elemento industrial?...

¿No... mil veces no!... la revolución no podía detenerse a medio camino, ella debía acabar su obra, proclamar la libertad sin límite y el derecho a la salud en la región americana emancipada, organizando el trabajo sobre bases nuevas que no aten al individuo a un modo determinado de labor y de vida. Y sobre todo, huir de las grandes ciudades, derribarlas implacablemente hasta que no quede de ellas piedra sobre piedra, como si fueran ciudades malditas..., y formar pequeños pueblos que produciéndolo todo, se basten a sí mismos. Respirar aire puro, vivir en plena gloria del sol, para dar nuevos

pulmones a la humanidad y regenerar la especie, reconciliándola con la alegría y la dicha de ser...

Super recordaba todas estas exaltadas palabras con las cuales trataba de persuadir a sus camaradas los libertarios en aquellos críticos momentos, y decidirlos a dar el paso decisivo que completaría la obra empezada, como la inmensa satisfacción que experimentó cuando vio prevalecer sus ideas.

Oídas en asamblea de comunistas las razones del joven anarquista, y las de algunos compañeros más, partidarios decididos de la comuna tal como aquél la comprendía, los libertarios deliberaron sobre la conveniencia de adoptar la organización propuesta.

El resultado de la deliberación que fue de las más acaloradas, resultó completamente favorable a los entusiastas novatores. Por unanimidad decidió obrar inmediatamente en el sentido indicado. Para hacer conocer de la población las decisiones tomadas, se resolvió organizar numerosos mítines en todos los barrios de la ciudad, en los que se explicaría las graves razones que hacían imprescindible una orientación nueva, un cambio de rumbo que permitiría andar con paso firme hacia la justicia social, ya que quedaba evidenciado que no había esperanza alguna de poder alcanzar nunca la felicidad anhelada siguiendo por el antiguo camino.

Se publicaría, además, un extenso manifiesto explicativo, el que sería distribuido profusamente durante los mítines y fuera de ellos, en el que se expondría claramente el por qué se debía abandonar cuanto antes la gran capital para dirigirse sobre los pueblos vecinos, repartiéndose los habitantes de Las Delicias en cada una de las poblaciones camperas, hasta no pasar de una cantidad deter-

minada de individuos, y formando con el sobrante de la población nuevos pueblos que se ubicarían en los lugares que se designarían como los más apropiados. El manifiesto terminaría indicando cuáles eran los métodos de trabajo que se pensaba adoptar para que fuera un hecho la independencia de cada comuna.

Las nuevas poblaciones debían organizarse de un modo distinto al actual, según un plan que consultaría la comodidad del abastecimiento, la facilitación de la circulación, la conveniencia de la producción, la higiene y el bienestar general, permitiendo a cada pueblo o comuna desarrollarse libremente, organizando su producción de manera que no tuviera necesidad alguna de la ayuda de las demás, fuera de los casos de fuerza mayor, producidos por causas catastróficas, en cuya circunstancia no les faltaría la acción de la solidaridad comunista.

Así, con el trabajo libre e inteligente de sus habitantes, las comunas nacientes llegarían en poco tiempo a un alto grado de progreso benéfico para todos sus miembros, acercándose cada vez más al ideal de perfección soñado por los generosos utopistas.

El primer acto de los comunistas en ese combate por la dicha, debía ser el de entregarse enteramente, intensivamente, a la cultura del suelo. De la tierra brotaría la independencia junto con la abundancia para la vida.

Pero como los pueblos anarquistas no contaban con los instrumentos mecánicos para la fabricación de las máquinas necesarias a las muy diversas tareas de la producción industrial, se seguiría aprovechando los talleres y usinas de la capital para proveer a las comunas de las herramientas y de la maquinaria indispensable.

Después, cuando los pueblos contaran con medios propios para poder producir y abastecerse en las condiciones requeridas por su población, se abandonarían también los talleres y las usinas de Las Delicias, no sin antes haber sacado de ellos cuantos útiles contenían y de desarmar y transportar a los nuevos centros de población toda la maquinaria susceptible de ser adaptada a los nuevos métodos de trabajo, garantía de la autonomía del productor.

Durante cuatro años consecutivos se trabajó afanosamente para poner la comuna en estado de andar con sus solas fuerzas. La capital había sido evacuada casi por completo. Sólo residían todavía en ella los compañeros ocupados en la fabricación y transformación de las máquinas y demás instrumentos de labor que sólo podían hacerse allí por el momento.

Luego, se necesitó otros tantos años más para dar forma aproximada a la concepción filosófica de la comuna anarquista, y diez años más para que los nuevos pueblos adquiriesen las costumbres y el aspecto que tenían en la actualidad. Se estaba, pues, en la aurora hermosa de una sociedad verdaderamente libre y feliz.

## 2. Ojeada a la nueva sociedad

La planta urbana no estaba exageradamente extendida como la de las grandes ciudades. Nadie pagaba alquiler para habitar en los chalets comunistas, careciendo estos últimos, como todo lo que constituía el haber social, de valor especulativo, por la supresión del dinero y la abolición de la propiedad privada. Y no habiendo barrios centrales ni suburbios, ni calles privilegiadas y otras abandonadas, los

que vivían en una parte de la ciudad, nada tenían que envidiar a los que habitaban en las otras partes, porque en todos sus puntos hacía sentir igualmente la inteligente e interesada intervención de los moradores, que se esmeraban en dotarla de cuanto podía contribuir a su embellecimiento y a hacer más agradable la permanencia en ella, por lo que tanto valía residir en uno como en otro punto, al norte como al sur, al este como al oeste; siendo así que la población no se veía en la dura necesidad de emigrar continuamente, como antes, siempre más lejos del centro, hacia los parajes apartados, sucios y faltos de todo, ni tenía que luchar contra el encarecimiento siempre creciente de las habitaciones situadas en el corazón de la “city”.

Por estos motivos, y el de no existir ya las largas distancias que separaban el domicilio del empleo, las que debían recorrerse diariamente, con la torturante preocupación de llegar a destino con exactitud matemática, el servicio de transporte rápido de pasajeros por tracción eléctrica o vapor, era absolutamente superfluo e inútil.

En verdad que se necesitaba una organización tan irracional absurda como la de la sociedad burguesa, para que fuera imprescindible recurrir a semejante medio para asegurar el funcionamiento de la máquina social.

La manera de comprender las cosas en aquella época singular, era de las más curiosas y divertidas. Así, por ejemplo, la gente que vivía al norte de la ciudad tenía sus ocupaciones al sur de la misma, y la que residía al sur las tenía al norte, pasando un par de horas todos los días viajando en tranvía, una a la mañana para la ida a la labor y otra a la noche para el regreso al hogar... Y miles de hombres, de mujeres y de

niños, hacían diariamente el mismo monótono y aburrido recorrido, perdiendo un tiempo precioso que sumado resultaría fabuloso, cuando era tan cómodo y sencillo para los vecinos en cada barrio hacer allí mismo el trabajo que hubiese.

Además, no habiendo que conformarse a horarios impuestos y por lo tanto arbitrarios, puesto que las cosas hacíanse por libre iniciativa y en cualquier momento del día y al notar la conveniencia de efectuarlas, no se veía en las calles de la ciudad anarquista, aquella doble correntada humana que en los grandes centros poblados desbordan de una a otra vía, entrechocándose en la encrucijada de los caminos, como olas enemigas que se repelen, para correr luego, silenciosas y frías, entre las altas paredes de los edificios construidos a ambos lados de la calzada.

No faltando nada a nadie, no había harapientos al lado de bien vestidos, ni hambrientos codeando hartos; ni pudientes orgullosos al lado de humildes hipócritas y rencorosos.

Los semblantes expresaban sólo sentimientos nobles y leales. La máscara repulsiva de la hipocresía había caído de todos los rostros, habiendo las caras recuperado sus armoniosas líneas naturales y humanas, deformadas durante tanto tiempo por la burla insolente, la blasfemia, la mentira, la simulación, el odio, la envidia, la astucia y el egoísmo; o marchitas por las orgías y los vicios más degradantes.

No se veían facciones alteradas por las injusticias sociales, por los abusos y el engaño de los fuertes; no se veían caras huesudas y cadavéricas, ojos muertos o sin expresión, cuerpos arruinados por catástrofes morales, por exceso de trabajo y de privaciones o por enfermedades vergonzosas...

No se veían gesticulaciones de beodos o de individuos trastornados por los terribles reveses de la existencia; no se veían niños sucios y andrajosos y famélicos, criándose en el arroyo; no se oían palabras groseras o soeces que ofendiesen la ética del lenguaje e hiriesen la forma amable del trato entre comunistas hombres, mujeres y niños...

La corrupción de las costumbres había desaparecido por completo. La prostitución no era más que un triste recuerdo de una época libertina y depravada. El alcohol y los espirituosos habían sido desterrados como bebida. Solamente la pasión por el tabaco no había sido extirpada del todo todavía; una reducida minoría, a pesar de todo, seguía siendo esclava del vicio de fumar, afortunadamente el menos repugnante. Pero como no existía venta de cigarros, los fumadores cultivaban y cuidaban ellos mismos las plantas de tabaco que necesitaban para su consumo personal, con lo que sólo se perjudicaban a sí mismos.

El cambio de forma social había operado una transformación radical en la mentalidad general. La abolición de la propiedad privada y la supresión del oro como valor representativo de la producción, habían asestado un golpe mortal a la delincuencia. Luego, la desaparición de las diarias preocupaciones económicas individuales, y la satisfacción que experimentaron los comunistas con los nuevos métodos de trabajo adoptados que simplificaban y aliviaban la labor, reduciéndola a unas cuantas horas diarias, influyeron poderosamente para libertar los ánimos de aquella hostilidad latente, que en la sociedad capitalista contagiaba los espíritus, enemistándolos por razones de interés.

Muy contados fueron los individuos que se mostraron reacios al nuevo estado de cosas. Hubo, asimismo, algunos inconscientes que no tuvieron el menor escrúpulo en aprovecharse del esfuerzo ajeno, consumiendo sin contribuir en la producción, o simulando hacerlo, pensando poder vivir cómodamente, como buenos zánganos, engañando a los productores. Esto, como es natural, no podía tolerarse. Pero ¿cómo hacer para obligarlos a trabajar? ¿Tener espías, crear tribunales, nombrar jueces?

Esto hubiera sido imitar el absurdo sistema de represión inventado por los burgueses, sistema de represión “que hiere una vez más al robado al pretender castigar al ladrón”.

Pero dicho sistema no resuelve nada, ya que su acción no puede ser otra que la de reprimir, siendo bien probado que le es imposible impedir el delito.

Los jueces pueden mandar a presidio al delincuente, pero lo que no podrán hacer nunca es evitar que robe el ladrón o asesine el criminal. Su papel se reduce, en consecuencia, a castigar al culpable, y con el encierro del delincuente la justicia se declara satisfecha.

Pero, al aprisionarlo, ella se ve no solamente obligada a alojarlo gratuitamente durante todo el tiempo de su condena, sino que debe proveer también a su alimentación y darle las ropas que necesite. Y como es preciso tener dinero para pagar los gastos de su manutención el robado o la familia del asesinado, conjuntamente con los demás miembros de la sociedad que no fueron perjudicados ni por el asesino ni por el ladrón y por consiguiente nada tienen que ver con ellos, deben saldar la cuenta, una cuenta muy larga, porque nunca acaba, aunque los malhechores salgan en libertad, ya que siempre hay otros para reemplazarlos.

Pero no es sólo el delincuente a quien debe mantener el robado. ¡¡¡Tiene que remunerar regíamente los jueces y sus escribientes; tiene que pagar los comisarios de policía y los guardianes del orden y de la propiedad; los carceleros y los obreros que edifican las cárceles, y abonar también el valor del material que se emplea para la construcción de estas últimas!!!...

Esta manera de hacer justicia, sangrando igualmente a las víctimas de los delincuentes y a los que no son víctimas de ellos, no podía convenir, como se comprende, a los comunistas, porque era crear al lado de algunos parásitos dañinos, todo un ejército de nuevos parásitos mucho más voraces y temibles que los primeros; además de ser en alto grado inmoral, por cuanto deformaba cerebros, moldeándolos para la ejecución de una obra baja y deprimente, como lo es la de perseguir y espiar a los hombres y condenarlos a una vida de tortura, privándolos de libertad y de bienestar.

No; aunque en el principio origináronse no pocos incidentes desagradables entre productores y no productores, los comunistas prefirieron rendir a estos últimos por la presión moral del ejemplo, sin emplear la violencia, y consiguieronlo en poco tiempo.

Los zánganos de la comuna eran conocidos por todos. Por lo tanto, cuando un compañero ocupado en un trabajo cualquiera necesitaba de ayuda, pedíala al parásito directamente con palabras insinuantes y amables, diciéndole ser cosa de corto momento, no atreviéndose el otro a rehusar, y con buena o mala gana hacía lo que se le pedía.

Así, sin aparato de fuerza, sin coerción de ninguna especie, los refractarios acostumbrábanse poco a poco a la



vida comunista, regenerándose con el ejemplo ajeno y convirtiéndose después en los más entusiastas partidarios de la nueva organización social, cuando vieron cuan inmensa era la diferencia entre la sociedad comunista y la antigua forma social; cuando constataron que la igualdad era un hecho y que una preocupación única y permanente: el bien de todos, guiaba todos los actos de los libertarios.

Para conseguir la suma máxima de libertad soñada, los anarquistas debían contar, en primer lugar, con la posesión de un elemento productor de fuerza mecánica poderoso, cuya obtención no requiriese grandes esfuerzos, sacrificios o trabajo a la colectividad, y que, además, fuera mudable a voluntad, adaptable a todos los usos: calor, energía, luz, movimiento, etc., y de manejo fácil.

La electricidad, como es sabido, reúne en sí el conjunto de esas condiciones preciosas, sin contar aquellas que ignoramos. El elemento buscado, estaba, pues, al alcance de sus manos y los comunistas estaban desde muchos años atrás familiarizados con él. Pero el problema no consistía precisamente en descubrir el fluido eléctrico ni en utilizarlo, sino en encontrar medios nuevos de producirlo y tenerlo en abundante reserva, sin recurrir al carbón, cuyo empleo implicaba para los comunistas estar bajo la dependencia de otras agrupaciones, ya que en los dominios de los hijos del Sol no había minas de hulla, y si las hubiera habido, habrían quedado sin explotar por considerarse la extracción del nuevo combustible trabajo indigno de un hombre libre.

Representando la hulla la esclavitud para el minero y una subordinación a otras regiones inadmisibles, era preciso

eliminarla, y en vez de pedir al vapor de agua la fuerza motriz que acciona las máquinas generadoras del fluido misterioso, los comunistas resolvieron captar una parte de la fuerza prodigiosa que desarrollan en la superficie del planeta los elementos naturales en incesante movimiento: vientos, ríos, cascadas, calor solar, etc.

Ahora, Super retrocedía con el pensamiento, al corto período de febril espera, en que todas las facultades inventivas del hombre tenían este solo fin: domar las fuerzas de la naturaleza para hacerlas servir a la obra de civilización libertaria. El éxito había sido completo, consiguiendo el genio humano dominar plenamente las corrientes atmosféricas y terrestres, con cuya potente ayuda tenían asegurada la producción del fluido eléctrico en cantidad suficiente para todas las necesidades y usos de la comuna.

Ingeniosas máquinas y aparatos de todas formas y tamaños fueron ideados para llegar a dicho resultado. Gigantescos eolipilos colocados en los puntos más altos de las colinas giraban incesantemente accionados por el soplo poderoso de la tempestad o el de las más leves brisas.

Instalaciones especiales permitían recoger directamente en los acumuladores la electricidad atmosférica que grandes cometas metálicas iban a arrebatarse en la región de las nubes.

Un descubrimiento hecho por uno de los comunistas permitía descomponer los rayos solares en fuerza eléctrica, obteniéndose con este procedimiento una provisión de fluido importante durante los días despejados.

Las caídas de agua, naturales o artificiales, y la impetuosa corriente de ríos y arroyos movían mecanismos sencillos que tenían también el mismo

objeto: producir electricidad para aprovisionar las baterías de acumuladores. Paralelamente a los trabajos relacionados con la producción de la electricidad, los libertarios ocupáronse en hacer los acumuladores necesarios para almacenar el fluido. Considerable era su número, teniendo en cuenta los múltiples empleos a que estaban destinados. Efectivamente, cada grupo de casas contaba con una instalación eléctrica independiente que las proveía de luz, calor, etc., y también para dar la fuerza necesaria a la extracción del agua de consumo, cuando por falta de viento no giraban las ruedas aéreas de los molinos; y las instalaciones mecánicas de los talleres, los automóviles de carga, aeroplanos, electrocicletas y máquinas agrícolas, necesitaban igualmente su correspondiente dotación de receptores de energía eléctrica. Por dicha causa, los libertarios dieron atención preferente a la construcción de estos aparatos, a la de los motores y de los dínamos; siendo así que en vista del papel importante desempeñado por la electricidad, en las funciones del nuevo organismo social, ningún comunista pudo sustraerse a la imperiosa necesidad de conocer a fondo esta utilísima rama del saber, llegando a ser todos ellos, en poco tiempo, gracias a la práctica seguida de esta ciencia, habilísimos electricistas.

La aplicación del fluido accionante se extendía hasta el servicio de limpieza de la ciudad, el que se efectuaba por medio de un nuevo sistema de barredoras mecánicas, que sacaban automáticamente el polvo y las suciedades de la calzada aspirándolos para recogerlos en un depósito adecuado del que estaban provistas. Una veintena de estas máquinas “higienizadoras” bastaban para el aseo de la ciudad, del que se encargaban los mismos vecinos en sus respectivos barrios.

El alumbrado público y privado había recibido también una modificación radical. No habiendo motivo para desconfiar del prójimo, siendo todos los habitantes de la ciudad anarquista, compañeros y amigos, no eran de temer ningún asalto o agresión de parte de nadie, razón que no hacía mayormente necesaria la iluminación permanente de las calles durante todas las horas de la noche. Siendo estas calles, además, siempre limpias y conservadas en buen estado, no se corría el peligro de enlodarse a cada paso o de caer en ninguna zanja abierta bajo los pies del transeúnte, desapareciendo por lo tanto toda posibilidad de percance desagradable, lo que hizo que se adoptase el sistema del alumbrado facultativo, teniendo en cuenta que las sombras de la noche tienen también su poesía y su encanto, resultando una economía de electricidad enorme para la comuna. La luz se obtenía por medio de acumuladores cargados para una semana y colocados en los almacenes y depósitos, y de distancia en distancia en los caminos. El tránsito de los vehículos cesando totalmente al anochecer, las vías carreteras no precisaban de luz artificial. En cuanto al movimiento de peatones, su poca importancia hacía posible la costumbre de alumbrarse el camino a sí mismo, en las noches oscuras, abriendo o cerrando sucesivamente al pasar las llaves de la corriente eléctrica, teniendo así luz a voluntad durante todo el tiempo que se necesitaba.

En los diversos locales comunistas (talleres, almacenes, garajes, etc.), se recurría al mismo procedimiento, porque tampoco allí se hacía inútil derroche de luz, no imitando en esto a las tiendas o negocios de las ciudades burguesas, donde la electricidad se

consume inútilmente bajo las mil formas de intensidad que el capricho capitalista quiere darle, para mayor provecho de los accionistas de las compañías suministradoras del fluido; con lo que quedaban suprimidas las grandes usinas generadoras de corriente a alta tensión, así como las extensas y peligrosísimas instalaciones urbanas con sus gruesos cables aéreos o subterráneos.

Bastándose a sí misma, la comuna anarquista no necesitaba ya hacer venir de lejanas regiones las montañas de productos de todas clases, que en el régimen capitalista había que pedir a los cuatro puntos cardinales del país, o a las naciones vecinas para abastecer las grandes ciudades.

Con esto desaparecía el comercio y negocio de dichos productos, los que exigían un intercambio de correspondencia escrita rápido y continuo, y un activo servicio de corretaje, que hacía imprescindible el uso de medios de transporte acelerados y frecuentes para las personas y las cosas. Y no existiendo tampoco aquella masa inestable de gente laboriosa que por motivos de comodidad y por cuestiones económicas se veían en la necesidad de residir fuera de los grandes centros de población, teniendo sus ocupaciones en ellos, y cuyo diario desplazamiento, por consiguiente, era forzoso, debían adoptar aquel género de traslación, el conservar por más tiempo los servicios de ferrocarriles y los metropolitanos eléctricos no tenían objeto.

Reducidas las transacciones y comunicaciones de comuna a comuna, a un mínimo insignificante, éstas se hacían con entera satisfacción por medio de electrocicletas, automóviles y aeroplanos, según las circunstancias o la necesidad.

En estas condiciones, el movimiento de trenes debía disminuir en una proporción enorme, y el material rodante inactivo, hubiéndose deteriorado o destruido lentamente en los depósitos, sin contar que el trabajo permanente que reclaman las vías para quedar en buen estado, nunca hubiese sido compensado por los pocos beneficios obtenidos.

Y sin embargo, ¿quién hubiera pensado que algún día el hombre podría pasarse sin aquellos potentes y rápidos instrumentos de transporte que durante tanto tiempo habían sido factor de progreso y civilización, y relegarlos al olvido?

Es que los ferrocarriles habían hecho su tiempo, estaban de más en la racional organización libertaria. Conservarlos era imposible, sin seguir las huellas de una peligrosísima rutina. Y los anarquistas no serían tales si fuesen rutinarios. La locomotora debía ser sacrificada, y lo fue.

Es así como el verdadero progreso debe obrar, simplificando siempre más las cosas en vez de ir complicándolas de día en día, si queremos que vaya resultando una hermosa realidad la felicidad sobre la tierra.

### 3. Descripción de la ciudad

La Plaza de la Anarquía, como puede verse en el plano adjunto, formaba el punto central exacto de la ciudad. En la parte sur estaba la Sala del Consejo comunista, y en el lado norte el gran hall destinado a ejercicios físicos y juegos atléticos. Entre el hall y la Sala, en el costado este, se hallaba el teatro anarquista.

Decimos que la Plaza de la Anarquía ocupaba el centro de la ciudad. El barrio industrial de la misma formado por los talleres y fábricas, y el barrio de

los almacenes y depósitos hacían alrededor de dicha plaza una doble cintura de construcciones totalmente desprovistas de adornos arquitectónicos.

La primera cintura estaba limitada de un lado por la calle de la Anarquía, que circundaba la plaza de la cual tomaba el nombre y del otro lado por la calle de la Actividad. Estaba compuesta por los talleres de mecánica, electricidad, carpintería, tipografía, relojería, zapatería, telares, mueblería, fábricas de vidrio, fundición, panificación, elaboración de pastas, etc., dispuestos en doble hilera, una con frente y salidas sobre la primera de las calles nombradas, la otra sobre la segunda, además de comunicarse los talleres por sus fondos.

Cada taller estaba perfectamente organizado e instalado con todos los adelantos modernos en maquinaria y herramientas; poseía una biblioteca completa de las obras técnicas especiales al arte u oficio a que estaba destinado, y contaba además, con un botiquín de primeros auxilios.

Unos caminitos arenosos trazados en el césped entre plantas y flores, comunicaban las calles de la Actividad y de la Anarquía acortando distancias y separaban los talleres, en los que entraban torrentes de luz, de sol y de aire.

La segunda cintura separada de la primera por la calle de la Actividad, la constituían los garajes, depósitos y almacenes, ubicados también sobre dos líneas: con frente a los talleres, los depósitos y garages; y lindando con la vía de la Abundancia, los almacenes.

En los depósitos se guardaban los productos de la tierra y derivados: trigo, maíz, yerba, pastos, papas, harinas, etc.; en los garages, las máquinas agrícolas, automóviles de carga y otros vehículos, aeroplanos, etc.

Los almacenes de comestibles, las panaderías, bodegas, las boticas, droguerías y demás locales en que se encontraban las prendas de vestir para ambos sexos, estaban ubicados, como queda dicho, sobre la vía de la Abundancia, frente a la ciudad habitada propiamente dicha, la que se extendía sobre la prolongación del cuadrado industrial y de los depósitos, en una parte completamente aislada del ruido del trabajo y de los inconvenientes ocasionados por el tránsito de los vehículos, entre las diagonales Armonía, Libertad, Amistad y Humanidad, haciendo ella misma una tercera y última cintura cuya parte exterior lindaba con la campaña.

Esta disposición tenía por objeto poner al alcance de la mano de los comunistas los víveres y todas las cosas que necesitaban, siendo que cada lado del cuadrado contenía igual cantidad de panaderías, almacenes, tiendas, farmacias, bodegas, etc., en número suficiente para el abastecimiento de su población, lo que resultaba sumamente cómodo para todos, puesto que tanto los que habitaban al Norte de la ciudad como los que vivían al Sur, al Este o al Oeste, tenían una distancia igual que recorrer para proveerse de cuanto les hacía falta. El área cubierta por todos estos locales, depósitos, almacenes, talleres, garages, etc., no era, por lo demás, muy considerable, aunque a primera vista podría parecerlo. Esta superficie no sería quizás, superior a diez hectáreas, incluso las vías de acceso y los jardines que la hermozeaban. Y es fácil comprenderlo.

La solución del doble problema económico y social, relativo a la posesión del bienestar y de la libertad para todos, consistía, según las nuevas comunas

anarquistas, en “bastarse a sí mismas”. Para conseguirlo, era, pues, necesario que cada pueblo o comuna desarrollara sus actividades y energías en todas las ramas de la producción, agrícola e industrial, para obtener de este modo todo lo que precisaba, tanto en lo concerniente al consumo como en lo relativo a las demás necesidades materiales e intelectuales de la existencia.

Lo más importante, naturalmente, y lo que por consiguiente requería mayores esfuerzos y trabajo permanente, era la agricultura. Todos los comunistas eran agricultores, y nada se emprendía mientras las labores de la tierra reclamaban la cooperación de todos.

Así reinaba la abundancia en los depósitos y graneros de los comunistas, de tal suerte que siempre quedaba un sobrante suficiente en reserva para los años malos o para ayudar a las comunas vecinas castigadas por alguna catástrofe atmosférica o calamidad pública.

Sin embargo, los trabajos agrícolas no podían ocupar todo el tiempo de los anarquistas. Y como éstos necesitaban también vestirse, calzarse, etc., fabricar sus herramientas y nuevas máquinas; hacer sus casas, etc.; imprimir libros, estudiar nuevos procedimientos de producción, dedicarse a investigaciones y experimentos científicos, y también cultivar las artes agradables como la música, la escultura, la pintura, etc., para recreo del espíritu, el tiempo se dividía racionalmente entre cada una de estas ocupaciones quedando muchas horas libres para el sueño y el descanso.

Siendo la población de las comunas relativamente poco numerosa y sencillos sus gustos y costumbres, estaban de más las grandes empresas de la época del capitalismo con sus poderosas usinas y fábricas inmensas: unos

cuantos talleres de cada clase sobraban para la producción de todo lo que exigía la vida comunista, teniendo en cuenta que en todos los oficios esta producción estaba limitada a las cosas de utilidad general, razón por la cual, donde antes se necesitaban verdaderos ejércitos de obreros para alimentar el mercado mundial, de un sinnúmero de artículos de conveniencia muy discutible, sólo eran precisos ahora pocos individuos para proveer la ciudad anarquista de los objetos indispensables.

Es así, por ejemplo, como el trabajo de imprenta había disminuido en una proporción enorme, por la eliminación de los diarios y revistas políticas, de la literatura hueca, y de una multitud de impresiones sin objeto en la nueva organización social, como los impresos comerciales, reclamos, etc., lo que importaba una reducción colosal en la fabricación del papel, de las tintas, de las prensas, tipos móviles y linotipos, motores y fuerza eléctrica, etc., etc. Las obras de carpintería habían bajado en una proporción evidentemente menor pero no sin importancia, ya que las casas eran de vidrio y no entraba la madera en su fabricación.

Es verdad que las fundiciones para viviendas ocupaban algunas energías suplementarias, pero así y todo la economía de tiempo y de gente era grande, puesto que con ello se reemplazaba total o parcialmente varios gremios importantes: albañiles, ladrilleros, pintores, carreros, etc. Y lo mismo pasaba con los otros oficios.

En estas condiciones, las comunas dejaban de ser tributarias unas de otras y de las regiones lejanas, porque encontraban en su propio territorio los medios y recursos para desarrollarse libremente, y como la juventud anarquista se criaba en los talleres y

entre las máquinas o se mezclaba con los mayores ocupados en las faenas del campo, cuando no estudiaba en la escuela o no tomaba lecciones de cosas en los cuatro puntos cardinales de la región, el niño llegaba a hombre familiarizado con el funcionamiento de la maquinaria industrial y agrícola, estaba al corriente de las diversas instalaciones y métodos de producción, habiendo adquirido poco a poco, la práctica necesaria para todas las labores.

Es así, como el hijo de la ciudad libertaria sabía indistintamente manejar un telar, imprimir un libro, hacer una instalación eléctrica, fabricar herramientas, accionar una panificadora, fundir casas, etc., lo mismo que entendía de física y de química y conocía todo lo relacionado con los trabajos agrícolas, agregando a esta universalidad de aptitudes la de “chauffeur” o conductor de automóvil y ¡hasta la de aviador experimentado!...

Esta multiplicidad de profesiones y diversidad de conocimientos, les permitía colaborar útil e inteligentemente en casi todas las obras o trabajos de la comuna, y como la producción en lo relativo a las cosas de uso no muy apremiante se hacía a medida que éstas se iban necesitando, evitábase caer en el peligro de someter los miembros de la comuna, al absurdo y odioso sistema de producción industrial intensiva adoptado en la época del mayor desenvolvimiento y poderío del capital, en que el trabajador era doblemente víctima de una organización social monstruosa, que lo tenía esclavizado de cuerpo y de espíritu; régimen maldito en que el oro reinaba insolente sobre el universo, siendo sacrificado el individuo en holocausto a los intereses, no de la masa como se pretendía hacerlo creer, puesto que

como unidad de dicha masa, algo de la producción general debía pertenecerle —y sucedía precisamente lo contrario— pero sí a los de una ínfima minoría de parásitos privilegiados, dueños de la riqueza social, y que explotaban al obrero a su capricho, sometándolo a una organización del trabajo absolutamente irracional y atrofiadora de las más bellas cualidades humanas.

¿Se concibe condición más miserable y desastrosa que la de estos pobres parias de ambos sexos, quienes para ganarse un jornal exiguo, siempre insuficiente para conseguir las cosas más indispensables a la vida, tenían que desempeñar durante diez, doce, catorce o más horas diarias, funciones o labores extenuantes y aburridoras, muchas veces viles, humillantes o desmoralizadoras, siempre las mismas, durante toda su existencia, en húmedos y oscuros sótanos transformados en talleres, o en locales inadecuados, estrechos y anti-higiénicos? Labores que consistían para la costurera, por ejemplo, en estar sentada accionando rápidamente con los pies en el pedal de la máquina de coser, desde el amanecer hasta muy entrada la noche, encorvada sobre esta divertida y agradable tarea: coser calzones y más calzones, y, para “descansar” abriendo ojales o atando botones en prendas eternamente iguales, con una retribución tan ínfima que apenas si lo ganado superaba el gasto del hilo usado y comprado por la obrera; para el soplador de botellas, en dirigir desesperadamente el chorro de aire aspirado sobre el vidrio en fusión, hoy, mañana y siempre, hasta quedarse tísico y fuera de servicio a los treinta años de edad; para el minero en estar sepultado en las entrañas de la tierra, para extraer penosamente el negro combustible, sin ver nunca el sol ni la luz del día, ni poder

admirar jamás los sublimes espectáculos de la naturaleza, y expuesto a perecer de muerte horrible en todo momento, en alguna baja y oscura galería, herido a traición por el siniestro grisú o ahogado por una inundación repentina; y esto, de padre en hijo y de generación en generación, sin esperanza alguna de poder escapar un día a suerte tan espantosamente trágica...; para el panadero en amasar fatigosamente la nutritiva pasta, día tras día y noche tras noche, hasta que la tuberculosis asesina lo convierta en triste ruina humana, en un cadáver ambulante; para el tipógrafo, en hacer invariablemente los misinos movimientos maquinales del brazo encima de la caja, llena de tipos, delante de la cual está parado; para el empleado de tranvía o de ferrocarril en agujerear y remitir al viajero pedacitos de papel o cartoncitos numerados; para el “motorman” en detener el coche cada uno o dos minutos y ponerlo en marcha nuevamente otras tantas veces; o, como el dependiente de comercio, estarse tras del mostrador durante interminables horas de inactividad aburridora, a la espera del cliente, para facilitarle unos objetos que éste, sirviéndose a sí mismo y sin molestar a nadie, podía tomar directamente en los estantes respectivos, etc., etc.; ¡esto sin hablar de aquella “genial” división del trabajo que hace intervenir una legión de trabajadores en la confección de ciertos objetos fabriles, como la de la aguja, entre otros, que pasa por las manos de ciento veinte obreros diferentes antes de ser definitivamente concluida y puesta en venta! Métodos de labor tan irracionales no podían subsistir en la sociedad anarquista, donde el trabajo libre y variado reemplazó al oficio único, ese anestésico de la inteligencia y de sus facultades creadoras.

Al revés de lo que pasaba con la sociedad capitalista, en la que el oro era todo y el individuo nada, en la comuna anarquista el individuo era todo y el oro, desposeído de su valor ficticio y anulado como factor de riqueza social e individual, innecesario como agente de transacciones comerciales o remunerador de servicios, había vuelto a ocupar en la escala de los metales útiles al hombre, el sitio que le corresponde debajo del acero y del hierro.

Ningún móvil bajo o egoísta guiaba a los miembros de la sociedad anarquista. El esfuerzo individual tenía un solo fin: el bien de todos y las actividades de todos combinábanse armónicamente para hacer individualidades felices y buenas. No se trabajaba con el afán absurdo de amontonar, esclavizando tontamente el presente por miedo al porvenir. Se procuraba intensificar por todos los medios, la alegría de vivir, alejando de la existencia toda causa de dolor o amargura: conservando cada una de sus unidades tuerces, inteligentes y libres y en pleno goce de bienestar y salud; tal era la preocupación dominante en la comuna anarquista.

Cuatro anchas diagonales daban acceso desde afuera al cuadrado de los talleres, depósitos y almacenes, que venía a ser como el corazón de la ciudad anarquista: al Norte, la diagonal Armonía; al Sur la de la Libertad; al Este, la de la Humanidad y al Oeste, la de la Amistad.

Estas diagonales eran, con las calles de la Anarquía, de la Actividad y el camino de la Abundancia, las únicas vías “carreteras” que cruzaban la ciudad poniéndola en comunicación con los pueblos vecinos.

Como las nuevas concepciones de la existencia y las necesidades de las

jóvenes ciudades, eran totalmente distintas de las que habían prevalecido para la creación y desarrollo de las inmensas ciudades de la época de la burguesía, con su extensa y complicada red de calles y vías de comunicación en las que circulaban incesantemente millares de carros y vehículos de todas clases levantando nubes de polvo pestilente que lo invadía todo, penetrando hasta en las mismas habitaciones situadas —¡colmo de aberración!— a ambos lados de tan asquerosos caminos, contaminando el aire respirado por la población, librada así al ataque de los más inmundos agentes destructores de la salud, se había procedido de modo completamente distinto en todo y por todo.

El tránsito de las máquinas agrícolas y otras saliendo al campo o volviendo a su garaje o cobertizo, y el de los electromóviles de todas clases que iban y venían trayendo o llevando cargas para el abastecimiento de los depósitos y almacenes, o los materiales necesitados por los talleres, se hacía por las calles y diagonales citadas, sin tener que pasar por la ciudad habitada.

Esta formaba un parque inmenso alrededor de la ciudad industrial. Sus calles, exclusivamente destinadas a los peatones, eran caminos arenosos que serpenteaban a través de los jardines contiguos a cada casa.

La disposición de las casas en la ciudad de los hijos del Sol, distaba mucho de semejar a la de la ciudad burguesa: más poética y racional era la distribución de las moradas anarquistas.

Grupos de chalets surgían de distancia en distancia por entre las siluetas de las palmeras gigantes que abrían sus soberbios parasoles sobre las finas flechas de los puntiagudos techos, que traspasaban la enmarañada frondosidad de

los jazmines trepadores, en lucha rival con los espinosos rosales.

Artísticos puentes aéreos, de cuyas balaustradas los malvones hiedra colgaban en guirnaldas floridas, unían estas deliciosas moradas. Por todas partes se admiraba un verdadero desbordamiento de rosas de todas clases y colores, con profusión tal, que mezcladas con las blancas estrellitas de los fragantes jazmines, formaban verdaderas cascadas de flores que caían desde los balcones hasta el suelo.

De este modo, los comunistas vivían en una ciudad limpia, alegre y sana, donde el aire era oxígeno puro, no un compuesto horrible de miasmas y podredumbres.

La ciudad anarquista no había sido edificada antojadizamente en un sitio cualquiera por sus fundadores, como generalmente sucedía con las ciudades burguesas.

Efectivamente, su primer cuidado fue de elegir un lugar alto y pintoresco, y resguardado de los fuertes vientos.

Encontrado el lugar, la cuestión del agua, después, era la más importante. Obtenida ésta de buena calidad se procedía a la perforación de un número suficiente de pozos semisurgentes cuya agua era elevada a los depósitos por medio de molinos a viento. Cada pozo y cada depósito servía para cuatro grupos de seis casas, es decir, para veinticuatro moradas; así se eliminaban las grandes cañerías con su complicada distribución e instalación, simplificándose el trabajo por lo que se relacionaba con la fundición de los tubos conductores, antes colosales, reducidos allí a caños delgados de fácil fabricación.

Las aguas servidas eran esterilizadas químicamente, y utilizadas después para el riego de los cultivos.



La población de las ciudades libertarias fluctuaba entre diez y doce mil habitantes. Se tenía mucho cuidado de que esta última cifra no fuese excedida, por considerar pernicioso o perjudicial para la salud pública, la libertad individual y el bienestar general una mayor agrupación de personas.

Como los nacimientos superaban mucho a las defunciones, cuando la población había aumentado de uno a dos mil individuos se procedía a la elección de otro lugar para una nueva ciudad, a una distancia no menor de veinte kilómetros. Se perforaban pozos, instalaban cañerías, y después de dotar al nuevo pueblo de los talleres, depósitos y almacenes indispensables, y de la cantidad de casas necesarias para albergar a los primeros habitantes, se efectuaba el traslado del sobrante de población de la ciudad-madre, al que juntábanse elementos de las ciudades vecinas que se hallaban en iguales condiciones, siendo ayudado el nuevo núcleo en sus comienzos por las diversas comunas de que procedían sus miembros.

Hemos dicho que las moradas de la ciudad anarquista eran elegantes chalets de vidrio, de una sola pieza, fundidos en moldes gigantescos por medio de la electricidad. Los había de varias formas; de diferentes dimensiones y colores, predominando el naranja, azul oscuro, el granate y el verde.

Estos chalets tenían pared doble relleno el espacio vacío con sustancias refractarias al calor.

El mayor número de estos maravillosos palacetes tenían tres piezas, dos en la planta baja, y una en la parte alta. Los demás sólo tenían dos. Estos últimos estaban habitados por los que querían aislarse y vivir solitarios; los primeros, al contrario, servían de morada para aquellos que necesitaban

compañía: eran para dos personas, teniendo así cada una su dormitorio y sirviendo la pieza restante a la vez de comedor y de salón.

Sin embargo, había también casas de cuatro piezas, aunque en número reducido. Estaban destinadas a los pocos comunistas que habían conservado las costumbres matrimoniales y familiares de antaño, y cuyos hijos, concluido su tiempo de educación comunista y libertaria, volvían a reunírseles por voluntad propia y deseaban quedar bajo el mismo techo que sus padres. Pero conviene decir aquí, que en la comuna anarquista, la mujer no asociaba su existencia a la de ningún compañero. Repudiando toda sujeción masculina, ella tenía “home” propio, en el que vivía sola, independiente, sin que esto, naturalmente, implicase renunciar a los tiernos afectos del corazón. Sustraída así a la influencia y dominación egoísta del macho, libertada además de las miserables preocupaciones económicas, y por consiguiente dueña de sí misma, ella era verdaderamente libre y la igual del hombre.

La arquitectura de estos chalets era una combinación feliz de estilos etrusco y japonés; tenían todos una ancha baranda o galería circular, sostenida por columnas de vidrio de colores combinados de bonito efecto decorativo. La techumbre de estos pequeños castillos encantados, estaba dispuesta interiormente, en forma de bóveda luminosa. De sus diminuías cúpulas transparentes, caía de noche, de focos eléctricos invisibles, dulce pero suficiente claridad.

Los muebles principales que adornaban estas viviendas, como cama, mesa, armarios, sillones, etc., estaban

fundidos junto con la habitación y formaban un solo bloque con ella. Elegancia, solidez, impermeabilidad, higiene, tales eran las principales ventajas del empleo del vidrio, con preferencia a la madera, antes tan empleada para la fabricación de mueblaje recargado de molduras y de adornos imposibles de limpiar. Con el nuevo sistema, no se necesitaba sino breve momento para el lavado de los pisos, paredes y muebles, el que se hacía con suma facilidad mediante una sencilla esponja, quedando todo después tan reluciente y nuevo como el primer día.

A todas estas ventajas había que agregar también la de una economía notable de tiempo y de fuerza muscular. Una casa que antes necesitaba un par de meses para su construcción, se hacía ahora con los nuevos procedimientos eléctricos de fundición, en menos de una semana ¡con su mobiliario completo! Además, la abundancia de la materia prima, su fácil extracción y manipulación, que la habían hecho elegir para la fabricación de las moradas anarquistas, había contribuido a la eliminación de varios oficios bastante sucios, anti-higiénicos y muy poco atractivos: como hemos dicho, tanto los pestilentes hornos de ladrillos como los obreros ladrilleros condenados a una labor ingrata y mal remunerados, habían desaparecido, y con ellos, los carreros encargados del transporte de aquel pesado material, los pintores, empapeladores y decoradores, etc., lo cual redundaba en beneficio de las labores agrícolas y otras ocupaciones provechosas por la mayor disponibilidad de brazos, lo que se traducía lógicamente por un aumento considerable de la producción útil de la cual tan directamente dependía la felicidad de las nuevas comunas.

Las instituciones comunistas más importantes se encontraban fuera del cuadrado central de la ciudad.

Una de éstas, y ciertamente la más simpática, era la “Pouponnière” o “Cuna”, para los pequeños comunistas. Cada sección habitada de la ciudad, tenía la suya. En ella se asistían las parturientas y se cuidaba y criaba a los recién nacidos. La “Pouponnière” era, además, una escuela permanente en la que se enseñaba prácticamente a las jóvenes anarquistas el arte delicado de atender a las criaturas de tierna edad.

Cada “Cuna” componíase de numerosos chalets de varias habitaciones. Algunos de estos palacetes estaban destinados a las parturientas. Los demás a las cuidadoras y los infantes. Éstos permanecían allí durante la época de la lactancia y la de la primera infancia, es decir, hasta los seis años cumplidos, tanto los varones como las niñas, de modo que, en ningún caso, los hijos quedaban bajo la dirección o el dominio de sus padres.

Cuatro Casas de Salud u hospitales tenía la ciudad anarquista; una para cada barrio o sección comunista. Éstas, que en un principio habían tenido dimensiones mucho más amplias que las actuales, cuando los individuos de temperamento enfermizo —resultado natural del duro régimen de explotación al que fueron sometidos y de las privaciones y miserias padecidas, y además muy ignorantes en ciencia médica—, necesitaban con frecuencia del auxilio ajeno, para aliviar sus dolencias o restablecer su salud quebrantada, habíanse reducido poco a poco, hasta no contar más de cuatro pequeños pabellones cada una, sólo ocupados parcialmente, cuando alguna desgracia accidental ocasionaba

víctimas, a las que era necesario dar cuidados especiales o efectuar una operación quirúrgica. Los comunistas, enriquecida su sangre por un sistema de vida más racional y natural, rejuvenecido el organismo por su nueva condición de hombres libres y felices, e iniciándose sin violencia en el arte de cuidar y conservar la propia salud, se habían librado paulatinamente de la casi totalidad de sus antiguas dolencias, y cuando por casualidad, alguna afección o enfermedad pasajera, debida más a imprudencia del paciente que a otra causa, condenaba a inacción momentánea a alguno de ellos, quedábase éste en su habitación donde amigos de ambos sexos lo visitaban y cuidaban, haciendo obra de solidaridad, retribuida de la misma manera cuando ellos se hallaban en igual situación. Pero, las más de las veces sucedía que el enfermo ingeniábase para no molestar a nadie, aislándose y cuidándose solo, cuando sus dolencias no le quitaban del todo el libre uso de piernas y de brazos.

En los casos rarísimos, en que la vida del enfermo peligraba, se le transportaba a la Casa de la salud, donde expertos compañeros lo atendían. Como en las comunas anarquistas el arte de curar no servía para prolongar indefinidamente el estado anormal del paciente, con la criminal e indigna intención de lucrar con sus dolores —como antes sucedía con demasiada frecuencia, cuando el enfermo era hombre de fortuna, o para ensayar con el desgraciado y pasivo organismo del proletario indigente, indecentemente convertido en campo de experimentos para lograr nuevas fórmulas de curación infalible, de esas que curan durante el solo período en que están de moda y que explotan sin la menor

vergüenza ni pudor los gloriosos charlatanes del oficio—, pero sí, era empleado para devolver rápidamente la salud al que estaba privado de ella, y tan pronto como el convalesciente tenía fuerzas para hacerlo, abandonaba su lecho de dolor de la Casa de salud, para volver a su domicilio y confiar a la acción reconstituyente de los agentes naturales: aire, sol, etc., la terminación de su cura, que sólo dependía de un suplemento de oxígeno vital.

La Casa de la salud no tenía personal médico fijo ni enfermeros. Los médicos y cirujanos de la comuna acudían en gran número, cuando se necesitaban sus servicios, turnándose de manera que quedaban libres buena parte del día, la que aprovechaban para tomar parte como los demás compañeros, en las faenas comunes y para dedicarse a estudios u otras ocupaciones intelectuales o manuales de su agrado.

Hacían de enfermeras, turnándose también cuantas veces era necesario, las personas que por afinidades simpatizaban o estaban ligadas particularmente con el doliente por los lazos de la amistad, o por los más íntimos y dulces del amor.

Cada barrio poseía su establecimiento de baños y natación al que acudían diariamente los comunistas de ambos sexos. Componíase éste de una gran piscina, al aire libre, de aguas cristalinas siempre renovadas. Ésta piscina tenía más de cincuenta metros de largo por treinta de ancho. Estaba dividida en dos partes: una honda para los nadadores, dotada de cuantos accesorios necesita el bañista para lucir su agilidad en los ejercicios de la natación: puentes, trapecios, argollas, etc., suspendidos sobre el agua; y la otra de poca profundidad para los niños y

aquellos que aun no sabían nadar. Una doble hilera de corpulentos y altos eucaliptus plantados alrededor de la piscina, hacían de aquel sitio, uno de los más frescos y agradables del lugar.

En el lado opuesto al observatorio astronómico, al norte de la ciudad, estaba situado el gran Coliseo anarquista.

Este Coliseo tenía la forma de las antiguas arenas romanas a cielo abierto; y se daban en su recinto toda clase de torneos, fiestas y juegos olímpicos; pero más especialmente, grandes espectáculos artísticos, glorificando la Vida, la Naturaleza, el Sol, la Anarquía, la Libertad, el Amor, la Solidaridad, etc., y cuyo imponente desenvolvimiento escénico requería un marco apropiado a su grandiosa interpretación.

Durante los meses de las grandes labores agrícolas del año, no se celebraban fiestas en dicho Coliseo, pero se formaban asociaciones o grupos de jóvenes autores y actores de ambos sexos, los que se reunían en las horas de tregua para dar forma y vida a la nueva creación teatral o para concertarse sobre la próxima fiesta a realizar o sobre el espectáculo atrayente proyectado.

Como estos espectáculos necesitaban grandes y muy diversos preparativos, tanto para armonizar el conjunto de la interpretación como para la confección de la indumentaria necesaria, y los ensayos de rigor, había que organizarlo todo, con prudente anticipación para estar listo cuando llegaba la tan impacientemente deseada temporada de los grandes festivales anuales.

El autor traía primeramente su obra al juicio de los compañeros y compañeras, actores y comediantes, a quienes la leía y explicaba. Si tenía acogida favorable de parte de un número suficiente de ellos, para ser interpretada

debidamente, se aceptaba; los papeles se repartían según la aptitud y el talento de cada cual, y los competentes en la materia, encargábanse de la hechura de los trajes de los personajes, así como de la preparación de los adornos y demás accesorios señalados en la pieza.

Estos actores improvisados reuníanse cuando las labores lo permitían para proceder a los ensayos necesarios, bajo la dirección del autor de la obra a representar.

A veces se formaban así varios grupos o asociaciones de actores, con otras tantas obras o producciones teatrales diferentes, las que permitían variar agradablemente estas festividades artísticas, que constituían hermosas y sanas diversiones populares en las que una multitud de personas de todas las edades y sexos, tomaban parte activa y entusiasta como figurantes de segundo orden.

#### 4. El consejo, órgano de “gobierno”

La Sala del Consejo, ubicada al lado del teatro comunista, no era ninguna institución burocrática elaboradora de decretos imperativos y compuesta de un personal especial más o menos parásito a estilo de las administraciones públicas burguesas. Su fin era muy diferente y mucho más útil que el de aquéllas. Ella era el alma y cerebro de la comuna. En ella reuníanse, todas las noches, las fuerzas vivas de la ciudad anarquista para deliberar en común y tomar todas aquellas resoluciones destinadas a dar cohesión a las actividades generales.

La Sala del Consejo componíase de un gran local que medía cincuenta metros de largo por treinta de ancho. En el fondo había una tribuna, desde la cual se hablaba a los presentes. La parte que

le hacía frente, al lado opuesto, estaba ocupada por hileras de mesas de lectura provistas de lo necesario para escribir. Una gran estantería, en la que estaban colocados los libros que formaban la valiosa colección de la Biblioteca principal, amueblaba ambos costados laterales hasta la mitad de su altura.

Para facilitar la tarea del lector, dicha estantería estaba dividida en numerosas secciones, cada una de las cuales tenía un rotulo indicador de su contenido: Astronomía, Ciencias, Física, Historia, Geografía, Literatura, Química, Viajes, etc. y el catálogo de las obras clasificadas en dichas secciones.

Las partes libres de las paredes estaban ocupadas por obras de arte: pintura y escultura, las que adornaban la Sala con mucha esplendidez.

En el centro de esta Sala se veía una especie de tabique de madera de dos metros de alto por diez de largo, pintado de negro sobre sus dos fases y que servía de pizarra para los apuntes de interés general.

En él se leía debajo de grandes títulos permanentes de color llamativo, anotaciones escritas con tiza, como las que siguen:

#### **Consumo**

- Almacén N° 2, Sud: Escasez de pastas alimenticias.
- Almacén N° 7, Este: Falta aceite.

#### **Vestuario**

- Depósito N° 4, Este: Faltan sandalias.
- Depósito N° 1, Oeste: Túnicas escasean.

#### **Talleres**

- Panificadora N° 8, Norte: En mal estado.

#### **Fundición de casas**

- Sección Oeste: Se pide la colaboración de 12 compañeros.

#### **Botica**

- Sección Sud: Amoníaco, agotado.

#### **Garages**

- N° 3, Sud: Aeroplano N° 7, revisar el mecanismo del aparato ascensional.

#### **Agricultura**

- Región Refugio N° 5: Viñedos: Son necesarios 8 compañeros.
- Región Refugio N° 13: Siega: Hacen falta 15 compañeros.

Esta anotaciones se hacían en cualquier momento del día por los comunistas cuando pasaban a proximidad de la Sala del Consejo, o de noche cuando iban a reunirse con los demás compañeros. Cuando éstos, al ir en busca de alguna cosa en los depósitos o almacenes, notaban que ciertas prendas de vestir escaseaban; o que diferentes productos de uso industrial o artículos alimenticios de consumo diario agotábanse; cuando los que se encargaban de su fabricación o renovación necesitaban la colaboración de un número determinado de ayudantes; o cuando era preciso reemplazar una máquina usada por otra nueva; construir o fundir una casa; fabricar un vehículo, o bien elaborar alguna droga necesaria; cuando, por otro lado, los trabajos agrícolas requerían más brazos para la roturación de la tierra, para la siembra o la siega o para la poda de los árboles, etc., estos compañeros lo anotaban sobre su libreta de apuntes y cuando entraban a la Sala del Consejo la primera cosa que hacían era dirigirse hacia el tabique avisador en el que

reproducían con tiza lo escrito en su libreta, a continuación de los apuntes ya hechos por los demás, en uno u otro lado de la pizarra, según la naturaleza de la cosa o la clasificación que le correspondía.

Como se ve las diversas regiones o sitios donde había que acudir para efectuar la labor señalada, estaban marcados, para la mejor orientación de los compañeros, con los números de orden puestos en todos los talleres, almacenes, depósitos, etc., y tenían indicado el punto cardinal correspondiente a su ubicación Sud, Norte, Este u Oeste, según el barrio al que pertenecían. Para los trabajos del campo, se señalaba la región con el número del refugio o cobertizo más cercano, habiéndolos en todos los lugares donde, en el año, era menester hacer alguna labor agrícola.

Pero, como todo en la comuna anarquista, se hacía con la mayor naturalidad, por propia decisión o iniciativa personal, porque los individuos que la componían se tomaban gran interés por la buena conservación de lo que constituía el patrimonio común, cuando a un compañero le parecía necesario efectuar alguna reparación o composición en el material en uso o si notando alguna deficiencia o anomalía en la fabricación, rendimiento o conservación de la cosa pública, creía prudente remediarlo sin pérdida de tiempo, en vez de dejar la tarea para otros señalándola en la pizarra avisadora, él mismo efectuábalas en el momento si podía hacerlo sin ayuda, o con el auxilio de algún amigo o compañero puesto al corriente de la novedad.

Sólo cuando la labor en la cual estaba ocupado con anterioridad no admitía dilación, o cuando el trabajo a ejecutar requería la intervención de técnicos

o especialistas, caso muy raro, dado que todos los comunistas, mujeres y hombres, distinguíanse como hemos dicho por su universalidad de aptitudes, se recurría a la pizarra para hacerlo saber a la colectividad.

Los compañeros en busca de ocupaciones se enteraban entonces de las señaladas en dicha pizarra, y cuando resolvían hacer una u otra borraban los renglones respectivos, con el propósito de darles cumplimiento al día siguiente.

Siendo las nueve de la noche, hora a la cual ya no se esperaba más a nadie, se procedía a revisar el tabique avisador.

Generalmente, éste no tenía ya ninguna traza de los apuntes que llevaba un momento antes, habiéndose adjudicado los presentes el trabajo a efectuar, sin ruido, discusiones o imposiciones de ninguna clase.

Cuando por casualidad quedaba alguna labor anotada y esta era de urgencia, un compañero subía a la tribuna, para comunicarlo a la asamblea, pidiendo a los que tuviesen una labor menos imperativamente indispensable dar preferencia a la otra.

Muchos ofrecíanse en el acto quedando todo arreglado amistosamente en pocos instantes.

Resuelta la cuestión del trabajo para el día siguiente, compañeros o compañeras turnábanse en la tribuna para hablar de asuntos de interés para la comuna, o daban conferencias sobre ciencias, filosofía, arte u otro tema interesante.

Cuando no había quien hiciese uso de la palabra, los presentes se sentaban a las mesas de lectura o formaban animados corrillos en los que el inventor explicaba, con abundancia de detalles, la importancia de su descubrimiento; el físico sobre el alcance de sus experimentos de laboratorio o el resultado de

sus investigaciones científicas; el poeta declamaba su última inspiración; el autor teatral hablaba del próximo estreno; el filósofo, sobre el porvenir de las asociaciones humanas; el literato leía un capítulo del nuevo libro en preparación, etc., buscando todos ellos interesar al auditorio con sus esfuerzos intelectuales, para decidir a algunos de los oyentes a colaborar con ellos en la realización material de su idea o de su obra.

### 5. Educación de niños y jóvenes

Las cuatro Casas de Educación de la Ciudad libertaria, eran así como una prolongación de las “Cunas” o “Pouponnières”, cuyos pequeños pensionistas al cumplir seis años de edad, ingresaban, sin excepción, a aquellos establecimientos de enseñanza, donde recibían una instrucción completa hasta los diez y siete años, edad en que cesaba el tutelaje de la comuna y el joven era considerado miembro activo de la misma e invitado a prestar, como tal, su ayuda al esfuerzo colectivo.

La escuela comunista estaba situada en el centro de la parte habitada de cada barrio, cerca de su “Pouponnière”, y separada de esta última por la piscina de natación.

Cada Casa de Educación tenía cinco categorías de alumnos: la Categoría A, para los niños de 7 a 9 años; la B para los de 10 a 11; la C para los de 12 a 13; la D para los de 14 a 15 y la E para los de 16 a 17. Estas escuelas eran mixtas, es decir, para niñas y varones indistintamente, siendo la instrucción dada igual para uno y otro sexo.

La Categoría A era, por consiguiente, la de los más pequeños, y la única en la que los niños debían pasar tres años consecutivos.

Estos tres años, por lo demás, no estaban empleados en llenarles su tierno cerebro de un mundo de materias que no hubiesen entendido. Se buscaba, ante todo, hacerles agradable el paso de la Cuna a la escuela, para que no sufriesen mucho con el cambio de régimen y de costumbres.

Para conseguirlo, las odiosas horas de clases pasadas entre cuatro paredes frías y desnudas, en las que el chiquillo debe quedar inmóvil y silencioso, con el libro que mira sin ver o lee sin comprender, eran reemplazadas por alegres paseos campestres cotidianos, durante los cuales se les daba sencillas pero entretenidas nociones de cosas relacionadas con el espectáculo de la naturaleza, mientras sus pulmones hacían buena provisión de oxígeno vital.

En dicho período relativamente largo de tres años, sólo se les enseñaba a leer y escribir y los primeros elementos de la aritmética. Pero, en cambio, hacían mañana y tarde durante más de una hora cada vez, ejercicios físicos sobre la plaza de la Anarquía; concurrían dos veces al día a la pileta de natación; y se les daba indicaciones generales de higiene, a las que debían atenerse estrictamente, como ser: limpieza íntima a más de los baños acostumbrados, y aseo y cuidado de los diversos órganos de su individuo: boca, dientes, nariz, orejas, manos, pies, uñas, etc.

Se les enseñaba cómo se debe caminar, tieso el cuerpo, la cabeza erguida sin exageración; cuál debe ser, corriendo, la postura del cuerpo y la posición de los brazos; en el sueño, cuál la posición de los miembros; el declive suave que debe tener la cama del durmiente y su orientación de Sud a Norte en el sentido de las corrientes magnéticas terrestres.

Se les decía, también, cómo deben masticarse los alimentos para su buena

asimilación y el funcionamiento regular del estómago; la manera de respirar, por la nariz y no por la boca, como los niños están por demás propensos a hacerlo; los peligros que acarrea la sucia costumbre de salivar sin motivo, tanto para el organismo del que escupe como para la higiene y la salud pública.

Se tenía especial empeño, sobre todo, en corregir o curar esas contracciones nerviosas faciales o del cuerpo que tan fácilmente adquieren ciertas naturalezas, casi siempre por autosugestión al notarlas en los individuos que padecen de ellas, dando el espectáculo grotesco de aquellas muecas o contorsiones repentinas de la cara, del cuello o de los hombros, tan feas y ridículas, lo que se consigue perfectamente con paciencia y cariñosa persuasión.

Estos y muchos otros preceptos de estética o ética individual cuya observancia habitual dignifica al hombre, haciendo su trato grato a cuantos lo rodean, entraban así, sin esfuerzo, en las prácticas de los comunistas e integraban definitivamente su individuo. Los alumnos de la Categoría B, a la que pertenecían los escolares encontrados por el Antiguo cerca de los talleres, lo mismo que los de las dos siguientes C y D, a más de tener que seguir todas las reglas de higiene personal de la categoría primera, y vigorizar su cuerpo con varias horas diarias de ejercicios físicos, debían cumplir con un programa de estudio abarcando naturalmente mayor extensión.

Hemos visto la categoría B en la obra, lo que nos da una idea del método seguido para la enseñanza en las escuelas anarquistas. A medida que los alumnos ascendían a las categorías superiores, esta enseñanza se hacía más honda y compleja, siendo la explicación teórica

de la lección, invariablemente acompañada de la demostración práctica, esta última hecha primeramente por el maestro o la maestra y luego repetida por los discípulos.

Hemos dicho que los niños de la Categoría A, pasaban la mayor parte del día fuera del recinto de la escuela, regresando a horas indeterminadas, aunque siempre antes del anochecer. Los alumnos de las tres categorías siguientes, ya más grandes y razonables, organizaban, por su parte, verdaderas expediciones que duraban varios días seguidos, a veces una o dos semanas, en el curso de las cuales los pequeños expedicionarios visitaban todo el territorio de la comuna a la que pertenecían y se internaban hasta las comunas vecinas, con el fin de conocerlas, estudiar su topografía y trabar amistad con sus escolares, los cuales a su turno, excursionaban en el territorio de los visitantes, siendo unos y otros acogidos y atendidos en el sitio donde se hallaban con el mismo cariño que se dispensaba a los nativos.

Para efectuar sus peregrinaciones con mayor comodidad, cada escuela tenía a su disposición uno o dos automóviles de carga para el transporte de las provisiones, utensilios de cocina, platos, carpas impermeables, instrumentos y útiles de enseñanza, etc., necesarios para los alumnos y sus maestros.

Estos automóviles, cuyos “chauffeurs” eran alumnos que se turnaban cada hora para permitir su manejo a un mayor número o a todos, acompañaban al pequeño ejército escolar en todas sus exploraciones. Llevaban, además, una chalupa desarmable para facilitar el paso de los ríos y arroyos y practicar reconocimientos en los mismos.

Todas las noches, al reunirse para entregarse al descanso, los expedicionarios



formulaban un nuevo itinerario para el día siguiente, diferente para cada categoría, y el programa de trabajo relativo a las mismas.

Después de discutidas y resueltas ambas cuestiones por los alumnos de las clases respectivas, los acuerdos tomados eran sometidos a los maestros; quienes hacían la crítica oportuna, aconsejaban las modificaciones del caso, y finalmente daban su conformidad a las resoluciones adoptadas.

Este método, contribuía grandemente a desarrollar el espíritu de iniciativa de los niños al mismo tiempo que los incitaba a hacer con gusto y entusiasmo los estudios libremente elegidos por ellos; pero, ateniéndose siempre en sus líneas principales, al plan integral trazado para cada categoría.

La tarea del maestro o de la maestra se limitaba a vigilar, aconsejar; a dar las explicaciones pedidas por los educandos y a extenderse en consideraciones generales sobre los temas propuestos; revisar los deberes del día y hacer las observaciones pertinentes, y encarrilar sobre la buena vía las turbulentas actividades de los niños a ellos confiados.

El fin de estos paseos o excursiones a grandes distancias era dar a los niños, sobre el lugar, lecciones de topografía práctica, de geología, botánica, entomología, zoología, así como de agricultura, e iniciarlos en aquellas ramas del saber que tienen correlación con la tierra y el espacio.

Era, también, su objeto abrir el alma juvenil de los pequeños comunistas a las bellezas de la naturaleza; ponerlos en contacto con los seres inferiores de la creación, animales y vegetales; enseñándoles que la verdadera felicidad del hombre está íntimamente ligada a ella, por cuanto todo lo que constituye dicha felicidad, desde la prosaica satisfacción

del estómago hasta el goce sublime de las más nobles y elevadas manifestaciones del espíritu: arte, poesía, canto, música, junto con estas otras radiaciones cerebrales que son las ideas fecundas, ora palanca potente del genio que transforma la faz del mundo, ora verbo glorioso, vehículo admirable del pensamiento que señala incesantes rumbos a la civilización humana, tienen su fuente en la Naturaleza, siendo posibles todos estos factores de felicidad solamente con ella, porque ella es la que siempre nos inspira, y que amar la Madre Natura es amar la Vida en su más pura y sana expresión.

Un día entero estaba destinado al desarrollo de cada lección. Ante todo, los escolares debían designar el sitio donde, por veinticuatro horas se establecía campamento, en un paraje alto, seco y abrigado contra los vientos.

Grupos de voluntarios instalaban las carpas, descargaban el carro, distribuían el equipaje de cada uno; improvisaban cocinas de campaña, etc., mientras otros desaparecían por los alrededores en busca de algún suplemento en frutas o legumbres para el menú del día, hallándolos en las huertas vecinas, de fácil acceso, puesto que en la comuna anarquista no había tapias o muros de ninguna clase que las cercasen, pudiendo el que por ventura necesitaba proveerse de alguna cosa, tomar libremente lo que le hacía falta, que todo, allí, era de todos.

Durante estos preparativos, otros escolares revisaban el mecanismo del automóvil, sus acumuladores; ponían grasa y aceite donde era necesario, lo limpiaban, etc.

Cuando todo estaba listo, lo que no requería más de una hora, los alumnos de cada categoría se alejaban con sus maestros respectivos, en distintas

direcciones, dejando en el campamento sólo a los escolares indispensables para la preparación del almuerzo, en compañía del maestro a quien tocaba hacer de cocinero “chef”.

A mediodía todos volvían para comer, y luego, los que habían estado de cocineros por la mañana, dejaban el puesto a otros para la preparación de la cena, incorporándose aquellos a los excursionistas de la tarde.

En estas excursiones los alumnos debían levantar el plano del lugar donde estaba el campamento, trazar después el itinerario seguido, hacer el mapa de las regiones visitadas, señalando sobre el papel con lápices de color, los detalles de la configuración del paisaje: ondulaciones del terreno, ríos, arroyos, canales de irrigación, montes, llanos, clases de cultivos, poblaciones, etc., apuntando también cuidadosamente los datos obtenidos en la exploración de arroyos y lagunas, los sondeos hechos, la profundidad del agua, la composición del lecho de los ríos, su anchura, etc.; estos últimos eran verificados con el auxilio de la canoa plegadiza.

Otras veces, los pequeños comunistas entraban en los “refugios” o cobertizos de las cercanías, tomaban picos, azadones, horquillas, hachas, podaderas, rastrillos, etc., y guiados por sus maestros, se ejercitaban en todas aquellas labores agrícolas correspondientes a la estación en curso: poda de árboles y de plantas; aporcadero de huertas y de sembrados; destrucción de los insectos nocivos a los cultivos y a los árboles; cuidados de los viñedos; emparvado y enfardado de alfalfares; preparación de la tierra; abono de la misma; conservación de los canales de irrigación; arreglo de los baches y hoyos de los caminos; relleno y desecación de las aguas estancadas; sepultura

de los cadáveres de aves o pequeños animales hallados en la campaña, etc.

Cuando se trataba de botánica, los alumnos estudiaban la vegetación bajo todas sus formas, dibujando los principales ejemplares de la flora silvestre, con sus colores particulares, muy especialmente las plantas y flores cuyas propiedades medicinales o industriales merecían ser conocidas; el maestro explicaba cuáles eran estas propiedades, y el alumno las anotaba en su libro de apuntes debajo de las figuras correspondientes.

Los árboles también, tanto los frutales como los de adorno y de sombra, así como los que forman los montes, eran objeto de un estudio detenido.

Antes de entrar en campaña, el maestro dictaba los nombres de las diversas especies de vegetales. El niño escribía dichos nombres sobre largas fichas o etiquetas blancas, las que debía colocar sobre el tallo principal o tronco del árbol, después de haberse dado cuenta de la forma de sus hojas, las particularidades de sus ramas, su altura y tamaño, y demás señas características que lo diferenciaban de sus vecinos. Luego, el alumno agregaba sobre las fichas ya colocadas, los datos que suministraba el maestro relativos a la longevidad, altura máxima, cualidades y usos de cada especie, detalles que debían ser reproducidos en el libro de apuntes de los niños, para que éstos los tuviesen presentes en los ejercicios escritos que más tarde tendrían que hacer.

En las excursiones geológicas, los escolares aprendían a conocer los materiales que constituyen la costra terrestre; los diversos terrenos superpuestos y su nombre, según su composición y posición respecto a los otros, yendo a estudiarlos en las canteras o en las quebradas naturales.

El hallazgo de conchas petrificadas u otros organismos marinos fosilizados en lugares altos y lejos del océano, servía para explicar a los niños cuan formidables habían sido las convulsiones de la naturaleza, para modificar tan radicalmente la fisonomía de los terrenos que los contiene, antes mar, y hoy continente.

La huella sorprendente dejada por una vegetación lujuriente, sobre el pedazo de hulla extraído de las entrañas de la tierra vestigio antiquísimo de los imponentes bosques que mucho antes de la aparición del hombre, cubrían la tierra hasta los polos, eran preciosos documentos naturales que permitían comparar las especies desaparecidas con las actuales y reconstituir fielmente el aspecto asombroso del mundo, en aquella época del dominio sin límites de las selvas impenetrables, dueñas absolutas de los continentes que desaparecían bajo el verde manto de su formidable vegetación, al mismo tiempo que dicho pedazo de carbón daba la clave del origen de aquellas aglomeraciones colosales del precioso mineral en la profundidad del suelo; y los niños comprendían sin dificultad, por la lógica, del razonamiento, que las inmensas minas de hulla explotadas durante tanto tiempo por los hombres, no son sino cementerios de árboles donde están acumulados los restos de aquellas selvas espléndidas, destruidas por efecto de circunstancias especiales y fosilizadas por la lenta acción de los siglos.

Y para dar mayor vigor todavía a su demostración geológica, el maestro argumentaba sobre la enorme cantidad de hulla existente en una misma región, la que alcanza a varios centenares de metros de espesor en muchas partes, para deducir cuán fabulosa había sido la abundancia de árboles gigantes y de

plantas fantásticas de todas clases para llegar a formar, después de su destrucción y muerte, tamaños amontonamientos de negro combustible con sus petrificadas osamentas.

Todo lo que podía contribuir a ilustrar la historia natural del pasado, hacerla más interesante y atrayente, como minerales, piedras volcánicas, huesos fósiles, pertenecientes a animales cuyas especies ya no tienen representante vivo en el planeta, eran también recogidos y conservados para ir a enriquecer las colecciones existentes en los museos de las escuelas.

Con estos testigos del período antediluviano, de un significado científico tan importante, el maestro estaba en condición de formular hipótesis razonables sobre la edad de la Tierra, o mejor dicho, sobre el tiempo verosímilmente transcurrido desde las diversas épocas contemporáneas de dichos fósiles hasta nuestros días, teniendo en cuenta el número prodigioso de años necesarios para la petrificación de los cuerpos organizados, y hablando así a la imaginación del alumno, lo inducía a retrotraer con el pensamiento muchos centenares de miles de años, hasta la época en que estos organismos, entonces llenos de vida y de actividades combativas, pululaban victoriosos en mares y continentes, para hacerles comprender después cómo dicha época, por muy lejana que sea, es reciente, sin embargo, en relación al tiempo habido desde la condensación de la nebulosa terrestre en cuerpo sólido, y que en definitiva la incalculable cantidad de siglos que necesitó nuestro planeta para efectuar su total evolución y transformación en planeta habitado, hasta llegar a su estado actual, nada representa, por cuanto el tiempo es uno e indivisible,

ha sido y será de toda eternidad; resultando que lo que el hombre ha computado y designado muy arbitrariamente con los nombres de años y siglos, no es más que la suma de las revoluciones del planeta sobre sí mismo o la cantidad de las vueltas que éste describe alrededor del Sol, cosa que nada tiene que ver con el tiempo.

Durante estas correrías por campos y montes, ofrecíanse, a cada paso, ocasiones de conocer las costumbres y género de vida de los insectos, la de algunos batracios y reptiles inofensivos, la de los pájaros y en general de cuantos irracionales la casualidad colocaba sobre el camino de los escolares, poniéndolos al alcance de su observación.

Se enseñaba a éstos a no ser injustos o crueles con los seres inferiores, pequeños o grandes; a respetar su vida, ya sea su aspecto exterior agradable o repulsivo, porque todos ellos cumplen su misión sobre la tierra, misión útil siempre, aunque alguna vez parezca lo contrario; ya porque no alcanzamos a comprenderla, o no logramos descifrar su significado exacto, o porque lo hacemos juzgándolo desde el único punto de vista de nuestra inmediata conveniencia, idea o suposición errónea, por cuanto la naturaleza no obra a favor o beneficio de una parte de la creación con perjuicio de la otra, pero bien por la perfección del conjunto de su obra.

Así, con mil pruebas maravillosas de su ingeniosa industria ante los ojos, el niño se convencía de la inteligencia y capacidad artística hasta de los seres más diminutos que existen en el seno de la naturaleza.

Estas interesantes pláticas, en las que el maestro enumeraba y describía sucintamente las maravillas del cielo

y de la tierra, constituían agradables e instructivos entretenimientos espirituales, que entusiasmaban a los niños, haciendo que ellos se dedicaran con mayor pasión a la lectura de sus libros, en cuyos textos buscaban con avidez el necesario complemento a la exposición oral que la precedía.

Habiendo adquirido la suma total de los conocimientos enseñados en los cuatro grados primeros los alumnos llegaban finalmente a la última etapa de la instrucción escolar y del tutelaje comunista.

El programa de estudios de estos dos años finales, abarcaba todas las ramas de las ciencias exactas y positivas: matemáticas, física, química, geometría, mecánica, astronomía, anatomía comparada, biología, higiene general y educación sexual, filosofía, derecho natural, etc.

Ese período escolar, como es lógico, era el más cargado y complejo. Pero, como los jóvenes comunistas trabajaban todos con la firme voluntad de llegar airoso a la meta, este cúmulo de materias los encontraba bien dispuestos para vencer en tan provechosa lid.

Sin embargo, como paréntesis necesario para aliviar el cerebro de las fatigas de una tensión demasiado continua, los jóvenes “Quintos”, como se les llamaba, gozaban diariamente de varias horas de libertad completa, las que pasaban fuera de la Casa de Educación, empleándolas alternativamente en el aprendizaje de los oficios que más les agradara, o ensayándose en las labores agrícolas, cuando no preferían iniciarse en el cultivo de las artes nobles, gala del espíritu.

Por la noche, concluida la cena, tenían otras horas más de licencia que les permitía asistir a los conciertos o funciones en el teatro de la plaza de

la Anarquía así como a las reuniones o asambleas nocturnas de la Sala del Consejo, y observar allí como se resolvían las más importantes cuestiones relativas a la cosa común; o aprovechábanlas para recorrer los depósitos y almacenes de la ciudad, con el fin de estudiar su organización interna hasta en sus más pequeños detalles y conocer las clases de mercaderías guardadas en ellos.

Estas horas de salida concedidas a los “Quintos”, no significaban de ningún modo un relajamiento en el ejercicio del tutelaje paternal de la comuna. Pero, si ese tutelaje seguía siendo invariable en estos últimos años de permanencia de los escolares en las Casas de Educación, se creía muy sensatamente que llegado el joven a la edad en que el espíritu empieza a adueñarse del organismo para substituir su propia dirección a la sugestión ajena, los “Quintos” debían tener más amplia facultad para disponer libremente de su tiempo. Ejercitándoles a guiarse solos, se procuraba no entorpecer el normal funcionamiento de su libre albedrío naciente.

Terminado el tiempo de su permanencia en la Casa de Educación, el “Quinto” entraba a formar parte, como miembro activo, de la gran familia comunista. Pero esto no quería decir que el joven anarquista dejaba definitivamente a un lado los libros y el estudio. Muy al contrario, la instrucción recibida por el alumno, era poderoso aliciente que le impulsaba irresistiblemente a la adquisición de nuevos conocimientos. Es por esta razón que la juventud libertaria seguía instruyéndose fuera de la escuela, en las muchas horas no dedicadas a la cooperación general. Los ex “Quintos” mujeres y hombres, conti-

nuaban frecuentando asiduamente las salas de anatomía, anexas a los hornos crematorios; asistían a los cursos “libres” —si esta palabra tiene significado en una sociedad donde no los había “oficiales”—, dados por aquellos sabios compañeros que descollaban en ciertas ciencias y que vulgarizaban en estas conferencias pedagógicas, los resultados obtenidos por ellos en pacientes investigaciones experimentales; o dividían su tiempo entre el salón de lectura de la Biblioteca central, donde tenían al alcance de la mano todas las obras que necesitaban para satisfacer su inextinguible sed de saber y en las que descubrían incesantemente horizontes desconocidos, al consultar aquellos preciosos archivos de la inteligencia humana, en los que estaba guardada, imperecedera, la expresión gráfica del pensamiento de los espíritus geniales, grandes innovadores, pensadores y filósofos antiguos y contemporáneos; y los estudios de otro orden, no menos atrayentes o necesarios; tomando lecciones de pintura, escultura o de música en las academias abiertas por el elemento artístico de la comuna.

El personal docente de las Casas de Educación se reclutaba del mismo modo que el de las “Cunas” o “Pouponnières”; es decir, que lo formaban educadores por inclinación, siendo completado con los alumnos que habiendo concluido todos sus estudios, manifestaban la voluntad de permanecer en ellas, impulsados por irresistible vocación.

Pero, así como las compañeras podían en todo momento, dejar de pertenecer a aquella institución infantil, el maestro, en la Casa de Educación estaba igualmente libre de abandonarla cuando así lo tenía resuelto.

Hemos dicho que los compañeros anarquistas no eran esclavos de una profesión u oficio determinado y que la variación en las ocupaciones, era regla que no tenía excepciones entre los miembros de la sociedad libertaria, y los maestros, como los demás comunistas, repartían diversamente su tiempo entre la enseñanza en la escuela y las otras labores manuales e intelectuales fuera de ella.

Esta variación en las ocupaciones de los maestros, era tanto más fácil de realizarse que, por lo reducido de la pobla-

ción, el pequeño mundo estudiantil no era muy numeroso. Había siempre, por este motivo, superabundancia de educadores de uno y otro sexo, a veces varios para cada materia o tema en cada escuela y en cada grado, lo que les permitía ausentarse gran parte del día sin inconveniente alguno para la enseñanza o el cuidado de los alumnos.

**(\*) Fragmento del libro *La ciudad anarquista americana*, editado por *La protesta*, en 1914.**

---

#### NOTAS

1. Quiroule utiliza la denominación genérica de “comunista” para referirse a los habitantes de las comunas anarquistas y a todo lo relativo a este sistema. Por lo tanto tiene en su libro una significación que difiere totalmente de la actual, que, por otra parte, es posterior a esta obra de Quiroule. - F. W.

## *Buenos Aires en el 1950 bajo el Régimen Socialista<sup>(\*)</sup>*

*Por Julio O. Dittrich*

En 1908, el obrero alemán Julio O. Dittrich se permitió imaginar cómo sería la ciudad de Buenos Aires gobernada por un régimen socialista. No sólo ella estaría encuadrada en este tipo de régimen social, sino que habría para entonces, una “Gran Sociedad Universal” que abarcaría a todas las naciones del mundo, exceptuando Inglaterra que se rehusaría a aceptar el nuevo destino mundial. Ellas adoptarían una legislación equivalente para todos los países, una lengua común y pautas de trabajo, vestimenta y costumbres compartidas.

El relato narra la deriva de un anciano que en la época del Centenario fue herido en una huelga, quedando convaleciente durante cuarenta años. De esta manera, no pudo vivir el triunfo de la revolución pacífica encabezada por Alfredo Palacios en 1925. Su hijo es ahora el responsable de transmitirle aquellas gestas y los cambios producidos por la nueva institucionalidad.

Escrito antes de la Revolución Rusa, la mirada del autor sobre la sociedad planificada que sobrevendría, aunque optimista, no deja de ser premonitoria respecto a sus aspectos totalizantes y modelizadores.

## 1. Las primeras impresiones

Un automóvil esperaba frente al portón y subimos mi hijo y yo.

—Anda muy despacio, compañero —le dijo Juan al hombre que manejaba, y dirigiéndose a mí, y mirándome con una sonrisa picaresca, me dijo:

—Abre bien los ojos, padre mío, porque vas a ver muchas cosas nuevas para ti.

En efecto; lo primero que me llamó fuertemente la atención era el poco movimiento en las calles, a pesar de ser las diez de la mañana.

Alguno que otro transeúnte; unos pocos automóviles, que parecían caracoles comparados con los que yo había visto antes de mi enfermedad.

—¿Por qué vamos tan despacio? —le pregunté a mi hijo.

—Primero, porque deseo que tú veas bien todo lo nuevo, y segundo, no se puede ir muy rápido, porque está prohibido.

—¡Bah!, si es por esto, antes también era prohibido y nadie hacía caso a tal prohibición.

—Es que ahora todo el mundo goza en cumplir los reglamentos, porque “ley pareja no duele”.

—Pero, ¿por qué no veo coches con caballos, ni tranvías, ni vigilantes, ni almacenes en las esquinas, ni vidrieras con escaparates, ni otras muchas cosas que antes eran a la orden del día?

—Vamos por partes, padre mío, y todo lo sabrás; aún tenemos dos horas para nuestra excursión, porque yo dejé dicho en casa que nos esperasen a las doce. Se ha reunido toda la familia, y vamos a hacer una pequeña fiesta en tu honor. Pero volviendo a tus preguntas, te diré que caballos no hay en las ciudades, y hace por lo menos seis meses que no he visto uno con mis ojos. Los caballos atraen moscas, y sus

excrementos en las calles son anti-higiénicos, antiestéticos, y además estos animales no son necesarios, porque sobran fuerzas para arrastrar vehículos.

Tranvía tampoco hay, porque todo el mundo vive cerca de su trabajo y para pasearse hay muchos miles de automóviles eléctricos. Respecto a los vigilantes, los hay; pero tú no los ves porque no se diferencian de los demás ciudadanos sino por un pequeño escudo sobre el pecho de su chaquetilla.

—Pero ¿no usan armas?, pregunté yo.

—No; pero usan un corto bastón con un emblema en la punta, y no es posible que un hombre en su sano juicio se resista a una orden de un hombre que lleva los atributos de la Gran Sociedad, de lo que a mis oídos hasta ahora no llegó ningún caso. Por los almacenes y vidrieras, cuya falta tú extrañas, vas a encontrar respuesta por ti solo dentro de un rato.

—Por lo visto bajamos por la calle Rivadavia, dije yo.

—Sí, padre, y en seguida vamos a estar en la gran plaza Palacios.

—¿Qué plaza dijiste?

—¡Oh! ya la verás.

Seguimos andando, y observé que entrábamos en la plaza del Once.

Donde antes estaba la estación se eleva una gran casa que más bien parece un enorme bloque de piedra, pero más alto de un lado que del otro, de modo que el techo viene a ser un plano inclinado de dos a tres cuerdas de largo.

—Esta es la estación de las aeronaves en los altos y en los bajos de la línea eléctrica del Oeste.

—Pero, ¿cómo no veo trolley para los coches motores?

—Hoy no se usa esta clase de espada de Damocles. Cada coche motor lleva sus acumuladores y los renueva en las usinas, sobre el camino.



—¿Pero debe ser muy costoso el caminar así?

—Muy al contrario, baratísimo. Primero, la electricidad cuesta poco menos que nada desde que hemos aprendido a aprovechar el calor solar para producir vapor. Y como tú eres mecánico, sabrás que teniendo vapor cuesta muy poco el transformar una fuerza en otra, y tener electricidad.

—Pero los acumuladores de plomo, llenos de ácido, deben ser muy pesados; repliqué yo.

—Hoy no se usan ni el plomo ni los ácidos en los acumuladores eléctricos. Se cargan unos recipientes de acero forrados de ebonita, con un gas que admite una carga eléctrica de tal potencia, que el tren que sale del Retiro para Nueva York renueva sus cargas solamente unas ocho o diez veces en el camino.

—¿Para dónde has dicho? ¿Para Nueva York?

—Sí, padre, y en poco más de tres días llega a su destino.

Esto era asombroso, y pensé qué tremendos adelantos se habían hecho en estos cuarenta años.

Nuestro automóvil seguía bajando por Rivadavia, y yo distinguía la cúpula del edificio del Congreso.

En lo alto flotaba una bandera inmensa que, en el primer momento, me parecía la de mi patria; es decir, la argentina, porque era de color indefinido, color característico de las banderas nacionales de los edificios públicos en mis tiempos. Al poco tiempo vi que la bandera era completamente blanca, sólo interrumpida su blancura por la imagen de una pequeña paloma.

Interrogué a mi hijo con la mirada.

—Aún viene lo mejor, padre mío. Un momento más de paciencia.

Pasamos adelante, y llegamos a la esquina de Callao.

Una inmensa plaza se extendía delante de mi vista y en el medio una estatua. Seguimos caminando, y a medida que nos acercábamos a la estatua, una extraña emoción empezaba a invadirme.

Mi hijo, con el semblante pálido, me contemplaba.

Vi la estatua, vi el letrero, y comprendí inmediatamente todo.

¡Había triunfado el Partido Socialista!

Eché los brazos al cuello de mi hijo, y lloré; es decir, lloramos de alegría largo tiempo.

—Sí, padre mío; hemos triunfado con nuestro ideal, y el sablazo que te partió el cráneo no fue dado en balde. Muy niño aún, me recuerdo de tus sabios consejos. “Enérgico con el opresor: amor y dulzura con el oprimido”. Y tampoco de la gratitud nos hemos olvidado. Mira el letrero de la estatua:

#### AL COMPAÑERO PALACIOS LA GRAN SOCIEDAD

¡Oh! Hemos luchado; pero se cumplió completamente tu pronóstico. El golpe final fue sin sangre. Hubo una sola víctima, que fue el héroe de esta estatua. Llegó el gran día, y cuando todo estaba en manos de los compañeros, nos llegaron noticias de que algunos diputados se habían atrincherado en el Congreso y no lo querían evacuar.

“—¡Que no haya sangre!” gritó don Alfredo, y con él a la cabeza se fueron unos cuantos a poner las cosas en orden. Cuando llegaron quedaban unos pocos diputados y algunos viejos porteros.

Se les dio la orden de retirarse.

Todo el mundo acató la orden de salir menos un caudillo de parroquia,

que le decían “La Chancha”, que era un hombre muy distinguido por su colosal gordura.

Algunos compañeros querían expulsarlo a la fuerza.

“—¡Abajo las armas!” mandó el jefe, y él en persona le puso la mano en el hombro al rebelde, y en términos corteses, le rogó no hacer resistencia.

Éste se puso furioso y empezó a gritar: “—Yo soy el presidente de los diputados y tengo catorce casas y tres estancias y no soy un cualquiera que se echa así no más de su querencia.”

Algunos compañeros empezaban a amostazarse, y Palacios, para evitar alguna escena de sangre, acabó por tomar al hombre por un brazo y lo tiró hacia la puerta. Lo llevó hasta la escalera, y allí se volvió a retobar el hombre, tratando de bribón y de muerto de hambre a nuestro jefe. Éste perdió la paciencia; empezaron a forcejear, y abrazados los dos rodaron por las escaleras abajo. Un grito partió de nuestros labios, y corrimos apresuradamente a auxiliarlos. Pero el pobre Palacios yacía en tierra muerto. “La Chancha” lo había aplastado con su peso.

Era digno de mejor suerte, porque era un buen compañero; aunque a veces podía haber tenido un poco más de calma.

—Vámonos ahora a casa, padre mío, que ya nos esperan.

—Con mucho gusto, mi querido; pero, dime todavía una cosa. ¿Por qué no es la bandera roja la que ahora flamea sobre los edificios públicos?

—Por varias razones. Primero, la bandera roja es un símbolo de guerra y sangre y tenía razón de ser cuando aún luchábamos; pero después del triunfo, que empezó a reinar el perdón y la paz universal, era mucho más propio un estandarte blanco. Cuando se trataba

de cambiar el color, había algunos que opinaban en contra, porque alegaban que ya que el color rojo nos había llevado al triunfo, bien podíamos conservarlo. Pero había un motivo poderoso, además de los que te dije antes, y es que la bandera roja se prestaba a confusión con la inglesa, que es la única nación que aún no forma parte del todo de la Gran Sociedad Universal. Habría medios para obligarlos; pero está tan opuesto a nuestros principios que no hay ni que pensar en ello. Además, es solamente cuestión de tiempo y ellos solos vendrán a solicitar su incorporación.

—¿Pero solamente Inglaterra falta, y todas las demás naciones están con nosotros?

—Sí, padre; todas o casi todas. Porque aún hay algunos pequeños pueblos —como el Tibet, por ejemplo— [en] que el gran Lama tiene tal poder, que sus pobres súbditos prefieren la muerte antes de desobedecer a este astuto vividor que los tiene completamente atemorizados con promesas de castigos celestes.

—Y la paloma, seguramente, ¿también la habrán puesto como símbolo?

—Sí, padre mío; como símbolo de paz y además para reemplazar a todas las águilas de una y de dos cabezas, cóndores, leones y osos, que figuraban antes en los escudos de las naciones.

—¡Ah! ¡Qué hermoso, qué hermoso es todo esto!

—Padre mío, hemos llegado.

Se paró el automóvil delante de una casita con jardín al frente.

Entramos, y mi hijo me presentó a su familia.

Todos me conocían a mí, porque habían ido a menudo a verme en la casa de salud; pero yo no conocía a ninguno de ellos.

¡Qué espléndido cuadro!

Primero, mi nuera, rolliza y rebosando salud; después, los cinco hijos, tres varones y dos mujeres, una de ellas casada y con un robusto muchacho entre los brazos, y cuyo marido la contemplaba orgullosamente, como quien dice: ¡Eh, qué le parece mi mujer!

Lo que más me llamó la atención era el color fresco y la estatura de esta gente joven; los tres muchachos no bajaban de seis pies de altura, y creo que en fuerzas no le quedarían muy atrás a un torito.

Manifesté mi asombro a mi hijo, el cual, riéndose, me dijo:

—Esto se lo deben a ti, padre, y a los otros luchadores como tú. Antes, la juventud, al llegar a los veinte años, estaban gastados; los ricos por sus vicios, y los pobres por el exceso de trabajo y la falta de nutrición. Hoy nadie trabaja más de cuatro horas al día, y los jóvenes no empiezan a aprender oficios antes de los quince años cumplidos, y después de sus cuatro horas de taller se divierten jugando, siempre al aire libre, y hacen cada ejercicio corporal, que nos entusiasman hasta a nosotros, que ya somos algo viejos. Tú verás, padre mío, cuando vayamos a las plazas de juego qué juventud se forma. Y todo esto lo hemos conseguido sólo con inculcarles las máximas siguientes: “trabajo moderado, pero con gusto; buena nutrición, poco alcohol, ningún tabaco; mucho ejercicio al aire libre y muchos baños fríos”.

¡Qué juventud! pensé yo. En qué corto tiempo han resuelto problemas que yo mismo, que pasaba por socialista muy optimista consideraba obra de algunos siglos. Y esta juventud forzuda, que parecían descendientes de Hércules me saludaba besándome las manos.

—¡Pero, muchachos! ¿Qué hacen ustedes? dije yo alarmado.

—Déjalos, nomás, padre mío. Ahora es costumbre respetar mucho a los padres y a los ancianos.

—Pero dime, mi Juan, ¿cómo han hecho para obtener la victoria en tan poco tiempo?

—Antes de todo, vamos a almorzar; después, dormiremos una siesta, y luego estoy a tus órdenes, para todo lo que tú quieras mandar. Tengo licencia por un mes; o más bien dicho, estoy en comisión por un mes, a tus órdenes. El consejo local lo ha dispuesto así, y además te conceden automóvil para tu uso personal, mientras dure tu convalecencia y la dignidad de benemérito a la Gran Sociedad. Grado que, por lo común, no se concede a gente abajo de los setenta años; pero que tú lo mereces por haber sufrido durante cuarenta años las consecuencias de la heroica lucha por nuestros ideales.

No describiré la comida; únicamente diré que había un buen puchero, buen vino, muchas flores en la mesa y una alegría sin límites, que es el mejor condimento de las comidas.

Dormimos una siesta de un par de horas y cuando mi hijo vino a despertarme, ya estaba yo de pie, ansioso de saber más sobre las nuevas instituciones.

## 2. Una nueva sociedad

Después de una comida sencilla, pero buena, y en compañía de toda la familia, Juan, sus hijos y yo nos encaminamos al salón de las conferencias.

—Nosotros asistimos a la primera, me dijo mi hijo, porque es en castellano y tú aún no entiendes el esperanto, que es el idioma usual en todos los asuntos públicos. Hay en este salón tres oradores. Cada uno habla durante una hora, término que no debe ser sobrepasado.

El primero empleará el idioma del país en honor tuyo y disertará sobre las primeras evoluciones de nuestras instituciones. Los otros dos hablarán en esperanto: uno sobre electricidad y sus aplicaciones, y el otro sobre astronomía. –Pero, ¿por qué nos salen ahora por todas partes con este idioma esperanto? le dije yo.

–Tú debes saber, padre mío, que es necesario un idioma para entenderse entre tantas razas distintas de que se compone la Gran Sociedad Universal, y para no dar preferencia a un idioma determinado, ya en uso en uno de los países adherentes, el Gran Consejo Central de Berna ha resuelto decidirse por el esperanto. Además este es un idioma sumamente fácil y toda la juventud lo habla correctamente, porque su enseñanza es obligatoria en todas las escuelas del universo. Hasta los ingleses, que son tan refractarios a todo lo que no es netamente anglosajón, tuvieron que aprenderlo. Porque en nuestras relaciones con ellos, damos por no recibido todo escrito que no esté redactado en esperanto.

–No puedo negar que tus argumentos son muy convincentes. Pero, dime un poco, hijo mío, ¿de dónde sacaste tú esta manera de expresarte? Parece que tú entiendes de todo, y hasta estás al tanto de cosas que antes se consideraban únicamente abordables por grandes sabios.

–Hoy todo el mundo es sabio, en relación de hace cuarenta años, y yo no soy ninguna excepción; apenas soy un término medio.

–Me alegro que así sea, porque daba pena el ver la ignorancia de la juventud obrera de mis tiempos. Pero otra cosa que no comprendo: ¿por qué estas jóvenes que vienen agrupadas allí están todas vestidas iguales?

–¿Recién lo ves, padre mío? Hacía ya tiempo que esperaba esta pregunta. Porque deben ser de la misma edad, más o menos. Hoy no se usan diferencias en los trajes y vestidos sino dentro de categorías que cambian según la edad. Hasta los seis años, los niños visten más o menos la misma ropa de antes. A los seis empiezan a ir al colegio, y entonces, hasta los quince años, usan los varones pantalones hasta la rodilla y blusa corta, y las niñas un vestido liso. Y para evitar el rigor de las estaciones los géneros se fabrican de tres clases: liviano, media estación y grueso, y para dar satisfacción a los diferentes gustos, se fabrican estas tres clases de géneros en todos los colores imaginables. Así cada cual se viste aparentemente como se le da la gana; pero siempre de acuerdo con nuestros principios: “Que nadie debe tener lo que no pueden tener también los demás”. Todos los niños, mientras están en las clases visten de blanco, ya sea invierno o verano, naturalmente del paño apropiado a la estación. Así se acostumbran desde chicos a mantenerse limpios y ser aseados. De los quince años arriba usan el color que más les gusta. Menos los varones que van a los talleres, que durante las cuatro horas de trabajo usan trajes color verde aceituna. Así, en todos los países adherentes a la Gran Sociedad Universal se ha establecido la manera de vestir siguiente: Hasta salir de la escuela, conforme ya te he explicado: después los varones usan todos el mismo pantalón; pero de 15 a 18 años, usan un saquito ajustado que llega hasta la cintura; de 18 hasta 50 un saco común como el mío, y de 50 arriba la levita. La vestimenta está íntimamente ajustada a la comodidad e higiene de las personas, y además de acuerdo con las categorías establecidas. Hasta los

quince años, el niño pertenece enteramente a su familia.

—Pero, dime, Juan mío. ¿Y aquellas teorías de mis tiempos, que tenían tantos partidarios entre los compañeros, que se debía suprimir completamente la familia y establecer el amor libre?

—Ideas poco meditadas de algunos exaltados—me respondió mi hijo. Sacar la vida de familia, sería suprimir de golpe la base de toda sociedad durable. Esta idea tiene todos los argumentos en su contra, y en su favor sólo uno. Que sería: que no es justo que uno tenga mujer bonita y otro fea. Pero no piensan que la linda cara es lo menos durable en el matrimonio; en cambio, la dulzura y un genio alegre son para siempre. Pero sigamos nuestra conversación anterior.

Bueno; después de los quince años, el niño pertenece a la Sociedad, la cual está obligada a enseñarle a ser un miembro útil de ella. Durante tres años es compañero aprendiz, al cabo de los cuales se le destina, según sus aptitudes y de acuerdo con sus inclinaciones, a uno de los talleres o a otras labores. En estos tres años asisten cuatro horas por día a su trabajo. El otro tiempo que le sobra lo emplea completamente a su gusto. Nadie le obliga a seguir estudiando; pero se le dan amplias facilidades para perfeccionarse en toda clase de conocimientos. Una vez siendo compañero, es considerado mayor de edad, y goza de todos los beneficios de la Gran Sociedad. Puede contraer matrimonio. Puede seguir los estudios superiores. Puede pasearse por el mundo un mes cada año.

—¿Qué entiendes tú por estudios superiores?

—Los estudios superiores son varios; como ser: médicos, ingenieros, arquitectos, químicos y astrónomos.

—Me parece que olvidas la profesión de abogado.

—Hoy no existe esa clase de tiburones, me respondió él.

No pude menos de reírme, porque soy de la misma opinión. Porque ya en mis tiempos esta gente no servía más que para desvalijar durante los pleitos a vencedores y vencidos.

—El que se dedica a estudios superiores tiene que asistir igualmente a su trabajo diario, hasta que demuestre que verdaderamente tiene aptitudes y afición para uno de ellos. Entonces se dedica por completo, y cuando los ha terminado se le agrega a un establecimiento como médico, ingeniero u otro ramo, sin que por esto se le considere ni más ni menos que otros compañeros. Porque si uno nace más inteligente que otro, no sería justo creerse con más méritos por esto. Hace tantos sacrificios un individuo algo obtuso para ponerse al nivel de los demás, como uno muy inteligente, con sobrepone a estos mismos. El compañero que presta servicios verdaderamente sobresalientes es muy querido y respetado, y éste sirve de estímulo a los demás. Además, si alguno tiene una buena idea para inventar o perfeccionar algo, se le ponen a su disposición todos los elementos necesarios.

—Pero, dime, mi Juan, ¿quién hace de sirviente?

—¿De sirviente? ¿Cómo puedes tú, padre mío, un socialista convencido, hacerte esta pregunta? ¿Crees tú que hay hoy un sólo hombre sobre la tierra que renegaría de su dignidad personal hasta tal punto de ser lacayo de otro hombre? ¿Crees tú que alguno que esté en su sano juicio llevaría la cola del vestido de una mujer, fuese quien fuese, como antes hacían en algunos países los cadetes militares cuando les

tocaba de servicio con alguna princesa? Aunque disfrazaban en este caso el nombre de sirviente por el de paje. Hoy, padre mío, no se sirve sino a los enfermos, y los hijos a sus padres. Cuando el hombre llega a los cincuenta años entonces es jubilado. Es decir, no tiene más obligación de trabajar. Sin embargo, después de esta edad les corresponde formar (siempre por sorteo y voluntariamente) los consejos de los diferentes ramos de la administración y los de justicia: es decir, para juzgar a los hombres porque las mujeres son juzgadas por matronas en idénticas condiciones. Además, para nosotros no hay retiro obligatorio, y cada cual puede servir a sus compañeros, hasta que la muerte pone su término forzoso. Uno de nuestros actuales Grandes Compañeros, por ejemplo, ya está cerca de los noventa años, y, sin embargo, se empeña en seguir, con verdadera abnegación, en su puesto.

—¿Quién es, cómo se llama?—interrogué a mi hijo.

—¡Oh! Ya lo verás, padre mío. Él ha pedido verte, y mañana le haremos una visita. Es fácil que tú le conozcas. Aunque en tus tiempos no era precisamente de los nuestros. Le decían “El Pelao” y era jefe de una gran repartición. Además hay otro ex jefe de la misma repartición, que demostró ya en tus tiempos sus inclinaciones socialistas por los muchos asilos que fundó, y que ocupa ahora un alto cargo en una de nuestras dependencias. Para las mujeres los estatutos prescriben las mismas costumbres. Después de los quince años deben aprender a cocinar, remendar, cuidar niños, tener en orden la casa y además pueden asistir a la clase de estudios superiores, igual como los hombres. Durante este tiempo usan

un vestido corrido, de arriba hasta abajo, liso, con un cinturón. El corsé, ese antiguo instrumento de tortura, queda completamente abolido, lo mismo que los cuellos muy ajustados. Pasados los dieciocho años, y hasta los cincuenta, son compañeras. Entonces pueden contraer matrimonio, pueden estudiar, pueden viajar un mes por año. En fin, tienen todas las atribuciones que tienen los hombres, menos sus deberes. Porque ninguna mujer tiene obligación de trabajar sino para su familia, en vista que demasiado tiene que hacer con aportar y cuidar los nuevos ciudadanos. Sin embargo, si alguna prefiere quedarse soltera y dedicarse a un estudio superior, queda completamente libre de hacer lo que mejor le parezca. Durante este tiempo, viste de polleras y saco ajustado al talle, traje que antiguamente se llamaba “tailleur”. A los cincuenta años pasa a la categoría de matrona, y entonces es apta para todos los cargos que corresponden también a los hombres de la misma edad. Durante este tiempo visten pollera y levitón suelto.

—Muy bien, muy bien —dije yo—; casi no tengo nada que observar; pero ¿y los sombreros?

—Cada cual usa el que se le da la gana, porque todos son del mismo material, y hay varios miles de formas distintas y de todos los colores imaginables. Lo que no es admitido son los adornos, porque hoy sería por demasiado ridículo el adornarse con plumas, como antes lo hacían los indios.

En esto llegó el conferenciante, y nos vimos obligados a guardar silencio.

Después de un corto saludo el hombre tomó la palabra.

“Compañeros:

“Pronto van a cumplirse veinticinco años que el pueblo argentino pertenece

a la Gran Sociedad Universal, y la juventud moderna sólo toma parte en los beneficios, y no en las luchas para conseguir el bienestar de que ahora disfrutamos.

“Una de las primeras obligaciones del buen compañero es la de ser agradecido, y no debemos perder la ocasión de ensalzar a los muchos que han trabajado, sufrido y muerto en holocausto de la gran causa.

“¿Cuántos obstáculos ha habido que vencer hasta llegar al gran año 1925! Año de triunfo; pero también de desvelos.

“¿Cuántas energías aisladas era necesario encauzar para poder luchar con éxito, y no por medio de la fuerza sino de la persuasión!

“Era necesario acostumbrar a estos jóvenes leones al orden, porque el caos conduce a la ruina.

“Era indispensable, antes de entusiasmar las masas por nuestros ideales, saberlas también refrenar.

“Porque no queríamos dar otra vez un espectáculo al mundo como cuando la gran revolución francesa, tan espléndidamente empezada y tan mal acabada.

“Estos gigantes habían derribado un Capeto para que sus hijos levantaran a otro, peor aún que el anterior.

“Hubo que enseñar al pueblo a dominarse a sí mismo para no caer en excesos después del triunfo.

“Hubo que eliminar los pescadores en río revuelto. Hubo que seleccionar las ovejas sarnosas para no infestar a las sanas. Hubo que calmar a los exaltados, porque nuestro lema no era Venganza contra los opresores sino Igualdad y Perdón.

“Hubo que crear lo que no existía.

“Queríamos la unión; pero no la unión a la fuerza, conquistada sobre

sangriento campo de batalla, como la de una confederación que necesitó 500.000 cadáveres para poder formarse, sino la unión perfecta que se basa sobre el respeto mutuo.

“Hubo que convencer a todos aquellos que no podían imaginarse un socialista sino con un puñal o una bomba en la mano, que no éramos asesinos, sino progresistas.

“Hubo que acostumbrar al trabajo a esta gente que nunca en su vida habían hecho nada por sí mismos, y cuya única misión en el mundo era dar órdenes a sus sirvientes.

“Hubo también que acostumbrar a aquellos proletarios que, con el entusiasmo de la victoria querían que en adelante sólo los burgueses trabajasen.

“Hubo que hacerles ver que no era posible ni decente tomar represalias contra los vencidos y que todos éramos hermanos.

“Hubo que convencer a aquellos que querían a toda costa repartirse las tierras y vivir cada uno como una especie de reyezuelo, que esto no era posible.

“Hubo que convencerles que el hombre es un ser esencialmente sociable y el que vive aislado, forzosamente tendría que sucumbir de melancolía.

“Les hemos demostrado que hasta la alta aristocracia no se aguantaba en sus palacios y sus parques, y tenían que mezclarse con el pueblo despreciado.

“Y aunque se mezclaban con el labio caído y el gesto desdeñoso, no podían hacer de menos.

“Hubo, por fin, que crear instituciones que superasen a las anteriores, y los resultados han demostrado que casi en todo hemos acertado.

“Hubo que llamar a la realidad de la vida a aquellos sublimes locos que pensaban que con haber cambiado de sistema ya estaba todo resuelto.

“Al principio hubo que trabajar diez y más horas cada individuo, para que no nos muriéramos de hambre al año siguiente, porque durante unos meses todo había quedado abandonado.

“Hubo que acallar a los descontentos, demostrándoles que dentro de poco tiempo las cosas mejorarían, porque por el momento la mitad de las actividades se perdían en estériles idas y vueltas.

“Hubo que consolar a los que más sacrificios habían hecho y que, por el momento, no se podían recompensar.

“Hubo que vigilar a estos lobos con piel de cordero que, antes, con el nombre de sacerdotes, explotaban y esquilaban al pueblo, y después, con una mentida mansedumbre hacían aparentar que aceptaban gustosamente nuestras instituciones, y por dentro hervían de rabia, acordándose de sus templos parroquiales, que eran tantas minas de oro y de placeres para ellos.

“¡Oh, juventud moderna! No olvidéis nuestros sacrificios y esfuerzos, y haced lo posible para sobrepujar en prendas morales a vuestros padres, que esto será nuestra más grande recompensa. Antes de concluir quiero presentaros un compañero, muy digno de todos los respetos y consideraciones. Vedlo; dijo, señalándome a mí.

“Un compañero que sufrió durante cuarenta años por nuestra causa. ¿Y sabéis por qué fue atropellado y herido?

“Tuvo la audacia de proclamar la libertad de reunión durante la manifestación del 1º de Mayo de 1910, porque la policía había prohibido la reunión alegando que estorbaba el tráfico, y esta misma policía, la noche anterior tuvo parada la circulación del tráfico durante más de una hora frente a una iglesia, y ¿sabéis vosotros por qué?

“Se había producido el inmenso acontecimiento social de que se efectuaba el enlace de la hija de un almacenero enriquecido con el hijo de un diputado.

“Invito a todos los presentes a ponerse de pie, en honor del mártir presente.”

Todos, sin excepción, se levantaron, y muchos se adelantaron hacia mí a besarme las manos.

Quedé tan emocionado que apenas pude decirles:

—¡Dejadme! Es demasiado honor, hijos míos.

### 3. La organización productiva

Muy temprano estuve yo de pie; pero mi hijo ya me esperaba.

—Espero tus órdenes, padre mío. Dime a dónde iremos hoy, y si apronto el automóvil.

—Mira, hijo mío: por decirlo francamente, prefiero ir a pie; pero, naturalmente en tu compañía. Así nos encaminamos hasta Barracas. Todo completamente desconocido. Multitud de casitas, siempre con su jardín; bien al frente, bien al fondo.

—¿Cómo se las han arreglado para repartir las viviendas conformando a todos?

—¡Oh, sumamente fácil! Una vez normalizada la situación la gran mayoría de la gente quiso ir al campo, donde se levantaron casas a la minuta. Los habitantes de Buenos Aires estaban hambrientos de sol y de aire puro.

Bien es cierto que también se han producido casos verdaderamente extraordinarios de gente que no querían salir de los conventillos, alegando que una casa sólo les iba a parecer una tumba por su silencio. Extraña facultad del género humano, saberse amoldar a tal punto a la miseria, que le causa dolor



el alejarse de estos focos inmundos de enfermedades de todas clases.

En consecuencia, no faltaban habitaciones y cada cual eligió la que más o menos le acomodaba, siempre de acuerdo con el Consejo del barrio, que señalaba a cada familia tantas piezas como para que le tocara una para cada dos miembros, cuya edad no alcanzara a los 50 años, porque a toda persona mayor de esta edad le corresponde una pieza aparte, buscando, naturalmente, dentro de lo posible, dar facilidad para que cada uno quede cerca de su ocupación.

—Pero, ¿cómo arreglaron el trabajo? ¿Quién administra talleres, quién paga a los obreros? ¿Quién compra la materia prima para las industrias? También en mis tiempos se hablaba de socializar la industria, y marchar de acuerdo entre el capital y el trabajo; pero ninguno de nosotros se daba cabal cuenta, cómo y de qué manera debía efectuarse.

—En verdad —respondió mi hijo—, mucho dio que hacer; pero con la buena voluntad se han allanado todos los obstáculos. Hoy no hay más pequeños talleres ni fábricas. Todo se hace en grandes usinas, construidas ya con este fin. Cada usina está bajo un consejo de empleados y ex obreros que ya pasan de cincuenta años, y el total de la industria del país, es decir, del pueblo 13, dependen del consejo mayor industrial, que también está formado por ancianos. Éste viene a ser una especie de lo que ustedes antes llamaban un Ministerio del Trabajo. Este consejo tiene a su cargo la adquisición de la materia prima y todo lo relativo a las usinas y fábricas. Todo producto listo pasa a los depósitos anexos a las fábricas, de donde, a su vez, es repartido al consumidor, o enviado para donde haga falta.

No pude menos de decir a mi hijo:

—Pero tú siempre hablas de repartir sin acordarte de que es necesario pagar a los obreros y directores, y por lo tanto, no es posible regalar la producción.

—Estás en un error, padre mío. Hoy no se paga absolutamente nada; porque, para empezar, no hay dinero.

—¿No hay dinero! ¿Qué han hecho de él?

—Todo el oro y alhajas se han fundido y se usa este metal solamente para dorar los artículos de metal expuestos al aire y la lluvia para evitar su oxidación y al mismo tiempo para mejorar la estética. Así, tú habrás visto que todos los armazones de los focos eléctricos son dorados, como también las rejas y muchos otros objetos.

—¿Y las piedras preciosas? —pregunté yo.

—Éstas sirven de cojinetes para las máquinas de precisión; se evita así mucha pérdida de fuerza por rozamientos inútiles, y no se gastan aceites en lubricación.

—Pero, ¿cómo les consta que todo el mundo trabaja?

—Precisamente para esto se han puesto en uso las contraseñas que llamamos “Proletarios”, en son de mofa, como antes se decía luises de oro o napoleones. De estas contraseñas, cada compañero toma diez toda vez que sale de prestar su servicio de cuatro horas.

—¿Entonces es como si fuera dinero?

—No, padre mío, no es dinero. Es únicamente un medio para vigilar que todo el mundo cumpla con su deber, sin estar directamente bajo una vigilancia deprimente, y que no estaría de acuerdo con la libertad individual.

—¿Y de qué son estas contraseñas? Seguramente de plata.

—Este metal sirve para otra cosa más útil, que es para hacer, en liga con otros metales, los cables trasmisores de la energía eléctrica. Porque con

esta clase de cables, la pérdida por irradiación es casi insensible. Además es muy pesado. Nuestras contraseñas son de una composición liviana, y que permite su refundición con pocos gastos. No llevan otra inscripción que la imagen de la paloma de paz, que es el emblema de la gran sociedad, y el nombre del mes en que corren.

—Pero tú dices que no es dinero y, sin embargo, pagan con ellas a sus empleados.

—No; no es dinero, y en cuanto te haya explicado el mecanismo de nuestra administración, tú opinarás igual. Todo compañero abajo de cincuenta años recibe todos los días sus diez proletarios, excepto los domingos, que nadie o casi nadie trabaja, y en cuyo día los artículos pueden retirarse sin contraseña. Los ancianos no necesitan esta fórmula, porque todo lo que hay está a su disposición. Con estas diez tiene que arreglarse en esta forma:

Cinco para su comida.

Uno para fumar.

Uno para refrescos u otra bebida.

Uno para teatro u otras diversiones.

Uno para excursiones en tren, automóviles o aeroplano y uno para flores.

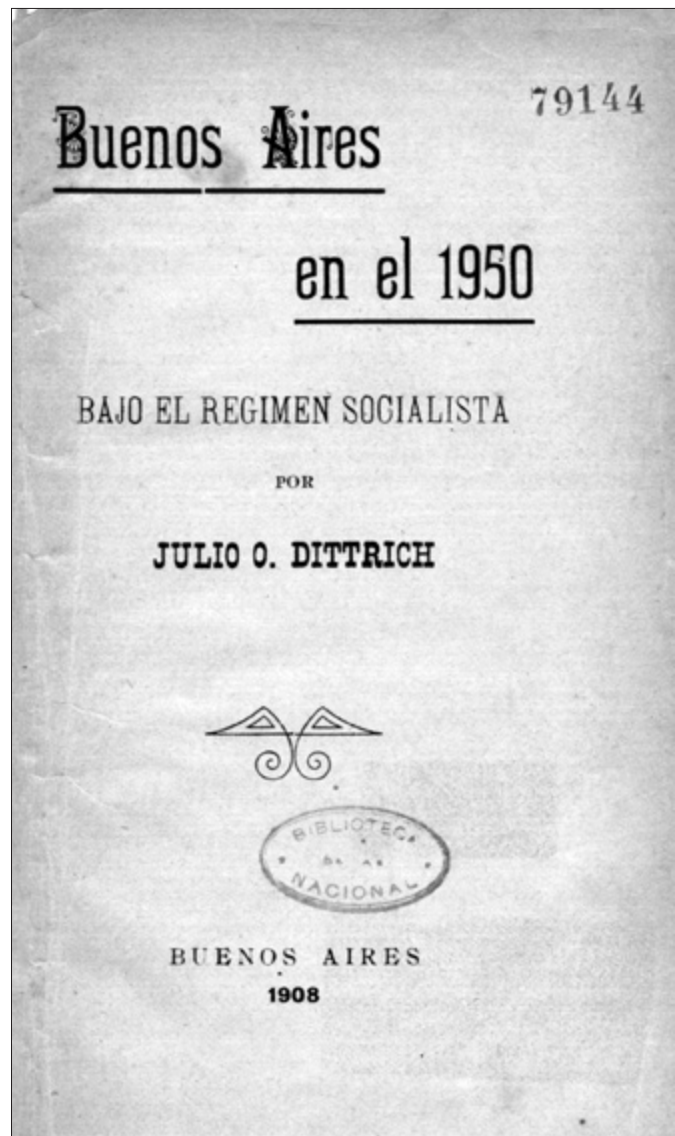
—¿Y el que no fuma?

—Invierte su contraseña en otra cosa.

—¿Y la ropa con qué la paga? ¿Y con qué mantiene su familia?

—La ropa está pagada por la sociedad, como igualmente la manutención de la familia; y los diez proletarios no son otra cosa que un regulador de la vida normal, además de ser el único poder que empleamos para obligar a cada cual a prestar sus cuatro horas de servicio. Todo el mundo tiene ropa y casa pagada por la comunidad, y solamente el estómago del interesado paga sus resistencias contra el derecho común. Naturalmente no se exageran

las cosas, y si un compañero se halla indispuesto, bien en verdad o fingido, no por esta deja de percibir sus proletarios. Ahora bien; en cuanto el consejo del barrio se apercibe que las enfermedades se suceden demasiado a menudo, va un compañero médico y pone las cosas en orden, llegando hasta a ser amonestado públicamente el haragán que quiere vivir a costillas de sus compañeros. Si la enfermedad es algo grave, tiene inmediatamente



médico y medicamentos a discreción, si no prefiere ingresar en uno de los muchos hospitales. Pero si es fingida, se le suprimen sus proletrarios, y de buena o mala gana al día siguiente va al servicio, porque ni su misma familia trataría de socorrerlo, porque el que no quiere trabajar es un ladrón.

—¿Pero el que no gasta sus cinco proletrarios y los quiere acumular? —le observé yo a mi hijo.

—Esto no sucede, porque como llevan el nombre del mes de su circulación, deben ser invertidos en este mismo mes, de lo contrario, pierden completamente su valor, y como cada año se cambia además su color tampoco pueden guardarse de un año para otro, y así se evita que haya avaros entre nosotros.

—¿Y el que gasta todo en bebidas alcohólicas?

—Como a nadie le falta nada, es muy raro ver a un compañero hacer excesos. Primero por la instrucción que recibe la juventud, y segundo, porque todo compañero debe vigilar por el bien común, y todos, sin excepción, son agentes del orden al servicio de la Gran Sociedad cuando el caso lo requiere, y así uno vigila al otro.

—Muy sabiamente dispuesto —dije yo—. Pero otra cosa. ¿Por qué antes del medio día casi no se ve movimiento por las calles?

—La primera razón es que el Gran Consejo del elemento femenino ha dispuesto que las mujeres no quieren ser menos que los hombres y quieren también prestar sus cuatro horas de servicio. Así hay un convenio tácito de que ninguna mujer salga a la calle a la mañana, sino por causas excepcionales, y así todas trabajan en su casa en los quehaceres domésticos, y recién a la tarde disponen del tiempo que les

queda para pasear y divertirse. ¡Oh! El elemento femenino está hoy a la altura de su misión y a menudo la Oficina del Progreso recibe escritos con notables trabajos e ideas de ellas.

—¿Qué oficina es esa?

—Es una repartición que recibe, selecciona y contesta todo escrito presentado por los compañeros de ambos sexos. Toda persona que cree tener una buena idea respecto al bien común, la redacta y la envía a esta oficina. Allí es analizada y puesta en práctica si es sobresaliente; queda archivada si es prematura, o devuelta si es inaplicable. Pero siempre, y en todos los casos, el o la autora recibe su respuesta. El terrible canasto queda abolido. Después los resultados se publican en una revista que se titula “Progreso Social”. El segundo motivo del poco movimiento en la calle es la paralización completa del movimiento comercial. Antes, una mitad de la población corría apresuradamente para engañar a la otra mitad, o a lo menos para aventajarla; para ser a su vez engañada por otros más hábiles que ellos. Todos compraban, vendían, falsificaban, aumentaban, hacían de uno seis, y así por el estilo. Les iba bien, compraban un palacete; les iba mal, quiebra y otro palacete. Así, siempre ¿quién era el eterno pagano? El tonto trabajador que se quebraba los dedos y los músculos durante nueve o diez horas diarias para ganar un zoquete de pan para ser luego clasificado de “elementos bajos”, o el honrado sabio que, despreciando el vil metal, pensaba en conquistar para la humanidad los adelantos de la ciencia para ser tratado después de viejo imbécil, por no saber siquiera dejar algún centenar de miles de pesos para sus hijos.

—Pero ¿tú dices que no hay más movimiento comercial? —le repliqué yo.

¿Cómo se las arreglan para compensar la sobreproducción de un artículo, como, por ejemplo, los cereales en nuestro país?

—Como el Gran Consejo Central de Berna dispone de todos, de allá vienen las órdenes cuando en alguna parte falta algo, y sin más fórmulas se envía lo necesario. Además, en cada país se trata de fabricar los artículos cuya materia prima se encuentra allí mismo, para evitar doble trabajo y doble transporte. Únicamente con Inglaterra se hace una excepción. Con ellos tenemos una especie de tratado de intercambio comercial. Nosotros les enviamos trigo y carne, y ellos nos entregan hierro y acero. Y no es que necesitamos esto, porque bien podríamos también nosotros trabajar en las minas para extraer los minerales, sino para evitar que los ingleses se mueran de hambre porque la Isla de la Gran Bretaña no produce lo suficiente para alimentar todo ese enjambre de aristócratas, príncipes y reyes refugiados allí después de nuestro triunfo.

—¿Pero ellos tienen a la Irlanda, que creo que es un país muy productivo? —dije yo.

—Irlanda no es más inglesa, padre mío. Uno de los primeros pueblos que se han proclamado libres del yugo fueron ellos. Posteriormente, este pueblo tan digno, hizo un gran acto colectivo de abnegación. Al poco tiempo de haberse establecido el sistema actual, empezaban a perturbarnos los anarquistas. No sabíamos qué hacer con ellos. No había manera alguna de entenderse. Criminales no eran y, por lo tanto, no podíamos tratarlos como tales. Pero nuestro sistema no les gustaba, porque ellos querían descansar y no trabajar, y además decían que una libertad conquistada sin sangre no merecía este nombre. Entonces les propusimos dejarles a su

elección cualquier parte de la tierra que ellos quisieran, y entonces nos respondieron que sus deseos eran vivir todos reunidos en Irlanda. Naturalmente, nos pareció una pretensión exagerada. Sin embargo, por fórmula, se hizo la pregunta al pueblo irlandés, y cuál no sería la agradable sorpresa del Gran Consejo al recibir la siguiente nota:

“Al Gran Consejo Universal:

“El pueblo irlandés tiene en honor poder ofrecer su tierra a los intereses de la Gran Sociedad, y pide únicamente un año de tiempo para desalojar su país y hallar otro lugar que goce, más o menos del mismo clima, para habitarlo.

“No se nos agradezca nuestra acción, porque, además de ser un deber agradecer la ayuda que hemos recibido en sus tiempos del Gran Consejo, con gusto nos alejamos de nuestros peligrosos vecinos.”

El Gran Consejo les propuso entonces la Patagonia Argentina, y ellos aceptaron en seguida. Así, ahora tenemos toda Irlanda, o a lo menos sus habitantes, aquí, en el Sur, alrededor del Chubut. Una vez desalojada aquella isla se enviaron allá todos los anarquistas del Universo y ahora mantenemos relaciones muy cordiales con ellos. Únicamente que éstos no aceptan absolutamente nada de nosotros, porque dicen que hemos transformado al mundo en una gran cárcel modelo.

—Y los ingleses, ¿qué dicen a todo esto?

—Se conformaron, y no está lejos el día que “malgré-tous” tendrán que solicitar el ser admitidos en nuestro seno. Todo el elemento pensador y todos los trabajadores han emigrado de allí y se encuentran entre nosotros; así solamente quedan allá los aristócratas empedernidos de todo el Universo. Gentes que han proclamado que se harían saltar al aire, junto con toda

la isla, antes de ser compañeros de los “sans-culotte”. Gente que sostiene que todos nosotros somos unos desalmados ladrones, por haberles robado sus tierras y sus palacios. Bienes que sus padres habían conquistado a fuerza de sacrificios heroicos (uña). Lo gracioso es que este enjambre de príncipes y gentes de sangre azul no podían soportar el gobierno monárquico. Hicieron una revolución e implantaron la república; pero copiando casi por completo nuestro sistema; es decir, en vez de haber un presidente y ministros, el poder ejecutivo está representado por un consejo de ancianos. Al discutir la nueva forma de gobierno hubo algunas observaciones dignas de ser reproducidas, sobre todo tratándose de gentes que todos habían sido soberanos y habían gobernado en mayor o menor escala. Uno dijo que un joven no tenía bastante experiencia ni calma para pertenecer al consejo. Y este mismo individuo había sido rey a los dieciocho años. Otro dijo que era peligroso acumular demasiado poder en una sola persona, olvidando que él en persona había clamado que no podía hacer grandes obras porque una estúpida constitución se lo impedía. Otro dijo que se debían examinar primero los nuevos miembros del consejo, sin pensar que él en su vida jamás había pasado por ningún examen y, sin embargo, fue, según su opinión, un rey sabio y aplaudido.

No pude menos de afirmar todo lo dicho por mi hijo. Es verdaderamente sorprendente cómo el mundo se ha dejado llevar tantos siglos por las narices por todos estos aventureros que se llaman testas coronadas. Todo empleo, todo trabajo, toda profesión, por ínfima que sea, tiene que ser aprendida, y se trataría de loco al padre que dijese que

su hijo, que están aún en la cuna, que va a salir un gran médico o un buen zapatero. Sin embargo, hoy nacía un príncipe y ya le aplaudía el pueblo ignorante por el gran esfuerzo heroico que había hecho con nacer. Ya todo el mundo sabía que este chico iba a ser un rey magnánimo, ilustre, sabio, bondadoso, valiente, guerrero y tutti quanti. Esto me hace acordar un hecho que oí en mi juventud. En Escocia perseguían una vez a un rey, y éste, para evadirse con más facilidad, se disfrazó de leñero y se mezcló con otros del mismo oficio. Después de ponerse en seguridad les avisaron a éstos que el que había estado entre ellos había sido el rey.

—¡No puede ser! —exclamaban éstos.

—¡Si tenía la cara como nosotros!

Pobres pueblos engañados y vendidos que habéis soportado leyes como la que castigaba los delitos de lesa majestad con fuertes penas. Mirad en una noche serena por espacio de cinco minutos al firmamento, y sabréis lo que quiere decir majestad, y os convenceréis más que nunca que este título no corresponde a ningún miserable gusano en esta tierra.

En esto llegamos a la Boca del Riachuelo. ¡Qué cambio! Todas las casillas de madera de mis tiempos las llevó el empuje de las nuevas instituciones.

Lindas casitas de material, todas con su jardín, daban un aspecto magnífico a este barrio tan abandonado antes.

Porque en mis tiempos, todo el celo de las autoridades municipales se reservaba para los grandes paseos aristocráticos, y si algo se ocupaban de la Boca y Barracas era por miedo de convertir estos barrios de obreros en focos de enfermedades infecciosas, que muy bien algún día podían extenderse hasta los barrios de la gente bien.

Llegamos donde estaban los buques.

El puerto estaba relativamente vacío. Pero cerca de un gran transatlántico con bandera inglesa se veía algún movimiento.

Nos acercamos a un empleado, y éste, al reconocer en mí a un miembro del Gran Consejo, categoría que yo mismo ignoraba aún, se puso en seguida a mis órdenes para lo que quisiese mandar. Le hice algunas preguntas respecto al buque, su tripulación, lo que traía y lo que llevaba.

—Compañero anciano, no quiero quejarme; pero el peor servicio que puede existir es tener que lidiar con esta gente. Toda la tripulación del barco inglés son aristócratas y nos miran a nosotros como la peste. Vienen aquí a traer hierro y llevan carne. Pero todo lo hacen con un gesto de perdona vidas, que parece que son ellos los que nos mantienen a nosotros, en vez de ser todo lo contrario. Sin embargo, no todos son así y hay un rubio entre ellos muy modesto. He oído decir que aquel rubio que ahora está recostado contra la obra muerta del buque es el lujo de un gran soberano que en sus tiempos era muy belicoso y tenía en un latente sobresalto a media humanidad.

Dirigí la mirada donde me indicaba el empleado, y vi allí un hombre que tenía de todo menos de matasiete, y no pude menos de sentir compasión por un hombre que se había criado entre el lujo y que ahora tenía que ganar su pan, haciendo la triste vida de marino.

Así se lo manifesté a mi hijo.

—No los compadezcas, padre mío. Este mismo hombre tiene un hermano que está entre nosotros; es decir, en Suiza, y demostró ser un hábil electricista; pero desde el día que abandonó su estado social y abrazó nuestro credo, toda su familia lo declaró renegado y

no quiso saber más de él. Esta gente, antes de reconocer que son de carne y hueso como nosotros, se dejarían cortar en pedazos.

La carga del vapor se efectuaba de una manera original. No se veía gente ninguna, y todo caminaba automáticamente. Le pregunté al empleado que nos hacía de cicerone, y éste nos dijo que el vapor había llegado esa mañana cargado y que hoy quedaría listo para emprender nuevamente el viaje.

—¿Y el carbón para las calderas? —dije yo. Mi hijo, notando el asombro en la cara del empleado, le dijo que yo era el anciano que había estado demente durante cuarenta años, a lo que aquél me contestó:

—Nadie pierde su tiempo actualmente en sacar carbón de debajo de la tierra. Los buques son propulsados por motores eléctricos, y los acumuladores se cargan en un par de horas. Y son suficientes para un viaje de ida y vuelta; pero por precaución se vuelven a cargar aquí. Mas este buque no es de los más veloces y creo que sólo camina cuarenta y cinco millas por hora. Por allí pueden ver los vapores de la Gran Sociedad Universal, entre los que hay algunos de ellos cuyo andar normal es de ochenta millas por hora, y otros cuyo andar sólo es superado por los aeroplanos, que emplean, desde París hasta aquí, sólo dieciocho horas.

—Pero debe ser terrible el esfuerzo necesario para desarrollar estas velocidades, más teniendo en cuenta que la resistencia del agua aumenta en relación del cuadrado con la velocidad.

—No tanto como tú crees compañero anciano, porque ahora los buques no cortan el agua, sino ruedan sobre ella. Mi hijo me contemplaba sonriendo, y nos encaminamos hacia nuestro barrio.

#### 4. Sobre la evolución histórica del trabajo

Mi hijo me habló de una conferencia para niños que iba a tener lugar esta noche, y como era una de las pocas en idioma castellano, resolvimos asistir.

Para no cansar a los niños, la verdadera conferencia dura solamente media hora, y después viene un cuento, por lo general muy lindo.

Llegada la hora nos encaminamos hacia la Casa del Pueblo, ex Catedral, y al poco rato subió a la tribuna el conferenciante.

Rara vez en mi vida he visto un hombre que tuviera tanta bondad pintada en su rostro, y por las manifestaciones que le hacían conocí que era el ídolo de la gente menor.

El hombre empezó a hablar, y los párrafos más importantes de su discurso fueron los siguientes:

“Mis queridos niños:

“Hoy hablaremos un poco sobre el trabajo.

“Desde que existe el mundo ha sido necesario trabajar, porque la naturaleza muy raras veces nos brinda sus dones completamente listos para el consumo.

“Así crecen las yerbas fibrosas; pero hay que hilar y tejer las fibras para hacer trajes.

“Crecen los árboles; pero para hacer casas hay que cortarlos y hacer tablones.

“Crecen las frutas; pero muchas de ellas hay que cocerlas, y hacen falta cacerolas y hornos.

“Además, hay animales feroces y son necesarias armas para combatirlos.

“En fin, el trabajo es indispensable.

“Al principio, cuando aún había poca gente sobre la Tierra, tal vez alguno pudo haber pasado sin trabajar, alimentándose de fruta y no usando ropa alguna.

“Pero en el transcurso del tiempo, el mundo se pobló, y no hubo más remedio que ayudar a la tierra a producir nuestro alimento.

“Naturalmente el labrar la tierra con herramientas primitivas era un trabajo muy penoso, y los hombres más espabilados buscaron la manera de sacarle el cuerpo,

“Pronto éstos se destacaron como jefes y alrededor de ellos se agruparon los vividores.

“Así, el resultado final era que los trabajos más pesados tenían que hacerlos los demás.

“Éstos se conformaban de muy mala gana, y los jefes se convencieron que tenían que buscar algún medio para mantener a esta gente en estado subyugado.

“Y este medio se halló explotando el sentimiento religioso.

“Siempre, y en los tiempos más remotos, el hombre se inclinaba a creer en seres superiores, que moraban en las alturas celestes y en otra vida, después de la muerte del cuerpo.

“Y bien pocos hay aún hoy en día que miran con serenidad el supremo momento de la muerte física.

“Porque nadie, absolutamente nadie, sabe dónde irá a parar nuestro espíritu.

“Mas cuando hay una conmoción de la Tierra, o simplemente una tormenta fuerte, todo ser humano se encuentra asustado, y le es forzoso reconocer que hay alguna cosa superior a nuestro escaso entendimiento.

“Este sentimiento, pues, fue el que emplearon, y el primer embustero que supo convencer a sus semejantes menos inteligentes, que él había sido designado por un ser divino como su representante, era jefe de hecho y derecho y mandaba y dictaba leyes a su antojo.

“Así se crearon los sacerdotes.

“Les decían al pueblo que en esta tierra era necesario trabajar y sufrir para ser recompensado con exceso en la otra vida.

“Bien es verdad que si los pueblos hubieran sido un poco más perspicaces, bien hubieran podido ver que los que tales cosas decían empezaban por no cumplirlas ellos mismos; pero los pueblos eran ciegos.

“Andando los tiempos, otros jefes se transformaron en reyes y se rodearon de soldados; pero siempre de acuerdo con los jefes religiosos.

“Éstos les aseguraban la sumisión del pueblo, y en cambio, disfrutaban de altos honores y conseguían su objeto principal, que era: No trabajar.

“Además, supieron investirse de autoridad casi igual como los reyes, y algunas veces más aún.

“Sí, mis niños queridos, aún no hace mucho tiempo, apenas cuarenta años, que las autoridades municipales de nuestra ciudad no podían hacer tal o cual cosa, para no tener conflictos con la Autoridad Eclesiástica.

“Hoy en día, gracias a los esfuerzos de la Gran Sociedad Universal, se ha extirpado este cáncer social; pero es necesario que vosotros, que sois el pueblo de mañana, conozcáis a vuestros enemigos.

“Habíamos llegado que en los antiguos tiempos, los jefes civiles y los religiosos y los demás vividores, no trabajaban.

“No solamente no trabajaban, sino hubo algunos que, para construir un monumento inútil, y sólo para satisfacer su orgullo inmenso hicieron trabajar alrededor de cien mil personas durante diez o doce años, como sucedió en el Egipto, con la construcción de las pirámides.

“Este sistema siguió, con pocas variaciones, hasta el principio de

este siglo, cuando de golpe despertó el pueblo de su letargo y sacudió el yugo que lo oprimía.

“¡Qué sorpresa para muchos!

“Cuando antes del movimiento libertador el obrero pedía ocho horas de trabajo, los barrigones de burgueses decían: “¡qué barbaridad!”

“Y después resultó que se trabajan solamente cuatro horas, y no solamente es suficiente, sino que sobran todavía, y dentro de algún tiempo se podrá reducir la jornada, porque tenemos víveres acumulados para varios años, y las grandes plantaciones de árboles estarán terminadas.

“Ahora les diré, mis queridos, cómo es posible que hoy se produzca más en cuatro horas que antes en ocho.

“Primero: ahora trabaja todo el mundo, y antes lo hacía sólo una parte.

“Segundo: no se fabrican artículos de lujo ni inútiles.

“Tercero: no se fabrican armas.

“Esta fabricación, comprendidos los buques de guerra, explosivos y demás armas grandes y chicas, absorbían antes el trabajo de unos cuarenta millones de hombres.

“Cuarto: hoy no tenemos esa inmensa cantidad de soldados que perdían su tiempo lastimosamente en ejercicios, o por encargo superior se mataban entre ellos, haciendo cada carnicería que subleva el espíritu.

“Quinto: los grandes adelantos en la mecánica.

“Todo o casi todo, se hace con las máquinas y la misión del hombre no es más que dirigirlas.

“Sexto: el aprovechamiento del calor solar.

“Porque antes mucha gente era empleada en cortar leña y sacar carbón de las minas.

“Hoy tenemos las grandes usinas



cerca del Ecuador, donde el Sol es casi siempre aprovechable, y con algunos miles de gigantescos espejos cóncavos, hábilmente colocados, y cuyos rayos dé reflejo se dirigen sobre las calderas de vapor.

“Las que a su vez alimentan potentes dínamos y tenemos calor, luz y fuerza motriz desde el Estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos.

“Séptimo: no hay comerciantes.

“Esto quiere decir que la cuarta parte de la humanidad, que antes se ocupaba en engañarse mutuamente, queda libre para otra ocupación.

“Y hay más aún. Si nos limitáramos a lo estrictamente necesario, bastarían dos horas escasas de trabajo para mantener y vestir a todo el mundo: pero el Gran Consejo Universal, de acuerdo con todos los adherentes, ha dispuesto que, por algún tiempo más se debía seguir la jornada de cuatro horas, empleando todos los hombres

sobrantes en plantar árboles frutales, en canalizar los terrenos anegadizos y en obras de saneamiento de tierras pantanosas.

“Todo esto en previsión de enfermedades infecciosas y para aumentar las tierras cultivables para las generaciones futuras.

“Así, en realidad, hoy se trabaja el doble de lo necesario, y sólo para asegurarnos a vosotros un porvenir sin peligros.

“Pero una cosa tengo que recomendaros, queridos niños.

“Todo hombre debe trabajar, porque el que no trabaja es un vulgar estafador que quiere vivir del sudor de sus semejantes.”

Un prolongado aplauso de los niños recompensó al orador por sus bellas frases.

**(\*) Fragmento del libro *Buenos Aires en el 1950 bajo el Régimen Socialista*, editado en Buenos Aires en 1908.**



**Tesoros de la Biblioteca Nacional**  
Septiembre a diciembre | Sala "Leopoldo Marechal"

**Partituras, revistas y música**  
Octubre a noviembre | Sala "Juan L. Ortiz"

**Lugones / Pessoa**  
Octubre a noviembre | Sala "Leopoldo Lugones"

**Letras ilustradas.**  
*Imágenes del CEAL y de EUDEBA*  
Noviembre a diciembre | Sala "Juan L. Ortiz"

**200 años, 200 libros**  
Diciembre a marzo 2011 | C. C. "Haroldo Conti"

## Exposiciones | 2010

Programación completa en [www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

**Libros para pensar una Revolución**  
Abril a agosto | Sala "Leopoldo Marechal"

**Cartografías de una conquista (1810-1910)**  
*Conformación de una nueva nación*  
Mayo a julio | "Plaza del Lector"

**Plan Revolucionario de Operaciones**  
Mayo a agosto | Sala "Leopoldo Lugones"

**El emperrado corazón amora**  
*Homenaje a Juan Gelman*  
Mayo a julio | Sala "Juan L. Ortiz"

**Prensa de la Independencia**  
Agosto a septiembre | "Plaza del Lector"

**Viaje a Oriente. Pastor Servando Obligado,**  
*primer coleccionista fotográfico argentino*  
Agosto a septiembre | Sala "Juan L. Ortiz"



**200 AÑOS**  
BIBLIOTECA NACIONAL  
FUNDADA POR MARIANO MORENO

## *El diario de Gabriel Quiroga* *Opiniones sobre la vida argentina<sup>(\*)</sup>*

*Por Manuel Gálvez*

Difícil tarea la de introducir una nota de discordia en medio de una gran celebración. Los ostentosos festejos del Centenario no admitían otra opción que no fuera una compulsión a una felicidad escenificada hacia el mundo occidental. Lo intentaron los obreros con sus huelgas (que fueron reprimidas), pero también osadas voces como la de Gabriel Quiroga, personaje ideado por Manuel Gálvez. En este caso no se trata sólo de una pluma comprometida con la disidencia; el autor apela aquí a la forma del diario personal como un modo de poner en juego la propia existencia en el relato que se ofrece como un don, un regalo que extrae una parte de sí como ofrenda al mundo que lo rodea, un derroche del propio espíritu lanzado al juicio de los otros. Quiroga sabe que la opinión pública le será adversa o indiferente en una época que no quería escuchar, pero cree que su destino está ligado a esa empresa patriótica. Y la acomete sin sufrir por ello, es más, con la gozosa conciencia de practicar el pensamiento libre y provocador.

El diario en cuestión pone en consideración una fina observación de la realidad argentina en los días previos a la festividad de los cien años del país. Los temas más candentes transcurren analizados con agudeza crítica e ironía burlona entre un crudo escepticismo y un amor declarado a la patria de la que es contradictor.

## Dos palabras

Publicar un libro es perder algo de sí mismo, dar no sé qué de uno a los demás, disminuirse en su propia personalidad. Un libro contiene parte de nuestra alma y al hacerlo público nos desprendemos de una porción del Yo. Un libro inédito es como uno de esos cuartos cerrados de las casas viejas que guardan los recuerdos de algún muerto muy querido. Si se abre la pieza a los cuatro vientos del día perderá inmediatamente el aroma melancólico de los recuerdos y la presencia virtual del muerto desaparecerá en la luz y en el olvido. Eso pasa con los libros que contienen algo de nuestra alma. Ellos pierden, cuando los publicamos, su melancólico aroma; y la presencia de ese muerto, que era el espíritu con que lo habíamos escrito, desaparece como aquellos tristes recuerdos, en el tumulto de la vida y entre la caravana de los hombres.

Pero el destino ha dispuesto que este libro sea para todos. Yo me resigno a esta pérdida de mi personalidad, mas no sin rogar a los lectores que se olviden, tan pronto como puedan, del autor y de la obra. Tal vez así llegue a recuperar lo que es mío. Tal vez volviendo a cerrar la pieza retornen los recuerdos del pobre muerto...

Dentro de pocos días mi patria cumple el siglo primero de su independencia. Yo le ofrezco, junto con mi grande amor, este homenaje sencillo y franco: un poco de la verdad sobre ella misma. Los heraldos de nuestra grandeza proclamarán a todos los mundos, en ediciones fabulosas, virtudes y opulencias de esta tierra. Yo, más sincero que tales empresarios de gloria, me limito, en mi edición hartamente modesta, a decir toda la verdad que sé.

Por eso mi libro es duro y cruel.

Estas páginas se publican para mis conciudadanos, aunque ellos se nieguen a oírme porque están de fiestas y aunque me acusen de mal patriota. Mi libro es también para los extranjeros que nos visiten durante el año del centenario y que, poseídos de una noble curiosidad, quieran informarse un poco sobre el país.

Sé que entre tantos elogios, como los que la adulación cosmopolita y la vanidad casera asestarán a mi patria, daré “la nota discordante”. Pero no me aflijo. Por el contrario, ello me encanta, pues considero delicioso no estar de acuerdo con los demás. Advierto que tal ha sido la principal razón que me decidiera a publicar las presentes páginas.

Y éste fue el primero y último libro de Gabriel Quiroga.

G. Q.

## 1910

### *3 de febrero*

La cuestión del unitarismo y del federalismo no ha terminado todavía. El espíritu unitario y el espíritu federal se hallan latentes en todo el territorio del país y los viejos partidos, que encarnaban aquellas tendencias, perduran, aún hoy día, prolongados en las actuales agrupaciones políticas. Este asunto, que no es una mera lucha de partidos, tiene una decisiva importancia, pues se trata de dos tendencias fundamentales y antagónicas que han combatido, y combaten aún pero no ostensiblemente, por implantar su espíritu en las instituciones y en el gobierno del país. El unitario típico es casi siempre “doctor”, pedante y literato. Cultiva la

oratoria y exhibe en ella, junto a sus maneras de una solemnidad clásica, un vocabulario jacobino y campanudo. Cuida las formas sociales y habla con pulcritud e importancia. Se afana en el vestir y usa diariamente las prendas menos comunes. Sarmiento refiere que la administración de Rivadavia iba a las oficinas de corbata blanca. El unitario es librecambista y liberal; tiene la manía civilizadora y, desconocedor del ambiente y careciendo del sentido de la realidad, implantaría de golpe las mejores instituciones de pueblos más evolucionados. Vive retóricamente y no abandona jamás sus bellos gestos. Es ingenuo, orgulloso y vanidoso. Repre-

Manuel Gálvez



senta el espíritu europeo; esto le hace creerse por encima de todos y despreciar las cosas criollas y las costumbres gauchas. Detesta a España. Carece de verdadero patriotismo porque no siente el alma nacional. La patria es para él una entidad abstracta, sin relación visible con el suelo que habitamos. Y así, cuando llega a concretarla, la concreta en Buenos Aires solamente. Sin embargo, se cree patriota y en todas las ocasiones solemnes ostenta su patriotismo: un patriotismo verbal y oratorio, de fiesta cívica, de bandera y de mitología histórico-guerrera. El unitarismo existe aún en Buenos Aires y casi todos sus adeptos pertenecen a la sociedad más elevada, a familias de abolengo. Al unitario se lo encuentra en los partidos de oposición, algunos de los cuales, como el Radical y el extinguido Partido Republicano, son mera continuación del Partido Unitario. El federal representa el tipo opuesto. El federal genuino casi nunca es doctor: es estanciero, general, “comandante de campaña”. No tiene ideas sobre la patria pero la siente intensamente, criollamente, sin alardes de patriotismo. Forma con el país un solo todo pues es un producto genuino de la tierra: como el ombú, como el caballo criollo, como la vidalita. El federal típico casi nunca es orador ni retórico. Tiene toda la viveza del gaucho. Carece de ilustración y de preocupaciones formales. Es sencillo, democrático, “a la que te criaste”; sonrío socarronamente ante los teatrales amaneramientos del unitario. No habla con la pulcritud de éste ni se atribuye importancia. Es conservador y proteccionista. Generalmente provinciano, conoce bien el país y, por su perspicacia y su sentido de la realidad, resulta un excelente hombre de gobierno. En la actualidad se

encuentra al federal típico gobernando alguna provincia, ocupando un sitio en el Congreso o en algún ministerio nacional. Se ha dicho que Rosas fue en la práctica un verdadero unitario. Esta absurda afirmación es, sin embargo, casi un lugar común; pero ello no debe extrañarse tratándose de un país donde hay muy pocos hombres capaces de penetrar en el espíritu de las cosas. Rosas fue un federal genuino, como lo fueron ciertos caudillos, como lo fue, a pesar de su unitarismo político, Sarmiento, como lo es ahora el general Roca. Roca es el tipo del actual federal y entre los rasgos que en este sentido más lo caracterizan debe contarse el haber sido “comandante de campaña”. El Partido Federal se ha prolongado en el Partido Nacional. El unitarismo es un estado ficticio y antitradicionalista, un parásito que necesitamos extirpar. Los unitarios y sus actuales equivalentes significan, para el cuerpo social, muchos átomos de extranjerismo, de monomanía europeizante, de pedantería y de afectación de la cultura. Conspira contra nuestro carácter americano y contra el resurgimiento de la tradición nacional.

### *8 de febrero*

En estas pseudo democracias americanas la verdadera igualdad es sustituida por la tendencia común a nivelar hombres y cosas en un plano de mediocridad. La estética municipal no concibe desigualdades urbanas. Sus piquetas derriban los altos árboles de las plazas y los parques para reemplazarlos por árboles bajos, y suprimen las perspectivas de las calles en cuesta reduciéndolas a un nivel igual. Así también la envidia –cualidad esencial de los

pueblos americanos y vicio tremendo de esta “gran aldea”– golpea con sus calumnias y sus chistes malignos a los espíritus superiores, como si tratara de reducirlos al nivel común de materialismo y de superficialidad.

### *10 de febrero*

Este pueblo padece de una enfermedad muy grave que aún no ha sido bien diagnosticada: el moreirismo. El gaucho Juan Moreira, representando el más visible y castizo de los defectos nacionales, ha venido a dar una palabra que necesitábamos.<sup>1</sup> Así como de Don Quijote se ha formado la voz quijotismo para denominar el desequilibrio aventurero y quimérico de los españoles, así de Moreira formo el derivado moreirismo para denominar nuestras tendencias agresivas, nuestra afición a la guapeza, nuestro espíritu faccioso, nuestro culto del coraje y nuestra manía revolucionaria. Juan Moreira es un símbolo nacional. Puede afirmarse que ninguna obra escrita ni ninguna leyenda ha influido tanto en nuestro pueblo como Juan Moreira. Hasta hace pocos años la representación del drama ocasionaba incidentes y pendencias que más de una vez terminaron en homicidio. De todos los gauchos célebres el que más admira el pueblo no es Santos Vega, gaucho poeta, ni Martín Fierro, gaucho bueno, sino Juan Moreira, gaucho agresivo y pendenciero. Hay una frase, muy usual en ciertas provincias y creo que en el bajo pueblo norteco, de un enorme valor psicológico y que demuestra, con elocuencia inexorable, las predilecciones y los instintos de la casta. Esta frase es: “¡Qué, mi amigo Moreira!”. “¡Qué, mi amigo Moreira!” se dice,

palmeando el hombro cariñosamente, al camarada, al criollo simpático y locuaz, al bravucón que acaba de narrar un personal episodio de guapeza, al gracioso que ha referido un cuento sucio o tenido una “linda salida”. “¡Qué, mi amigo Moreira!” constituye un elogio, un elogio espontáneo, tal vez el mayor de los elogios posibles, según la opinión del que lo pronuncia.

El moreirismo es el alma de nuestras democracias federales. Explica nuestras revoluciones, nuestras tendencias agresivas, y esa funesta lacra de nuestro pueblo, que se llama el “compadraje”. Dentro de todo argentino hay siempre un “compadre”, un Juan Moreira, así como dentro de todo español hay siempre un Don Quijote.

### *23 de febrero*

El escritor que pretenda indagar la psicología del pueblo argentino debe, principalmente, observar ciertas modalidades de nuestro singular dialecto. Así, nada revela tanto la vanidad nacional como las palabras “darse corte”. Darse corte es aparentar, ocupar momentáneamente una posición superior a la propia. Se da corte el caudillo de barrio cuando alterna con personajes en las antesalas de los ministros; se da corte la familia cursi cuando asiste al teatro, de palco, en anormal gasto del padre por solemnidades domésticas; se da corte la pareja de novios cuando en revistas ilustradas aparece del brazo, saliendo del templo; se da corte el mozalbeta fanfarrón cuando luce la querida. Y lo más delicioso es que todas estas gentes son felices, absurdamente felices, grotescamente felices, ¡porque se han dado un “corte bárbaro”!

Un gaucho, en una calle principal de Buenos Aires, ha sido ridiculizado y escarnecido por una multitud que lo seguía. El motivo fue que este hombre tuviera la singular ocurrencia de andar por nuestras calles vestido con el traje nacional. Esto demuestra cómo lo argentino, lo netamente argentino, ha llegado a ser exótico y risible en la propia capital de la República. Un antitradicionalismo incomprensible se encarniza con los restos de nuestro pasado. En la capital apenas existe una casa vieja; en Mendoza se echan al suelo los magníficos y enormes árboles que techaban las calles; en Córdoba se ha edificado, pegadas a la catedral, casas para renta, que quitan sus admirables condiciones de ambiente al vetusto edificio de piedra, tal vez la única obra arquitectónica colonial de mérito que se conserva en el país; en Salta se reemplazan los genuinos y pintorescos casones coloniales por casitas *art nouveau*; y los bailes argentinos y las músicas locales, consideradas como cosas de mal gusto, ceden su lugar a las danzas de salón importadas de París o de Londres y a las musiquitas canallescas de los *music-hall* boulevarderos.

### *6 de marzo*

Pero frente a las ideas antitradicionalistas ha aparecido en los últimos años un sentimiento vago y complejo que aún no ha sido exactamente definido y al que se ha llamado nacionalismo.<sup>2</sup> Esta denominación no me agrada del todo. Habitados como estamos a bautizar las cosas con etiquetas francesas, ella ofrece demasiado margen a la propagación de criterios equivocados sobre la esencia y el espíritu de

nuestro nacionalismo. De no estar ya en circulación esta palabra, hubiera preferido su casi homóloga “tradicionalismo”, que presenta sobre aquella la ventaja de sugerir ideas de pasado y de conservación.

El nacionalismo significa ante todo un amor serio y humano hacia la raza y hacia la patria. El nacionalismo no pretende anglicanizarnos, ni afrancesarnos, sino argentinizarnos. Nos recuerda que somos latinos, pero antes españoles, pero antes aún americanos y antes que todo argentinos para que, sacando de nuestra conciencia colectiva, de nuestra historia, de nuestra estirpe y de nuestro ambiente lo argentino, lo americano, lo español y lo

latino que hay en nosotros podamos, fundido todo en una fragua común, ofrecer al mundo una civilización original y propia. El nacionalismo persigue el afianzamiento del espíritu nacional, la conservación de las tradiciones, la emoción del pasado, el amor a nuestra historia, a nuestros paisajes, a nuestras costumbres, a nuestros escritores, a nuestro arte. El nacionalismo anhela la *grandeza* espiritual del país sin despreciar por ello los intereses materiales. El nacionalismo combate todas las causas de desnacionalización, todas las ideas, todas las instituciones y todos los hábitos que puedan, de algún modo, contribuir a la supresión de un átomo de nuestro carácter argentino.

Unitarios y Federales





El nacionalismo es la más alta expresión del amor a la patria en los actuales momentos de nuestra civilización.

### *16 de mayo*

Las violencias realizadas por los estudiantes incendiando las imprentas anarquistas, mientras echaban a vuelo las notas del himno patrio, constituyen una revelación de la más trascendente importancia. Ante todo, esas violencias demuestran la energía nacional. En segundo lugar, enseñan que la inmigración no ha concluido todavía con nuestro espíritu americano pues conservamos aún lo indio que había en nosotros. Y finalmente, si bien no es en realidad “el patriotismo del noble pueblo argentino” lo que se sintió indignado por los planes anarquistas sino nuestra inmensa vanidad de fiesta y ostentación ante los extranjeros visitantes, esas violencias han socavado un poco el materialismo del presente, han hecho nacer sentimientos nacionalistas, han realizado una conmoción de entusiasmos dormidos y tal vez han vuelto innecesaria la guerra y la catástrofe que hasta hoy me parecían de absoluta necesidad como terapéutica de caso extremo. Lo único sensible es que los anarquistas no hayan tirado una bomba en cada capital de provincia. La reacción hubiera sido entonces tan formidable, los ideales patrióticos habrían brotado tan potentes, y los sentimientos nacionalistas habrían exaltado tan intensamente a nuestro pueblo, que los anarquistas, salvando al país contra su voluntad, casi merecerían el sincero agradecimiento de la nación...

\*\*\*

Y he aquí que ha llegado la página final de mi libro. Lo he leído desde la línea primera hasta la última y he sentido una tristeza vaga al ver que he sido severo y quizás injusto con mi patria. Y es que yo amo a mi patria con todo el fervor de mi juventud, con el cariño de mis antepasados, con las divagaciones de mi ensueño, con las plegarias de mi corazón, con mis recuerdos, con mis amores. Amo mi patria en el pueblo provinciano donde pasé los primeros años de mi vida, en el colegio donde aprendí mis primeras lecciones, en mi cuarto de niño donde mi madre me enseñaba a rezar, en el espíritu de mis ascendientes, en aquel noble hidalgo don Gabriel de Quiroga, en todos los recuerdos de mi infancia, en mis padres, en mis hermanos, en la mujer que adoro, en mis conciudadanos, en todos los hombres de buena voluntad que viven en esta tierra y que la quieren hondamente.

Amo a mi patria en sus paisajes, en sus grandes ríos, en sus montañas enormes, en su pampa, en esas ciudades solitarias y tristes donde he encontrado siempre corazones amigos. Amo a mi patria en sus grandezas, en sus industrias, en sus millones de hectáreas cultivadas, en sus puertos, en el prodigio de Buenos Aires, de Rosario y de Bahía Blanca. Amo a mi patria en sus virtudes, amo a mi patria en sus vicios...

Yo quisiera hacer de este país el país más noble de la Tierra y hacer de cada ciudadano un hombre bueno. Yo quisiera ver caer lluvias de virtudes sobre toda la extensión de la comarca argentina, saber que Dios ha bendecido a este pueblo con su infinito amor y contemplar en cada alma, en cada árbol y en cada cosa, una expresión

de los mismos ideales, de las mismas esperanzas, de los mismos recuerdos, y de la misma fe.

Y ahora, compatriota amigo, sólo me resta invitarte a que ames a nuestra patria del único modo que debemos amarla: siendo buenos, generosos y nobles, soñando y trabajando, realizando la justicia, respetando a Dios, venerando las tradiciones, perfeccionando nuestro espíritu en continuo devenir para que nuestra patria sea un pueblo de hombres, de hombres

magníficos y fuertes que, viviendo en una intensa comunidad de ideales, puedan contribuir sobre la tierra, sencillamente y tenazmente, a la realización del bien Universal.

25 de mayo de 1910

(\*) Fragmento de *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, de Manuel Gálvez, publicado por vez primera en el año 1910.

---

#### NOTAS

1. La frase “culto del coraje”, de García, no comprende sino una faz, mejor dicho, una parte, la menos importante tal vez, del fenómeno en cuestión. Las palabras “espíritu faccioso” me parecen más acertadas pero tampoco abarcan toda la complejidad del mal. (Nota del autor).

2. Esta palabra, la primera definición de la doctrina y la fecunda propaganda de los ideales que ésta sustenta, ha sido obra del escritor don Ricardo Rojas. Si bien en algunas páginas de este libro la palabra nacionalismo aparece empleada, por la fecha, antes que Rojas, ello es debido a que, al corregir las pruebas puse dicha palabra en lugar de alguna otra equivalente. No tengo la intención de quitar a Rojas la gloria, pues mucha gloria hay en ello, de haber sido quien, interpretando una idea que vagaba en el ambiente, la proclama con todo el fervor de su entusiasmo y con todo el vigor de su talento. (Nota del autor).

## *Eurindia*<sup>(\*)</sup>

*Por Ricardo Rojas*

La cosmogonía de Ricardo Rojas encuentra en el concepto *Eurindia* una definición que busca desentrañar los misterios de la mezcla singular, europea e indígena, que puebla el territorio argentino. Pues bien, este concepto que procede por la fusión de los tipos puros de identidad, hasta volverlos indiscernibles, manifiesta la voluntad de una creación mítica que no se propone obrar como decálogo de la acción sino como estimulación de una vocación cultural y artística emancipadora. En ella se cifran las potencialidades americanas de la fundación de un nuevo tiempo de independencia respecto a Europa y a sus formas perceptivas y modelos categoriales. El poeta propone un dramático llamado a la fundación de un espíritu que renueve el lenguaje de sus formatos exóticos para restituirle su potencia de nombrar las formas del ser americano. Una apuesta a la invención intelectual que considere los tonos propios de estas latitudes sin acudir, como lo hizo Sarmiento, a las palabras heredadas de la inteligencia del viejo continente. Un renacer filosófico que no apela al indianismo como xenofobia reactiva, sino como posibilidad de combinar sus cosmovisiones, del tiempo, de la raza y de la tierra, con los aportes culturales que provenían de la modernidad cosmopolita.

## Prólogo

Navegaba yo un día sobre el Atlántico, desde las costas de Europa, retornando a las costas de mi país. Acabábamos de franquear las islas africanas, cuyas enormes rocas negras se perfilaban a contraluz, en el oro radiante del ocaso, e íbamos hacia las islas brasileñas, que tienen, como las otras, la huella platónica de los cataclismos. Mientas el barco avanzaba, la noche fue velando poco a poco el dilatado horizonte. Sólo se oyó, por fin, en las sombras, el ritmo de la hélice y la palpitación del mar.

Mecido por la nave, entre el océano sin formas y el cielo sin astros, comencé a soñar que nos deslizábamos sobre el barro de la Atlántida anegada, cuyos restos eran aquellas islas que levantaban sus grutas de iniciación sobre ambas riberas del mar, entre Europa y las Indias. Por esa ruta habían pasado los colonizadores que desde hace cuatrocientos años navegaban de oriente a occidente, para fundar otra civilización. Los éxodos continuaban, y ahora los peregrinos eran esos parias ilusos que en el puente cantaban al anochecer las canciones de su tierra, de que sus hijos harían otro canto para una patria futura.

De pronto, apareció en mi mente esta nueva palabra: *Eurindia*, que empezó a repetirse con absurda insistencia.

No sé si esta palabra llegó a mis oídos en la voz del mar, o si la hallé en el viento de la noche que soplaba en las jarcias, o si subió de los propios abismos subconscientes del alma.

Tampoco necesito saberlo, ahora.

Tanto he pensado desde entonces en ella, que puedo explicar su caprichosa morfología, desentrañar su significado, y formar a propósito de ella este libro de meditaciones.

Eurindia es el nombre de un mito creado por Europa y las Indias, pero que ya no es de las Indias ni de Europa, aunque está hecho de las dos.

Las etnologías ocultistas han empleado la voz “Eurasia”, para designar la migración de los hombres y las culturas del Asia cuando pasaron a Europa, generando una cosa nueva, que ya no era la del continente de adaptación en su ser primitivo. El órgano más fecundo de esa creación eurasiática fue sin duda la Grecia durante varios siglos, y puesto que el fenómeno de migración intercontinental repítase ahora entre Europa y las Indias occidentales, “Eurindia” es el nombre de este nuevo misterio etnogónico, y la Argentina es, sin duda, el órgano más fecundo de tal creación.

Comenzada en el siglo XVI, durará todavía largo tiempo, hasta que veamos aquí la cultura propia definitivamente individualizada como cosa distinta de lo europeo originario y de lo indígena primitivo. Pasará mucho tiempo, más ya podemos vislumbrar sus secretos.

Para contribuir al deseado advenimiento, he escrito las meditaciones que siguen, y que forman un libro dedicado a los maestros y a los artistas americanos capaces de crear en “Eurindia” como en una deidad guiadora.

Parto del idioma como índice de nuestra conciencia social, y de ésta me elevo a las varias formas del arte, consideradas como otros tantos símbolos de la cultura. Así este libro contiene un ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de los pueblos americanos. Y, desde luego, es una teoría de intención pragmática.

Con el deseo de poner en el menor número posible de páginas todo lo que necesitaba decir, he trabajado reciamente la prosa, procurando lograr la

mayor precisión y simplicidad. Mi lector deberá seguir con paciencia el encadenamiento de las ideas. Cada página se apoya en las que preceden. “Eurindia” no propone recetas para la obra, ni impone reglas al artista. No da rieles a la rueda libre rutinaria, sino alas al vuelo libre. Propone a los artistas de su credo, como única condición, la simpatía americana y la libertad personal.

### **Anomalías de nuestra cultura (Capítulo II)**

Los continentes son organismos geográficos destinados a servir de asiento a un tipo de cultura. Roto bruscamente por la conquista europea el tipo de civilización autóctona que representaban los incas y los aztecas, entró la América en un nuevo proceso cultural, en cuyos comienzos nos encontramos aún. La cultura americana, cuando se haya realizado, tendrá que ser distinta de la cultura europea.

Comienza ya a ser distinta. En la República Argentina, por ejemplo, lo que suele llamarse la cuestión del latín en la enseñanza europea, no tiene sentido para nuestro pueblo; lo que suele llamarse la cuestión religiosa, tampoco lo tiene; y en política ha muerto el conflicto de monarquía y democracia. Militarismo, imperialismo, antisemitismo, son palabras absurdas para nosotros, aunque hay quienes, por inicuo remedo, pretendan particularmente darles aquí la sugestión que en Europa secularmente poseen. Por lo que se refiere a problemas literarios, las escuelas llamadas allá clasicismo, romanticismo, realismo, decadentismo, degeneran aquí, y como plantas llevadas

a clima impropio, se esterilizan o rinden frutos inesperados. Cuando los americanos adquieran la comprensión de estos fenómenos, nada parecerá tan ridículo en nuestros pensadores como el afán de proponernos ilusorios modelos exóticos, entre ellos el mimetismo de las modas literarias extrac Continentales. Cada civilización es la realización especial de una cultura; cada cultura la forma temporal de una tradición; cada tradición la función histórica del espíritu de un pueblo.

Si nos fijamos bien en la evolución americana, veremos que la ciudad, origen de la civilización, ha sido siempre un fortín de conquista militar o una factoría de conquista económica. Nuestras ciudades históricas no han nacido por agrupación de pobladores rurales, en proceso espontáneo de cultura, sino por penetración de gentes armadas venidas de afuera. La ciudad americana no ha tenido, por consiguiente, en su génesis, el aliento creador de los dioses nativos, como la “polis” europea. Por eso nuestra civilización es materialista; por eso nuestra cultura es enteca. Dejará de serlo sólo cuando el espíritu de la tierra haya entrado en la ciudad, extranjera por todos sus atributos. El genio americano parece a una atmósfera que no es la suya, porque históricamente es de Europa, y el genio europeo también perece en ella, porque geográficamente esa atmósfera es de América. La tragicidad de este conflicto es la prueba de colonias que se hicieron naciones y que aspiran a crear una cultura sin envanecerse con los paramentos de una civilización mecánicamente transplantada a su suelo.

Sarmiento vio este conflicto de la ciudad argentina y sus campañas pastoras, y lo resumió en su afortunada antinomia:

“Civilización y barbarie”. Lo vio con ojos europeos y sólo en sus apariencias políticas durante la guerra civil, cuyas consecuencias él padeció como proscripito. Si lo hubiera visto con simpatía americana y con serenidad de filósofo, penetrando en la esencia metafísica de aquel fenómeno, hubiera hablado de otro modo. Nuestras ciudades eran episodios extraeuropeos de la cultura europea; nuestras campañas y sus instintivas fuerzas humanas eran naturaleza nueva que pugnaba por hacerse historia, creando nuevas formas estéticas y morales. En mi libro “Blasón de Plata” yo he dado esta otra fórmula: “Indianismo y exotismo”, que ha parecido a algunos paradójico, pero que explica todos los procesos argentinos o americanos de progreso y reacción, así como el carácter territorial que los ritmos históricos europeos adquieren en la evolución de nuestra cultura. Con él explico las crisis de nuestra historia política y las renovaciones de nuestra historia intelectual.

### **Indianismo y exotismo (Capítulo III)**

Estaban los indios de nuestra América precolombiana viviendo de su propia rudimentaria cultura, cuando vino de afuera la conquista europea, que fundó las ciudades. En nuestro caso, los españoles hispanizaron al nativo; pero las indias y los indios indianizaron al español. Penetraron los conquistadores en los Imperios aborígenes, destruyéndolos; pero tres siglos después los pueblos de América expulsaron al conquistador. La emancipación fue una reivindicación nativista, es decir, indiana, contra el civilizador de procedencia exótica.

Un manifiesto de la independencia decía: “Queremos que se expulse del país a todos los españoles vecindados”. El “Himno” de la Revolución Argentina canta a la gesta invocando a los Incas precolombianos.

El impulso autonómico de la revolución, Indiana por sus propósitos, desencadenó a las ciudades menores, más adheridas a la tierra de América, contra las ciudades virreinales, más vinculadas a la tradición de Europa, y desencadenó también al genio de las campañas, con sus indios, sus gauchos, sus caudillos. Pasada la crisis de la guerra civil, que se desenlazó en la organización federal y democrática impuesta por los “bárbaros” del momento, los “civilizadores” abrieron el país a la inmigración europea, necesaria a la evolución de estos pueblos en este nuevo período de nuestra historia. Determinóse con ello un nuevo ciclo de exotismo cosmopolita, dentro del cual estamos; pero ya se sienten los anuncios de una nueva reacción indianista, que no debe ser xenofobia marcial, sino creación pacífica de cultura americana, reivindicación nativista por medio de la inteligencia, conquista espiritual de nuestras ciudades por el genio americano. Hacia esta síntesis nos encaminamos, y ella se consumará por un renacimiento filosófico y artístico, cuya vecindad ya se advierte.

En el antedicho esquema histórico tenemos: primero los indios precolombianos vencidos por los conquistadores españoles; luego los conquistadores españoles vencidos por los gauchos americanos; más tarde los gauchos argentinos vencidos por los inmigrantes europeos; y tendremos, por fin, a los mercaderes inmigrados vencidos por los artistas autóctonos, o sea, al exotismo nuevamente vencido

por el indianismo. En la historia literaria se repite el esquema; primero el folklore indígena; después el seudo clasicismo colonial; luego los poemas gauchescos; más tarde el positivismo y el decadentismo. Aguardamos ahora la asimilación de la civilización exótica por la tradición indiana, para que pueda aparecer su expresión sintética en la filosofía y en el arte.

Veamos, pues, que si la evolución europea se realiza por ritmos cronológicos dentro de su propia tradición continental, en América el proceso de “antes” y “después” se entrecruza con las mareas sociales de “aquí” y de “allá”, o sea, de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera, en una especie de ritmo intercontinental. Eso es lo que he llamado “indianismo” y “exotismo”. El exotismo es necesario a nuestro crecimiento político; el indianismo lo es a nuestra cultura estética. No queremos ni la barbarie gaucha ni la barbarie cosmopolita. Queremos una cultura nacional como fuente de una civilización nacional; un arte que sea la expresión de ambos fenómenos. “Eurindia” es el nombre de esta ambición.

### **Los dos idearios (Capítulo XXXVIII)**

Hay en América un ideario de la colonia, que nos vino hecho de España, y un ideario de la independencia, que rompió las normas coloniales. Quiero hablar aquí brevemente de lo que ambos significan en la actualidad.

Bajo el régimen de la teocracia española las ciencias emancipadoras de la conciencia llevaban vida precaria. La libre especulación filosófica y la libre investigación de la verdad eran sospechadas de herejía. La contrarreforma,

iniciada en el siglo XVI, había definido, al empezar la colonización, los límites consentidos al pensamiento, y así se trasplantó a nuestros países con sus universidades teológicas, su Santo Oficio, su Compañía de Jesús, y esas Leyes de Indias que prohibían la entrada de libros heterodoxos. En el siglo XVIII, al finalizar aquel régimen, se empezó a hablar de “las luces”, como entonces decíase, pero las luces que nosotros tuvimos gracias a los “afrancesados” españoles, fueron las de una rígida pedagogía oficial, apenas más alumbradoras que el cirio de los altares y la hoguera de los autos de fe.

Según el régimen teocrático, el clero fue depositario de la filosofía, de la ciencia y de la enseñanza. Estas disciplinas subordinábanse al dogma, católico o regalista, de factura europea. Las escrituras, los papas, los concilios, los consejos, las leyes, los doctores de Europa, establecían los fundamentos de toda verdad. Ellos acomodaban a su fe o a su rey nuestra concepción de Dios y de las cosas, del hombre y de las sociedades. El gobierno de los pueblos y la conducta de los individuos, caían, como las letras y el arte, bajo la férula de ese despotismo venido de afuera. Lo que se apartaba de ese dogma era considerado herejía o desacato bajo penas severas. Todo reposaba sobre un principio de obediencia a autoridades exóticas. La Universidad fundábase en la teología, y ésta subordinada a la física, que no era la maestra de las realidades, y a la moral, que no era la libertadora de las individualidades. Las letras se reducían al estudio de las lenguas muertas y al de las literaturas clásicas, mutiladas por la retórica o por la escolástica. La concepción del universo reducíase a una simple arquitectura verbal, en que la realidad del

mundo y la libertad de la vida se desvanecían como fantasmas. La Iglesia y la Monarquía velaban, como dos arcángeles de espada flamígera, a la puerta de estos paraísos americanos, vedados para el hombre libre.

Tal fue el ideario de la colonia.

Veamos ahora lo que pretendió ser el ideario de la independencia.

La revolución de 1810 tuvo este ideal inmediato: substituir el Gobierno metropolitano, que mandaba desde afuera de América, por el Gobierno autónomo, que conduciría desde adentro de América. Hubo en la colonia un orden constitucional de origen exótico, y abolirlo por simple declaración de congresos revolucionarios fue más fácil que crear el nuevo orden constitucional por voto del pueblo. Durante todo el siglo XIX persistieron las polémicas teóricas y

las banderías armadas, divergiendo los pensadores sobre doctrinas de fondo o las muchedumbres sobre simpatía de forma.

La revolución política fue por eso para las naciones americanas una revolución social interna, sobre cuestiones de gobierno y de cultura. El gobierno colonial fue aristocrático: nuestra revolución quiso fundar una democracia federal; la cultura colonial fue teocrática: nuestra revolución quiso fundar una república laica. Ambos ideales predominaron, tras largas luchas de pensamiento y de sangre. Removida la autoridad del trono español, se removió la autoridad de la iglesia romana; y esto se hizo para crear aquí un nuevo orden civil, económico, penal, administrativo, pedagógico, en el cual colaboraron todos nuestros más eminentes pensadores. Era el genio de





América, manifestándose en un nuevo ideario, como impulso inicial de una cultura propia.

Mas he ahí, que al cabo de tres generaciones llamadas libres, advertimos que nuestros maestros, por necesidad pragmática o por fatalidad del ideario colonial redivivo, nos han impuesto nuevos dogmas exóticos. Hemos abolido una metrópoli para sustituirla por varias. Removido el obstáculo de España se buscaron otros modelos: Echeverría dijo: “Francia”; Alberdi dijo: “Inglaterra”; Sarmiento dijo: “Estados Unidos”; otros dijeron: “Grecia”, “Rusia”; “Alemania”. Así la actitud de la tribu en la catequesis parece haber persistido. La misión, la audiencia y la mita han perdurado bajo nueva forma. Los Consejos de Indias se han multiplicado para el pensamiento americano; el Santo Oficio ha subsistido para la nueva herejía, que se llamó “barbarie”, cuando se creyó que la civilización consistía, por ejemplo, en cosa tan simple como cabalgar sobre silla inglesa...

Acaso todo ello ha tenido su justificación en las necesidades de aquel tiempo. Hoy no la tiene. La necesidad nueva consiste, no en vestir prestadas formas de Europa, sino en asimilar las esencias de la cultura universal, sin someternos a modelos exóticos por el solo hecho de serlo, y antes, por lo contrario, buscando en la propia vida americana las normas que convienen a nuestra capacidad creadora. *Eurindia* proclama, pues, un ideal de autonomía y superación.

### **La doctrina de Eurindia (Capítulo XLI)**

La doctrina de Eurindia es de tanta latitud, que se funda en las fuerzas

creadoras de la tierra, y penetra, por la raza, en la historia de la civilización humana. Las fuerzas cósmicas así humanizadas se organizan en la conciencia social, y el estado democrático –tipo de los gobiernos de América– deja aquellas fuerzas hacer la morada espiritual de la patria. La emoción y el instinto identifican al nativo con su territorio, en virtud de una ley universal de geografía humana; los númenes del lugar obran sobre el individuo, pero a través de él se tornan conciencia colectiva, y acomodan las instituciones a la función del grupo. Hay, pues, una ciencia de Eurindia, que comprende los seres del medio físico: su fauna, su flora, su gea, su etnos; y una economía de Eurindia, que comprende la explotación del suelo patrio, sometiendo los intereses particulares al bienestar general; y una política de Eurindia, que subordina a ese mismo espíritu la inmigración, la ciudadanía, los partidos; y una didáctica de Eurindia, que da normas a la educación para el perfeccionamiento del hombre americano, preparándolo para realizar su propio destino. A este cuádrivio, referente al cuerpo social, ha de agregarse un trívio referente a la religión, a la filosofía y al arte. Del problema estético trato en este libro, pero de todos los otros he tratado en obras anteriores, como “Blasón de Plata” (formación de la raza). “La argentinidad” (formación del Estado). “La restauración nacionalista” (formación de la escuela). En cada rama de la doctrina se busca discernir lo americano y lo europeo, conciliándolos, cuando tal cosa puede ser favorable a nuestro ideal. Teorías europeas como el humanismo, la democracia, la teosofía, son lingotes de la liga nueva en mi crisol, dentro del cual se funden

con la argentinidad, con el indianismo y con la conciencia de lo continental. En esa fusión reside el secreto de Eurindia. No rechaza lo europeo; lo asimila; no reverencia lo americano; lo supera. Persigue un alto propósito de autonomía y civilización. Persiguiéndolo, ha descendido por el análisis a lo profundo de nuestro ser nacional; pero lo argentino sólo es una parte de lo americano: de ahí que este nacionalismo no es localista dentro del continente. Así también, el razonamiento ha tomado por punto de partida la documentación literaria, en cuanto es índice general de la cultura; pero como la poesía sólo es una parte de la belleza, mi doctrina se extiende a todas

las formas estéticas. Las naciones del Nuevo Mundo se yuxtaponen por su territorio, su gentilicio, su economía política, sus intereses económicos, cosas a veces excluyentes entre sí; pero hay una zona espiritual en que descubren sus afinidades, y tal es la zona del arte. Gracias a ello he podido hallar las leyes que rigen estos fenómenos de la cultura americana, mostrando en toda su latitud continental y estética, la doctrina de Eurindia; tena que trataré en los próximos capítulos.

(\*) Fragmentos del libro *Eurindia*, tomados de la edición de Librería La Facultad, 1924.



BIBLIOTECA  
NACIONAL

Cine y música de autor - Quinta temporada

Martes de abril a diciembre | 19 hs. | Auditorio "Jorge Luis Borges"

## Papeles sueltos

*Nacida de las conmociones revolucionarias, y heredera del fundacional espíritu beligerante que la animó desde sus albores, la Biblioteca Nacional participó y fue objeto de las más diversas querellas: el impulsor de su*

*creación, el combate por la historia y sus legados y las convulsiones que se urdieron en el drama político del país. En todas estas discusiones, de vibrantes episodios y encendidos movimientos retóricos, unas veces injuriosos, otras mordaces, pero también normativistas, se vio envuelta esta institución, contradiciendo el destino habitual que se le adjudica: ser un sosegado y ecuánime espacio de la cultura. En sus doscientos años de existencia no pudo desprenderse de las marcas de su origen. Su zigzagante tránsito fue asediado por las divergencias incitadas por el pasional vértigo argentino.*

*En sus páginas más resonantes, pero también en sus documentos sigilosos, sus correspondencias y actos administrativos, pueden rastrearse los ecos de una historia que persiste en desmentir cualquier intento conclusivo. Revisando en sus anaqueles hallamos actos expropiatorios, huellas de nombres relevantes, insurrecciones acalladas y el murmullo de una memoria esquiva que solicita una comprensión tan benevolente como compleja. No es sencillo descifrar sus enigmas. La imaginaron los revolucionarios de Mayo, la disputaron clérigos y laicos, la asaltaron las muchedumbres radicales en sus horas agitadas, la recelaron los peronistas que décadas más tarde la verían emplazarse sobre los escombros de la residencia de su líder. En cada rincón se respiran las inflexiones de un tiempo pretérito, tan controversial como mítico.*

*Publicamos aquí un conjunto de materiales que obran como testimonio de este agitado trajín. En primer lugar, presentamos la reseña de dos libros de reciente publicación que dan cuenta de la singularidad de la Biblioteca Nacional: las intrigas que la poblaron, los fondos de sus archivos, los directores que la animaron y la compleja relación con los sucesivos edificios que la albergaron. Eduardo Rinesi reseña el libro Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica, de Horacio González, mientras que Luis Pestarini comenta Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, de Alejandro Parada. Ambos textos componen una historia que dialoga y reflexiona sobre las dificultades que atravesó la BN desde sus primeros pasos hasta sus más recientes dilemas.*

*También presentamos un texto clave y poco explorado: “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital”, de Juan Luis de Aguirre y Tejeda, publicado en el periódico Grito del Sud en 1812, y que establece una extraña confluencia entre economía y bibliotecas, colocando a estas últimas, en clave moreniana, como un eslabón fundamental del desarrollo de los pueblos.*

*Groussac inauguró en 1901 el clásico edificio de la calle México. En el acto inaugural, y en medio de los poderes más encumbrados de la época, ofreció un discurso tramado por una elegante verba que se permitía jugar con el destino edilicio planeado para la nueva sede, la Lotería Nacional. Hay allí, indudablemente, un antecedente de las especulaciones borgeanas que desde los mismos sitios sobrevendrían décadas después.*

*Finalmente, ofrecemos un conjunto variado de imágenes documentales, indicios y señas de un pasado que aquí invitamos a recordar.*

## Sobre *Historia de la Biblioteca Nacional* de Horacio González<sup>(\*)</sup>

Por Eduardo Rinesi

Suele pensarse que la crítica no puede ejercerse plenamente si está sometida al compromiso con aquello que es objeto de sus observaciones. De esta manera, la amistad, el afecto y la admiración parecen pasiones inapropiadas para la valoración de una obra. Pues nada más deseable para quien supone la neutralidad como condición necesaria de la opinión, que la distancia con aquello que se evalúa en el ejercicio intelectual.

Eduardo Rinesi se empeña en contradecir estas aseveraciones. La crítica no procede por lejanía sino por proximidad. Como si sólo pudiese valorarse profundamente, aún en la desaveniencia, aquello que se aprecia. Así, la amistad se vuelve condición antes que desvío, dado que permite comprender las inflexiones de una biografía e involucrar la experiencia común en el análisis. Un texto que es examinado a través de las vibraciones de una vida compartida, cuya complicidad permite un desciframiento más hondo de los misterios narrativos.

Ofrecemos aquí las palabras dichas por Rinesi en la presentación del libro *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Una lectura que descubre las obsesiones del autor, los dos grandes mitos de la historia: Perón y la Biblioteca, y pone a dialogar ambos sucesos descubriendo sus hilos internos, aquellos que van más allá de los hechos notorios de estas dos dimensiones imprescindibles para pensar enigmas de la historia.

Varias cosas querría decir sobre este libro extraordinario de Horacio González. Que es un libro, en efecto, importantísimo, que a mí me parece que hay que leer como una pieza decisiva en el recorrido biográfico, bibliográfico, intelectual y *político* de Horacio. Yo lo pondría, en ese sentido, junto a su magnífico *Perón*, del que de algún modo es el complemento. Son los dos libros –de los a esta altura muchos que ha escrito Horacio– en los que Horacio piensa el conjunto de los problemas políticos, intelectuales, literarios y culturales de la Argentina bajo la forma (sub especie, como Horacio, juguetonamente, dice en ambos libros) o la especie de una reflexión sobre los que acaso sean sus dos mitos mayores: el mito de Perón y *del nombre de Perón*, en aquel libro notable; y el mito fundamental, fundante, originario (casi idéntico al mito mismo de la Patria –de la que es contemporánea–) de la Biblioteca. Es que siempre pensamos –nos viene diciendo Horacio desde hace muchos años y muchos libros– en el interior de los mitos y de su historia, y por eso no podemos dejar de seguir pensando, de seguir escribiendo esa historia, mítica, de la que somos parte. Esto es cierto siempre, por supuesto, pero lo es más todavía cuando el lugar que uno ocupa en esa historia, como el lugar que ocupa Horacio en la historia de la Biblioteca Nacional, no es un lugar cualquiera, sino un lugar fundamental. Quiero decir: que Horacio es el director de la Biblioteca Nacional escribiendo la historia de la Biblioteca Nacional. Esa doble condición de historiador y de protagonista de esa historia se expresa en la reiteración de una fórmula que utiliza Horacio para hablar sobre sí mismo: “quien esto escribe”. *Quien esto escribe*,

escribe Horacio. Y ese sutil desdoblamiento del yo escribiente y actuante en la historia está sin duda en la base de la enorme fuerza e importancia de este libro. Que es una importancia histórica, teórica y política: Horacio, director de la Biblioteca Nacional, piensa la historia de la Biblioteca Nacional para inscribir en ella la reflexión sobre su propio desempeño, sobre lo que él mismo está haciendo en la historia de la Biblioteca, sobre lo que a veces se llama (palabra horrible) su “gestión”.

Que es una gestión cuya materia se inscribe entonces en el corazón de los debates políticos y culturales del país, de los debates sobre su literatura, sus símbolos y su tecnología. Debates que acaso se resumen en uno, que es aquel (me parece entender) al que se refiere el subtítulo del libro, y que es un debate cuya misma centralidad explica la importancia de pensar la historia de la Biblioteca para pensar su presente (y viceversa, por supuesto), porque es el debate, nada menos, sobre sus orígenes, sobre su fundación. En este debate está comprometido el nombre, siempre sugestivo, siempre misterioso, de Mariano Moreno, y también el de un sacerdote, personaje menos conocido y más oscuro, el canónigo Chorroarín, quien fue el director de la Biblioteca (eso se sabe), pero a quien ciertas corrientes de la historiografía nacionalista católica han insistido en presentar (y esto durante los largos años, del 31 al 55 del siglo pasado, en que Hugo Wast dirigió la Biblioteca Nacional) como su fundador. ¿Quién fundó la Biblioteca Nacional: Moreno o Chorroarín? Wast, director de la Biblioteca Nacional, quería creer que Chorroarín; Horacio, director de la Biblioteca Nacional, afirma que la

Biblioteca Nacional es morenista: “Nosotros la afirmamos morenista”, dice en la primera página del libro. Y el nosotros está bien: Es Horacio y es la Biblioteca Nacional, a través de Horacio, su director y su historiador, los que afirman a la Biblioteca morenista. ¿Y qué es afirmar morenista a la Biblioteca Nacional? Es afirmarla habitada del modo más sutil por el debate fundamental del que habla Horacio en este libro, que es el debate, me parece entender, entre el implacable programa de un ordenamiento exhaustivo y una clasificación total del mundo (del mundo en general, del mundo de los libros en particular) y la comprensión de la historia como vértigo, como abismo y como drama. De ahí, por supuesto, surgen dos ideas distintas, en cierto sentido opuestas, sobre las bibliotecas: una museística, ostentosa, monárquica. Alejada del propósito de una iluminación democrática del pueblo. No está mal, llega a decir Moreno, que los volúmenes de estas bibliotecas sean consumidos por el fuego, que no sería en ese caso testimonio de barbarie, sino de una cólera justa y liberadora. (Me viene a la cabeza, leyendo estas frases de Moreno, el problema de la investigación que está llevando adelante mi amigo Denis Merklen en las afueras de París, donde distintos grupos de inmigrantes jóvenes y pobres han adoptado como forma de protesta por la persecución policial de la que son objeto el incendio de las bibliotecas de sus barrios, para desesperación de los intelectuales progresistas y los políticos del PC, que en vano intentan explicarles que esa institución sagrada de la cultura occidental no forma parte del dispositivo de dominación que sufren y combaten estos jóvenes incendiarios.) Al secretario de la

revolución le entusiasaban, como era sabido, esas formas de justicia sumaria y radical. La revolución misma tenía esa forma, y de ella debía surgir entonces, entre otras cosas, un tipo de biblioteca diferente. Pero el problema no es tan simple. Porque, ¿acaso el sueño de un mundo ordenado y transparente no es hijo directo de la utopía ilustrada, que Moreno encarnaría de modo emblemático, de una iluminación creciente de las cosas, de la historia y de las conciencias? Sí, pero es que el iluminismo de Moreno no es cualquier iluminismo: es un iluminismo incómodo, dice Horacio, que sabe que la patria y sus instituciones surgen de los libros y del movimiento del espíritu, pero también de la fuerza de las armas y de la guerra. Así, para Moreno, la Biblioteca es un acto dramático de la cultura, allí donde para Chorroarín, prócer de la bibliotecología conservadora y del espíritu monacal de los catálogos, es una pura máquina de clasificar.

Pues bien: si he entendido el libro de Horacio, ese debate, que está en el origen de la Biblioteca y en las interminables discusiones posteriores (que incluyen la que tiene lugar en este libro) acerca de ese mismo origen, es el debate sobre la cultura nacional que atraviesa después toda la historia y se nombra en el subtítulo del libro. Y que después encuentra capítulos fundamentales en los pensamientos y en las obras de los dos autores que aquí, en este libro, más se discuten: Groussac y Borges, que en la reconstrucción que nos presenta Horacio son los dos autores que entendieron la complejidad de este dilema y trataron, cada uno a su modo, de enlazar ambos proyectos.

Groussac (que escribió la mayor historia de la Biblioteca Nacional antes que ésta que ahora presentamos,

y dirigió la Biblioteca Nacional durante la friolera de cuarenta y cuatro años: desde 1885 hasta 1929) lo hizo combinando su espíritu filológico y su cultura universal con el ideal moderno de la investigación científica y el ánimo preservacionista del archivista. No siempre, sin embargo, parece haber estado Groussac a la altura del desafío de favorecer esta combinación, como lo revela su claro rechazo, cuando historiza la vida de la Biblioteca en los años del rusismo, de la vocación archivista y catalogadora del director De Angelis, en cierto sentido, sugiere Horacio, su secreto pero verdadero precursor. Horacio presenta con gran brillo la oposición entre este archivista de De Angelis y el profetismo de su principal rival, Esteban Echeverría (que es decir, también, del Alberdi más hegeliano y después del librero Marcos Sastre, quien a su turno sería director de la Biblioteca después de la batalla de Caseros), y llega incluso a afirmar que ese debate condensa lo central, “la bifurcación esencial” del siglo XIX, que es catálogo y archivo, dice Horacio, o fenomenología del espíritu. Orden –digamos– o progreso. Pues bien: Groussac, decía, que no dejaría de reconocer la importancia de ese archivismismo como una parte fundamental de la síntesis que él mismo encarnaba, no estaba preparado para reconocerlo en el oscuro De Angelis, a quien –como si no entendiera bien la fuerza del hilo secreto que lo unía al jefe de la Biblioteca de Rosas– condena de un solo plumazo por oscurantista y anti-ilustrado.

No deja de haber aquí, en esta señorial incompreensión de Groussac respecto a lo que él mismo representa en la historia del debate del que se habla en ese libro, una señal del interés de Horacio por el

libro del viejo director de la Biblioteca Nacional. Horacio se apoya mucho en esa Historia, a la que remite una y otra vez y a la que *su* propia Historia no deja de glosar, de comentar y de calificar. Así, Groussac es –dice Horacio– arbitrario, mordaz, lúcido, cáustico, crítico, ácido, maniático, elegante e implacable, y el modo en que Horacio lo retoma y al mismo tiempo lo regaña, pero siempre reconociendo en él un modo juguetón y maldito, pero sutil, de contar la historia; nos configura la idea de un personaje caprichoso, melindroso, pero muy decisivo para pensar lo que aquí se trata de contar, que es, repito, la historia de una Biblioteca y a través de ella la historia de un país. El libro de Horacio quiere pensar también la historia de este país, y lo hace a través de la historia de la Biblioteca y de la glosa y el comentario y la adjetivación de los libros que ya hablaron de esto mismo antes que él. Es un libro sobre libros, entonces. Sobre libros extraños que a Horacio no le gustan pero le interesan o incluso le fascinan. ¿No hay un gesto parecido a éste, también, en el *Perón*, donde Horacio vuelve una y otra vez, a propósito de los más variados episodios de la historia del peronismo y del país, sobre los libros de Tulio Halperín Donghi, a los que también adjetiva aquí y allá como “sarcásticos”, “abusivos”, “injuriosos”, “señoriales”, “burlones”, “exquisitos”, “venenosos”? ¿Y no son muy parecidos a éstos los adjetivos que dispara también (estamos de vuelta en esta *Historia*) sobre el libro de Adolfo Bioy Casares sobre Borges, en el que basa muchos pasajes de su propia interpretación del pensamiento del autor de *La Biblioteca de Babel*, y al que califica aquí y allá como “maledicente”, “perverso”, y, al mismo tiempo, “extraordinario”? Hay algo, es claro,



que no le gusta a Horacio de estos tres autores (de Groussac, de Halperín, de Bioy), y ese algo es su incapacidad para aceptar los matices y las rugosidades del gran texto de la historia, su tendencia a mirarla desde fuera y desde arriba, su incapacidad para entender el núcleo de verdad que encierran las posiciones más distantes a su iluminismo y unidimensionalidad, su mordacidad implacable, que resultaría más graciosa y tal vez más productiva si se atreviera a dirigirse alguna vez sobre sí misma. Pero no se trata para Horacio de prescindir de estos autores (al contrario: los usa todo el tiempo, los examina permanentemente y encuentra inspiración en su misma maliciosa y tremenda mirada sobre el mundo), porque lo que estos autores dicen es una parte de esta historia.

En cuanto a Borges, la síntesis que su pensamiento opera entre la severa vocación por las clasificaciones y la dramática constatación del fracaso final de todas ellas es, por supuesto, infinitamente más sutil, y ha sido muchas veces comentado. No es el caso hacerlo aquí de nuevo. De algún modo Borges escribe la forma más alta y más elaborada del mito de la Biblioteca y de toda Biblioteca, porque ese mito es la forma que asume la aceptación simultánea de los dos polos de la contraposición (del debate) del que acá estamos hablando. *Igual que el mito de Perón* (perdón por la insistencia, pero no quiero dejar de subrayar la perfecta complementariedad entre estos dos grandes libros de Horacio que estoy aquí tratando de pensar juntos), *igual que el mito de Perón, digo, es la forma que asume la aceptación simultánea de los lados bonapartista y jacobino de una retórica que consigue combinarlos a ambos*. Borges es director de la Biblioteca Nacional exactamente durante los 18 años que

*Perón pasa fuera del país*. No deja de haber en esto una expresión visible y ruidosa de la gran contraposición que divide el campo político nacional durante buena parte del siglo pasado. Al mismo tiempo, no deja de ser interesante constatar, como podemos hacer leyendo el libro de Horacio, que Borges es el director de la Biblioteca Nacional durante todo el período de la presidencia de Héctor J. Cámpora. Convivencia insólita, ciertamente difícil de pensar, pero que expresa sin duda algo de lo increíble y rico que tuvieron esos años, una manifestación de lo que la historia muchas veces nos reserva como exceso de posibilidades respecto a las que supondríamos más evidentes o menos forzadas. Como ocurría sin duda en esos años y como ocurre también en los que corren, en los de la gestión de Horacio al frente de la Biblioteca Nacional.

Esta gestión (de la que no debo decir acá, ni en ningún lado, que es una gestión extraordinaria, que pasará a la historia como la más deslumbrantemente activa que haya tenido la Biblioteca Nacional en mucho tiempo, y que ha hecho de la Biblioteca Nacional un resorte fundamental de un proyecto de democratización de la cultura, ampliación de los debates e iluminación del espacio público), esa gestión (de la que este libro es un momento reflexivo fundamental: no ha habido muchas que hayan tenido uno semejante), esta gestión de Horacio, digo entonces, ya para terminar, es un capítulo más, y uno especialmente autoconsciente, del debate del que aquí se habla: del debate entre la cultura como conservación y la cultura como aventura, peligro y crítica. Un capítulo de este debate en el que los defensores del ideario archivístico que Horacio condena, no por

falso, sino por sesgado y por parcial, no visten ya los ropajes conservadores de los viejos sacerdotes o catalogadores pre-ilustrados de comienzos del siglo XIX, sino los vestidos progresistas del investigador subsidiado —como lo llama Horacio— o del científico que reclama casi como un derecho ciudadano la plena disponibilidad, alfabetizada y a la mano, del conjunto de los libros y los datos que el Estado debe resguardar. Nada de intrínsecamente malo hay en ello, desde ya, salvo el pobre modelo de verdad, de ciencia y de investigación que de ahí deriva, o que a ese modelo de archivo está asociado: un modelo, dice Horacio, *extractivo y no de sembradío*. “Basado

en una ciencia que desearía tener todo a su disposición, trocando el ideal de la pregunta abisal por la satisfacción sibarítica de los pormenores”. O pormenores, pues, o abismo. Horacio plantea aquí (en esta frase que acabo de copiar, en el conjunto de este libro enorme) la forma más dramática de la contraposición que es posible hallar entre los distintos modos de pensar, no sólo las bibliotecas, sino también la actividad en nuestras universidades, y la propia vida intelectual.

(\*) **Palabras compartidas en la presentación de este libro en la Feria del Libro de Buenos Aires 2010.**

# HGO 2010



DÍA DE LA HISTORIETA ARGENTINA - 4 DE SEPTIEMBRE DE 2010  
MÁS INFORMACIÓN EN [WWW.BN.GOV.AR](http://WWW.BN.GOV.AR)

# Las prácticas bibliotecarias en tiempos de la Revolución. Sobre *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* de Alejandro Parada

*Por Luis Pestarini*

Una de las grandes noticias de la investigación histórica y bibliotecológica de los últimos tiempos es la aparición del libro *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* de Alejandro Parada. En él se narran los primeros pasos, turbulentos, polémicos, dificultosos y desconocidos pero persistentes, de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, antecedente de la Biblioteca Nacional. Un libro que da cuenta de los movimientos iniciales, desde su acto inaugural decretado por la Junta Revolucionaria de Mayo hasta su consolidación como institución pública y emblemática de las aspiraciones emancipadoras.

Puede considerarse esta obra como una historia de tres series de acontecimientos fundamentales: una genealogía de la lectura nacional, una reflexión sobre las intrigas que acechaban a la Biblioteca (que determinaban el alcance y los contenidos de la Revolución, como puede leerse en los vaivenes respecto a la definición de las relaciones entre la Iglesia y el Estado) y como una sistematización de las formas organizativas (presupuestarias, edilicias y bibliotecológicas) que iba adoptando la institución. Sirviéndose de una detallada y minuciosa bibliografía y de fuentes documentales (periódicas y manuscritas) inexploradas, esta revisión de los tres aspectos, unas veces coincidentes y otras discordantes, componen un estudio integral y concluyente sobre la formación de la Biblioteca Nacional.

En los días que transcurrieron entre el 13 de septiembre de 1810 y el 16 de marzo de 1812 se sucedieron tres gobiernos en la revolucionada Buenos Aires. En ese período, también, se pasó de la euforia de la autonomía a la lucha para defender las fronteras de un territorio todavía informe, se resolvieron de manera sangrienta las rebeliones internas y se conformaron ejércitos de pobre experiencia para combatir en distintos frentes. Es sabido que aquel 13 de septiembre la edición de *La Gazeta de Buenos Ayres* contenía el artículo “Educación” donde, de manera poco formal y resolutive, se anunció la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Dieciocho meses tomó su apertura. Todas esas circunstancias agigantan el valor simbólico y material de la creación de la que, décadas más tarde, se convertiría en la Biblioteca Nacional. De los primeros años de esta institución, de sus antecedentes y de las dificultades de su mantenimiento en activo escribe Alejandro Parada en *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, volumen nacido como tesis y convertido en libro, publicado por el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Universidad de Buenos Aires, en adhesión al Bicentenario de la Revolución de Mayo. Vale dejar en claro que el texto no tiene la aridez de los escritos de aprobación de grado, sino que es amable y grato en su lectura. Fue la Primera Junta de Gobierno –nombre con el que pasó a la historia la Junta Provisional Gubernativa presidida por Saavedra, el primer gobierno elegido autónomamente en el Río de la Plata– la que ordenó su creación. Antecedente del artículo publicado en *La Gazeta* es una nota manuscrita de Mariano Moreno dirigida al Obispo de

Buenos Aires donde le informa que la Junta dispuso la creación de la biblioteca. Fechada el 7 de septiembre, no hay otro acto oficial sobre el tema. La ausencia de una firma que se responsabilice del artículo “Educación”, la falta de documentos, ha provocado una larga discusión sobre el verdadero artífice de la biblioteca, discusión que reproduce una mucho mayor, la articulación entre Iglesia y Estado. Martínez Zuviría, director durante más de veinte años, católico ultramontano, fue el paladín del sacerdote Chorroarín como fundador de la biblioteca, así la iglesia extendería sobre ella su influencia. Groussac, entre otros, señala a Moreno por su prosa, por sus influencias y por sus ideas. Parada se desentiende de la disputa. No importa quién fue el padre del gesto de la fundación, sugiere, lo relevante es el hecho. Así, significa lo mismo que detrás de la innovadora institución se encuentren Moreno, Chorroarín –poderosa fuerza en su funcionamiento posterior–, Belgrano o la Junta en pleno. Pero el significado y la trascendencia son muy distintos. Chorroarín, sacerdote erudito aficionado a los libros, animador en segunda línea de la Revolución, ve a la biblioteca como un espacio de intercambio de lecturas, heredero de las bibliotecas conventuales; Moreno ve en ella el comienzo de la reconstrucción y el recambio de instituciones, entiende que es una respuesta aún incompleta a la necesidad de ampliar los espacios de educación –no es un accidente el título del artículo–, muy maltratados desde las invasiones inglesas. No en vano escribió en su estilo un poco descuidado, impetuoso, en el prólogo a su traducción de *El contrato social*, publicada por *La Gazeta*: “Si los pueblos no se ilustran, si no se vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce

lo que vale, lo que puede y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas, y después de vacilar algún tiempo entre mil incertidumbres, será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos sin destruir la tiranía”.

Parada nos advierte que su intención es echar luz sobre la práctica y el pensamiento bibliotecario en Buenos Aires en los tiempos previos y posteriores a la Revolución, centrándose en la Biblioteca Pública en el período que acaba en 1826, en el marco de los nuevos estudios culturales y de la historia de la lectura, y a medida que avanza la lectura descubrimos que lo hace muy bien. Basándose en escasos documentos originales y algunos estudios sobre el tema, logra una reconstrucción vivaz y analítica a la vez.

Comienza su recorrido cronológico con la biblioteca pública circulante de Facundo de Prieto y Pulido, singular español de trayectoria porteña que fue conformando una interesante colección particular. Práctica frecuente en aquellos años, los libros, bienes costosos de por sí, lo eran más en estas tierras sin imprentas, se movían con cierta libertad en los círculos cercanos –y a veces no tan cercanos– de sus propietarios. Es de suponer que muchos de los dueños de estas pequeñas bibliotecas llevaran registros de estos actos de confianza, pero sólo se ha conservado, o al menos tiene estado público, el que llevó adelante Prieto y Pulido entre 1779 y 1783. Es imposible saber si Prieto anotaba cuidadosamente los préstamos, o si las amistades de más confianza eran aliviadas de este trámite; Parada hace un análisis de las distintas capas de este documento, incluso la estadística, que registra 122 préstamos. Prieto fue un hombre que supo hacer fortuna y también conoció la cárcel.

Nada sabemos de las prácticas que sucedieron entre 1783 y 1794, cuando su colección de entonces 336 piezas, fue donada, en forma conjunta con su esposa, al Convento de la Merced. Parada disecciona cuidadosamente el registro y hasta especula con los motivos que podrían tener Prieto y su esposa en su donación, alguno, incluso, “no tan simpático ni idealista”.

La Biblioteca de La Merced tiene una doble condición: es pública pero también conventual, o sea el acceso es más o menos libre pero está bajo la mirada áspera de la iglesia. Conformada por un millar de volúmenes, no es mucho lo que se sabe de ella, ni siquiera cuándo cerró definitivamente; funcionó, tal vez de manera intermitente, hasta comienzos del siglo XIX.

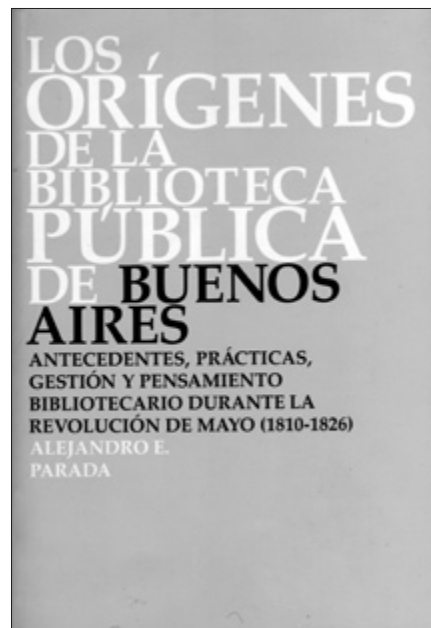
Es probable que estos dos antecedentes de circulación del libro y de manuscritos no fueran los únicos, aunque tal vez nunca sepamos de otros, desvanecidos sin dejar marcas. Pero ninguno tuvo la envergadura ni la continuidad de la biblioteca nacida bajo la Primera Junta e inaugurada bajo el Primer Triunvirato. El anuncio de su fundación provocó el entusiasmo de una población que todavía no se soñaba metrópoli, con más barro y jaurías que adoquines y corrales. Así, las donaciones de libros y dinero fueron sorprendentes, la Biblioteca fue una suerte de catalizador del fervor provocado por la nueva situación política. La nueva Biblioteca parecía sintetizar los ideales de libertad y modernidad. No es difícil entrever las dificultades que asumió la conformación de la Biblioteca. Su fondo bibliográfico se integró, además de las mencionadas donaciones, con la Biblioteca del Convento de la Merced, con la del Colegio de San Carlos, con las

incautadas a los que se rebelaron contra la Revolución y por las de los colegios jesuíticos de Córdoba, entre otras fuentes. En un vaivén de ciento ochenta años, los libros de los jesuitas cordobeses fueron devueltos a su provincia hace década y media.

No pasó mucho tiempo antes de que el entusiasmo mutara en reclamo y se volvió urgente la apertura de la nueva casa. Puesto Chorroarín a cargo de la institución, realizó un escrupuloso trabajo como bibliotecario, confeccionando índices y ordenando libros mientras preparaba el “Reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata”. Parada simpatiza con Luis José de Chorroarín y no es difícil entender el motivo: el sacerdote revolucionario debió llevar adelante él sólo, en tiempos muy adversos, la organización y apertura de la Biblioteca. Nos lo imaginamos corriendo para ver al secretario del Triunvirato, Rivadavia, para rogarle que elimine del reglamento el horario vespertino de apertura, porque está más allá de sus fuerzas, o subiendo y bajando libros de las altas librerías del edificio maltrecho. Tras varias postergaciones, la Biblioteca abre al público el 16 de marzo de 1812, con un horario reducido. Moreno, el artífice, había muerto en alta mar un año antes.

La Biblioteca tenía un fondo bibliográfico de varios miles de piezas, una colección muy destacable para la época y el lugar, y funcionaba en varios salones de la actual Manzana de las Luces, en la esquina actual de Perú y Moreno. El reglamento ofrece algunas curiosidades: por ejemplo, la institución concede a sus lectores tinta, arenilla y plumas, pero no papel;

no se podía ingresar con libros, que debían ser entregados al portero. La colección no era circulante, los libros y manuscritos sólo se podían consultar en sus distintas salas. Tiene sólo cuatro cargos: director, subdirector, dependiente y portero, antecedentes de generaciones de empleados que ampliarán sus acciones.



Administrador puntilloso, Chorroarín llevó un prolijo *Libro de carga y data* entre 1812 y 1818—un control contable de gastos e ingresos—que Parada emplea para echar más luz sobre la situación de la Biblioteca en sus primeros años. Multiplicados en complejidad y en una escala mucho mayor, vemos que los gastos e ingresos de entonces no son tan distintos a los actuales: mantenimiento del edificio, compra de libros, donaciones, encuadernaciones, con un presupuesto siempre asfixiante del que se lleva la tajada más grande la partida destinada a pagar los salarios. La nota curiosa está dada en que una parte nada despreciable

del presupuesto era obtenida por la venta de ejemplares repetidos, seguramente recibidos en donación. Chorroarín mantuvo en funcionamiento la Biblioteca, a veces pagando de su bolsillo los gastos cotidianos, a puro esfuerzo personal, hasta 1821, cuando se retiró, para morir poco menos de dos años más tarde. No fue únicamente director de la Biblioteca: tuvo activa participación en varios proyectos y convenciones constituyentes. Al detenerse especialmente en las prácticas y discurso bibliotecario, Parada mantiene en segundo plano el contexto en el cual desarrollaba sus actividades la biblioteca: la guerra civil, la guerra de la Independencia y, agobiante, la anarquía.

Del tiempo en que fue director Saturnino Segurola, entre 1821 y 1822, poco se sabe. Se ordena a fines de 1821 un inventario del material bibliográfico, el que será concluido dos años más tarde. Se sospecha que las sucesivas crisis políticas han dejado cada vez más desamparada a la Biblioteca. Lo cierto es que no hay una institución similar en Buenos Aires y probablemente no sea sólo un lugar de lectura, tal vez parte de las intrigas y acuerdos que dejaban su huella en el Río de la Plata se hayan llevado allí, como sucedería muchas décadas después.

Tal vez para sustraerla de una situación de abandono se rompe la tradición de nombrar sacerdotes como directores y se designa en 1822 a un hombre político, Manuel Moreno. Opositor de Pueyrredón, exiliado hasta 1821, médico de profesión, era un activo defensor de la obra de su hermano Mariano. Moreno repartía su tiempo entre la Biblioteca, la presidencia de la Academia de Medicina, su labor como profesor universitario,

investigador, periodista y político antagonista de Rivadavia.

Las primeras actividades de Moreno estuvieron vinculadas con la mejora y ampliación del edificio, y con la conclusión del inventario: “17.229 volúmenes de impresos, fuera de 1.500 duplicados destinados a la venta”. Otro registro estadístico de 1823 nos informa que la Biblioteca tenía una cantidad de lectores nada despreciable: 3284 consultaron libros durante el año. Parada aclara que la cifra debió ser considerablemente más alta, pues no contempla las consultas de referencia.

Dos documentos emplea el autor para profundizar su examen sobre el funcionamiento de la Biblioteca: las “razones de gastos” de los años 1824 y 1826. De allí surge que el sesenta por ciento del presupuesto anual estaba destinado a los salarios, que no sólo se adquiría libros sino también se efectivizaron suscripciones a periódicos, y que Moreno orientó la compra hacia los libros universitarios de la época, especialmente los de medicina. De estos documentos se desprende, también, que no hubo donaciones durante estos dos años, lo que puede ponerse en duda dado que el hábito social ya llevaba diez años y había permitido un crecimiento continuo del fondo bibliográfico. Tal vez las donaciones se registraran de otra manera y no en las “razones de gastos”. Moreno bregó con las limitaciones presupuestarias de manera imaginativa y audaz, aunque no muy efectiva: participó en loterías y sorteos, incluso adquirió una rifa cuando se sorteo la biblioteca de Antonio Sáenz, pero aparentemente siempre sin suerte.

El libro se detiene en 1826, con la segunda “razón de gastos”, en medio

del período de dirección de Moreno, quien continuará hasta 1828, cuando renuncie para ser ministro de Dorrego, continuando con su prolongada actuación política. Pero como nos había señalado el autor en el comienzo, no sólo revisa la Biblioteca Pública de Buenos Aires en sus primeros años, sino también la situación bibliotecaria del mismo período. Por esto, antes de cerrar el volumen, se detiene extensamente en lo que considera el primer artículo de práctica bibliotecaria publicado en estas tierras.

Es obra de Juan Luis de Aguirre y Tejeda, abogado revolucionario cercano a la Sociedad Patriótica y Literaria. Su extenso título es “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital” y fue publicado en números sucesivos de *El Grito del Sud*, en 1812, precisamente el año de apertura de la Biblioteca. Debe considerarse este texto como una serie de reflexiones y consejos para el buen desempeño de la nueva institución, despertados por el entusiasmo de su apertura. Si bien Aguirre y Tejeda suena bienintencionado y es muchas veces contradictorio, sugiriendo algunas medidas imposibles de llevar adelante en la situación que viven las Provincias Unidas, ve con claridad que la medida tomada por la Junta ha sido superlativa porque la educación es más importante que la guerra o, como escribe Parada: “Así pues, el establecimiento de la Biblioteca constituye para el autor un acto de mayor trascendencia revolucionaria que la propia Revolución”. La creación de nuevas instituciones es precisamente lo que perpetuará a la Revolución.

En su texto se suceden diversas cuestiones de manera no muy ordenada, desde la sugerencia de impulsar la compra de imprentas para activar la industria del

libro, de manera que provea más títulos a la Biblioteca —llega a proponer una misión a la India para comprarlas—, hasta cuestiones como la fabricación del papel, con una fuerte insistencia sobre la conservación de los libros y el combate a las plagas que los destruyen. También es una apelación al Triunvirato para que respalde a la Biblioteca.

Sobre todo esto escribe Parada basándose en los escasos documentos de la época —manuscritos y algunos periódicos, en los que ha llevado adelante un invisible y formidable trabajo de rastillaje— y en una extensísima bibliografía que cita con ánimo metódico. De cada manuscrito, de cada documento impreso, extrae hasta la última posibilidad, aún cuando en ocasiones avanza más con la imaginación que con los hechos. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* es un trabajo definitivo sobre el tema, parece cerrar otros posibles abordajes de la práctica y el pensamiento bibliotecarios de los años previos y posteriores a la Revolución, a menos que se habiliten nuevos avances por la aparición de documentos desconocidos.

Más allá de la práctica, de los vaivenes en los turnos de atención, más allá de los presupuestos insuficientes y del vertiginoso desfilarse de libros y lectores, queda el gesto de sorprendente iluminación de Mariano Moreno para orientar y perpetuar la Revolución, adoptando una institución nueva, símbolo de la modernidad y del Estado, en tiempos vertiginosos que poco permitían la reflexión. Difícilmente soñara el joven Moreno que, doscientos años después, esos principios todavía son el sostén más firme que le otorga sentido y trascendencia a la Biblioteca Nacional.



## “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital”

*Por Juan Luis de Aguirre y Tejeda*

En 1753, Juan Luis de Aguirre y Tejeda nació en lo que sería, muchos años después, la provincia de Salta. Su trayectoria no se desvió demasiado de la que trazaban los funcionarios del régimen colonial español. Hacia 1779, luego de obtener su matrícula de abogado en la Real Audiencia de La Plata (Alto Perú), extensas y abstrusas sendas del derecho colonial lo llevaron a ejercer su profesión nada menos que en Córdoba y Buenos Aires, ciudades que emergieron al siglo XIX con fuerte voluntad insurgente. Captado por el Deán Gregorio Funes –el delator al servicio de la Patria–, y por Mariano Moreno, no tardó en otorgar a la causa revolucionaria su trajinado conocimiento leguleyo. El artículo “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital”, escrito por Aguirre y Tejeda en varias entregas en *El Grito del Sud* en 1812, fue redactado a la luz del fuego en donde se quemaban las leyes del régimen al que sirvió.

La economía liberal (asociada a la Revolución) y las bibliotecas públicas, en el artículo de Aguirre y Tejeda, tienen una confluencia difícil (y hasta revulsiva) imaginada a partir de la contaminación del presente. ¿Un mercado editorial en función de la ilustración popular? ¿Intervencionismo revolucionario para regular el precio de las imprentas y el papel? ¿Los recursos naturales al servicio de la impresión y conservación de los libros en una biblioteca? La biblioteca “de esta capital” pretende proveer de libros a las provincias, porque la revolución solidaria debía ser emplazada sin dilaciones.

**Tom. I. Núm. 7º. Pág. 54**  
***El Grito del Sud***  
**Buenos-Ayres**  
**Del martes 25 de agosto de 1812.**

*Rara temporum felicitate, ubi sentire  
 quæ velis, et quæ sentias, dicere licet.*  
 Tacit. Lib. I. Hist.

*Neque enim satis est possidere velle,  
 si collere et conservare non possis.*  
 Colamella de re rustica.

En un gobierno tempestuoso erigido entre las convulsiones de una revolución, nada puede prosperarle mejor, que el fomento de las letras y de la instrucción pública. La influencia de las luces del ingenio, y la de las ciencias es algún modo más fuerte, que la de las armas, de la autoridad, y del ejemplo. ¿Que exemplos tan maravillosos no produxeron en el espíritu de los romanos un Horacio, un Virgilio, un Ovidio, y otros sabios del primer siglo del imperio? Ellos con su enérgica pluma elogiaron sus primeros monarcas, y celebraron altamente las delicias del imperio de Octaviano; y al punto los más zelosos, y sobervios republicanos de Roma se prosternaron y besaron con respeto los hierros con que habían sido aprisionados. El decoroso establecimiento de la biblioteca en esta capital, cuya augusta apertura se hizo poco há, y muy á los principios de su nuevo gobierno tan feliz, y rápidamente se estableció, y fomentó, será en la posteridad un preciso monumento de la prudencia, y abierto con que ha pretendido cimentarse sobre las bases sólidas de las ciencias, y de la ilustración pública, que ha de encaminar más que el estrépito de las armas, á unir las provincias al sistéma de libertad,

quietud, y prosperidad de la América del Sud. Mas no se conseguirían por cierto las ventajas de que es capaz este establecimiento, mientras no se cuide por el gobierno el proporcionarle todo aquellos arbitrios, que redimiéndolo de dificultades y mayores gastos, le facilite el surtimiento y reimpresión barata de libros, que haga un abundante acopio de ellos.

Los mejores auxilios á este fin son el aumento y previsión de buenas imprentas, y de diestros artistas impresores, y enquadernadores, y la abundancia, y baratez del papel, lo que se podría lograr con facilidad, siempre que en estas provincias se estableciesen fábricas de imprenta y papel, teniendo en ellas las bellísimas proporciones de minas abundantes de plomo, y de las materias primas de algodón, pita, lino, cañamo, y cortezas diferentes de árboles. Las relaciones comerciables al presente, con Portugal, Inglaterra, y Boston podrían proporcionar la compra de algunas ediciones copiosas, y baratas, semejantes á la que poco há regaló la corte del Brasil á la ciudad de Montevideo, las cuales podrían por ahora suplir nuestra vergonzosa escasez; y mucho más se remediaría esta formándose una expedición mercantil dirigida á la India, y á la Asia por Acapulco con solo el objeto de comprar, y tratar buenas imprentas, muy baratas, y los más aventajados artifices que estableciesen fábricas, y enseñasen en estas provincias á formar los mejores caracteres de nuestro abundante y riquísimo plomo. Entre todas las naciones ninguna aventaja á la India, y á la China en la excelente calidad de sus imprentas, y en la abundancia y baratez de su finísimo papel, que establecido nuestro fácil tráfico á estas regiones, podría formar un gran

ramo de nuestro comercio como dice Ward y Andrés Kippis ¿y por qué nuestra dexación y falta de economía no ha de redimir á la patria por un medio tan fácil de las escaseses perniciosas de papel, que con frecuencia sufre, como la actual, en que la carestía ha hecho sufrir en varios pueblos interiores á treinta y más pesos la resma de papel, que surtido por medio de fábricas establecidas, jamás podría ascender á más de tres pesos con proporción á sus costos?

Esta capital gastará mucho tiempo y dinero para formar y enriquecer su biblioteca, si no cuida de adoptar iguales providencias económicas para el acopio y reimpresión de libros. Si me fuera permitido en la estrechez de un periódico profundizar, y no hablar con demasiada precipitación como lo hago en esta materia fecunda, guardando rigurosa imparcialidad, sin declinar entre el espíritu de rivalidad, que maldice, quanto se le presenta y el entusiasmo que todo lo exalta, y aplaude diría francamente por los rápidos progresos que hizo en estos últimos tiempos nuestra España en punto á ediciones; que nos bastaría surtirnos por medio de los ingleses de las mejores ediciones de la península, que tal vez juzgándolas no muy precisas en su afligida situación presente nos las venderían acomodadas. *El arte que mejores progresos ha hecho en España* dice Mr. Mautelle en su nuevo viaje, ó geografía comparada, es la imprenta. Todos los aficionados conocen, y han preferido á las obras de Baskerville y Barbere el Quixote, y Salustio traducido al castellano por el infante D. Gabriel, y otros libros impresos por Ibarra en Madrid, y por Monforo en Valencia obras maestras tipográficas, y que buscarán nuestros

nietos, como buscamos *nosotros las de Elzebires*. Poco ha se dió un paso favorable al progreso y á nuestra biblioteca con la llegada á Balpárayso y Chile de una imprenta preciosa y su impresor, y buenos artistas de papel y loza, de que nos dió noticias la gazeta.

*Se continuará.*

Imprenta de Niños Expósitos.



**Tom. I. Núm. 8º. Pág. 57**

***El Grito del Sud***

**Buenos-Ayres**

**Del martes 1 de setiembre de 1812.**

*Rara temporum felicitate, ubi sentire  
quæ velis, et quæ sentias, dicere licet.*  
Tacit. Lib. I. Hist.

**Continuación de la idea económica  
para el fomento de la biblioteca.**

La nueva vida política que empezamos á adquirir con la energía y prudencia del actual gobierno, y la casi universal incomunicación con la Europa, á que nos fuerzan las ideas ambiciosas de la Francia, nos estrechan despóticamente á vernos privados del manantial precioso de libros, y á solicitar por todos medios ediciones, que reproduzcan los que tenemos maltratados, y que abran el camino á las producciones intelectuales de la América hasta aquí tristemente obstruidas, mucho más quando la sabiduría y liberalidad de un gobierno, tiene ya sancionada la libertad de la imprenta. Si á las escasas y defectuosas ediciones de esta capital y Lima se sustituyeran otras buenas y abundantes, aquí y en los

pueblos interiores de Caracas, Santa Fe, Quito; Cuzco, Arequipa, Cochabamba, Charcas, Cordoba, y otras semejantes ¿qué de progresos literarios no se experimentarían en estas provincias, y quan facilmente se lograría el surtimiento de buenos libros? Se hallan en todos estos pueblos inéditas varias obras de conocida utilidad, porque aquellas imprentas son tan escasas de letra, que no son bastantes á llenar más que pocos pliegos y la ilustración periódica de los pueblos; y aun ya se dexa sentir la general escasez de libros sagrados, como la biblia, misales, breviarios devocionarios, rituales, y otros, cuyo defecto podría lastimosamente influir en la inmoralidad, y embarazar el desempeño de las funciones del sacerdocio, á menos que no se tomase la pronta providencia de implorar de los portugueses ó ingleses un proporcionado surtimiento de ellos.

No se puede dudar por un momento las grandes utilidades que acarrea á las provincias unidas el noble establecimiento de nuestra biblioteca. Pero no basta crear las cosas que contribuyen á la ilustración del hombre, sino se cuida del modo de conservarlas. La naturaleza próspera siempre en suministrar los medios de reparar nuestras necesidades, vé muchas veces con indiferencia el modo, como el hombre hace uso de ellas. Y quando formó el papel, materia precisa de los libros, no cuidó de adornar toda su razón, para darle á conocer, si éste forma ó destruye las bibliotecas. Sólo una buena política y económica debe prever las necesidades, y yá que conspira á una ilustración general debe facilitar los medios de conseguirla y perpetuarla. No se habría malogrado el establecimiento costoso de la biblioteca de Alexandría, si se hubiese previsto la gran dificultad

de surtirse del papel necesario. La enorme dificultad de conservar bibliotecas en la América española, sin ser antes provistas de fábricas de papel, siempre será un obstáculo verdadero á la universal instrucción y cultivo de las ciencias. Se sabe muy bien que en una biblioteca se encuentran juntos regularmente todos los medios de proporcionar la instrucción pública. En ella se halla una série de ideas, de inquisiciones, y trabajos de los más grandes hombres sobre cualquier objeto, sirviendo todo esto de base á las nuevas observaciones en que quiere uno ocuparse. En ellas se hallan reglas que prescriben las sendas, que deben seguirse, y deben evitarse. Si los errores que se adoptan, extravían alguna vez, sirven, quando son conocidos para precaverse contra las preocupaciones, para reprimir la presunción, inspirar la prudencia, inocular el hombre de ilusiones, y formarle al fin circunspecto y sabio. Si se hallan acaso en la biblioteca monumentos de orgullo, soberbia ó de mentira; de ordinario se halla también lo que sirve á aclarar la verdad, y honrar el espíritu racional. En ella se vé cómo se despliega la inteligencia humana, los progresos científicos de sus conocimientos, las épocas de perfección de sus descubrimientos: y si alguna vez nos afligen las faltas que cometió, si nos compadecemos de su vanidad, si desdeñamos las ilusiones á que se entrega, no podemos menos de admirar su constante amor á la verdad, lo mucho que trabaja en sondear las profundidades de la naturaleza, su aplicación en perfeccionar su razón, en arreglar sus acciones, establecer el orden, y asegurar el imperio de la religión y de la virtud.

Todas estas, y otras muchas ventajas nos presenta el establecimiento de

una biblioteca. Este establecimiento hace por sí el elogio más honorífico de la presciencia y sabiduría de un gobierno, porque prepara el camino por donde el espíritu humano, no pudiendo verlo, reconocerlo todo, dá lugar á contemplarse á sí mismo y conocer las flaquezas de sus facultades. Si alguna vez llega á ensoberberse, de lo que sabe, no hay duda que hace mal: ¿pero ha de libertarse de este error, quando no tiene á la vista de una biblioteca el cuadro más exacto de sus conocimientos que hubieran podido instruirle, y preservarle de sus extravíos? Si esto es cierto, no es por ventura de la misma certidumbre, que jamás podrá sostenerse en un país una biblioteca sin tener abundancia de papel acomodado para la reimpresión de sus mejores libros y sin cuidar de preservar estos, y el papel de la delesnable corrupción, á que de ordinario los expone la humedad y los insectos? Vé hay uno de los grandes objetos de economía que imperiosamente exigía especularse, y tratarse con alguna extensión en un discurso más dilatado, que el que permite un periódico para que se lograra felizmente el fomento y permanencia de la biblioteca de esta capital expuesta por su temperamento demasiado húmedo á la más próxima caducidad: si me fuese permitido cuidaré hablar de él en otra ocasión.

Entre tanto, debemos concluir, que si no es ventajoso y de mucho honor la especial protección y fomento de nuestra biblioteca, nos es de mucho interés, que á este establecimiento se acompañen las fábricas de papel, el pronto surtimiento de algunas imprentas para que se sostenga sin mayor costo. Nada es, decía el docto Columella, querer establecer, y poseer

una cosa si no se sabe proporcionar los medios de guardar y conservarla, *neque enim satis est &c.* Sino supiéramos quan difícil es vaticinar con acierto en la política, nos atreveríamos á asegurar que antes de muchos años se hallaría nuestra biblioteca en un estado de la más elevada reputación, y gloria, con sólo poner fábricas de papel, imprentas, y los medios seguros de perfeccionar el papel y preservarlo de corrupción. Estos establecimientos hechos al pronto y manejados con prudencia y economía serían monumentos que acreditasen á la posteridad el zolo sabiduría y vigilancia con que se esfuerza nuestro actual gobierno para poner las provincias unidas en un grado de igualdad, y tal vez de superioridad á muchas de las naciones florecientes de la Europa. Pues si un pueblo civilmente crece en razón de los medios que tiene para subsistir. Si el comercio y la agricultura contribuyendo á establecer entre las fortunas de los ciudadanos aquella proporción tan deseada y necesaria á un estado, son los que multiplicando las riquezas, los trabajos, los alimentos, y los hombres simultáneamente dán á una nación toda la fuerza activa, y la progresión económica política de que es subceptible una biblioteca bien cimentada en la metrópolis, y bien sostenida por medio de estas fábricas debería ser á los habitantes de esta feliz región, sabios, filósofos, y dignos apreciadores de las letras, y elevándolos sobre sí mismos tendrían siempre á la vista una antorcha luminosa é inextinguible que les rectificase la razón para promover su bien, y el mayor esplendor del estado, para fomentar las ciencias, las artes, la industria popular y todos los demás objetos públicos.

Yá que hasta aquí en la América por un sistema antipolítico ha sido una especie de moda el ser ignorante, y por la atróz conducta de los que gobernaron no se permitieron establecer aumentos de fábricas, porque con el interés de precaver qualquier revolución feliz, que pudiese regenerarla, negándole todos los auxilios y conocimientos políticos é industriales la intentaron reducir á la mayor pobreza, y á sólo el humilde estado de labradora y minera como quería el célebre ministro D. José Gálvez; es menester que en la nueva vida, que felizmente se emprende se extinga esta moda gótico-bárbara, y que veamos sobre la faz del globo del nuevo mundo en nuestros dichosos días los laureles de Marte hermosamente hermanados con los de Apolo y Ceres; pues la gloria del espíritu, y talento igualmente apreciable en todo el universo, no debe ser un don peculiar de la Europa, negado con crueldad á nuestro suelo; ya que no hay oposición física en las ciencias y las riquezas abundantes que produce; ya que no debe existir esta odiosa anti-patía y desprecio, que por tres siglos se ha hecho despóticamente reynar en sus suelos; y yá que desplegando hoy día sus gentes las bellísimas dotes, que le dispensó con generosidad la naturaleza, me hace presentir, que la América con la biblioteca, y la protección distinguida de su nuevo sabio gobierno, será dentro de poco el domicilio de Minerva. *Hic cursus fuit, hoc regnum Dea gentibus esse, si qua fata sinant, jam nunc tetendit fobetque.*

*Se continuará.*



**Tom. I. Núm. 9°. Pág. 65**

***El Grito del Sud***

**Buenos-Ayres**

**Del martes 8 de setiembre de 1812.**

*Rara temporum felicitate, ubi sentire  
quæ velis, et quæ sentias, dicere licet.*

Tacit. Lib. I. Hist.

### **Continuación de la idea económica para el fomento de la biblioteca.**

Si el más seguro medio de fomentar nuestra biblioteca, y consultar su permanencia, estriba en proporcionar un abundante surtimiento de papel, é imprentas por medio de artífices y fábricas establecidas en estas provincias, y en preservar del modo posible el papel y los libros de su pronta corrupción y vejéz deberían ser estos objetos del mayor interés el especularlos, el dirigirlos, y llevarlos á su perfecta verificación; yo por ahora me contentaré con indicarlos superficialmente para que se reconozca que no es imposible, ni muy difícil de ejecución reservada á genios emprendedores y benéficos, que no rehusan el mayor trabajo quando se encamina al bien común. Nadie ignora que los mármoles, peñascos, y troncos de árboles fueron las materias en que la antigüedad escribió sus libros, y por donde transmitieron á la posteridad sus hechos y conocimientos, en aquellos tiempos incultos se usó también la escritura en láminas de metal, de barro, de ladrillo, de madera, en pieles de pescados, é intestinos de animales; á proporción que los hombres se fueron civilizando reconocieron el ímprobo trabajo de usar la fuerza y la punta de fierro para esculpir la letra en la piedra, metales, y maderas, y se

valieron de ciertas hojas de vegetales, del pergamino, y marfil, y recurrieron al pincel ó cañas cortadas para escribir con mayor facilidad. Los egipcios, griegos, y romanos escribían sus libros y cartas misivas en pergaminos y hojas de marfil. Los indios de México avisaron á Motesuma su emperador del desembarco de los españoles por unos lienzos, que con el pincel diestramente dibuxado le retrataron quanto habían visto; y los naturales del Perú y de toda esta América Meridional á semejanza de los chinos en su antigüedad no hubieron otro modo de escribir como dicen Acosta, Valera, y Garcilazo, ni de comunicar por sus anales á la posteridad sus pensamientos, que por medio de unos cordeles, o hilos de lana y algodón de diferentes colores, que llamaban quippus anudados á ciertas distancias con simetría, con que formaban diferentes combinaciones, y figuras, para expresar sus conceptos, y estos guardados formaban sus registros, archivos, y bibliotecas que contenían los anales é historia individual del imperio, el estado de los tributos y rentas públicas, y las más exactas observaciones de su historia, agricultura, y astronomía.

Como estos métodos de escribir presentaban dificultades escabrosas á fuerza de investigaciones descubrieron las naciones cultas el auxilio del papel. Los egipcios, chinos, y aun los europeos usaron del papiro que se encuentra en los bañados y orillas del Nilo, en Siam, y Tonquin, y en la Sicilia, Calabria, Pulla, y otras muchas regiones del Asia, África, y Europa. Á porfía y á esfuerzos de investigaciones formaron de esta preciosa planta el papel, no sólo para el importante uso de la escritura sino para estos ramos de industria y comercio, descubriendo

el arte de saber beneficiarla de mil modos, separarla y darle cierta preparación á su corteza, fibras, y hojas que les proporcionó la construcción de toda especie de papel fino y tosco, con que fácilmente se cultivaron las ciencias y las artes, y se formaron las velas de navíos, manteles, y ropas finísimas, que hasta el presente usan en Egipto, y la China de que vemos en nuestros días hechas muchas telas preciosas que nos proveen los ingleses por el comercio. Verdad es que los chinos, japoneses, siameses, y la gente del Tonquin no se han contentado con usar de esta planta para formar su papel, sino también de algodón, Bambou, y de una corteza de árbol que llaman Tancoe; y el papel que forman de ella aunque muy blanco es demasiado delgado por lo que muchos creen erradamente que es de seda, mas lo cierto es que, que este papel es de muy corta duración, pues el gusano le ataca con facilidad de que nace renovarse con frecuencia los libros y bibliotecas en estos países. Posteriormente se usó con tanta frecuencia el papel de algodón, que se disminuyó, y aún abandonó el uso de la planta papiro oliber, y la activa industria de los franceses, llegó á descubrir, que podía buenamente hacerse papel con otras materias, que el papiro y algodón, que era demasiado escaso y caro en la Europa; y con este feliz descubrimiento proporcionó en el siglo doce, y trece un ramo de comercio, que le fue muy ventajoso á la nación; este es el uso de toda especie de trapos para su construcción, que ha hecho por su felicidad, y ahorro de costos, olvidar en todo el mundo los demás modos de escribir á exepción del noble y subsistente del pergamino, que se inventó en Pergamo quando Tolomeo enemigo de las ciencias y de

las glorias de sus predecesores arruinó todos los papeles y libros de Egipto. Plinio describe circunstanciadamente las diferentes qualidades formas y método del papel, el modo de prepararlo y colarlo, las distintas materias de que se hacía, y las alteraciones que ha padecido un artículo tan necesario. La manera como hoy en las fábricas se acostumbra hacer el papel muchos la saben, y convendría que entre nosotros pocos la ignorasen. Consiste regularmente en el método sencillo de recoger y tomarse de todas las basuras andrajos y lienzos viejos sean de lino, algodón, o yervas, y todos los trapos inútiles de cualesquier tela, los cuales juntos y colocados en cubas, tachos, tinajas, ó peroles se dexan macerar, y no se sacan de ellos hasta quedar enteramente podridos, y convertidos en hilas ó lamas espesas. Esta masa corrompida con agua proporcionada se reduce en una especie de caldo fluido que se cuele, pasa, y purifica, y después se pone en una agua limpia y clara, y bastante caliente, la que se cuida mover mucho y con cuidado para que se distribuya é incorporen bien sus partículas glutinosas; al fin todo este líquido bien preparado se derrama en los moldes ó láminas que le dan la forma y consistencia de las hojas ó pliegos de papel que se encolan por igualdad para que no se calen; y para hacer el papel tosco que llamamos de astraza no es menester colar y purificar el caldo; las colas según el mismo Plinio se preparan con la flor de harina de trigo templada en agua hirviendo ó con la miga del pan cocida desteida, y templada en agua hirviendo, y pasada por un paño o cedazo fino; las naciones asiáticas situadas más allá del Ganger hacen todo su papel de sólo cortezas de árboles, pero las demás general-

mente lo confeccionan con trapos de telas sean de seda, lana, algodón, lino, y yerbas diferenciando sólo su método del arriba expresado, en que sus instrumentos son más sencillos, y ordinarios, y no por esto dexan de construir un excelente papel.

*Se continuará.*



**Tom. I. Núm. 10. Pág. 73**

*El Grito del Sud*

**Buenos-Ayres**

**Del martes 15 de setiembre de 1812.**

*Rara temporum felicitate, ubi sentire  
quæ velis, et quæ sentias, dicere licet.*

Tacit, Lib. I. Hist.

### **Continuación de la idea económica para el fomento de la biblioteca.**

Nadie dexará de celebrar el descubrimiento del papel; pues no hay duda, que además de las grandes ventajas que ha acarreado á la sociedad y los destinos útiles á que en los pueblos se hace servir el papel es por cierto de una grande ventaja emplear en su fabricación las materias viles, que no sirviendo más que para aumentar las inmundicias y basuras, adquieren estas un nuevo ser, y precio formando con ellas un objeto de una necesidad, y utilidad general, que tanto ha contribuido por el uso de la imprenta al progreso de las ciencias y la ilustración del hombre. Subiría de punto la utilidad y estimación del papel, y debería por cierto ser más presiosa, si este fuese más inalterable,



y pudiese resistir más á las injurias del tiempo, y de la corrupción. En los paises húmedos y cálidos, como el de esta capital Lima y Paraguay, no es fácil poderse conservar por mucho tiempo los libros y el papel sin corrupción, porque la misma humedad excesiva les acomete y penetra atacándoles inmediatamente varias especies de insectos que engendra, y á pesar de toda precaución se ven roídos. Con que venimos á inferir que poco ó nada se avanzarías con el noble establecimiento literario de bibliotecas en esas capitales con la copia de buenas imprentas, con las fábricas de papel, y con su conocida utilidad, sino se adoptasen medidas económicas dirigidas á precaver del papel y de los libros su progresiva corrupción, defendiéndolas de la injuria del tiempo, y de la polilla. El gobierno pues debe imperiosamente interesarse en un objeto de esta importancia, del mismo modo que en años pasados lo hizo el Consulado con intento de redimir los cueros al pelo de la polilla, señalando premios á los que descubriesen medios ciertos que hagan el papel y pastas capaces de resistir á la corrupción é insectos.

Hasta aquí se han hecho en varias partes del mundo prolixas especulaciones, para lograr este fin importante pero las más han sido infructuosas, y otras poco eficaces. La materia misma de que se forma el papel, según el método común como trae quando se emplea un grado de alteración pútrida, y es por su naturaleza feble y poco constante, pone ciertos obstáculos para preservarlo de toda corrupción. Este mismo estado de alteración pútrida, que debe acopiar un tropel de semillas, y huevecillos de insectos, le hace susceptible, y más propenso á su corrupción, y á proporción de este grado de alteración, en los tiempos, y climas más cálidos, y húmedos debe necesariamente aumentarse la disposición nociva, para instruir y abrigar otros insectos, que le roan: la

calidad, preparación, y mayor eficacia de la cola con que se baña el papel al tiempo de su formación puede tal vez influir á preservarlo de insectos. Debe en consecuencia cuidarse y hacerse los más prolixos ensayos en la confección de estas colas, empleando los ingredientes más análogos y fuertes, como el binagre, el limón, yervas, y substancias más amargas y del modo, tiempo, y cantidad, con que se emplean, para desterrar los insectos y su propagación. Mr. Decandez dice que los antiguos envolvían el papel fino en hojas de naranjo ó limón para preservarlo de la polilla. No han faltado quienes con algún buen suceso persuadan, que las sales minerales, como la alcaparrosa, alumbre, victriolo, y las yerbas amargas, ó aromáticas, como el romero, tomillo, alucema, rosa, ruda, hiervabuena, mansanilla &c. empleados en la putrefacción de los trapos, influyen poderosamente á hacer resistible el papel á su corrupción: pero además que la experiencia ha acreditado que no son suficientes como dice Mr. Perdiger, la razón natural persuade, que estas substancias apenas pueden producir un efecto momentáneo porque es natural que su amargor y olor fuerte se disipe con el tiempo, y que aun pierdan sus propiedades contrarias á los insectos con la misma descomposición espontánea que experimentan al tiempo de su maceración en los cubos.

Tengo noticia que en varias fábricas de papel se ha observado por algún tiempo mezclar la cola con algunas substancias yá amargas, yá olorosas para preservar el papel de la polilla; pero como el tiempo y el ayre debe necesariamente evaporar todo lo que halla impregnado la cola, y sería peligroso al color del papel, si se conservase; no merece mi aprobación este arbitrio, pues aun no está demostrada con la experiencia su absoluta eficacia; con mayor razón recomienda la academia de Berlin siguiendo á

Mr. Perdiger que para preservar el papel de la polilla, se use del almidón, y no de la harina de pan en la confección de la cola ó engrudo. Tampoco se puede convenir el uso de venenos minerales como el arsénico, sublimado &c que despidiendo efluvios nocivos, pueden exponer á la muerte á muchas personas y niños, que masquen el papel, y sería de temer fuesen muchos víctimas por falta de experiencia, ó por distracción. Imprudentemente por cierto se adoptaría un medio tan horrible, supuesto que las ventajas que presenta aun quando se supongan ciertas, y calificadas no pueden compararse con los peligros y daños, que prepara. No debe haber nación tan avara, y cruel en todo el mundo, que pretenda mejorar sus fábricas, ni adoptar ningún descubrimiento con sacrificio de la humanidad. Así lo inspira la razón y una buena política, debiéndose graduar por un riguroso derecho natural todo aquello como dice Cicerón, en que interviene el consentimiento general de las gentes; *in omni re consentio omnium gentium lex naturæ putanda est.*

Algunos con Mr. Lemonte han observado la eficacia de varios olores fuertes como el de la trementina, tabaco, y alcanfor, cuyo vapor es más congruente para preservar los libros de toda casta de insectos. Estos olores mezclados con azufre se frotan con la esencia de trementina sobre la faz del papel, y causan á lo menos preservativos momentáneos de la corrupción de los libros. Sólo la atmósfera que de estos y otros olores se forma en las boticas, es sin duda la causa de la preservación de sus papeles de polilla, é insectos, como la experiencia lo ha mostrado; en todos los libros por lo común empieza la polilla por la pasta y por los lomos de los libros, que reciben inmediatamente la humedad y acaso por esto convendría, que los libros de que se vaya surtiendo nuestra biblioteca, fuesen mientras se

indagan mejores preservativos, encuadernados á la rústica con tapas de papel doble azul bien teñido de añil que según el sentir de Mr. Reybellon es un excelente preservativo de la polilla. Acaso por esta secreta causa se ha dicho generalmente que el papel de Genova, y todos los azulados por muy finos, y delgados que sean, son los susceptibles de la polilla, por que en su fabricación se confeccionan con algún añil. En esta América donde debe conservar este vegetal su más activa qualidad nos presenta un modo fácil para desterrar la polilla de nuestra biblioteca.

*Dr. Juan Luis Aguirre.*

## Inauguración de la Biblioteca Nacional<sup>(\*)</sup>

*Por Paul Groussac*

El 27 de diciembre de 1901 se inauguraba el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, el de la calle México, que oficiaría de sede de la institución durante el siglo XX. Aquí reproducimos el discurso pronunciado por su director, Paul Groussac. El solemne auditorio contó con la presencia de destacadas figuras del poder de la época, entre ellas el entonces presidente Julio A. Roca. Se trataba de una ocasión muy especial en la que el polémico director, fiel a su estilo, no cedió a la tentación de ofrecer una pieza de oratoria formal. Por el contrario, su elegante prosa cargada de finas ironías, se permitía jugar con el destino original planificado para el edificio, la Lotería Nacional, y su designación ulterior, advirtiendo la extraña relación que emparenta a las bibliotecas con la “Fortuna”: las primeras consagradas como “templos laicos”, “santuarios del saber” para la empresa civilizatoria, mientras que el azar, en cambio, representa el “emblema de la inconstancia y la fragilidad”.

Probablemente Borges, quien décadas más tarde ocupó el escritorio de Groussac, haya prestado atención a esta relación trazada por su antecesor. El misterio azaroso que rige el orden inmanente de las cosas (y que el intelectual francés consideraba superior a la lógica de los hombres, ya que permitió convertir una Lotería en Biblioteca) formaba parte de la mitología borgeana de la biblioteca infinita que, como señalara Groussac en el caso de la Biblioteca Nacional, era la “primogénita de las creaciones revolucionarias que todavía subsisten”.

Excelentísimo señor:

Señoras, señores:

Me cabe el alto honor de entregar al gobierno de la Nación, para que se digne declararlo inaugurado y puesto al servicio público, el nuevo edificio de la Biblioteca, que, merced a la bien inspirada solicitud de los poderes constituidos y con aplauso unánime de la opinión, ha sido terminado para el noble objeto que su nombre indica, y desde mañana abrirá sus aulas silenciosas, dos veces iluminadas por los reflejos del cielo y los del espíritu, a todos los amigos del saber y clientes del libro: maestros o estudiantes, profesionales de las ciencias y las letras o simples aficionados a la lectura provechosa, sin distinción de edad ni sexo, de condición o nacionalidad.

Señores: no es un secreto para nadie que este templo laico, si tal puede decirse, no se erigió desde un principio bajo la advocación de Minerva, la diosa augusta del arte y la sabiduría: otro numen pagano, pero que no teme ver con el tiempo su culto abandonado y sus aras desiertas, era el llamado a presidir los ritos... aritméticos, que en este propio recinto debían celebrarse, ante un grupo de iniciados por cierto poco parecido al selecto concurso que hoy nos favorece con su presencia. Esos proyectos no habían de realizarse; y sin duda que revelaríamos escasa filosofía al extrañar que ocurran mudanzas en sitio dedicado a la Fortuna, emblema de toda inconstancia y fragilidad. Por una coincidencia que me abstengo de llamar providencial, pero en la cual me place ver un efecto de esa lógica inmanente de las cosas, muy superior a la lógica de los hombres, acaeció que, a punto de terminarse el edificio, pareciera a muchos observadores

harto desproporcionado con su objeto primitivo, al propio tiempo que otros le encontraban adecuado para hospedar dignamente a la institución benéfica y civilizadora por excelencia, como que por sí misma constituye un depósito y compendio de la humana civilización. *Félix culpa!* exclamaremos con San Agustín, puesto que a este error de concepto debemos el poseer desde luego el molde material de una verdadera biblioteca, anticipándonos quizás a la generosa iniciativa de algún Carnegie argentino, quien, por otra parte, si surge alguna vez, podrá encontrar en este mismo espacio disponible para tesoros bibliográficos, un campo abierto a su munificencia. Sea como fuese, resultaba tan evidente la conveniencia de un cambio de destino, que bastó —me cumple proclamarlo sin ambages— una respetuosa indicación para que nuestros anhelos se convirtiesen en realidad. El señor presidente de la República quiso cerciorarse personalmente de lo bien fundado de nuestra instancia: vino, vio, y quedó convencido. Al día siguiente se redactaba el decreto reparador. Las ciencias y las letras, parientas pobres entre nosotros de la prensa y la política, habían conseguido al fin su asilo propio, en relación con la dignidad y la cultura del país. Reciban los amigos, presentes o ausentes, que me acompañaron en la buena empresa, la expresión pública de mi agradecimiento.

Lo demás vino de suyo. El Honorable Congreso proveyó a la instalación cómoda y decente que la higiene y el gusto moderno exigen para estos establecimientos, que es muy sabido emulan en otras partes el lujo de los palacios regios, cuando no son estos mismos los que el pueblo ha convertido

en santuarios del saber. Como ya dije, parecía tan indicado el actual destino del edificio que, bajo la hábil dirección del arquitecto de la obra, se realizaron en pocos meses las reformas complementarias de la acomodación. Imitando el ejemplo de aquellos preladados de la reconquista española que, apenas recuperada Toledo o Córdoba, convertían en catedrales cristianas las mezquitas árabes, con sólo transformar los emblemas del culto, también nosotros, después de nuestra pequeña victoria sobre la media luna, no destruimos nada para aprovecharlo todo. Acá y allá, modificamos algunos muebles o aparatos de uso para nosotros desconocido y que no parecían destinados al estudio; desnaturalizamos, si vale la expresión administrativa, ciertos atributos especiales —desde luego, unas a modo de ruedas o esferas, que a mi ver no simbolizaban con acierto la astronomía o la navegación, y que hallaréis substituidas, en la sala vecina, por globos celestes o geográficos de construcción más correcta. Ello es todo o poco menos, dejando en sombra discreta algunos otros arreglos de pormenor. En todo caso, creo que bastaría el esplendor severo y abstracto de los estantes cargados de libros para caracterizar cumplidamente la mansión del espíritu, borrando de sus honradas paredes todo vestigio profano o recuerdo importuno.

Por lo demás, señores, en el cambio de afectación de una propiedad nacional todavía inocuada, no cabe asomo de desaire para unos ni de éxito personal para otros, estando muy a la vista que la superior resolución sólo ha consultado el bien común. Si alguna moraleja se extrajera de este episodio administrativo, no podría sino redundar por entero en alabanza del recto sentido

público. Confieso que poco me he dedicado al estudio de la excrecencia social que siquiera de este sitio ha sido extirpada, y me dicen rescata en gran parte lo discutible de sus medios con lo plausible de sus fines; ignoro, pues, si ella tiene aquí raíces más hondas que en otros países en formación, donde la vida fácil y la fortuna instable son el primer obstáculo para el ahorro. Llegado el caso de tratar este tema, creo que lo haría, valiéndome de mi situación neutral, sin exageraciones puritanas o farisaicas. Si todo juego interesado es un mal, siquiera económico, no parece dudoso que la forma aquí aludida sea la más benigna de todas. El peligro mayor del juego consiste en la fascinación que la lucha personal ejerce y pronto salva todo límite; su verdadera inmoralidad se funda en el placer propio extraído del dolor ajeno —y es con razón que cada lance suele llamarse un “golpe”. Me cuesta confesar que ambos elementos perniciosos faltan casi por completo (amén de todo fraude posible) en nuestro virus atenuado: por una parte, el jugador no tiene adversario; por la otra, una administración prudente gradúa y espacia las raciones, sabiendo que una indigestión posible perjudicaría por igual a la nodriza y a la criatura. Además, quedaría por averiguar, dada nuestra índole pecaminosa, si este vicio externo, que deja intacta a la persona, no es el derivativo de otros más funestos: v. gr. el alcoholismo, que anula al individuo, y cuya ausencia casi completa en nuestra clase obrera forma el accidente más notable de la demografía argentina. Sin duda, más valdría ser económico a par que sobrio; pero sí alguno de nuestros sagaces “estadígrafos” me demostrase que el artesano argentino arrebatara a la taberna las monedas que deja caer en el cepillo de la agencia, creo que me

faltaría convicción para condenarlo. En suma, seamos tolerantes con la flaqueza humana, diciéndonos que la ilusión aleatoria es a su modo una poesía, y que la rápida esperanza que consuela un instante de la realidad, representa la pizca de ensueño con que ha menester sazonarse la existencia más prosaica. Llamémosla, si queréis, una morfina del alma, pero sin olvidar que el hada adormecedora del dolor físico se torna inofensiva cuando es absorbida en dosis limitada e intermitente.

Ya veis, señores, cómo he expuesto las circunstancias atenuantes con una condescendencia que tal vez escandalice a los moralistas, muy poco amigos de ironías y juegos dialécticos. Pero me ha parecido que bien debíamos esta despedida cortés a nuestros solícitos aposentadores. Sienta, por otra parte, gastar con otros la indulgencia que no se necesita para sí. He encontrado, pues, cierto buen gusto en que la Biblioteca no extremase la severidad con la Lotería, tanto más cuanto que la tolerancia privada pone aquí de relieve el rigor ejemplar de la opinión pública. Sean cuales fueren los desfallecimientos individuales, existe una razón colectiva que a éstos se sobrepone para formular su juicio imperturbable. Y era en verdad una sentencia, el invencible desvío con que este pueblo miró alzarse lo que dio en apellidar “el palacio del juego”, y que halló después su expresión libertadora en el aplauso con que saludó espontáneamente el cambio de destino: sentencia dos veces significativa, por ser, probablemente, los que la pronunciaban fautores como hombres del expediente transitorio que como ciudadanos no querían ver convertido en institución, y no figurar quizá entre nuestros clientes asiduos los que así profesaban el respeto instintivo del

saber, base de toda prosperidad material y orgullo legítimo de las naciones fuertes. Semejante a esas eflorescencias del suelo, que revelan la riqueza oculta en las capas profundas, lo que en esta ocasión se remontaba a la superficie social era el *substratum* honrado y sano del alma argentina, que, desmintiendo felizmente pronósticos sombríos, permanece aun intacto por bajo de los contagios mórbidos que atacan su epidermis. Este fondo nacional, que se conmueve por lo bueno y lo justo, ya se trate de amparar una institución benéfica o de mantener incólume la herencia de los antepasados, es el recurso del presente y la reserva del porvenir. Allí se guarda intangible, aunque por momentos se creyere desvirtuado por la indolencia o roído por el escepticismo, el depósito sagrado de las glorias y tradiciones patrias; y de allí saldría, preparando sorpresas a los que sueñan tempranas decadencias, el sacudimiento eléctrico que, en el minuto supremo, yergue como un solo hombre a todo un pueblo ofendido. Todos lo hemos sentido en estos días, el estremecimiento presagioso: hasta nosotros, los extranjeros, que, como dice Byron, aunque viviendo entre vosotros sin ser del todo vuestros —*among them, but not of them*— participamos de vuestras alegrías como de vuestras inquietudes, y aun quizá más que otros los que, para quitarles toda insulsez, solemos dar a nuestras simpatías la forma poco grata de la crítica. Y yo, viejo estudiante pasivo, aunque me atengo al cumplimiento diario del deber, y atribuyo mayor virtud al régimen continuo que al arranque excepcional, me he acordado en estos días de aquel arco de Ulises que se nos muestra en la *Odisea*, polvoriento y flojo, relegado en el gineceo de Penélope, hasta que le

tiende al fin en un solo brazo el héroe resurgido, fijando en sus extremos la cuerda vibrante –*el nervio*, dice el texto homérico– que convierte el leño inerte en arma formidable contra los ultrajadores de su honra y de su hogar. Argentinos: el despertar es bueno, pero mejor aún el no dormirse cuando la hora es de vigilia, para tener siempre expedito y vibrante el nervio del arco vengador...

Señores: parece que no debiera tener otro objeto este discurso que resumir la historia de la secular institución cuya segunda etapa inauguramos, dejando que os hablara otra voz, más autorizada e imparcial que la mía, de su desarrollo y estado presente, ya que al obrero no le incumbe disertar sobre la obra. Pero, ha sido ya escrita esa reseña de la biblioteca por la biografía de los bibliotecarios: es precisamente el folleto que me he permitido ofrecer, como prenda de bienvenida –y compruebo que mi regalo modesto no ha sido del todo inoportuno, viendo cómo algunos de mis ingeniosos oyentes lo están esgrimiendo a guisa de abanico–. Si bien esta circunstancia aligera mi programa, que queda limitado a daros una idea de la función social de la biblioteca, y algo más proporcionado por tanto a la medida de mis fuerzas, temo, no obstante, que así reducido supere aún mis pobres recursos oratorios, pues quiere hoy la ley de los contrastes que haya de perorar ante vosotros, tan brillantemente dotados en general con el don de la palabra, quien no debe a la naturaleza sino el don del silencio. Os pido, pues, de todas veras, que me favorezcáis con vuestra generosa distracción, fingiendo interesaros, mientras hablo, en las páginas o las vistas del socorrido folleto, y aceptando el subterfugio inocente de que me he valido para salir del duro paso y captar vuestra benevolencia.

No necesito recordaros que la Biblioteca pública es la primogénita de las creaciones revolucionarias todavía subsistentes, siendo así que la *Gazeta*, también del año 10, distaba mucho de ser el primer periódico publicado en Buenos Aires –fuera de que el periódico, en el mejor de los casos, no es más que la acuñación diaria y hartado aleada del puro metal bibliográfico. Ostenta así la venerable institución los dos rasgos propios de toda nobleza legítima, esto es: el lustre y la antigüedad. En las páginas que tenéis a la vista, refiero las circunstancias memorables, por cierto más críticas y solemnes que las presentes, en que ella fue fundada por súbita iluminación del genio impulsivo que personifica el pensamiento y la acción de la primera Junta emancipadora. En el nuevo salón de lectura, que luego visitaréis, se inaugura también en este día el busto de mármol del fundador, esculpido por un artista argentino que nos da el ejemplo saludable de una vocación tenazmente seguida contra las sugerencias emolientes del medio social y la fortuna: obra intencionada y, en mi sentir, singularmente feliz, que amalgama por vez primera la doble exigencia realista e interpretativa, dejando que se transparente, bajo la blandura más o menos auténtica de los contornos físicos tradicionales, el alma tormentosa y febril del gran patricio.

Aquel ilustre Mariano Moreno, pues, cuyo nombre y recuerdo llenan con justicia este recinto, tiene la gloria de haber plantado en esta tierra el primer jalón definitivo de la vía futura; y así por su aspereza dominadora como por la eficacia de su violencia benéfica, su figura evoca la más reciente de otro rudo plasmador de muchedumbres que logró completar la órbita de su

destino, a diferencia del malogrado precursor que vio la suya interrumpida en su comienzo, y sólo tuvo una hora para improvisar a la civilización amenazada un refugio precario. Ambos se asemejan por esta suerte de presbicia intelectual que ofusca la visión de los objetos cercanos, logrando en cambio penetrar con maravillosa perspicacia en el misterio de las lejanas perspectivas. Ni uno ni otro se fijaban en lo inaplicable de su obra a la hora presente, mucho menos en la escasa adecuación de sus detalles al grupo social rudimentario: bastábales la convicción instintiva de su eficacia absoluta en lo futuro para convertir a ella el esfuerzo colosal de su energía, abriendo en la arena o la roca el hondo surco que, aun repleto de semilla, no podía por entonces ser fecundo, pero que algún día, según su oscuro e infalible presentimiento, había de brotar mieses copiosas. Así, Moreno y Sarmiento gastaron, en su concepto abrupto y total, la misma desmesura, que implica el desdén del éxito inmediato —y todo ello se explica con decir que tenían genio—. El genio es extraordinario, así por su esencia como por su manifestación imprevista y fenomenal: por eso la sabia naturaleza no prodiga esos monstruos por exceso, a quienes no podrían las naciones acompañar en su carrera frenética, limitándose a suscitarlos como guías providenciales en las encrucijadas tenebrosas de su historia. Otro carácter del genio, correlativo de su violencia elemental, es la sencillez de los medios con que persigue la realización de un solo fin. En tanto que nosotros, gente mediana y precavida, perdemos tiempo en calcular detalles y distinguir matices, aquellos desbastadores robustos prodigan el mismo gesto, infatigablemente repetido, con la monotonía de toda fuerza

absoluta. Puede lo complejo de un organismo nacional, aun embrionario, y el concurso inevitable de parecidos colaboradores, establecer cierta analogía aparente entre la múltiple tarea gubernativa de un verdadero estadista, como Rivadavia o Avellaneda, y la de los grandes instintivos que vengo evocando; en realidad la diferencia es profunda e irreducible: sólo aquéllos administran con mano propia y vigilancia incansable, en tanto que los otros, sonámbulos sublimes, ajenos de las mismas providencias que a diario subscriben, concentran su acción personal en el impulso de la masa popular, por entre obstáculos y acaso despeñaderos, hacia el rumbo fijo que fascina su mirada. Mientras el saber, la prudencia, el talento, dispersan en todas direcciones su generoso afán, el genio despótico hace suyo el lema eterno de los precursores y no admite otro: *porro unum est necessarium*, sólo una cosa es necesaria.

Puede afirmarse, en verdad, que Moreno y Sarmiento —el uno, en su escape meteórico de seis meses, el otro, en su atlética lucha de cincuenta años— sólo sufrieron la “obsesión” tenaz de una sola y misma idea: la de civilizar a su pueblo; y esto, más que por la incorporación en bloque de industrias y brazos europeos, que fue la panacea de otros, por la cultura y el desarrollo de los elementos nativos. Con medio siglo de intervalo, el problema vital se formuló, para uno y otro, igualmente imperioso si no igualmente insoluble. ¿Cómo fundar democracias sudamericanas, vale decir, organismos políticos de gobernantes y gobernados conscientes de sus derechos y respetuosos de sus deberes, con muchedumbres campestres, seminómades y fluctuantes en el desierto apenas salpicado de aldeas







Paul Groussac en el discurso de inauguración

pobres, incomunicadas, desarticuladas, y cuya casta dirigente era en su mayoría un producto híbrido del indigenado servil y la conquista colonial? La inmediata solución por ellos discurrida tenía que ser al pronto utópica, pero siquiera el instinto genial apuntó a la única utopía que entrañaba una virtud soberana e incorruptible para lo futuro. Moreno y Sarmiento acudieron al libro luminoso y emancipador *—liber liberat—* y, si bien con ardor prematuro para su tiempo el primero, y con profusión para todo tiempo excesiva el segundo, almacenaron en la biblioteca y la escuela la semilla evangélica, para que de allí se derramase por campos y heredades ¡tan poco preparados a recibirla! Aunque pródiga e inconsulta, bendigamos, con todo, aquella cruzada civilizadora de Sarmiento, que se extendió a los confines del territorio y dio frutos parciales que el tiempo propaga más y más. En cuanto a la obra de Moreno, puede decirse que resume y simboliza el mismo desarrollo, ya desmedrado, ya robusto, de la civilización argentina, desde el día en que el antiguo caserón de las Temporalidades recogía las reliquias del saber colonial salvadas de la tormenta revolucionaria, hasta la época reciente en que la misma evolución del país convirtió en centro nacional la institución metropolitana, juntando indisolublemente, así en lo material como en lo histórico, las iniciativas de los dos héroes civiles.

La Biblioteca pública de Buenos Aires tiene, pues, el privilegio significativo de reflejar, en su lento y contrariado desarrollo de casi un siglo, el éxodo lamentable del mismo pueblo de mayo en su errabunda peregrinación por el desierto del extravío hasta pisar la tierra de promisión. Apenas desaparecido su “protector” —que tal era el título oficial

de Moreno— se detenía poco a poco el movimiento inicial durante los años de agitación y anarquía; un marcado repunte progresivo señala, naturalmente, la influencia de Rivadavia, para luego interrumpirse bajo la dictadura y sólo reanimarse un tanto, aunque todavía sin gran impulso, con los albores del régimen constitucional. Parece que debiera el resurgimiento político coincidir con un progreso paralelo de la Biblioteca; pero la misma dualidad orgánica de que era presa Buenos Aires se transmitía a esta institución, entorpeciendo su crecimiento nacional por destino manifiesto, se mantenía aún propiedad provincial; y el empuje civilizador de Sarmiento podía sentir en todas partes, menos en la creación predilecta de Moreno. El año 80 hizo cesar esta situación equívoca, al par que otras muchas; y la Biblioteca nacional, si bien condenada todavía por muchos años a vegetar en su casucha primitiva, comenzó a evolucionar siquiera en su estructura bibliográfica, resolviendo durante el último quindenio el problema propiamente chino de triplicar su contenido sin ensanchar su continente.

Muchas de las personas que me escuchan han conocido los cuartos estrechos y macizos en que se hacinaban, desde 1810, los elementos antiguos y nuevos de nuestro caudal bibliográfico. Los infelices lectores tenían que luchar, las más de las horas, con las condiciones deplorables del aire y de la luz, que si escaseaba cuando era natural, se volvía, cuando artificial, a la vez escasa y nociva. Hoy, que estrenamos, lectores y empleados, un verdadero palacio, puedo afirmar a los que con justicia se quejaban, que el trabajador más asiduo de la antigua biblioteca era también el peor acomodado en su despacho claus-

tral, horno en verano, si en invierno ventisquero, pero malsano en toda estación. Y con todo, no he podido abandonarla sin una impresión de tristeza, aquella celda oscura, donde entré joven y de dónde salgo viejo, dejándola como impregnada de mi espíritu: allí he vivido, estudiado, escrito lo poco que de mí quedará. Sin duda, este conjunto de cien mil volúmenes, explorado en gran parte durante el gran espacio de la vida humana que lamenta Tácito, y cuyos sitios particulares hallábamos por el tiento, representaría un pobre caudal, comparado con algunos tesoros bibliográficos de Europa y los Estados Unidos; y, con todo, para quien se atiene a la substancia, no a las apariencias de los productos intelectuales, y sabe que entre cien obras de ciencia, historia o filosofía, hay noventa y tantas refundidas en las restantes: ¡cuánta riqueza pensante allí encerrada! Y, como en el cuarto de Margarita, ¡cuánta abundancia en esta mezquindad! *In dieser Armuth welche Fülle!* Por mi parte sé decir que, sea cual fuere la variedad especulativa a que me condujera mi curiosidad insaciable de ermitaño, casi siempre he hallado en nuestros estantes lo que buscara, si bien con gran esfuerzo y labor, algunas veces. Pero comprendo que no ocurra lo propio con ciertas investigaciones especiales, y tampoco puede exigirse de un transeúnte que conozca como el habitante los recovecos de la casa. Confesemos nuestra indigencia —sobre todo ahora, que la vemos en víspera de aliviarse—: es la verdad que somos pobrísimo. Seguramente que una librería particular de estas proporciones parecería excesiva hasta lo ridículo, siendo así que el lector más voraz, que malgastase en la vana tarea diez horas al día durante cincuenta años, sólo alcanzaría a absorber (no digo a

digerir) unos 15.000 tomos de regular tamaño (lo que se imprime anualmente en Alemania o Francia); empero, no es menos cierto que una biblioteca pública del caudal nuestro, sea cual fuere la calidad de sus elementos, representa un depósito intelectual harto insuficiente para una capital civilizada de 800.000 habitantes. Una biblioteca pública, abierta para todas las categorías sociales, debe tener evidentemente un carácter general; ahora bien, según la clasificación decimal de Dewey, que es una de las menos complejas, nuestro fondo bibliográfico habría de subdividirse en cien secciones, cada una de las cuales, suponiéndolas parejas, sólo comprendería mil volúmenes. Es una ración de hambre que haría sonreír a cualquier profesional, cuya librería privada está por cierto mejor provista. Nos encontramos en el caso de aquellos aficionados “enciclopédicos”, que aparecen formidables en todas materias, con excepción de la que se trae a examen especial. Y siendo natural que el investigador repare mucho menos en lo que la biblioteca tiene que en lo que le falta, compréndese cuan desastrosa sea a la larga la impresión general que tantas deficiencias producen. Éstas, felizmente, se atenúan un tanto, merced al enriquecimiento paulatino de las secciones más urgentes; con todo, no dejan de ser frecuentísimas, y no es discutible que, a despecho de sus valiosísimas colecciones periódicas, nuestro fondo bibliográfico constituye todavía un instrumento de trabajo defectuoso e insuficiente. Esto me conduce a examinar brevemente (pues, señores, no estáis aquí únicamente para divertiros, y con pesar vuestro habréis de sacar alguna utilidad de esta visita a una casa de estudio) qué requisitos principales ha de cumplir una biblioteca

pública: en otros términos, cuál debe ser, en los tiempos presentes, la función de tan importante órgano social.

El requisito más inmediato, y que apenas merece detenernos, es el que el mismo nombre de la institución indica: una biblioteca nacional debe ser el receptáculo de todo lo que se imprima en el país, sin atender al tamaño ni al mérito de las producciones. Esto se consigue en todas partes, y sólo puede conseguirse, por el depósito legal, o sea por la obligación de remitir el editor uno o varios ejemplares de cualquier impreso. Confío en que tan vital necesidad será prontamente llenada, merced al excelente proyecto que el señor ministro de Instrucción Pública tiene presentado a la sanción legislativa. Fuera de no ser justo que el Estado adquiriera por vía de compra la obra que se acoge a la protección de la ley, esta adquisición no puede realizarse con regularidad y prontitud para los mismos impresos de la capital ¡cuánto menos para los del interior de la República! Es, pues, medida racional y ajustada al común beneficio la que por tantos años he reclamado y espero ver realizada el año próximo.

Otro objeto no menos obvio de la institución es el de suministrar a profesionales y estudiantes las obras de consulta, así de ciencias y derecho como de historia y letras, que sus trabajos requieren, y entre éstas, precisamente, las más valiosas y poco accesibles a los particulares, como son las grandes colecciones clásicas y periódicas. Á este respecto, lo repito, nuestra Biblioteca Nacional ocupa el primer puesto en la América latina. Poseemos en verdad pocos tesoros bibliográficos: manuscritos antiguos o incunables de gran precio y rareza (si bien algunos valiosísimos), como que nuestra institución, democrática por su origen y destino,

ha nacido del pueblo y desarrollándose para el pueblo: bajo este aspecto suntuario hacemos pobre figura al lado, verbigracia, de los imperiales escaparates brasileños; pero, de diez años a esta parte, hemos formado colecciones de revistas y anales que constituyen un taller intelectual superior, fuera de ciertas especialidades locales, a muchos europeos y norteamericanos. En lo que sí tenemos que confesar una indigencia doblemente lastimosa, es en la sección de historia americana, cuyo enriquecimiento es tanto más laborioso cuanto que muchos de sus elementos no se hallan en el comercio de librería: sólo podemos buscar el remedio o el paliativo de este mal en la adquisición de colecciones particulares, que ya comienza a realizarse por la munificencia del Honorable Congreso.

Empero, el ideal más alto de una biblioteca nacional consiste en ser, aun antes que un depósito de impresos caseros y un instrumento de labor práctica, un templo del espíritu, un lugar de meditación y estudio, una fuente de cultura desinteresada: desempeña, en una palabra, una misión inspiradora y representativa, con prescindencia —por más que lo contrario sea deseable— del corto número de lectores que por esta causa concurren. Por cierto que la cantidad es un factor apreciable, pero la calidad es lo que suministra el indicio importante; y la calidad del lector se induce, no de su traje ni de su condición social, sino de las obras que estudia. Durante mis estancias en las dos grandes bibliotecas de los Estados Unidos, que son o eran entonces casi equivalentes por su caudal numérico (600.000 tomos en Washington, 560.000 en Boston), preocupábame, acaso más que los libros consultados, el funcionamiento de aquellos organismos bibliográficos: los tengo

descriptos en mi libro de viaje. Dicho está que el grupo de lectores era mayor en Boston que en la capital federal; pero más significativa aún la composición general de los estantes: mientras que en ésta las estadísticas ostentaban mayorías enormes de consultas oficiales y periodísticas, en el Massachusets predominaba el vegetalismo novelesco y pedagógico. Cierzo es que ni en una ni en otra parte se gastaban mucho las obras de ciencia pura, de filosofía o literatura clásica, fuera de la inglesa. Pero estaban en Boston casi todas las que faltaban en Washington, y ello caracteriza las dos poblaciones. Puede, pues, que la concurrencia popular no se alimente con la médula de león de la ciencia y el arte, pero el hecho de existir en los armarios las obras maestras, es un primer factor de civilización que indica la presencia de un grupo capaz de apreciarlas, y muestra que tarde o temprano germinará la semilla allí depositada.

Un austero pensador, que no tenía el don del estilo ni de las fórmulas lapidarias, ha emitido la siguiente, que es bella al par que profunda: “la humanidad se compone de los muertos, más que de los vivos”. La gran palabra de Augusto Comte contiene la más alta definición de una biblioteca. A manera de esas fórmulas algebraicas, que el autor manejaba con más agilidad que las sutilezas de la forma literaria, y que condensan en sus términos abstractos el desarrollo virtual de una curva infinita, la proposición del padre del positivismo, tan vasta en su concisión, significa que las generaciones presentes, sea cual fuere su modo de existencia, se alimentan intelectualmente con la substancia, el verbo y el espíritu de las generaciones pasadas, los cuales se transmiten, más o menos íntegros y eficaces, en los monumentos que nos han legado. La civili-

zación actual, en cualquier punto de su evolución, es la suma de las civilizaciones antecedentes. Ahora bien: entre todos los monumentos de otras edades, el más irrecusable y significativo es precisamente el que, merced al invento de Gutenberg, se renueva y multiplica imponderablemente, al modo de aquellos cinco panes milagrosos de Betsaida, que alimentaron a una muchedumbre y sobraron tan enteros como antes. En pocos siglos más se habrán pulverizado *–etiam periere ruinae–* los últimos escombros griegos y romanos; de los admirables cuadros del Renacimiento solo quedarán copias imperfectas, reduciéndose los irremplazables originales a unas cuantas escamas grietadas y negruzcas sobre una trama roída por la vetustez: todas las obras materiales de los hombres nacen efímeras y prometidas a la invencible destrucción –al polvo originario de donde surgieron un instante bajo el soplo del genio–. Sólo el libro es inmortal, así en la integridad de su letra como en la esencia de su espíritu, y de ahí que sea el documento por excelencia, esto es, la cosa que enseña: *documenta exempla docendi*, como dice el viejo Varrón. Él nos presenta el sedimento treinta veces secular de la civilización humana en su forma más íntima e irrefragable: el testimonio auténtico de lo que creyeron, sintieron, obraron nuestros antepasados; sus dolorosos esfuerzos progresivos para dominar y conquistar las fuerzas misteriosas de la naturaleza; su concepto del universo, que sale de la interpretación cercana e imaginativa común a todas las cosmogonías, para rematar provisionalmente, al través de mil tropiezos y caídas, en la hipótesis total de un Kant o un Laplace, cuando no en el frío agnosticismo que cierra los ojos para suprimir el enigma, no

contentándose con levantar una punta del velo de la Isis eterna que ningún ojo mortal contemplara desnuda.

Un doble sentimiento se apodera insensiblemente del que, como yo, por oficio e inclinación, no se cansa de recorrer estas galerías donde se estrechan en hileras, como en los columbarios de las antiguas necrópolis, los trofeos y despojos del humano espíritu. Por una parte se medita, como el viejo Fausto en su laboratorio, sobre lo inane de tanto esfuerzo malogrado: ciencias balbucientes, filosofías caducas y substituídas, legislaciones derogadas, historias conjeturales o deformadas por la pasión –irisadas burbujas de jabón que reflejaron un instante la ilusión de la mente. Pero muy luego reacciona el Fausto adorador de la belleza antigua, para proclamar la relativa eternidad del genio. Sí, en la ciencia como en el arte, la suprema grandeza es inmortal. Nada puede nacer sobre la tierra, en las condiciones en que por ahora concebimos la civilización, que reemplace y anule las concepciones sublimes de Homero o Aristóteles, de Dante o Galileo, de Pascal o Shakespear. Y no se crea que aquellos colosos signifiquen meras personificaciones de la belleza científica o literaria: son en toda verdad sus representantes actuales e inamovibles –y cualquiera biblioteca, que en un rincón del mundo antiguo o nuevo se edifique, no sólo ostentará, como la nuestra, sus nombres o sus efigies simbólicas, sino que colocará en el sitio de honor de sus armarios, sus obras cien veces reproducidas y sin tregua consultadas por millones de admiradores.

Con todo, y sin desconocer la obligación moral, para cualquier nación civilizada, de mantener encendido el culto del espíritu puro, podrían algunos sociólogos de nuevo cuño, en esto mucho

más “prácticos” que los millonarios de Chicago o Nueva York, opinar que aquellas especulaciones teóricas de la mente son mucho menos actuales que las suyas, teniendo sólo las bibliotecas y museos una vaga influencia ilustrativa y platónica; –algo así como el resplandor reflejado de la luna o el propio pero lejano de las estrellas, que brillan en la noche sin convertirse en fuentes de energía y calor. Esta función, desde luego, no sería desestimable, y la vibración luminosa que hace soñar al poeta y meditar al filósofo, tiene aplicación tan práctica como la de fijar jalones infalibles en las rutas del océano. Pero aquí es el lugar de desvanecer completamente una preocupación funesta, que procede de una vista estrecha de las cosas y de su interpretación errónea. El espectáculo del mundo enseña elocuentemente, a los que tienen ojos para ver, que una misma constelación de naciones es la que derrama sobre las otras la luz y el calor: la que alimenta con igual tesón sus focos de ciencia y sus fuentes de energía, como que una y otra son de naturaleza idéntica. Las naciones que saben son las que producen: las que tienen artistas originales, filósofos profundos, literatos de biblioteca y sabios de laboratorio, son también las que inundan los mercados del universo con sus artefactos, sin que formen excepción a la regla los Estados Unidos de Longfellow y Emerson, de Edison y Motley. Y la razón es obvia, señores, –tan evidente que no merece discutirse. Todo progreso material arranca del espíritu: la industria, la agricultura, el comercio, la navegación –la misma guerra– son ciencia pura, pues, como lo ha demostrado admirablemente Pasteur, no hay ciencias aplicadas sino aplicaciones diversas de la ciencia. La momentánea superioridad económica

o militar de un pueblo moderno, entre los tres o cuatro que ahora se disputan la hegemonía, depende de un invento feliz, es decir del cálculo de un sabio que, desde su cuarto de estudio, transforma la producción, los transportes, el armamento, mueve brazos y capitales, ejércitos de trabajadores o de soldados, esparciendo el bienestar o la ruina entre millones de familias. Ahora bien: tales descubrimientos no son fortuitos, sino en cuanto al momento y a la persona; por lo demás, salvo excepciones, sólo se producen allí donde los persiguen infatigablemente legiones de investigadores, como que son la consecuencia lógica de mil esfuerzos colectivos y concurrentes. Y estos hábitos de fuerte disciplina y tensión mental, no menos eficaces en el arte que en la ciencia, explican también cómo la misma patria de los matemáticos, químicos, naturalistas o filólogos, lo es también de los escritores y artistas, —al propio modo que una misma virtud del suelo fecundo y de la atmósfera propicia es la que hace brotar las flores y las mieses.

En cuanto a estos pueblos nuevos, hasta ahora simples consumidores de civilización, deben apercibirse ya para la lucha con armas iguales. El presente malestar económico, que persistimos en tener por una crisis pasajera, aunque cuente varios años y no tenga visos de declinar, importa simplemente el término de la infancia y la entrada en el período adulto del trabajo y del combate vital. La venta de los productos naturales, la ocupación pastoril del suelo ilimitado, son condiciones sociológicas primitivas, que no bastan para el sostén y desarrollo de una nación moderna, todavía diminuta y pobre, pero que se ha creado las necesidades y los costumbres de las más ricas. Esta misma monstruosidad teratológica de una capital

de 800.000 habitantes, que no siembran ni esquilan, revela la anomalía de nuestra estructura presente. No ya como una conveniencia discutible, sino como una necesidad imperiosa y urgente, debemos acometer la elaboración industrial, que triplica el valor de la materia prima, al modo que los pisos sobrepuestos multiplican el valor del terreno edificado. Pero el trabajo nacional, para no tornarse precario y gravoso a la nación misma, tiene que desarrollarse en condición de sostener la lucha con las industrias congéneres del mundo. Es posible que por ahora convenga proteger algunas manufacturas lánguidas, aunque viables; pero este fomento artificial sólo debe ser temporario, —y a este respecto no es para nosotros un buen ejemplo el de los Estados Unidos, depósito inagotable que todo lo provee con su propia substancia e inmenso mercado de consumo para la elaboración doméstica. En el terreno económico, es donde se ha realizado la igualdad soñada por los utopistas; la rapidez de los transportes ha convertido el universo en un sistema de vasos comunicantes que mantiene en todas partes el mismo nivel. No hay sentimiento patriótico que haga comprar al consumidor un producto nacional más caro que el similar extranjero; y ésta es la hora en que Inglaterra, madre y madrastra, de naciones, se ve impotente para luchar, en sus propias colonias, contra el artículo norteamericano o alemán.

Tenemos, pues, que trabajar como todos trabajan, y aceptar, desde luego, la lucha por la vida en el terreno por otros elegido y que no podemos cambiar. Ahora bien: declaro que desconocen las condiciones del problema los que piensan que basta adiestrar capataces y obreros, que apliquen maquinalmente



los métodos extraños y prolonguen eternamente el actual sistema de importaciones y remedos. El único progreso eficaz descansa en el perfeccionamiento de lo que existe, y este perfeccionamiento nadie lo realiza tan bien como el que lo ha ideado; brazos y cerebros son solidarios; los que siembran son los que cosechan; y no recuerdo guerra moderna en que los pueblos que compran su armamento hayan vencido a los que lo fabrican. Si queremos, pues, conseguir hombres de campo y de taller, buenos soldados para cualquiera guerra, empecemos por tener hombres de laboratorio y biblioteca; formemos en estos verdaderos gimnasios intelectuales de la edad adulta, por el estudio sincero y el esfuerzo original, al grupo dirigente e iniciador, al cuerpo de jefes que gana las batallas.

He concluido, señores; y, al agradeceros la paciencia con que habéis escuchado esta larga homilía, os pido disculpa por su escasa amenidad, que sería de veras imperdonable si estuviéramos inaugurando un gabinete de lectura. Espero que será esta casa algo más, merced a vuestra influencia poderosa y al concurso indispensable que hasta ahora no nos ha faltado. Fomentemos el estudio desinteresado, que es una escuela de virtud, como que entraña el sacrificio voluntario de muchas satisfacciones sensuales, y en el esfuerzo solitario de la mente hay siempre un acto de abnegación. Los trabajadores intelectuales, sea cual fuere el éxito de nuestra labor, hacemos voto de pobreza: somos la tribu de Leví, que sólo vivía del culto y quedó excluida en el reparto de Canaán. Suelo decirle a los jóvenes que me consultan acerca de esta vocación franciscana: el programa del hombre que vive para pensar, sobre todo en estas sociedades embrionarias y entregadas al

afán material, comprende desde luego la abstinencia del placer y el olvido del aplauso frívolo, que la opinión vulgar sólo tributa al que se le parece; quien se preocupa de lo que pasa no es digno de lo que dura, y el desdén del éxito es el principio de la sabiduría. No se me oculta que tal renunciamiento al reino de este mundo sería una pésima regla de conducta para la mayoría social, pero es indispensable en cualquiera nación esta minoría que no hila ni teje y, según la palabra del Evangelio, es la sal de la tierra. Por otra parte, la senda estrecha es la menos expuesta a la obstrucción. Este pequeño núcleo anti-séptico, si toleráis el adjetivo, intentaré agruparlo en este mismo sitio, dentro de algunos meses: no espero, ni acaso deseo, que sea numeroso: me bastará que corresponda al racimo de justos de los rescates bíblicos. Confío en que algo útil haremos aunando nuestras buenas voluntades, sobre todo si no me faltan las fuerzas y el agotamiento presente no es definitivo. Soy, como veis, un soñador incorregible; creo que he salvado para siempre el escollo que amenaza al hombre en el umbral de la vejez, y es el escepticismo desencantado que impele a los que vuelven del viaje a contar sus decepciones a los que van. Es una debilidad que esteriliza la experiencia. Sin duda, a nuestra edad, la vida es un vagar por un bosque de otoño: yacen por el suelo los antes verdes y sonoros follajes, y esta alfombra descolorida que hoy pisamos era ayer la bóveda sombría que cobijaba nuestros ensueños. Pero ¿a qué rastrear en la tierra las sendas ya borradas y llenas de hojas secas? Caminemos con los ojos fijos hacia arriba, allá donde resplandece ahora más claro, por entre la red tenue del ramaje desnudo, el nítido cielo azul, patria divina de las almas para el creyente, infinito semi-

llero de mundos para el incrédulo, pero, para uno y otro, región inmutable de lo absoluto que nos incita a meditar sobre nuestra mudanza y pequeñez, y, con la contemplación de lo eterno, distrae nuestro cuidado de lo efímero.

Sometámonos a las leyes naturales, como quiera que no piden nuestra aquiescencia para cumplirse. Aceptemos sin murmurar nuestro destino, aun despojado de toda perspectiva de ultratumba—hasta de aquella *fata Morgana*, de la gloria cuya ilusión sublime consolara a los genios y los mártires. El antiguo incentivo de una supervivencia nominal se torna más y más una quimera; y nuestras apoteosis de diario, acuñadas en plomo que luego se refunde, representan el vellón paródico de la inmortalidad. No se reconstruirá el Panteón de Agripa. En adelante, la marcha colectiva de la humanidad, huérfana de semidioses y héroes, remedará más y más el movimiento solidario de no sé qué *trust* monstruoso y absorbedor del accidente individual. Los filósofos modernos, que miran en la heterogeneidad creciente la misma ley del progreso, se han inmovilizado en el punto medio de la evolu-

ción, como los químicos que todavía descubren cuerpos nuevos: unos y otros edifican ciencia provisional; la definitiva será la síntesis que reduzca todas las variedades a la unidad. El hombre futuro, molécula consciente adherida por un día a una masa inconsciente, sólo podrá perpetuarse impersonalmente, incorporando a la obra perdurable de la civilización su esfuerzo pasajero y oscuro. A este edificio milenario y nunca terminado, cada generación agrega su hilera de piedras, primorosamente esculpidas y firmadas algunas, vulgares y anónimas las más, pero unas y otras indistinguibles a tal altura para la muchedumbre que, desde el suelo, discierne apenas las más cercanas a la base. Bástenos, pues, saber, escultores o canteros, que el sillar por nosotros allegado al monumento participa de su relativa eternidad, para que podamos también decir: *non omnis moriar*—y no sea esta esperanza suprema una suprema ilusión.

Señoras y señores: sed bien venidos en esta casa que con vuestra presencia se llena hoy de flores y música, y que desde mañana será un refugio de silencio y estudio.

(\*) La inauguración de la nueva Biblioteca Nacional se realizó el 27 de diciembre de 1901. Al acto oficial, que se efectuó en el anfiteatro de conferencias del establecimiento y revistió gran solemnidad, asistieron el señor Presidente de la República, teniente general don Julio A. Roca, el señor ministro de Instrucción Pública, doctor don Juan E. Serú, el cuerpo diplomático extranjero, varios miembros del Congreso, altos funcionarios, representantes de la prensa y numerosas familias especialmente invitadas. El elegante y espacioso local, que reúne todas las condiciones de higiene y comodidad apetecibles, será objeto de una noticia descriptiva que oportunamente verá la luz pública; me limito, por ahora, a reproducir el discurso que pronuncié, como director de la Biblioteca, al entregarla al Excmo. Gobierno de la Nación. Complemento natural de esta reproducción hubiera sido la de la notable alocución que, en respuesta a la mía, leyó el señor ministro; y, como yo, sentirán sin duda su ausencia los muchos oyentes que aplaudieron sus conceptos elevados y elocuentes. Me cumple declarar que, de palabra y por escrito, he reiterado vanamente mis tentativas para conseguir el manuscrito: todas mis instancias se han estrellado en una resolución irrevocable. El señor ministro Serú, creo que mal inspirado en este caso por su excesiva modestia, ha considerado que, de sus acertadas miras y plausibles propósitos acerca de la institución, no debían quedar otros vestigios que los ecos de su palabra en nuestra memoria. En lo que a mí atañe, séame permitido agregar—ya que a la hora en que estas líneas se publiquen habrá dejado de ser mi superior jerárquico— que al recuerdo de su alto concurso quedará unido en mi gratitud el de su aprobación alentadora y constante benevolencia. Aunque este discurso hallará cabida natural en el tomo de los *Anales de la Biblioteca*, próximo a salir a luz, me ha parecido conveniente anticipar su publicación por separado, para satisfacer el deseo de algunas personas que no asistieron a la inauguración y no reciben los *Anales*.

## Papeles al día

Cartas, decretos, sentencias, actos administrativos, avisos, artículos periodísticos y reportajes; todas formas diversas en las que puede considerarse la historia de la Biblioteca Nacional. Entre esos papeles viejos, seleccionamos algunos que resultan significativos para aprehender la densidad de una institución compleja y cargada de sentidos. Una historización hecha con documentos poco frecuentes, como si se tratase de imágenes instantáneas que sobrevuelan su pasado.

Las proyecciones vibrantes de Moreno, las resoluciones drásticas de la Primera Junta de Gobierno, la imaginación borgeana, la ironía de John William Cooke, la discusión sobre la propia fundación de la Biblioteca, la toma del edificio presidido por Groussac por parte de los insurgentes radicales, las donaciones, hechas en dinero o en bibliotecas como la de Manuel Belgrano y José Luis Chorroarín, forman parte del arcón de hechos que atesora una institución a la que suele pensársela tranquila, pero que no fue ajena a la exaltada historia política argentina.

## EDUCACION.

Los pueblos compran á precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos: asustadas las Musas con el horror de los combates huyen á regiones mas tranquilas, é insensibles los hombres á todq lo que no sea desolacion y estrépito, descuidan aquellos establecimientos, que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias, y de las artes. Si el Magistrado no empeña su poder y su zelo en precaver el funesto término á que progresivamente conduce tan peligroso estado, á la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonor la memoria de las grandes acciones de sus padres.

Buenos Ayres se halla amenazado de tan terrible suerte; y quatro años de glorias han minado sordamente la ilustracion y virtudes que las produxeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de S. Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron á gustar una libertad tanto mas peligrosa, quanto mas agradable; y atraidos por el brillo de las armas, que habian producido nuestras glorias, quisieron ser militares, ántes de prepararse á ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podia esperarse la educacion de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, ó mas bien su política destructora, que miraba como un mal de peligrosas consecuencias la ilustracion de este pueblo.

La Junta se vé reducida á la triste necesidad de criarlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dexan todo el tiempo que deseára consagrar á tan importante objeto, llamará en su socorro á los hombres sábios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios adeqüado á nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algun dia hombres, que sean el honor y gloria de su patria.

Entretanto que se organiza esta obra, cuyo progreso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la Junta formar

Encendido escrito de Mariano Moreno, aparecido bajo el título "Educación" en la *Gazeta de Buenos Ayres* del 13 de septiembre de 1810. Considerado el texto fundacional de la entonces Biblioteca Pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional.

una Biblioteca pública, en que se facilite á los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos. Las utilidades consiguientes á una Biblioteca pública son tan notorias, que sería escusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros atrae á los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita á los que no han nacido con positiva resistencia á las letras, y la concurrencia de los sábios con los que desean serlo produce una manifestacion reciproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusion, y se afirman con el registro de los libros, que están á mano para dirimir las disputas.

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos tiempos las Bibliotecas públicas, como uno de los signos de la ilustracion de los pueblos, y el medio mas seguro para su conservacion y fomento. Repútese enhorabuena un rasgo de loca vanidad la numerosa Biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Soter, y la nueva coleccion del templo de Sérapis, no se destinaron tanto á la ilustracion de aquellos pueblos, quanto á ser una demostracion magnifica del poder y sabiduría de los Reyes, que los habian reunido. Así los fines de esta numerosa coleccion correspondieron á el espíritu, que le habia dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alexandría con los libros, que habian escapado del primer incendio ocasionado por Cesar, y el fuego disipó ese monumento de vanidad de que los pueblos no habian sacado ningun provecho.

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron, y lograron frutos muy diferentes de sus Bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustracion, eran la verdadera escuela de los conocimientos, que tanto distinguieron á aquella nacion célebre, y las que son hoy dia tan comunes en los pueblos cultos de Europa, son miradas como el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo.

Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio á una obra, que crecerá en proporcion del sucesivo engrandecimiento de este pueblo. La Junta ha resuelto fomentar este

236

establecimiento, y esperando que los buenos patriotas propenderán á que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una subscripcion patriótica, para los gastos de Estantes y demas costos inevitables, la qual se recibirá en la Secretaría de gobierno; nombrando desde ahora por Bibliotécarios á el Dr. D. Saturnino Segurola, y á el Reverendo P. Fr. Cayetano Rodriguez, que se han prestado gustosos á dar esta nueva prueba de su patriotismo, y amor á el bien público; y nombra igualmente por Protector de dicha Biblioteca á el Secretario de Gobierno Dr. D. Mariano Moreno, confiriéndole todas las facultades para presidir á dicho establecimiento, y entender en todos los incidentes, que ofreciese.

Las últimas ocurrencias derivadas de la conducta del capitán Elliot, tienen en espectacion á este Pueblo. Los estrechos limites de la gazeta impiden comunicar desde ahora la substancia y resultado de estas contextaciones: en la siguiente gazeta se publicarán con la debida extencion; y por ahora se manifiesta solamente el oficio con que la Junta trató de precaver el actual estado de tan peligrosa discusion.

*Oficio de la Junta á el Capitan Elliot.*

La insurreccion de Montevideo se ha avanzado á un termino tan escandaloso, que haciendose insoportable á el decoro de este gobierno, y á los interéses del comercio ingles, cree la Junta llegado el caso, de que V. S. haga alguna demostracion propia del caracter, que exerce en estas regiones, y debida á la proteccion que la Gran Bretaña dispensa á los Pueblos del Rey Fernando, que sostienen con energia sus derechos.

Las satisfacciones, que ha recibido esta Junta del Ministro de S. M. B. residente en el Brasil, prueban una entera conformidad entre los principios de su instalacion y las intenciones del gobierno ingles; el ventajoso concepto que han publicado los oficiales y comerciantes ingleses testigos de nuestra conducta, las demostraciones y pruebas mas deci-



11  
 á las formas y p[er]iódica comunes de todas las naciones, y absolutamente  
 opuesto á los usos establecidos entre estados amigos.  
 Vuesto á decir que V. E. se sirva dispensar la brevedad de esta con-  
 sideracion, atendiendo que es ocasionada de mis deseos de apreciar la  
 costacion, aunque en una forma imperfecta á sus últimos oficios.—  
 Tengo el honor de ser, Excmo. Sr., su mas atento y seguro servidor.—  
 Strongford.—Rio de Janeiro 1 de octubre de 1810.—Excmo. Sec. de  
 la Junta Gubernativa de la capital y provincias del Rio de la Plata de  
 Buenos Ayres.

Carta de los Conocientes ingleses residentes en esta ciudad  
 á el Protector de la Biblioteca.

Buenos Ayres primero de Octubre de 1810.—Estimado Sr., y de  
 nuestro mas alto aprecio.—Observamos con gusto y admiracion quan-  
 to se empeña la Excmo. Junta en estimular la juventud de esta ilustre  
 ciudad, á entrar con zelo en el glorioso camino de las artes y estu-  
 dios liberales, y á buscar en él con teson aquellos nobles conociemien-  
 tos, que sealan al hombre los medios de hacerse útil á la sociedad,  
 y le enseñan á despreciar esas diversiones frivolas, y á huir de esos  
 destructivos placeres, que le roban la parte mas preciosa de su vida,  
 y lo hacen olvidar esos importantes deberes á si mismo, á sus seme-  
 jantes, y á su criador; cuya práctica hace su bien particular, y es  
 la base unicamente sólida de la prosperidad de los pueblos.

Es propio de todo Gobierno que desea la felicidad de sus ciu-  
 dadanos, el excitarlos á cultivar las nobles facultades, que constituyen  
 la racionalidad del hombre: pero de poco serviria esto, sin que les  
 proporcionase, al mismo tiempo, los auxilios necesarios para que  
 consiguesen de sus fatigas la ilustracion y abundancia de conoci-  
 mientos, que serian su plena recompensa de ellas, y darian á su  
 gobierno el debido premio de su patrocinio y desvelo.

Miramos pues con la mayor complacencia, el establecimiento que  
 acaba de hacer la Excmo. Junta de una Biblioteca pública, de la  
 qual esperamos ver salir, como de un manantial copioso, fertilizantes  
 arroyos de ciencia y civilizacion, que regando todo este vasto conti-  
 nente, lo hagan abundar de todas las virtudes, y de todas las bellas  
 calidades que forman el sostén y el adorno de la sociedad.

El adelantamiento de esta obra interesa á la humanidad, y de  
 consiguiente á nosotros, y así nos ofrecemos gustosamente á contri-  
 buir, segun nuestras cortas proporciones, á su incremento y perfec-  
 cion: tanto en esta parte en ella con tanto mayor complacencia,  
 quanto nos parece, que el hacerlo podrá recibirse por esta pueblo,  
 como una prueba de nuestro reconocimiento á la proteccion y cordial  
 hospitalidad, que experimentamos del gobierno y generoso vecindario.

Para estos fines ponemos á la disposicion de V. E. como el encen-  
 gado por la Excmo. Junta para promover esta noble instruccion, lo  
 que expresa la suscripta razon, la qual no es tanto la memoria,  
 quanto la sincera manifestacion de nuestros deseos, que su imple-  
 tamiento corresponda en todos á las sabias y benéficas intencio-  
 nes que la acaban de fundar.—Somos Sr. con el mas profundo respeto

Respondiendo al llamado patriótico de Mariano Moreno, la ciudadanía realizó importantes donativos de dinero y libros. Se destacan especialmente la donación del Dr. Manuel Belgrano, poseedor de una exquisita biblioteca, y la del canónigo José Luis Chorroarín, posteriormente director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

sus mas atentos y mas complacidos servidores.—Al Sr. Dr. D. Ma-  
 riano Moreno, comisionado por la Excmo. Junta para el estableci-  
 miento de la Biblioteca pública.

D. Alejandro Mackinnon..... 3	Kendall..... 3
Los elementos de la filosofía natu- ral, á experimental por Fieberio Carallo 4 tomos..... 2	D. Tomas Carter..... 3
Los elementos de comercio por Dabot..... 2	D. Santiago Weston..... 2
D. Carleton Allsopp..... 3	D. Juan Ludlan..... 2
D. Diego Maclemond..... 3	D. Juan Marley..... 2
D. Roberto Staples..... 3	D. Santiago Ingram..... 1
D. Juan Mac Neill..... 3	D. Frederico Heathfield..... 3
D. Tomas Crochet..... 3	D. Frederico Miller..... 3
D. Guillermo Mann..... 3	D. Santiago Brittain..... 2
D. Santiago Wild 3 onzas dos por si, y una por su hijo..... 3	D. E. F. Tiedling..... 1
D. Roberto Wahlman..... 3	Viaje de Ulloa 4 tomos..... 1
D. Alejandro Greaves..... 3	Los elementos de la Química por Henry..... 2
M. T. Geronzi Opera X III vols	D. Guillermo Heath..... 1
M. F. Querculini Opera IV vols	D. Jacome Ellison..... 2
Diccionario sobre las bellas letras por Hago Blar. 3 tomos	D. Tomas Nelson..... 2
Tratado sobre la constitucion inglesa por De Lolme 1 tomo	D. George Cochran..... 2
D. Valentino Chaplin..... 3	D. Carlos Eyes..... 2
D. Gorge F. Dixon..... 3	D. Guillermo Jackson..... 2
D. Carlos Higginson..... 3	D. Crisfan Wilkinson..... 2
D. Frederico Duvling..... 3	D. Jorge Hinton..... 2
D. Diego Kendall..... 3	D. F. W. M. Carthy..... 1
Anonimas..... 3	D. Tomas Gosland..... 2
D. Juan J. Leigh..... 3	D. Samuel Gardiner..... 2
D. Daniel Whitaker..... 3	D. J. H. Leigh..... 2
D. Santiago Ritchie..... 3	D. Juan Postlethwaite..... 2
D. Guillermo Stroed..... 3	D. Jorge Dyson..... 10
D. Tomas Stevenson..... 3	D. Enrique Barchard..... 2
D. Guillermo Wanklyn..... 3	D. Juan E. Wolfeter..... 1
D. Juan Nightingale..... 3	D. Juan C. Ladgerton..... 1
D. David Stevenson..... 3	La filosofía de la retorica por Jorge Campbell 2 tomos..... 2
D. Santiago Gibson..... 3	Tratado sobre el gusto por Jer- ge Gerard. 1 tomo..... 1
D. Guillermo Bastin..... 1	D. Wrenique L. Jones..... 1
D. Juan P. Robertson..... 2	Examen político de la Gran Bre- taña por Juan Campbell 2 tomos
D. Felipe Parkins..... 2	Descripcion de Patagonia por Tomas Falkner 1 tomo..... 1
D. Tomas Fair..... 2	D. Carlos Evans..... 1
D. Alejandro Mac Mann..... 2	D. Otto Holme..... 2
D. José Badger..... 2	D. Juan Dillon..... 4
D. Tomas Carter por D. Pedro	D. Juan Thwaites Atlas ubi- versal de excelente erudicion..... 2
	D. Patricio M. Istyre..... 2



507

*Razon de algunos donativos en dinero, y en libros para la Biblioteca pública de que no se ha dado con noticia.*

D.ª Juana Pueyrredon donó 6 onzas de oro.	103 6
D. Diego de Agüero por si y sus hijos 12 onzas id.	207 4
D. Gabriel Real de Azua 6 onzas id.	103 6
D. Gerónimo Arechaga una onza id.	17 2
D. Martin José Altolaquirre varias obras sobre materia y táctica militar, y 25 ps. fs.	25 6

El Sr. Vocal D. Manuel Belgrano ofreció toda su librería para que se extragesen todos los libros que se considerasen útiles, y se sacó de ella una porcion considerable.

El Sr. Dr. D. Domingo Belgrano, canónigo de esta Iglesia Catedral hizo igual oferta, y se le admitieron dos obras de mérito de que carecia la Biblioteca.

El Dr. D. Luis José Chorroarín hizo la misma oferta, y ha pasado á la Biblioteca todos sus mejores libros en varias materias.

El Dr. D. Julian Segundo de Agüero, cura del Sagrario de la santa Iglesia Catedral, ha donado varias obras de valor, y ofrece al mismo tiempo todos quantos libros útiles se encuentren en su librería.

El Sr. Vocal D. Juan de Larrea, ha donado un libro en folio, forrado en tafete doble, grabado en ambas caras con guarniciones de oro, para asentar en él los donativos en libros y en dinero, y por este medio conservar la grata memoria de los generosos bienhechores de tan útil y benefico establecimiento.

El Presbítero D. Pedro Hernandez, Armas del donativo en dinero, expresado en la gazeta extraordinaria del martes 25 de setiembre del año anterior, ha donado tambien tres obras de autores clásicos. *Se continuará.*

Donativos en numerario oblados por los vecinos de este partido de S. Pedro por via de subsidio para las expediciones auxiliares de las Provincias del Perú y del Norte. A saber.

Pa. rs.	Pa. rs.
El Alcalde de la Santa Hermandad de este pueblo D. Eugenio del Pardo . . . . .	10 2½
El Cura y Vicario de id. D. Francisco Paulade Rivera. . . . .	10 2½
D. Domingo Billaon. . . . .	2 ½
D. Pedro José Casco. . . . .	1 ½
D. Antonio Garcia, europeo. . . . .	4
D. José Marquez. . . . .	2
José de la Paz. . . . .	1½
Enrique Barrios. . . . .	1
D. Bernabé de Ansoategui. . . . .	6 ½
D. Fabian Ruiz Moreno. . . . .	4 1
D. Angel Ruiz Moreno. . . . .	4 1

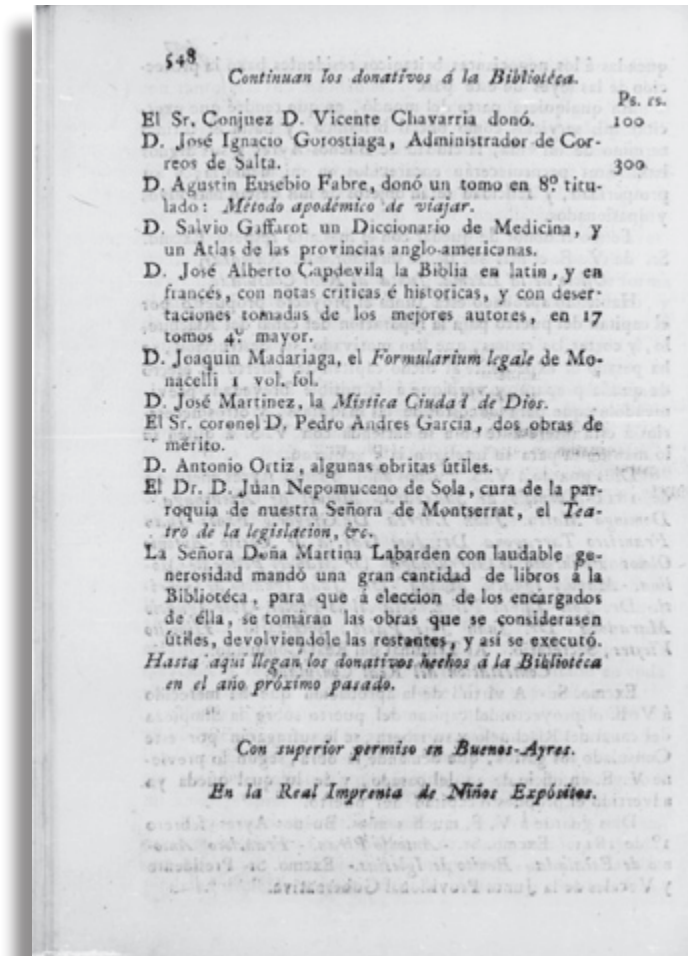
534

*Continuacion de los donativos hechos á la Biblioteca.*

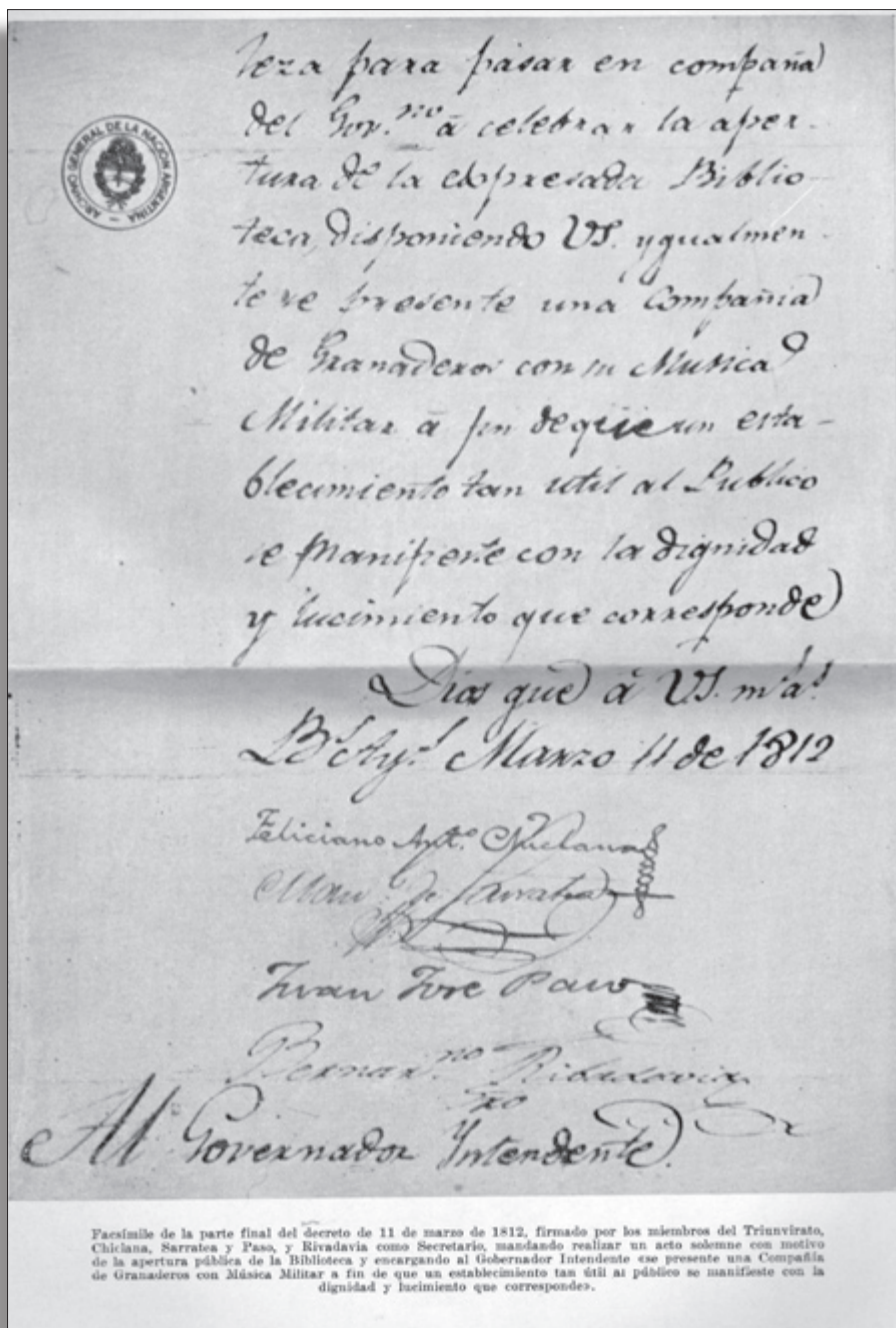
El Sr. Gobernador Intendente de Córdoba, trasladado á la Presidencia de Charcas, D. Juan Martin Pueyrredon donó 6 onzas de oro.	103 6
D. Agustin de Narzagaray, oficial 1º de la Administracion de tabacos de esta capital, 4 ps. fs.	4 1
D. Manuel Espinosa de los Monteros, Contador interino de la Aduana.	20 2
Un patriota de Chile, 6 onzas de oro.	103 6
D. Juan Manuel Figueredo, una onza id.	17 2
D. José Antonio Capdevila un Homero en un tomito en 16º y 25 ps. fs.	25 6
D. José Elejaburu un tomo en cuarto: Apologia de la lengua vascogada.	
El Dr. D. Diego Estanislao Zabaleta la coleccion de las obras de Heinzeccio, ofreció al mismo tiempo otras obras, que no se le admitieron por tenerlas la Bibliotecas.	
El Sr. D. Juan de Almagro varias obras útiles.	
El Dr. D. Gerónimo Mantilla, varias obras estimables de jurisprudencia.	
El P. Presentado Fr. Julian Perdrisel, del Orden de Predicadores, varias obras útiles.	
Un Religioso del Orden de S. Francisco una obra curiosa de Historia natural en 2 tomos 8º mayor.	
El Dr. D. Pantaleon Rivarola, el Amiano Marceline traducido en francés.	
D. José Sanchez Alonso, algunas obritas curiosas.	
El Dr. D. Manuel Alvarez, Cura del Sagrario de la Sta. Iglesia Catedral, una de las obras del P. Kirker, titulada: <i>Mundus subterraneus</i> , en 2 vol. fol.	
D. Alexandro Mackinnon, la Historia de la América por Robertson, de excelente edicion en ingles.	

*Nota.* Los amantes de la pública ilustracion, que quieran auxiliar con sus donativos la Biblioteca, que se está formalizando, podrán verificarlo, haciendo sus respectivas ofertas ó entregas en la misma Biblioteca, donde serán admitidas por el director de ella.

*Con superior permiso en Buenos-Ayres.*



Respondiendo al llamado patriótico de Mariano Moreno, la ciudadanía realizó importantes donativos de dinero y libros. Se destacan especialmente la donación del Dr. Manuel Belgrano, poseedor de una exquisita biblioteca, y la del canónigo José Luis Chorroarín, posteriormente Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.



Documento de gobierno del 11 de marzo de 1812 ordenando la participación de la banda del regimiento de granaderos en el acto de apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Casi un siglo después, la inauguración del edificio de la calle México también sería celebrada con música.

44

## AVISO.

El Excmo. ayuntamiento en cumplimiento del artículo 2º del reglamento que dá forma á la asamblea provisional de las provincias unidas del Rio de la Plata ha dividido esta ciudad y sus arrabales en quatro secciones. La 1ª del norte se compone de los cuarteles num. 1 2 3 8 9 y 10.

La segunda del sud de los de la ciudad numeros 4, 5, 6, y 7, y de las quintas numeros 25, 26, 27 y 28. La tercera del norte de los cuarteles de ciudad numeros 11, 12, 13, 18, 19, y 20, y de las quintas numeros 21, 22, 23 y 24. La quarta del sud de los de la ciudad numeros 14, 15, 16 y 17, y de las quintas numeros 29, 30, 31, y 32.

Para recibir los votos de la primera seccion se ha comisionado al señor regidor D. Juan José Anchorena, quien lo verificará en la casa de su morada. Para la segunda seccion está destinado el señor regidor D. Manuel de Andres de Pinedo y Arroyo, quien recibirá los sufragios de los cuarteles de la ciudad que le correspondan en la casa de su habitacion, y los de las quintas en la barraca de Necochea. Para mayor comodidad de los vecinos. La tercera seccion está encargada al señor regidor D. Fermín Tocornal, quien recogerá los votos de los cuarteles de ciudad en la casilla de la plaza nueva ó de S. Nicolas, y los de las quintas en la de su propiedad. La quarta seccion es del cargo del señor regidor D. Manuel José Garcia, quien recibirá los sufragios de los cuarteles de ciudad en su casa, y los de las quintas en la del capitán D. Fernando Diaz de la Riva.

Los dias destinados para la votacion son el 20, 21, y 23 del corriente mes. Todos los vecinos de esta ciudad, y los de las provincias unidas que en ella existen, tienen derecho á votar, y será un deber suyo hacerlo en un negocio tan importante al interés general de la sociedad.

Cada vecino llevará una cédula firmada y cerrada en que exprese su voto á favor de dos ciudadanos de la seccion á que pertenezca para que desempeñen el cargo de electores: estas cédulas se entregarán personalmente por los sufragantes á los regidores de sus departamentos respectivos, quienes les harán firmar en la cubierta para evitar qualesquiera fraude. Quando un vecino no pueda concurrir por grave impedimento avisará al regidor de su seccion, quien en este caso mandará al alcalde de Barrio á que corresponda para que reciba la cédula en los terminos expresados.

Habiendose dilatado hasta el día 31 la apertura de la asamblea por las razones que ha manifestado el superior gobierno; para que así se verifique ha sido necesario adelantar la diligencia de la recepcion de votos, los que se custodiarán cerrados hasta el mencionado dia, en el qual se verificará el público escrutinio de ellos, procediendose luego sin interrupcion á los demas actos prevenidos en el Reglamento, y que deben pre-

ceder inmediatamente á la apertura de la asamblea provisional.

Los carteles anuncian quanto vá expresado para que se proceda con todos los conocimientos necesarios, y no puedan ser sorprendidos los sufragantes, como sucede frecuentemente, quando en actos de tanta importancia no se dexa tiempo bastante para la reflexion.

## NOTA

El oficio de 12 de marzo publicado en la gaceta Nº 28 y refrendado por el secretario del estado mayor, como si fuera auto, despacho, orden, ó bando (porque lo entiende) ni me ha hecho mudar de concepto, ni me ha excitado los afectos irritados de su autor. El zelo y buen deseo por la incolumidad de la patria me arrancaron aquella observacion sobre unos sucesos importantes, y de masiado constantes á una multitud de expectadores. Jamas me hé dirigido á las personas ni á las corporaciones: todos saben que el cuerpo de artilleria siempre se ha distinguido por su valor y pericia, escusada es su apologia; pero esto no quita el observar los defectos que tengan otro origen. Lo que se ha visto por muchos y á mitad del dia no se oscurece á precio de algunas voces técnicas; y á la revista general se le pasó el cañon agrietado que hubo de causar estragos. Si el que extendió el oficio hubiera luido con atencion el parte del gobernador de la plaza hubiera advertido que me fundé en un dato de oficio, quando dixé que los cañones eran de 18 y despues de salir á la parada, picado por sus conocimientos calculativos no se hubiera expuesto á recibir un reproche via repuesta del mismo quien quiere hacer ridiculo porque no lo entiende. El asunto es para mí concluido, y lo será para el público, si en la primera ocasion no se ofrece un motivo de censura; y por esto no se espere errar para precaver, porque la inexperiencia es el peor de los males, así evitaremos lo que dixó el gobierno en su manifesto de 16 de agosto de 1810.

*Ayer 16 se celebró la apertura de la biblioteca pública con un eloquente discurso que pronunció el Dr. D. José Joaquín Ruiz; á el que asistieron el superior gobierno y todos los jefes. La biblioteca se franquea al público desde las 8 á las 12 y media del día hasta fin de abril en que se variará.*

Per V. D.

SE VENDE un negro quintero, que sabe algo de la cocina quien quiere comprarlo puede ocurrir á su amo que lo es D. Pedro Feliciano de Cavia secretario de Cabildo.

Buenos Ayres: Imprenta de Niños Expósitos.

Nota de *El Censor* dando cuenta de la inauguración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, el 12 de marzo de 1812.

Debajo puede leerse el curioso aviso de la venta de un esclavo.

la comisaría 1a. fue tomada por los revolucionarios.

#### En la comisaría 2—Muerte del oficial inspector Sr. Blas

A las 3.5 a. m. un grupo de 20 hombres capitaneado por los hermanos Honores y D. Pedro Ramos, al grito de ¡Viva la revolución! asaltó el local de la comisaría 2, situada en la calle Méjico entre Bolívar y Perú.

Momentos antes se había sentido una descarga, probablemente en la sección 14, y el comisario D. Enrique S. Quintana encargó al oficial inspector D. Daniel Blas, antiguo y meritorio empleado policial, que saliera á averiguar lo que sucedía.

El oficial de calle salió á cumplir la orden, precisamente en momentos que se presentaba el grupo revolucionario frente á la comisaría 2, y uno de los sublevados le descerrajó un tiro de winchester.

Blas cayó sobre el cordón de la acera con el pecho atravesado por el proyectil, falleciendo en el acto.

Los asaltantes penetraron en el local de la comisaría, donde se hallaban el comisario Quintana, el auxiliar Vilaseca y tres agentes, los que antes que pudieran reponerse de la sorpresa fueron detenidos.

A las 4 a. m. llegaron á recuperar el local el teniente Beovides con ocho hombres del 8º de caballería y el subcomisario D. Daniel Alegre, con un grupo de vigilantes.

Al notar la proximidad de estas fuerzas, los revolucionarios evacuaron la comisaría, pasando algunos á la Biblioteca nacional, donde robaron al director Sr. Groussac un reloj de oro que valúa en 150 \$.

#### En las secciones 3a. y 5a.

Estas comisarías fueron también atacadas por los revolucionarios, quienes abandonaron luego la empresa, en vista de la resistencia que se les opusó.

Artículos del diario *La Nación* que dan noticia de la toma —durante escasas horas— de la Biblioteca Nacional por parte de la insurgencia yrigoyenista, el 5 de febrero de 1905.

rimo, de la sangre y de las tradiciones históricas.

El diario nacionalista *La Democracia* atribuye el movimiento al partido radical, el que en su opinión lo venía preparando desde hace tiempo, obligado á ello por el alejamiento de la cosa pública en que lo tiene su adversario del poder.

Estas consideraciones lo llevar á contemplar con infinita tristeza las desgracias, dice, que atigen al pueblo hermano.

#### Denuncia de robo

Don Pablo Groussac, director de la biblioteca nacional, ampliando su primera denuncia que ayer publicamos, ha manifestado á la comisaría 2a. que el grupo revolucionario que penetró en aquel establecimiento, al evacuar dicha comisaría, le llevó además del reloj de oro, valuado en 360 \$, 600 \$ en efectivo.

Agrega que su sirvienta, Encarnación García, perdió 25 \$ y algunas ropas que sirvieron de disfraz á varios fugitivos.

#### Varias noticias

En el departamento central de policía se encuentran presos 159 ciudadanos, todos ellos tomados en diferentes asaltos á las comisarías.

El comisario jubilado Sr. Lee, á quien en las primeras horas de la mañana de ayer se le dió por muerto en el asalto de la comisaría 14, estuvo ayer por la tarde en la casa de gobierno.

Ayer han funcionado todos los bancos, la Bolsa y la aduana de la capital.

Esta última tuvo una recaudación mínima, pues sólo alcanzó á cobrar 140.000 pesos.

Boletín Oficial, junio de 1955. Decreto designando a Jorge Luis Borges director de la Biblioteca Nacional. Honrando su compromiso político con la Revolución Libertadora, Borges daba comienzo a su mítica relación con la Biblioteca.

# Boletín Oficial

PRESIDENCIA DE LA NACION  
SECRETARÍA DE PRENSA Y  
ACTIVIDADES CULTURALES  
DIRECCIÓN GENERAL  
DEL REGISTRO NACIONAL



PRIMERA SECCION

Legislación y Licitaciones

AÑO LXXIII

Buenos Aires, lunes 31 de octubre de 1955

Número 18.014

## SE MODIFICAN LOS TEXTOS DE LEYES Y DECRETOS SOBRE IMPUESTOS NACIONALES

**DECRETO Nº 1.510.** — Buenos Aires, 22 de octubre de 1955.  
**VISTO** que por Decreto-Ley Nº 131 del 4 de mai en curso, ha sido derogada, desde la fecha de su vigencia, la Ley número 11.405, y **CONSIDERANDO:** Que, concordantemente, procede dejar sin efecto el Decreto Nº 3.504 del 21 de junio último, que modificó —para adaptarlos a lo dispuesto en aquella ley— los textos ordenados en 1955 de las leyes de impuesto a los réditos e impuestos internos; Que, por analogas razones, corresponde modificar los textos ordenados en 1955 de las leyes de contribución inmobiliaria y de sellos, establecidos por los Decretos Nros. 4.417 y 8.154 de fecha 3 y 7 de junio de 1955, respectivamente, como así mismo los Decretos Nros. 11.598 y 14.541, reglamentarios del impuesto a los réditos y de la contribución inmobiliaria, dictados el 12 de julio y el 12 de setiembre últimos. Por tanto, **El Presidente Provisional de la Nación Argentina, Decreta:**

**Artículo 1º** — **Deroga** sin efecto el Decreto Nº 3.504 de fecha 21 de junio último.

**Art. 2º** — Las disposiciones legales vigentes en materia de impuesto a los réditos e impuestos internos serán citadas con el texto y numeración de los ordenamientos establecidos por los Decretos Nros. 4.533 y 4.532, respectivamente, del 4 de mayo de 1955.

**Art. 3º** — **Modifícase** el texto ordenado en 1955 de la ley de contribución inmobiliaria, en la siguiente forma:

1. — **Sustitúyese** el artículo 16, por el siguiente:

- a) Las propiedades de la Nación, de las provincias y de la Municipalidad de la Capital Federal, ocupadas por dependencias que ejerzan funciones de Estado como Poder Público;
- b) Los inmuebles ocupados, por templos y sus dependencias, por conventos y casas de corrección;
- c) Los inmuebles destinados exclusivamente a bibliotecas públicas gratuitas;
- d) Los inmuebles destinados a asistencia social practicada por sociedades de beneficencia, reconocidas como tales por el Estado;
- e) Los inmuebles destinados al

cumplimiento de los fines de las asociaciones mutualistas y de las sociedades cooperativas de consumo que cumplan las exigencias de su respectivo régimen legal;

f) Los inmuebles en que funcionan escuelas particulares, subvencionadas por el Estado, siempre que el número de alumnos no que exceda de los límites que se

estipula instrucción gratuita en idioma nacional en sus interior al que rige la reglamentación; quedan excluidos los beneficios de esta exención los locales que no mantengan vinculación con el Instituto de enseñanza.

2. — **Modifícase** el índice de ordenamiento en la siguiente forma:

1. — **Sustitúyese** el inciso 2º del artículo 96 por el siguiente:

22. Los actos de constitución de asociaciones religiosas,

16 24 3.065/49  
**Art. 4º** — **Modifícase** el texto ordenado en 1955 de la ley de sellos, en la siguiente forma:

1. — **Sustitúyese** el inciso 2º del artículo 96 por el siguiente:

22. Los actos de constitución de asociaciones religiosas,

insparta instrucción gratuita en idioma nacional en sus interior al que rige la reglamentación; quedan excluidos los beneficios de esta exención los locales que no mantengan vinculación con el Instituto de enseñanza.

2. — **Modifícase** el índice de ordenamiento en la siguiente forma:

16 24 3.065/49  
**Art. 4º** — **Modifícase** el texto ordenado en 1955 de la ley de sellos, en la siguiente forma:

1. — **Sustitúyese** el inciso 2º del artículo 96 por el siguiente:

22. Los actos de constitución de asociaciones religiosas,

16 24 3.065/49  
**Art. 4º** — **Modifícase** el texto ordenado en 1955 de la ley de sellos, en la siguiente forma:

1. — **Sustitúyese** el inciso 2º del artículo 96 por el siguiente:

22. Los actos de constitución de asociaciones religiosas,

la Dirección determinará en cada caso el cumplimiento de los requisitos exigidos por el citado inciso. No se considerará explotación de juegos de azar la realización de rifas o loterías cuando hayan sido debidamente autorizadas. Para establecer la relación entre las actividades sociales y las deportivas, se tendrán en cuenta los índices representativos de las mismas (cantidad de socios que participan activamente, fondos que se destinan y otros).

**Art. 6º** — **Sustitúyese** el artículo 10 del Decreto Nº 14.541/55, reglamentario de la contribución inmobiliaria, por el siguiente:

**Artículo 10º** — Conforme a lo dispuesto por los artículos 15 y 17 de la ley, no pagarán la contribución inmobiliaria:

- a) Las propiedades de la Nación, de las provincias y de la Municipalidad de la Capital Federal, ocupadas por dependencias que ejerzan funciones de Estado como Poder Público; cuando tales propiedades se hallaren arrendadas o ocupadas por empresas estatales, de economía mixta o por particulares, pagarán la tercera parte de la contribución;
- b) Los inmuebles ocupados por templos y sus dependencias,

por conventos y casas de corrección;

c) Los inmuebles destinados a bibliotecas públicas gratuitas;

d) Los inmuebles destinados a asistencia social practicada por sociedades de beneficencia, reconocidas como tales por el Estado;

e) Los inmuebles destinados al cumplimiento de los fines de las asociaciones mutualistas y de las sociedades cooperativas de consumo que cumplan las exigencias de su respectivo régimen legal;

f) Los inmuebles en que funcionan escuelas particulares de cualquier característica, subvencionadas por el Estado, siempre que el número de alumnos a los que se impartan instrucción gratuita en idioma nacional, no sea inferior al diez por ciento (10 %) del total.

Los inmuebles de propiedad de las instituciones mencionadas en los incisos b) y d), así como los de las sociedades cooperativas a que se refiere el inciso a) del presente artículo que produzcan renta, pagarán la tercera parte de la contribución inmobiliaria, salvo que aquélla se obtenga directamente de los propios beneficiados por las respectivas entidades, en cuyo caso la exención será total.

Cuando parte del inmueble produzca renta, la degravación total o parcial, la degravación total o parcial, se respectivamente correspondan, se repartirá proporcionalmente.

Estas disposiciones no serán aplicables a las sociedades anónimas comprendidas en el Decreto Nº 24.499/54, editado por la Ley 12.921, que se regirán por lo dispuesto en el artículo 45 de dicho decreto.

Las exenciones previstas en los incisos b) a f), sólo serán procedentes si se trata de inmuebles de propiedad de las respectivas instituciones, o caso que haya sido así por su propietario.

**Art. 7º** — **Deroga** el artículo 1º del Decreto Nº 14.541/55, editado por la Ley 12.921, que se regirán por lo dispuesto en el artículo 45 de dicho decreto.

**Art. 8º** — **Comuníquese**, publíquese, dese y archívese.

**LONARDI**, — Eugenio J. Folcini.

### Secretario Gral. del M. de Finanzas

**DECRETO Nº 1.200.** — Buenos Aires, 21 de octubre de 1955.

**VISTO** lo propuesto por el señor Ministro de Finanzas de la Nación,

**El Presidente Provisional de la Nación Argentina, Decreta:**

**Artículo 1º** — **Nómbrase** Secretario General del Ministerio de Finanzas de la Nación al señor César Augusto Derymonnas (Clase 1910 - M. I. 3.444.832 - D. M. 94).

**Art. 2º** — **El presente decreto será refrendado** por el señor Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Finanzas.

**Art. 3º** — **Comuníquese**, publíquese, dese a la Dirección General del Registro Nacional y archívese.

**LONARDI**, — Julio Albino García.

### NOMBRASE DIRECTOR NACIONAL DE QUIMICA

**DECRETO Nº 1.580.** — Buenos Aires, 21/10/55.

**VISTO** la renuncia presentada por el doctor Anselmo Isidoro Meadendor, con fecha 26 de setiembre p.p.d., al cargo de Director Nacional de Química que desempeña en jurisdicción del Ministerio de Hacienda de la Nación.

**El Presidente Provisional de la Nación Argentina, Decreta:**

**Artículo 1º** — **Acéptase** la renuncia del doctor Anselmo Isidoro Meadendor al cargo de Director Nacional de Química.

**Art. 2º** — **Designase** Director Nacional de Química al doctor Pedro Cattáneo (Cl. 1912, M. 542.095, D. M. 4º) actual segundo Jefe de Departamento de 1º de la citada Dirección.

**Art. 3º** — **El presente decreto será refrendado** por el señor Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda.

**Art. 4º** — **Comuníquese**, publíquese, dese a la Dirección General del Registro Nacional y a la Contaduría General de la Nación.

**LONARDI**, — Eugenio J. Folcini.

### SE DESIGNAN DIRECTOR Y SUBDIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

**DECRETO Nº 1.585.**

Buenos Aires, 21 de octubre de 1955.

**VISTO:** La renuncia presentada por el señor doctor Raúl Toverda al cargo de Director de la Biblioteca Nacional y acordándose vacante la Subdirección de la misma, seña la propuesta por el Ministerio de Educación.

**El Presidente Provisional de la Nación Argentina, Decreta:**

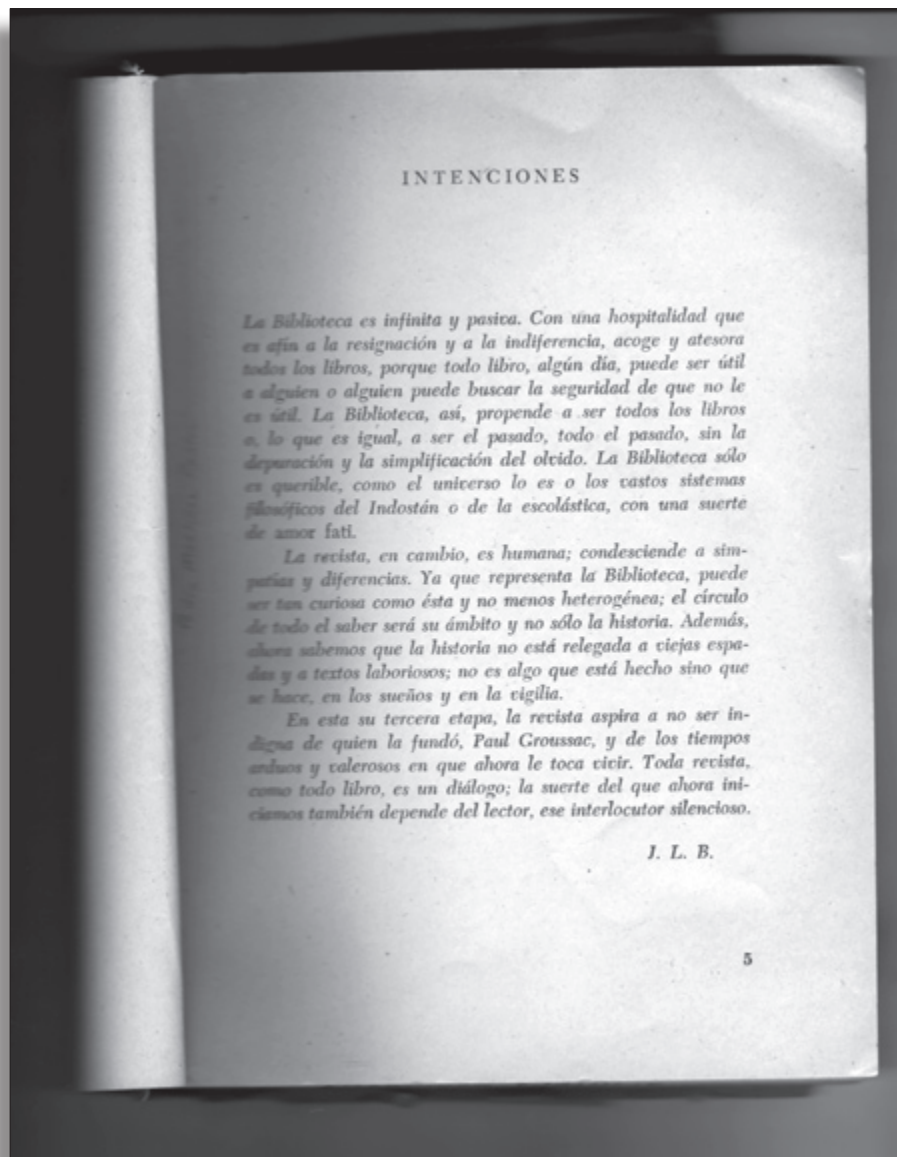
**Artículo 1º** — **Acéptase** la renuncia presentada por el doctor Raúl Toverda (Cl. 1921 - D. M. 19 - Matr. 1.141.939 - Céd. de Id. 194.404 - Id. Civil de la Provincia de Buenos Aires) al cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

**Art. 2º** — **Nómbrase** Director y Subdirector de la Biblioteca Nacional, al señor Profesor don Jorge Luis Borges (Cl. 1909 - D. M. 2 - Matr. 141.821 - Céd. de Id. Nº 461.431 - Pol. Cap. Federal), y al señor José Edmundo Clemente (Cl. 1918 - D. M. 2 - Matr. 4.426.292 - Céd. de Id. Nº 1.907.991 - Pol. Capital Federal), respectivamente.

**Art. 3º** — **Comuníquese**, publíquese, dese a la Dirección General del Registro Nacional y archívese.

**LONARDI**, — Attilio De'Orto Mabel.

Declaración de intenciones con la que Borges da inicio a una nueva época de la revista *La Biblioteca*, fundada por Paul Groussac. Reeditar esta publicación era para él un paso decisivo para la revitalización cultural de la Institución.



## INTENCIONES

*La Biblioteca es infinita y pasiva. Con una hospitalidad que es afín a la resignación y a la indiferencia, acoge y atesora todos los libros, porque todo libro, algún día, puede ser útil a alguien o alguien puede buscar la seguridad de que no le es útil. La Biblioteca, así, propende a ser todos los libros o, lo que es igual, a ser el pasado, todo el pasado, sin la depuración y la simplificación del olvidado. La Biblioteca sólo es querible, como el universo lo es o los castos sistemas filosóficos del Indostán o de la escolástica, con una suerte de amor fati.*

*La revista, en cambio, es humana; condesciende a simpatías y diferencias. Ya que representa la Biblioteca, puede ser tan curiosa como ésta y no menos heterogénea; el círculo de todo el saber será su ámbito y no sólo la historia. Además, ahora sabemos que la historia no está relegada a viejas espaldas y a textos laboriosos; no es algo que está hecho sino que se hace, en los sueños y en la vigilia.*

*En esta su tercera etapa, la revista aspira a no ser indigna de quien la fundó, Paul Groussac, y de los tiempos arduos y valerosos en que ahora le toca vivir. Toda revista, como todo libro, es un diálogo; la suerte del que ahora iniciemos también depende del lector, ese interlocutor silencioso.*

J. L. B.



Propósitos  
Bs. As. 3-XI-55

# FLAMANTE DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA

Entrevista de RAFAEL R. DE STEFANO

**H**EMOS pedido para "Propósitos" una entrevista al escritor Jorge Luis Borges, flamante director de la primera biblioteca del país, la "Biblioteca Nacional". Mientras hacemos tiempo en la breve espera, recordamos mentalmente los títulos de su original producción: "Fervor de Buenos Aires" y "Luna de enfrente", libros de poesía que en su época causaron gran revuelo por su modernidad a expresiones en las que aún perduraba la vibración tierna de un Carrigo o de un Masturana, superados en prodigiosas síntesis.

De su obra en prosa, "Inquisiciones", "Historia de la eternidad", "Tamaño de mi esperanza", "El idioma de los argentinos", surge un pensamiento depurado sometido a serenas disciplinas estéticas, contenido en una forma elegante, vigorosa y resucita. Hombre de vasta cultura europea, busca, sin embargo una auténtica raíz de argentinidad.

La puerta del despacho se abre y Borges en persona, sin empaque alguno, nos invita con sencillez a pasar. Borges conquista rápidamente la simpatía. En sus movimientos hay una casi imperceptible vacilación. Su mirada se posa como si su espíritu estuviese en constante evasión. Su cabello lacio, ligeramente agrisado en las sienes, caen a veces sobre su frente en leve desorden. Sus manos subrayan inquietas alguna palabra, oscilantes y blandas.

El cronista, un poco distraído por el interés de observarlo le pregunta:

—"Propósitos" desea su opinión sobre la Universidad...

Borges se incorpora con alguna sorpresa:

—¿Sobre la Universidad?...

—Disculpe. En este momento estaba pensando en el Profesor Romero...

—Entonces a él le habrá preguntado acerca de la Biblioteca Nacional...

Borges rie como rie un hombre bueno. Rie con toda la cara y sacudiendo los hombros. Por rara coincidencia en ese mismo momento el Interventor en la Universidad, profesor José Luis Romero decidía la incorporación de Jorge Luis Borges al cuerpo de profesores de la Universidad, por lógica gravitación de sus meritos intelectuales.

—Tenemos entendido que proyecta usted nuevos horarios de trabajo en la Biblioteca.

—Hemos decidido cambiarlos —contesta Borges— posiblemente desde el 15 de este mes. Estableceremos un horario que se extienda hasta la medianoche, analizando la situación geográfica de cada empleado para que no los ocasione contratiempos.

—Sería interesante —le detiene— que la Biblioteca funcionase, los sábados, domingos y feriados, para la gente que está atada a su empleo, como creo que ocurre en otros países.

—Sería conveniente —afirma Borges— pero chocamos con la dificultad de la escasez de empleados. Sería necesaria una reestructuración completa. Más adelante estudiaremos ese problema.

—Usted sabe, Borges, que los lectores habituales siempre se han quejado de la lentitud con que se entrega el libro pedido.

—Consideraremos este inconveniente en primer término. Muchos problemas esperan solución. Hay acciones que desvuelven su labor en lugares deficientes. Dedicaré la temporada estival a tratar de buscar solución a estas cuestiones.

—¿Qué carácter tendrá la revista de la Biblioteca en lo sucesivo?

—Esa revista —responde Borges con visible interés— ha adquirido con el correr de los años un carácter de estricta erudición histórica, siendo su única función la de reimprimir documentos del archivo. No es lógico, pues siendo la Biblioteca un conjunto de libros de toda clase de temas, no tenga por que la revista especializarse en uno sólo, ya se trate de historia, taxidermia o álgebra. Querremos darle un carácter más amplio y en sus páginas tendrá cabida toda expresión intelectual que se halla representada en la Biblioteca.

—Su fundador, Paul Groussac, le había dado matices humanistas.

—Así es. A eso volveremos en la medida necesaria.

—¿El caudal bibliográfico ha sufrido estancamiento?

—Si recordamos que uno de los lemas del régimen derrocado, fué el de "zapapillas al libro no", no podemos dudar de que así ha sido. En obras extranjeras fuera de las francosas hay una gran pobreza. Ya hemos puesto en marcha los medios de que disponemos para remediarlo.

—Veo que la Biblioteca Nacional quiere reivindicarse de tantos años de inercia.

—Indiscutiblemente, La Biblioteca no debe ser un ente pasivo sino por el contrario un cuerpo vivo cuyas manifestaciones no deben circunscribirse a la mera acción mecánica de pedido y entrega de libros. Pensamos organizar exposiciones, conferencias y cursos de extensión.

—De gran interés para estudiantes e intelectuales.

—No tenemos que limitarnos solamente a los intelectuales —expresa Borges con un gran sentido del problema de la cultura— esos cursos se dictarán en beneficio de la cultura popular.

—La Biblioteca, tal como la encontró no respondía a esas necesidades.

—No.

—¿Cree usted que la revolución influirá en la cultura?

—La revolución tiene que traer un renacimiento en nuestra cultura. No es un hecho exclusivamente político-militar. Es un proceso que se ha realizado en cada uno de nosotros; un proceso emocional. Los escritores tienen una magnífica oportunidad para dejar de retrotraerse a la figura del gaucho que no han tenido ocasión de analizar, o al ambiente del arriabal que no han vivido. Ahora viven instantes que cobrarán con el tiempo carácter de mito. Esto siempre sucede al margen del proceso histórico. Pueden alcanzar una literatura épica, y lo pueden lograr sin esfuerzo, espontáneamente, desde ya, los que tengan condiciones.

—Usted mismo no podrá sustraerse a ese impulso.

—Naturalmente —replica Borges— no podré. Laten en mí poemas de la Revolución que pronto saldrán a la luz. Están cercanos... los siento.

Aquí Borges se torna más íntimo, se recoge en sí mismo. Parecería escuchar la cercanía del poema. Murmura:

—Las epopeyas de Córdoba y Río Santiago no deben dejarse de atrapar poéticamente. Mis futuros cuentos aún cuando se desarrollen en Islandia tendrán un contacto imponderable, abstracto con los sucesos que hemos vivido. No pienso documentarme mucho. Si Homero lo hubiera hecho no sé si hubiera creado "La Iliada".

Entrevista publicada el 3 de noviembre de 1955 en la revista Propósitos al recientemente designado director Jorge Luis Borges. En ella explicita el proyecto para la Biblioteca que propone su gestión.

## Cultura Para Alimentar Ratas

Siempre nos resulta más agradable hacer el elogio de los servicios que funcionan bien que la crítica de aquellos que no cubren perfectamente sus finalidades. Como ninguna organización puede ser perfecta, es lógico que constantemente hagamos referencia a las fallas que notamos: a menudo son fácilmente subsanables (y casi siempre subsanadas con presteza); pero en otros casos superan el margen aceptable de falibilidad atribuible a toda empresa humana y es menester apelar a medidas enérgicas que pongan fin a un estado de cosas que perjudica por igual a los usuarios y al prestigio del Estado. En esa situación está la Biblioteca Nacional.

Para decirlo de la manera más breve, la Biblioteca Nacional no sirve absolutamente para nada. El estudioso que acude con el fin de consultar algún libro, documento o colección de periódicos, pasa por estados de ánimo que van desde el desencanto más absoluto hasta una vehemente indignación. En primer lugar, es tarea vana recurrir a los ficheros, cuyo atraso es longevo. Además, las piezas bibliográficas son inhallables, porque no se guardan ordenadamente. En realidad, no se guardan: están apiladas de cualquier manera, en lugares inapropiados que carecen de los mínimos requisitos de higiene que puedan asegurar su conservación. Si, ayudado por la buena suerte, el presunto lector llega por fin a dar con el libro que busca, es casi seguro que deberá batallar ingloriosamente con un ejército de ratas, que no cederá sin lucha lo que constituye su diario sustento.

Paradójicamente, esto sucede en momentos en que el mejoramiento del nivel de vida ha permitido que cada vez sea mayor la cantidad de gente que tiene acceso a la cultura. Pero los que recurren a la Biblioteca Nacional para ver el libro antiguo o agotado, el ejemplar inhallable o la colección de valor histórico, ven horrorizados que la prosperidad general termina al penetrar en su edificio, donde la anarquía y la suciedad son suficientes para descorazonar a los entusiastas investigadores.

Todo esto lo destacamos con verdadero pesar. Y nos limitamos a describir —sin ninguna exageración— algo que afrenta nuestro orgullo y perjudica a la cultura argentina. No señalamos culpables porque no los conocemos. Quien está al frente de la institución será el primero que sufre —no nos cabe duda— con tan desolador panorama. Que probablemente es motivado por alguna partida de gastos de que carece. Y si esa conjetura es exacta, estamos seguros que el titular de la repartición de la que depende la Biblioteca, no habrá pensado jamás en hacer economías que traigan tan funestas consecuencias, por lo que nos imaginamos su extrañeza cuando tome conocimiento de todo esto.

Determinar quién tiene la responsabilidad es cuestión secundaria. Lo primordial es resguardar, cuanto antes, bienes valiosos que pertenecen a la Nación —es decir, a todos los habitantes— y que están destruyéndose por criminal negligencia. Apelamos al Señor Ministro de Educación, que es el principal interesado en salvaguardar las cosas de la cultura, y le rogamos que adopte una rápida decisión. Que no nos interesa mayormente en sus aspectos punitivos contra los causantes de este verdadero crimen, sino en los más fundamentales, es decir, en lo que se refiere a la defensa de un valioso patrimonio común.

**Redacción - Publicidad**  
**RIVADAVIA 755, 3º E**  
**T. E. 34 - 0874**

**Distribuidores:**  
En la Capital: Antonio Rubbo, Bolívar 547,  
piso 1º, T. E. 30 - 1340 - En el Interior  
y Exterior: SADYE, México 625, piso 2º  
T. E. 30 - 7377

Editorial de la revista *De Frente* del 21 de marzo de 1955, donde el ex diputado John William Cooke expone el mal funcionamiento de la Biblioteca Nacional, a cargo, en aquel entonces, de Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast).

## EL PLEITO DEL AÑO

**L**A historia se hace en los archivos y con documentos. Cuando ellos son de primera mano y aparecen con una abundancia tal que permiten el cotejo y correlación de unos con otros, ya se puede afirmar que la verdad histórica es rigurosa y que no cabe duda ni discusión posible.

Y hasta se puede producir el caso de que esa documentación establezca, si quiera de cuando en cuando, la verdad absoluta y oficial.

Así aconteció este año con el debate entablado en torno al fundador de la Biblioteca Nacional, Mariano Moreno.

Se le negaba como creador y fundador de la docta casa y se alegaba que lo era el laborioso y por muchos conceptos meritorio Chorroarín.

El gobierno de la Nación, compenetrado del significado que podían te-

ner esas erróneas aseveraciones, así como del espíritu justiciero que debe primar en cuanto a discernir honores y títulos

(¿y qué título!, en el trance) a los argentinos, encomendó a la Academia Nacional de la Historia la tarea de investigar el asunto y pronunciar un dictamen con su elevada autorización.

Y este trabajo, con rapidez

ejemplar (sólo dieciséis días), fué preparado y provisto de una abundante documentación édita e inédita por el presidente de la misma, el doctor Ricardo Levene. Las conclusiones son terminantes: Moreno fué el creador, fundador y protector de la Biblioteca Nacional. Cada una de las siete conclusiones está abundantemente documentada, las más de las veces, por escritos de puño y letra del ardiente secretario de la Junta. Otras veces, el documento demuestra también cómo era su espíritu emprendedor, su anhelo de acción formidable, su ímpetu de predestinado a un fin prematuro

el que incitó e insistió en crear la biblioteca, constituyendo un verdadero y concluyente contraste con el cansancio, los pesares y hasta cierto "derrotismo", como diríamos hoy, evidente en documentos que llevan la firma del que, con precipitación, se intentó hacer aparecer como fundador de la biblioteca.

El capítulo que faltaba en la historia de la Biblioteca Nacional, que en buena parte trazó el maestro Grousac, lo ha escrito ahora con versación, justiciero espíritu y elevado tono el doctor Ricardo Levene, historiador para el cual el nombre de Mariano Moreno, su gestión histórica y su ejemplo democrático tiene y tienen capital ubicación en los fastos de la República.

## QUIEN FUE EL FUNDADOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

*El Hogar*

Por RAMON OROMI 16 DIC. 1938

El artículo de Oromí publicado en *El Hogar* da noticia de un debate no menor que ocupó a esta

Biblioteca a mediados del siglo XX. Negar la acción fundante de Mariano Moreno y adjudicar esa virtud al clero, a través de la figura de José Luis Chorroarín, fue la premisa para el entonces director, Gustavo Martínez Zuviria.



**[www.abanico.edu.ar](http://www.abanico.edu.ar)**

revista de letras de la Biblioteca Nacional,  
todos los meses buena lectura.

[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)  
Biblioteca Nacional



## Programas de radio de la Biblioteca Nacional



### *La muralla y los libros*

Viernes de 14 a 15 hs.  
FM Folklórica Nacional 98.7 Mhz.  
Conducido por Ana Da Costa, difunde  
el pensamiento y la voz de escritores  
y la actividad cultural de la BN

### *Antología de Aire*

Con Ingrid Pelicori y Susana Villalba  
Se actualiza semanalmente por el sitio  
web de la Biblioteca Nacional

## Investigaciones en la BN

*Nunca sabremos del todo el alcance de la idea de investigación. Ella sugiere estilos, preocupaciones, abriga las esperanzas de dar con lo desconocido. Debe lidiar con las formas establecidas y los lenguajes heredados. La utopía del investigador arroja el deseo íntimo de producir un nuevo conocimiento sobre aquello que se encuentra disperso o insospechado de utilidad. Y para ello se sirve de los recursos y los procedimientos más variados. Recorre el trabajo de los que lo antecedieron en la tarea,*

*indaga los documentos y las pistas que a simple vista no se manifiestan como obvios. La sospecha y la curiosidad animan la labor de quien se siente desafiado por nuevas evidencias. ¿Pero quién es el sujeto de la investigación? ¿A qué dominios pertenece este arte, tan añejo como imprescindible? Investiga el académico, pero también el pensador. Y sin embargo, esta práctica los excede. Sería absurdo suponer que una vocación tan infinita, inagotable en sus preocupaciones, pueda segmentarse a tal punto de corresponderse exclusivamente con especializaciones profesionales. Cada investigador inventa su propio método. Aun cuando lo disimule en las convenciones pautadas, y cada vez más rígidas, del formato estandarizado para ser admitido como tal.*

*En las siguientes páginas, el lector podrá encontrar un conjunto de investigaciones que, en un primer vistazo, no encuentran una coherencia interna inmediata. Varían en los temas, en el tipo de información que manejan, en las fuentes documentales a las que acuden y en los modos de expresar sus resultados. Sin embargo, ellas comparten una condición común: se trata de indagaciones hechas en la Biblioteca Nacional, por sus trabajadores y por quienes participan de sus movimientos cotidianos a partir de sus programas de becas. La vida de una institución se juega en su capacidad de reabrirse una y otra vez a la aventura del conocimiento. Y, en el caso de la Biblioteca, conocer significa conocerse a sí misma, tal y como nos legó la filosofía griega.*

*Elsa Barber reconstruye la deriva de las publicaciones periódicas de las comunidades migrantes en el país, constituyendo una valiosa fuente de datos que permite recomponer títulos, existencias y bibliotecas públicas o centros de documentación que los atesoran. En conjunto se traza una red de información fundamental para la investigación histórica y genealógica.*

*Elvira Arcella, Mabel Bizzotto e Ignacio Zeballos, trabajadores de la sección de los procesos técnicos de la Biblioteca, se plantean explorar la historia de la institución a través de sus innovaciones en el campo de la bibliotecología, en cuanto a las formas de organización y catalogación de los materiales que resguarda.*

*Vera de la Fuente examina el archivo de Dardo Cúneo. Poeta delicado y sagaz cronista periodístico, Cúneo organizó un riguroso archivo personal que fue donado a la Biblioteca Nacional. El estudio de esos papeles nos conduce a una reflexión sobre la labor archivística y sobre los dilemas que enfrenta a la hora de pensar la relación de esos fondos con la biografía de quienes se ocuparon de su acopio.*

*Ana Guerra nos introduce en el mundo de Pastor Servando Obligado a partir de la revisión de papeles de los más variados: documentos, correspondencias, imágenes fotográficas. Cada una de estas fojas nos da cuenta de las alternativas en las que se debate una vida, y a partir de ella, el clima político y cultural en la que se hallaba inscripta.*

*Alicia Rubio se propone recuperar la experiencia de un personaje poco frecuentado: Francisco Felipe Fernández, que a partir de numerosas piezas teatrales denunciaba las fuerzas morales decadentes que, según su parecer, emanaban de la naciente metrópoli porteña. Una ciudad que se erigía de espaldas a los gauchos e indígenas, y que reclamaba una redención de las muchedumbres subalternas sometidas a un nuevo tipo de subordinación de características diferentes al dominio colonial.*

*Mario Tesler emprende una singular tarea: rehacer la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, luego Biblioteca Nacional, desde el reverso de la identidad de sus máximas autoridades. Sea cuando éstas ocultaban sus nombres, o cuando utilizaban seudónimos para encubrirlas.*

*Rosana Sagré recompone los festejos del Centenario a partir de los monumentos que se erigieron para las celebraciones. La legislación parlamentaria que los proponía, las erogaciones presupuestarias, los escultores contratados y los lugares de emplazamiento forman parte de las actividades que volvían posible la existencia de las figuras que se pensaban emblemáticas de la nación.*

## Recursos de información sobre genealogía e historias locales en Argentina

*Por Elsa Barber\**

La vitalidad de Argentina puede atribuirse, en gran medida, a su composición migrante. Se sabe: quien migra lleva consigo sus propias costumbres, pero también sus deseos y su permanente búsqueda de libertad. Así se producen estos movimientos poblacionales, y se dan en ciertas condiciones históricas que convierten a un territorio en un lugar atractivo para aquella energía emprendedora. Sea por sus condiciones legales, económicas o políticas, Argentina lo fue entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX, cuando los climas beligerantes se apoderaron de Europa; más recientemente, el país se vio modificado por la presencia de inmigrantes provenientes de los países limítrofes.

Aquel que se desplaza –trashumantes les decían a los que iban tras las mejores tierras– debe reinventar su vida en cada punto de arribo. Allí, en ese espacio, se produce la tensión entre la adaptación y la resistencia a la pérdida de sus costumbres. Y Argentina es la resultante de aquellas mezclas, enriquecida por el modo en que las comunidades que se afincaban, y aún lo hacen, en el país conservan sus tradiciones y las derraman sobre el conjunto ofreciéndolas como un don. Y lo hacen a través de periódicos que las congregan. En este trabajo, Elsa Barber, reconstruye la información sobre las distintas colecciones y títulos que conforman una red de bibliotecas públicas oficiales, centros de documentación, centros comunitarios y sitios web, aportando un necesario recurso para la investigación genealógica.

## Introducción

En Argentina, el fenómeno de la inmigración europea y asiática se incrementó alrededor de 1857 y constituyó un aspecto central en la historia del país hasta 1920. Dentro de este período, Argentina fue el destino preferido de la inmigración europeo-asiática, sólo superada por Estados Unidos. De los 5.481.276 inmigrantes que arribaron en esos años, 2.341.126 fueron italianos y 1.602.752, españoles; seguidos, en orden decreciente, por franceses, judíos, austro-húngaros, alemanes, árabes, suizos, portugueses, belgas y holandeses, de acuerdo con los datos proporcionados por la Dirección Nacional de Migraciones (Dirección Nacional de Migraciones, s.f.).

En años posteriores, diversos procesos a nivel internacional, como la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, los conflictos bélicos en Asia o, recientemente, la situación económica imperante en algunos países limítrofes —como por ejemplo, Bolivia, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay—, generaron diversas corrientes inmigratorias que aún continúan, ya que la inmigración constituye en la actualidad un hecho dinámico y creciente. Por supuesto, los desplazamientos masivos de habitantes de un país hacia otros siempre requieren, a corto o largo plazo, que se realicen estudios genealógicos para analizar y reconstruir el escenario histórico en el que se producen sucesos tan significativos. Por otra parte, en el ámbito interno los acontecimientos políticos acaecidos entre los años 1976 y 1983 dieron lugar a diversas investigaciones destinadas a determinar la identidad de gran cantidad de personas.

Arrachea (2006) identifica una serie de etapas en la inmigración vasca

que pueden aplicarse, en general, al proceso inmigratorio europeo hacia Argentina. La autora reconoce una etapa temprana que transcurre entre 1835 y 1853; otra post-constitucional, desde 1853 hasta 1877, en la que al aprobarse la Constitución Nacional que alentaba la inmigración, ésta comenzó a afluir desde Europa; una tercera, posterior a la aprobación de la Ley de Inmigración, que abarca los años 1877 a 1914. Finalmente, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, dentro del período 1936-1945 originan, nuevamente, un importante flujo inmigratorio.

Sobre la base de lo expuesto, este trabajo tiene por objeto presentar, en una primera fase, las entidades identificadas a la fecha, que pueden ofrecer información con valor genealógico en Argentina, en el ámbito de las bibliotecas, de los archivos de la administración pública, de los Registros Civiles, de los archivos eclesiásticos y de los institutos de investigación, como así también, de los sitios web que proporcionen este tipo de datos.

## Biblioteca Nacional de la República Argentina

La Biblioteca Nacional de la República Argentina posee una importante colección de publicaciones seriadas; entre ellas, los diarios de colectividades se destacan por la rica información que proporcionan sobre las familias de inmigrantes que se afincaron en todas las regiones del país. Esta prensa siempre ha sido muy solicitada por los usuarios nacionales. Además, se han recibido pedidos de microfilmación desde el exterior. Sin embargo, en 1992, a



partir de la mudanza de la colección desde el edificio situado en la calle México y hasta hace poco tiempo atrás, ha permanecido desorganizada, en mal estado de conservación y sin el adecuado almacenamiento, en el edificio actual de la Biblioteca ubicado sobre la calle Agüero de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y en parte en depósitos ubicados en la localidad de Ezeiza, en el Gran Buenos Aires (Baravalle, 2007).

Para remediar esta situación, se inició durante el año 2005, en el marco del pre-inventario hemerográfico que había encarado la Biblioteca, la tarea de ordenamiento físico para reunir los ejemplares de cada título. El primer objetivo a alcanzar se limitó a identificarlos, agruparlos de acuerdo con el lugar y el período de publicación, ubicarlos en los estantes y acondicionarlos en cajas libres de ácido. Dicha etapa concluyó en el año 2007. Se trabaja hasta hoy en día para registrar las existencias; queda pendiente a futuro la confección del catálogo actualizado de la colección (Baravalle, 2007).

Este acervo se halla constituido aproximadamente por 520 títulos que personifican a múltiples colectividades, en su mayoría latinas, eslavas, germanas y árabes (Baravalle, 2007a). La mejor representada es la comunidad italiana, le siguen en orden de importancia la israelita y la española. Si bien varias colectividades, como la francesa, la yugoslava, la polaca, la rusa, la alemana, entre otras, tienen una presencia significativa (véase Cuadro 1), un gran número de ellas, tanto europeas como asiáticas, y excepcionalmente americanas, se hallan presentes a través de muy pocos títulos (véase Cuadro 2), o de un único título.

#### Colectividades | Cant. de títulos

Italiana	101
Israelita	72
Española	69
Francesa	23
Yugoslava	21
Polaca	20
Rusa	20
Alemana	16
Árabe	15
Checoslovaca	15
Húngara	15
Lituana	15
Croata	14
Ucraniana	12
Griega	11

#### Colectividades | Cant. de títulos

Armenia	8
Sirio-Libanesa	7
Rumana	6
Búlgara	5
Siría	5
Vasca	5
Libanesa	4
Portuguesa	4
Escandinava	3
Eslava	3
Eslovena	3
Inglesa	3
Suiza	3
Austríaca	2
Cubana	2
Eslovaca	2
Galesa	2
Holandesa	2
Macedónica	2

Al examinar el lugar de edición de los periódicos de la colección, se observa que en la ciudad de Buenos Aires se concentra un número elevado de publicaciones (Baravalle, 2007b), según se detalla en el siguiente cuadro:

**Lugar de edición de los periódicos**

Ciudad de Buenos Aires | 458

**Provincia de Buenos Aires**

Avellaneda	4
Bahía Blanca	4
José Ingenieros	1
La Plata	2
Lanús	1
Luis Guillón	1
Mar del Plata	1
Martínez	1
Sáenz Peña	1
Tres Arroyos	1
Villa Ballester	1

**Chaco**

Eva Perón	1
Presidencia R. Sáenz Peña	5

**Chubut**

Comodoro Rivadavia	1
Gaimán	1
Trelew	1

**Córdoba**

Córdoba	4
---------	---

**Entre Ríos**

Entre Ríos	2
Crespo	1
Gualeduaychú	1
Paraná	1

**Mendoza**

Mendoza	2
---------	---

**Misiones**

Posadas	3
---------	---

**Santa Cruz**

Río Gallegos	2
--------------	---

**Santa Fe**

Moisés Ville	1
Rosario	15
Santa Fe	1

**Tucumán**

San Miguel de Tucumán	2
-----------------------	---

Se han incorporado 15 títulos impresos en Rosario, provincia de Santa Fe, y diarios de diversas localidades de la provincia de Buenos Aires. La

Biblioteca ha recibido el aporte de los periódicos editados en diferentes ciudades de otras provincias del país.

**Bibliotecas de colectividades**

Con respecto a la colectividad italiana, la Asociación Italiana Unione y Benevolenza fundada en 1858, ubicada en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, es en la actualidad un referente cultural de esa colectividad que cuenta con una biblioteca, y en sus salones se llevan a cabo distintas actividades culturales.

En cuanto a las comunidades vascas, si bien los centros tradicionales se fundaron a partir de 1877, la mayoría de los Centros Vascos nacieron durante el período de inmigración por la Guerra Civil Española y se articularon a través de la Federación de Entidades Vasco-Argentinas, fundada en 1955. Todos ellos recibieron el material bibliográfico y documental que aportaron los inmigrantes. Estos recursos de información constituyeron el núcleo de las colecciones que conformaron, luego, las bibliotecas de estas instituciones (Arrachea, 2006). La Federación promovió la creación de la Red de Bibliotecas Vascas, proyecto que se concretó en 2005. Actualmente congrega alrededor de 100 entidades y es la culminación de un proceso iniciado en 1997, desarrollado según el siguiente cronograma (Astigarraga, 2007):

1997: 1ª Encuesta bibliotecas de Argentina. Presentación en el 1º Congreso Americano de Centros Vascos

1998: 1ª Reunión nacional de bibliotecas vascas

1999: 2ª Reunión nacional de bibliotecas vascas

- 2000: 2º Relevamiento sobre la situación de las bibliotecas vascas de Argentina
- 2001: 4ª Reunión nacional de bibliotecas vascas
- 2002: Foro de bibliotecarios por e-mail
- 2003: 5ª Reunión nacional de bibliotecas vascas
- 2004: Proyecto de organización de la biblioteca del Laurak Bat  
6ª Reunión nacional de bibliotecas vascas
- 2005: Red de Bibliotecas Vascas de Argentina (FEVA)

La Red ha impulsado diversas iniciativas: ha elaborado el Catálogo Colectivo de las Bibliotecas Vascas de Argentina, que cuenta con más de 5.300 registros y puede consultarse desde la web (<http://fevabiblio.no-ip.org/pergamo/opac/>); ha realizado dos jornadas de capacitación sobre su funcionamiento; en octubre de 2007 llevó adelante la 9ª Reunión Nacional de Bibliotecas Vascas en el marco de la Semana Nacional Vasca de Rosario. A futuro se propone organizar los archivos documentales de cada entidad vasca a fin de crear un Archivo Vasco-Argentino Virtual, para contribuir con él al Archivo de la Inmigración Vasca o al IRARGI del Centro de Preservación del Patrimonio Cultural Vasco (Astigarraga, 2007).

Entre las bibliotecas vascas se destaca, por un lado la "Joan Salvat Papasseit" en el Casal dels Paisos Catalans de La Plata ([cclaplata@speedy.com.ar](mailto:cclaplata@speedy.com.ar)), inaugurada en 1996. Cuenta con 700 libros en idioma catalán, castellano y francés, periódicos en catalán e inglés. Desde hace tres años, gestiona una Base de Datos con datos e información sobre padres, abuelos y bisabuelos, que emigraron de Cataluña, con cartas de

la época, fotografías, anécdotas, etc. (Capdevila, 2006). Por otro lado, cabe mencionar la biblioteca "Matxin Burdin" del Centro Vasco Euzko Etxea (<http://www.centrovasco.com>). Fundada en 1976, posee un archivo histórico fotográfico digitalizado de familiares de los socios y cuenta con material bibliográfico sobre historia, literatura, genealogía, deportes y heráldica (Medina, 2006).

Las asociaciones de la colectividad gallega, a su vez, se han reunido, desde 1921, en el seno de la Federación de Sociedades Gallegas de la República Argentina (<http://www.fsgallegas.org.ar/>). En su sede funciona el Museo de la Emigración Gallega en la Argentina (MEGA). Su acervo patrimonial incluye objetos vinculados a la emigración, a la República y al exilio donados por la colectividad gallega y sus descendientes, que comprenden documentación pública y privada, registros bibliográficos, fotográficos, sonoros y fílmicos, historias de vida, correspondencia epistolar, objetos personales, instrumentos musicales y archivos de documentación cedidos por el Centro Republicano, entre otros (Museo de la Emigración Gallega, s.f.).

La Biblioteca Galega de Bos Aires nació, también, en el seno de la Federación de Sociedades Gallegas, en conmemoración de su 85º aniversario, y funciona, como el museo, en su misma sede. Heredó el enorme acervo bibliográfico y archivístico del Ateneo Curros Enríquez, biblioteca que había creado la Federación en 1943, receptor de donaciones valiosas como las siguientes:

- Coronel Francisco Galán, militar republicano, cuya familia donó, tras su fallecimiento y por su voluntad, un valiosísimo conjunto de libros

- y folletos referidos especialmente a la Guerra Civil Española, en su faz militar, tanto desde la visión republicana como franquista.
- Centro Republicano Español, institución española de intensa vida entre 1930 y 1980. Tras su disolución, donó su archivo y biblioteca a la Federación.
  - Antonio Salgado, miembro del Centro Republicano Español y uno de sus últimos representantes en Argentina. Donó su biblioteca, referida a temas políticos españoles.
  - López Silva, proveniente de una familia republicana donó obras de gran valor historiográfico.
  - Manuel Pedreira, importante dirigente nacionalista gallego exiliado en Argentina; sus hijas

hicieron la donación de su biblioteca, conformada especialmente por libros, folletos, periódicos y papeles diversos del galleguismo en América (Historia: Federación de Asociaciones Gallegas, s.f.; Álvarez González, 2007).

Finalmente, es interesante señalar que las distintas sociedades de las colectividades españolas en el país se ha federado, y se han agrupado en torno a la Federación de Sociedades Españolas de Argentina que cuenta con 118 instituciones afiliadas y es la más grande del mundo (Federación de Sociedades..., s.f.).

Las bibliotecas de colectividades asumen el rol de conservar la lengua y las costumbres y para ello rescatan



documentos y compilan información sobre los inmigrantes. Administran, así, fondos de interés para las investigaciones genealógicas que se hallan próximos, muchas veces en una misma localidad. Tal es el caso de las bibliotecas de la Asociación Ucraniana Prosvita y de la Asociación Nemunas, en Berisso, provincia de Buenos Aires. La primera fue fundada el 10 de febrero de 1924, con la misión de elevar el nivel cultural de las personas y crear una conciencia de identidad nacional. La segunda fue creada el 17 de agosto de 1950 a raíz del interés de la comunidad lituana por reunir y conservar libros o documentación que dieran permanencia a la memoria y al recuerdo de sus antepasados en lo relativo a la lengua, la

literatura, las costumbres, las manifestaciones culturales y folklóricas con el fin de preservar su identidad étnica (Ristuccia, Pisarello, Albornoz y Borrell, 2006; Albornoz, Borrell, Pisarello y Ristuccia, 2007).

En otros casos, son filiales de una institución que sostiene sedes en distintos países. Por ejemplo, el Instituto Goethe es una entidad pública con sede central en Munich, Alemania, y posee 163 institutos en el exterior. En Argentina se encuentran el Goethe-Institut de Buenos Aires y el Goethe-Institut de Córdoba, además de los centros subvencionados por el Goethe-Institut: la Sociedad Goetheana Argentina en Mendoza y el Instituto Alemán de San Juan ASICARA. Estos organismos establecen vínculos con centros cultu-



rales alemanes especialmente del interior y con bibliotecas e instituciones argentinas (Bader, 2006).

Las bibliotecas de colectividades han comenzado a reunirse anualmente desde 2006. Han llevado a cabo tres congresos. El Primer Encuentro de Bibliotecas de Colectividades se efectuó en la ciudad de La Plata el 16 de septiembre de 2006; el Segundo se desarrolló también en La Plata el 14 de julio de 2007. Ambos eventos fueron organizados por la Biblioteca “Matxin Burdin” del Centro Vasco Euzko Etxea. El sábado 7 de junio de 2008, en la Federación de Asociaciones Gallegas de la República Argentina, se realizó el Tercer Encuentro de Bibliotecas de Colectividades (3EBC), organizado en forma conjunta por la Biblioteca Galega de Bos Aires y la “Matxin Burdin de La Plata”. Sus objetivos se planteraron en términos de intercambio de experiencias y de contacto para emprender acciones en común. Asistieron unas 60 personas en representación de 29 instituciones de diversas colectividades, tales como la Andaluza, la Brasileña, la Bielorrusa, la Catalana, la Friulana, la Gallega, la Japonesa, la Judía, la Lituana, la Polaca, la Rusa, la Ucraniana, la Uruguaya y la Vasca (Tercer Encuentro de bibliotecas de Colectividades: Conclusiones, s.f.). Cabe destacar que en el Segundo Encuentro se presentó el Directorio de Bibliotecas de Colectividades de la República Argentina (2007) que puede consultarse en <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/Directorio%20Bibliotecas%20de%20Colectividades-2007-08-06.pdf> (Astigarraga, 2007). Así mismo, en el Tercer Encuentro se acordó crear una lista electrónica para facilitar la comunicación y

poner al servicio del grupo recursos ya existentes, como boletines informativos, convocatorias para realizar actividades de promoción cultural y bibliotecaria y cursos de capacitación para voluntarios: [bibliotecasdecolectividades@gruposyahoo.com.ar](mailto:bibliotecasdecolectividades@gruposyahoo.com.ar). Para la realización del próximo encuentro se propuso la Biblioteca del Jardín Japonés, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. La información generada en el 3EBC estará disponible en: <http://www.centrovasco.com> (Área Biblioteca) (Tercer Encuentro de Bibliotecas de Colectividades: Conclusiones, s.f.).

#### **Archivos de la administración pública**

La Dirección Nacional de Migraciones es la autoridad de aplicación de la política y la normativa migratoria en Argentina. Tiene competencia sobre la admisión, otorgamiento de permisos de ingreso o residencia para los extranjeros, control de su ingreso, permanencia y egreso. En la actualidad la República Argentina desarrolla una política migratoria inclusiva; el Ministerio del Interior, por intermedio de la Dirección Nacional de Migraciones, implementa mecanismos tendientes a lograr la cobertura legal de todos los inmigrantes.

En el marco del Decreto 578/05 lleva adelante el Programa de Normalización Documentaria Migratoria para los extranjeros nativos de los Estados Parte del Mercosur y sus Estados Asociados. Certifica las entradas de pasajeros a Argentina de 1928 a la actualidad. También extiende una certificación negativa en caso de que el inmigrante haya ingresado en el período comprendido entre 1870 y 1882, en que se quemaron los libros de registro.

El Hotel de los Inmigrantes –hoy Museo Nacional de la Inmigración, dependiente de la Dirección Nacional de Migraciones– alojó entre 1911, año en que se inauguró, y 1920, el 39,76% de los pasajeros llegados al Puerto de Buenos Aires, un total de 479.126 inmigrantes a quienes se registró, se les dio alojamiento, cobertura de salud y capacitación para futuros empleos. La iniciativa de crear el Museo se planteó en 1983, en 1990 fue declarado Monumento Histórico Nacional. Hoy encara el Programa Complejo Museo de la Inmigración. Solicita la colaboración de la población a través de donaciones o de la cesión en guarda o préstamo de aquello que recuerde a quienes llegaron a Argentina en busca de una vida mejor. Pueden ser documentos, pasaportes, documentos del país de origen u otros de algún antepasado, familiar o amigo; en caso de objetos, elementos de la vida diaria, vestimentas, libros de la cultura de origen o de devoción religiosa (cualquiera sea la religión practicada), etc. Al darlo en guarda, el dador mantiene la propiedad y puede recuperarlo por su propia voluntad; si lo otorga en préstamo, se lo retiene al solo efecto de permitir su duplicación mediante sistemas computarizados, en el caso de documentos o fotografías, y para su fichaje y fotografiado en caso de objetos. Ofrece otros servicios tales como la biblioteca, que contiene las Memorias de la Dirección Nacional de Migraciones, libros y artículos, disponibles para consulta del público. Una vez por año programa “Homenajes” a diferentes colectividades. Permite la consulta gratuita de la base de datos de inmigrantes elaborada por el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) (Dirección Nacional de Migraciones, s.f.). Si bien hay que aclarar

que las entradas de las que se conservan registros en Argentina, corresponden solamente a las del puerto de Buenos Aires. En los puertos de Bahía Blanca, Rosario y La Boca, no se registraban los ingresos. Tampoco hay registros de los Vapores de la Carrera que llegaban con inmigrantes desde Uruguay (Apellidos italianos..., 2002).

El Archivo General de la Nación ofrece la consulta gratuita sobre la entrada de buques de pasajeros desde 1821 a 1869, en el Departamento de Documentos Escritos, 7° Piso (Archivo General de la Nación, 2008).

El Registro Nacional de las Personas (ReNaPer) es el organismo nacional que tiene por cometido realizar el registro e identificación de todas las personas físicas que se domicilien en el territorio argentino o en jurisdicción argentina, y de todos los argentinos cualquiera sea el lugar de su domicilio, llevando un registro permanente y actualizado de los antecedentes de mayor importancia, desde su nacimiento y a través de las distintas etapas de su vida, protegiendo el derecho a la identidad. Para obtener datos del Archivo, se debe cursar oficio al Director del Registro Nacional de las Personas.

El Museo de la Memoria, en Rosario, cuenta con una biblioteca y con el archivo documental Voces de la Memoria. Posee un importante acervo bibliográfico, con más de 2.000 volúmenes, dedicado al análisis y estudio del terrorismo de Estado y los derechos humanos, orientado al caso argentino y al latinoamericano. Este material procura considerar el estudio de dicha problemática transversalmente, desde campos disciplinarios. En la biblioteca pueden encontrarse informes, investigaciones y documentos elaborados por instituciones nacionales y extranjeras, entre

otras del Centro de Estudios Legales y Sociales, de la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas, de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, del Instituto Interamericano de Derechos Humanos con sede en Costa Rica, de Amnistía Internacional y de la Comisión Nacional sobre prisión política y tortura (Chile). Cuenta con una importante colección de publicaciones periódicas vinculadas al período 1976-1983, conformada por materiales gráficos de aparición semanal y mensual. Integran este acervo publicaciones producidas por las diferentes juntas militares así como una copia digitalizada de más de ciento cincuenta mil fojas que conforman la Causa Feced, pieza fundamental para comprender las características del accionar represivo y el *Diario del Juicio a las Juntas*, producido en el primer gobierno democrático. El fondo documental se completa con una selección de recortes periodísticos ordenados en carpetas según descriptores, lo que facilita y agiliza la búsqueda de información por parte del usuario. El archivo testimonial trata de reconstruir el pasaje por la vida de las personas desaparecidas gracias a testimonios orales de distintos actores que tuvieron vínculos con dichas personas. Los documentos se organizan en carpetas, una por cada persona desaparecida que contienen, además del testimonio oral, otros documentos y materiales relacionados. El acceso al contenido del archivo depende de la autorización previa y expresa de los testimoniantes.

### Registros Civiles

El Archivo del *Registro Civil* Central recibe los pedidos de partidas urgentes para trámites de identificación, reque-

rimientos del Poder Judicial u otros trámites que revistan carácter de imprescindible debidamente acreditado. En esta dependencia se gestionan la Partidas Parroquiales, es decir, aquellas inscripciones realizadas en las iglesias de la ciudad de Buenos Aires previas a la creación del Registro Civil en el año 1886.

Los trámites para obtener las partidas de nacimiento, matrimonio y defunción anteriores al año en curso pueden realizarse en la Circunscripción del Registro Civil correspondiente al domicilio del interesado. La solicitud de partidas de nacimiento, matrimonio y defunción bilingües sin búsqueda puede realizarse por Internet. Debe proporcionarse el nombre, apellido, tomo, acta y sección. Si no se cuenta con esos datos deberá





gestionarse un trámite “con búsqueda” y suministrar fecha aproximada, nombre y apellido (Gobierno de la Ciudad: Registro Civil, 2008).

### Archivos eclesiásticos

El presbítero Edgar Stoffel (2006) se ha referido a la naturaleza y el aporte de los archivos eclesiásticos. Ha destacado que la obligación de archivar la documentación eclesiástica a nivel diocesano y parroquial fue instaurada por el Concilio de Trento. Se regulaba, así, una práctica que en algunos casos se remontaba, en Europa, a los primeros siglos de la historia eclesial. Se ordenaba a los párrocos, vicarios, curas y rectores de iglesias llevar y conservar los libros y los documentos que fuesen necesarios como constancia del ejercicio ministerial, especialmente de la administración de los sacramentos.

Stoffel (2006) ha definido el archivo parroquial como la colección de libros y documentos dispuestos para una gestión adecuada de la labor sacerdotal. Los registros parroquiales testifican la celebración de los sacramentos y anotan las defunciones. Contienen una parte importante de la memoria histórica del pueblo católico que habita en una jurisdicción dada, dejan entrever su dinámica institucional y social.

Si bien la documentación contenida en los repositorios parroquiales no tiene aparentemente demasiado valor, registra la vida de la comunidad en la que está inserta la parroquia y es, por lo tanto, una fuente relevante para los estudios genealógicos. La comunidad eclesiástica argentina ha reconocido progresivamente la importancia de estos repositorios. En los años 2005 y 2006 se realizaron las primeras y segundas

Jornadas de Archivos Religiosos en Rosario y Santa Fe, respectivamente, organizadas por diversas asociaciones de archiveros, tanto locales como nacionales. En el mes de junio de 2006 se realizaron las Jornadas de Archivos Eclesiásticos en Buenos Aires. Igualmente, la Conferencia Episcopal Argentina editó en 2006 “La función pastoral de los archivos y museos eclesiásticos. Cartas–Documentos de la Pontificia Comisión para los bienes culturales de la Iglesia” (Stoffel, 2006).

### Institutos de investigación

El Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, fundado el 10 de noviembre de 1940, facilita el acceso e intercambio de información con instituciones, especialistas e interesados en la genealogía y otras disciplinas relacionadas. Sus publicaciones reflejan parte de la actividad desarrollada por el Instituto, sus miembros y colaboradores. La entidad edita la revista *Genealogía*, un boletín, fuentes y otros recursos. Se reúne en sesión ordinaria mensualmente, una vez que ésta ha finalizado se celebra la sesión pública de acceso libre donde un miembro o invitado del instituto expone sobre un tema relativo a las disciplinas de interés.

El Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) forma parte de una organización mayor. Pertenece a la Congregación de los Misioneros de San Carlos (Scalabrinianos), fundada en 1887 para brindar asistencia moral, material y religiosa a los emigrantes italianos, ante la falta de protección y asistencia en que se hallaban en los tiempos de emigración masiva. Es miembro de la Confederation of Centers for

Migration Studies Giovanni Battista Scalabrini que agrupa, como su nombre lo indica, a los centros de estudios sobre migraciones ubicados en diferentes ciudades. Todos ellos tienen como finalidad difundir la producción académica relacionada con el estudio de las migraciones en sus respectivas áreas y promover actividades en torno a la temática. Específicamente, el Centro de Estudios Migratorios nació por iniciativa del padre Luigi Favero, el 28 de diciembre del año 1985 (López, 2007).

Ese mismo año, el CEMLA organizó las Primeras Jornadas sobre Inmigración y Colectividades en la Argentina. Co-organiza junto con otras instituciones eventos sobre el tema que se realizan cada dos años a partir de 1987. Desde sus comienzos, se comprometió con una publicación que se continúa editando —*Estudios Migratorios Latinoamericanos*— que es la primera revista de Argentina y el continente dedicada a temas migratorios. Encaró la preservación y microfilmación de fuentes documentales de la inmigración en Argentina y en particular de la inmigración italiana en el país, en Uruguay y en Chile.

Asimismo, el CEMLA es sede de trabajo de numerosos investigadores del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que, estimulados por el campo abierto a los estudiosos, orientaron su especialización hacia las migraciones. Es también el referente local para muchos especialistas de instituciones académicas del exterior. Desde su creación, ha recibido y asistido a investigadores de universidades de Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, España, Alemania, Italia, Francia, Polonia, etc. (López, 2007).

El CEMLA se ha dedicado a la preserva-

ción de muchos documentos en peligro mediante la microfilmación de archivos de instituciones étnicas (especialmente italianas) en Argentina, Uruguay y Chile y de colecciones de periódicos étnicos. De especial trascendencia ha sido la digitalización de las listas de desembarco en el puerto de Buenos Aires, es decir, de la información contenida en los libros de ingreso de inmigrantes conservados en la Dirección Nacional de Migraciones.

En una primera etapa se han ingresado más de tres millones de nombres en un banco de datos que posibilita analizar diversos aspectos de la modalidad migratoria que permanecían oscuros hasta ahora. Permite la rápida búsqueda de las personas llegadas, por apellido y nombre, lo que facilita la ubicación de los datos de entrada al país entre los años 1882 y 1929. Otra de las actividades del CEMLA es la edición de libros dedicados al tema. Todas sus publicaciones pueden consultarse en su biblioteca especializada en migraciones. Contiene un acervo bibliográfico de más de 2.000 libros y alrededor de 100 títulos de publicaciones seriadas (López, 2007).

### Sitios web

Asimismo, es valiosa la información que proporcionan algunos sitios web, resultado de la iniciativa personal de los miembros de las colectividades. “Inmigración italiana” (<http://www.apellidositalianos.com.ar/index.htm>), creado por Analía Montórfano, quien es también su *webmaster*, brinda desde 2002 información que facilita la investigación acerca de estos inmigrantes en la región. Dado que la mayoría de las personas que inmigraron a raíz de problemas económicos, epidemias, revoluciones

se dirigieron hacia América, muchos latinoamericanos descienden de inmigrantes, en gran medida, italianos. El sitio se halla orientado, aunque no de manera exclusiva, a quienes arribaron desde Italia a estas tierras, y, especialmente, a sus descendientes. Se propone destacar la importancia de la conservación de los archivos familiares, privados y estatales, ya que constituyen un patrimonio histórico que debe ser custodiado. Ofrece diversas herramientas necesarias para facilitar la búsqueda de apellidos italianos en idioma español, da acceso a información genealógica, paleográfica, onomástica, etc. Incluye listados de entradas de pasajeros a distintos países de América, una lista de pasajeros a Indias desde 1509 a 1790, un directorio de lugares donde obtener datos sobre migración.

Otro aporte, aunque acotado, proviene del sitio que cuenta la historia de la ciudad de Esperanza, primera colonia agrícola organizada de Argentina. El sitio, diseñado por Hugo Zingerling (<http://www.zingerling.com.ar/>), ofrece información sobre la ubicación original de las familias fundadoras de Esperanza, Santa Fe, en el plano de la colonia correspondiente al año 1856; sobre las familias alemanas y suizas en el Departamento Las Colonias durante el período 1869-1895, y datos de fundación, patrono, correo electrónico, etc. de los pueblos y ciudades de Santa Fe por Departamento.

## Conclusión

La breve síntesis que se ha presentado ha intentado reflejar, en una primera instancia, de manera panorámica, las actividades que desarrollan y los recursos con los que cuentan las instituciones públicas y privadas que compilan documentación significativa para los estudios de genealogía y de historias locales en Argentina. La riqueza y variedad de dichos recursos y de los emprendimientos que se llevan a cabo para ponerlos a disposición del público en general evidencian la necesidad de profundizar y ampliar las investigaciones en esta dirección.

Cabe esperar, entonces, que el Seminario Internacional de Genealogía e Historias Locales: Desafío para bibliotecas e archivos/“Historias Ocultas” organizado por el Committee on Free Access to Information and Freedom of Expression, la Swedish International Development Agency y el Archivo Nacional de Brasil, contribuya a darles impulso y a afianzar el sistema internacional de información sobre esta temática.

\* **Subdirectora de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.**

## BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, S., Borrell, M., Pisarello, R., & Ristuccia, C. (2007). Bibliotecas de las colectividades Ucraniana y Lituana de Berisso. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007>
- Álvarez González, A. (2007). ¿Por qué una biblioteca gallega en Buenos Aires?. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007>
- Apellidos italianos: Genealogía italiana en español. (2002- ). Recuperado octubre 27, 2008, de <http://www.apellidositalianos.com.ar/index.htm>

- Apellidos italianos: Parroquias de Argentina. (2001- ). Recuperado octubre 27, 2008 de [http://www.apellidositalianos.com.ar/parroquias\\_argentina.htm](http://www.apellidositalianos.com.ar/parroquias_argentina.htm)
- Archivo General de la Nación. (2008). Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://www.mininterior.gov.ar/agn/>
- Arrachea, M. M. (2006, agosto). Situación de las bibliotecas de instituciones vascas en la República Argentina. Recuperado octubre 6, 2008, de [http://www.euskosare.org/komunitateak/jakinet/bibliotecas\\_vascas\\_argentina/at\\_download/file](http://www.euskosare.org/komunitateak/jakinet/bibliotecas_vascas_argentina/at_download/file)
- Astigarraga, M. F. (2007). Catálogo colectivo de las Bibliotecas Vascas de Argentina. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007>
- Bader, M. (2006). Biblioteca del Goethe-Institut Buenos Aires. Biblioteca "Matxin Burdin" del Centro Vasco "Euzko Etxea". En Primer Encuentro de Bibliotecas de Colectividades: sábado 16 de septiembre de 2006. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion%202006/Biblioteca%20Instituto%20Goethe%20Bs%20As.pdf>
- Baravalle, M. (2007). La prensa de colectividades en la Biblioteca Nacional Argentina. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/Prensa%20extranjera%20en%20Biblioteca%20Nacional-Baravalle.pdf>
- Baravalle, M. (2007a). Prensa periódica de colectividades extranjeras existentes en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Argentina: Listado por colectividad. En 2º Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de Julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/Listado%20x%20colectividad-%20Prensa%20Extranjeras%20en%20Biblioteca%20N.pdf>
- Baravalle, M. (2007b). Prensa periódica de colectividades extranjeras existentes en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Argentina: Listado por título de publicación. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/Listado%20x%20titulo%20Prensa%20Extranjera%20en%20Biblioteca%20Nacional....pdf>
- Biblioteca: Federación de Asociaciones Gallegas. (s.f.). Recuperado septiembre 29, 2008, de [http://www.fsgallegas.org.ar/?page\\_id=5](http://www.fsgallegas.org.ar/?page_id=5)
- Bienvenidos a la página de la historia de Esperanza, 1er. colonia agrícola organizada de Argentina. (2002- ). Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://www.zingerling.com.ar/>
- Capdevila, C. R. (2006). Biblioteca "Joan Salvat Papasseit" del Casal dels Paisos Catalans de La Plata. En 1º Encuentro de Bibliotecas de Colectividades: sábado 16 de septiembre de 2006. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion%202006/Biblioteca%20Catalana.pdf>
- CEMLA. (s.f.). Recuperado octubre 16, 2008, de <http://www.cemla.com>
- Dirección Nacional de Migraciones. (s. f.). Recuperado octubre 27, 2008, de <http://www.migraciones.gov.ar/>
- Directorio de Bibliotecas de Colectividades de la República Argentina. (2007). En 2º Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de Julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/Directorio%20Bibliotecas%20de%20Colectividades-2007-08-06.pdf>
- IIIº Encuentro de bibliotecas de Colectividades: Conclusiones. (s. f.). Recuperado del sitio Web de la Federación de Asociaciones Gallegas, septiembre 29, 2008, de <http://www.fsgallegas.org.ar/?p=114>
- Federación de Sociedades Españolas de Argentina. (s. f.). Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://www.fedespa.org.ar/bienvenidos.php>
- Genealogía Argentina: Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://www.genealogia.org.ar/>
- Gobierno de la Ciudad: Registro Civil. (2008). Recuperado del sitio web del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, septiembre 29, 2008, [http://www.registrocivil.gov.ar/areas/registrocivil/?menu\\_id=10](http://www.registrocivil.gov.ar/areas/registrocivil/?menu_id=10)
- Historia: Federación de Asociaciones Gallegas. (s. f.). Recuperado septiembre 29, 2008, de [http://www.fsgallegas.org.ar/?page\\_id=7](http://www.fsgallegas.org.ar/?page_id=7)
- López, M. C. (2007). El CEMLA y su importancia en el estudio de las inmigraciones. En Segundo Encuentro de Bibliotecas de Colectividades, La Plata, 14 de julio de 2007. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion2007/CEMLA-Monica%20Lopez.pdf>
- Medina, G. (2006). Biblioteca "Matxin Burdin" del Centro Vasco "Euzko Etxea". En 1º Encuentro de Bibliotecas de Colectividades: sábado 16 de septiembre de 2006. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion%202006/Biblioteca%20Matxin%20Burdin.pdf>
- Museo de la Emigración Gallega: Federación de Asociaciones Gallegas. (s.f.). Recuperado septiembre 29, 2008, de [http://www.fsgallegas.org.ar/?page\\_id=6](http://www.fsgallegas.org.ar/?page_id=6)
- Ristuccia, C. A., Pisarello, R. Z., Albornoz, S. B., & Borrell, M. (2006). Las Bibliotecas de las Asociaciones Prosvita y Nemunas, de Berisso. En Primer Encuentro de Bibliotecas de Colectividades: sábado 16 de septiembre de 2006. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://euskadi.7host.com/centrovasco3/biblioteca/reunion%202006/Bibliotecas%20Asociaciones%20Prosvita%20y%20Nemunas%20de%20Berisso.pdf>
- Stoffel, E. G. (2006). El archivo parroquial. Trabajo presentado en las VI Jornadas de Historia Eclesiástica Argentina, realizadas el 9 y 10 de junio de 2006. Recuperado septiembre 29, 2008, de <http://www.archivistica.net/ELARCHIVOPARROQUIAL.pdf>

# Biblioteca Nacional: los procesos técnicos en el Centenario<sup>(\*)</sup>

*Por Elvira Arcella, Mabel Bizzotto e Ignacio Zeballos*

La historia de un país puede reconstruirse de distintas formas. La mirada de quien relee el pasado puede posarse en la vida de los nombres que lo protagonizaron, en sus batallas y dilemas. Pero también esta historia puede indagarse a partir de sus instituciones. Sea en sus decisiones, en sus creaciones o en sus polémicas. En este caso, ofrecemos un trabajo que revisa los primeros cien años de Argentina desde su “primogénita creación revolucionaria”, la Biblioteca Nacional –concebida así por uno de sus célebres directores–, desde el punto de vista del orden administrativo de sus procedimientos bibliotecológicos y sus innovaciones en el campo de la catalogación. Cada momento de una institución entraña su propia singularidad. Sin embargo, hay invenciones que marcan su destino. La dirección de Vicente Quesada y la de Paul Groussac pueden considerarse como tales: hitos que torcieron el rumbo de la Biblioteca. Las observaciones críticas del primero respecto a las formas de organización, y la confección del *Catálogo Metódico* por parte del segundo, son puntos salientes de un perseverante trabajo institucional que no cesa en su búsqueda de un orden, borgeanamente imposible, para la memoria atesorada.

## Introducción

Próximos a celebrar el segundo centenario de la Biblioteca Nacional, creemos oportuno trazar un panorama de la labor bibliotecológica y del estado de los conocimientos técnicos hacia 1910, el momento del Centenario.

Antes de iniciar este recorrido consideremos situarnos en el escenario temporal de esos, sus primeros cien años de vida, partiendo de septiembre de 1810, en que los hombres de Mayo respondieron con firmeza a la demanda política y cultural del momento revolucionario con la imprescindible convicción de dotar al pueblo de una institución que se encargara de constituir un modo público y democrático de acceso a la educación y a la ilustración, forma única de asegurar los logros políticos que se fueran obteniendo en la conformación de una identidad nacional e independiente. Primer momento que se vio reflejado en la inmediata respuesta de la ciudadanía donando generosamente sus colecciones particulares y parte de su peculio.

Intentaremos describir, desde lo bibliotecológico, la evolución de las ideas que llevaron desde aquel acto fundacional –del cual también participarán la prensa, la escuela y la universidad, pero a sabiendas de que la Biblioteca, en palabras de Groussac, “es la primogénita de las creaciones revolucionarias todavía subsistentes, siendo así que la *Gaceta*, también del año 10, distaba mucho de ser el primer periódico publicado en Buenos Aires” (Groussac, 1901: 367)– hasta la concreción en aquella entidad de presencia consolidada en la Nación del Centenario.

En el transcurso de este primer siglo veremos pasar por su dirección a

notables figuras de la historia argentina, pero no pretende este trabajo convertirse en un racconto biográfico de ellas, sino más bien indagar su contribución a la organización de la Biblioteca.

Como profesionales de Procesos Técnicos de esta Biblioteca, anhelamos que este aporte a modo de recorrido por la conformación bibliotecológica–administrativa desde los días de Mayo hasta 1910 constituya una herramienta que sirva para comprender la inspiración que guiaba a quienes la fueron haciendo a través de los años, observada desde la perspectiva actual pero teniendo en cuenta las corrientes de pensamiento predominantes en sus distintos momentos.

## Las primeras tareas

La Biblioteca Pública de Buenos Aires funcionó, desde su creación en 1810 hasta su primera mudanza en 1901, en el local de “las Temporalidades” que la Junta le destinó en los fondos del Colegio de San Carlos –hoy Nacional de Buenos Aires–, junto con el cual formaba la llamada Manzana de las Luces.

Fue dirigida durante once años por el presbítero Luis José de Chorroarín, quien tuvo a su cargo la organización del establecimiento, así como la inauguración y la apertura al público de sus instalaciones en 1812. Chorroarín fue el responsable de los primitivos inventarios y del primer reglamento, donde se establecía, por ejemplo, que la Biblioteca estaría abierta al público desde las 8 hasta las 12.30 del día entre noviembre y abril, y que ese horario se modificaría en los meses siguientes (Acevedo, 1992: 20).

Desde ese inicio, marcado por la emergencia revolucionaria y, contrariando

lo que podría intuirse como el improvisado apremio con que de la nada pretendía crearse una empresa cultural de semejante índole, es posible comprobar que existía una conciencia previa de lo que debía ser la labor bibliotecaria. Estos saberes, aunque rudimentarios, pueden notarse, por ejemplo, en la intención de reglamentar los servicios que debían prestarse a los lectores, en la elaboración de listados e índices, en los intentos de división temática de la colección por salas. Sin embargo, el concepto del catálogo como instrumento principal de acceso al libro todavía estaba ausente.

La primera organización del material bibliográfico de la actual Biblioteca Nacional se debió a Manuel Moreno, su director desde 1822 hasta 1828. Se trataba de una simple distribución espacial entre las salas —que podemos imaginar como exiguas habitaciones— del local refaccionado tras un violento temporal en 1822 y ampliado con la cesión del gobierno de “la parte contigua de la casa alta, [...] la primera de las Del Estado, viniendo de la Ranchería á la imprenta de los Expósitos”; esto es, la intersección de las actuales calles Perú y Moreno, con entrada por esta última.

Trabajaban en la Biblioteca su director, dos ayudantes y un portero. La dotación de personal consiguió aumentarse recién bajo la dirección de Mármol, a partir de 1858, con un escribiente auxiliar. Para esas fechas, y luego de ríspidas disputas entre los sucesivos directores y los gobernantes (Parada, 2009: 234), se estableció que la Biblioteca estuviera abierta al público durante cinco horas: desde las 9 de la mañana hasta las 2 de la tarde, exceptuando los días de fiesta. A pesar de la extensión del horario, durante muchos

años la concurrencia continuará siendo escasa, así como lenta será la incorporación de nuevo material, fuera de las publicaciones oficiales.

El informe de 1823 al Registro Estadístico da cuenta de que la Biblioteca Pública custodiaba 17.229 volúmenes distribuidos —en seis salas de estantes abiertos— de acuerdo con su temática:

- Ciencias
- Historia, Geografía y Viajes
- Letras Sagradas y Teología
- Moral y Predicalis
- Bellas Artes, Artes e Idiomas
- Política y Legislación.

Esta organización habrá de mantenerse, apenas con ligeros cambios, por unos cincuenta años. Así, el mismo Registro pero de 1854 apunta que la colección estaba distribuida del siguiente modo:

- Obras de Derecho y Ciencias Políticas
- Literatura y Filosofía
- Teología y Moral casuística
- Letras Sagradas y Santos Padres
- Historia y Viajes
- Ciencias Positivas o Prácticas.

No es posible hallar mayores referencias de índole técnica ya que el énfasis de los escasos informes de esos años está puesto en el inventario y en la organización y ordenación de las obras en las salas. Era una época caracterizada por la “ausencia total de funciones técnicas o especializadas” (Parada, 2009: 241), antes bien, la práctica bibliotecaria se basaba en el empirismo culto y en la erudición. Los llamados catálogos no estaban regidos por una clasificación sistemática, sino que se trataba de listas o inventarios alfabéticos que ayudaban a un mayor control de los

TÍTULO	LUGAR	AÑO
de la biblioteca de la banca organizada por decreto		
de la oficina reservada al Consulado de		41 =
de la oficina reservada al Consulado		27
de la oficina reservada al Consulado		16

Catálogo de manuscritos

nuevos fondos que iba adquiriendo la Biblioteca: “clasificar” era guardar.

Puede encontrarse, en cambio, la observación hecha por Quesada –en su memoria de 1871– de que hacia fines de 1833, durante la recién iniciada gestión de Terrero, una comisión nombrada por el Poder Ejecutivo provincial para examinar el establecimiento reveló la desaparición de una cantidad de volúmenes cercana a los dos mil, pero indeterminada debido a la inexactitud y el desarreglo en que se encontraban los índices y catálogos que hubieran permitido efectuar el cómputo preciso de las existencias. Da cuenta además de la dificultad para prestar servicio al público debido al “hacinamiento confuso” de las obras presentes.

La base para dicha evaluación pudo haber sido el primer Libro de donaciones, que contiene el listado –ordenado por años, de 1810 a 1850–, de las obras ingresadas a la Biblioteca. Encabezado por la leyenda “Libros extraídos de la librería del Colegio de San Carlos, pertenecientes en parte al mismo Colegio y en parte al D<sup>e</sup>. Chorroarín”, consigna –debajo de los nombres de

los donantes y una aclaración sobre su profesión o cargo– algunos detalles de las obras: autor, título, cantidad de tomos y volúmenes, formato y, sólo en algunos casos, el idioma.

Pero no se limitaba este libro a la relación de las obras donadas. Aparecen en él varias notas de tipo aclaratorio, como por ejemplo la expresada bajo la donación de “D<sup>n</sup>. Bartolomé Muñoz, vicario general castrense del ejército de la Banda Oriental”, en los años 1813, 1814 y 1815: tras una lista de donativos que incluye libros, planos y artículos diversos, como “un microscopio completo, con su caja de caoba” y “un termómetro capilar, y un prisma”, se aclara que “la relación impresa de este donativo se hizo en la Gazeta Ministerial de 11 de junio de 1814, no según lo que se recibió, sino conforme a la nota q<sup>e</sup>. remitió el donante, con la q<sup>e</sup>. no concuerdan los artículos recibidos, pues se echan de menos los siguientes”, pasando a listar los que faltaron.

También en este libro se registra un hecho extraordinario: a pesar de la expresa prohibición estipulada en el Reglamento (en el original de 1812 e,



incluso, en sus modificaciones de 1850) acerca del préstamo de libros, aparece la anotación del 24 de marzo de 1869 del préstamo hecho al general Mitre, a la sazón ex-presidente de la Nación, de la obra *Teatro americano* por José Antonio Sánchez. A continuación se apunta: “Se ha devuelto esta obra en 24 de agosto del mismo año”.

La comisión de 1833, conformada por el sabio italiano Octavio Fabricio Mossotti, Valentín Alsina (anterior

No existe en el Registro Oficial, de 1837 hasta principios de 1852, anotación ni disposición alguna con respecto a la Biblioteca. Recién a partir de 1866, a instancias del ministro de Gobierno Avellaneda, se empieza a cumplir con la exigencia de elevar a las autoridades una memoria anual detallada de la gestión.

Carlos Tejedor, en su informe publicado en el Registro Oficial de 1854, además de notificar un recuento total de

Lopez (Juan de)	1770	Libro de este nombre...
Ayara (Felix de)	1793	Documentos historia, fisica, politica y geografica del Paraguay...
Riego (Pedro de)	1866 v. 5	Documentos en papel del General...
Lopez (Antonio)	1866	Manuscritos historicos, dogmaticos, criticos...
Alonso Diego	1869	Discurso de filosofia dictado en el aula de teologia...
Lopez (Antonio)		Manuscritos de B. Luis...
Pizarro (Blas)		Acuerdo Nacional Argentino...
Lopez y Pizarro (Manuel)	1869	Dictamen sobre el daval que usan los peregrinos en la plaza...
Olivares (Miguel)	1870	Opusculo municipal pro felicia occupatione...
	1858-63	Catálogo del principal monetario del Banco de B. Pinar...

Catálogo de manuscritos

director, por algunos meses, de la Biblioteca) y el presbítero José León Banegas, indicó además una serie de medidas que estimaba convenientes: la revisión del Reglamento de la Biblioteca y la implantación de un sistema de “clasificación general de los conocimientos humanos más exacta que la viciosa que hoy rige en los índices particulares destinados al servicio del público”. Lamenta Quesada que se haya extrañado el modelo para la elaboración de un “Gran Catálogo Jeneral Bibliográfico”, que aquella comisión decía que acompañaba al informe.

volúmenes de 15.397 (es decir, menor al de 1823, aunque Groussac juzgue a esa cifra como incorrecta), menciona la aplicación de una incipiente catalogación, de la que sin embargo no ofrece detalles, y la reubicación en una nueva sala especial de la “importante sección de publicaciones periódicas” que se intentaba completar.

Mármol, en el suyo de 1870, expresa su interés en deshacerse de toda la sección de Teología, donándola a cualquier convento: “de este modo la vida de los santos estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio por algún tiempo para colocar las obras de ciencias, literatura

y arte” (Groussac, 1901: xxxv). Su propuesta no prosperó, felizmente según Groussac, ya que en esa sección que se pretendía eliminar se hallaba la base noble de la Biblioteca, la ciencia y la literatura medieval, obras que valora como “tesoros inapreciables de la erudición”. En cambio, fue debido a iniciativa de Mármol el decreto que dispuso que se entregaran a la Biblioteca dos ejemplares de cada publicación oficial y de “todo libro o folleto cuya publicación fuera auxiliada por el Gobierno”. Éste es el origen del depósito legal, que la Biblioteca centralizó hasta 1934 (Acevedo, 1992: 24).

Al momento de ocupar la dirección de la Biblioteca en septiembre de 1871, Vicente G. Quesada hizo una descripción de la Biblioteca –de un inventario de 20.104 volúmenes– con el material organizado en siete salas, cada una con su propio catálogo:

- Jurisprudencia
- Literatura y Filosofía
- Casuística [Teología]
- Patrología
- Historia y Geografía
- Ciencias y Artes
- Manuscritos, Periódicos y Obras Diversas.

Sin embargo esos catálogos, “deficientes, defectuosos y llenos de errores, algunos corregidos ó borrados” según Quesada (1879: 5), carecían de las indispensables designaciones bibliográficas: “Difícil era buscar un libro con arreglo á ellos, y cuando un libro no se encontraba era imposible averiguar si se había perdido, ó si se había prestado; porque de nada quedaba constancia en el establecimiento”; por otra parte, los libros a los que los catálogos hacían referencia tenían anotados –sobre la

carátula misma y en tinta– la sala y el estante donde estaban ubicados. Esto debió ser subsanado sustituyendo las anotaciones manuscritas por tejuelos pegados con goma en la retiración de las tapas (Quesada, 1879: 6).

Reconoce Quesada la imposibilidad de determinar bajo cuál de las pasadas direcciones fue adoptado aquel sistema de organización –que califica como “inadecuado y defectuoso, no solo porque no respondía á ningun método, sino porque, la falta de local hacia imposible la colocacion conveniente de los libros” (Quesada, 1879)–, ni si fue el resultado de las recomendaciones de la comisión de 1833, “porque los libros del establecimiento no dan ningún conocimiento de las medidas que se adoptaban y de las resoluciones gubernativas” al respecto.

Quesada también inició –con la colaboración de su hijo Ernesto– el ordenamiento de la sección de manuscritos en volúmenes y con índices analíticos. El antecedente fundacional de esta sección fueron los pliegos de *La revolución del Perú* de José Gabriel Tupac Amaru, la *Historia de la Provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del jesuita Pedro Lozano, y un libro de horas manuscrito y miniado del siglo XV, titulado *Officium Parvum Gothicum*, junto con otros siete, entregados por disposición del gobernador Balcarce a la Biblioteca en noviembre de 1833, cuando era dirigida por el sacerdote Terrero (Acevedo, 1992: 22).

Reorganizó y amplió la sección de periódicos, cuyo primer catálogo construyó y publicó, instaló el primer taller de encuadernación y dispuso, además, un sistema de recuento permanente de lectores y de obras consultadas, discriminado por materias (Acevedo, 1992: 24).

Por otra parte, propuso reunir en “una nueva sala para las obras americanas” los libros que según la clasificación encontrada se hallaban dispersos en todas e, incluso, hacer “una nueva clasificación más acertada, siguiendo para ello los consejos e indicaciones de Brunet”.

Diferentes autores coinciden en postular a Quesada como el más ferviente precursor y divulgador de esa clasificación en Argentina, que el bibliógrafo francés presenta en la segunda parte de su obra clásica *Manuel du Libraire et de l'Amateur de livres*, una tabla en forma de catálogo razonado utilizada como complemento para organizar metódicamente las obras listadas en el *Dictionnaire Bibliographique*, la parte principal de su repertorio. El sistema de clasificación de Brunet, debido en realidad al jesuita Jean Garnier, había adquirido gran difusión en Europa a principios del siglo XIX y fue adoptado, con mínimas variaciones en numerosas bibliotecas (Buonocore, 1952).

Personalmente, Quesada consideraba a la clasificación una cuestión seria y científica, para la que debe adoptarse un sistema con arreglo al cual se clasifique y organice el material. De otro modo, sería “un hacinamiento de libros dispendioso y completamente inadecuado al fin social de la creación de las Bibliotecas Públicas” (Memorias, 1872: 12).

En 1877 se editó –por orden del gobierno– el primer volumen de la obra *Las Bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*, donde Quesada hace un estudio pormenorizado del modo de organización y funcionamiento de las principales bibliotecas nacionales y públicas, resultado de su viaje a Europa en 1874. Quedó inédito, sin embargo, un segundo volumen dedicado a las bibliotecas de América.

Estas observaciones y el estudio comparativo de los sistemas de clasificación usados en las bibliotecas más prestigiosas, junto con las prescripciones tomadas del repertorio de Brunet, de la obra de Leopold Constantin –sobre la fijación del formato y tamaño de los libros–, de la de Eugène Hatin –acerca de las clases bibliográficas en que deben dividirse las publicaciones periódicas–, y de la de Cousin, constituyeron la base sobre la cual Quesada planificó su trabajo de ordenamiento topográfico y clasificación sistemática de la Biblioteca.

A partir de su gestión, el lento pero constante acrecentamiento de la colección redundó en un aumento notable de la concurrencia de lectores, de 2.504 en 1872 a 6.192 en 1876 (Groussac, 1967: xliii). Resultaba imprescindible entonces encarar una catalogación, aunque fuera de carácter provisorio, que pudiera atender esa demanda. La escasez de personal y la estrechez del local hicieron que esa tarea se completara sólo de manera parcial.

En 1876, en su Memoria al gobierno provincial correspondiente a 1875, Quesada describía el estado (deplorable, en algunos casos, con correcciones en lápiz, sucios y con hojas rotas) en que se encontraban los catálogos que estaban en uso. Insistía, intentando persuadir al gobierno de la necesidad de rehacerlos adoptando la clasificación de Brunet –para lo cual buscaba aprobación– en el reclamo de las imprescindibles refacciones para el edificio de la Biblioteca. Esto obedece a la comprensión de que cualquier reformulación en la distribución topográfica de la colección precisaría adecuarse al espacio de las salas en que estaría dividida, atendiendo a la impracticidad de hacer continuos

cambios que ensuciarían los libros y obligarían a rehacer permanentemente el trabajo.

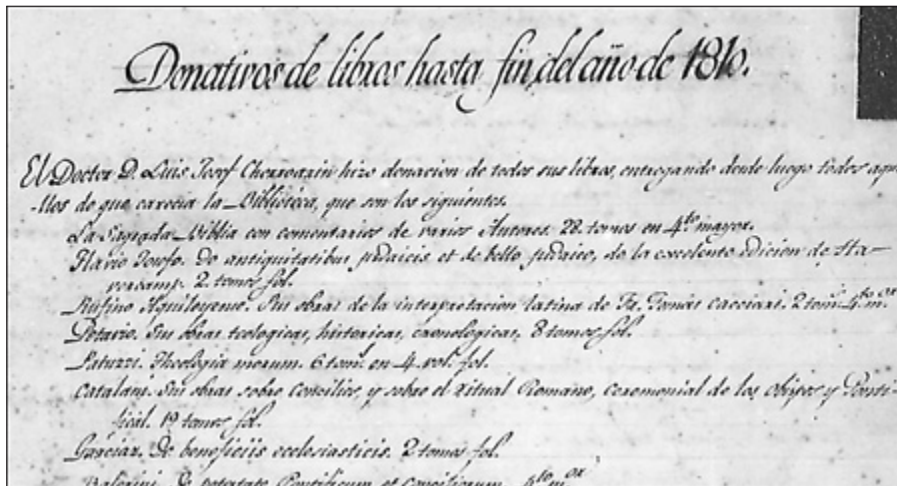
Por esa época, los dos catálogos (alfabético y por materias) se hallaban duplicados: una copia para el público y otra para los empleados, este último, actualizado mediante boletines sueltos. De tal modo, cada título se copiaba 4 veces y una quinta en el inventario.

Finalmente, todo su saber bibliotecario quedó plasmado en un proyecto de reorganización de la Biblioteca presentado en 1879 al ministro de Gobierno de la Provincia Santiago Alcorta, cuando Quesada ya no era

nacionales de Bruselas y de Madrid, que siguen el sistema de los catálogos franceses, “desde el de Brunet hasta los mas modernos” (Quesada, 1879: 25):

- Teología
- Ciencias Sociales (incluyendo como sub-sección a la Jurisprudencia)
- Ciencias y Artes
- Bellas Letras (o Filología)
- Historia.

Consideraba que no debía “entrar en la difícil cuestión de la mejor división filosófica de los conocimientos humanos, sino adoptar los sistemas mas genera-



Libro de donaciones

el director. Su objetivo declarado era asegurar para siempre “esta colección de libros, formada en los albores de la revolución, la cual ha sido largo tiempo desdeñada por los gobiernos, y que está lejos, muy lejos de encontrarse á la altura del desarrollo intelectual de esta capital, pero cuya reorganización es tan urgente como necesaria” (Quesada, 1879: 43).

En esencia, su propuesta consistió en dividir la Biblioteca en cinco secciones, tomando como modelo las bibliotecas

lizados” (Quesada, 1879: 25), estableciendo detalladamente las secciones, sub-secciones y divisiones –aunque limitándolas en razón de la modesta colección que en ese momento ostentaba la Biblioteca–, para facilitar la ejecución metódica y uniforme del trabajo de los clasificadores.

Para designar las secciones bibliográficas propuso (porque vio que así se hacía en las bibliotecas europeas) una denominación alfanumérica donde quedaría representada su

correspondencia con la sala, el estante y el anaquel donde se ubicaría cada obra: las secciones “son cinco, y se señalan por las cinco primeras mayúsculas del alfabeto; las sub-secciones se designan por las minúsculas y si exceden el número del alfabeto, las letras pueden repetirse con signos representativos, según las necesidades: la división bibliográfica será representada por los números romanos y las subdivisiones por los arábigos; la sala se designa con la mayúscula latina, el estante con el número romano y el anaquel con el arábigo” (Quesada, 1879: 34).

El sistema tenía por objeto “facilitar la confección de los catálogos y economizar tiempo al copiar la papeletas y poner los correspondientes tejuelos en los libros” (Quesada, 1879: 27).

Las secciones serían inalterables, pero las sub-secciones podrían subdividirse más adelante según las necesidades, sin alterar los catálogos ni el plan general. Al frente de cada sección ponía un jefe al que asignaba, en primer término, catalogar la sección a su cargo, confeccionando dos clases de catálogos: el sistemático o por materias, y el alfabético por autores; y se les repartían, de un modo que consideraba equitativo, tareas especiales. Así, por ejemplo, al jefe de la primera sección (Teología) se le encargaba “llevar además el libro de entradas ó inventario general” (donde debía hacer constar además el origen del ingreso: compra, canje o donación) y “entregar y recibir los libros que se manden al taller de encuadernación, para pasarlos luego á las correspondientes secciones bibliográficas” (Quesada, 1879: 27).

El jefe de la 2ª sección (Ciencias Sociales), además de las tareas propias, tendría a su cargo la elaboración de la estadística y el seguimiento de las

publicaciones periódicas a las que la Biblioteca estaba suscripta, y la confección del catálogo de manuscritos y autógrafos. Recomendaba para esto que el índice consistiera de un resumen analítico del contenido del manuscrito.

El jefe de la sección 3ª (Ciencias y Artes, la más numerosa de la colección), recibía el encargo de llevar la cuenta y razón de las publicaciones oficiales “con sujeción al decreto de 27 de abril de 1877”.

El de la sección 4ª (Bellas Letras), catalogar los libros anónimos, los duplicados e inutilizados, así como confeccionar el catálogo de las estampas (colección cuya base fue la remitida por la Biblioteca Nacional de París) y el de folletos no americanos y, además, llevar el inventario de útiles y enseres de la Biblioteca.

Finalmente, el de la 5ª sección (Historia) sería responsable del doble catálogo de la Sección Americana y de uno especial de publicaciones argentinas, que debía imprimirse; también quedaban a su cargo el de folletos americanos (numeroso fondo que incluía a la colección comprada a Juan María Gutiérrez) y los de mapas y planos (Quesada, 1879: 28-29).

En resumen, los catálogos especiales que debían formarse eran:

- de los autógrafos y la cartografía argentina
- de las cartas geográficas, planos y mapas
- de las estampas
- de la Sección Americana
- de las publicaciones argentinas
- de las obras anónimas, descaballadas o inútiles
- de los periódicos nacionales y extranjeros.

Con respecto a la parte técnica de la catalogación proponía, como mencionamos, el doble catálogo: el alfabético y el sistemático. Así, “el título de un libro debe copiarse: 1° en el inventario ó libro de entradas; 2° en las papeletas por materias y los alfabéticos por el nombre de autores; 3° en los grandes catálogos sistemáticos ó alfabéticos, que son los catálogos permanentes: las papeletas forman el catálogo manuable ó movable” (Quesada, 1879: 32).

Acerca de las llamadas “papeletas”, antecedente de las fichas catalográficas, sugirió que fueran impresas (en cartulina, para resultar más consistentes y durables), de modo que el empleado no tuviera sino que llenar la columna con la anotación correspondiente. También se dejaba en ellas un amplio espacio para consignar las diferentes observaciones a que puede dar lugar un libro: “si tiene láminas, cuántas; si planos ó mapas, si anotaciones autógrafas, etc.” (Quesada, 1879: 33). Tomaba a las papeletas como base para la formación o copia en los libros de catálogos, y establecía un sistema de sellado en ellas para comprobar que efectivamente hubiesen sido copiadas.

La tan reclamada construcción de la nueva sala de lectura iniciada en mayo de 1877 pudo concluirse, tras varias postergaciones, recién en septiembre de 1879, siendo ya su director Manuel Ricardo Trelles (Quesada había renunciado en febrero). Durante esos meses, la Biblioteca permaneció cerrada al público y, hasta el nombramiento de Trelles, administrada de manera interina por los oficiales Nicolás Massa y Enrique Quesada. De este período data el volumen de cien páginas impreso en forma de catálogo sistemático alfabético, con

la relación de las obras enviadas por la Biblioteca Pública a la Exposición Universal de París.

La ampliación se realizó sobre un terreno aledaño desocupado que había sido el patio del Crédito Público, sin quitar espacio a las antiguas salas y depósito, y significó una mejora sustancial para la atención del público. Sus dimensiones no eran muy amplias, pero tenía luz vertical, cuatro pisos de estanterías con balcón corrido y escaleras angulares, armarios vidriados y cómodos muebles.

De acuerdo en lo fundamental con lo propuesto por Quesada en su proyecto, a los cuatro cuerpos en que estaba dividida la estantería del salón de lectura se le hicieron corresponder provisoriamente cuatro grandes secciones para distribuir las 8.700 obras que se ubicaron en la nueva sala:

- Jurisprudencia, administración y ciencias correlativas
- Ciencias naturales y exactas, artes y oficios
- Historia, geografía, viajes y correlativas o contribuyentes
- Religión, filosofía, educación, literatura, etc.

Cada sección tenía su catálogo particular en orden alfabético de autores, “expresándose lo principal ó sustancial de los títulos, el lugar y el año de la edicion, el número de volúmenes y el marginal que indique su colocacion” (Memoria 1879: 588).

Hacia enero de 1880 estaba avanzada la confección de los índices de las dos principales secciones y se planeaba hacerlos imprimir apenas concluidos. Anota Trelles: “Esta publicacion va á llamar naturalmente la concurrencia de muchas personas entendidas que

ignoran hasta el presente las riquezas de ese género que encierra nuestra Biblioteca en obras que será indispensable exhibirles en el lamentable estado en que se encuentran, si antes no es posible restaurarlas [...]" (Memoria 1879: 595).

Deseaba que, una vez finalizada la clasificación y terminados los índices de las cuatro secciones, quedará concluido a su vez el gran catálogo-inventario de las existencias de la Biblioteca. Además, dedicó gran parte de sus esfuerzos a completar y reubicar las colecciones de periódicos —en particular los americanos y argentinos—, haciendo encuadernar numerosos volúmenes en el taller de la Biblioteca.

Su *Revista de la Biblioteca Pública*, continuación de la *Revista del Archivo General*, del que Trelles había sido antes director, se publicó en cuatro volúmenes de 1879 a 1882. En el último de ellos se incluyó a modo de anexo la memoria anual correspondiente a 1881; en ella Trelles consideraba que el plan propuesto para la clasificación y catalogación de las obras en la Biblioteca, había producido en la práctica buenos resultados (*Revista*, 1882).

La federalización de la ciudad de Buenos Aires, en 1880, condujo naturalmente al traspaso al ámbito nacional de los tres establecimientos contiguos y de carácter fundacional: el Archivo, el Museo y la Biblioteca provinciales. La entrega se concretó el 9 de septiembre de 1884, bajo la dirección de José Antonio Wilde, quien falleció poco después.

Del inventario general practicado a los fines de la transferencia jurisdiccional en 1882, surgió que la Biblioteca tenía en ese momento un total de 32.600

volúmenes impresos, de todo formato e índole (Groussac, 1867: xlvi). La divergencia entre las cifras de los inventarios y las que deberían ser por los acrecentamientos sucesivos son producto, según Groussac, de que no se incluían las entregas que luego resultaban encuadernadas en volúmenes.

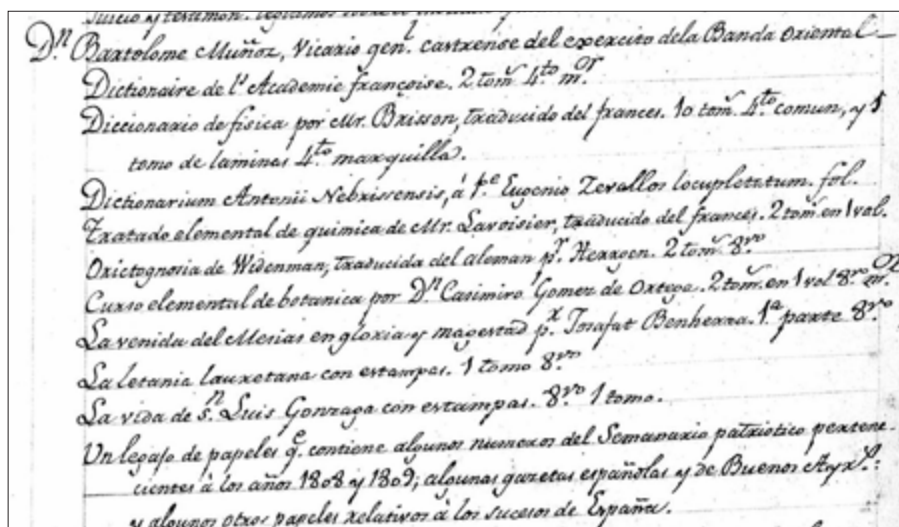
Con el nombramiento de Paul Groussac en enero de 1885, y durante su gestión extendida por más de cuarenta años, comenzó para la Biblioteca una época de modernización y estabilización y de progreso material, metódico y sistemático. Aunque pueda atribuírsele cierto desdén hacia lo que llamaba en Quesada "un ligero acceso de bibliomanía", por sus inagotables citas de Brunet, Constantin, Cousin "y demás profetas de esta teneduría trascendental" (Groussac, 1901: 56), comprendía con claridad cuáles eran el objeto y los destinatarios de una biblioteca pública, y por ello se abocó a elaborar "el modo de distribución más accesible al mayor número de lectores, el que, con ser el más elástico y claro, sea también el más racional". Aseguraba que "un catálogo es por excelencia una obra de vulgarización, un instrumento de manejo inmediato y fácil" (Groussac, 1967: lix).

Entre sus ideas para la organización de la Biblioteca, estaba la de no confundir la estructura de un catálogo metódico con la clasificación filosófica de los conocimientos humanos; al contrario, sostenía que las clases de un catálogo debían ser "las más usuales y las que respondan á las analogías más naturales y evidentes" (Groussac, 1967: lviii). Esas analogías, usuales y consagradas pero parciales, se completarían con llamadas, remisiones y referencias a otros grupos relacionados, y recomendaba que: "No sólo conviene indicar

la remision (*renvoi*) á otra division interesada, sinó repetir allí mismo la descripcion parcial ó total de dicha obra” (Groussac, 1967: lxx).

Por ello, las clases y divisiones que presidieron el ordenamiento de la colección fueron regidas –siguiendo el espíritu de lo iniciado por Quesada– por el criterio de generalización decreciente–, predominando en las subdivisiones el carácter utili-

tiendo que, aunque fuera producto de un criterio científico ampliamente consensuado, todavía estaría muy lejos de solucionar el problema bibliográfico: “La bibliografía muy poco tiene que ver con la filosofía de las ciencias. A la clasificación lógica no le incumbe cuidar de la comodidad de los estudiosos, en tanto que la bibliografía debe tenerla por primer y casi único fin” (Groussac, 1967: lvii). Haciendo



Libro de donaciones

tario: “El bibliógrafo [...] tiene que rechazar prudentemente todo espíritu sistemático y reducir las mismas innovaciones de detalle á lo estrictamente indispensable. No es su catálogo el que está encargado de instruir á los lectores, sinó sus libros; y lo más á que pueda aspirar, es el método claro y sencillo que torne supérflua su personal intervencion” (Groussac, 1967: lviii).

En su prefacio al primer tomo del *Catálogo metódico* publicado en 1893, vuelve sobre la sugerencia de la Comisión de 1833 (aquella de formar el catálogo general en base a una exacta clasificación de las ciencias), advir-

un repaso por las diferentes clasificaciones filosóficas ensayadas por Bacon, Spencer y Comte, asegura que no es su intención discutir sus principios sino demostrar su falta de aplicabilidad al objeto práctico de ordenar una colección como la de la Biblioteca.

Como vimos, en la segunda mitad del siglo XIX, la vigencia de la influencia francesa y, en particular, la del sistema de Brunet, habían sido sancionadas como paradigmáticas, aunque su utilización –en general– se limitó a la organización de las secciones y fondos, puesto que los catálogos que hasta entonces se confeccionaban tenían una ordenación alfabética. A pesar de ello,



era manifiesta la preocupación por organizarlos mediante criterios sistemáticos. Por origen y por formación, no debía esperarse otra cosa de Groussac. De este modo, la publicación en 1893 del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, puede ser señalada si duda como un punto de inflexión en este recorrido por la historia de la Biblioteca. Pensado en principio para ser completado en tres volúmenes, se concluyó con un séptimo recién en 1932. Los dos primeros fueron impresos en “las prensas incomparables de Coni, el Didot argentino” —como lo llama Martínez Zuviría—; los siguientes en los talleres tipográficos de la propia Biblioteca Nacional:

- 1893 | I - Ciencias y Artes | 500 p. incluyendo como prefacio la Historia de la Biblioteca Nacional escrito por Groussac, y seguido de una tabla alfabética de autores que se continuaría en los siguientes volúmenes.
- 1900 | II - Historia y Geografía | 693 p.
- 1911 | III - Literatura | 932 p.
- 1915 | IV - Derecho | 776 p.
- 1919 | V - Ciencias y Artes 2ª. parte | 1044 p.
- 1925 | VI - Historia y Geografía 2ª parte | 970 p.
- 1932 | VII - Literatura 2ª. parte | 655 p. seguido de la tabla alfabética de autores y agregándose otra auxiliar de seudónimos y nombres.

Las modificaciones practicadas por Groussac al canónico sistema de Brunet no resultaron del todo arbitrarias, ya que el mismo Brunet, en la introducción a la 5ª edición de su repertorio, acepta cambios circunstan-

ciales. Sin embargo, opinaba Groussac que el *Manual* de Brunet “está plagado de atribuciones dudosas, por no haberse empleado el método de las repeticiones” (Groussac, 1967: lxxv). Aun admitiendo que iba a proceder con alguna timidez, por no querer apartarse de los usos tradicionales, alentó el uso intensivo de las repeticiones, siempre que se las considerara necesarias, ubicando obras que participaran de varias materias distintas en las diferentes secciones en que podrían ser buscadas por los estudiosos.

Haciendo una somera comparación entre las grandes divisiones de ambas clasificaciones, hallamos la ausencia de la Teología como gran división en el *Catálogo Metódico* que en la obra de Brunet está altamente desarrollada. Esta falta puede explicarse por el casi nulo desarrollo de esa sección, estacionaria por naturaleza en los tiempos precedentes ilustrados y positivistas. A la muerte de Groussac, sin embargo, habían quedado preparados —en fichas—, el catálogo de Religión y uno sobre Ciencias Sociales (Selva, 1944: 557).

<i>Manual de Brunet</i>	<i>Catálogo metódico</i>
Theologie	
Jurisprudence	Derecho
Sciences et Arts	Ciencias y Artes
Belles Lettres	Literatura
Historie	Historia y Geografía

Todas las secciones de “Generalidades” tienen las mismas subsecciones: Diccionarios, Periódicos y Revistas, Enseñanza, Sociedades, Congresos e Historia.

Entre las divisiones de Literatura y Belles Lettres hay diferencias conceptuales: por ejemplo, Groussac

coloca a las Biografías en Literatura, mientras que Brunet lo hace en Histoire (XII, Biographie). En cuanto a Derecho, Groussac desarrolla una clasificación más moderna, acorde con el Derecho en Argentina.

En la división Ciencias y Artes encontramos que, habiendo grandes coincidencias en las subdivisiones, en las nomenclaturas menciona Groussac a muchas de ellas como Ciencias (Filosóficas, Matemáticas, Físicas, Naturales, Médicas), citando en última instancia un “Apéndice a las Ciencias : Ciencias ocultas, Alquimia y Magia”. Dicho apéndice aparece también en Brunet (XIII Apéndice aux Sciences, p. VIII) pero mucho más desarrollado; esto puede deberse a la gran cantidad de obras de ese tipo que se podían encontrar en Europa, a diferencia del ámbito americano, o al menos en la reducida colección de la Biblioteca Nacional.

Por otra parte, se inició bajo su dirección la redacción sistemática de las fichas que constituyeron el catálogo manual de la Biblioteca: muchas de ellas, que todavía se conservan en el sector de Referencia, están manuscritas por el propio Groussac. Las papeletas (como se las llamaba) tienen un formato vertical y su tamaño es de 9,5 cm de ancho por 12,5 cm de alto, anterior al formato apaisado universalmente aceptado de 12,5 cm de ancho por 7,5 cm de alto.

Además del catálogo de las obras enviadas a la Exposición de París y de la serie de catálogos metódicos hechos imprimir bajo la dirección de Groussac —y concluida por Martínez Zuviría en 1932—, hacia 1910 podían encontrarse en la Biblioteca otros catálogos impresos:

- 1901 Catálogo de revistas y periódicos existentes en la Biblioteca Nacional, con exclusión de los diarios políticos. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 48 p.
- 1902 Catálogo de las obras que los lectores pueden consultar en los pupitres laterales del salón de lectura. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 48 p.
- 1902 Catálogo de las obras que se encuentran en mayor cantidad. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 32 p.
- 1904 Catálogo de los documentos del *Archivo de Indias* relativos al Río de la Plata que se hallan publicados en la Colección de documentos inéditos, con referencia al catálogo formado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 12 p.
- 1904 Catálogo de revistas y periódicos existentes en la Biblioteca Nacional, con exclusión de los diarios políticos. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 80 p.
- 1905 Catálogo por orden cronológico de los manuscritos relativos a América existentes en la Biblioteca Nacional. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 394 p., con una nota introductoria sin título firmada P.G. [Paul Groussac].
- 1906 Repertorio cronológico y alfabético del Catálogo de documentos del *Archivo de Indias* referente al Río de la Plata: este trabajo no tiene más objeto que facilitar a los estudiosos el manejo del desordenado e incompleto Catálogo que se menciona y del que viene a ser apéndice. Imprenta de la Biblioteca Nacional, 102 p.

1909 Índice del catálogo metódico de la Biblioteca Nacional: en el que se presenta el sistema de clasificación adoptado en el establecimiento. Taller Tipográfico de la Biblioteca Nacional, 16 p.

Este recorrido al que damos un corte no del todo caprichoso en los años del Centenario continúa de un modo más cercano al que todos conocemos. Hacia 1909–1910 se da la aparición, en principio todavía tímida, de la bibliotecología angloamericana, con “el primer curso sobre la materia dictado en el país por el ingeniero Federico Birabén, ardoroso propagandista del sistema decimal” (Buonocore).

Recordemos que Manuel Selva fue uno de los primeros alumnos de aquel curso dictado en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. Incorporado a la Biblioteca Nacional en 1912 como auxiliar de novena categoría, y llegando a ser jefe de la sección Bibliografía y secretario general de la institución tras periódicos ascensos, Selva será el siguiente eslabón que va a marcar la historia técnica de la Biblioteca, la cual introducirá las reglas de catalogación vaticanas, también inspiradas en las recomendaciones de la A.L.A., pero su estudio forma parte de otro trabajo.

Para finalizar, y en el marco del tema que nos convoca, que es la cooperación, queríamos con esta presentación invitar a reflexionar en este Encuentro acerca de nuestro rol bibliotecario y de los cambios que ha tenido nuestra práctica profesional a lo largo del tiempo.

Pensemos como transformación positiva que del lugar humanista y erudito pero

solitario y en algún modo autocrático del siglo XIX, nos encontremos hoy con profesionales bibliotecarios que no pueden ni deben encarar su labor sin una apertura hacia las instituciones y pares con los que precisa colaborar para que su trabajo no sea un vano lucimiento personal si no resulta beneficioso y útil para quienes son los destinatarios naturales del esfuerzo: investigadores, estudiosos, lectores ávidos en general.

Que la integración en equipos de trabajo en los que se requiere del intercambio, la colaboración, la cooperación y la comunicación sean vectores que atraviesen todas las instancias desde de las cuales de común acuerdo participemos y nos impliquemos como protagonistas del hacer en un rol activo y creativo encaminado a un compromiso con la tarea iniciada.

Consideramos que hoy nuestro papel debe tener dos ejes: por un lado incorporar como herramientas de trabajo las nuevas tecnologías y por otro aquella antigua misión de ser facilitadores del conocimiento. Para esto es necesario mantener una actitud de permanente inquietud intelectual, sin perder de vista el carácter eminentemente humanista de nuestra profesión. En particular, en esta nuestra Biblioteca, que fue pensada como construcción colectiva y se convirtió en un reservorio patrimonial y cultural nunca exento del devenir político, social y económico del país del cual es símbolo.

**(\*) Ponencia realizada en el II Encuentro Nacional de Catalogadores en la Biblioteca Nacional de la República Argentina del 25 al 27 de noviembre de 2009.**

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Acevedo, H. (1992), "Biblioteca Nacional de Argentina" en: *Boletín de Anabad*, tomo 42, n° 3-4. [recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/oaiart?codigo=224204>].
- Anales de la Biblioteca: publicación de documentos relativos al Río de la Plata con introducciones y notas de P. Groussac. (1902), Tomo segundo, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.
- Barber, E. (2008), "La catalogación en la Biblioteca Nacional de la República Argentina: antecedentes y tendencias", en: IV Encuentro Internacional de Catalogadores [recurso electrónico]: memorias. Bogotá, Biblioteca Luis Angel Arango, Universidad Nacional de Colombia ; Rojas Eberhard Editores.
- Biblioteca Pública de Buenos Aires [s.d.], *Memorias: 1872-1876*. [s.l.: s.n.].
- Biblioteca Pública de Buenos Aires (1878), *Memoria de la Biblioteca Pública de la Provincia correspondiente al año 1877 presentada por sus directores interinos Doctor D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada: marzo de 1878*, Buenos Aires, Imprenta de la Penitenciaría.
- Biblioteca Pública de Buenos Aires (1880), *Memoria de la Biblioteca Pública*, 1879. Buenos Aires, Imprenta de la Penitenciaría.
- Buonocore, D. (1952), *Elementos de bibliotecología*, Santa Fe, Librería y Editorial Castellví.
- Brunet, J.-Ch. (1845), *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, Bruxelles, Société Belge de Librairie.
- Finó, J. F., Hourcade, L. A. (1952), *Evolución de la bibliotecología en la Argentina: 1757-1952*, Santa Fe, Imprenta de la Universidad.
- Groussac, P. (1901), *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires: 1810-1901*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.
- Groussac, P. (1967), *Historia de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Massa, N., Quesada, E. (1878), *Informe de los encargados de la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada sobre la colección de obras argentinas que se envía a la Exposición Universal de París en 1878*, Buenos Aires, Imprenta de la Penitenciaría.
- Memoria presentada por el Ministro Secretario en el Departamento de Gobierno D. Santiago Alcorta a la Honorable Legislatura de la Provincia: año de 1878 (1879)*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma.
- Memorias de los diversos Departamentos de la Administración de la Provincia de Buenos Aires: Departamento de Gobierno, 1871 (1872), Buenos Aires, [s.n.].
- Parada, A. E. (2009), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de Mayo, 1810-1826*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Quesada, V. G. (1877), *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina, tomo 1*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Quesada, V. G. (1879), *La Biblioteca Pública de Buenos Aires: proyecto de reorganización*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma.
- Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (1882), Tomo 4.
- San Segundo Manuel, R. (1996), *Sistemas de organización del conocimiento: la organización del conocimiento en las bibliotecas españolas*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, Boletín Oficial del Estado.
- Selva, M. (1944), *Tratado de bibliotecnia*, tomo primero, Buenos Aires, Julio Suárez.
- Tesler, M. (2006), *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

# Aproximación al archivo de Dardo Cúneo y a los sentidos de una práctica social

*Por Vera de la Fuente*

La figura de Dardo Cúneo nos ofrece un singular itinerario. En él no sólo podremos encontrar una escritura sofisticada, una poesía atrayente y una rigurosidad periodística que se manifiesta en sus crónicas, sino también una vida intelectual y política de enorme relevancia. Sus primeros pasos de filiación socialista, vocación fundada en la biblioteca paterna, su adscripción a los proyectos desarrollistas, su labor parlamentaria, su proximidad a las orientaciones económicas del ministro Gelbard, su exilio en Venezuela y su posterior adhesión al radicalismo, que le otorgó la responsabilidad de dirigir la Biblioteca Nacional, son las estaciones más visibles de una vertiginosa experiencia.

Reconstruir la trayectoria de Cúneo y las derivas políticas argentinas a partir de su archivo personal, nos arroja a una serie de consideraciones que hacen a la pregunta por la propia naturaleza de la labor archivística. ¿Qué fuerzas son las que interpretan un archivo? ¿Es posible, a partir del trabajo de archivo, con sus formas clasificatorias y sus procedimientos, reconstruir la sensibilidad biográfica que subyace en todo aquello que luego vemos escrito y hablado? ¿Qué tipo de disponibilidad debe ejercitar un investigador que quiera interrogar aquel territorio subjetivo? Aquí se ofrece un intento que nace del propio orden riguroso que Cúneo dio a sus materiales de archivo.

*“Como quien consulta su mochila, me atrevo a recorrer mis carpetas –inquieto archivo– de apuntes y recortes para poner, nuevamente, en acción –en marcha– estas prosas de milicia. Aquí reordenadas, anticipan la impresión de caminos que no han concluido, que no concluyen, que nos esperan...”*

Dardo Cúneo, *El Militante, III*.

Originados en un ámbito íntimo, sólo en ocasiones los archivos personales se convierten en material de estudio y uso público en instituciones como archivos históricos, bibliotecas, museos y centros de investigación. Los materiales así reunidos y convertidos en documentos, se encuentran ligados de diversas maneras a la vida, labores, intereses, afectos y vínculos de un ser humano inserto en cierto entorno social y cultural en una época determinada. Aunque se reconoce su valor irremplazable como fuentes primarias para la investigación, en Argentina los archivos personales ocupan todavía una zona no muy explorada en sus especificidades dentro del denominado “patrimonio documental” de la sociedad. Es común por ello que muchas veces no alcancen a ser visualizados como tales, por lo que puede suceder, por ejemplo, que al momento de decidir el destino de una importante biblioteca particular, los “papeles” que la acompañan resulten en cambio sencillamente abandonados, o que, aun si se repara en su valor y se decide conservarlos, queden por mucho tiempo por fuera de los catálogos o instrumentos de acceso de las bibliotecas, como parte de lo que la Association of Research Libraries denomina “Hidden Collections” (Colecciones Escondidas).

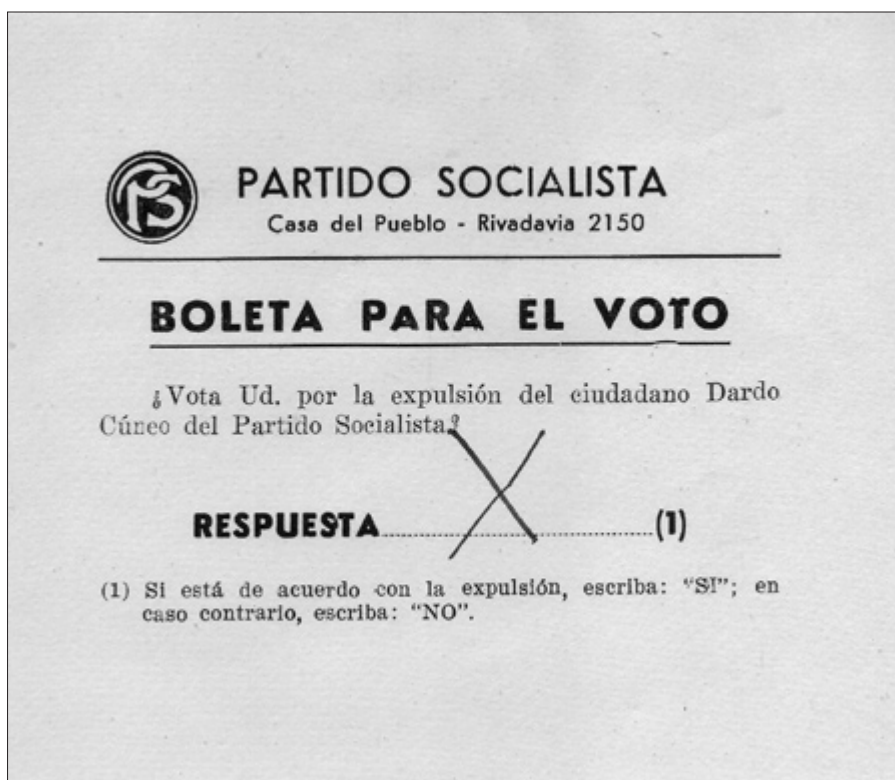
Sin duda, cuando llevan la firma de personalidades prestigiosas, ciertos documentos como cartas y otros escritos íntimos, o los borradores y originales de escritores, son afanosamente buscados por estudiosos y coleccionistas, siendo su fetichización y consecuente hipervalorización monetaria una considerable amenaza para la integridad de estos fondos documentales. Pero más allá de ese dudoso privilegio del que gozan algunos papeles de autores reconocidos, valiosos archivos reunidos por hombres y mujeres intelectuales, militantes políticos y sociales, periodistas, editores, científicos, artistas..., tienen todavía un destino incierto, y raramente se salvan de la destrucción o la dispersión tras la muerte de su productor o de sus familiares, cuando no son vendidos a instituciones del exterior.

Reconociendo la necesidad de colaborar en el rescate, preservación y difusión de este tipo de acervos documentales, desde el área de Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional se vienen desarrollando una serie de acciones que ya empiezan a dar sus primeros frutos. Así, se han dispuesto a la consulta pública importantes archivos que atesoraba la institución desde hacía tiempo, mientras se tendían nuevos vínculos con investigadores, instituciones afines y potenciales donantes. De la fertilidad de esos vínculos y de cuánto representan para el fortalecimiento de estas iniciativas nos habla también la reciente adquisición del archivo de Dardo Cúneo, del que nos ocuparemos en estas líneas.

Las conversaciones que entablamos a mediados de 2008 con la familia Cúneo comenzaron a partir de una referencia proporcionada por una de las primeras investigadoras del Archivo –Flavia Fiorucci–, quien nos alentó a contac-

tarnos con el escritor. Sabiendo de la importancia del archivo por él reunido, consideramos que el vínculo que Cúneo había tenido con la Biblioteca –de la que fue director entre 1985 y 1988– hacía doblemente pertinente una propuesta institucional que permitiera preservar esos materiales y brindarlos a la consulta. Tuvimos en cuenta también la participación de Cúneo en

unos 8.000 volúmenes dedicada en buena parte al pensamiento socialista y la historia latinoamericana. Dardo Cúneo (hijo) viajó poco después desde España manifestándonos también su interés por la iniciativa. La propuesta que entonces planteamos formalmente fue recibida con confianza y generosidad por la familia, que resolvió donar íntegramente a la Biblioteca



Voto contra Cúneo

el proyecto del frondismo, lo que sugería fuertes puntos de contacto con uno de los archivos más importantes que custodia la Biblioteca.

Dada la avanzada edad de Dardo, fueron sus hijos nuestros principales interlocutores. Graciela Cúneo nos acompañó desde la primera cita, en la que pudimos conocer a su padre y visitar el estudio donde se encontraban su archivo y una preciosa biblioteca de

Nacional este valioso acervo documental. Así fue que con mi colega Ana Guerra comenzamos las tareas de relevamiento, inventario y organización necesarias para el adecuado traslado del archivo, concretándose en junio de 2009 la mudanza de las 162 voluminosas cajas que reunían los registros más completos de la trayectoria intelectual y política de Dardo Cúneo, incluyendo sus publicaciones, los

borradores y originales de sus obras, sus apuntes y notas de trabajo, su correspondencia, una enorme cantidad de recortes de prensa e impresos sobre temas de su interés, así como fotografías y otros materiales ligados a sus diversos ámbitos de labor.

Cuando un archivo personal llega a atravesar de este modo las fronteras de lo privado para pasar a formar parte del acervo de una institución, múltiples factores y agencias han empezado a intervenir sobre el corpus original de ese archivo, incluidos los procedimientos que a partir de entonces se realizan para su preservación, descripción y uso público. Conscientes tanto de su interés para la investigación como del valor emotivo adicional que habitualmente tienen para quienes los han conservado antes que nosotros, su delicada materia nos interpela de una manera especial. Esos papeles forman parte, en efecto, de una memoria familiar y social que contribuimos a modelar al tiempo que se convierten en nuestro objeto de trabajo.

Un archivo personal constituye sin dudas un artefacto cultural complejo, producto de determinadas prácticas y representaciones sociales, al que es posible reconocer –en sentido derrideano– no como un corpus cerrado, sino como proceso de archivación siempre inacabado en el que se inscriben sucesivamente nuevas marcas y sentidos. En ese proceso podemos distinguir –esquemáticamente– dos instancias o dos momentos del archivo: por un lado, el de las prácticas ligadas a su creación y uso en el ámbito privado; por otro, aquellas vinculadas a su devenir público, en donde cobra importancia fundamental la intervención técnica y su voluntad normalizadora. La presente aproximación al archivo de

Dardo Cúneo intenta pensar en un caso concreto la primera de esas dos instancias, indagando en las significaciones o los sentidos que tienen esas prácticas y los archivos mismos para las personas que los reúnen, por qué y cómo lo hacen, cómo se relacionan con ellos. Al mismo tiempo, queremos dar un panorama inicial de los materiales reunidos en este archivo, que revisten sin duda de un enorme valor para la investigación.

### **El archivo como *habitus***

Al encontrarnos frente a los papeles que Dardo Cúneo ha guardado a lo largo de su vida, abocadas a la tarea de descubrir su archivo, ingresamos en un singular universo de sentido. Como disponiéndonos a un viaje, empezamos a recorrer los estantes de la biblioteca y los rincones del escritorio, abrimos las primeras cajas, hojeamos carpetas y cuadernos. Comenzamos a reconocer los trazos de una escritura peculiar, las abundantes huellas de su quehacer cotidiano, las imágenes y fragmentos que dibujarán lentamente los contornos de una biografía posible.

Pero, ¿de dónde proviene ese afán que llevó a Dardo Cúneo a seleccionar, clasificar y conservar infinidad de papeles, propios y ajenos? ¿Qué significa esa práctica cotidiana de archivo? Sin pretender cerrar estas preguntas, intentaremos articular algunas reflexiones que nos aproximen conjeturalmente a una dinámica de la subjetividad, la que creemos se expresa de algún modo en la naturaleza de esas prácticas y en el contenido de su archivo.

En principio, y en tanto práctica social, podemos afirmar que el conjunto de pequeñas acciones asociadas a la



creación y uso de un archivo personal forma parte de un *habitus*, una disposición mediada culturalmente, cuyo sentido puede vincularse a un arco amplio de motivaciones, funciones prácticas y valores de dimensiones memoriales e identitarias. El archivo personal está conformado por objetos significativos en tanto testimonios de un pasado, de una historia personal y familiar, o de aquellos momentos y vivencias que deseamos retener con nosotros. El archivo también surge en relación a nuestra actividad vital y alberga su producto, como el de nuestros placeres, trabajos, intereses. Por otra parte, todos vivimos en la necesidad de determinar nuestra identidad, filiación y condición civil, fiscal, académica, laboral, por lo que vamos reuniendo las constancias que demandan los diversos planos de la vida moderna, sobre las cuales tejemos además significaciones y afectos. Pero si bien podemos imaginar un nivel de virtual universalidad del archivo personal, lo interesante es observar que las modalidades precisas de este *habitus* estarán sin duda relacionadas a una historia y a unas particulares condiciones de existencia.

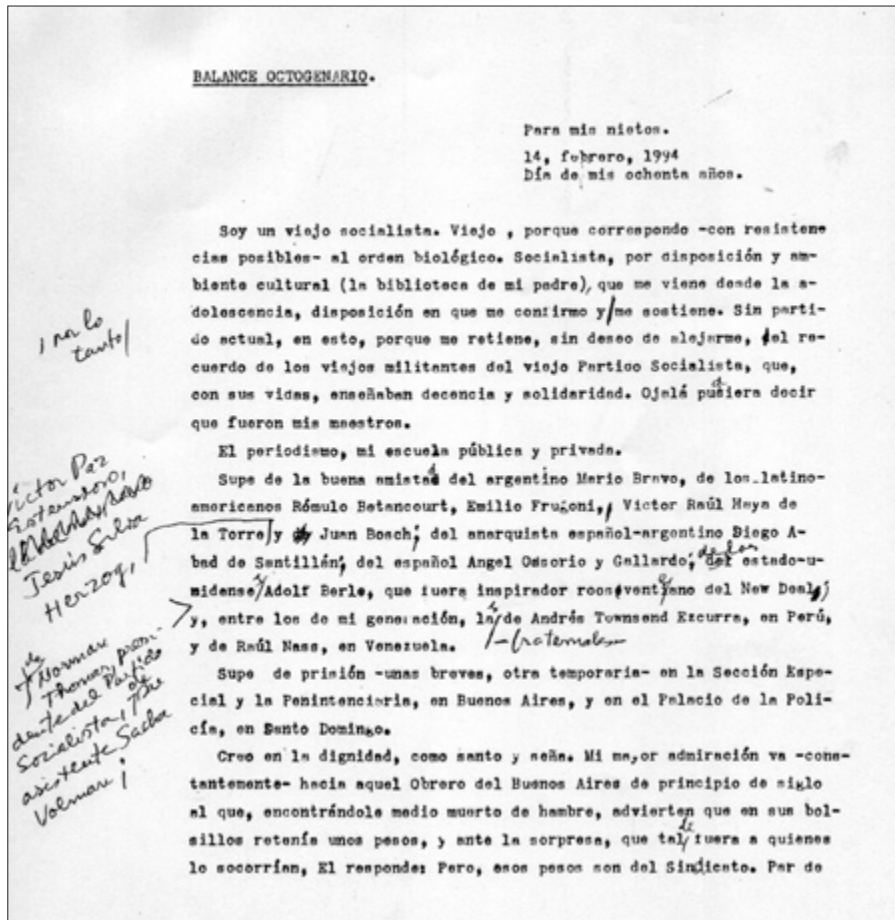
¿Tendríamos entonces que empezar por preguntarnos quién es Dardo Cúneo? Cuando cumplía sus 80 años —actualmente tiene 96—, Cúneo escribió un breve texto titulado “Balance octogenario”, dedicado “A mis nietos”, que comienza del siguiente modo:

*“Soy un viejo socialista. Viejo porque corresponde —con resistencias posibles— al orden biológico. Socialista por disposición y ambiente cultural (la biblioteca de mi padre), disposición en que me confirmo y, por lo tanto, me sostiene”.*

*El archivo personal está lleno de memoria, ella es su materia y su función. Sostiene porque su sistema parece capaz de contener de algún modo —a través del tiempo y la fluidez del mundo— el devenir de un nombre propio.*

Sin embargo, muchos problemas se nos plantearían al querer asir ese “quién” que atesta el archivo personal, resultado incompleto y siempre provisorio de sus actos de identificación, de su esfuerzo permanente de síntesis entre lo mismo y lo otro, que adquiere consistencia en las múltiples formas —tanto cotidianas como literarias— de narración de sí. El archivo participa indudablemente de esas formas de subjetivación, de los modos en que un sujeto puede pensarse o verse a sí mismo, y consecuentemente otorgar cierta unidad y sentido a su vida. Los papeles de Dardo Cúneo (y su preciosa biblioteca, parte integrante del fondo documental) constituyen así una ventana a la subjetividad de un hombre, y a través de él a un tiempo histórico que se extiende desde su juventud bajo la dictadura de Urriburu y sus más recientes años de trabajo y escritura, hacia 2004.

Rodeado desde la infancia de libros, crecido entre imprentas y periódicos e imbuido de ese “ambiente cultural” de fuerte tradición iluminista, el archivo parece haber sido para Cúneo un *habitus* adquirido a partir de ciertos modelos que le fueron cercanos. A menudo —como en la cita del epígrafe— alude orgullosamente a su archivo en sus escritos, publica y comenta manuscritos que tiene en su poder —de autores como Alfredo Palacios, Mario Bravo, José Ingenieros, Esteban Echeverría, entre muchos otros—, nos hace saber



Borrador "Balance octogenario"

de las colecciones que los viejos socialistas han reunido, en las que ha podido trabajar y aprender el valor del archivo. Ese *habitus*, asociado tanto a una condición social como a una historia y a una experiencia personal, adquiere una dimensión mayor que se relaciona claramente con su práctica intelectual y política, que él dice toda junta: "militancia". El socialismo en el que abreva Cúneo se enmarca en una época en que la razón y las ideas -impulsadas desde la imprenta y el partido- tienen todavía un rol fundamental, ofreciendo al intelectual un lugar claro y definido en el proyecto colectivo. En ese universo, signado por el prestigio de la palabra impresa,

el oficio de escritor socialista parece capaz de estructurar subjetivamente la propia vida.

El archivo nos habla así tanto del hombre como del mundo que lo habita, pero al hacerlo nos transmite también -con todas las marcas de autenticidad de lo vivido- una memoria. Leonor Arfuch ha destacado sugerentemente esa vecindad entre memoria y archivo, en la que ambos operan "iluminando escenas, momentos, impresiones, con su correlato obligado de olvidos, silencios, represiones (...) los rastros son a menudo fragmentarios y la parte sólo adquiere sentido en relación a una totalidad hipotética aunque

inalcanzable”. En efecto, cualquier ilusión de integridad es sólo aparente, en tanto “en uno y otro caso, el cuerpo de la vida se ha perdido, difuminado entre pasado y futuro, dejándole al presente sólo el trabajo de la lectura y la interpretación”.

Memoria y archivo comparten entonces alguna naturaleza, cierta semejanza, la que reside esencialmente en su común carácter narrativo. De allí que la “puesta en orden” del archivo que Dardo Cúneo habrá efectuado no una sino varias veces, en diversos momentos de su vida, pueda concebirse como construcción autobiográfica: “No hay un orden previo de la vida que el relato [o el archivo] venga a reponer, sino que se trata de un orden construido, performativamente, en el trabajo mismo de la narración”. Nunca se narra, además, en soledad, sino en diálogo con otros, en los que nos referenciamos para identificarnos y diferenciarnos, a partir de los modelos y valores biográficos de los que nos apropiamos. Es desde esta perspectiva que podemos decir que el archivo de Cúneo organiza y soporta materialmente un relato de sí, o quizá varios, tramados en formas complejas y a partir de textualidades diversas, cuya evidente polifonía nos ofrece una clara visión de la imbricación de lo social o lo colectivo con lo individual, lo íntimo, lo singular de una vida.

¿Con qué categorías podemos pensar el *habitus* de archivo? ¿A qué principios organizativos atribuir su lógica y su sistema?

Como recuerda Derrida, la noción de archivo (*arkhè*) remite al lugar desde donde el orden es dado. El momento del archivo es el de la consignación, la reunión de los signos, y su asignación a una topología determinada. Ese orden establece una secuencia temporal y

lógica a la vez, instituye un principio de sentido, que en el caso del archivo personal trabaja sobre la propia vida. Siempre se trata de la producción de una inscripción, ya sea de un pensamiento (a través del acto de escritura, por ejemplo), de una imagen (una fotografía, un video) o de cualquier otra forma de impresión del acontecimiento sobre un soporte exterior. Si pensamos, como sugiere Derrida, que esa inscripción es parte de la producción misma de aquello que registra, el archivo resulta ser, a la vez, instituyente y conservador de un pasado que se proyecta hacia el futuro.

Las palabras de Dardo Cúneo que citamos en el epígrafe refieren precisamente a esa función y a esa dinámica del archivo como un proceso abierto y constitutivo de la propia identidad personal. Práctica plural e incesante, el archivo es un espacio de inscripción al que volvemos una y otra vez: revisamos, seleccionamos, reordenamos nuestros papeles, releemos nuestras escrituras, modelamos nuestros recuerdos. Con un lenguaje propio, el archivo personal participaría entonces de aquel universo que Arfuch ha denominado “el espacio biográfico”, estableciendo un horizonte de inteligibilidad orientado a “aprehender la cualidad evanescente de la vida (...) oponiendo, a la repetición abrumadora de los días, a los desfallecimientos de la memoria, el registro minucioso del acontecer, el relato de las vicisitudes o la nota fulgurante de la vivencia, capaz de iluminar el instante y la totalidad”.

El archivo personal puede pensarse también como una forma compleja de escritura de sí, una práctica que podríamos inscribir entre aquellas que Michel Foucault ha denominado “tecnologías del yo”. Esas tecnologías

consisten en una serie de prácticas u operaciones que el sujeto realiza “sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser” dirigidas a su transformación y perfeccionamiento. Foucault hace una genealogía de esas prácticas, que tendrían en la antigüedad al “cuidado de sí”: ellas implicaban reservar cotidianamente un tiempo dedicado a la reflexión sobre sí mismo y sobre lo actuado, meditaciones que se volcaban a menudo en la escritura de cuadernos y notas que debían luego ser releídas, o en la redacción de cartas a los amigos y maestros. Aquel precepto, uno de los más importantes principios morales que regían la vida social y la conducta personal, se relacionaba también con el principio del “conocimiento de sí”, que terminó primando en la modernidad.

El archivo personal trae esa marca de origen, alimentándose tanto del cuidado de sí como del deseo de guardar registro (muchas veces secreto) de lo actuado o lo vivido, estableciendo así una especie de verdad propia. Fruto de una actividad autorreflexiva, el archivo participa incluso en su materialidad de ese movimiento introspectivo que constituye al sujeto moderno. Por eso suele encontrarse en esos rincones que tan bien describe Gastón Bachelard: “El armario y sus estantes, el escritorio y sus cajones, el cofre y su doble fondo, son verdaderos órganos de la vida psicológica secreta. Sin esos ‘objetos’, y algunos otros así valuados, nuestra vida íntima no tendría modelo de intimidad”. Sin embargo, con una lógica cercana a la literatura confesional (memorias, diarios íntimos), el archivo evidencia al mismo tiempo una voluntad de crear y transmitir una cierta imagen

de sí, lo que otorga al gesto un significado ambiguo de resguardo y exposición de esa interioridad.

En estas prácticas de archivo encontramos también mucho de la pasión del coleccionar, un tema que ha interesado a Walter Benjamin y al que dedica un breve ensayo autobiográfico. En él Benjamin se propone compartir más que nada un sentimiento: “la disposición afectiva, para nada melancólica, más bien tensa” que los libros despiertan en el coleccionista verdadero. Significativamente, es en medio del desorden de su biblioteca, mientras “el tedio afelpado de la clasificación no la envuelve aún”, cuando Benjamin se dispone a hablarnos: “¿Qué es una biblioteca, sino un desorden donde el hábito ha sabido instalarse tan bien que puede revestir la apariencia de un orden?”.

Ese orden no sería sino “un juego de equilibrio” en el que el coleccionista se mueve “por encima del abismo”. Benjamin pareciera remitirnos con esto a una idea de la colección como conjura del abismo, del vacío que amenaza con disolver al sujeto, porque “si toda pasión linda con el caos, la pasión del coleccionar linda con el caos de los recuerdos”.

El coleccionista benjaminiano dispone a sus objetos en un “círculo mágico”, estableciendo con ellos un lazo que no subraya su valor de uso, sino que hace renacer al objeto junto al sujeto en una nueva trama, aquella en la que puede ver “el teatro de su destino”. Orden y caos, pasado y presente, abismo y destino son los polos que subtienden la vida del coleccionista y la actividad misma del coleccionar. La colección permite al hombre enfrentar la dispersión y el desorden del mundo creando un nuevo orden, el que lo vincula a las cosas y a su propia historia como una memoria práctica.

Otra importante reflexión sobre el coleccionismo es la de Jean Braudillard, quien se pregunta por aquellos objetos antiguos que “parecen contradecir las exigencias del cálculo funcional para responder a un deseo de otra índole: testimonio, recuerdo, nostalgia, evasión”. Por eso, piensa este autor, el gusto por lo antiguo se encuentra tan ligado a la pasión por la colección. La manipulación de estos objetos respondería “a un movimiento del presente hacia el pasado para proyectar la dimensión vacía del ser”, un modo imaginario en que el sujeto puede dominar el tiempo, en la medida en que su organización lo sustituye. Según Braudillard, tal es su función fundamental:

*“Resolver el tiempo real en una dimensión sistemática. (...) al repertoriar el tiempo en términos fijos a los que puede mover reversiblemente, la colección expresa el perpetuo recomenzar de un ciclo dirigido, en el que el hombre juega a cada instante, partiendo de cualquier término y seguro de regresar, el juego del nacimiento y de la muerte”. De allí que aun cuando la colección se convierta en discurso a los demás, “es siempre, en primer lugar, un discurso para sí mismo”.*

### **El archivo de Dardo Cúneo como construcción autobiográfica**

Ahora bien, ¿con qué modalidades propias, con qué marcas personales se expresa este *habitus* en el archivo de Dardo Cúneo? Entre la acumulación y la colección activa, aquello que alberga este archivo no puede pensarse únicamente como el producto espontáneo

de sus actividades ni tampoco ser sencillamente atribuido a una intencionalidad determinada. La lógica que intentamos encontrar en el conjunto heterogéneo de materiales reunidos por Cúneo no pretenderá entonces explicarlo todo, por lo mismo que resultaría ingenuo postular que un archivo personal es capaz de dar cuenta de la totalidad de una vida.

Pero las ideas anteriores deberían ayudarnos a reconocer algún sistema en el “caos de recuerdos” que es ahora este archivo. Si Cúneo se dispusiera, como hace Benjamin al desempacar su biblioteca, a narrarnos su vida a través de sus papeles y sus libros, compartiríamos las imágenes y recuerdos (“no exactamente reflexiones”, dice Benjamin) que se apoderarían de él ante la visión de cada uno de ellos. Con gusto nos dejaríamos llevar por ese caótico fluir de la memoria, que ahora ha quedado en cambio como detenida en el archivo.

Pensando el archivo como un modo de narrar, podemos preguntarnos, por ejemplo, ¿qué recursos, qué estrategias de (auto)representación ha elegido Cúneo para hacerlo? ¿Qué momentos adquieren relevancia en el relato de su vida? ¿Cuáles resultan opacados, son inaparentes, o habrán quedado afuera del archivo?

Si bien nuestro acercamiento a estos materiales es muy preliminar, alcanzamos a distinguir en el conjunto la existencia de ciertas zonas en las que evidentemente Cúneo puso mayor dedicación y cuidado. Abundan allí ciertos indicios, señales, pequeñas marcas que fueron dejadas por él (¿para sí mismo, para algún otro imaginado, previsto, deseado?), en las que se figura más claramente la presencia del narrador: los rótulos de algunas cajas

y carpetas; las observaciones, fechas y referencias indicadas a mano sobre determinados documentos, el modo en que fueron ordenados algunos tramos en particular. Es notorio que ha vuelto a ellos en distintos momentos, agrega cosas, anota, selecciona, elige algo para publicar.

Podemos detenernos en una de estas zonas. Por ejemplo en la pequeña caja de cartón que tiene escrito a mano en su exterior: “Partido Socialista. Separación. Acción Socialista”.

En su interior, la primera carpeta lleva una etiqueta casera, con un texto mecanografiado: “Cartas de preso”. Contiene una significativa cantidad de cartas manuscritas: doce de ellas son de Cúneo a su esposa –Fanny Speisky–, treinta y seis de Fanny y otras cinco de sus hijos, que Cúneo recibió en las celdas 568 y 608 de la Penitenciaría Nacional donde estuvo recluido luego de su detención el 30 de septiembre de 1951 y hasta su liberación el 26 de diciembre de ese año. “El viento trajo a mi ventana una pequeña flor. Te la guardo”, prometió Cúneo en la primera de esas cartas a Fanny. Y junto a los papeles está –todavía– la flor.

Luego encontramos una carpeta rotulada “Separación del PS” con una serie de documentos: un testimonio judicial de 1954 que indica su sobreseimiento en una causa penal; un certificado de no haber podido votar en las elecciones de ese año por hallarse detenido; copia de una carta al ministro de Justicia y del recurso urgentísimo presentados por su esposa pidiendo su libertad; una nota manuscrita con letra de Cúneo indicando el cargo bajo el que fue detenido, el nombre del comisario y la seccional, el número de su prontuario y el nombre del juez interviniente. A continuación, tres folletos publicados

por Cúneo: “Renuncia al Comité Ejecutivo (Circulación exclusiva entre los afiliados del Partido Socialista)” y “En términos argentinos y socialistas”, con pie “Acción Socialista”, de 1952 y “El delito de opinión y el Partido Socialista”, de 1953. Y los originales del primer número del periódico Acción Socialista, según dice Cúneo con letra clara y en tinta azul.

Siguen algunas cartas de afiliados y centros socialistas, y del propio Cúneo, dirigidas al Comité Ejecutivo del Partido Socialista. Se manifiestan ante la resolución de ese organismo directivo de someter a votación general la expulsión de Dardo Cúneo del partido. Entre ellas se encuentran –según allí se nos indica– los originales de las cartas de Alfredo Palacios (en algún caso finalmente no enviada, según también se nos aclara) solicitando al Comité Ejecutivo que revea su decisión. Las cartas y escritos de Cúneo describen las gestiones realizadas en favor de su libertad, las que aparecen como el detonante del “clima de intrigas” que llevó primero a su renuncia al Comité Ejecutivo y finalmente a su expulsión definitiva del partido. Los diversos textos también nos dejan saber acerca de la posición disidente en la que se ubica Cúneo frente a la dirección política del PS.

Leemos luego una serie de comunicaciones cruzadas entre el Partido Socialista y Cúneo, incluyendo el documento titulado “Voto general. Asunto disciplinario Dardo Cúneo”, un sobre de votación, con la respectiva boleta para optar por “sí” o por “no” (en la que Cúneo inscribió una “X”) y los telegramas cursados por él impugnando el procedimiento seguido por el partido. También encontramos cartas de solidaridad, otras que le solicitan

Original de mi número  
de Acción Socialista

En terminos  
argentinos y  
socialista

1601  
C8 Bastarda  
8

Las primeras palabras que se lean en este periódico ~~han de ser~~ han de ser, de parte de quienes lo escriben, una afirmación plena de fe en el socialismo y de lealtad a la patria, entendiendo por patria el sentimiento, el interés y la historia de la comunidad nacional, y entendiendo, como expresión completa de la comunidad nacional, a los hombres y clases que protagonizan la aventura del trabajo y del progreso.

Para saber ubicar nuestros deseos es necesario advertirse de la verdad esencial que circula en el fondo de la actualidad argentina, en la misma medida que es necesario alejarse de toda consideración ~~más~~ anecdótica y parcial.

Consultada esa verdad esencial, ella nos dice que constituimos una comunidad con derechos naturales a constituirse en nación verdadera, paso que sólo puede llevarse a cabo superando las primitivas formas económicas del país-estancia, para que el mapa argentino multiplique los puntos negros que marcan la existencia de núcleos de población, en lugar del hueco anti-histórico de la pradera vacuna, el latifundio inculto y el desierto erosionado.

Ese paso se realizará con una integración de culturas económicas, a través del racional aprovechamiento de las reservas del suelo y del subsuelo del país, de sus ~~rio~~ ríos, de sus saltos de agua, de sus bienes naturales relacionados y promovidos por un ascenso ordenado de modernas industrias, al servicio de las necesidades nacionales y de las necesidades que nos formulé el mundo, que tratará con nosotros en el mismo plano que nosotros trataremos con él.

Esa integración de culturas económicas es el camino y el método para dar por cancelada a la colonia que vivió -y vive- en nosotros, y nos sometió a los imperios de la moderna colonización capitalista.

Entendemos que su urgencia constituye el punto de partida común para todos los argentinos ~~que~~ que tengan la honradez y el coraje de pensar en términos de comunidad, de nacionalidad.

Mas, no sólo importa dar ese paso, sino que mucho importa cuáles son las fuerzas históricas que lo conducen y orientan. ~~Es~~ ~~importante~~ ~~que~~ ~~prime~~ ~~por~~ ~~encima~~ ~~de~~ ~~todo~~ ~~interés~~ ~~parcial~~ ~~de~~ ~~una~~ ~~oligarquía~~, las necesidades orgánicas y la visión de futuro de la comunidad. Importa que el progreso se acompañe de las más amplias y seguras formas de igualdad social y democracia política. Que el desarrollo económico auspicie un integral desarrollo de libertades. Que una integración de culturas económicas sea el vehículo de una integración de culturas sociales. ~~Que~~ ~~sea~~ ~~una~~ ~~palabra~~, que el progreso económico no sea fuente de especulación por parte de una oligarquía, ni de centralismo, ni de dictadura. Que sea, por el contrario, el impulso generador de un progreso en todos los órdenes, al servicio de lo único que merece tener servidores: la vida libre de una comunidad soberana, a cuyo propio esfuerzo ordenado y libre, se deba su propia abundancia, su propia justicia, su propia libertad.

información o sugieren posiciones a tomar, y varias cartas de acusación y descargo que dirige Cúneo privadamente a Nicolás Repetto y otros afiliados. Algunos de estos documentos fueron publicados en el transcurso de ese año y el siguiente en folletos dirigidos a los afiliados y en el periódico Acción Socialista.

Desde el punto de vista que venimos construyendo, este conjunto de materiales organiza un determinado relato acerca de la “separación” de Dardo Cúneo del Partido Socialista (y en estrecha vinculación a ello, de la publicación del periódico y la conformación de la agrupación Acción Socialista). Expresan también una memoria personal de esos acontecimientos, que entendemos biográficamente muy significativos.

Ante esta narrativa tácita del archivo, se abren distintas posibilidades de lectura e interpretación: ¿dónde comienza el proceso que culmina en su “separación” del partido y dónde termina, según el relato tramado en estos papeles? ¿Cuáles son las causas postuladas, cómo se concatenan las acciones, quiénes son sus agentes y pacientes, los protagonistas principales y secundarios del drama? ¿Cómo se articulan las voces de los otros y la propia en esa disputa política que Cúneo entabla con la dirección partidaria? ¿Qué intervenciones, qué momentos habrán quedado fuera de su selección? ¿Nos informarían estos papeles de alguna diferencia respecto de lo decible, si los pudiéramos en diálogo con lo publicado al respecto por el propio Cúneo? Resulta interesante observar que los materiales reunidos en esta caja —que comportan un claro “momento biográfico” en el archivo— dan cuenta de una vivencia, la que podemos interpretar

—siguiendo de nuevo el iluminador ensayo de Arfuch— “como unidad de una totalidad de sentido donde interviene una dimensión intencional, algo que se destaca del flujo de lo que desaparece en la corriente de la vida”.

Ese relato vivencial, siempre recomendado e inconcluso, se construye también en el archivo, que se visualiza así en su carácter abierto. En nuestro ejemplo, la disputa referida pareciera continuarse indefinidamente en los registros conservados por Dardo Cúneo. Como sugiere Derrida, cada lectura del archivo parece capaz de actualizar su sentido en nuevos contextos, inscribir nuevas marcas, proyectarlo de otro modo hacia el futuro. Así pueden haber funcionado para Cúneo —en este caso quizá con algún grado de premeditación— las cartas que escribió en la prisión, las que envió a Repetto, o el texto de su renuncia al Comité Ejecutivo, materiales que adquieren un nuevo sentido cuando son publicados como parte de los manifiestos programáticos de Acción Socialista, al igual que las expresiones de solidaridad y de apoyo entonces recibidas.

En suma, los papeles reunidos y puestos en serie en la caja que someramente acabamos de describir encuentran su lugar en una trama plenamente subjetiva. Su sistema no parece ser el de la simple acumulación, ni la del resto involuntario que queda como evidencia de un acontecimiento dado. En esa manera de vincular los objetos entre sí y con su poseedor, el archivo personal se asemeja a la colección, a la que puede albergar aunque sin duda excede.

Del mismo modo, el interés de Cúneo por el pensamiento libertario y socialista tanto como su vocación historiadora lo han impulsado a reunir folletos, revistas y periódicos



de esa orientación, viejas fotografías y manuscritos, cientos de recortes de prensa relativos a determinadas figuras y acontecimientos históricos significativos, una enorme cantidad de libros. Esta actividad de recolección puede entenderse como un esfuerzo por reunir materiales y fuentes fundamentales para el estudio de diversas temáticas relativas al socialismo en Europa y América Latina. Pero ello no agota sin embargo el sentido de su práctica, en tanto que esos materiales no sólo responden a un fin intelectual o de investigación, sino que aparecen revestidos del valor afectivo de la colección y sus modos de inscripción subjetiva de sentido.

Es que —como señala Benjamin— el coleccionismo es un fenómeno originario del estudio, pero una vez que son poseídos por el coleccionista los objetos adquieren un estatuto subjetivo: “No es que las cosas vivan en él, es él quien vive en ellas”. Por eso, si una inquietud intelectual y política ha movido a Cúneo a reunir aquellos materiales, desde el punto de vista que sugiere Benjamin también podríamos pensar que es un poco con sus libros y con las queridas piezas de su archivo personal, rodeándose de ellas, volviendo una y otra vez a sus papeles y a sus propias escrituras militantes, que Cúneo vive y se sostiene en una identidad socialista.

Asimismo, junto a esos documentos reunidos por Cúneo, incluso dentro de los libros de su biblioteca, encontramos muchas veces manuscritos propios con citas, apuntes y notas de trabajo. La superposición abigarrada de unos y otros en cajas y estantes brinda testimonio del método del escritor y nos permite reconocer las fuentes e itinerarios de su pensa-

miento. Parecería forzado cualquier posible límite que pueda trazarse entre lo propio y lo de otros en la intertextualidad que atraviesa estos materiales, en tanto lectura y escritura conforman un proceso dialógico que articula a ambos en una constelación muchas veces indecidible.

Borradores preliminares en varias versiones, originales mecanografiados, pruebas de imprenta e incluso libros y artículos ya impresos con correcciones (en algunos casos preparando una nueva edición) constituyen también una zona muy activa del archivo. Son las huellas genéticas de su proceso de escritura. El simple hecho de que Cúneo las haya conservado nos sugiere una cierta disposición sentimental hacia ellas. Pero, más allá de esa presunción, lo cierto es que Cúneo conserva cuidadosamente no sólo sus originales, sino también los libros y folletos que ha publicado, los periódicos y revistas que edita, las revistas culturales tanto locales como extranjeras en las que colabora, los libros que prologa y otros en los que participa de algún modo (prólogos, ordenación y notas, edición, capítulos). Un afecto especial parece volcar en sus títulos de poesías, algunas de ellas impresas en ediciones especiales para bibliófilos.

Cúneo también recorta los artículos que publica en la prensa y en diversos semanarios, los que por su abundancia ocupan varias de las cajas que integran su archivo, reunidos a veces en función de una determinada temática. A menudo, sobre algunos de esos artículos firmados con seudónimos, Cúneo tacha e inscribe claramente en ellos sus iniciales, devolviéndose a sí mismo la identidad...

A sus libros y publicaciones Cúneo dedica un espacio diferenciado de la

biblioteca, cercano a su escritorio de trabajo. Ha conservado además reseñas y comentarios que otros publican sobre sus obras, e incluso una importante cantidad de libros que contienen alguna referencia, así sea muy breve, a él o a alguno de sus trabajos, las que aparecen señaladas en el texto. Práctica seguramente habitual entre los intelectuales, de todos modos resulta significativo que Cúneo haya llevado un archivo sistemático de sus publicaciones, así como de su recepción y crítica. Imaginamos al escritor frente a sus libros, en diálogo con ese otro yo –autor– que se construye en las letras de molde, afirmándose en la constatación de lo que queda y lo que circula a partir de lo dicho.

Cúneo reutiliza además profusamente sus escritos a lo largo de los años, publicando en nuevas compilaciones sus artículos, prólogos, informes, textos de conferencias y discursos. Como señalamos más arriba, ese permanente retorno –y la diferencia en la repetición de sus enunciados– otorga al archivo una dinámica singularmente rica. En él encontramos también varios escritos inéditos, proyectos en curso que no han llegado a término. Ese carácter inacabado y fluido de los textos que reúne el archivo nos confronta inevitablemente con los límites de la noción de “obra”, que aquí parece difuminarse, extenderse más allá y más acá de lo publicado por Dardo Cúneo.

Toda esta actividad se sostiene sobre lo archivado evidenciándose en la disposición de los materiales, indicios de un trabajo que –detenido en un momento dado– no puede considerarse sin embargo definitivo más que en el sentido estrecho del tiempo que faltó. No es de extrañar entonces

que el propio archivo, como construcción autobiográfica, no pueda escapar tampoco a esa condición, a ese estado.

### **Subjetividad y archivo, otras preguntas posibles**

Compartimos en este trabajo algunas ideas acerca de la naturaleza de las prácticas de archivo, un *habitus* social que involucra formas complejas de escritura de sí y conserva la impronta de aquellas tecnologías del yo que configuraron la experiencia del sujeto moderno.

Desde esa perspectiva nos acercamos al archivo de Dardo Cúneo, postulando que su sistema y su corpus material lo inscriben plenamente en el universo de las narrativas biográficas. Exploramos algunas zonas de este archivo para mostrar cómo se expresa y se construye en él una subjetividad anclada a una época, que se estructura fuertemente en torno a la identidad política. El sujeto que atesta este archivo parece tomar la forma de una promesa, aquella que acompaña durante años su propia firma (“Del socialismo, Dardo Cúneo”). De qué modos se actualiza subjetivamente esa identidad a lo largo de una vida, en diálogo con las profundas transformaciones del mundo que lo rodea, y cómo el archivo participa de esa configuración, son algunas de las preguntas que quedan abiertas para futuras indagaciones.

A través del archivo reparamos también en la presencia del mundo social dentro del individuo, expresada en el carácter dialógico de esa narrativa vivencial en que la experiencia personal adquiere sentido. Esos momentos biográficos que irrumpen en el archivo de Dardo Cúneo construyen una trama compleja montada a partir de fragmentos e

imágenes significativas, como las vinculadas a su “separación” del partido, o a la propia colección de sus escritos.

Intuimos que otras zonas del archivo, además de las que focalizamos aquí, serán también sumamente significativas para comprender los modos en que Dardo Cúneo se reconoce y construye subjetivamente a lo largo del tiempo. El avance de las tareas de organización y descripción de este fondo documental, actualmente en curso, permitirá profundizar en ellas, abriendo a la vez nuevas preguntas y posibilidades a la investigación.

Su correspondencia personal, por ejemplo, contendrá seguramente importantes momentos autobiográficos. Si bien las que encontramos son en su mayoría —como es lógico— las cartas que ha recibido, Cúneo conservó en su archivo algunas copias carbónicas de las que él ha enviado (y ojalá otras correspondencias se puedan reconstruir, a partir de ahora). Porque será especialmente en sus intercambios epistolares con amigos y colegas (muchos de ellos del interior y de otros países latinoamericanos) donde irrumpirán con más claridad esos momentos de escritura de sí. A través de esos diálogos —en los que se comparten experiencias, decisiones y expectativas, se comentan e intercambian ideas y proposiciones, se organizan tareas y proyectos a la distancia— podremos acceder a un Dardo Cúneo que va construyéndose a sí mismo en el encuentro vital con los otros que forman parte de su mundo.

El conjunto del archivo permitirá reconocer las insistencias y los deslizamientos en el devenir de sus afinidades y posicionamientos políticos —aunque ya no estrictamente partidarios—, expresados no sólo en sus escritos, sino en otras facetas de su trabajo cotidiano en diversos medios de prensa y editoriales,

ocupando cargos públicos y de gestión institucional, asesorando funcionarios y colaborando en proyectos culturales y políticos, en una actividad que se prolonga a través de las décadas acompañando buena parte del siglo XX.

La trama biográfica del archivo también se expresa a través de otro tipo de materiales que Cúneo ha conservado, como las cartas y fotografías familiares, o algunos documentos de carácter patrimonial y contable, aunque estas zonas no han sido todavía establecidas como parte de lo que podrá ser consultado públicamente. Aquí se plantea claramente el problema de los límites del archivo personal, que no son naturales ni obvios en ningún sentido.

Tendremos por último que pensar en lo significativo de aquello que falta, lo que no está ni estará en el archivo. En ese sentido, quizá sea importante recordar que —al igual que en la biografía o la autobiografía— en el archivo personal también sucede que “el empeño por restaurar la vida trae aparejado, inevitablemente, el recordatorio de la mortalidad. Así, la tensión hacia el futuro —la posteridad— que caracteriza a ambas narrativas, el deseo de presencia y de conservación, no puede eludir rozar, aun levemente, esa sombra perturbadora”.

En ese reiterado juego del nacimiento y de la muerte —al decir de Braudillard— que Cúneo practica con su archivo, en la confrontación rememorativa que propicia lo archivado entre lo que era y lo que ha llegado a ser, se produce algo de esa construcción imaginaria de sí. Ese dispositivo esencialmente narrativo sostiene así una memoria que —enunciada en el espacio de lo íntimo y dirigida en primer lugar hacia sí mismo— se orienta a la vez hacia los otros, a quienes será transmitida como legado.

De todos modos, este *habitus* de archivo que entendimos como una forma de construcción autobiográfica no será el único capaz de imprimir sentidos en el archivo personal. Su corpus se verá modelado a su vez por una multiplicidad de factores no siempre previsibles aunque tampoco necesariamente azarosos, ligados en primer término a la propia historia personal y familiar, pero

también al contexto cultural y político en el que se insertan y al devenir público-institucional de ese archivo, en el que otras subjetividades dejarán también su marca. Por eso los avatares del archivo personal a lo largo del tiempo nos suelen ofrecer indicios relevantes no sólo acerca de su productor, sino también de la sociedad y sus formas de producción del archivo.

#### BIBLIOGRAFÍA

---

- Arfuch, Leonor (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2007), “La autobiografía como (mal de) archivo”, en *Crítica cultural entre política y poética*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gastón (1957) (2000), *La poética del espacio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter (1931), “Desempaco mi biblioteca”, en *Punto de Vista*, N° 26, abril de 1986.
- Bourdieu, Pierre (2007), *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Braudillard, Jean (1969), *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI.
- Derrida, Jacques (1996), *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta.
- Foucault, Michael (1990), *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI.

## Algunos aspectos de la sociedad del Centenario a través del archivo personal de Pastor Servando Obligado<sup>(\*)</sup>

*Por Ana Guerra\*\**

Los archivos personales son una parte fundamental de la cultura. Atesoran manuscritos, documentos diversos, correspondencias, imágenes fotográficas y papeles de orden muy diverso que dan cuenta de la vida de las personas en cuestión. Reconstruir una biografía significa reelaborar las condiciones en las que esa trayectoria tuvo lugar: el ambiente social, los linajes, los dilemas de la época, el conjunto de decisiones existenciales, los encuentros azarosos y los desvíos de aquello que parecía el futuro predeterminado.

En este caso, se ofrece un análisis del archivo personal de Pastor Servando Obligado, cuyos fondos fueron entregados en carácter de donación a la Biblioteca Nacional en 1937. Perteneciente a una familia de estirpe patricia, este abogado y militar fue parte de la Generación del 80 que se dedicó a las letras, la política y la guerra. Terrateniente, funcionario y viajero, Obligado escribió sus memorias de viaje en sendos libros. Económicamente liberal y políticamente conservador, participó como combatiente en la Batalla de Pavón y en la Guerra del Paraguay, país en el que concentró buena parte de sus propiedades. Acercarse a la vida de Obligado y examinar sus documentos nos da una idea del espíritu que forjaba la elite dirigente de aquellos años.

El objetivo de esta presentación es mostrar cómo a través de los documentos que forman parte de un archivo personal, en este caso, el de Pastor Servando Obligado, se pueden vislumbrar distintos aspectos de la vida social en la Argentina del Centenario. Antes de empezar vale decir algunas palabras en relación a qué es un archivo personal. Estos archivos están conformados por todo aquello que una persona produce y recopila a lo largo de su vida y pueden encontrarse tantos tipos de documentos diferentes como diversas sean las actividades a las que cada una se dedicó. Por ejemplo en el área de Archivo hay materiales de escritores como César Tiempo y Luis Emilio Soto, que tienen distintas versiones borradores y notas de sus libros o artículos; hay también materiales de Arturo y Silvio Frondizi, que entre otras cosas conservan documentos de las organizaciones y partidos a los que pertenecieron, legajos de casos judiciales en los que participaron como abogados; en el caso de Silvio hay programas de materias que dictaba en la universidad y exámenes de sus alumnos por ejemplo. En el archivo de Dardo Cúneo se encuentran, entre muchas otras cosas, papeles ligados a una de las instituciones que presidió durante varios períodos, la Sociedad Argentina de Escritores. En todos estos casos también hay correspondencia y otros tipos de materiales como recortes de prensa, folletos, revistas, boletines, notas y volantes que cada uno guardó según sus temas de interés, según su mundo de pertenencia. Los tipos documentales presentes en cada archivo variarán también según el sector social al que alguien pertenezca. Por ejemplo en el caso de Pastor Obligado encontramos registros de sus propiedades,

papeles que dan cuenta de las reformas que hace en sus distintas mansiones, recibos por el cobro de alquileres y arrendamientos, tarjetas de hoteles que guarda de sus largos viajes por Europa. De más está decir que éstas no son cosas comunes a todos los archivos. Además, vale aclarar que en general raramente forman parte de las donaciones, materiales que nos hablen del sostén económico de la persona a la que pertenecen los papeles. Contrariamente, la documentación que la Biblioteca recibió de Pastor Obligado se vincula a sus actividades como propietario de grandes extensiones de tierra y no con su faceta de escritor por ejemplo.

Un archivo personal entonces, puede dar cuenta, por un lado, del tipo de vida de una persona, sus actividades e intereses, el ámbito de sus vínculos personales (que puede rastrearse por ejemplo a través de la correspondencia). Pero al mismo tiempo, estos archivos no nos dicen cosas solamente de la persona que reunió los materiales sino que también son una puerta de entrada para conocer aspectos del mundo social en el que desarrolla esa vida, nos hablan de su época, de su lugar, de las relaciones sociales en las que se encuentra inmersa, etc. Todos podríamos, de hecho, hacer el ejercicio de pensar qué cosas guardamos, cuáles tiramos y por qué, cómo las organizamos y también de qué aspectos de la cultura y la sociedad en que vivimos nos hablarían esos documentos.

### **Pastor Servando Obligado**

El archivo de Pastor S. Obligado fue recibido como donación por la Biblioteca Nacional en el año 1937. El fondo completo se encuentra en

distintas áreas de la institución; así es que en la Fototeca se conservan álbumes fotográficos de algunos viajes de Obligado por Europa y Oriente, en el Tesoro también hay algunas cartas suyas, en Libros se pueden consultar los materiales bibliográficos recibidos y en el área de Archivos y Colecciones Particulares se conserva documentación como la que vamos a considerar a continuación.

Antes de pasar a los documentos, haremos un breve comentario sobre quién fue Pastor Obligado. Escritor, abogado y militar, nace en octubre 1841 en el seno de una familia patricia de Buenos Aires. Nieto de Manuel Alejandro Obligado –regidor del Cabildo en 1810– e hijo de Pastor Obligado, gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue un hombre característico de la llamada “generación del 80”, dedicado a las letras a la par que a la política y la guerra. Publicó numerosos artículos que luego reunió en una larga serie de libros titulados sucesivamente Tradiciones de Buenos Aires, Tradiciones y recuerdos y Tradiciones argentinas. Estas obras reúnen gran cantidad de anécdotas y pequeños relatos que recogen las costumbres y detalles de la vida cotidiana de la época. Signadas por la exaltación de valores patrióticos, próceres nacionales y grandes hombres emprendedores, estas tradiciones forman parte de una tarea mucho más amplia orientada a la fundación misma de la Nación, a la creación de un sentido de pertenencia, de una identidad argentina. Estos escritos de Obligado lo vinculan además a toda una corriente literaria de Hispanoamérica, en la que cuentan figuras como Ricardo Palma en Perú. Como gran parte de la oligarquía local, Pastor S. Obligado

dedica parte de su vida a recorrer el mundo. En 1871 inicia un largo viaje por Europa, Egipto, India, Japón y China que durará tres años y tras el cual volcará sus impresiones en el libro Viaje a Oriente. Tiempo después recorre la costa del Pacífico hasta llegar a Estados Unidos, viaje que lo llevará a escribir dos libros: En Uruguay, Chile, Boston, Madrid y Los Estados Unidos tal cual son. En 1889 emprende un nuevo recorrido por Europa.

En aquellos años en los que sucesivos gobiernos fomentaron la formación de un único ejército nacional, Obligado formó parte al menos de dos campañas: en septiembre de 1861 participó en la batalla de Pavón y más tarde en la guerra del Paraguay. Por otra parte, vale comentar que su tesis para lograr el doctorado en Jurisprudencia se tituló “La libertad es el alma de los pueblos”, un alegato en favor de la libertad mercantil como símbolo de progreso. También ocupó distintos cargos públicos, como secretario del Departamento General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires y como fiscal y juez de primera instancia en la Capital Federal, ocupándose particularmente de reglamentación inmigratoria. Algunas de las organizaciones a las que perteneció fueron el liberal Club del Progreso y la ultra católica Liga Patriótica Argentina. Pastor Servando Obligado muere, a los 83 años, en el mes de julio 1924.

Pero además de todo esto, Obligado fue un gran terrateniente y de eso da cuenta la mayor parte de los materiales que se conservan en el Archivo, que se vinculan con el curso de sus negocios como propietario de grandes extensiones de tierras, tanto en la provincia de Buenos Aires como en el territorio paraguayo arrasado por la

guerra, donde se dedicó por más de cuarenta años a manejar los asuntos relativos a una enorme propiedad, la Colonia Obligado.

### El Archivo

Comencemos entonces por algunos documentos que dan cuenta de su fortuna. Se conservan como parte del archivo personal de Pastor Obligado listas de sus propiedades, tanto rurales como urbanas, durante muchos años, donde se aclaran los valores de cada una así como cuál es su renta anual. También hay listas de bienes, inventarios de objetos del interior de sus casas, presupuestos y planos de reformas edilicias entre otras cosas. Además se encuentran varios testamentos familiares, tanto de su parte como de su esposa, Teresa Ortega, que ayudan a reconstruir la formación de este gran propietario. Hay otros datos que no aparecen en los documentos pero que pueden tratar de inferirse de acuerdo a lo que se va investigando tanto sobre la persona como sobre la época. Por ejemplo, más allá de lo que se transmite por herencia no hay documentación que refiera explícitamente a cómo pudo haber obtenido esos miles de hectáreas en Paraguay. Sin embargo, una posibilidad es que los haya recibido en “compensación” por haber participado en la guerra del Paraguay unos años antes, tipo de reparto usual y común a otras campañas como la realizada después de la conocida como “Campaña al Desierto” al sur argentino.

Algunos mapas nos muestran la localización de las otras propiedades de Obligado, fundamentalmente las que se encontraban cercanas a la línea del

antiguo Ferrocarril Sud. Los documentos que se mencionarán a continuación se vinculan a esos terrenos en las zonas de Juárez (Estación López), Brandsen (Estación Ferrari), Adrogué, Almirante Brown y Lomas de Zamora (Estación Temperley).

Decíamos antes que este archivo personal abre puertas para conocer algunos aspectos de la sociedad del Centenario. Veamos entonces algunos ejemplos. Hay documentos que podríamos llamar “formales”, de carácter legal, como son los contratos de arrendamiento y los recibos que dan cuenta de su cobro. En ellos se puede seguir, por ejemplo, la evolución de los precios de arrendamiento durante aquellos años, las condiciones a las que un arrendatario tenía que comprometerse frente al propietario, lo que condiciona o hace a las relaciones entre ellos. La nacionalidad de los arrendatarios y la ocupación que declaran tener son otros datos que figuran en este tipo de documentos. También se encuentra siempre la cantidad de tierras que se arrendaban, lo que se vincula directamente con el debate que existe en relación a la definición de los estamentos propios de la sociedad rural del momento. El conocimiento de las condiciones contractuales al que se accede es interesante en la medida que constituyeron en la época una de las principales reivindicaciones en los conflictos abiertos entre arrendatarios y propietarios.

Por otro lado, se encuentra la correspondencia entre Obligado y quienes arriendan sus campos, esto es, las cartas y telegramas originales que él recibía y una gran cantidad de borradores de sus respuestas. Estos materiales nos permiten acercarnos a otros aspectos, diferentes a los que aporta la



documentación de tipo legal. El trato cotidiano, el modo en cada parte se presenta frente a la otra, la constante negociación entre ambos son algunos rasgos verificables en esta documentación. También se puede prestar atención a quiénes son los que escriben, ya que en ese momento la base del trabajo en las chacras era familiar; sólo hay una carta firmada por una mujer, mientras que todas las otras están firmadas por varones. Tanto en los contratos como en las cartas, son hombres los que llevan la relación con el propietario de la tierra que la familia arrienda.

Como se dijo recién, un tema recurrente en la correspondencia es el precio que se paga: los arrendatarios permanentemente esgrimen diferentes argumentos para pelear el precio que permanece inmutable ya sean buenas o malas las cosechas, ya suba o baje el precio del ganado, por ejemplo. Obligado parece aquí un típico rentista que nunca pierde. En el borrador de una carta que prepara para su empleado en la zona, él anota directamente “cerrar trato con quien ofrezca más dinero, exija menos tiempo y pague más rápido”. Hay muchas cartas que retratan las negociaciones cuando se acerca el fin del período de arrendamiento; obviamente a los arrendatarios les convenía que los contratos duraran lo más posible porque invertían su trabajo en el mejoramiento de la tierra, pero a la vez Obligado aumentaba el monto al terminar un contrato y de ahí las negociaciones. Así, vemos que estos materiales nos acercan, también, a los tipos de conflictos que existían entre arrendatarios y propietarios.

También forman parte del archivo las cartas con un señor llamado

Octavio Battolla, que trabajaba para Obligado viajando por todos estos lugares donde tenía propiedades (incluso la Colonia, en Paraguay), negociando con los arrendatarios, ofreciendo lotes y chacras, cumpliendo todo tipo de encargos. Esta correspondencia con quien fue su empleado durante al menos quince años también da cuenta de aspectos interesantes. Las cartas de Battolla en su mayoría tienen el membrete de algún hotel, porque –como dijimos– se pasaba viajando de lugar en lugar intentando resolver conflictos de modo favorable para su jefe. Él iniciaba trámites para desalojar arrendatarios, recorría comercios para pegar carteles que ofrecían lotes en venta o arrendamiento. Al parecer, quien compartía largas tardes con arrendatarios era Battolla. Éste, al mismo tiempo, le comunica en varias cartas a Obligado que tiene que cambiarse de hotel por no tener el dinero suficiente para pagar, o sea, le reclama que no lo mande a cumplir tareas durante semanas o meses sin plata. Es curioso también como en el modo de relatar a su jefe los asuntos que va tratando, Battolla se cuida de dar a entender que no tuvo ni un minuto libre. Da largas explicaciones sobre los pormenores que explican su retraso en iniciar algún trámite o visitar a alguna persona, etcétera. En sus cartas no dice directamente que intimó a alguien a pagar su deuda, sino que cuenta cómo compartió una tarde, preguntó por la familia, charló sobre el pueblo, para ir sugiriéndole de a poco y amablemente al arrendatario que tenía que pagar. Por lo tanto, en este tipo de cartas se pueden analizar modos de gestionar los conflictos suscitados entre distintos sectores de la sociedad.

Todo esto no significa, de ningún modo, que los documentos hablen por

sí mismos, en el sentido de que todo lo que en ellos se dice haya ocurrido efectivamente así, pero siempre dan algún tipo de información. Quizá la escena relatada no haya sido de ese modo, pero puede observarse la manera en la que el empleado la relata a su jefe. Tal vez pueda estar exagerando su eficiencia, pero también se verifica que va consiguiendo clientes para Obligado, promocionando sus terrenos en todas partes. Asimismo

le cuenta los rumores que circulan en cada lugar, qué es lo que se dice “por ahí” sobre los distintos propietarios y terrenos de la zona, todos aspectos difíciles de rastrear de otra manera, ya que no aparecen en escritos legales ni en presentaciones formales y sí en cambio en este tipo de documentación.

Hay otro grupo de materiales que aporta en el sentido de ir reconstruyendo las transformaciones espaciales de determinada zona. El armado de



Pastor Servando  
Obligado

alambrados en lugares donde antes no existían, por ejemplo, la fijación de los límites a la propiedad privada, largo proceso de intentos por fijarla y de acciones para resistirla. En esa única carta firmada por una mujer en el año 1923, mencionada, se aclara que ella ya se encuentra viviendo de hecho en un terreno propiedad de Obligado, y lo que hace entonces es ofrecerse como arrendataria para “legalizar” esa situación. Otros documentos permiten seguir las marchas y contramarchas para la apertura de caminos o puentes que faciliten el tránsito desde zonas alejadas a las estaciones de trenes desde las cuales se transportaban los productos agropecuarios, o la construcción misma de estaciones de ferrocarril. Algunas cartas, planos y petitorios dan cuenta de estos asuntos. Por ejemplo, un petitorio de gente que se presenta como “vecinos” para la apertura de un camino, los pedidos que distintas oficinas estatales hacen a Obligado para que ceda parte de su terreno para construir dicho camino; los argumentos y condiciones que él va poniendo para acceder; la insistencia e intimaciones para que lo haga, etc. Así se pueden seguir temas como estos a lo largo de varios años. Otro ejemplo lo constituye su propio pedido de que se construya una estación de ferrocarril con el nombre de su padre, la “Estación Gobernador Obligado”, para lo cual propone cierta negociación que incluya a la empresa constructora. Por eso este tipo de material permite también ver ciertos aspectos de la relación entre grandes terratenientes como Obligado con el Estado nacional o provincial, y con empresas nacionales y extranjeras ligadas a la expansión del ferrocarril, a las negociaciones respecto de por dónde debían pasar las líneas férreas y

dónde construir estaciones, entre otras tantas cuestiones. No casualmente muchos de los relatos incluidos en sus libros de Tradiciones... se ocupan de estos mismos temas. Por citar sólo algunos, Obligado escribe relatos en los que alaba a las personalidades que instalan alambrados, reproduce conversaciones entre grandes propietarios, o hace un pormenorizado detalle del día en que un ferrocarril se puso en funcionamiento.

Para finalizar, sabemos que podría considerarse que todos estos papeles eran “personales”, que hablan de los bienes de un individuo, de la gente o las instituciones con las que esa persona se relacionaba; podríamos pensar que estos papeles son privados y que no tienen por qué interesar a nadie más. Pero precisamente lo que nos interesa en esta ocasión es cómo contratos, correspondencia, recibos, anotaciones dispersas, planos, presupuestos y otro tipo de documentos pueden verse no sólo desde el punto de vista de una vida individual y sus cuestiones privadas sino como materiales interesantes e importantes, porque permiten conocer aspectos de la vida, de la dinámica y los conflictos de una sociedad en una determinada época. Esto no quiere decir que a partir de un solo archivo se puedan sacar conclusiones para una situación generalizada, sino que casos puntuales como éste aportan elementos valiosos a investigaciones existentes y futuras.

**(\*) Este texto fue presentado en las jornadas “La Biblioteca y el Centenario”, Feria Internacional del Libro, Buenos Aires, mayo de 2010.**

**\*\* Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional.**

# *Colección Fototeca Benito Panunzi*

*La colección Fototeca Benito Panunzi está orientada por la intuición de que en las imágenes que tramaron la historia del país hay poderosas sugerencias para pensar; tanto las situaciones originales, fugaces y únicas, en las que un instante fue retratado, como también las potencias que ese momento, nunca del todo capturado en la escena ofrecida, destila para pensar el presente e imaginar el país por venir. Esta colección, prolongación de los tesoros fotográficos de la Biblioteca Nacional, se propone difundir las imágenes más antiguas de Argentina. Una apuesta que interroga la memoria visual a partir de la sospecha de que en ella anida una parte vital de nuestra historia, siempre fértil para nuevas interrogaciones.*

*Primeras vistas porteñas*  
*Fotografías de Esteban Gonnet. Buenos Aires 1864*



PRÓXIMO TÍTULO DE LA COLECCIÓN:

***La República Argentina en su primer centenario. 1810-1910***

Un recorrido por los primeros cien años de la nación a través de la reedición de un valioso álbum perteneciente a la colección de la Fototeca de la Biblioteca Nacional.



EDICIONES  
BIBLIOTECA  
NACIONAL

## La ciudad en la obra de Francisco Felipe Fernández<sup>(\*)</sup>

*Por Alicia Gloria Rubio*

El movimiento de las ciudades es portador de inquietud. Tal fue el caso en la incipiente Buenos Aires. Ciudad puerto, centro administrativo y burocrático y laboratorio de las tendencias mercantiles, el impulso de la naciente metrópoli generaba resquemores en quienes veían en ella la tendencia a la degradación moral de las formas de vida tradicional. Así lo atestigua un pensamiento complejo como el de Francisco Felipe Fernández, quien a partir de la escritura de piezas teatrales advierte sobre la tendencia centralizadora y corrupta de esta “gran meretriz de la historia”. Alicia Rubio repasa las obras de este escritor enterriano, seguidor de López Jordán y vindicador de Monteagudo. Una mirada atenta al modo en que la naciente república excluía lo indígena y lo gaucho, de cuyas fuerzas se había servido para pelear por su emancipación. Una nueva subordinación, de naturaleza diferente a la colonial, que reclamaba un mesianismo redentor capaz de rescatar a las muchedumbres subalternas, a partir de una composición de la sensibilidad popular con la ilustración urbana, del resentimiento al que la historia las condenaba.

## I. Los atributos de la ciudad en la cultura occidental

La tensión entre la ciudad y el campo es un motivo que está presente en la literatura desde los primeros relatos en los que los hombres expresaron sus sentimientos hacia esos conglomerados urbanos que parecían representar “lo otro” para quienes no los habitaban. Si el campo estuvo durante siglos asociado con imágenes de tranquilidad, sencillez y virtud, la ciudad es percibida como el lugar en el que el ruido, la ambición y el vicio tienen lugar. Sin embargo, la ciudad no representaba sólo lo malo. Más aun, los relatos mitológicos hablan de tipos paradigmáticos como la ciudad-doncella y la ciudad-ramera. Esta última se corporizó en Babilonia, de acuerdo a lo relatado por la Biblia, en donde esa ciudad estaba signada por la ambición y la desmesura, corporizada en la torre de Babel, razón por la cual sus habitantes fueron castigados por sus pecados, siendo destruida y haciendo fracasar su misión. Esta última se vinculaba a la idea de que la ciudad era el centro de la tierra, por la que pasaba el *axis mundi* que preparaba el encuentro del hombre con Dios. Como contrapartida, aparecería otra ciudad, encargada de redimir a los hombres, la ciudad-doncella, Jerusalén, cuyas “puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella”. Aunque aquí se hace referencia a dos ciudades mencionadas en el Antiguo Testamento, la idea de ciudad-doncella y ciudad-ramera parece ser una constante en la cultura occidental. Cabe destacar que ni una ni otra nacieron como tales; la mayoría de las veces son doncellas que pierden dicha condición

al no saber resistir ante los escollos y las tentaciones, como pueden serlo las exigencias de los pueblos invasores o las banalidades y la perversión a la que se entregan, víctimas de su ambición. Sin embargo, el hecho de que la ciudad sea percibida como una formación amenazante y corrupta, tanto por el campo como por las otras ciudades, no es patrimonio del pensamiento clásico. Aunque todas las ciudades imperiales, desde la propia Roma, han generado resistencia y desconfianza entre sus subordinadas, probablemente por ser la sede del poder político, otras a lo largo de la historia generarán igual resquemor. Por ejemplo, Londres, que en su calidad de capital imperial, centro administrativo y financiero, fue el paisaje en el que transcurrirá gran parte de la literatura anglosajona. Autores como Dickens y Tolstoi la utilizaron como telón de fondo, en absoluto anodino, en el cual se deslizaban, no carentes de calamidades, las vidas de sus personajes.

## II. La ciudad en el pensamiento nacional

Si a lo largo de la historia las capitales imperiales han suscitado el interés y las críticas de sus contemporáneos, no fue menor la atracción que produjo Buenos Aires en su calidad de ciudad-puerto, centro administrativo, eje político, capital del estado secesionista y, finalmente, capital de la república. Varios fueron los escritores que se ocuparon de ella, algunos en su condición de ensayistas, como Sarmiento o Martínez Estrada. Este último escribió que en una época Buenos Aires encarnó lo unitario contra lo democrático y lo litoral contra lo interior. Y añadía:

“Sus intereses no iban más allá del libre tráfico marítimo ni más lejos que la política aduanera”. También sentenciaba el devenir histórico del país, señalando que dicha ciudad, Buenos Aires, iría creciendo en rivalidad con la república. Ideas similares a las esbozadas por Martínez Estrada ya habían sido formuladas por el escritor entrerriano Francisco F. Fernández. Lo original en el planteo de este último autor fue el medio del que se valió para divulgar sus juicios: el teatro. Si bien la historia nacional está plagada de acontecimientos que ofician de testimonios de la rivalidad entre Buenos Aires y el interior, según la visión de Fernández, el teatro le permitiría dirigirse a un receptor tal vez menos prevenido, contribuyendo así tanto a la denuncia como a su concienciación. El propio Fernández alegraría que ese género era el más indicado:

*“En esta forma puedes infundirle la enseñanza de un libro entero en tres horas, mientras que en un año no conseguirás hacerle apreciar una verdad, que en el caso que nos ocupa [hace referencia a su obra La Triple Alianza] esa verdad trae carácter de urgente, urgentísimo. He aquí, entre otras muchas, la ventaja de la forma dramática por la cual me he decidido”* (Fernández, 1870: 21).

¿Qué lleva a Francisco Felipe Fernández a encarar este género, siendo que hasta ese momento se había desempeñado como periodista? Él mismo es el encargado de explicárselo a un amigo en un diálogo introductorio a su obra *La Triple Alianza*:

*No es mi objeto recoger aplausos de una concurrencia en medio de*

*iluminación y música, sino patentizar la verdad situacionista al pueblo; esto es, al gaucho, al soldado, al saundra<sup>1</sup> (sic), en fin, hermanos mendicantes de luz, que los déspotas políticos y sociales hacen encorvar para sobre sus espaldas echar una arenga de libertad y derecho constitucional* (Fernández, 1870: 25).

Si bien en este párrafo el autor no hace referencia a la ciudad, resulta interesante destacar que su idea es poner al tanto al espectador de los manejos que los condenan a vivir en las peores condiciones. Puede leerse entre líneas que dichos abusos son concertados en la ciudad, en tanto centro político administrativo aunque necesite de un brazo ejecutor en el campo que prohíje lo establecido a tantas leguas del lugar. Esto favorece la proliferación de un aparato cuasi burocrático que integrarían jueces de paz, comisarios, jefes de regimientos de frontera, etcétera. Por otra parte, aunque en algunas instancias Fernández no hable de la ciudad como el origen de los padecimientos que vive el interior, una lectura atenta permite detectar las referencias hechas a los políticos cuestionados como una sinécdoque de la urbe en cuestión. Por ejemplo cuando escribe: “El periódico que ruje por Mitre adula á Urquiza, el que viste de lepra la anomia de Urquiza, adula á Mitre... El servilismo y la especulación... ¡El vacío!” (1870: 20). Mitre es sinónimo de ciudad y de comercio, en tanto que su contrafigura en este párrafo, Urquiza, aparece siempre asociado en el imaginario con el campo y la explotación agropecuaria. Vale la pena indagar a través de la obra dramática de Francisco F. Fernández cuánto contribuyó su discurso a la sedimentación de estos arquetipos.

### III. Francisco Felipe Fernández, obras dramáticas y escenarios

Aun antes de haberse iniciado la guerra del Paraguay, la irrupción en territorio uruguayo de las tropas comandadas por Venancio Flores con intención de deponer al gobierno blanco encabezado por el presidente Berro, el tema fue llevado a los escenarios. Para el día 4 de abril de 1865 estaba anunciado el estreno en Concepción del Uruguay de la obra de Francisco Felipe Fernández *La Triple Alianza*, “a propósito político en un acto –prosa y verso– referente a la diplomacia brasileña, mitrista y florista en la revolución de 1864”. Resulta casi imprescindible para comprender la temática abordada por este autor conocer su trayectoria política e intelectual. La Triple F, como se lo conoció en su época, nació en Paraná en 1842, estudió en el Colegio de Concepción y fue condiscípulo de Olegario V. Andrade. Aunque mantiene correspondencia con Justo José de Urquiza, la caída de Paysandú y la actitud de éste ante la guerra del Paraguay, lo irán distanciando de aquél y acercándolo, a su vez, a López Jordán, a quien le dedicará su segunda obra teatral, *25 de Mayo de 1810*. Su posición acerca de la guerra no solamente se patentizará en sus escritos, ya que también formará parte del ejército que se levantó en Basualdo. En una carta a Urquiza escribe:

*Sólo medran hoy los caballeros de industria, los que comercian con nuestra suerte, los que explotan nuestro valer y los que para elevarse y conseguir fortuna, no se detienen ante la traición, ante el robo y ante toda iniquidad y mezquina adulación* (De Diego, 1987: 38).

Fue secretario de la Legislatura de Entre Ríos. En 1863 es iniciado masón en la Logia Jorge Washington N° 44 de Concepción del Uruguay. Cuando debió partir al exilio, actuó como secretario del Congreso Nacional en el Paraguay. Ya de regreso en Argentina se desempeñó como profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires y como Inspector General de Colegios Nacionales y Escuelas Normales. Ejerció una representación legislativa en Corrientes y posteriormente fue secretario de la gobernación de Misiones. Por otra parte, su servicio en la masonería fue muy activo ya que fue autor de una serie de rituales que fueron aprobados y puestos en práctica por esa institución en Argentina. Desde 1896, formó parte del Supremo Consejo grado 33. En diciembre de 1921 la masonería le tributó un gran homenaje. Murió en la ciudad de Buenos Aires en 1922 (Lappas, 1966: 187-8). Esta información ayuda a comprender la complejidad de su pensamiento así como la orientación que dio a su obra dramática.

En una carta que le escribe a su padre, fechada el 21 de enero de 1867, puede apreciarse la magnitud de su compromiso con la causa de la libertad, cosa que le costará la censura, la cárcel y el destierro; afirma allí: “No soy un especulador político, ni transijo con esta carcoma funesta y ruinosa del edificio Patrio y de la libertad, y he reputado un baldón cantar hosannas a todas las políticas de la situación...” (De Diego, 1987: 38).

Su visión pedagógica del teatro y su afán por concienciar a sus compatriotas acerca de los problemas que se abatían sobre el país dejan translucir un deseo que iba más allá de la estética y los halagos de los aplausos. Pero, ¿cuáles



son los males que aquejan a Argentina según Fernández? Tal vez una clave la proporciona en una de sus cartas: “Yo sé bien lo que soy: *un hijo de provincia*. Es decir, un oscuro muchacho que, por sentimiento o convicción prefiere la sombra del ombú del hogar *a las techumbres doradas de los grandes centros...*” [el destacado es nuestro]. Este sentimiento atraviesa toda la obra dramática de Fernández llegando a convertirse prácticamente en un axioma de su pensamiento y visión del mundo, razón por la que cualquiera fuera la temática o la época en la que transcurriesen, las praderas, los paisajes rurales, bucólicos, inocentes, casi edénicos, parecían ser los únicos que podían cobijar a la gente buena. Por el contrario, la ciudad es mostrada como el lugar en el que se desarrollan los peores sentimientos: la ambición desmedida, el egoísmo, la hipocresía, etc. En una de sus primeras obras teatrales, *La Triple Alianza*, publicada en Paraná en 1870 por la imprenta “Obrero nacional”<sup>2</sup>, Fernández utiliza como marco para desarrollar su argumento al campo. La pieza se despliega en un único acto que transcurre en la zona rural de las sierras orientales, donde habita en una modesta casa el comandante Romero, antiguo lugarteniente de Flores, al que este último convoca para que se sume a la “cruzada libertadora” que ha fraguado con los gobiernos de Argentina y Brasil. Ante este ofrecimiento reflexiona en voz alta:

*Yo veo que el General, al pobre  
viejo ofendido, ¡ay! que torpe, le ha  
confundido, con la canalla inmoral!  
“Colorao” yo siempre he sido, y lo  
soy por tradición... mas, yo, tengo  
religión y no soy ningún bandido!*  
(Fernández, 1870: 31).

Romero es uno más de los tantos uruguayos que cumplen con un exilio, sea en la propia patria o en el exterior, en su carácter de opositor al gobernante partido blanco. Sin embargo, no acuerda con la alianza establecida con Brasil por considerar que concluirá llevando muerte y destrucción a su patria. Valga este parlamento como muestra de lo que sería una de las constantes en la obra de Fernández: los personajes principales son gente sencilla, generalmente del campo u oriundos de algún paisaje natural o agreste.

Pese al amplio espectro argumental imaginado por este autor, para servir de telón de fondo a sus obras y como salvoconducto para divulgar sus ideas, que va desde los años de la conquista de América hasta la década de 1870 –en que se desarrolla su drama *Solané*– pasando desde los valles de los Pirineos hasta las tierras del incario o las riberas del Paraná, es frecuente el lazo, que parece prácticamente indisoluble, entre la bondad del hombre y la limpidez del paisaje de la naturaleza. Todo lo bueno parecer desarrollarse allí con la inocencia de la que estaría privada la ciudad. Sin embargo, ¿puede hablarse de una visión determinista de este autor sobre el tema? Esa pregunta reaparece constantemente ante sus páginas. ¿Existe para Fernández una cisura entre el campo y la ciudad? ¿Sólo en la naturaleza edénica pueden forjarse los grandes hombres? Como contrapartida, cabe interrogarse si en las urbes únicamente pueden crecer espíritus mezquinos, seres abyectos y almas devoradas por el vicio. Recorrer la obra del entrerriano nos permite examinar los rasgos distintivos de sus principales personajes y sus trayectorias vitales, hayan tenido éstas soportes

reales o absolutamente ficticios. Este punto merece que nos detengamos un momento para analizar las elecciones realizadas por el autor para encarnar en ellos las ideas que le interesa recalcar o, por el contrario, denostar. En su teatro desfilan personajes como los de *Monteagudo*, *Solané*, *Clorinda*, *El genio de América*, *El Sol de Mayo*, *El Borracho* y *La Triple Alianza*, un compendio amplio y variopinto, cada uno de ellos preñados de vicios o virtudes, en los que no se encuentran medios tonos, pero sí algunos que, habiendo sido víctimas de su debilidad ante los embates de las tentaciones a las que los arrojara, aparentemente la civilización, han podido salvarse gracias a su fuerza de voluntad. Notablemente, aquellos que buscan la redención siempre piensan encontrarla en algún lugar aislado como puede ser las propias riberas del Plata, aun hallándose en sitios tan distantes como Venecia, en el caso de *Clorinda*. Todo parecería indicar que la salvación se encuentra lejos de las ciudades; sin embargo, el planteo realizado por Fernández no remite a un modelo roussoniano en el que el aislamiento es la forma de alcanzar la excelsitud humana. No se trata de mantener al buen salvaje en su estado original, ya que el mismo entrerriano se encarga de hacerle decir a su personaje, el villano vizconde de Monteagudo:

*Decid a Lima que fuera de su civilizado recinto no existe sino bárbaros, caudillos rudos que comen niños vivos, decidla que la misión de un pueblo culto a someterla a su religión política, y Lima lanzará a sus ejércitos a despedazar los pueblos, como se lanzan los lobos a despedazar rebaños...* (Fernández, 1881: 17).

Una cosa que podría haber sido destacada como una virtud, la civilización, es señalada por Fernández como pretexto a ser utilizado por los tiranos para aplastar al pueblo. De allí que a otro de sus caracteres, el propio Monteagudo, manifiesta que ha decretado que “la educación y no el hierro volvieran al seno de nuestra familia política á vuestros hermanos, hijos nómades de la sierra y el desiertos” (1881: 50). Esa aparentemente infranqueable dicotomía, que a primera vista puede percibirse como una posición maniquea del autor, según la cual lo bueno habita las soledades de los paisajes silvestres y lo malo confluye en la ciudad, quedaría así desvirtuada. Si la naturaleza puede ser un entorno excelente para la redención de algunos, no educa a sus lugareños en aquello que es la preocupación de Fernández, la concienciación del pueblo en la defensa de los derechos que les asisten en tanto ciudadanos. De allí que constantemente advierta que la rusticidad puede llevar a aquéllos tanto a dejarse atropellar por quienes los aventajan en lecturas, usándolas como el instrumento que garantice la conquista de lo que les demanda su ambición desmedida. Esta doble faz de potencial peligro que implica la ignorancia, ya sea por error u omisión, es brillantemente abordada por el autor en *Solané*. Allí el desconocimiento del gaucho puede ser utilizado en su contra tanto por aristócratas y políticos, como por el propio Solané, gaucho que a lo largo de los años tuvo oportunidad de instruirse, pese a lo cual terminará siendo víctima del sistema que pretende combatir. De allí que para ejecutar su venganza se aproveche de la ignorancia de otros gauchos que lo siguen ciegamente por creerlo un enviado del cielo, el *Tata Dios*. Tanto la barbarie como los abusos ejercidos por

los poderosos, facilitaron el desarrollo de un mesianismo que por momentos recuerda el descrito por Euclides Da Cunha en *Los sertones*. El misticismo narrado en *Solané* no cuenta con el apoyo de la Iglesia, por el contrario, ésta es uno de los blancos preferidos por *Tata Dios*, ya que no encuentran en ella ni eco a sus reclamos ni consuelo ante las injusticias de las que son víctimas. Por el contrario, ve en esa institución uno los baluartes que sostienen a quienes están en el poder. En otra de sus obras, *Genio de América*, deja en claro su pensamiento al respecto para lo cual apela a los personajes involucrados en la conquista de América: El Inca, la Ñusta, los heraldos de la conquista, el rey, el papado y el jesuitismo. El personaje alegórico al que Fernández denomina “Genio de América” mantiene una conversación con el Inca en la que afirma enfáticamente:

*No cual los Incas paternales,  
Roma en sus legiones la virtud cifrando,  
llevó a los pueblos destructora guerra;  
y cruel, altiva los ató á su carro [...]  
vergüenza sólo ha quedado  
de su vil grandeza!*  
(Fernández, 1881: 430).

El autor forja su visión de la Iglesia como la institución que ha enlodado la idea de trascendencia, con la que acuerda, pero no trepida en denostar los abusos que permitió aprovechándose de la necesidad de creer que experimentan los hombres. Es también altamente significativo el parlamento que pone en boca del gaucho Solané:

*Si yo he sido víctima del clero y de los  
políticos de ciudad [...] Ante Dios, ni  
una disculpa: debe castigarme; pero*

*ante los hombres, diría que soy efecto  
lógico de los vicios de la época, que  
contaminan todo el cuerpo social,  
desde la conciencia social hasta la  
Iglesia y la política. La Iglesia y la  
política de hoy son en las altas esferas,  
exactamente lo que el Adivino de  
Tandil en las bajas (407-8).*

La responsabilidad que el gaucho les endilga a los políticos y al clero como sujetos *sine qua non* no hubiese tenido arraigo el movimiento encabezado por él, se debe a la carcoma que para este personaje han significado los principios liberales, de los que Solané mismo se considera una reacción, afirmando ser “una condensación providencial de todas vuestras aberraciones, operadas en la atmósfera social...” (408). Fernández lanza a la palestra otro elemento fundamental para tratar de reconstruir su visión del mundo, la que si bien en un principio puede parecer sencilla, disimula una complejidad digna de los pensadores de su época, en los que evidentemente ha abrevado. Ese componente, el liberalismo, parece ser para el gaucho Solané el catalizador de los males que se encontraban larvados en la sociedad. Miles de respuestas pueden ensayarse acerca de las características de esta concepción político-económica que habrían llevado al gaucho a responsabilizarla por las injusticias que padece la mayoría de la población, pero lo realmente destacable es que sean asociadas a la Iglesia y a la masonería. ¿Cómo puede ser que ideas aparentemente antagónicas estén fusionadas en el discurso de *Solané*? Evidentemente, no pecaba de ingenuidad Fernández cuando los amalgamaba en los parlamentos de *Tata Dios*. El liberalismo, en tanto

ideología dominante, era el *factotum* del desenvolvimiento socioeconómico durante esos años. Por otra parte, la masonería era considerada como una de las poderosas instituciones que contribuyeron a la entronización de aquél. El misterio que rodeaba a esta organización alimentaba esta suposición. El propio Solané constantemente acusa a los masones de ser los responsables del encumbramiento de una casta administrativo-gubernamental que sometía y explotaba a las mayorías. Vale destacar que Francisco F. Fernández se había iniciado en la masonería, de lo que puede deducirse su adhesión a las metas de aquélla. Sin embargo, no duda en usar un personaje como Solané para asociarla con lo peor. Este recurso resulta aun más llamativo si tenemos en cuenta que en otra de sus obras, *Monteagudo*, el personaje principal, al presentarse con los atributos que lo identifican como masón en grado 33, a la vez despierta admiración y cierto recelo en el grupo que lo rodea, integrado tanto por revolucionarios como por realistas. Puede tomarse esta escena como un guiño del autor acerca de la pluralidad de tendencias que cobijaba la masonería, y de esta manera desarmar la díada que la unía a un liberalismo a ultranza que el propio Fernández no compartía. Ésta es una de las claves que permiten una perspectiva más amplia sobre el pensamiento y la obra del autor entrerriano: aunque creía en el progreso y la educación como instrumento para lograrlo, constantemente denuncia las políticas trazadas para dejar en la marginación a los nativos. Es por eso que destaca en Bernardo de Monteagudo la inmensa importancia de su lucha contra la ignorancia. A lo largo de dos páginas, el carácter principal

lanza una diatriba en contra del oscurantismo al que la España monárquica y absolutista condenó a América, de allí el esfuerzo titánico que el héroe siente que debe realizar para tratar de revertir en Lima lo que tres siglos de servidumbre e ignorancia fraguaron:



Guerra del Paraguay

“¡Inquisición y reyes! Pesadas argollas del galeote republicano...” (1881: 31). Si ésa era la situación, no demora las respuestas: “Yo he colocado la piedra angular de las escuelas y bibliotecas, donde las generaciones irán, en nombre del derecho de la República, a despejar la clave del presente y a despejar la incógnita del porvenir” (1881: 50). Presente y porvenir equivalen a la actualidad y su devenir, la cual cuando puede dar un giro positivo se transforma en progreso para el ideario predominante en el siglo XIX. No escapa a este sentir el propio Francisco Felipe Fernández. Su lucha siempre estuvo orientada en esta dirección, por eso su obra dramática logró consonancia con su actuación política. Nacido en Paraná, se traslada aun siendo un niño a Concepción del Uruguay, para cursar los estudios en el famoso instituto de aquella población. Destacado alumno, desde muy joven vislumbra el poder transformador de la educación, aunque esta no fuera impartida por la tradicional vía de los colegios. De allí su

vocación por el teatro, aunque esto no lo mantendrá alejado de las luchas militares ni políticas. Pero su origen provinciano parece haber desplegado ante su mirada un panorama que a otros les estaría vedado, o que no lograrían describir con igual sutileza. El mundo rural y sus habitantes, como así también las aldeas y ciudades del interior encontrarán en su escritura un hábil defensor, que no se limitará a planteos maniqueístas ni a la entronización de falsas antinomias, sino que irá al rescate de aquéllos pero sin actuar en desmedro de los otros. Esta posición, clave en su accionar, se perfila en un parlamento de *Monteagudo* cuando el propio tucumano defiende a España y a los españoles, objeto de descalificación sin más por parte de su interlocutor:

*No confundas las ideas y las identidades con los hombres y las usurpaciones [...] Desde la primitiva España hasta la inmortal España del año ocho, nos ha enseñado á preferir la muerte á la esclavitud, á expulsar los conquistadores con el hierro y con el fuego, á bajar á puñaladas á los reyes, que manchaban el trono á donde los había exaltado la soberanía Nacional!* (32).

Evidentemente, esa España descrita por Fernández en *Monteagudo* no guarda relación con la pintada en *Genio de América*. ¿Dónde reside la diferencia entre ambas? En el hecho de una ser la población y el territorio que la contiene, con lo cual el autor niega que haya pueblos retrógrados y opresores sino que esa característica la encarnan algunos de sus gobernantes e instituciones. Más aun: las que se solazan y benefician sometiendo a

otros pueblos son las metrópolis. Ellas instauran las tiranías, consolidan las injusticias y reciben los réditos económicos. Por eso Fernández le hace decir a Monteagudo:

*Es esa la España que hoy pretende negarnos la independencia, permanece vencedora en las costumbres, en la funesta superstición del fanatismo contra la razón, de la esclavitud contra la libertad. Ese es el enemigo, á cualquier raza que pertenezca; ese es el monstruo que no hemos podido extirpar del hogar Americano* (1881: 32).

Este parlamento nos permite descubrir dos elementos que antes de cristalizarse en la escritura fueron experimentados por el propio Fernández en su carácter de *homo politicus*. Por una parte, la presión ejercida por la tiranía de la metrópolis, que si bien en este drama es encarnada por España, en su propia trayectoria vital era representada por Buenos Aires, en su carácter de poder omnímodo que no respeta la voluntad del interior, o por Río de Janeiro en tanto ambiciosa ciudad imperial que gracias a sus pretensiones expansionistas arrastró a cuatro pueblos a la guerra. La obra se torna autorreferencial cuando alude al ejemplo dado por el pueblo español, que supo elevar su puñal contra los déspotas que pretendían sojuzgarlo. Ésa fue la actitud asumida por Francisco Felipe Fernández cuando, sintiéndose traicionado por el general Urquiza, se encolumna tras López Jordán y avala el asesinato del general entrerriano y de sus hijos. Como puede apreciarse, Fernández empuñaba al mismo tiempo tanto el sable como la pluma. Su misma experiencia le proporciona una profundidad político-social poco

frecuente en el país por esos años. Por esa razón, su percepción de la ciudad en tanto conglomerado social que ocupa el centro de la escena resulta particularmente interesante. Si la miseria se encuentra en las metrópolis, puede encarnarse en otras ciudades vanas y fenicias como la Venecia de *Clorinda*, la Lima de *Monteagudo*, o la Madrid de *El Borracho*; se trata solamente de disfraces que el autor inventa como si fuera un vestuarista para cubrir con otros ropajes los defectos que ha detectado en las ciudades que ha conocido personalmente, particularmente en Buenos Aires, y aquellas que conoce a través de sus inquietudes intelectuales. En el caso de Buenos Aires, la gran aldea promotora de la Revolución de Mayo, pasa de ser la doncella de la fábula a la meretriz de la historia. ¿Qué situaciones han mediado para que dicha metamorfosis pudiera operarse? Podrían enumerarse una serie de acontecimientos como la concentración del poder en manos del puerto, de los comerciantes y, posteriormente, la expansión que experimentaría la producción agropecuaria que opera inmensas transformaciones en la sociedad. La extensión de la frontera agrícola implicará, entre otras cosas, la necesidad de someter a los aborígenes, además de proceder a la leva forzosa del gaucho tanto para su incorporación a las fuerzas dispuestas para someter a aquéllos como para arrastrarlos como mano de obra en las tareas rurales. A esto se sumará la llegada de inmigrantes extranjeros que ocupan los territorios que hasta esos años eran habitados casi exclusivamente por indios y gauchos. De esta manera, es comprensible el sentimiento que ambos grupos experimentan de estar siendo arrinconados por una nueva situación socioeconómica que les arrebatara sus parajes

ancestrales. Este cambio que tiene lugar en todas las regiones que podrían denominarse como extramuros, o sencillamente el interior, es atribuido por sus pobladores a las políticas ejecutadas desde Buenos Aires. Si la Revolución de Mayo había sido hecha bajo el influjo de hombres como Monteagudo –que sostenían que era necesario “... concluir de todo. Que las relaciones que existen entre amos y esclavos, entre razas que se detestan, y entre hombres que forman tantas subdivisiones sociales como cuantas modificaciones hay en su color...” (Fernández, 1881: 65)– y llevó a que el propio Fernández escribiera un drama como *El Sol de Mayo*, en el cual cacique Carul y sus indios tomaban parte en el movimiento revolucionario ya que consideraba “lógico que la América indígena [interviniera] en su emancipación!” (Fernández, 1881: 102), los gobernantes parecían haber dejado de lado esos ideales. Es por eso que en unas páginas en las cuales explica por qué deja de lado el género periodístico para abocarse al drama, Fernández escribe:

*... lo que nos proponemos llevar al convencimiento del pueblo, que ante todo será necesario despertar del pesado letargo de su ignorancia. Fatigado de tan larga lucha, al final ha depositado su conciencia y su libertad en manos de sus mismos enemigos, cuyo uso de tan inopinada prerrogativa es fácil presumir cuál será [...] cuánto los enemigos del pueblo hacen para vencer a un enemigo que, vencedor, recoge el fruto de su victoria entregándoselo al vencido para dormir el iluso sueño pesado de la fatiga y de la confianza (Fernández, 1870: 15) [el destacado es nuestro].*

Fatiga y confianza que los gobernantes, instalados en las metrópolis, aprovechan para instaurar políticas que convierten a las masas que entregaron su vida, o parte de ella, para conseguir la abolición de las injusticias, en víctimas de otras iniquidades de nuevo cuño.

#### IV. El gaucho y la ciudad

¿Dónde reside el mal que aqueja al país para Francisco Felipe Fernández? En un párrafo que redacta como introducción a su obra *La Triple Alianza* señala:

*Castigados los déspotas por la victoria del pueblo en cien combates, pretenden hoy adoptar un plan completamente distinto de venganza... Tan hábil cuanto pérfido y subterráneo es el elemento que lo prohija [...] Los caudillos entonces del Plata y la monarquía brasilera han desertado de los campos de batalla y se han encerrado en sus gabinetes a trabajar la tela de araña...* (Fernández, 1870: 14).

Esos gabinetes se encuentran ubicados en las capitales, en las cabeceras de distritos o en cualquier lugar en donde se asiente el poder. Y si bien puede afirmarse que el poder es ubicuo y se encuentra en todas partes, alcanza un alto nivel de concentración y visibilidad en las ciudades. De allí que todo lo que pueda asociarse con ellas merezca ser tenido por algo envilecido o peligroso que debe ser combatido. En este sentido resultan esclarecedores los parlamentos que Fernández coloca en boca de los distintos personajes de *Solané*. Por ejemplo, *Tata Dios* Solané exclama: “[...] á los gauchos los arrojaron á la ciudad. ¡La ciudad!... ¡Caburé funesto que fascina con su mirada brillante,

boa que envenena con su aliento!” (Fernández, 1881). Esa malignidad es a la vez causa y consecuencia de la burguesía que anida en ella y detenta el poder. Francisco Fernández la denuncia en la descripción que hace Solané de Guillermo, el joven de ciudad que es el elegido por el dueño de la estancia para casarse con Genoveva. Desde su peinado hasta sus costumbres le resultan al gaucho frívolas y cobardes, no pudiendo entender que un sujeto como ese pueda desplazarlo en el corazón de aquélla:

*Guillermo era opulento pero cobarde; incapaz de tomar un fusil en las horas de conflicto para la libertad: Guillermo era la degradación para la raza de San Martín! Cuando un pueblo hermano lanzaba desde un punto á otro de la República su grito de agonía bajo la garra del poder, Guillermo corría á acabar de enervar su espíritu y empalidecer su alma indiferente entre las arias de Traviata* (Fernández, 1881: 388).

Guillermo es la contrafigura del gaucho curandero, que se enamora de la hija del estanciero quien, a su vez, le corresponde. Al descubrir esto, el padre de Genoveva expulsa a Solané de sus tierras y, no conforme con ello, utilizando sus contactos, lo hace perseguir a donde quiera que éste marche. Cuando, finalmente, decide ir a Buenos Aires, lejos de poder empezar una nueva vida en la cual la educación y su empeño le garanticen el acceso a aquellos círculos que le estaban vedados por su condición social, la injusticia sigue condenándolo a un ostracismo que lo margina y lo explota. El propio *Tata Dios* relata sus desventuras de tal manera que dejan traslucir el resentimiento y el odio que finalmente lo lanzarán a la masacre tandilense:

*Corrí desesperado a Buenos Aires en demanda de justicia y me esplotaron los procuradores y los escribanos, me desoyeron los jueces... las influencias de tu padre concitadas sobre mi cabeza me envolvieron, me ahogaron!... Sin recursos ya, durmiendo sobre los establos inmundos de las caballerizas, pretendí apelar a la opinión pública, y en vez de apóstoles, en la prensa encontré mercaderes!... Apelé á otros potentados, y después de gastar seis meses en la silla del portero me despidieron con glacial laconismo. Salí de la ciudad. Desde la última altura en que se divisaban las cúpulas católicas, no derramé, no, las cobardes lágrimas de Boabdil: en nombre de la raza argentina lancé mi maldición y mi venganza á ese hervidero de gusanos que dejaba á mi espalda, devorándose unos con otros en su propio fango! El gaucho ya no poseía ni hogar, ni familia, ni nombre, ni honra... ni sepultura en la tierra de sus abuelos!* (Fernández, 1881: 391).

Pero la persecución sufrida por el gaucho se hace presente donde quiera que vaya. Siempre marginado o explotado, su suerte y la de los suyos sólo podían devenir en resentimiento. Sin embargo, Solané no cae en eso probablemente gracias a una tendencia mesiánica que lo impulsa a buscar la redención de la misma sociedad que acorrara. Todavía cree posible que educación y justicia pueden transformar el calvario de sus semejantes en un edén digno de ser habitado:

*Huí á Entre Ríos, á Santa Fe, á todas las Provincias, en todas partes el gaucho era ciervo (sic) de la clase vencedora. ¡En qué abismo de sombras se sumergió mi conciencia! Sin embargo*

*aun me sentí grande, Genoveva: como Jesucristo llevaba resignado la cruz de mi infortunio al hombro; el Satanás de esa civilización cruel no me había deslumbrado, el vértigo del crimen no se había apoderado de mi cabeza* (Fernández, 1881: 391-2) [el destacado es nuestro].

La narración de las peripecias por las que tuvo que pasar los años que vivió ausente de los pagos tandilenses se transforma en confesión cuando afirma que el crimen no había entrado en sus perspectivas. ¿Qué fue lo que lo llevó a planear la matanza de los habitantes de la zona? Más aun, ¿por qué si las principales humillaciones y desencantos las recibe en la ciudad, ejecuta su venganza en el campo? Seguramente porque allí es donde encuentra el apoyo y la fidelidad de su gente, que admira su temple y cree en sus poderes sobrenaturales. Uno de sus seguidores, Burgos, comenta con otro sobre las injusticias que padecen:

*Si estos Dotorcitos se creen mejor que uno, ¿de qué les sirven los libros, si cuando se ven apurados por los indios ó las guerras se ganan entre las polleras de las mujeres, y es uno el que tiene que salir á defenderlas para que no lloren? Yo estuve en la ciudad cuando me arriaron para las eliciones ¡Si viera!... Discursos de muerte y revolución y después... ¡puro ruido de nueces! ¡Que gente indina! Los compadres vendían diez veces el voto por un peso papel! Haga patria usted amigo con los decentes que compran á los compadres, que al fin son argentinos y con los compadres que se venden como negros de Guinea!* (Fernández, 1881: 345).



Si es malo que el gaucho venda su voto, la necesidad puede llegar a justificarlo. ¿Pero qué argumento puede justificar que el sistema representativo sea mancillado por aquellos que pregonan sus beneficios para la mayoría? El propio escritor entrerriano señala en la introducción a la edición de *La Triple Alianza*: “El republicanismo ha creído candorosamente convencer á los déspotas de la justicia de su causa y la pujanza de su brazo con tan singular proceder que, si bien él es eminentemente sublime, no deja por eso de ser eminentemente estúpido” (Fernández, 1870: 15). Este sistema político parece ser una trampa siniestra que, en lugar de garantizar la defensa del conjunto de la sociedad, perpetúa los privilegios de unos pocos gracias a las necesidades de la mayoría. Sin embargo, las elites intelectuales de la época coinciden en achacarle al gaucho, sinónimo de ignorancia y barbarie, el origen de todos los males que padece Argentina. No es el caso de Francisco Felipe Fernández, quien, a pesar de su pertenencia a la

masonería y al liberalismo, a través de su obra dramática intenta realizar un análisis que le permita penetrar en la complejidad de esa figura. Apela a su personaje Solané para explicar a la sociedad el complejo origen de su resentimiento, ante la acusación de crueldad que se le hace:

*Tuvieron hogar, y les fue arrebatado por las leyes al servicio de sus privilegiados. Tuvieron hijos: los varones les fueron arrebatados para llevarlos á morir como perros en las tropas de línea, como instrumento de opresión de la libertad de sus hermanos; al propio tiempo que las mujeres pasaron á prostituirse en la carpa de los defensores del honor argentino según los llaman* (Fernández, 1881: 358).

Este discurso, más que como una invención literaria debe ser tomado como el testimonio no del *Tata Dios* Solané sino del propio autor, quien ha convivido codo a codo por años con esos gauchos que describe, en las



Guerra del Paraguay

tropas comandadas por López Jordán. Esa realidad fue un hecho cotidiano y palpable. Es por eso que no trata a los “asesinos de Tandil” simplemente como criminales. Pretende darle al tema una complejidad que en esos días no le fue otorgada. Tal vez por ello puede afirmarse que ésta es la obra más lograda de Fernández; allí, trata de aproximarse al curandero gaucho no simplemente como un aventurero mesiánico sino como alguien que es al mismo tiempo víctima y victimario, y que si pudo llevar adelante ese movimiento, fue porque contó con el apoyo de muchos que creían en la justicia de la venganza. La marginación, el atropello y la explotación fueron el caldo de cultivo en que pudo desarrollarse una personalidad tan compleja como Solané, percibido al mismo tiempo como un mártir y como un ángel exterminador. Por eso, según lo concibe Fernández en su obra, llega a decir:

*Sería necesario un hombre con la cultura de los de ciudad con los sentimientos del gaucho, un Cristo, un hombre como yo, escalaria el poder, para aplicar el bien á todas esas ilustraciones, esclavas de su propio egoísmo, de su propia miseria!* (Fernández, 1881: 355).

Este párrafo se vuelve absolutamente revelador de la antinomia que su autor quiso plasmar en la obra. El delirio mesiánico del gaucho curandero se focaliza sobre la falta de sensibilidad del hombre de ciudad, particularmente los políticos, ya que sólo una persona instruida como las que se forman allí pero con los sentimientos del gaucho podría operar las transformaciones necesarias para establecer una sociedad más justa. Sin embargo, el propio

Solané buscó ilustrarse y participar en política, pero la ciudad encarnada en los hombres, lo posterga y lo denigra. Tal es el envilecimiento que advierte en el sistema que llega a decir que sólo un Cristo, un hombre como él, podría cambiar aquello. Solané se identifica con el hijo de Dios, por eso sabe que será crucificado pero antes ha decidido echar a los mercaderes del templo, entendiéndolo por éste a las instituciones cuya hegemonía ha desalojado al gaucho de su paisaje: el gobierno, la justicia, la masonería, y la iglesia. Todas ellas, no conformes con su manejo autocrático del poder, han fomentado la llegada de los extranjeros que se asientan sobre la inmensidad de la pampa que antes era exclusiva del gaucho. Por eso *Tata Dios* lanzará su odio sobre los colonos extranjeros, consumando su venganza en una serie de asesinatos ejecutados el 1° de enero de 1872.

Curiosamente, la expansión económica que registraba el campo por aquellos años era producto de una división internacional del trabajo en el que las metrópolis disfrutaban de la opulencia que ésta les garantizaba. A su vez, en la periferia se desarrollan otras grandes metrópolis regionales gracias a los beneficios obtenidos a través de la comercialización de sus materias primas. Sin embargo, esta prosperidad, lejos de alcanzar al interior —particularmente en el caso argentino— lo condena a la pobreza y al retraso. La expoliación no se limita a las clases obreras urbanas, también se verifica en el campo. Pero si aquéllas eran integradas por inmigrantes, las principales víctimas en el espacio rural serán el gaucho y el indio. Este último ocupó siempre un lugar importante en su pensamiento, a tal punto que cuando debió marchar exiliado al Paraguay, además de su

actividad periodística continuó con su labor creativa, llegando a componer un himno o canción patriótica, *Al pueblo paraguayo*, con música de Francisco Antonio de Nassimento, obra que se cantó durante años en dicho país. En sus estrofas rinde homenaje al nativo:

*Alza, pueblo paraguayo,  
De entre el polvo la cerviz,  
Que tu raza es la indomable  
Raza invicta guaraní*  
(Centurión, 1961: 695).

Por eso quienes pretenden luchar contra las iniquidades tendrán características distintas de acuerdo a sus lugares de pertenencia, el campo o la ciudad. En esta última serán socialistas y anarquistas los principales impulsores del cambio, con una conciencia del problema y una metodología más articulada que las de las rebeliones gauchas que, luego de concluidas las guerras civiles, se limitarán a conatos en los que el resentimiento encuentra una vía de expresión en manifestaciones místicas, como es el caso de Solané o del propio Gauchito Gil. Son estos últimos los que concitan el interés de Francisco Fernández, probablemente porque cuenta con la sensibilidad con que lo dotó su propio origen para entender cómo afectaban a los nativos las mutaciones que se producían en el paisaje. Es por eso que el propio autor entrerriano escribe que pretendía “llevar la luz al oscurecido santuario de la conciencia popular” (Fernández, 1870: 13).

## V. La tierra, ¿para quien la trabaja?

Resulta interesante confrontar su obra dramática con los escritos de

otros contemporáneos. Godofredo Daireaux, inmigrante francés que llegó a Argentina en 1868 con intenciones, como tanto otros, de forjar rápidamente un capital que le permitiera volver a su país a vivir con una comodidad que allí le estaba vedada, se dedicó al comercio y a la explotación agrícola-ganadera, lo que le permitió conocer la realidad del momento, la cual fue plasmada en los libros que redactó al retirarse de los negocios. Daireaux considera que la guerra del Paraguay contribuyó a fomentar algunas ideas:

*La idea de patria, incompleta para aquellos cerebros ignorantes, se reducía para ellos a un localismo estrecho, receloso de los vecinos inmediatos, a pesar de ser también argentinos [...]. Al sufrir, al combatir, al morir bajo la misma bandera, empezaron a quererla con el mismo amor, viniendo así la guerra del Paraguay, si no a completar, por lo menos a afianzar mucho la unidad de la República (2005: 96).*

La convivencia en el campamento y la lucha contra un enemigo común —cosa que puede ser cuestionada en su validez— podrían haber contribuido en la consolidación de una identidad nacional. Sin embargo, uno de los episodios vividos por el protagonista de su novela, Andrés, parece contradecir aquella afirmación, porque si se puede pasar una temporada en las trincheras bajo el mismo pabellón patrio, ¿de qué unión nacional se puede hablar cuando la justicia no es igual para todos? Andrés, inmigrante francés, pretende buscar justicia por el asesinato del que ha sido víctima un amigo. Al presentarse ante las autoridades, “pronto le hicieron

comprender que era inútil, que la causa quedaba archivada, enterrada y que lo mejor sería para él dejarse de embromar”. El propio Andrés se siente amenazado ya que las comisiones reclutadoras se llevaban a cualquiera y más de una vez se había visto obligado “a enseñar su papeleta para evitar graves molestias” (2005: 45). No parece, entonces, que la unión de una nación pudiera concertarse en estas condiciones. Por otra parte, la misma saga de Andrés nos muestra cómo el destino es distinto de acuerdo con el lugar que ocupa en la escala social. Por frecuentar el club donde se reúnen los extranjeros, puede vincularse con las familias locales de antigua prosapia y realizar un ventajoso casamiento con la hija de un estanciero, el que a su vez, lo iniciaría en el negocio agropecuario. Esto tendrá lugar sólo cuando la crisis económica lo arrincone y las especulaciones hipotecarias en la ciudad lo dejen al borde de la quiebra. Esa actitud le valdrá el reproche de un amigo argentino:

*¡Sabe que son admirables ustedes los extranjeros! Cuando llegan todo lo desprecian; la tierra, especialmente, no puede tener valor y comprarla, a cualquier precio, sería la ruina, primero porque sería atarse al país, y después porque... porque sí. Un buen día ven que sube el precio de esa tierra y al momento abren los ojos y empiezan a comparar, a encontrar que está a precios tirados y que, con la inmigración que viene llegando, mañana, o pasado a más tardar, va a valer como en Europa... (2005: 136).*

La solución que le dan a sus problemas es que se haga estanciero, cosa que

coloca al protagonista frente a un abismo. La perspectiva de hacerse estanciero en la frontera le parecía desalentadora y peligrosa.

*Personalmente ignorante todavía de la campaña lejana, para él conservaba intacto todo su misterio de Pampa sin recurso, de desierto sin fin, y lo único que sabía era que los indios rodeaban de un círculo de terror toda la región ganadera (2005: 153).*

Este párrafo puede ser presentado como la contrapartida de la visión plasmada por Fernández en su obra. El campo, lejos de aparecer como un espacio bucólico donde la naturaleza facilita la redención, es visto solamente como una alternativa para alcanzar el éxito económico. Por otra parte, la presencia del indio, ancestral habitante de esos territorios, es percibida como amenazante y que puede retrasar la consecución de las rápidas ganancias pretendidas. Por este motivo es que ante una de las tantas avanzadas de Catriel, el francés se pregunta acerca de la factibilidad de llevar adelante su explotación agropecuaria:

*Es que nadie todavía podía prever que eran éstos los últimos estertores del poder menos formidable que tenebroso, pero, con todo, temible, de los seculares dueños de la Pampa, que habían, por tanto tiempo, opuesto su barrera, al parecer infranqueable, a la civilización y al trabajo (2005: 154).*

La civilización y el trabajo operaban a finales de siglo como una especie de *ábrete Sésamo* que franqueaba el

paso a todos aquellos que quisieran lanzarse a la producción agropecuaria o a la especulación con tierras. Muchos son los ejemplos de extranjeros que se hicieron de latifundios gracias a la expansión de la frontera sur. Un caso emblemático es el de Ignacio Fotheringham, uno de los tantos *soldiers of fortune* que llegaron al país para sumarse al ejército y participar en las guerras interiores y exteriores, y que fueron recompensados con terrenos en los nuevos territorios. Esta visión, en la que el indio no tenía lugar en el país pergeñado por las clases dirigentes, poco tiene que ver con las ideas que se desprenden de las obras dramáticas de Fernández en las que los aborígenes –ya se tratara de la tribu de Carul en *Sol de Mayo*, o de los integrantes del incario en *Genio de América*– serían reconocidos como dueños de la tierra y se les devolvería la dignidad de la que se habían visto privados durante siglos. Sin embargo, el entrerriano aprovecha la increpación que le hacen a uno de sus personajes, Bidarte, de ser un extranjero masón y hereje al que no le ha bastado enriquecerse en este país, para que éste justifique la preponderancia ejercida por los inmigrantes en el ámbito rural:

*¡Sí! Nos acojemos á su sombra hospitalaria y gloriosa con nuestras costumbres de trabajo, con los perfeccionamientos de nuestras industrias. ¿Pero, puede ser responsable el extranjero de los abusos y de los errores que los mismos hombres y gobierno del país, si tratan como extraños á sus propios hermanos? (1881: 374).*

## VI. Coda

¿En qué embeleco ideológico quedó atrapado el escritor entrerriano para que, entre sus escritos acerca del valor de los indios y la necesidad de extender la civilización, esta última acabara con aquéllos? Esta contradicción, ¿no nos permite acaso atisbar lo señalado por la dialéctica de la ilustración en que en nombre de ésta se cometieron crímenes injustificables? Esta tensión es la que parece atravesar tanto la vida como la obra de Francisco Felipe Fernández. Fernández en tanto hombre político admiraba profundamente la Revolución Francesa y las ideas que la habían impulsado. Eso lo llevó a pensar que la liberación de los oprimidos llegaría de manos de aquélla. Pero, como lo sintetizaron magistralmente Horkheimer y Adorno:

*La Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una fatal calamidad (2006: 59).*

Esa fatal calamidad a la que hacen referencia se percibe en el grado de alienación que padece la humanidad. La alienación no se limita a la ciudad y a sus habitantes, también se hace presente en el campo en donde sus antiguos pobladores sufren un proceso de extrañación del paisaje. La parábola trazada por José Hernández, a través de su *Martín Fierro*, el gaucho rebelde y perseguido que en *La vuelta...* decide empezar una nueva vida acorde con lo que la

realidad del momento demandaba, es también descripta por Francisco Felipe Fernández, ya no como aquél, por medio de sus personajes, sino en su propia vida. El dramaturgo que había condenado a la gran ciudad por considerarla asiento y refugio de gobernantes arbitrarios, poderosos y sin ética, culmina sus días en la ciudad de Buenos Aires. Esto es sólo un símbolo, lo realmente significativo es que formara parte de la administración del presidente Roca, el mismo que había emprendido la campaña que sometió a las tribus de la región y facilitó, finalmente, la incorporación de miles de hectáreas a la explotación rural, poniéndole límites corporizados en metal y madera a la inmensidad que otrora había pertenecido al gaucho. En *Genio de América*, el dramaturgo entrerriano le hace decir a la Ñusta:

*Perdió el indio su toldería...  
¡lloran las aves, muere la flor!...  
De nuestros templos sobre las aras  
Rotas y humeantes, la iniquidad  
Consumó la obra ¡quién lo pensara!  
De arreatarnos la libertad.*

La libertad del paisaje sin límites, sin cercos, ha caído en el olvido expulsando al gaucho hacia la ciudad, lo que implicará prácticamente su desaparición al metamorfosearse en un nuevo sujeto social, el compadrito:

*Tú conoces la historia de mis dolores;  
la historia del pueblo, del gaucho,  
del compadrito, lanzados por eso al  
crimen y á la degradación del siervo!  
(1881: 351).*

Sin embargo, la lucha por la libertad había sido la meta que Fernández se

había impuesto desde muy joven, y no solamente combatiría por ella con armas de fuego. Muchos más años le dedicará a pregonar su importancia a través del arte y la educación. Pero, probablemente quedó atrapado en las contradicciones de sus propias creencias, las que “obligan a pagar el acrecentamiento del poder con la alienación de aquello sobre lo cual lo ejercen”. No en vano en su misma obra dramática supo escribir:

*La inteligencia es un título para gobernar, pero es cuando se emplea para el bien y la felicidad de todos, aun de los mismos ignorantes; pero cuando no, la ignorancia virtuosa adquiere mayores títulos al gobierno, para arrojar á las cárceles á los corrompidos de levitas (1881: 351).*

¿Esta concepción de luchar contra un sistema que a todas luces le parecía injusto, habrá sido lo que lo obligó a tomar la decisión de abandonar su casa en el campo para trasladarse a vivir a la ciudad, a Buenos Aires, en donde ese hijo de provincia que prefería la sombra del ombú a las techumbres doradas se aprestaba a dar un nuevo combate? Puede interpretarse de esa manera la determinación por la cual cambiará tanto el paisaje de la liza como sus armas. Los años que siguieron hasta su muerte los dedicará a la educación, pero ahora a través de la invención de alegorías escolares, de las que editó cuatro tomos. La experiencia logró convencerlo de que era en la ciudad donde su voz alcanzaría el eco que, paradójicamente, no tendría en el campo.

(\*) Texto seleccionado en el Concurso de becas de investigación “Ezequiel Martínez Estrada” sobre la presencia de la ciudad en las colecciones de la Biblioteca Nacional.

---

NOTAS

1. Probablemente se refiere a los zudras, individuo de la casta hindú que comprende a los labradores y artesanos.
2. Sin embargo, su autor hace constar en la carátula que fue “escrita en diciembre de 1864”, es decir en los días previos a la caída definitiva de Paysandú. Es probable que el gobierno haya impedido su representación pero no hay datos que permitan corroborar esta hipótesis.

---

BIBLIOGRAFÍA

- Carlos R. Centurión (1961), *Historia de la Cultura Paraguaya, Tomo I*. Asunción, Biblioteca Ortiz Guerrero.
- Emilio J. Corbiere (1998), *La masonería. Política y sociedades secretas en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Godofredo Dairea (2005), *Las dos patrias*, Buenos Aires, Librería Histórica Emilio J. Perrot.
- Jacobo De Diego (1987), *Francisco Felipe Fernández*, Buenos Aires, A-Z Editora.
- Francisco Felipe Fernández (1870), *La triple Alianza: a propósito político, en un acto – prosa y verso referente a la diplomacia brasilera, Mitrista y Florista en la Revolución de 1864*, Paraná, Obrero Nacional.
- Francisco Felipe Fernández (1881), *Obras dramáticas*, Buenos Aires, Imprenta y librería de Mayo.
- Max Horkheimer, Theodor W. Adorno (2006), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta.
- Viacheslav V. Ivanov, “Contribución al estudio semiótico de la historia cultural de la gran ciudad”, en *Entretextos. Revista Electrónica Semestral de Estudios Semióticos de la Cultura*, Nº 2, noviembre de 2003. ISSN 1696-7356. Trad. del ruso de Desiderio Navarro.
- Alcibíades Lappas (1966), *La masonería argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires, Impresora Belgrano.
- Ezequiel Martínez Estrada (1996), *Radiografía de la pampa*, Barcelona, FCE.
- Ricardo Rojas (1923), *Un dramaturgo olvidado: don Francisco Fernández y sus obras dramáticas*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni.
- Vladímir N. Toporov, “El texto de la ciudad-doncella y de la ciudad-ramera desde una perspectiva mitológica”, en *Entretextos. Revista Electrónica Semestral de Estudios Semióticos de la Cultura*, Nº 8, noviembre de 2006. ISSN 1696-7356. Trad. del ruso de Klaarika Kaldjärv.
- Raymond Williams (2001), *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós.

[ La colección *Índices & Bibliografías* pretende presentar, tanto al lector avezado como al ocasional visitante curioso, un conjunto de investigaciones sobre los fondos de materiales que pueblan los depósitos de la Biblioteca y que esperan ser redescubiertos en las modalidades más diversas y originales. Se trata de un trabajo que rescata y clasifica un conjunto de temas que suscitan intereses específicos, o bien repertorios bibliográficos sobre publicaciones o autores singulares. Un trabajo que, en suma, explora interrogando; una arqueología de los volúmenes que constituyen las colecciones de la Biblioteca Nacional. ]



## EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL



**5. La literatura argentina por escritores argentinos**  
Artículos de Héctor Tizón, Ricardo Piglia, Griselda Gambaro, Hugo Padeletti, Juan Martini y Hebe Uhart.

**6. Una Argentina posible**  
Reflexiones alrededor del segundo centenario de la Revolución de Mayo, por Natalio Botana, Tulio Halperín Donghi, Juan Carlos Portantiero, Guillermo Jaim Etcheverry, entre otros destacados pensadores.

La colección **Ensayos & Debates** propone indagar los fondos documentales e incentivar y difundir nuevas investigaciones. El amplio acervo bibliográfico de la Biblioteca es el escenario natural del debate y promoverlo es una misión necesaria. Los historiadores del libro y la lectura han documentado suficientemente el papel de las bibliotecas no sólo como lugar de resguardo, sino también de producción de conocimiento. Así, la indagación en los archivos toma forma en una discusión renovada que se ofrece a los lectores.



# Los conductores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Sus apodos y seudónimos

*Por René Garmón, Ana Guerra, Germán Álvarez, Daniel López, Juan Pablo Canala y Mario Tesler*

Cuando se investiga la historia de una institución, suele ofrecerse documentación que revela los datos más variados. La sucesión de los nombres que la condujeron, los actos administrativos que la presidieron, los cambios edilicios, las transformaciones tecnológicas que caracterizaron cada período de su existencia, la economía de sus procedimientos, sus funciones, sus formas organizativas, el lugar que ocupó en la sociedad en distintos períodos y las polémicas que envolvieron su devenir. En fin, todo un haz de hechos que caracterizan la singularidad de un establecimiento complejo como lo es una institución que congrega las más diversas actividades.

Esta nota que presentamos aquí es una historia de la Biblioteca Nacional. Pero no se trata de la secuencia de su memoria más evidente sino de una perspectiva sumamente original: el testimonio de sus actos reseñado a partir de los seudónimos o los encubrimientos de la identidad de sus más destacados personajes. Como si se tratara de un develamiento de aquellas intervenciones públicas que reclamaban sigilo y clandestinidad; el reverso oculto que se desdobra introduciendo una diferencia en los “nombres de la historia”, entre las palabras y los signos distintivos de quien las enuncia.

Durante su existencia, la Biblioteca Pública de Buenos Aires no siempre estuvo a cargo de funcionarios designados con el rango de director; incluso algunos de éstos lo fueron de manera nominal en tanto las realizaciones son logros de otros, aunque en la escala administrativa detentaban jerarquías menores. Inicialmente, y en períodos posteriores, el cargo de director no estuvo vigente; también debe recordarse que se registraron algunos nombramientos de interinos en la conducción o de hecho estuvieron a cargo del organismo.

En esta oportunidad nos ocuparemos de aquellos conductores que al firmar optaron por reemplazar sus nombres y apellidos con uno o varios seudónimos, o bien fueron apodados. También se incluye aquellos seudónimos atribuidos, sobre los cuales no hay certeza sobre su pertenencia, y detalles tanto de seudónimos como de apodos que no les corresponde.

Si por conductores de la Biblioteca Pública se considera solamente a los que ejercieron la función de director, en este trabajo no podría haberse incluido a Mariano Moreno, nombrado protector, al igual que después lo fueron Miguel de Azcuénaga (1810-1811) y Atanasio Gutiérrez (1811-1812).

También se dice que fueron bibliotecarios Cayetano Rodríguez y Dámaso Antonio de Larrañaga, el primero de 1810 a 1813 ó 1814 y el otro entre 1813 y 1814.

Para Groussac el bibliotecario Rodríguez ejerció sus funciones hasta 1814, cuando es reemplazado por Larrañaga, período con el cual coincide Vicente Osvaldo Cutolo, en cambio Martínez Zuviría niega su paso laboral por dicho organismo ante la carencia por él constatada de testimonios que lo certifiquen.

En su tan citado prefacio al *Catálogo Metódico* de 1893, Groussac nutre las páginas con digresiones biográficas de cada uno de sus antecesores y comentarios, unas veces elogiosos y otras sardónicos, que nada aportan a la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Sobre Cayetano Rodríguez dice Groussac que: *Entre los hombres que formó, estaba [Mariano] Moreno, que le debió en gran parte la terminación de sus estudios y con quien le ligó estrecha amistad. El maestro fue colaborador abnegado de su discípulo predilecto, y el continuador de su obra en la Biblioteca, hasta el año 14, en que le sucedió el ilustrado oriental, Dr. Larrañaga.*

Bajo el epígrafe *No hay noticias de que fray Cayetano haya ejercido ningún cargo en la Biblioteca*, Martínez Zuviría presenta un interesante indicio del cual supone poder colegirse que nunca trabajó en ella, o bien *que se desistió de nombrarlo*; se trata del *Libro de Donaciones* en donde Luis José Chorroarín junto al nombre y apellido del donante anotaba *el cargo que desempeñaba o los títulos que posee*. Así en una donación de Saturnino Segurola detalla que se trata del *primer Bibliotecario que fue...*, aunque renunció a su primer nombramiento en 1810 antes de hacerse cargo. De Cayetano Rodríguez dice que *hay también una donación y de él se dice: "El R. P. jubilado fray Cayetano Rodríguez, del Orden Seráfico, donó la obra Orictognosia, escrita en alemán por Federico Guillermo Widenmann, traducida al castellano por don Cristián Herrgen, 2 tomo 8.* A continuación Martínez Zuviría pregunta: *¿Se puede pensar que si realmente fray Cayetano hubiera pertenecido en ese tiempo (o antes) a la Biblioteca, el prolijo amanuense, que era el propio*

*Chorroarín, no habría manifestado tan interesante circunstancia, como la manifestó en el caso de Seguro?*

Para Torre Revello el período de Rodríguez como bibliotecario solamente llega a 1813, así aparece indicado en la cronología de directores de su trabajo sobre *La Biblioteca Nacional de la República Argentina*, editado en México en 1938.

Aunque Cutolo no se ha dedicado de manera especial a Cayetano Rodríguez vale su dato, que fue bibliotecario entre 1810 y 1814, ya que para la biografía que de él incluye en su monumental obra de referencia, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)* editado en 1983, consultó lo más importante de cuanto se hubo publicado hasta ese entonces, tanto en libros como en diarios y revistas.

He encontrado también una referencia a las funciones como bibliotecario de Cayetano Rodríguez en la segunda historia oficial de este organismo, publicada a fines de noviembre de 1997. Horacio Salas, su autor, en la página 58 informa que *al parecer, fray Cayetano nunca se hizo cargo de su trabajo*, por tener que desempeñar otras tareas, y en la página 60 afirma que *a partir de 1814, ante la renuncia de fray Cayetano Rodríguez, fue nombrado otro clérigo...*

A fines del siglo XX, Félix Lajouane editó de Pacífico Otero un estudio biográfico sobre Rodríguez donde se trata brevemente su designación como bibliotecario, no obstante lo cual el autor aporta dos documentos hallados en el Archivo General de la Nación, sin precisar su ubicación, que permiten suponer lo contrario a lo presumido por Martínez Zuviría. Se trata de un oficio remitido por la Junta requiriendo al Provincial de

San Francisco, fray Francisco Javier Carvallo, su colaboración para que Cayetano Rodríguez pueda desempeñarse en la Biblioteca Pública.

*Habiendo sido destinado el R. P. señor Cayetano Rodríguez, al servicio de la Biblioteca pública establecida en esta capital, y siendo esta atención de mucho beneficio público, previene la Junta á V. R. lo exima de todo cargo ó atención que pueda embazararle y se deje expedita su persona para su desempeño.*

*Dios, etc.*

*Septiembre 24 de 1810.*

*R. P. Provincial de San Francisco.*

Tan importante para este trabajo es la nota remitida al Provincial de San Francisco como su respuesta inmediata, pues aleja la sospecha de compromisos o impedimentos que pudieran haber surgido de la autoridad eclesiástica, a cuya jurisdicción estaba subordinado.

*Ex.<sup>mo</sup>. S.<sup>ñor</sup>.*

*En consecuencia del oficio que acabo de recibir de V. E. con fecha 24 del corriente, inmediatamente paso orden al R. P. Presidente del Convento de la Observancia, para que en lo sucesivo exonere de toda pensión y cargo al R. P. lector jubilado Fr. Cayetano Rodríguez, para que con la mayor atención se contraiga solamente al cabal desempeño de la Biblioteca pública de que V. E. me hace mención en su respetable oficio.*

*Y deseando tener alguna parte en un beneficio público, tan acreedor á nuestra consideración y aprecio, suplico á V. E. se digne aceptar el corto obsequio de cincuenta pesos fuertes á nombre de mi Provincia Regular de San Francisco, los que pondrá á*

*disposición de V. E. nuestro hermano síndico, para este laudable objeto. Dios guarde a V. E. muchos años. Convento de Recolectión de Buenos Ayres, 26 de Septiembre de 1810.- Señor Excmo.- Fray Francisco Javier Carvallo.*

Pacífico Otero concluye su tratamiento sobre el paso laboral de Rodríguez en la Biblioteca Pública diciendo: *El P. Rodríguez desempeñó dicho puesto hasta el año 1814, en que fue sustituido por el Dr. Dámaso A. Larrañaga. Creemos que sería un acto de justicia, y dignamente plausible, si en el recinto de ese establecimiento público se colocara, junto al del discípulo, el busto del maestro. ¿Acaso no compartieron ambos la ímproba labor que la organización de un establecimiento de ese género exigía?*

Que Saturnino Segurola sería nombrado primer bibliotecario, junto con Cayetano Rodríguez como segundo bibliotecario, aparece anunciado en el artículo del jueves 13 de septiembre de 1810 atribuido a Mariano Moreno, aunque no falta quien responsabiliza de su redacción a Manuel Belgrano.

Al celebrarse el acuerdo de los SS. de este *Excelentísimo Ayuntamiento* en el Cabildo el 12 de noviembre de 1810 se informó la recepción, según consta en el acta, de: *un oficio del protector de la Biblioteca pública Secretario de la Excelentísima Junta Doctor Don Mariano Moreno, en que para la firmeza y duración de este establecimiento solicita que de los fondos de Propios y arbitrios se asignen quinientos pesos de sueldo anuales á cada uno de los dos bibliotecarios.*

Asistieron a este acuerdo los alcaldes Domingo de Igarzabal y Atanasio Gutiérrez (al año siguiente, éste sucederá a Miguel de Azcúenaga en su función de protector de la Biblioteca),

los regidores Manuel Mansilla, Manuel Aguirre, Francisco Ramos Mexía, Ildefonso Passo, Eugenio José Balbastro, Juan Pedro Aguirre, Pedro Capdevila, Martín Grandoli, Juan Francisco Segui, y el síndico procurador general Miguel Villegas. Los presentes *conociendo la importancia del establecimiento y que quizá en ningún otro objeto mas útil pueden invertirse los fondos públicos acordaron: asignar á cada uno de dichos Bibliotecarios los quinientos pesos de sueldo que pide el protector, y concurrir con los mismos fondos á quanto necesite la biblioteca para su estavilidad, y permanencia, siempre que para ello conceda el competente permiso la Excelentísima Junta de quien se deberá pedir por oficio; y hecho este borrón mandaron se ponga en limpio, se copie y se pase.*

Del interés para que ninguna otra ocupación interponga dificultades a esta labor encomendada por las nuevas autoridades, de *la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad*, a Cayetano Rodríguez quedan algunos documentos, dos de los cuales son los reproducidos en la biografía de Pacífico Otero.

En el último día del mes de diciembre de 1810 se reunieron en el Cabildo, *en la Sala de sus acuerdos* las autoridades y, entre otras cuestiones, tomaron cuenta del oficio recibido *de la Excelentísima Junta gubernativa fecha veinte y ocho del corriente en que avisa que por haver cedido los Bibliotecarios la renta que se les estava asignada á favor de la misma Biblioteca, há resuelto que este Excelentísimo Cavildo la mande entregar mensualmente desde primero de Enero del siguiente año al Director Don Luis de Chorroarín para que la emplee en aumento de libros, y demás gastos de la misma Biblioteca.*

Respecto a Larrañaga, su función y el período de desempeño tampoco existe coincidencia entre los historiadores; para Paul Groussac y José Torre Revello fue director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Groussac lo da durante 1814 y Torre Revello entre 1813 y 1814, en cambio Gustavo Martínez Zuviría y Horacio Salas lo dan como bibliotecario durante 1814. En su breve reseña del período que precedió a su gestión, Paul Groussac dejó expresa constancia que se ocupaba solamente *de sus más ilustres directores*. De manera tal que incluir a Larrañaga lleva implícito su reconocimiento como conductor, al darlo como reemplazante en 1814 del primer bibliotecario Cayetano José Rodríguez.

Páginas más adelante Groussac agrega esta reiteración: *Desde principios de 1814, compartió con el anterior [Luis José Chorroarín] las funciones de bibliotecario el distinguido clérigo oriental, doctor don Dámaso Antonio Larrañaga.*

José Torre Revello en la cronología de directores que aportó indica que la dirección de Larrañaga fue entre los años 1813 y 1814. En el ejemplar del sobretiro que el autor entregó a la Biblioteca Nacional, con correcciones manuscritas, enmendó el año 1814 y lo reemplazó por 1815.

En nota al pie de este trabajo Torre Revello entonces manifestó: *Ignoramos en qué año cesó Larrañaga en su cargo, por cuanto en 1818, vemos figurar como director a Luis José Chorroarín. Un oficio suscripto por Gregorio Tagle, secretario de Gobierno, ordenaba al Cabildo en 24 de enero, que designase un substituto para el caso de que el primer bibliotecario Domingo Zapiola, enfermase o tuviera que ausentarse. En 14 de febrero, era designado segundo*

*bibliotecario Mariano Perdriel.* Esta nota refleja que al momento de confeccionar el trabajo Torre no poseía un testimonio fehaciente de la cesación de Larrañaga en sus funciones, tampoco agregó una precisión en el ejemplar que he consultado en la Biblioteca Nacional y que fuera ingresado en este organismo el mismo año 1938.

A Gustavo Martínez Zuviría le causó *mucho asombro no encontrar el menor rastro del nombramiento de don Dámaso Antonio Larrañaga, a quien se hace figurar junto con don Luis José de Chorroarín, entre 1813 y 1814, sin que nadie logre precisar ni la fecha ni lo que hizo aquí, un hombre de tan vasta acción en otras funciones.*

Del estudio realizado sobre la presencia de Larrañaga en Buenos Aires y teniendo en cuenta a los historiadores que se ocuparon de él, Martínez Zuviría llegó a la conclusión que *es indudable que Larrañaga hacia el año 14, cuando las circunstancias lo trajeron a Buenos Aires, trabajó algunos meses en la Biblioteca Pública.*

*¿Pero –se pregunta– en qué carácter?* Para él Larrañaga se desempeñó como bibliotecario, pero no designado por el Gobierno sino incorporado por voluntad de Luis José Chorroarín, quien actuaba como director.

Los fundamentos de Martínez Zuviría, dados a conocer en la memoria anual elevada al ministro de Justicia e Instrucción Pública, Jorge Eduardo Coll, sobre *La Biblioteca Nacional en 1937*, muestran que soslayó consultar los *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires* que ya habían sido publicados por el Archivo General de la Nación.

Para Salas, en su ya citada historia, Larrañaga *permaneció apenas unos meses en la Biblioteca, y sólo en funciones de colaborador de Chorroarín...*

Sin embargo Larrañaga no ha sido incluido en este trabajo solamente por la feliz coincidencia de haber sido tiempo después el primer director de la Biblioteca Pública de Montevideo, sino por existir constancias del tiempo y funciones prestadas en la Biblioteca Pública de Buenos Aires a partir del 7 de julio de 1813.

El *Supremo Poder Ejecutivo* remitió un oficio al Cabildo, del cual se dio cuenta en la reunión del 9 de julio de 1813, avisando:

*[...] haver nombrado Subdirector de la biblioteca publica al Presbítero Doctor Don Damaso Antonio Larrañaga p. escusacion del Doctor Don Saturnino Segurota con la asignación que este tenia. Los presentes a la reunión dispusieron se forme el asiento por la Contaduría y que se copie el oficio y archive el original.*

Proveniente de la misma autoridad, nuevamente se leyó otro oficio en el acuerdo del Cabildo del 20 de octubre de 1813, recibido el día 15 de ese mes, poniendo en conocimiento

*... que con motivo de la renuncia del canónigo Doctor Don Luis Chorroarín del cargo de primer Bibliotecario, se había nombrado para que le desempeñase al Presbítero Don Damaso Antonio Larrañaga con la misma dotación de su antecesor, que deberá abonársele desde el siete de julio último, que entró a servirlo.*

En 1871 el gobierno de la provincia de Buenos Aires designó director a Vicente G. Quesada cargo que detentó hasta 1879. Durante esos años efectuó una visita de estudio a algunas bibliotecas extranjeras y años después fue

convocado para desempeñarse como ministro de Gobierno.

Al año siguiente de su designación como director decidió emprender un viaje por Europa, teniendo como objeto principal la educación de su hijo Ernesto, como lo va a manifestar años después en la introducción al libro que publicó con sus experiencias. Además le interesaba a Vicente Quesada la organización de las bibliotecas europeas y estudiar en los archivos y colecciones de documentos de España y obtener copias legalizadas para beneficio del organismo a su cargo.

Cuanto vio de interés para nuestro conocimiento y adaptación Vicente Quesada lo volcó en un extenso trabajo, al que tituló *Las Bibliotecas Europeas y Algunas de América Latina*, del cual y gracias al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, se pudo publicar en 1877 sólo una parte. Por separado en 1879 y ya desvinculado de su función de director, editó el *Proyecto de Reorganización* para la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

El 2 de marzo de 1876 Quesada asume como Ministro de Gobierno bonaerense hasta el 4 de enero de 1878, pero retuvo el cargo de director de la Biblioteca y continuó preocupándose por el organismo hasta en cuestiones de detalle; pero a los efectos de evitar la incompatibilidad de ejercer ambas funciones delegó interinamente en dos subalternos las tareas de conducción en su hijo Ernesto y en Nicolás Massa.

Nicolás Massa y Ernesto Quesada revestían como oficial primero desde 1875 y asumieron el interinato *ad-honorem*. De la gestión de ellos dan idea las publicaciones *Memoria de la Biblioteca Pública correspondiente al año 1876*, informe de 222 páginas impreso al año

siguiente por la Imprenta y Librería de Mayo; la *Memoria de la Biblioteca Pública de la Provincia correspondiente al año 1877 presentada por sus directores interinos Doctor D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada*, informe de 389 páginas editado en marzo de 1878, y el catálogo de la colección de obras de *La Biblioteca Pública de Buenos Aires en la Exposición Universal en la Exposición Universal de París* de 1878, impreso en los talleres de la Penitenciaría.

*Nombre y apellido usados:* **Mariano Moreno**

*Nombre y apellidos completos:* Mariano Moreno y Valle

*Función y período:* protector (según Manuel Moreno, Groussac, Martínez Zuviría y Torre Revello) o fundador (según Ricardo Levene) de la *Biblioteca Pública*, 1810

### **Veritas**

Seudónimo que no le pertenece. Horacio González denuncia el error en su *Historia de la Biblioteca Nacional* (2010), cuando se ocupa del debate inconcluso sobre la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: [...] *en Internet muchas asociaciones culturales y bibliotecarias [se equivocan al] considerar que con ese mismo pseudónimo [Veritas] es Mariano Moreno el que firma el artículo “Educación” de 1810*, en el cual se exponen las razones por las cuales la Junta decide *fomentar* el establecimiento de una biblioteca pública. No solamente las asociaciones culturales y las bibliotecas suelen caer en este error, Oscar Sbarra Mitre siendo director de la Biblioteca Nacional dijo lo mismo. Aprovechando la edición

del libro *Biblioteca Nacional Argentina*, editado por este organismo durante su gestión, Sbarra Mitre preparó un trabajo a manera de introducción, sobre *La Biblioteca Global*, en donde recuerda (página 22) *aquel artículo que Mariano Moreno habría escrito bajo el seudónimo de Veritas en “La Gazeta de Buenos Ayres” el 13 de septiembre de 1810*.

El artículo “Educación” publicado en la *Gazeta de Buenos Ayres*, el 13 de septiembre de 1810, no lleva firma autónoma ni seudónima, en consecuencia es anónimo, razón por la cual se discute de quién es la autoría intelectual y su redacción.

### **Antonio Aristhogitón**

Seudónimo que no le pertenece, entre otras razones por cuanto Moreno entonces no se encontraba en el lugar desde donde fue remitida. En la *Gazeta de Buenos Ayres* apareció el martes 7 de agosto de 1810 el texto de una nota enviada desde Potosí el 26 de junio de 1810 a Cornelio Saavedra, Presidente de la Junta, suscripta con un seudónimo que se le atribuye a Moreno. (edición facsimilar, tomo I: 253- 255). Este seudónimo ha sido registrado, sin indicar su pertenencia, por Juan Ángel Farini en el índice general de la *Gaceta de Buenos Aires 1810-1821*, editado en 1963 por el Museo Mitre.

### **Aristogiton**

Seudónimo que no le pertenece. Desde Potosí le es enviada una segunda nota a Saavedra, con fecha 1º de julio de 1810, pero esta vez firmada solamente con el seudo apellido *Aristogiton*. (edición facsimilar, tomo 1: 355-359).

Antonio Zinny se ocupa de este seudónimo en *Gaceta de Buenos Aires desde 1810 hasta 1821*, libro publicado en 1875. Al pie de la página 10 encontramos esta nota de Zinny: *Éste es un pseudónimo, cuya etimología es “aresos”, muy bueno y “Geiton”, nuestro vecino, en griego; de manera que el significado de la voz compuesta “Aristogiton” es “nuestro buen vecino”.*

### ***Sabiecito del Sur***

Cuentan Cutolo e Iburguren (h) que este apodo le fue dado por su fervoroso partidario Domingo French.

### **Numen de Mayo**

Apodo. No es precisamente un nombre hipocorístico dado como expresión cariñosa, de familiaridad o en confianza; se trata de una forma laudatoria de llamarlo por quienes estiman que lo acredita su pensamiento y su acción. Sus admiradores y albaceas en el siglo XX, entre ellos Ricardo Rojas, le adjudicaron este apodo por el cual se lo suele aludir; incluso hay publicaciones sobre él así tituladas y en otros casos subtituladas.

En el capítulo XVI “Datos desconocidos sobre Mariano Moreno” de su libro *Mariano Moreno. Su pensamiento político*, dice Enrique de Gandía de Moreno:

*El gran liberal, férreo en sus ideas y desgraciado en su actuación, es presentado como un ángel por quienes lo endiosan y llaman “numen” y como un demonio por algunos anti-liberales contemporáneos que atacan, por sistema y fanatismo, [...]*

Quien fundamenta sintéticamente las razones del apodo de *numen* es Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, exponente de la llamada línea Mayo-Caseros, en *La generación argentina del 37*, libro publicado en 1956, ya que encuentra en Mariano Moreno, *por temperamento, cultura, valor cívico, expresión política, dignidad humana a uno de los arquetipos más expresivos de la Nación Argentina.*

### ***Numen de la Revolución de Mayo***

Apodo. Tampoco proviene de sus coetáneos, sino de aquellos que lo ven como tal desde la perspectiva histórica, como ocurre con Celedonio Galván Moreno que titula su biografía *Numen de la Revolución de Mayo*.

*Nombre y apellido usados: Cayetano Rodríguez*

*Nombres y apellido completos: Cayetano José Rodríguez*

*Función y período: primer bibliotecario de la Biblioteca Pública, 1810, 1810-1813 (según Torre Revello) ó 1810-1814 (según Groussac, Otero y Cutolo)*

### ***Un amante de la patria***

Seudónimo. En este caso el ocultamiento de autor, tras un nombre de pluma, aparece en el inicio del texto, que fue impreso en la Real Imprenta de los Niños Expósitos en 1807 y dice así: *Poema que un amante de la patria consagra al solemne Sorteo celebrado en la plaza mayor de Buenos-Ayres, par la libertad de los Esclavos, que pelearon en su defensa.*



Se equivoca Pacífico Otero en su libro sobre Rodríguez cuando señala que “esta composición fue publicada anónima”, como ocurrió por esa época y en otros casos el seudónimo a veces aparece incluido en el título. En cambio trae algunos datos que suman a la confirmación de su pertenencia:

*Aparte del estilo, de las imágenes y de lo poco lleno del verso —el haberse encontrado entre la colección de impresos sueltos referentes a las invasiones inglesas, dejado por un testigo presencial de aquellos hechos, un ejemplar de este poema, a cuyo márgenes lee la siguiente nota, escrita de puño y letra del colector: “compuesto por fray Cayetano Rodríguez— nos autorizan para reconocer al P. Rodríguez como verdadero autor, mientras no haya una razón en contrario.*

### **Un argentino**

Seudónimo. A la muerte de Mariano Moreno informa Cutolo en su *Diccionario biográfico argentino* que le dedicó una canción y un soneto que publicó bajo el seudónimo de “Un Argentino”. La canción de 14 estrofas, fue puesta en música por el maestro Blas Parera, y según Zeballos, era cantada en nuestros salones elegantes... En cuanto al soneto, por temor a Saavedra, no pudo imprimirse en 1811, más después de su caída fue publicado con otras varias poesías dedicadas a la memoria de Moreno.

Al conmemorarse el segundo aniversario de lo ocurrido el 25 de mayo de 1810, Rodríguez publicó un folleto con una canción y varias poesías, firmadas de esta manera e impreso por la Imprenta de Niños Expósitos.

También usaron este seudónimo Olegario Víctor Andrade, José Juan Biedma, José Rivera Indarte, Braulio Costa, Juan Pablo Echagüe, Carlos Guido y Spano, Bernardo de Irigoyen, Andrés Lamas, Henry Papillaud, José Rivera Indarte, Ramiro Blanco (librero, periodista y fundador del comunismo en Santa Fe) y Manuel Ugarte; otros lo usaron pero escrito con j, estos fueron Félix Gregorio Frías y José Tomás Guido; Domingo Faustino Sarmiento lo uso escrito de las dos maneras con g y con j.

### **Los verdaderos apreciadores del mérito**

Seudónimo. Se trata de un folleto de 54 páginas, impreso por la Imprenta de la Independencia en 1821, que lleva por título *Elojio fúnebre del benemérito ciudadano don Manuel Belgrano, ilustre miembro de la Primera Junta gubernativa de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, y después general en jefe de los ejércitos auxiliares del Norte y del Alto Perú*. Aunque escrito por él, dice en el mismo párrafo inicial que este elogio lo ofrecen al público *Los verdaderos apreciadores del mérito*.

Este impreso fue reproducido en 1907 y figura incluido como perteneciente a Cayetano Rodríguez en la *Bibliografía de la Revolución de Mayo 1810-1826*, confeccionada por Guillermo Furlong y Abel Rodolfo Geoghegan, editada por la Biblioteca del Congreso de la Nación en 1960.

### **F. C. R.**

Seudónimo. Inicialónimo que no le pertenece. Fray Cayetano Rodríguez



Mariano Moreno

el 18 de julio de 1822 hizo circular –informa Cutolo en el tomo VI del Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)– un impreso titulado “Justa Defensa”, para prevenir a sus conciudadanos que no era él autor de otro impreso rotulado “El religioso español”, aparecido con su alfónimo, en el que, a fin de desacreditarlo, se vertían juicios contra el decoro de las corporaciones religiosas.

Esta pieza fue consultada por Pacífico Otero y la reproduce en una de las notas al capítulo V de su estudio biográfico sobre Cayetano José Rodríguez, editado en 1899. Al comenzar, en este impreso Rodríguez denuncia que:

*Se ha dejado ver en el público un papelucho indecente, suscrito con las iniciales de mi nombre, con el título El Religioso Imparcial, en que su autor, en tono de consejero caritativo, vomita todo el veneno que ocupa su pecho contra el crédito y honor de las corporaciones religiosas, apoyando en los defectos con que las calumnia, la conveniencia y necesidad de la reforma que de poder absoluto ha emprendido el superior Gobierno. Aunque las iniciales F.C.R. pueden sin violencia acomodarse a otros nombres que al mío, se ha hecho entender al público que soy yo y no otro el que suscribe.*

**Nombres y apellido usados: *Dámaso Antonio de Larrañaga***

*Función y período: bibliotecario, 1814 (según Gustavo Martínez Zuviría y Horacio Salas); director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1814 (según Paul Groussac) ó 1813-1815 (según José Torre Revello)*

**A. L.**

Seudónimo. Este inicialónimo también fue usado mucho después por el autor teatral, jurista, escritor y poeta Adolfo Lamarque.

***Un Americano***

Seudónimo. Con éste Larrañaga firmó el libro *Fábulas Americanas. En consonancia con los usos, costumbres e historia natural del país*. Este libro de 106 páginas fue impreso por Dornaleche Hnos. en 1826. Cuando fue reeditado, junto al seudónimo se identificó al autor. Señala Scarone que Mariano Berro dice en el prólogo:

*Muchos años hace que debía haber dado a publicidad las fábulas que forman esta colección, lo que no he efectuado por causas ajenas a mi voluntad. Escritas aquéllas hace 92 años, ya ha corrido más que sobrado tiempo para que pasen a aumentar la literatura nacional, como obra escrita por el conocido sabio don Dámaso A. Larrañaga.*

También usaron este seudónimo Manuel Antonio de Castro, Bernardo Monteagudo, Pedro Ignacio de Castro Barros y José Servando Teresa de Mier.

**D. A. L.**

Seudónimo. Inicialónimo. Lo trae Arturo Scarone en el *Diccionario de Seudónimos del Uruguay* (1941). Aparece en un opúsculo de 16 páginas: *Oración inaugural que en la apertura de la Biblioteca Pública de Montevideo, celebrada en sus fiestas Mayas de 1816,*

*dixo D.A.L. Director de éste establecimiento, Montevideo. Fue publicado en el mismo año de 1816.*

*Nombre y apellido usados: Manuel Moreno*

*Nombre y apellidos completos: Manuel Moreno y Valle*

*Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1822-1828*

### **M. M.**

Seudónimo. En un trabajo sobre *La Abeja Argentina* (1822), primera revista publicada en el Río de la Plata, dado a conocer en 1969 por Cutolo en *Investigaciones y Ensayos* (número 6-7), se menciona como trabajo de Moreno, compartido con Nicolás Herrera y Felipe Senillosa, al discurso leído en la Sociedad de Ciencias Físicas.

Además de las noticias aportadas, son de exclusiva autoría de Manuel Moreno: “Vista Político-Económica de la provincia de Buenos Aires” (a. n° 1, n° 2 y n° 3 de 1822) y “Memoria sobre el fierro nativo que se encuentra en los campos del Gran Chaco, llamado fierro de Santiago del Estero o el Tucumán”, de aparición posterior (incluido en el número 7 del 15 de octubre del mismo año). De estos dos, el primero no está firmado y el otro porta al pie su inicialónimo *M. M.*

Juan María Gutiérrez fue quien le atribuyó el inicialónimo *M. M.* a Manuel Moreno, en el estudio sobre *La Revista del Río de la Plata*; Antonio Zinny y Cutolo lo aceptaron como tal, pero los argumentos que muestran la paternidad de Moreno los brindó Marcial Quiroga en su biografía publicada en 1972 por Eudeba.

### **Un ciudadano de Buenos Aires**

Seudónimo. De los autores identificados cuyos geónimos tomaron el nombre de la ciudad de Buenos Aires, la mayoría data del siglo XIX y pertenece a varones. Muchos de éstos fueron incluidos en sus respectivos catálogos por el chileno José Toribio Medina y los argentinos Ricardo Victorica, Leopoldo Durán y Vicente Osvaldo Cutolo.

Pero los seudónimos relacionados con la ciudad de Buenos Aires presentan particularidades en su vínculo legal y en relación de afecto. Así encontramos entre ellos los que de una forma indefinida declaran ser un ciudadano de Buenos Aires, un citoyen de Buenos Aires, un ciudadano vecino de Buenos-Ayres, un hijo de Buenos Aires, un joven hijo de Buenos Aires, y un individuo del interior residente en Buenos Aires. Otros autores prefirieron aparentemente mayor identificación: Patricio de Buenos Ayres, Jean de Buenos Aires y, en el siglo XX, María de Buenos Aires. También los hay quienes optaron por declararse vecinos o simplemente habitantes de Buenos Aires.

Manuel Moreno y Juan Bautista Alberdi usaron “un ciudadano de Buenos Aires”, en tanto a Pedro Feliciano Sáenz de Cavia y Julián Álvarez se lo atribuyeron.

Fue Cutolo quien –sin dar precisión, como tampoco lo hizo en otros casos– adjudicó la paternidad de este seudónimo a Manuel Moreno, en el lote de registros que con el nombre de Diccionario de alfonimos y seudónimos de la Argentina (1800-1930) fue publicado en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires) en 1962; en cambio no incluyó a Alberdi, que usó el mismo en francés, pero sí trae

un asiento con la traducción, para la cual su autor modificó el seudónimo. Gervasio Antonio Posadas se refirió a este seudónimo a raíz de la acusación que le hizo Moreno, manteniendo oculta su identidad. Esto puede ser constatado en el primer tomo de *Memorias y Autobiografías* publicado por el Museo Histórico Nacional en 1910, durante la dirección de Adolfo Carranza.

En la parte final del primer tomo y como agregado van algunas notas. En la primera de éstas, desde la página 225 a la 231, con la firma de Posadas y fechada en Buenos Aires el 30 de junio de 1829 aparece la que comienza diciendo: *En estos días ha llegado a mis manos y he leído un papel titulado “Al Avisador Patriota y Mercantil de Baltimore un ciudadano de Buenos Aires”*.

### **Veritas**

Seudónimo. Entre los otros autores que usaron este seudónimo Cutolo ha registrado a Pedro Palacios (*Almafuerte*), Domingo Lamas (hijo del publicista Andrés Lamas) y William Scollay (redactor de *The Southern Star / La Estrella del Sur*) y Eduardo de la Barra. Además en otro repertorio publicado en 2007 se los menciona también a José Juan Biedma, Adolfo Carranza y a Jacinto Rodríguez Peña como autores que emplearon el mismo nombre de pluma. A esta nómina se debe sumar al fotógrafo portugués, de gran actuación profesional en Argentina, José Christiano de Freitas Henriques Junior.

Sobre el sepulcro de Luis José de Chorroarín, ubicado en la calle central del cementerio de la Recoleta, se colocó una lápida con una inscripción en latín, publicada con su traducción

entre otros por Ludovico García de Loydi en *Una luz en la Manzana de las Luces: Chorroarín* (1973). La lápida había sido colocada por sus familiares y amigos y no por resolución de las autoridades. La inscripción decía: *Aquí yace / don Luis Chorroarín / canónigo presbítero de la santa iglesia catedral / Rector por veinticinco años del Colegio Carolino / y fundador de la Biblioteca / Murió el día 11 de julio del año de 1823 / Mil jóvenes dio él al foro, al altar, al ejército / y otras tantas lenguas agradecidas hacen que su fama sea imperecedera.*

Chorroarín falleció el 11 de julio de 1823 y del texto de esta lápida, después desaparecida, molestó que en ella se le atribuyera haber sido “fundador de la Biblioteca”. Una de las manifestaciones de descontento pertenece al hijo de Mariano Moreno, que también fue empleado de la Biblioteca Pública de Buenos Aires; en cuanto a la otra, apareció firmada con el seudónimo *Veritas*.

En la primera parte de la presentación de Mariano Moreno (h) se lee:

*Mariano Moreno ante V. E. en la forma que corresponde expongo que hacen cinco años que existe en el Cementerio público de esta ciudad una lápida destinada á conservar la memoria del finado Doctor Don Carlos Chorroarín; yo estoy muy distante de desconocer en la carrera pública de aquel individuo servicios importantes y mérito suficiente p<sup>a</sup> q<sup>e</sup> su memoria sea grata á sus conciudadanos; p<sup>o</sup> tampoco me permiten mis deberes filiales sufrir en silencio que se le atribuya la fundación de la Biblioteca pública debida al celo y patriotismo de mi finado Padre Dr. Don Mariano Moreno; á nadie sino á él debe el país la fundación*

*de aquel establecimiento y á él solo le corresponde el título honroso de ser fundador y protector que le acordó el Superior Gobierno, en (el decreto) (periódico ministerial de que) adjunto que comprueban aquel hecho. Yo no he descuidado la reclamación de este ultraje a la digna memoria de mi padre, pero circunstancias imperiosas me obligaban a esperar (una) oportunidad sin otro desahogo que lamentar en el seno de la amistad la triste situación, de que por falta de apoyo se vé imposibilitado de hacer uso de sus derechos. Yo estaba penetrado de la justicia que me asistía p<sup>o</sup> q<sup>e</sup> conocía bien que sin más elementos hubiera sido emprender una lucha muy desigual p<sup>s</sup> q<sup>e</sup> mis circunstancias no eran las mismas que las del albacea del Dr. Chorroarín, y por que el Gobierno había dado pruebas de interesarse en perpetuar su memoria del modo más distinguido al paso que el nombre del benemérito Dr. Moreno estaba ya olvidado. Mas es preciso ser justos E. S. y agradecer los servicios de los buenos ciudadanos aun después de su muerte. Yo haría un agravio imperdonable á los sentimientos de la presente administración, si temiera que recibiese con frialdad mi solicitud, la considero incapaz de desatender el mérito y los servicios del Patriota masa distinguido del año 10 y en esta confianza. A V. E. pido y suplico se digne autorizarme para borrar de la lápida indicada las palabras que atacan los derechos de mi padre.*

Este documento se conoció parcialmente en 1961 durante la gestión de Roberto Etchepareborda en la presidencia del Concejo Deliberante de

la Ciudad de Buenos Aires, cuando se dispuso su edición junto con otros en homenaje a Mariano Moreno, con motivo del 150 aniversario de su fallecimiento. Pero el texto completo recién aparece en el artículo “Mariano Moreno y la fundación de la Biblioteca” que Ricardo Caillet-Bois hizo publicar en la revista del Museo de la Casa de Gobierno (t. I n° 3, diciembre 1963). Ahora bien, entre los años que van desde la colocación de la lápida sobre la sepultura de Chorroarín, en 1823, y la presentación de Mariano Moreno (h), cinco años después, solamente se conoce otro reclamo a favor de Mariano Moreno, como fundador de la Biblioteca Pública, que apareció bajo el epígrafe *Comunicado*; éste es de autoría atribuida y presenta un primer párrafo de índole conceptual para luego ocuparse del caso en particular, dice así:

*Hay un autor que recogiendo los epitafios de un cementerio de Alemania compuso un libro interesante, y lleno de reflexiones morales y profundas. Lo mismo podría hacer un viajero en otros países civilizados. Pero en el nuestro la costumbre de las inscripciones sepulcrales es demasiado nueva para que presente todavía un objeto digno de atención; y debe temerse por las que se han empezado á usar, al menos una parte de ellas, que venga á establecerse un mal gusto, ó una vanidad incompatible con lo sagrado del lugar, y sentimientos solemnes que inspira.*

*En la inscripción de la lápida del Dr. D. Luis José de Chorroarín, en el cementerio del Norte, se nota una falsedad ó un error en titularlo fundador de la Biblioteca. Esto es tan distante de lo cierto que este*

*fnado ni perteneció á la Biblioteca al tiempo de su fundación. Tiempo despues fué nombrado bibliotecario, cuyo destino sirvió hasta pocos años antes de su muerte, con sueldo y casa devalde, que no han tenido otros. Fué ascendido á canónigo de esta santa iglesia Catedral; pero siempre sería tan falso llamarlo fundador de la Biblioteca, porque fué su bibliotecario, como fundador de la Catedral porque fué su canónigo. Para corregir este error (pues el fundador fué el Dr. Moreno) pueden los que lo hubieron cometido, ver el establecimiento de la Biblioteca hecha por el primer gobierno patrio, y consta en la gaceta del 13 de septiembre de 1810. Allí verán estas palabras: “nombrando desde ahora por bibliotecarios al Dr. D. Saturnino Segurola y al reverendo padre Fr. Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos á dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de la Biblioteca al secretario de gobierno Dr. D. Mariano Moreno”. Verán también en las siguientes los donativos públicos con que se erigió y en la del quince del 15 del mismo septiembre una carta de los comerciantes ingleses residentes en esta ciudad oblando considerables sumas, á influjo y solicitud del Dr. Moreno. Es preciso pues no usurpar nada del honor que á otros corresponde, por recargar la memoria de un muerto con una ostentación mundana de las distinciones efimeras del mundo. Menos decir, y sobre todo no decir sino la verdad, sobre esa losa fria que encubre los huesos de un mortal Requiescat in pace.*

Veritas

Este reclamo, reivindicando a Mariano Moreno como fundador de la Biblioteca Pública apareció en el número 80 de *El Argos* (Buenos Aires) de 1823.

Sobre la firma *Veritas*, Gustavo Martínez Zuviría en el polémico *Año X* (1960) estima que *el autor se escondía detrás de un seudónimo, suponiendo que su firma no agregaría autoridad a la protesta y agrega la precaución resulta inútil, porque lo apasionado del tono y los giros del lenguaje delatan que “Veritas” es Manuel Moreno, Director en ese tiempo de la Biblioteca.*

Ricardo Caillet-Bois, en el citado artículo, publicado en la revista *Mayo*, corroboró así esta atribución de Martínez Zuviría en *Año X* sobre la identidad del firmante de éste reclamo: *Manuel Moreno, hermano de Mariano, no permaneció indiferente ante lo que consideraba un despojo de la legítima gloria de su hermano. Y, como es conocido, bajo el seudónimo de Veritas publica en “El Argos de Buenos Aires” (4 octubre de 1823) un comunicado [...].* También Horacio González coincide con Martínez Zuviría que la protesta enfática contra esa atribución a Chorroarin, *sin duda* —manifiesta en *Historia de la Biblioteca Nacional* (2010)— *corresponde a la autoría de Manuel Moreno, hermano de Mariano.* El antecedente que se toma para señalar a Manuel Moreno como presunto responsable de lo publicado en *El Argos* es ser autor de la primera biografía *Vida y Memorias de Mariano Moreno*, publicada en Londres en 1812, donde le adjudica a su hermano tener la gloria de ser el fundador de una *Biblioteca pública en Buenos Ayres.*

En el libro sobre el pensamiento político de Mariano Moreno que le dedicó Enrique de Gandía en 1968, éste se ocupa de la atribución de Martínez Zuviría a

Manuel Moreno respecto a lo publicado con el seudónimo *Veritas*, pero no vierte opinión alguna.

Tres libros sobre el ocultamiento autoral en nuestro país dan a *Veritas* como uno de los seudónimos usados por Manuel Moreno: Diccionario de alfonimos y seudónimos de la Argentina (1800-1930), Buenos Aires, Elche, 1962; Diccionario argentino de Seudónimos, Buenos Aires, Galerna, 1991; y Autores y Seudónimos porteños. Buenos Aires, Dunken, 2007. Cotejando los textos de la presentación de Mariano Moreno (h) ante las autoridades de gobierno, y el reclamo publicado por Manuel Moreno en *El Argos* (Buenos Aires), cabe replantearse quién es realmente *Veritas* en esta oportunidad.

### Alfred Mallalieu

Seudónimo atribuido. Este seudónimo ha sido atribuido a Pedro de Angelis y a Manuel Moreno. Para Adolph R. Pfeil y Enrique Arana es de De Angelis, en cambio Antonio Zinny se inclina por creer que le pertenece a Moreno; e Ignacio Weiss opta solamente por rechazar la posibilidad de que De Angelis sea quien lo usó.

En *La Gaceta Mercantil* (del 11 al 18 de mayo de 1844) y luego en el *Archivo Americano* (del 30 agosto al 10 de octubre) se fue publicando por entregas el impreso titulado *Buenos Ayres-Montevideo y negocios del Río de la Plata, en una carta al Muy H. conde de Aberdeen*, cuyos datos bibliográficos y tipográficos del original se transcriben, tomados del libro de Josefa Sabor *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina* (1995): *Buenos Ayres- Montevideo and affaires*

*in the River Plat, in a letter to the Rt. Hon. the earl of Aberdenn, K. T. F. R. Secretary of State for Foreign Affaire [...] By Alfred Mallalieu, esq. "Veritas vel mandacio corrumpitur vel silentio".* Edinburgh, London: W. Blackwood and sons, 1844.

El defensor de los intereses inglés, residente en Montevideo, Adolph R. Pfeil, dio su opinión sobre la autoría de esta pieza en *Rosas and some the atrocities of his dictatorship in he River Plate, in a Letter to the R. H. Earl of Aberdeen*, publicado en 1846, y Enrique Arana, desde el *Boletín de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales* (a. 1 n° 5, junio de 1933) reitera la opinión de Pfeil.

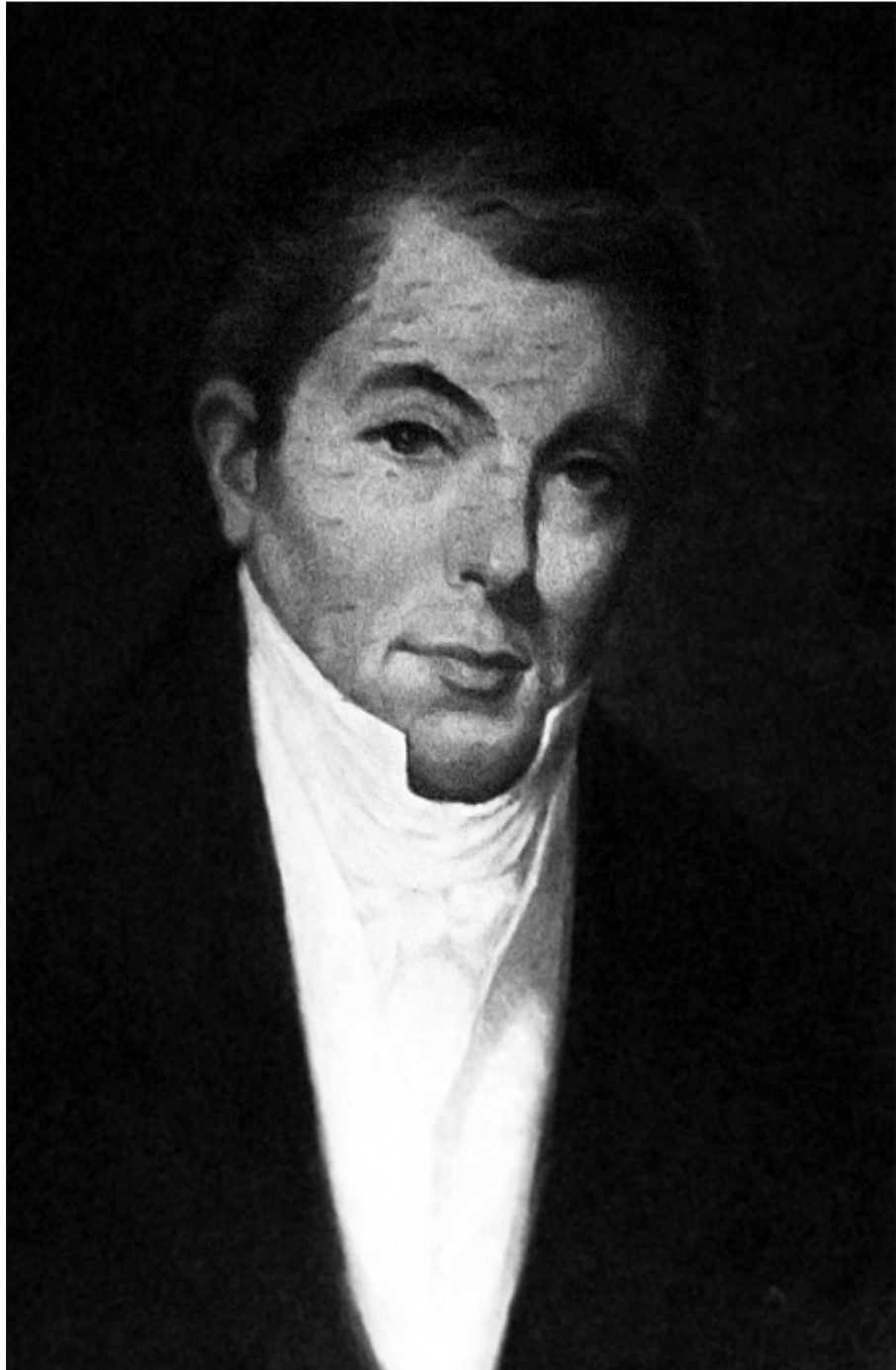
Zinny en el tercer tomo con los resúmenes de contenido de "*La Gaceta Mercantil*" de Buenos Aires 1823-1852, editado en 1912, al sintetizar este documento reproducido dice que *los trabajos de Mallalieu sobre el Río de la Plata son atribuidos con algún fundamento á inspiraciones del señor don Manuel Moreno*. Pero Zinny no manifiesta quién o quiénes se lo atribuyen y tampoco cuáles son los fundamentos.

En el estudio preliminar a la reimpresión del *Archivo americano* (1946), Ignacio Weiss se abstiene de acompañar a Zinny en atribuir a Moreno la paternidad, pero rechaza que pudiera ser obra de De Angelis.

Cuando en la *Revista de Historia* (Buenos Aires) Enrique M. Barba publicó *Noticias bibliográficas sobre unitarios y federales* también consideró el caso y ofreció las dos versiones, pero sin tomar partido. Quien mejor invalidó con fundamentos la posibilidad de que el autor del impreso fuera De Angelis fue Josefa Sabor.

Sabor retomó este tema en su ensayo bibliográfico sobre Pedro de Angelis,





Manuel Moreno

con el cual obtuvo el Premio Academia Nacional de la Historia 1991-1992 a la obra inédita, y probablemente no tuvo noticias de que *Alfred Mallalieu* volvió a aparecer en Londres al año siguiente, firmando el libro *Rosas y sus calumniadores* (1845), que allá llamó la atención por la calidad de su impresión.

Como el contenido de las dos publicaciones de *Mallalieu* tienen que ver con cuestiones comerciales de interés para los ingleses, en *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX* Henry Ferns cita al libro *Rosas y sus calumniadores* y trae la noticia de que Henry Mandeville, desde Londres, había celebrado calurosamente la publicación de éste en carta a Manuelita Rosas. Por entonces, Manuel Moreno continuaba desempeñándose como nuestro ministro plenipotenciario ante Su Majestad Británica. Queda en pie la sospecha de que Manuel Moreno pudiera haber sido el autor o el inspirador de estas dos publicaciones.

### *Don Oxide*

Apodo. Lo prohió *El Constitucional* (Buenos Aires), dirigido por Manuel Bonifacio Gallardo, su constante adversario político y adicto a Bernardino Rivadavia. Manuel Moreno profesaba ideas federales y era opositor a este periódico al que combatía, en su función de redactor, desde las columnas del *Correo Político de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Pergeñaron este apodo aprovechando que Moreno era profesor de química. En *El Constitucional* apareció el soneto que se reproduce, dedicado a zaherir a Moreno: *Confusa masa, añeja y mal surcida / de especies que no ignora un boticario / Dicción inculta, estilo estrafulario, / ridícula ambición, mal reprimida.*

*/ - / Odio al que sobresale; faz torcida; / Lomo cual de alambique o dromedario; / mirada atroz; color atrabiliario; / risa traidora de venganza enchida. / - / Pobre de alcance, de intención profundo; / nulo como orador; como estadista / siempre en contradicción con todo el mundo. / - / Vendido a un extranjero tramoyista; / espuma y nata de un partido inmundo... / ¿Don Oxide no es éste, el alquimista? / En el mismo medio periodístico también le dedicaron estas cuartetas: Don Oxide es un químico / Cuyo semblante escuálido / Anuncia ingenio tétrico / E intelecto sarcástico. / - / Fuese al Norte de América, / Pisó el suelo británico, / Donde en tiempo brevísimo / Hizo progresos rápidos. / - / De allí regresó físico, / Histórico, botánico, / Y además metalúrgico, / Item, bibliomaniático.*

Vicente Fidel López dio su versión del origen de este apodo, cuando sobre la persona de Manuel Moreno expresó: *era un pensador de mucho saber; vivía concentrado en sus libros y siempre contraído a los estudios físicos, químicos y de historia natural. Era de índole solitario, de genio adusto y taciturno; tenaz, apasionado y antipático... A causa de su temperamento bilioso y áspero, corrosivo si es permitido decirlo, le habían puesto el apodo "Don Oxide".* cfr. en su *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1893. En el primer tomo de los *Anales de la Academia de Medicina de Buenos Aires*, impreso por Hallet en 1823, Manuel Moreno en su introducción al estudio de la química dijo: *Los metales no tienen actividad en su estado metálico; pero convertidos en óxido se hacen corrosivos.* Para Marcial I. Quiroga, autor del libro *Manuel Moreno*, publicado por Eudeba en 1972, este concepto habría inspirado al autor del apodo *Don Oxide*.

Marcial Quiroga constató en *El Granizo*, periódico porteño que circuló en 1827, once oportunidades en las cuales se alude a Moreno con el apodo de *Don Oxide*. En el primer tomo del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de una tabla alfabética de autores*, publicado en 1893, Groussac antepuso un prefacio en el cual no desaprovecha para recordar en nota al pie de página que en el *El Granizo*, periódico satírico, “gran pegador de apodos”, se llamó a Manuel Moreno “*Don Óxide*”, con la aclaración de que no fue *por su temperamento “corrosivo” (?) como lo dice el historiador López, sino porque había dictado en el Colegio el primer curso de química?*

### **Doctor Óxido**

Apodo. Versión libre del apodo y su origen. *Dejaba Manuel Moreno que su figura cobrara un aspecto de profunda simpatía* –nos dice Horacio González en su *Historia de la Biblioteca Nacional* (2010)– *cuando se lo llamaba por su apodo, “Doctor Óxido”. El sonsonete provenía de sus clases de química y de su pionero interés por la iluminación a gas.*

### **Blas el químico**

Apodo. Químico y fundador de la cátedra de esa especialidad científica en la Universidad de Buenos Aires, esto fue aprovechado por el periódico *El Granizo* de filiación unitaria. En ese periódico se publicó un sainete donde se le llama de esa manera.

*Nombre y apellido usados: Ignacio Grela*

*Nombres y apellido completos: José Ignacio Grela*

*Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1828-1833*

### **Granizo**

Apodo. Este mote se lo espetó el periodismo de la época por su espíritu combativo. Para Cutolo con éste se *sobreentendía un carácter tempestuoso, el mismo con que dicho torurado fue definido en un informe secreto, escrito hacia el año 1817, por cierto agente anónimo realista, acerca de los principales actores de la revolución argentina. Tal documento expresa: “Grela; provincial actual de Santo Domingo, patriota turbulento, audaz, revolucionario e insultante en sus discursos, con los que disienten de sus opiniones. Deja con facilidad su convento para abandonarse a convicciones políticas y otros fines de revolución interna y externa”.*

Confirma este apodo el breve trabajo biográfico sobre este sacerdote incluido en *Genealogía* (Buenos Aires, 1961). Allí se recuerda: *que en la jerga del periodismo faccioso de su tiempo, a Grela se lo motejaba de “Granizo”; sobrenombre que, como se ve, sintetiza el mismo temperamento a que aludía el misterioso informante realista al ocuparse de nuestro personaje.*

### **Fraile Granizos o El padre Granizo**

Apodo. La Biblioteca Nacional tiene tres historias oficiales: a las de Paul Groussac (1893) y Horacio Salas (1997) ahora se agregó la de Horacio González (2010).

En el citado prefacio de Groussac al *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, mal llamado a partir de 1967 *Historia de la Biblioteca Nacional*, dice

de su lejano antecesor Ignacio Grela que es una figura de segundo término en la historia argentina; lo llama corifero de asonadas y recuerda que lo apellidaban fraile Granizos.

Sobre este apodo Groussac se pregunta: *¿Sería una alusión a su carácter turbulento, ó al periódico satírico de este nombre, gran pegador de apodos [...]?* Para él es más probable que fuera sencillamente la traducción del apellido pronunciado en francés (“grêle”). Conjetura o rebusque idiomático digno de quien escribía en castellano pensando en su lengua materna.

Curiosamente los autores de las otras dos historias oficiales de la Biblioteca Nacional, Horacio Salas y Horacio González, optaron por tomar el mismo rebusque interpretativo de Groussac más un plus personal.

En el capítulo *De libros y bibliotecas*, Salas comenta que el dominico Ignacio Grela, al que llamaban “Padre Granizo” (en francés “grêle”: granizo), era conocido por sus dotes de orador político y polemista. Horacio González no olvida este apodo cuando se ocupa de los tres sacerdotes que administraron la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Ignacio Grela, José María Terrero y Felipe Elortondo y Palacio, en medio de una realidad de lánguida decadencia; recordando el prefacio de Groussac, al que califica de historia malévola, dice que éste le atribuye a Grela —palabra cuya pronunciación le recuerda el vocablo francés “granizo”— la forma payasesca de un credo del que él, como nadie, se declara enemigo: el jacobinismo, un jacobinismo de opereta presbiterial.

Nombre y apellido usados: **Valentín Alsina**

Funciones y períodos: director interino, 1829, y director de la Biblioteca Pública, 1852

**A.**

Seudónimo. Se conoce un trabajo de su autoría publicado con la inicial de su apellido: fue en el año 1834, el 20 de noviembre, en *La Gaceta Mercantil* (Buenos Aires) para referirse a una colección de poesías de Esteban Echeverría. Este inicialónimo también fue usado por Juan Bautista Alberdi, Olegario V. Andrade y Pedro de Angelis.

**V. A.**

Seudónimo. Quien primero lo ubicó fue Ricardo Victorica en 1929, en un libro editado por Hallet y Cía. en 1834, que contenía el informe ante la Cámara de Justicia en la causa criminal contra Estevan y José María Yañez, e Hipólito Ibáñez, acusados de haber muerto alevosamente a su huésped el joven D. Estanislao Ureta.

### **El Defensor**

Seudónimo. Para una réplica en *La Gaceta Mercantil* del 30 de junio de 1834. Fue publicada en la sección *Correspondencia*, página 2, columnas 2 a 4. El texto está dirigido al editor G. M., y versa sobre la impugnación, exámen, ó sea lo que sea, que el Sr. Editor del “Monitor” ha empezado á hacer del Informe que produce en el juicio de imprenta promovido contra el General [Félix] Alzaga.

### **Nasial**

Seudónimo. Bajo el epígrafe *Cuestión del día* apareció en *La Gaceta Mercantil*, del 6 de agosto de 1833, una correspondencia de Alsina vinculada con la suspensión de las elecciones.

### ***Varios Argentinos***

Seudónimo compartido. Usado por varias personas en forma simultánea. Hasta el presente, entre todos los firmantes sólo se identificó a Valentín Alsina. Aparece en una hoja suelta datada mayo 15 de 1834, impresa en la Imprenta de la Libertad.

En este impreso se reproduce una carta anónima pero atribuida a Bernardino Rivadavia, supuestamente remitida por él desde París a Perú el 14 de marzo de 1830, *contrayéndose a la famosa idea de una monarquía en América*. Para Antonio Zinny, de quien lo tomó Cutolo, éstos son dos documentos de sumo valor histórico.

### ***Federico***

Apodo. Nombre dado o adoptado por Alsina en la Sociedad Valeper. Valeper fue una sociedad secreta, cuasi masónica, con actividades literarias y políticas, que funcionó desde el 6 de noviembre de 1821 hasta el 1° de noviembre de 1822, fecha en la cual se decide su disolución.

Se conocen otros de los apodos dados por la Sociedad Valeper a sus integrantes: a Juan Crisóstomo Lafinur el de *Hermano Sinforiano*; a Ruperto Godoy el de *Victorio*; el de *Hipólito* al sobrino del general Belgrano, Manuel Belgrano Cabral; *Bartolomé* al doctor Francisco Pico; *Pedro* al doctor Ireneo Portela; a José Lagos *Reflexión*; *Discurso* le fue puesto al coronel Pedro García Palacios *Discurso*; para Ángel Saravaia, secretario de la sociedad, el de *Jacques*; a Baldomero García *Censor*; y *José Antonio* al médico y filósofo Diego Alcorta.

### ***Valentín Avellaneda***

Apodo que no le pertenece. Lo dan como tal Cutolo e Iburguren (h). En realidad, no corresponde calificar a éste de apodo, es el nombre con el que aparece Alsina en la novela *Los misterios del Plata*, del cual es autora Juan Paula Manso de Noronha y que fue publicada en Río de Janeiro.

*Nombre y apellidos usados: Felipe Elortondo y Palacio*

*Nombres y apellidos completos: Felipe Santiago del Rosario de Elortondo y Palacio*

*Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1837-1852*

### ***Obispo Pequeño***

Apodo. Por problemas de salud del obispo de Buenos Aires, monseñor Mariano José y Cabrera, aquejado por ceguera, sordera y los achaques de la vejez, debió ser reemplazado en sus funciones. Fue llamado con este fin el canónigo Elortondo y Palacio para desempeñarse como su secretario. Elortondo y Palacio era un incondicional de Juan Manuel de Rosas y esto le generó el mote, ya que su imagen era contrapuesta a la del obispo Medrano.

*Nombre y apellido usados: Carlos Tejedor*

*Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1853-1858*

### ***C. T.***

Seudónimo. Este inicialónimo lo trae Leopoldo Durán en Contribución a

un Diccionario de Seudónimos en la Argentina, Buenos Aires, Huemul, 1961.

## T.

Seudónimo. Se conocen dos artículos así firmados, publicados en las páginas de *El Iniciador* de Montevideo. Éstos son *Linajes de hombres*, en la edición del 1° de julio de 1838, y *La libertad*, el 1° de septiembre del mismo año.

### *Un Ciudadano Argentino*

Seudónimo. El folleto de 27 páginas titulado *La República Argentina a los 32 años de su Independencia*, que se publicó en el actual departamento chileno de Copiapó, reimpresso por la Imprenta del Copiapino en julio de 1847, esta firmado *Por Un Ciudadano argentino*. En su *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos* (1925), José Toribio Medina da como autor de este folleto a Juan Bautista Alberdi. En cambio para Cutolo, en el *Diccionario de alfonimos y seudónimos de la Argentina* (1962), el autor es Carlos Tejedor. La posible autoría de Alberdi ha sido desechada en 1969 de manera indirecta por Alberto Octavio Córdoba en *Bibliografía de Juan Bautista Alberdi*, editada por la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales. En esta bibliografía exhaustiva Córdoba no incluye el folleto en cuestión atribuido por Medina a Alberdi.

Nombre y apellido usados: **José Mármol**

Nombres y apellidos completos: José Pedro Crisólogo Mármol (con estos otros dos nombres figura ingresado en la logia masónica Consuelo del Infor-

*tunio n° 3, el 5 de octubre de 1858)*  
Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1858-1871

## M

Seudónimo. Al pie de su *Carta* en *El Guardia Nacional* (Buenos Aires) número 58: 21, 5 de diciembre de 1852, solamente colocó la inicial de su apellido. Coincide con los usados por Luis Méndez y Bartolomé Mitre.

## J. M.

Seudónimo. Se determinó que Mármol usó en tres oportunidades este inicialónimo, dos de ellas en Montevideo, para el drama *El cruzado* y en *Armonías* (ambas en 1851) y una en Buenos Aires para *Poesías*, en 1854.

### *El Conservador*

Seudónimo. Se lo encuentra en el folleto de 57 páginas que en Montevideo publicó en enero de 1848, titulado *Nuevos artículos sobre Oribe*.

### *Un Amigo del Coronel Mitre*

Seudónimo. El 22 de diciembre de 1856 da a publicidad una carta con este seudónimo en *El Nacional*.

### *Francisco Anrrumarrieta, natural de Bilbao*

Seudónimo. En la *Contribución a la bibliografía de José Mármol*, editada por

el Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Universidad Nacional de La Plata en 1972, su autora, Liliana Giannangeli, dice que este curioso seudónimo de Mármol aparece en artículos dados a conocer en *La Semana* (Montevideo), entre 1851 y 1852, y en otro publicado por *El Paraná*, aunque no precisó la fecha.

En el número 23 de *La Semana*, del 13 de octubre de 1821, encontramos la siguiente comunicación: *A.S.E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Supremo de la Confederación Argentina, Camarista, Doctor D. Felipe Arana*, firmada con este seudónimo y fechada 10 de octubre.

La pertenencia de este seudónimo fue de inmediato identificada; con la firma de *Urrutia el Ñato*, desde *El Nacional* (Buenos Aires) el 9 de noviembre de 1852 se lanzaron algunas injurias contra Mármol en una carta que apareció titulada “De quien es D. Francisco Anrrumarrieta, natural de Bilbao”.

### **Pepe**

Apodo. Desde su infancia se lo llamó con este apodo nada original, es éste un nombre hipocorístico familiar. Después aparece a veces en el trato y la correspondencia con sus relaciones personales.

*Nombres y apellido usados:* **Vicente G. Quesada**

*Nombres y apellido completos:* *Vicente Gregorio Quesada*

*Función y período:* *director de la Biblioteca Pública, 1871-1878*

### **Brutus**

Seudónimo. Lo trae Leopoldo Durán en *Contribución a un Diccionario de Seudónimos en la Argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1961, y también Cutolo.

### **Domingo de Pantoja**

Seudónimo. Con este seudónimo dio a publicidad el libro *Los Estados Unidos y la América del Sur. Los yankees pintados por sí mismos* (1893). El prefacio lo firmó con su seudónimo más conocido: *Víctor Gálvez*. Por el año 1929 eran éste y *Víctor Gálvez* los únicos seudónimos que se conocían de Vicente Quesada.

### **Dr. Sangredo**

Seudónimo. Lo trae Leopoldo Durán en *Contribución a un Diccionario de Seudónimos en la Argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1961.

### **Junius**

Seudónimo. Lo dan tanto Cutolo como Durán. Dos de sus contemporáneos, Paul Groussac y Nicolás Avellaneda también lo usaron.

### **Lípido**

Seudónimo. Lo trae Leopoldo Durán en *Contribución a un Diccionario de Seudónimos en la Argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1961.

**Lucy Dowling**

Seudónimo. Domingo Faustino Sarmiento atribuyó a la escritora norteamericana del mismo nombre y apellido unos artículos sobre la ciudad de Buenos Aires, que aparecieron en la *Revista de Buenos Aires*. Esto puede constatarse en los tomos XLI, página 394, y en XLII, página 79, en la primera edición de sus obras completas. Rectificó esto en 1929 Ricardo Victorica en *Proemio galeato a su Nueva epanortosis al "Diccionario de anónimos y seudónimos de J. T. Medina"*, identificando que tras esta seudandría, empleo de un nombre del sexo opuesto, se escudó Vicente Quesada.

**Palermo**

Seudónimo. Podría estar inspirado en la zona donde en otra época se encontraba el caserón de Juan Manuel de Rosas, o con el Hipódromo Argentino inaugurado el 7 de mayo de 1876, si se tiene en cuenta que él falleció en septiembre de 1913. *Palermo* como seudónimo de Vicente G. Quesada lo traen en sus tablas Durán y Cutolo.

**Tom Kim**

Seudónimo. Sin dar explicación de cuándo ni dónde lo empleó, lo trae Cutolo en su trabajo sobre seudónimos en Argentina (1800-1930), publicado en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires) t. 32: 417-563, 10 de junio de 1961.

**Víctor Gálvez**

Seudónimo. De los que empleó éste es

el más conocido. Aparece en *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*, publicadas en varios tomos por Jacobo Peuser en 1888.

**Los Culones del Paraná**

Apodo compartido. Con el seudónimo *Un estenógrafo*, el sanjuanino Mariano Godoy publicó un folleto panfletario, titulado *Los Culones del Paraná. Perfiles de los últimos elegidos del Gobierno Nacional. Tratados a ratos perdidos por...* (1858). Allí aparecen con este mote los representantes de Paraná que por entonces se reunieron en el Congreso: Juan María Gutiérrez, Luque, Rawson, Posse, Lucero, Aráoz, Lucio V. Mansilla, Lucas González, y Vicente G. Quesada, entre otros.

Este apodo fue muy difundido. *Víctor Gálvez* (seudónimo de Vicente Quesada) en *Memorias de un viejo* dice sobre este folleto de 15 páginas: *Este libreo es perverso por la intención, es injurioso por maldad y está escrito por una mano pérfida [...] libreo escrito por aquel mordaz sanjuanino; tan cauteloso como dañino.*

Pero además de arremeter contra el contenido del folleto, Quesada aprovecha para revelar quién es el autor: *Me parece que se llama Godoy*. Ricardo Victorica se ocupó en 1929 de este folleto, pero interesado en el seudónimo de su autor y no en los que cargaron con el mote.

*Nombre y apellido usados: Ernesto Quesada*

*Nombres y apellido completos: Ernesto Ángel Quesada*

*Función y período: oficial primero, 1875-1879; a cargo ad-honorem de la Biblioteca Pública, 1876-1879, junto con Nicolás Massa.*



### **E. Q.**

Seudónimo. Por primera vez lo utilizó este inicialónimo o alfónimo en la *Nueva Revista de Buenos Aires* para dos trabajos, incluidos en la sección de reseñas y crítica que aparecieron, con el título de *Revista bibliográfica*, en el tomo IX publicado 1883, el primero aparece entre las páginas 157 a 164 y el segundo desde la 638 hasta la 642.

En estas dos oportunidades analizó varias obras editadas, entre ellas *Literatura indígena americana* y el drama quechua *Ollantay*.

También en el libro *La deuda argentina, su unificación*, publicado en 1895 se encuentra una *Carta del autor* firmada con el inicialónimo *E. Q.* Fechada 10 de octubre de 1895, esta carta se la dirigió a Arnaldo Moen autorizándole a publicar los artículos que había escrito en “*El Tiempo*” sobre la unificación de la deuda argentina.

### **Luis Martínez García**

Seudónimo. Juan Cánter en su *Bio-bibliografía de Ernesto Quesada* publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* (Buenos Aires) t. 20 n° 67-68: 343-722, 1936, da por comprobado que *Luis Martínez García* le pertenece.

Este seudónimo aparece al pie de “Política internacional argentina, el tribunal arbitral de Londres y el litigio chileno-argentino en Vida Moderna” (Montevideo), a. 1 t. III, 1901.

Cánter dice:

*En lo que respecta a la autenticidad del seudónimo debemos declarar que es irrecusable, no sólo por el estilo del trabajo, sino también porque el*

*propio Quesada había estampado su nombre junto al seudónimo en el ejemplar existente en su biblioteca. (Dr. Hermann B. Hagen y Dr. Hedda Oehlke, Bibliographie der Schriften Ernesto Quesada's, (1877-1933), en Ibero Amerikanisches Archiv, jahrgang VIII, heft 1, april, 1934, p. 90). Alguna vez, nos dijo Ernesto durante una de sus prolongadas pláticas, que había sido autor no sólo de numerosos sueltos anónimos, sino también de muchos otros suscritos con seudónimos. Fue reproducido en una revista de Buenos Aires (cfr.: Revista del Ateneo, t. I, 1901).*

### **Robin Hood**

Seudónimo. Aunque con un interrogante, Cánter lo admite como usado por él e incluye en la bio-bibliografía cuatro trabajos así firmados y publicados en el diario *El Tiempo* (Buenos Aires) durante 1894, estos son: “Militarismo, la última falta” (1° de diciembre); “Ministros y militares” (3 de diciembre); “El comercio y el gobierno” (4 de diciembre); y “Los ‘sindicatos’ parlamentarios y los privilegios del Congreso ¿hasta dónde se extienden las facultades judiciales de las Cámaras?” (5 de diciembre)

Después del cuarto asiento bibliográfico, Cánter agrega este párrafo de interés:

*Creo que estos artículos firmados con el seudónimo de Robin Hood, son debidos a Quesada, pues estando detenido Vega Belgrano continuaron apareciendo. Por otra parte en la publicación, Los privilegios parlamentarios y la libertad de la prensa,*

*se dice en una nota que dos de estos artículos son debidos a Quesada.*

En cambio, sin ninguna duda, reconoce Cánter como de su autoría *A prepararse! ¿la guerra?*, también publicado en *El Tiempo* de Buenos Aires (20 de febrero de 1895). Este artículo fue reproducido en el apéndice del libro *La política chilena en el Plata, las negociaciones diplomáticas entre Chile y la República Argentina, la cuestión actual, criterio "de las más altas cumbres" y del "Divortium aquarum interoceánico", el "hito" de San Francisco, el memorial del perito Barros Arana, refutación de las pretensiones chilenas, con un apéndice que contiene la exposición y refutación del doctor Bernardo de Irigoyen y varios mapas y planos* (1895).

### **Ernesto**

Seudónimo atribuido. Pertenece al subgrupo de los prenónimos, o nombres propios usados sin el apellido. Figura incluido en *Autores y Seudónimos porteños* (2007).

### **Quesada**

Aunque no es seudónimo conviene señalar que también usó para firmar sólo su apellido, con lo cual podría surgir confusión respecto de quién es la autoría, si de él o de su padre.

Con motivo del banquete que se le ofreció a Enrique Ferri cuando visitó Argentina, el discurso que Quesada pronunció en su honor fue publicado como artículo en *El Tiempo* (Buenos Aires) del lunes 31 de agosto de 1908, al pie sólo se estampó el apellido Quesada.

*Nombres y apellido usados: Manuel Ricardo Trelles*

*Función y período: director de la Biblioteca Pública, 1879-1884*

### **El Ermitaño del Retiro**

Apodo. A la muerte de su hermano en 1880, Manuel Ricardo heredó la casa que aquel poseía en la calle San Martín 499 (numeración de época), hoy estaría situada al 1100, detrás de la Iglesia del Santísimo Sacramento, en la zona de Retiro. Rafael Trelles era su hermano mayor; soltero y de gran cultura, entre sus pertenencias se contaba una vasta colección de libros, impresos, documentos y objetos de arte.

Por tal motivo Manuel Ricardo y su familia se mudaron a ese solar, donde prosiguió su vida recoleta, dedicado al estudio y a atesorar piezas de valor, de ahí el apodo de *El Ermitaño del Retiro* recibido de sus contemporáneos y rescatado en su oportunidad por Samuel Lafone Quevedo. Este apodo sirvió a Enrique de Gandía para subtítular *El erudito y simpático ermitaño del Retiro* a la conferencia que el 7 de junio de 1971 pronunció sobre Trelles en el Museo Mitre.

Samuel A. Lafone Quevedo dedicó un artículo, publicado por *La Nación* el 30 de abril de 1893, con los *ejemplos interesantes* de *Manuel Ricardo Trelles y su saber como americanista*, donde aparece usado este apodo.

# 1910, un año monumental. Festejos estatuarios

*Por Rosana Sagré*

Las fechas del Centenario argentino estuvieron cargadas de un febril activismo. Se trataba, ni más ni menos, de construir un imaginario nacional en un país atravesado por interminables querellas que enfrentaban intereses y sensibilidades oponentes. La tarea no sólo demandaba una enorme imaginación, presentar la idea de una nación consolidada, sino también un correlato de erogaciones y legislaciones que posibilitara encarar las obras necesarias para esta labor. Una de las formas escogidas por las comisiones encargadas de la celebración fue el emplazamiento, en distintas partes del país, de una red de monumentos que fueran construyendo las figuras arquetípicas y constituyentes de la “identidad patria”. Artistas locales y extranjeros fueron los encargados de elaborar aquellas figuras representativas de Argentina, aunque la concreción de estos emblemas, tallados en suntuosas piedras, excedió las fechas planificadas.

En este trabajo se repasa el Centenario a través de sus monumentos y las discusiones en torno a sus emplazamientos, cuyos efectos visuales determinarán las formas perceptivas sobre el pasado.

La idea de levantar monumentos que evoquen fechas significativas de los hitos históricos no ha sido una idea privativa de los festejos patrios de la República Argentina. En 1910 varios países latinoamericanos festejaban el Centenario de sus respectivas revoluciones libertadoras, ya que la historia de nuestro continente está repleta de situaciones similares en su devenir político y social.

Hace 100 años el Centenario se festejó con un cúmulo de actividades, las cuales intentaban resaltar el sentimiento de “identidad nacional” de nuestra sociedad y mostrar al resto del mundo que Argentina era un país en plena expansión.

- A pesar de esto, las sensaciones dominantes en la sociedad en las cercanías a los festejos de 1910 eran muy ambiguas, se comenzaba a vislumbrar una consolidación económica en la cual se estaba trabajando hacía más de 30 años.
- Los sectores más bajos de la sociedad, a su vez, atravesaban penurias económicas muy severas, existían reclamos gremiales que exigían, entre otras cosas, la reducción de la jornada laboral. Estos pedidos habían culminado con violentas confrontaciones, como la recordada “Semana roja”.
- Por otra parte, los anarquistas intimidaban al gobierno con paros y movilizaciones en medio de la semana de los festejos del Centenario. Estas amenazas no se llevaron a cabo, ya que se produjeron violentas represiones con el objetivo de no opacar la celebración.

El Centenario era una oportunidad única para mostrarle al mundo una

Argentina en progreso, con una centrada idea de Nación, en un país con fuertes corrientes migratorias provenientes de todas partes del mundo.

Se ponía a la vista de todos, que la elite argentina estaba a la par de sus contemporáneos europeos.

Unos años atrás en las sesiones parlamentarias del 1908, ya se había empezado a palpar la organización de los festejos del Centenario, estableciéndose una comunicación clara y fluida. En todo el territorio del país llovían propuestas, ideas y sugerencias.

Esto les sirvió a las autoridades nacionales para llevar a cabo un mapa de actividades, monumentos y festejos que dejarían su impronta en cada localidad de nuestro territorio.

La estrategia gubernamental se inclinaba por desplegar una red básicamente visual. Se pretendía estimular sentimientos de pertenencia.

Las imágenes se centraban en una galería extensísima de héroes protagonistas de la cruzada emancipadora.

Para llevar a cabo este proyecto se implementaron una serie de concursos, certámenes y hasta la promulgación de leyes que abarcaban todo tipo de manifestaciones artísticas, desde la creación de monumentos hasta la inauguración de bibliotecas y presentaciones de publicaciones de documentos históricos.

El objetivo principal de estas actividades era dejar plasmada en la historia la imagen de los festejos del Centenario.

Las leyes a las que hacemos referencia son:

**Ley 3514.** - *Estatua de Garibaldi: autorización para erigirla en el Parque 3 de febrero de la Ciudad de Buenos Aires (R. N. 1897, t. UI, p. 50).*

**Ley 3515 (324).** - *Estatuas de Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia y*

*Almirante Brown: erección en plazas públicas de la Ciudad de Buenos Aires (R. N. 1897, t. UI, p.51).*

**Ley 6282.** - Monumento a la Nación Argentina: aceptación del ofrecimiento de la Comisión española del Centenario argentino para erigirlo en la Ciudad de Buenos Aires (R. N. 1908, t. IV, p. 35).

**Ley 6286 (675).** - Conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo (R. N.1909, t. I, p.6).

**Art. 1º** - El P. E. nombrará una comisión que proceda a preparar la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo, disponiendo al efecto:

1º - La erección en la plaza de Mayo de la Capital, del monumento conmemorativo que sea aceptado por la comisión.

2º - Realizar la apertura y ornato de una plaza en frente del edificio del Congreso Nacional, comprendida entre las calles Entre Ríos y plaza Lorea y calles Rivadavia y Victoria, debiendo hacer al efecto las expropiaciones necesarias y

levantar en ella dos monumentos conmemorativos, uno de la Asamblea Nacional de 1813 y otro del Congreso de 1816.

3º - Erigir un monumento dedicado a España.

4º - Erigir en algunas de las plazas públicas de la Capital (Ley 3515) las Estatuas de Mariano Moreno, de Bernardino Rivadavia, del almirante Brown y del general Alvear.

5º - Erección en la plaza de San José de Flores de una estatua a Pueyrredón (Ley 4741).

6º - Levantar en la plaza General San Martín, un monumento a los ejércitos de la Independencia y en la isla de Martín García otro monumento a la Marina de Guerra Argentina.

7º - Establecer una escuela agrícola región a modelo en Yapeyú, lugar del nacimiento del General San Martín.

8º - Contribuir a la erección en Boulogne Sur Mer, de un monumento a San Martín.

De Italia.—El monumento á Colón en Buenos Aires.  
Modernización del Vaticano



Modelo en yeso de la estatua de Colón, que coronará el monumento



La modernización del Vaticano.—El cardenal Rampolla colocando el ascensor eléctrico que conduce hacia la cúpula de la catedral de San Pedro

9° - *Adquirir la casa, en Boulogne Sur Mer, en que falleció el general San Martín.*

10° - *Levantar en el Rosario de Sante Fe un monumento a la Bandera nacional.*

11° - *Erigir en la ciudad de Córdoba una estatua a Dean Funes.*

12° - *Construir en las ciudades de La Plata, Santa Fe, Santiago del Estero, Catamarca, San Juan, Paraná y Corrientes, un edificio monumental destinado a escuela primaria superior para un mínimo de 450 alumnos y un máximo de 700, dotado de local para gimnasia, biblioteca pública y sala de conferencias, debiendo adoptarse un tipo arquitectónico uniforme y dedicarse al "Centenario de la Independencia Nacional 1810-1910". Estos edificios serán construidos en parques o manzanas, completamente aislados y se entregarán en propiedad a la respectiva provincia.*

13° - *Erigir un monumento a la batalla del 24 de setiembre de 1812, en el sitio donde aquella tuvo lugar, denominado "Campo de las Carreras" hoy plaza Belgrano, ciudad de Tucumán.*

14° - *Erigir en la ciudad de Salta una estatua ecuestre al general Güemes.*

15° - *Construir en la ciudad de Jujuy un monumento destinado a la conservación de la bandera donada por el general Manuel Belgrano a esa ciudad.*

16° - *Construir en la ciudad de La Rioja un edificio destinado a escuela del tipo designado en el inciso 12, y en las mismas condiciones respecto de la propiedad, colocando a su frente la estatua del doctor Pedro Ignacio de Castro y Barros.*

17° - *Erigir en la ciudad de San Luis una estatua a Pringles.*

18° - *Levantar en la ciudad de Mendoza un monumento al ejército de los Andes.*

19° *Erigir un polígono modelo de tiro, con plaza de ejercicios físicos y frente*

monumental en la ciudad de Bahía Blanca, en terrenos cedidos por la Municipalidad de la misma, dedicados al Centenario de la Independencia.

20° *Erigir un monumento al general Mariano Necochea en la plaza principal del pueblo del partido de la provincia de Buenos Aires que lleva su nombre.*

**Art. 2°** - *La comisión propenderá a la celebración en la Capital de la República, de una exposición agrícola, ganadera e industrial, contribuyendo el P. E. con los fondos necesarios para su realización.*

**Art. 3°** - *Se realizará una exposición ferroviaria y demás transportes terrestres solicitándose el concurso de todas las compañías de ferrocarriles establecidas en el país y de las naciones extranjeras.*

**Art. 4°** - *La comisión hará la publicación en facsímiles de los documentos más importantes*

*relacionados con la Revolución de Mayo y con la guerra de la Independencia*

**Art. 5°** - *El P. E. promoverá un concurso para la producción de tres cuadros, uno sobre asuntos de la época de la Independencia, otro sobre costumbres nacionales y un retrato histórico que serán destinados al Museo Nacional de Bellas Artes y la celebración de una exposición internacional de Bellas Artes.*

**Art. 6°** - *La comisión propenderá a la celebración en la capital de la República de un congreso científico internacional americano y de una exposición de higiene.*

**Art. 7°** - *El P. E. estimulará con recursos apropiados la celebración de certámenes o concursos de obras literarias referentes a la época y sucesos de la Revolución de Mayo y la de juegos olímpicos*

**Art. 8°** - *El P. E. contribuirá para la adquisición, construcción e instalación en la Capital Federal de una casa modelo para la práctica de ejercicios físicos que entregará al Club de Gimnasia y Esgrima, Conservando el Estado el dominio absoluto*

*de ese inmueble en el caso de que, por cualquier motivo, dejase de usarse para el objeto exclusivo para el que se adquiere.*

**Art. 9º** - *El P. E. ayudará con los recursos necesarios a las universidades nacionales y a la Junta de historia y numismática, para la impresión y difusión de obras y trabajos científicos, históricos o literarios con que se resuelva contribuir a la conmemoración de la Independencia y para la adjudicación de premios con tal objeto, y encargará al Instituto Geográfico Argentino la publicación de una carta de la República y un libro de geografía nacional.*

**Art. 10.** - *El P. E. contribuirá con la suma de 302.970 pesos moneda nacional a la terminación de las obras de reparación y ornato de la Iglesia metropolitana de la Capital de la República y mausoleo del general San Martín*

**(675) Ley 6286. - Modificada por Ley 6301. Antecedentes parlamentarios: D. seso Dip.,**

**19081. IU, ps. 6, 34; D. seso Sen., 1908, t. II, p.68; D. seso Dip., 1908, t. III, p. 816.**

Para llevar a cabo esta faraónica propuesta se presentaron un total de 74 proyectos, 8 de ellos eran de Argentina, 6 de Alemania, 2 de Austria, 3 de Bélgica, 3 de Inglaterra, 21 de Francia, 10 de España, 17 de Italia, 1 de Estados Unidos, 1 de Chile y 2 de Uruguay.

Para este emprendimiento se asignó un presupuesto de 300.000 pesos oro. Los proyectos fueron evaluados por un jurado, el cual estudió los proyectos presentados y dictaminó un empate entre las obras presentadas por los italianos Gaetano Moretti (arquitecto) y Luigi Brizzo (escultor), y las de Julio Lagae (escultor). Marco Avellaneda, como presidente de la comisión, falló a favor del proyecto presentado por Moretti y Brizzo, aunque la condición primordial para

llevar a cabo el emprendimiento era que el monumento, el cual se ubicaría en la actual Plaza de Mayo, tendría que contener en su interior a la pirámide ya existente —la que a su vez contenía a la originaria construida en madera en el año 1811—.

Este último dato había sido suministrado por una comisión especial designada por la Junta de Historia y Numismática Americana. Esta confirmación fue de gran utilidad ya que se creía que esto era sólo una leyenda.

El 25 de mayo se colocó la piedra fundamental del Monumento al Centenario, pero lo único que se llevó a cabo fue el traslado de la pirámide al centro de la plaza. Este proyecto quedó inconcluso para siempre...con los años la Pirámide de Mayo se ha convertido en un símbolo de la Ciudad de Buenos Aires.

Otro gran proyecto sin concluir fue el propuesto el 21 de agosto de 1908.

El Poder Ejecutivo presentó ante la Legislatura un proyecto mediante el cual se proponía levantar una estatua en la entrada de la Capital. El monumento se llamaría “La estatua de la República” y ostentaría una inscripción que diría: “Paz y libertad para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, texto similar al que se encuentra a la entrada de Nueva York en su estatua de la libertad.

Estaba previsto que en el monumento se levantara un panteón nacional donde reposen las cenizas de nuestros próceres y los bustos de los miembros de la Primera Junta.

El monumento a la Revolución estaría ubicado en la ciudad de La Plata. Por otra parte se pensó en formar un túmulo artificial en Campo de Mayo donde se mezclarían las tierras de los distintos campos de batalla que participaron de la emancipación americana.

El monumento de la colectividad francesa



El monumento dedicado por la colectividad francesa a la República Argentina en la celebración del Centenario, que se levanta en la Plaza de Francia.



El presidente de la República, el ministro de Francia, el ministro de Relaciones Exteriores y el intendente, escuchando la Marsellesa



También estuvo la intención de levantar en la Plaza San Martín un monumento a los ejércitos de la Independencia, y en la Isla Martín García, uno en homenaje a la Marina de Guerra.

Otro emprendimientos fueron pensados en forma conjunta con la colaboración de otros países. Este es el caso del que se pensó llevar a cabo en Francia, en Boulogne Sur Mer, lugar que eligió el general José de San Martín para su retiro. El gobierno argentino pensó comprar la casa del libertador y levantar allí un monumento en su memoria, la ley también hacía referencia a la creación del Monumento a la Bandera en la ciudad de Rosario y otro en la provincia de Córdoba en honor a Deán Funes y en

Para llevar a cabo estas obras se dictó la Ley que contiene la autorización para la realización de estos proyectos. De dicha Ley, la 6286, dictada en el año 1909 y de la que ya hemos hecho referencia anteriormente, establecía que el Poder Ejecutivo contribuiría con la suma de 302.970 pesos para la realización de estas obras y el reacondicionamiento de la Catedral metropolitana y el mausoleo del general San Martín.

El Congreso llevó a cabo algunas modificaciones al proyecto original del Poder Ejecutivo. Entre algunos de los cambios se encontraba la suspensión de la “estatua de la libertad” a la entrada del puerto de Buenos Aires.

Sin dar demasiados fundamentos al



la provincia de Tucumán en conmemoración a la victoria del general Belgrano en el año 1812.

Para la ciudad de Salta se planeó la construcción de una estatua a Martín de Güemes, y en la provincia de Jujuy el levantamiento de un edificio destinado a la conservación de la bandera donada por el general Manuel Belgrano a esa ciudad.

caso, se habló de la dificultad de crear esta obra debido a las condiciones del suelo en el Río de la Plata, y se fundamentó además que se producirían enormes gastos a la comunidad sin saber si semejante proyecto de ingeniería iba a ser viable o no.

En 1910 los festejos ya estaban en marcha y a lo largo de ese año se desató una real fiebre estatuaría. Se colocaron

varias piedras fundamentales de futuros monumentos, algunos proyectos del gobierno, otros homenajes de distintas colectividades extranjeras residentes en el país, sumados a aquellos que regalaron a la ciudad los gobiernos extranjeros.

Ya en el año 1907 se había conformado la Comisión de Monumentos y se había previsto levantar los bustos de los vocales de la Primera Junta. Los mismos deberían ser inaugurados para las celebraciones de Mayo.

En 1908 se decidió agregar otros próceres que también se vinculaban a la gesta revolucionaria; los nombres que sugeridos eran: Nicolás Rodríguez Peña e Hipólito Viéytes, entre otros.

Para estos proyectos fueron contratados muchos artistas extranjeros como Gustavo Ebelein, encargado de llevar a cabo el monumento a Juan José Castelli; J. Lagae, el autor de la estatua de Cornelio Saavedra; y E. Cordier, responsable de la estatua de Miguel de Azcuénaga.

Como hemos mencionado anteriormente, varias colectividades preveían levantar monumentos. Una de ellas fue la colectividad alemana; para ello se le encargó a Gustavo Alfred Bredow una talla en mármol, la cual debía reflejar a unos rudos campesinos junto al arado y al buey, en dos grupos separados por una plataforma y unidos por un estanque. Esta obra recién pudo ser inaugurada en su actual emplazamiento de la Plaza Alemania casi 8 años más tarde, el 18 de Mayo e 1918.

Tampoco corrió con buena suerte el monumento de homenaje a los residentes españoles en la Argentina. La comisión de 1908, presidida por Manuel Durán, decidió levantar un monumento que reflejara la relación entre Argentina y el pueblo español; esta comisión constituyó una representación en Madrid encargada de la contratación de la obra.

Por tal motivo, debía tenerse especial cuidado con no herir la susceptibilidad de los españoles; el monumento no era a la independencia argentina ni al pueblo, se trataba de una obra para la nación Argentina, entendiendo por nación al conjunto de características geográficas, etnográficas, históricas y sociales. A pesar del tiempo transcurrido, aún se temían los resquemores de España hacia sus ex colonias; la idea del monumento era terminar con cualquier tipo de asperezas que aún pudieran quedar hacia esta ex colonia convertida en república independiente.

La obra fue encargada a los escultores Agustín Querol, Mariano Benlliure y Miguel Blay. El lugar dispuesto para el emplazamiento del monumento era la avenida Alvear y Sarmiento. Se calculaba una obra de aproximadamente veinticinco metros hecha en bronce, con un cuerpo del monumento hecho en mármol de Carrara.

En 1909 los escultores no habían logrado ponerse de acuerdo, por lo tanto se le encargó la obra sólo a Querol, quien por la misma cobraría 800.00. pesetas. A los pocos meses Querol fallece dejando el monumento sin concluir. Entonces se readjudica la obra a Cipriano Flojeras, quién antes de terminar el monumento también fallece, dejando una vez más inconclusa la obra.

Los inconvenientes continuaron. Se produjeron demoras en la entrega de los materiales, se presentaron conflictos con los herederos y hubo otras muertes más entre los miembros de la comisión.

Finalmente, la inauguración se produce 17 años más tarde de lo que había sido previsto. La fecha en que fue descubierta esta obra fue el 25 de mayo de 1927.

Los españoles también recibieron un monumento proveniente de Argentina.

El mismo fue autorizado por el Parlamento en mayo de 1910. La obra fue llevada a cabo por Arturo Dresco, y fue ubicada en Parque Balneario Municipal. Se inauguró en octubre 1936. La colectividad italiana también estuvo presente en la semana de mayo de 1910; colocó la piedra fundamental de su monumento, la imagen de Cristóbal Colón, que fue ubicada a espaldas de la actual Casa de Gobierno, sobre el Paseo de Julio. La obra fue encargada al escultor Arnaldo Zocchi, medalla de oro en la exposición internacional de la ciudad de Roma en el año 1886 por su obra a Piero della Francesca.

La obra de Zocchi nos muestra a un Cristóbal Colón con un pergamino en su mano, hecha con dos relieves en su base. En un lado muestra la partida desde el Puerto de Palos y en el otro retrata la llegada de Colón a América. La inauguración también se demoró más de 10 años: hasta el 21 de junio de 1921. Los residentes franceses también estuvieron presentes; su obra se inauguró el 2 de octubre de 1910 en Plaza Francia. El Imperio Austro-Húngaro le donó a la ciudad de Buenos Aires la “columna de tiempo”, también conocida como el “indicador meteorológico”, un cilindro de mármol rematado en un globo de hierro que representa la tierra. En el momento de su inauguración estaba provisto de aparatos de medición del clima y relojes que indicaban las horas de las principales ciudades del mundo. La obra fue realizada por el ingeniero húngaro José Marcovich, y fue emplazada en el Jardín Botánico.

Un importante monumento se alzó en septiembre de 1910 en Esperanza, Provincia de Santa Fe: se trata del Monumento a la Agricultura. Su ubicación se debe a que ese lugar fue una de las primeras colonias de inmi-

grantes agrícolas del país. Con él se reconocía a los inmigrantes, cuyos brazos nuestra tierra necesitaba para poder crecer.

Otro monumento inaugurado a los efectos de los festejos ha sido el de Mariano Moreno; el mismo fue inaugurado el 1° de octubre de 1910. Su figura está elaborada en bronce, y se encuentra sobre una base de mampostería que imita una montaña. En un plano inferior se encuentra la figura de un cóndor, simbolizando lo elevado del pensamiento del prócer.

Estas obras fueron llevadas a cabo por los siguientes artistas nacionales y extranjeros.

**Artistas nacionales:** considerando un panorama total de la historia escultórica argentina, dos artistas ocupan mayormente nuestro interés; ellos son Rogelio Yrurtia y José Fioravanti. Sin embargo es Yrurtia quien más nos representa. Es una lista muy extensa la de sus obras, se incluyen entre ellas esculturas a Shakespeare, Roque Sáenz Peña, Nicolás Avellaneda, Walter Owens, el general Simón Bolívar, Marco Avellaneda, un homenaje a Beethoven, Florentino Parravicino y Franklin, Roosevelt. También contribuyó en la construcción del monumento a la bandera en Rosario, obra del artista Alfredo Bigatti.

Otro artista también muy reconocido es Pedro Zonza Briamo (1886-1921), autor de las obras “Creced y multiplícaos”, “Flor de la juventud”, el monumento a Leandro N. Alem, el homenaje de los amigos a Lucio Corrales Morales y “Resurrección de Cristo”.

Alberto Lagos (1893-1960); su obra: el monumento a Jorge Canning, ubicado al pie de la Torre de los Ingleses; “El arquero”, homenaje a Falcón y Lartigau; “El inmigrante” dedicado al

aviador francés Jean Mermoz; el dedicado al poeta Amado Nervo y los de Carlos Thays, Luis Drago, Antonio Piñeiro y J. E. Uriburu.

Santiago Chiérico; autor de tres monumentos muy destacados: el dedicado a el Dr. Joaquín Castellano; otro en homenaje a la “Madre y a la escuela” y “Cautiva”. Una cuarta obra fue un busto dedicado al pintor Graciano Mendilaharsu, emplazado en la Boca y luego retirado del lugar.

Entro otros no podemos dejar de mencionar a Orlando Stagnaro –“D. Espósito” y “Jóven boquense”–; Torcuato Tasso –“Esteban Echeverría”–; Gonzalo Leguizamón Pondal –“Flor indígena” y “El moderno Anteo”–; Pedro Tenti –“La madre” y “La maternidad”–; Arturo Dresco –otro de nuestro escultores de quien son los bustos de Eduardo Sívori y los monumentos a España y Juan Larrea–.

Nuestro país ha alcanzado, en cuanto a esculturas, arquitectura e ingeniería se refiere, un estado de florecimiento envidiable.

**Artistas extranjeros:** Buenos Aires se enorgullece de poseer obras como el monumento de Carlos María de Alvear realizado por el artista plástico Antonio Bourdelle. A esta obra podemos agregar otras que conforman el acervo por demás interesante de nuestra cultura: “Herácles arquero” y “La muerte del último centauro”, obras emplazadas en los jardines que rodean al Museo Nacional de Bellas Artes.

Augusto Rodin es otro de los grandes escultores que está representado en Buenos Aires. El monumento a Sarmiento y “El pensador”, ubicado en la Plaza de los Dos Congresos, copia única y original del que existe en el panteón de Francia.

Del belga Constantin Meunier, existen tres obras de temáticas campe-



sinas –“Cosechadora”, “El segador” y “El sembrador”–. De las tres de virtudes teológicas –“Fe”, “Esperanza” y “Caridad”–, se ocupó el francés Eugenie Guillaumin.

El alemán Gustavo Eberlein realizó los monumentos de Juan de Garay, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo y Rodríguez Peña, sin olvidar que junto al francés Lous Daumier son los autores del monumento a San Martín.

El italiano Arnaldo Zocchi es el autor de la estatua a Cristóbal Colón, la cual fue donada por la comunidad italiana y ejecutada en mármol de Carrara. Dicha obra tiene seis metros de alto y un peso superior a las 40 toneladas, esta obra fue realizada para conmemorar los festejos del centenario.

Algo similar ocurrió con otras colectividades. En el caso de los españoles, quienes autorizaron la obra en el año 1908, fue encargada a Agustín Querol y Subirats según el proyecto elegido por un concurso entre más de treinta participantes. La obra se inició en 1909, y en ese año se recibe la noticia del fallecimiento del artista. La obra debía seguir pero el discípulo encargado de continuar con el trabajo también fallece; se trataba de Cipriano Folgueras. A estos

inconvenientes se le sumaron huelgas de obreros en la localidad de Carrara, lo que causó inconvenientes para conseguir la materia prima de la obra. A raíz de todo esto la obra se terminó en 1916.

Existen dos obras de un escultor italiano llamado Vicente Gemito –“L’ Aquaiolo” y “Grupo infantil”-. Del

escultor uruguayo José Zorrilla de San Martín, se cuenta con el monumento al general Julio A. Roca.

El inventario de monumentos lo podemos completar con la mención de las obras de Rik Wouters, belga, con su obra “Afanos hogareños”, Leone Tomassi, italiano, con sus interpretaciones de Beethoven. Eiiile Peynot,



francés, con “La aurora”, “Aristóbulo del Valle”, “Francia a la Argentina” y “Ofrenda floral a Sarmiento”.

Otro artista italiano es Nicolás Gulli, que llevó a cabo la obra “El chico y la gallina”; Mariano Benlliuri Geil, español, con “Dr. Bernardo de Irigoyen”; Victorio Macho, español, autor de la obra, “Benito Pérez Galdós”; y la norteamericana Ana Hubtebtong, autora del “Cid campeador”.

Por último, cabe mencionar a dos artistas franceses, Belleuse y Carriere, quienes con la colaboración del argentino M. Santa Coloma realizaron el monumento a Belgrano.

### La nómina de monumentos del Centenario

“Presbítero Manuel M. Alberti”.  
Ubicación: Plaza Constitución.  
Autor: Lucio Correa Morales  
Inauguración: 19 de junio 1910

“Juan José Castelli”  
Autor: Gustavo Eberlein  
Ubicación: Plaza Constitución  
Inauguración: 20 de mayo de 1910

“Francia a la Argentina”  
Autor: Emile Edmond Peynot  
Ubicación: Plaza Francia  
Inauguración: 2 de octubre de 1910

“Juan Larrea”  
Autor: Arturo Dresco  
Ubicación: Plaza Larrea  
Inauguración: 12 de junio 1910

“Loba romana”  
Reproducción  
Ubicación: Jardín Botánico  
Inauguración: 25 de mayo de 1910

“Domingo Matheu”  
Autor: Ricardo Musso  
Ubicación: Plaza Matheu  
Inauguración: 5 de junio 1910

“Mariano Moreno”  
Autor: Miguel Blay y Fábrega  
Ubicación: Plaza Lorea  
Inauguración: 1 de octubre 1910

“Brigadier gral. Cornelio Saavedra”  
Autor: Luis Lague  
Ubicación: Córdoba y Callao  
Inauguración: 20 de mayo 1910

“Rodríguez Peña”  
Autor: Gustavo Eberlein  
Ubicación: Plaza Rodríguez Peña  
Inauguración: 22 de mayo 1910

“Hipólito Vieytes”  
Autor: José Llaneses  
Ubicación: Plaza Vieytes  
Inauguración: 8 de julio 1910

### BIBLIOGRAFÍA

- Baliari, Eduardo, *Almarío de Buenos Aires: los monumentos*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1972.  
Castelli, María Ermida, *Protección jurídica del patrimonio cultural de la humanidad*, Blas editora, Buenos Aires, 1987.  
Estudios de la historia y arte Argentinos, W. M. Jackson editores, Buenos Aires, 1929.  
Salas, Horacio, *El centenario*, Planeta, Buenos Aires, 2009.  
Monumentos y lugares históricos de la República Argentina, Comisión Nacional de museos y monumentos históricos, Buenos Aires, 1944.  
Toto, Carlos María, *Monumento y obras de arte en el espacio público de la Ciudad de Buenos Aires*, Ministerio de cultura. Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.  
Zabala, Rómulo, *Historia de la Pirámide de Mayo*, Academia Nacional de la historia, Buenos Aires, 1962.

## Álbum

*Revisitar la historia es también un ejercicio de especulación. Cuando descubrimos las primeras fotogra-*

*fías, no podemos sino ejercer esta facultad de la mente humana. Pues una inevitable inquietud nos perturba frente al hallazgo, y nos lleva a indagar sobre las hipotéticas condiciones en que esos retratos, instantes milagrosos que parecen detener la historia, fueron sustraídos de su situación.*

*Los primeros paisajes y pobladores de Argentina que vemos en las fotos realizadas hacia 1864 por Esteban Gonnet, pueden revelar un caso temprano de transferencia tecnológica; porque tanto él como sus sucesores eran extranjeros. Pero en las fotografías posteriores surge (de manera evitable, pero preferimos no hacerlo) la cuestión idiosincrática acerca de la falta de vocación argentina por prescindir de la mirada del otro. Una percepción ciertamente benevolente que resalta una escena melancólica.*

*Las fotografías históricas generan diversos significados: el peón laborioso en un apacible paisaje patagónico quizá no sea otro que el mismo trabajador que fue reprimido y sometido a penurias de diversa índole. Pero este visitante extranjero, en su carácter de invitado, propone una tregua, produce un velo sobre el drama vital de sus objetos, soslaya las tensiones, construye una vista apacible. A veces la Buenos Aires retratada se asemeja a una ciudad dibujada por el Barón Haussmann, idealizada respecto de su pulso*

*cotidiano, el cual aparece sosegado. Muchos personajes (fotógrafo y fotografiado) aparecen como “no identificados”, aunque se sabe, tuvieron una vida que ínfimamente (o íntimamente) se detuvo frente al poder de la lente.*

*La seriedad es un requisito para lograr un mínimo lugar en la historia. Acaso porque la fotografía, en aquel entonces, no estaba asociada inexorablemente a la sonrisa, acaso porque las condiciones para esbozarla no estaban dadas, los rostros que aparecen sin ser adustos, enseñan que el humor y lo trascendente no podían reunirse en una misma figura humana.*

*¿Cómo no caer en la paradoja de ver la quietud en el movimiento de gente que se traslada? Muelles, carruajes, caballos, botes. Además, la fuerza del trabajo es una praxis imposible de ser reducida a los rígidos planos bidimensionales, pero sospechamos el esfuerzo. Tal vez, en el presente, las formas del trabajo no sean tan atractivas para la cámara y para la compasión futura. La potencia de las imágenes tiene la intensidad del trabajo y, si bien lo simplifica gráficamente, también lo rescata para que surja una situación de interrogación respecto a sus modos, sus condiciones y sus posibilidades emancipatorias.*

*Es imposible elogiar las obras sin incurrir en un exceso de paisajismo pintoresco, sólo puede superar tal exceso el valor que la historia le otorga a la recreación de cada singularidad acontecida. En el Universo todo se mueve siempre. ¿Por qué no habría de hacerlo un ente que es “apenas” una foto?*



13



**Mercado de  
Constitución** (1864),  
Recuerdos de Buenos  
Aires, Esteban Gonnet

20



**Paseo de Marte**  
(1864), Recuerdos de  
Buenos Ayres, Esteban  
Gonnet

10



**Plaza de la Victoria,  
Cabildo (1864),**  
Recuerdos de Buenos  
Ayres, Esteban Gonnet

10



**Plaza de la Victoria**  
(1867), Benito Panunzi





Retratos (1871-1876),  
Benítez y Pages



**Escenas de la playa**  
(1876), Vistas y  
costumbres,  
Christiano Junior



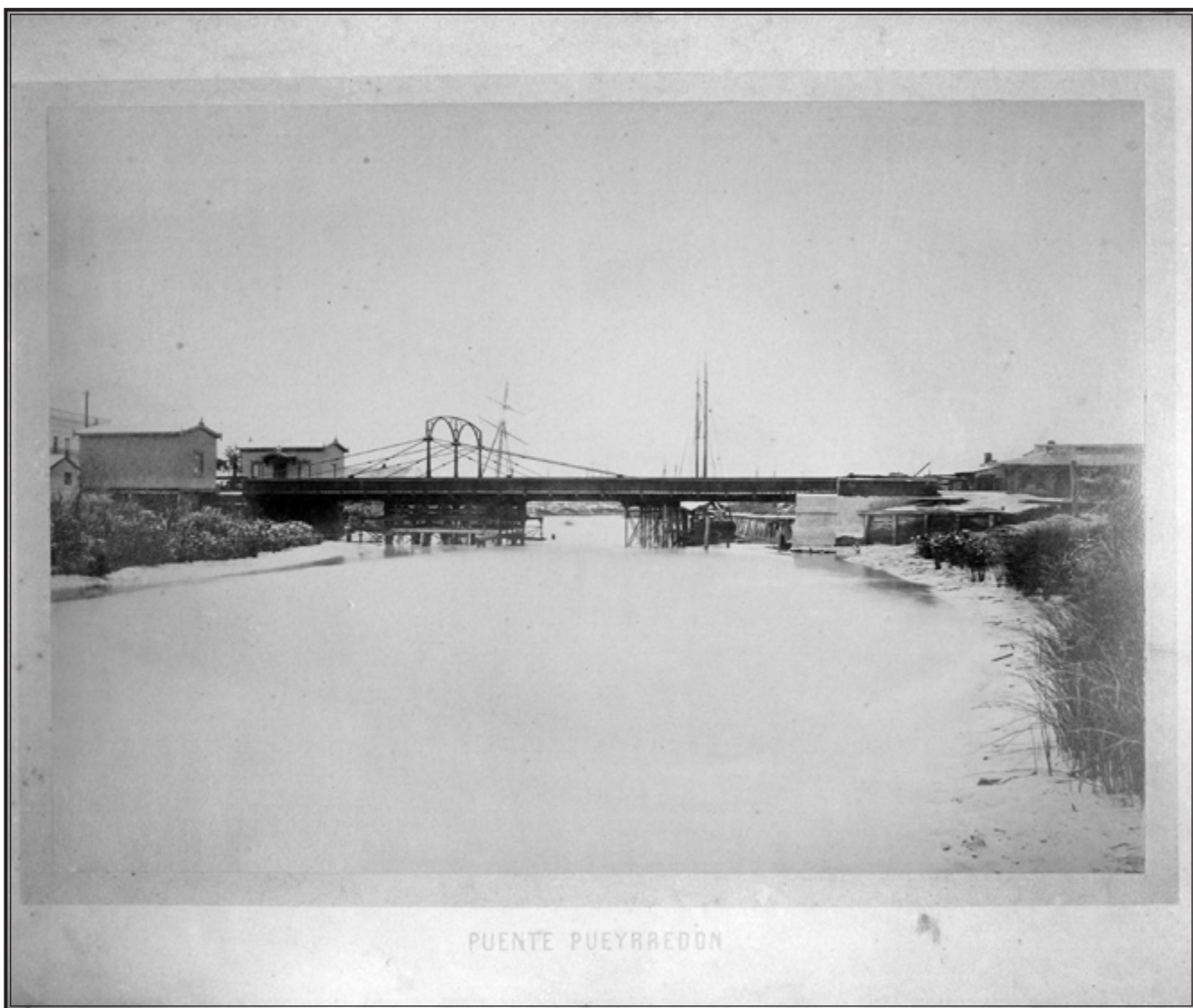
PUENTE DEL FERRO CARRIL A LA ENSENADA

**Puente del ferrocarril  
a la Ensenada (1876),**  
Vistas y costumbres,  
Christiano Junior





**Palermo** (1876),  
Vistas y costumbres,  
Christiano Junior



**Puente Pueyrredón**  
(1876), Vistas y  
costumbres,  
Christiano Junior



**Jardín de infantes**  
(1889), Escuelas,  
Samuel Boote



**Clase funcionando**  
[2º grado, escuela  
de varones] (1889),  
Escuelas,  
Samuel Boote



**Buenos Aires parte sur tomada desde el Gran Hotel (1891),** Álbum de vistas y costumbres de Buenos Aires y de la República Argentina, Autor no identificado

**Muelle de pasajeros (1891),** Álbum de vistas y costumbres de Buenos Aires y de la República Argentina, Autor no identificado

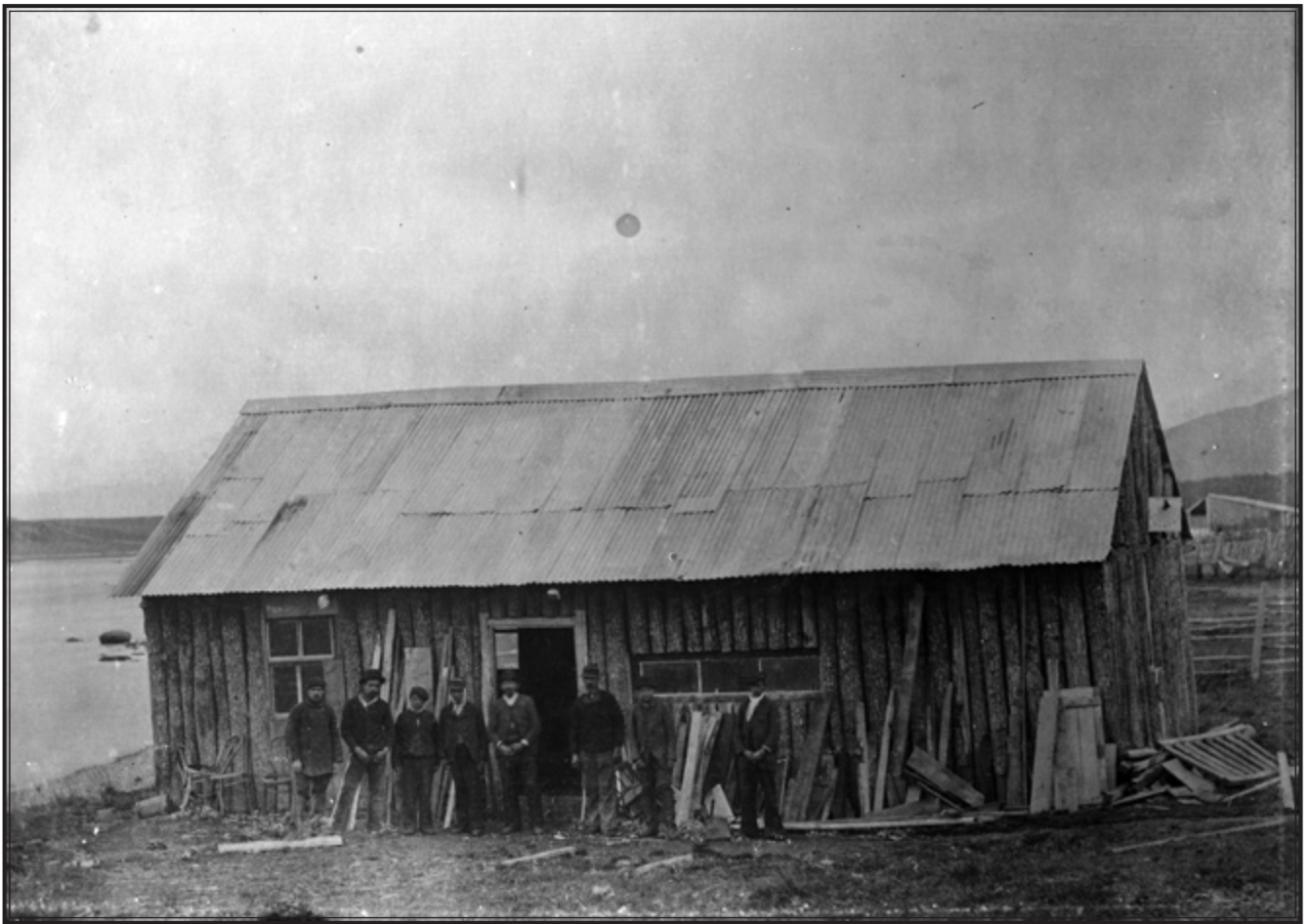
**Sombrerería Sommer (1891),** Álbum de vistas y costumbres de Buenos Aires y de la República Argentina, Autor no identificado





**La Boca** (1891),  
Álbum de vistas y  
costumbres de Buenos  
Aires y de la República  
Argentina, Autor no  
identificado

**Mercado central de  
frutos de Barracas**  
(1891), Álbum de  
vistas y costumbres de  
Buenos Aires y de la  
República Argentina,  
Autor no identificado

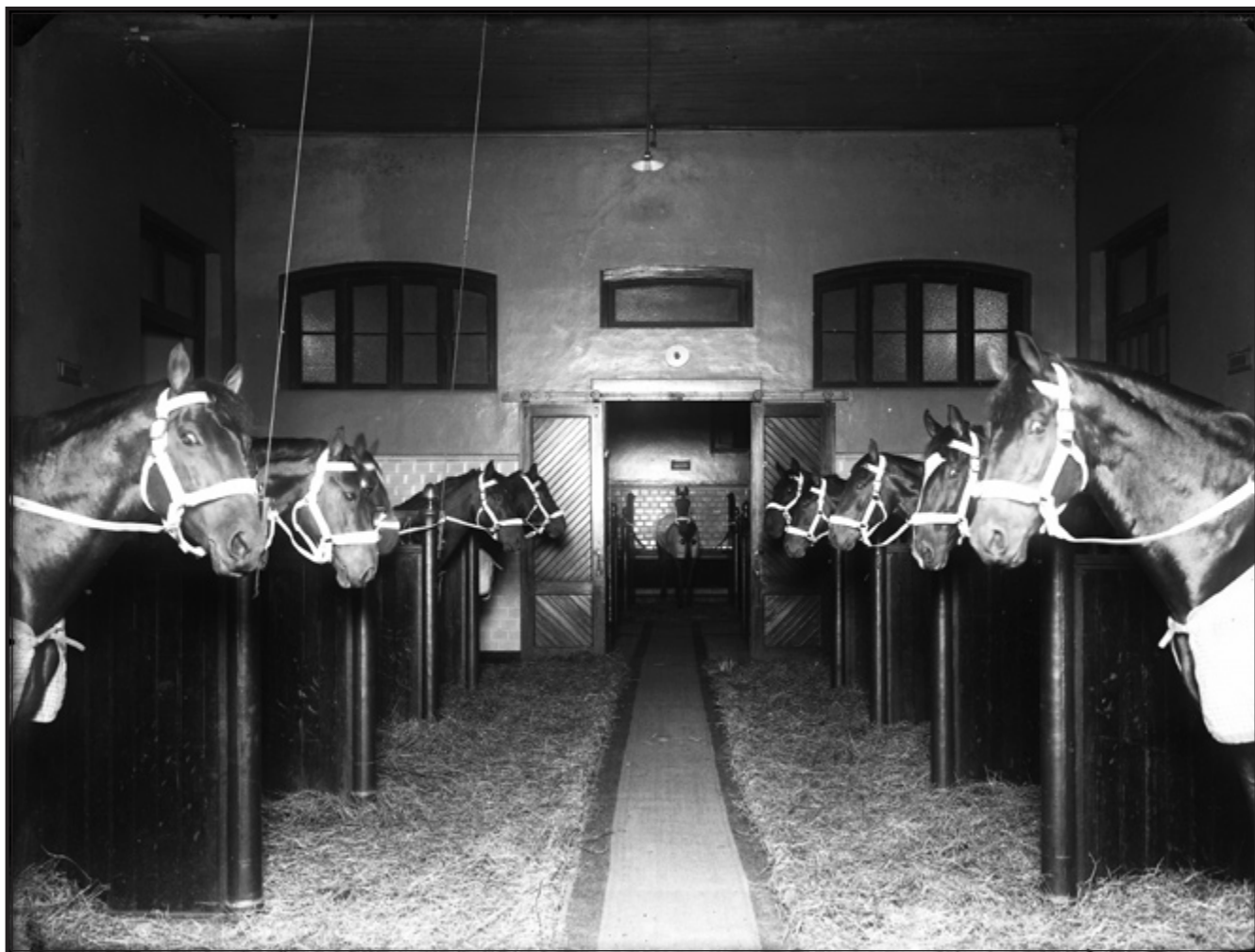


**Sin nombre** (ca. 1900),  
Ushuaia,  
Autor no identificado



**Sin nombre** (ca. 1900),  
Ushuaia,  
Autor no identificado





**Cochera y caballeriza  
presidencial**  
(ca. 1910),  
Casa de Gobierno,  
Harry Grant Olds



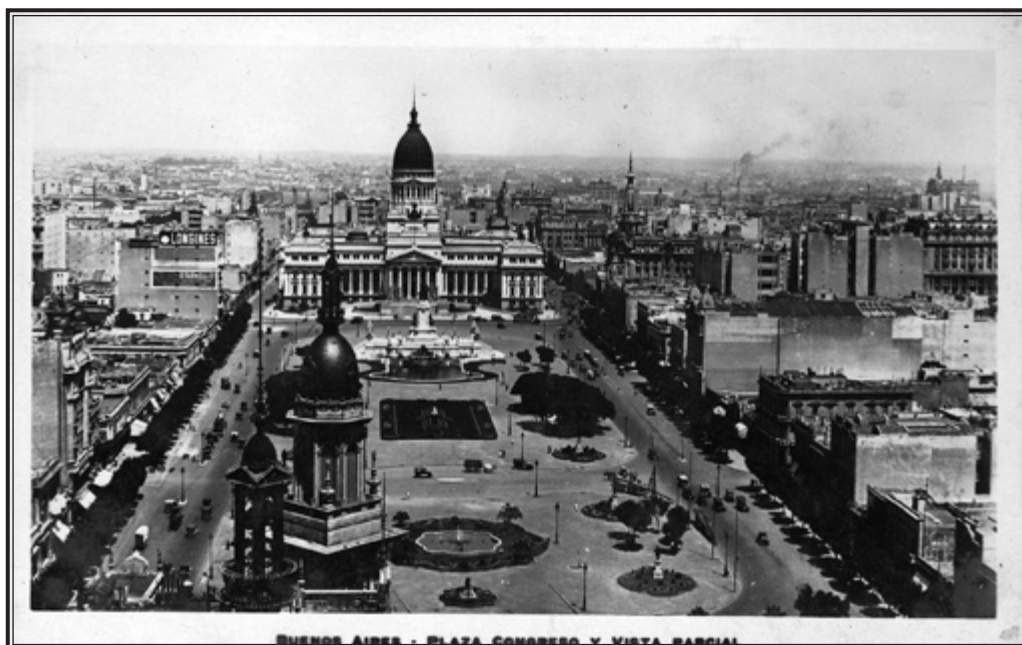
**Jardín de invierno**  
(ca. 1910),  
Casa de Gobierno,  
Harry Grant Olds



**Biblioteca** (ca. 1910),  
Jockey Club,  
Autor no identificado



**Desembarco** (ca. 1911),  
Sur argentino, Autor no  
identificado



**Plaza Congreso y vista parcial** (ca. 1920),  
Vistas de Buenos Aires,  
Gastón Bourquin  
**Avenida de Mayo**  
(ca. 1920), Vistas de  
Buenos Aires, Gastón  
Bourquin



**Calle Florida**  
(ca. 1920), Vistas de  
Buenos Aires, Gastón  
Bourquin



**Avenida de Mayo**  
(ca. 1920), Vistas de  
Buenos Aires, Gastón  
Bourquin  
**Calle Callao esquina  
Córdoba** (ca. 1920),  
Vistas de Buenos Aires,  
Gastón Bourquin



BUENOS AIRES - AVENIDA DE MAYO



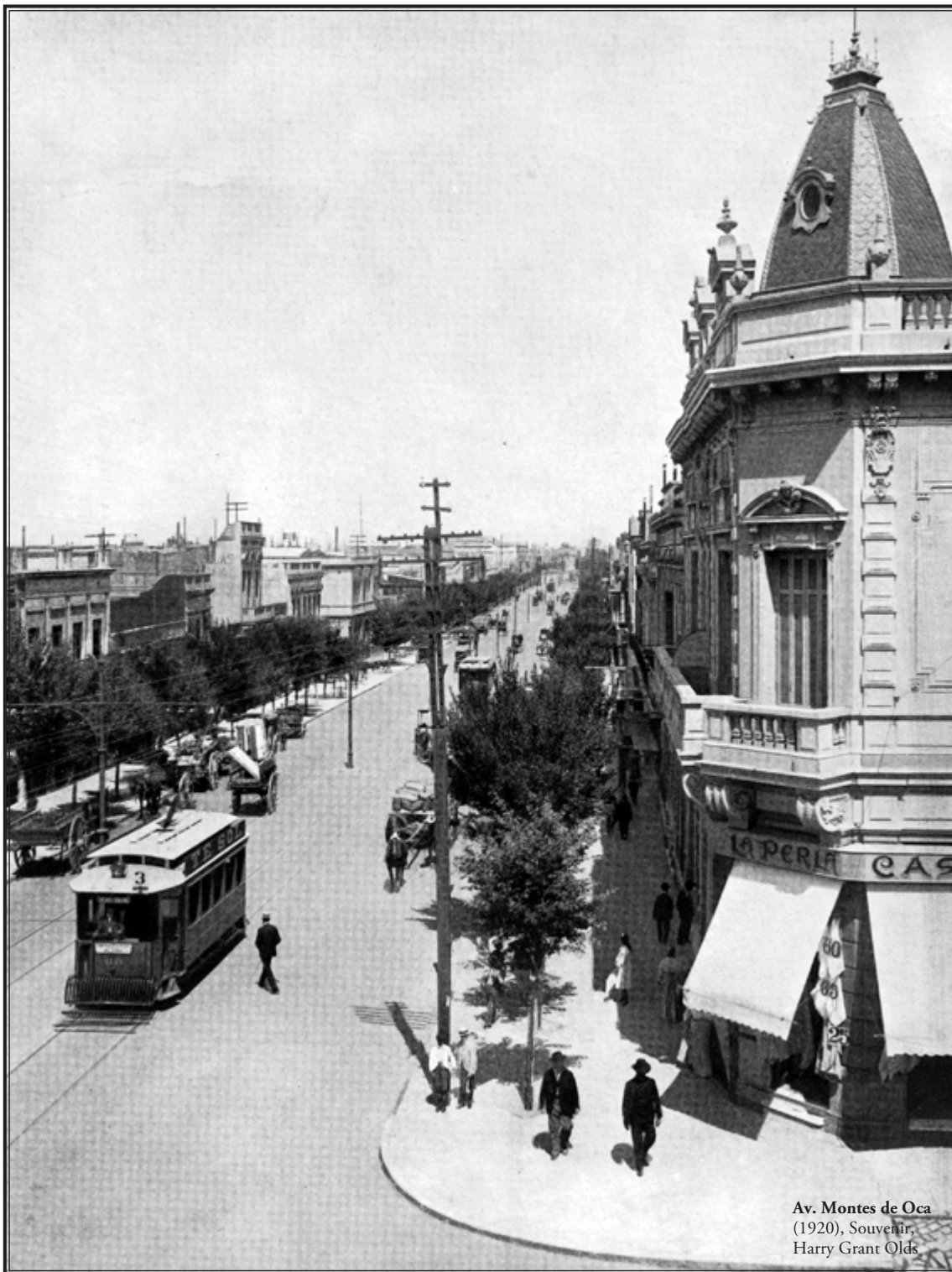
BUENOS AIRES - CALLE PERU

**Avenida de Mayo**  
(ca. 1920), Vistas de  
Buenos Aires, Gastón  
Bourquin  
**Calle Perú** (ca. 1920),  
Vistas de Buenos Aires,  
Gastón Bourquin





Av. de Mayo (1920),  
Souvenir,  
Harry Grant Olds

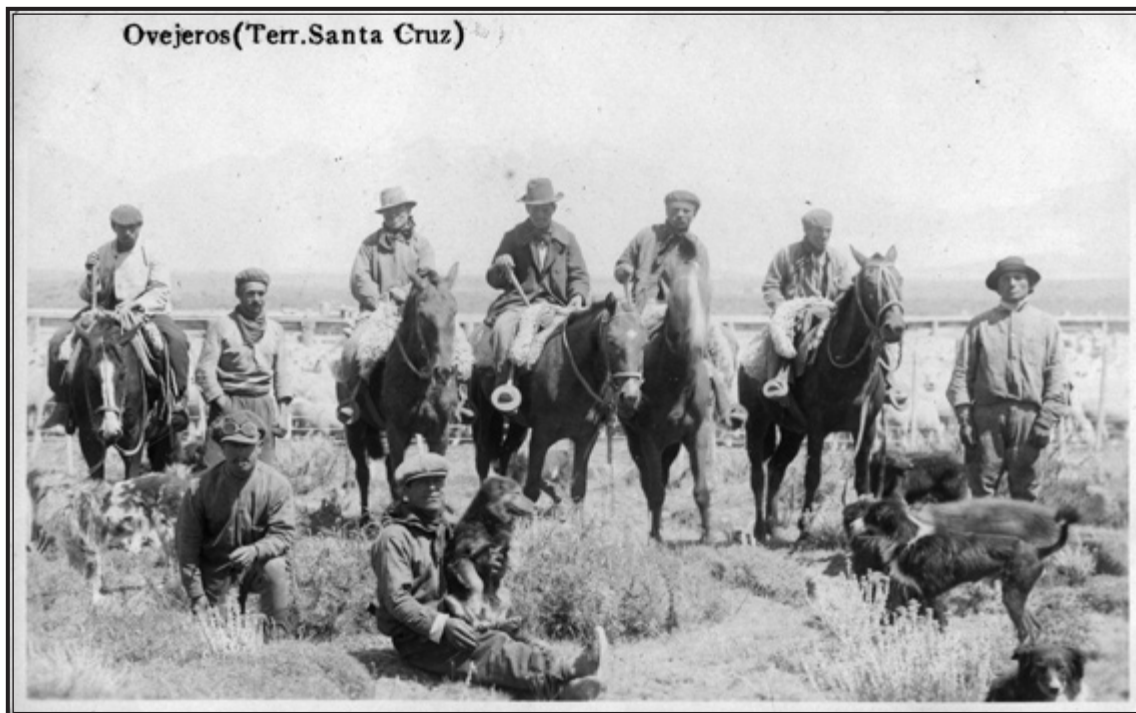


Av. Montes de Oca  
(1920), Souvenir,  
Harry Grant Olds

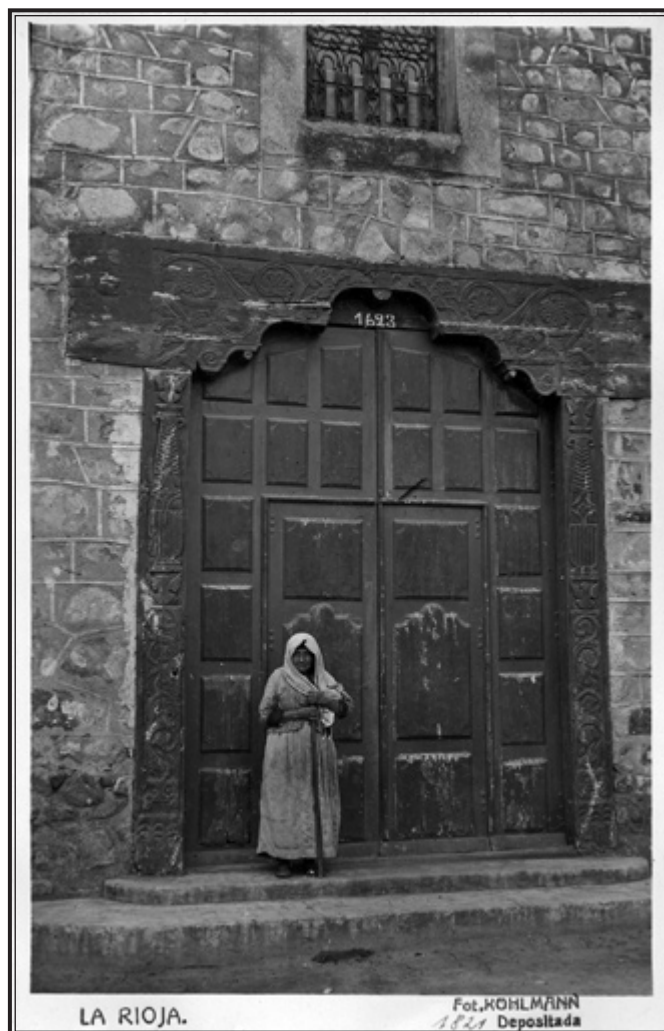


**Constitución** (1920),  
Souvenir,  
Harry Grant Olds

**Ovejeros** (ca. 1930),  
Chubut y Santa Cruz,  
Federico Kohlmann



**Río Santa Cruz. Paso  
Ch. Furth** (ca. 1930),  
Chubut y Santa Cruz,  
Federico Kohlmann



**La Rioja** (ca. 1930),  
Federico Kohlmann

**Balneario Atlántico**  
(ca. 1930), Ing. White,  
Federico Kohlmann



**El puerto** (ca. 1930),  
Ing. White, Federico  
Kohlmann



**Río Tigre** (1930),  
Vistas de la República  
Argentina,  
Federico Kohlmann

**Berisso. Frigorífico Swift. Salida del trabajo** (1930),  
Vistas de la República Argentina,  
Federico Kohlmann



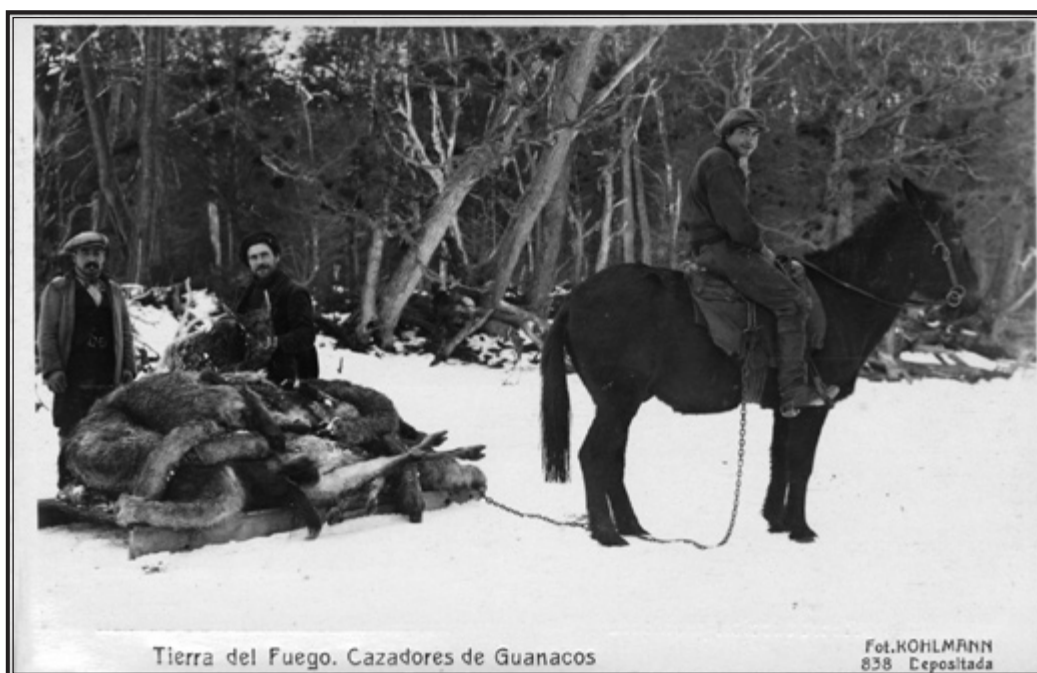
BERISSO. Frigorífico Swift. Salida del Trabajo

Fot. KOHLMANN  
364 Depoaltada



**Luján. Calle San Martín** (1930),  
Vistas de la República Argentina,  
Federico Kohlmann





Tierra del Fuego. Cazadores de Guanacos

Fot. KOHLMANN  
838 Depositada

**Tierra del Fuego.**  
**Cazadores de**  
**guanacos (1930),**  
Vistas de la República  
Argentina,  
Federico Kohlmann



Tierra del Fuego. Indios Yaganas. Puerto Pedro

Fot. KOHLMANN  
019 - Depositede

**Tierra del Fuego.  
Indios Yaganas.  
Puerto Pedro (1930),**  
Vistas de la República  
Argentina,  
Federico Kohlmann





**Panámica de  
Buenos Aires (1931),  
N. del Prado**



28.- Antiquo sistema de empaque de uvas en canastos.-

Antiguo sistema de empaque de uvas en canastos (ca. 1931), Censo Agrícola de San Juan, Autor no identificado

El "desaparte" en el cultivo de la remolacha (ca. 1931) Censo Agrícola de San Juan, Autor no identificado



47.- El "desaparte" en el cultivo de la remolacha.-



**Máquinas cosechadoras de remolacha** (ca. 1931), Censo Agrícola de San Juan, Autor no identificado

**Pulverización de frutales** (ca. 1931) Censo Agrícola de San Juan, Autor no identificado





**Edificio Kavanagh**  
(1936), Autor no  
identificado



**Primera Feria del  
Libro (1943), Autor  
no identificado**



# Música en la BN | Ciclos 2010

## Música para bajitos. Ciclo de música para niños

Los Musiqueros | Graciela Mendoza | El resorte | Fábulas del monte | Sonsonando | Cielo Arriba | La Banda del Grillo | Perro Vaca | La Merienda | Coco Romero | Libertablas

## Desde la misma huella. Festival de folclore joven

Juan Ignacio Siccardi | Tarco Trío | El guitarrazo | Román Lacrouts | Dúo Jacarandá | Trina la Diuca | María Laura Caballero | Tándem | Cuarteto Quebracho | Sebastián Henríquez | Dúo García-Lacrouts | Lo Pez

## Tango Contempo. Nuevos creadores en la música urbana

Quasimodo Trío | Tango Chino | Diego Schissi Quinteto | Lucas Guinot | Nicolás Guerschberg Quinteto | D'Cote | Quinteto Viceversa | Juan Pablo Navarro | Sebastián Prusak Cuarteto | Jorge Kohan | Joel Tortul Trío | Pablo Mainetti Quinteto | Trío Boero-Gallardo-Gómez | Quinteto El Descarte | Pablo Agri Cuarteto | **Damián Bolotin junto a cuerdas poptemporáneas** | Sonia Possetti Sexteto

## Domingos de música en la Biblioteca Nacional

Alejandro Manzoni | Lucho Guedes | Omar Cyrulnik | Club Artístico Libertad | Creadores XXI | Fernando Pérez y Amalia Pérez

## Raras Partituras VI: Leopoldo Federico

Orquesta El Arranque | Leopoldo Federico

## La Scala fuera de La Scala, 1810... acá y allá. Música de cámara

Cuarteto Gianneo con Víctor Villadangos | Cuarteto de saxofones 4mil | Elisabeth Canis y Alicia Belleville | Dúo Pishénin-Filoso

## Orquesta Escuela de Tango "Emilio Balcarce"

Con la dirección de Néstor Marconi

## Músicas en Singular

Ciclo de música contemporánea con dirección artística de Gerardo Gandini

## Conciertos Monográficos

Homenaje y documentación de obras de compositores argentinos  
Carmelo Saitta | Luis Mucillo | Antonio Tauriello | Manolo Juárez

## A cuatro manos. Ciclo de maestros pianistas y sus discípulos

Litto Nebbia y Esteban Sehinkman | Santiago Giacobbe y Abel Rogantini | Jorge Navarro y Ernesto Jodos | Oscar Alem y Diego Schissi

## Nuevas canciones en la Biblioteca Nacional. Ciclo de cantautores

Rosal | Viajantes | Tomás Lebrero | Darío Jalfin | Seba Ibarra | Lucio Mantel

programación completa en [www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)